Paul Mattick

Marx y Keynes

Los límites de la economía mixta

creative commons

Primera edición en inglés: 1969, Porter Sergent Publisher, Boston.
Primera edición en castellano: 1975, Ed. Era. México. Trad. de Ana María Palos
Esta versión digital: 2009, *Círculo Internacional de Comunistas Antibolcheviques*, cica_web@yahoo.com.
http://cai.xtreemhost.com

Indice

Paul Mattick, una biografía ... 4
Juventud y militancia en Alemania ... 4
La emigración a los Estados Unidos ... 4
Correspondencia Consejista Internacional ... 6
El retiro y la implacable crítica del keynesianismo ... 7
Vuelta a la actividad y fallecimiento ... 8

Prólogo ... 10

Marx y Keynes ... 17

Introducción ... 17
I. La "revolución" keynesiana ... 18
II. Marx y Keynes ... 27
III. La teoría marxista del valor-trabajo ... 31
IV. Valor y precio ... 37
V. La ley del valor como "mecanismo de equilibrio" ... 43
VI. Acumulación y el descenso de la tasa de ganancia ... 46
VII. El "ciclo económico" ... 51
VIII. La realización de la plusvalía ... 54
IX. El capitalismo en crisis ... 59
X. La expropiación del capital ... 66
XI. Salvando al capitalismo ... 73
XII. El keynesianismo al revés ... 78
XIII. La transformación del capitalismo ... 83
XIV. La economía mixta ... 94
XV. Dinero y capital ... 103
XVI. Tecnología y economía mixta ... 112
XVII. Formación de capital y comercio exterior ... 121
XVIII. Desarrollo económico ... 135
XIX. El imperativo imperialista ... 149
XX. Capitalismo de Estado y economía mixta ... 157
XXI. Marxismo y socialismo ... 164
XXII. Valor y socialismo ... 171
Epílogo ... 183

***Apéndice 1:* División del trabajo y conciencia de clase** ... 188
Trabajo productivo y trabajo improductivo ... 188
La conciencia de clase en su relación con el trabajo productivo y con el trabajo improductivo ... 189
Trabajo y ciencia ... 191
La abundancia capitalista ... 192
Trabajadores y estudiantes ... 196
Perspectivas posibles ... 200

***Apéndice 2:* Marxismo y Economía de la Utilidad Marginal** ... 203

Paul Mattick, una biografía

Paul Mattick (1904-1981) es, junto con Anton Pannekoek y Otto Rühle, uno de los autores más representativos de la corriente marxista denominada *comunismo de consejos* o *comunismo consejista.* Pero en él confluyen características que lo colocan en una posición peculiar. A diferencia de gran parte de los autores importantes del marxismo occidental contemporáneo, Mattick no estaba desvinculado de la clase obrera, ni su vida profesional se desarrollaba en el medio académico. Y su interés en los aspectos "filosóficos" del marxismo complementaba su interés por los aspectos políticos y económicos.

Juventud y militancia en Alemania

Paul Mattick nació en 1904 en la Pomerania alemana, ahora polaca, en la desembocadura del Oder. Ya en la infancia se trasladó a Berlín, donde creció en una familia de trabajadores con conciencia de clase y en un entorno proletario. A los 14 años ya era miembro de la *Freie Sozialistische Jugend* (Juventud Socialista Libre), vinculada a los Espartaquistas. Por esas fechas, 1918, los años turbulentos del final de la I Guerra Mundial, comenzó a trabajar en la empresa Siemens AG -en la que permanecería hasta 1921-, donde fue elegido delegado de los aprendices en el consejo obrero de la compañía durante la Revolución alemana.

Implicado en muchas acciones durante la revolución, varias veces arrestado y amenazado de muerte, Mattick se alineó en el ala izquierda de los comunistas alemanes, que no quisieron someterse a las condiciones rusas de control de la III Internacional. Tras la escisión en Heidelberg del KPD (Partido Comunista de Alemania) y la formación del KAPD (Partido Comunista Obrero de Alemania) en la primavera de 1920, Mattick ingresó al KAPD y trabajó en la organización de la *Rote Jugend* (Juventud Roja), escribiendo para su periódico.

En 1921, a los 17 años, abandona Berlín para trasladarse primero a Hanóver. Después trabaja en Bremen como electricista y se establece, finalmente, en Colonia, donde entra a trabajar como mecánico en la Humboldt de Deutz. Allí es organizador y agitador activo en el KAPD y en la AAU (Unión Obrera General de Alemania) en la región y establece contacto con intelectuales, escritores y artistas que trabajaban en la AAUD-E (Unión Obrera General - Organización Unitaria) liderada por Otto Rühle. Escribe numerosas colaboraciones en la prensa radical.

En 1923, el KAPD no contaba en Colonia con más de 25 miembros y los afiliados a las AAUD y AAUD-E eran algunos centenares. Estos grupos no se encontraban ciertamente en grado de provocar o dirigir huelgas. Sin embargo, participaban en la lucha económica y política de forma muy activa. La unidad de acción había alcanzado uno de los puntos más altos. Las huelgas eran en su mayor parte espontáneas y entre los obreros las divergencias políticas pasaban a segundo plano. Sólo los representantes sindicales socialdemócratas intentaban a menudo, bajo instrucción de sus dirigentes, frenar la acción. Las divergencias entre los consejistas y los miembros del KPD, que por entonces ya versaban sobre la naturaleza capitalista de Estado del régimen ruso y el carácter burgués de la política bolchevique, resultaban externas a las luchas cotidianas.

La truncada "revolución de octubre" alemana de 1923, aunque significó el fin de un período revolucionario, no frenó ciertamente las luchas obreras, que continuaron ásperamente hasta principios de los años treinta y la toma del poder por los nazis. Los grupos de la izquierda comunista a los cuales Mattick perteneció, continuaron su labor política, enfrentándose, sin embargo, cada vez más duramente contra el partido comunista. Muy pronto el partido comunista logró hegemonizar la parte más combativa de la clase obrera alemana en ruptura con la socialdemocracia, y los grupos de "ultra-izquierda" se encontraron aislados al margen de la vida política, aunque siempre presentes en la lucha.

La participación en las huelgas, insurrecciones y un nuevo arresto hicieron imposible a Mattick encontrar trabajo durante varios años. A esto se junta el declive de las luchas radicales y, con ellas, de las esperanzas revolucionarias, y las persecuciones de la policía y de los nazis en ascenso. Así, en 1926, gracias al billete que le procurara gratuitamente un pariente lejano, emigra con otros compañeros a los Estados Unidos, aunque sigue manteniendo contactos con los restos del movimiento consejista en Alemania.

La emigración a los Estados Unidos

Ya en Estados Unidos, primero se establece en Benton Harbor, Michigan, y más tarde, a principios de 1927, en Chicago, donde permanecería quince años. Trabaja como mecánico tramoyista en la Western Electric, que contaba entonces con más de 50.000 obreros. Pronto comienza a colaborar con otros emigrantes para intentar unificar las diferentes organizaciones de obreros alemanes.

Mattick se vincula a los *Industrial Workers of the World* (IWW, Trabajadores Industriales del Mundo), la única organización sindical revolucionaria existente en América y que tenía presencia además en Canadá, Australia y otros países. Muy activos durante el primer cuarto de siglo, el objetivo de los wobblies (como eran llamados los activistas del IWW) era reunir a todos los trabajadores en una "One Big Union" ("Un Gran Sindicato") por encima de diferencias nacionales o sectoriales, para así preparar la huelga general que derribaría al capitalismo.

El auge del movimiento de desempleados durante la Gran Depresión volvió a dar a IWW algún desarrollo regional, a pesar del declive de las huelgas militantes. Desempleado él mismo, Mattick participa en los movimientos reivindicativos de los desempleados, y en particular de forma activa en los grupos de desempleados radicales de Chicago, que preconizaban, contra la opinión de las organizaciones ligadas al Partido Comunista de los EE.UU., la acción directa para conseguir medios de subsistencia.

El grupo formado en torno a Paul Mattick, que más tarde -siempre en estrecho contacto con los IWW- no contaría con más de unos noventa obreros, incluyendo los que se habían trasladado a Buffalo y Nueva York, durante estos años comprendía en Chicago a más de cien personas activas, en los distintos barrios y en los consejos de parados. En la fábrica donde Mattick trabajaba, que en tiempos normales ocupaba a 50.000 obreros, el personal se había reducido en el año 1931 a 16.000, y al año siguiente a 8.000. El grupo de Mattick publicó el primer órgano impreso del movimiento de parados, el *Workers Alliance*, que propagaba el modelo de organización consejista. Para los IWW el principio asambleísta y los comités de acción autónomos no significaban una novedad, de modo que en Chicago el movimiento espontáneo aceptó fácilmente las teorías de los consejistas, mientras que en otras ciudades la presencia de organizaciones rígidamente "leninistas" frenó notablemente la difusión de nuevos métodos de acción.

En una larga entrevista del 7 de octubre de 1972, Mattick reconstruía brevemente los años que siguieron al hundimiento de las acciones en Wall Street:

> A principios de la crisis del 29 existió un período de calma relativa. En general, se consideraba justa la previsión de Hoover: la crisis sería breve y estaría seguida por un período de prosperidad. En los Estados Unidos, durante este período, no había ningún tipo de seguridad social, ni siquiera contra el paro; existían sólo algunas instituciones de caridad para los "pobres", pero éstas se ocupaban sobre todo de viejos y niños y no podían asumir la carga de atender también a los parados. Por tanto, los parados se encontraban completamente perdidos, si antes no habían ahorrado, pues nadie estaba dispuesto a ayudarles. Al cabo de poco tiempo, en 1930 y 1931, se produjeron manifestaciones masivas, sobre todo frente a las oficinas de asistencia a los pobres; hubo enfrentamientos, actos desesperados e intervenciones de la policía. Durante algunas de estas grandes manifestaciones, la policía disparó sobre la muchedumbre y dio muerte a algunos manifestantes. Tras una manifestación en la que la policía había disparado matando a 12 personas, casi 2 millones de personas se lanzaron a las calles de Chicago: frente a estas masas la policía no podía hacer nada. La ciudad entera estaba bloqueada. Por todas partes había policías, pero los manifestantes eran tantos, y cada policía se encontraba hasta tal punto rodeado de manifestantes, que éstos le impedían utilizar las armas. En las tiendas abandonadas por los comerciantes en quiebra, varias en cada calle, los habitantes organizaban reuniones y discusiones. Se trataba de un movimiento completamente espontáneo, que al principio no tenía ni nombre ni órganos a través de los cuales expresarse. Así que, lentamente, nosotros intentamos organizar el movimiento, haciendo propuestas en las asambleas y distribuyendo panfletos. Había manifestaciones casi cada día. Muchos se veían obligados a abandonar sus propias viviendas. Los dueños de las casas intentaban por medios legales, con la policía y el juzgado, desalojar a los parados. Pero apenas los muebles habían sido trasladados a la calle y la policía se había alejado, los apartamentos eran de nuevo ocupados. A menudo, la policía volvía, causando enfrentamientos y muertos. Hubo muchas acciones de solidaridad espontánea. Con frecuencia nuestro grupo organizaba comidas. Cocinábamos en común en los comercios vacíos, después de haber cogido sin pagar todo lo comestible y luego lo distribuíamos entre los parados. Por la noche, cosa extraña, continuábamos con nuestros cursillos sobre *El Capital*. Durante el año en que yo daba un cursillo, los participantes aumentaron de 80 a 120. Las actividades de los grupos políticos en el interior del movimiento variaban de ciudad a ciudad. En Nueva York, por ejemplo, donde el PC y los socialistas eran bastante fuertes, las asambleas fijaban resoluciones para mandar a Washington a través de distintas delegaciones. Todo se analizaba en la forma acostumbrada de hacer política. Por el contrario, nosotros preferíamos la acción directa, preferíamos desviar las tuberías de gas, de modo que todos tuvieran gas gratis o iluminar las viviendas con luz eléctrica directamente de las farolas públicas.
>
> Nosotros empezábamos con una acción y a continuación, espontáneamente, otros grupos continuaban por el mismo camino. A este nivel de masas del movimiento, la policía prefería no intervenir. Eligió otra táctica. Dos años después del inicio de la crisis, la miseria de las masas había llegado hasta tal punto que, si la policía hubiese continuado con las detenciones y asesinatos, la gente habría explotado. Y es precisamente en esta situación cuando empieza la serie de reformas de Roosevelt, los *public works*, la asistencia a los parados. El gobierno se vio obligado en 1933 a decidir en este sentido, pues se había llegado al punto en el que un movimiento decididamente revolucionario habría podido tomar forma de un momento a otro.[*]

[*] Cit. por Claudio Pozzoli, 1978.

Mattick seguía estando conectado a los grupos consejistas alemanes y holandeses Además de los cursos sobre *El Capital,* en este período lleva a cabo un estudio teórico más sistemático de Marx. La publicación de la principal obra de Henryk Grossman, *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista* (1929), fue fundamental para ello, ya que reactualizaba la teoría marxiana de la acumulación, que había sido completamente olvidada. Para Mattick la 'crítica de la economía política' de Marx se convirtió en un asunto directamente conectado con su propia práctica revolucionaria. Desde entonces consideró la teoría marxista del desarrollo capitalista y su lógica interna de contradicciones que inevitablemente llevan a la crisis, como el fundamento de todo el pensamiento político del movimiento obrero revolucionario.

Correspondencia Consejista Internacional

Durante la década de los treinta, Mattick desarrolla una intensa actividad tanto entre los grupos obreros alemanes emigrados a Estados Unidos como entre los sectores americanos revolucionarios. En 1933 elabora un programa para los IWW, tratando de darles un fundamento marxista más sólido basado en la teoría de Grossman, aunque esto no tuvo ningún efecto en cuanto a la evolución de la organización.

Escribe ya casi exclusivamente en inglés. Analiza muy de cerca la dinámica del capitalismo americano para superar la crisis económica en una perspectiva keynesiana. El *New Deal* que, como cualquier otro medio defensivo del capitalismo, puede dar la impresión de una acción consciente y planificada, pero en realidad era sólo una respuesta ciega y desesperada, de un sistema entre la espada y la pared de sus propias contradicciones, muy pronto logró diferir la agudización del antagonismo social hasta la "solución" aportada con la Segunda Guerra Mundial. En 1935, cuando las disposiciones estatales contra el paro probaron su eficacia, el movimiento de desempleados se apagó, sofocado por los dólares asistenciales prodigados por el Estado.

Tras algún intento fracasado de ejercer influencia en el *Proletarian Party of America* (PPA), una organización leninista, Mattick funda en 1934 un grupo consejista con algunos amigos comunistas procedentes del IWW, en el que había también algunos miembros expulsados del PPA. El grupo mantuvo contactos con los pequeños grupos de la izquierda comunista germano-holandesa en Europa y publicó la revista *International Council Correspondence*, que durante los años treinta se convirtió fue el equivalente anglo-americano de la *Rätekorrespondenz* del Grupo de Comunistas Internacionales de Holanda (GIKH). La revista publicó traducciones de artículos y debates europeos, junto con análisis económicos y comentarios políticos sobre acontecimientos de actualidad en EE.UU. y otros países. Se dedicó particularmente a analizar las formas de la contrarrevolución capitalista y de integración de la clase obrera en el capitalismo: el fascismo, el New-Deal americano y el capitalismo de Estado ruso.

A *International Council Correspondence* seguirían, con la descomposición de los grupos consejistas europeos, las revistas *Living Marxism* (1938-41) y *New Essays* (1942-43), en todas las cuales Mattick ejerció las funciones de editor y escribió profusamente, y a las que también contribuyeron Karl Korsch, Anton Pannekoek y Otto Rühle entre otros. Korsch había conocido a Mattick en 1935 y sería su amigo personal durante años, desde su emigración a EE.UU. a finales de 1936. A través de él y de Henryk Grossman, Mattick contactó con el *Institut fur Sozialforschung* de Horkheimer (que sería considerado el núcleo de la Escuela de Frankfurt). En 1936 escribe para el Instituto una investigación sociológica sobre el movimiento de desempleados en EE.UU., que permaneció inédita hasta su publicación en 1969.

En 1935 se hace pasar como escritor y consigue un subsidio del Writers Project, parte del *New Deal* rooseveliano. Con la Segunda Guerra Mundial se convierte en ciudadano americano, pues durante este período en los EE.UU. los extranjeros no tenían ya derecho ni a un puesto de trabajo ni al seguro de paro. De 1940 a 1948 vuelve a trabajar en la industria, como metalúrgico en Chicago. La burocracia sindical, entonces bajo control de los comunistas americanos, imponía la paz social en las fábricas, en nombre de la defensa de la democracia y de la alianza con la Rusia de Stalin. En las reuniones sindicales, Paul atacaba regularmente la cláusula anti-huelga recordando que: *"¡Ahora que los patronos nos necesitan, ahora es cuando debemos golpearles!"* Deprisa los gorilas sindicales le hicieron ver que tales propósitos no eran nada convenientes, y que su salud seguiría mejor si evitase las reuniones sindicales...[*]

A continuación, y tras una breve estancia en Alemania, vuelve a Nueva York. Dada su edad, no logra encontrar trabajo y durante dos años vive de nuevo con el subsidio de paro y pasando muchas dificultades materiales.

[*] Charles Reeve, 1998.

El retiro y la implacable crítica del keynesianismo

Con la campaña de persecución dirigida contra toda la intelectualidad crítica, iniciada durante la II Guerra Mundial y agudizada en la posguerra con el maccarthismo, la izquierda norteamericana había sido reducida a la total inactividad política. A principios de los 50, Mattick se retira al campo, en un pequeño pedazo de tierra en el estado de Vermont, cerca de la frontera canadiense, donde vivirá con la mujer y su hijo, haciendo trabajos ocasionales y actividad como escritor. En este periodo sólo encaró pequeñas y ocasionales actividades políticas, escribiendo artículos cortos para diversos periódicos.

Desde los años 40, y más entrados los 50, Mattick se dedicó al estudio en profundidad de las teorías de Keynes, compilando numerosos artículos contra la teoría y la práctica keynesianas. Lleva más allá la teoría del desarrollo capitalista de Marx y de Grossman, para dar una respuesta crítica a los nuevos fenómenos y formas del capitalismo moderno. Gracias a los ingresos de su esposa, que a finales de los años 50 obtuvo un puesto en la universidad de Cambridge (Massachussetts), Mattick podría dedicar una buena parte de los últimos años de su vida a estudiar y escribir.

Con los cambios generales de la escena política y la renovada emergencia del pensamiento radical en los 60, Mattick pudo realizar algunas contribuciones más extensas e importantes.

Uno de sus trabajos mayores fue *Marx y Keynes: Los límites de la economía mixta* (1969), que se confirmaría como una de las obras principales del pensamiento marxista de posguerra. Traducido a varios lenguajes, tuvo bastante influencia en el movimiento estudiantil después de 1968. En una época en la que muchos economistas de izquierda buscaban en la imbricación de las ideas de Marx y Keynes una complementariedad que permitiera entender mejor el funcionamiento de la economía capitalista y proporcionase así instrumentos de política económica para evitar las crisis y el desempleo, Mattick, que compartía gran parte de los planteamientos económicos de Henrik Grossman, señaló la esencial incompatibilidad entre ambas teorías. Para Marx, el capitalismo es un sistema preñado de contradicciones, que han de llevar a la explotación creciente de l@s trabajadore/as y a crisis cíclicas cada vez más profundas y destructivas. Por lo que, la única actitud progresiva para Marx era buscar los medios para trascenderlo de modo revolucionario. Keynes consideraba, en cambio, que el problema del capitalismo consistía simplemente en hallar los medios para que la demanda efectiva fuera suficiente para reducir el desempleo a niveles "tolerables", apuntando así al "pleno empleo" y al amortiguamiento estatal de los efectos perturbadores de las contradicciones del capital.

En Mattick, la teoría de los límites objetivos de la economía mixta y de la intervención estatal en la economía capitalista, la crítica de las ideologías económicas burguesas y de las ilusiones reformistas del movimiento obrero tradicional, parten de la teoría marxista del valor como núcleo interpretativo de las contradicciones del capitalismo moderno; como hipótesis cuya verificación cotidiana no es sólo tarea de la ciencia, sino también, y sobre todo, de la práctica política.

Lee atentamente la obra de Marcuse y critica su teoría del "hombre unidimensional", como producto de la ideología dominante pese a su aparente radicalidad. Rechaza vehementemente la tesis en la cual el proletariado, tal como Marx lo entendió, se había convertido en un "concepto mitológico" en la sociedad capitalista avanzada. Aunque acordó con el análisis crítico que hacía Marcuse de la ideología dominante, Mattick demostró que la propia teoría de la unidimensionalidad sólo existía como ideología. Marcuse afirmó más tarde que la crítica de Mattick (1972) sobre su libro fue la única seria.

En *Economics, politics, and the age of inflation* (1978) Mattick continuaría su crítica del paradigma keynesiano, cuya aplicación práctica tras la II Guerra Mundial generó la combinación de recesión e inflación que Samuelson bautizaría como *stagflation.* Mattick explicó la inflación como un fenómeno debido a la expansión monetaria y crediticia, destinado también a aumentar la rentabilidad de las empresas: "*Cuando los precios aumentan a mayor ritmo que los salarios, lo que no pudo extraerse de los trabajadores en el proceso de producción se les extrae en el ámbito de la circulación*". En este libro Mattick afirma que, por su propia naturaleza "*el modo de producción capitalista hace imposible la investigación empírica en las relaciones globales de producción de la sociedad*", una idea que le llevó posteriormente a criticar las corrientes económicas marxistas (para él neorricardianas) que buscaban una verificación empírica de la teoría laboral del valor.

Crisis y teoría de la crisis (1974) es probablemente uno de sus textos económicos más destacables. Además de una valiosa exposición de la compleja teoría de las crisis contenida en las obras de Marx, es también la mejor descripción de las distintas teorías de la crisis surgidas en la tradición marxista y culmina con la liquidación teórica de los postulados keynesianos:

> El hambre de beneficio es universal y la exigencia de capital adicional no puede encontrar satisfacción en un mundo en el que masas de capital cada vez mayores se enfrentan en concurrencia unas con otras no sólo para afirmarse a sí mismas, sino también para sustraerse a un estancamiento que de otro modo tomaría grandes vuelos. Es indudablemente cierto que pueden obtenerse e incluso aumentarse los beneficios monopolistas incluso en condiciones de estancamiento, pero sólo a costa de un estancamiento todavía mayor y de un desmoronamiento imparable de la economía. De aquí se deriva la necesidad de

nuevas intervenciones estatales en la economía, las cuales, sin embargo, no hacen sino contribuir a desintegrar todavía más el sistema. Así el futuro del capital está ligado a su acumulación, si bien la acumulación no le ofrece ningún futuro.

Del mismo modo que la prosperidad que imperó durante años no afectó homogéneamente a todos los países capitalistas, la crisis que comienza todavía no se manifesta por igual en los diferentes países. Sin embargo, en todos ellos es ya tangible el paso del auge al estancamiento y al pánico a que continúe la inflación se une, ahora, el pánico ante una nueva crisis. No es posible determinar teóricamente si va a resultar factible contener una vez más la crisis que se está extendiendo por medio de intervenciones estatales que atajen las dificultades actuales a costa de la duración de la vida del capital. Sin duda se intentará, pero el resultado puede muy bien no conducir sino a la consolidación provisional de la degradada situación actual y, por consiguiente, a la antesala de la ruina global del sistema capitalista a la que ya vemos tomar cuerpo. Sin embargo, lo que tarde o temprano está llamado a aparecer ante nuestros ojos cada día es la verificación empírica de la teoría marxiana de la acumulación, de las leyes de la crisis del capital. (Del capítulo 4, *Esplendor y miseria de la economía mixta*)

Vuelta a la actividad y fallecimiento

En los años 60, Mattick publicó de nuevo en revistas europeas, siendo conocido por muchos especialistas a través de sus ensayos aparecidos en la revista internacional de Lelio Basso y en los *Cahiers de Marxologie*, de Maximilien Rubel. En 1968, con el redescubrimiento del consejismo por parte del movimiento estudiantil alemán, fue propuesto a la izquierda europea como crítico de Marcuse y de las teorías de Baran y Sweezy sobre el capitalismo monopolista, muy difundidos entonces entre la izquierda antiinstitucional y algunos sectores del movimiento obrero tradicional.

En los 70 muchos artículos viejos y nuevos fueron difundidos en varias lenguas. En el curso 1974-75 Mattick fue un “profesor visitante” en el “rojo” Centro Universitario de Roskilde en Dinamarca, la única vez que tendría un empleo académico. Allí dio lecciones acerca de la crítica marxista de la economía política, sobre la historia del movimiento obrero y sirvió como referente crítico en seminarios con otros invitados como Maximilian Rubel, Ernest Mandel, Joan Robinson y otros. En 1977 completó en la Universidad de la Ciudad de México su última gira de lecciones. Sólo hablaría dos veces en Alemania Oriental: en 1971 en Berlín y en 1975 en Hanóver.

De esta manera, en sus últimos años, Paul Mattick tuvo éxito en obtener audiencia para sus puntos de vista en las nuevas generaciones. En 1978 apareció una importante colección de artículos a lo largo de 40 años, bajo el título de *Anti-Bolshevik Communism*.

En febrero de 1981, Mattick muere en Cambridge, Massachussets, dejando un manuscrito casi terminado para otro libro, que fue póstumamente editado y publicado en 1983 por su hijo, Paul Mattick Jr., como *Marxism: Last Refuge of the Bourgeoisie?* En este libro intenta presentar un cuadro general de sus ideas sobre la sociedad capitalista y la oposición revolucionaria a la misma. Expone de forma muy condensada las ideas económicas de Marx y las críticas a las que estas han sido sometidas. Su segunda parte presenta y analiza, en líneas generales, la historia del movimiento socialista desde los tiempos de la I Internacional hasta la revolución rusa del 17.

La bibliografía de Mattick pasa de 500 artículos y libros, de los que una gran parte está dedicada a la temática económica. La dinámica de ciclos de expansión económica y recesión del capitalismo, la posición de la teoría de Marx frente a los paradigmas de la economía académica, la relación entre organizaciones obreras y movimiento espontáneo de los trabajadores y la historia del marxismo, son los temas principales en la obra de Mattick. Aquell@s que tuvieron la oportunidad de conocerle, no olvidarían la fuerza de sus convicciones, el calor y la riqueza del contacto, su humor corrosivo, la calidad humana de la persona que daba vida a los ideales de autoemancipación social. Su actitud de mirar de frente a la historia del movimiento socialista, no negando ninguno de los sucesivos fracasos de los intentos de trascender el capitalismo, para aprender de ellos, y hacer lo mismo con la realidad contemporánea de las luchas proletarias, constituye probablemente una de las vacunas más eficaces contra los falsos optimismos y los pesimismos desesperados.

Cuando Marx hablaba de la "*misión histórica*" de la clase obrera para acabar con el sistema capitalista, hablaba, como puede recogerse de su teoría de la acumulación, de *la expropiación de los pocos por los muchos*.

Él vio, debidamente, que la expansión del capital es también la polarización de la sociedad en una pequeña minoría de capitalistas y una vasta mayoría de gente carente de propiedad, obligada a vender su fuerza de trabajo para existir e incapaz de existir cuando ya no se les compra. Entretanto, el proletariado industrial de hace cien años se ha inflado hasta una masa amorfa de ocupaciones y profesiones asalariadas, todas las cuales dependen de las vicisitudes de los acontecimientos del mercado y de la fortuna o infortunios del proceso de acumulación. Pueden pensar de sí mismos de cualquier manera que quieran, pero no pertenecen a la clase dominante, sino a la clase dominada.

*

...La realidad de las clases trabajadoras en la sociedad industrial avanzada [no] niega la realidad del concepto marxiano de proletariado, meramente porque sus niveles de vida hayan mejorado y su conciencia de clase se haya evaporado. Como antes, la sociedad está dividida en los propietarios de los

medios de producción y la clase obrera desposeída, o en controladores del capital y en trabajadores asalariados carentes de poder.

Esto ocurre sólo sobre la asunción de que el *status quo* puede mantenerse, de que todos los problemas sociales pueden resolverse dentro de las instituciones existentes, de que la historia se ha detenido en las condiciones establecidas, de que es posible negar al proletariado -esto es, la vasta mayoría de la población en los países industrialmente avanzados- un papel en la historia.

*

Es, por supuesto, concebible que nada mueva a la población obrera, que aceptasen cualquier miseria que se les ponga al paso en lugar de alzarse en oposición al sistema responsable de ella. De cualquier manera, *la ausencia de una conciencia revolucionaria no es la ausencia de la inteligencia*. Es mucho más probable que la clase obrera moderna no soporte indefinidamente todo lo que el sistema capitalista le tiene reservado; puede haber un *punto de ruptura* en que la *inteligencia* puede llegar a incluir la *conciencia de clase*. La prontitud a asumir los pasos revolucionarios no requiere de un comportamiento de oposición consistente antes del primer acto independiente; una clase obrera apática bajo ciertas condiciones puede convertirse en una clase obrera despierta bajo condiciones diferentes. Porque es esta clase la que será más profundamente afectada por la reversión de la suerte de la producción de capital, o por las excursiones capitalistas a la guerra, puede, con toda probabilidad, ser la primera en romper con la *ideología unidimensional* de la dominación capitalista. (*Crítica de Marcuse: El hombre unidimensional en la sociedad de clases*, XII, 1972)

El agotamiento del modelo keynesiano fue de este modo, a la vez, el síntoma patente del declive histórico y mundial del modo de producción capitalista, el principio del fin de aquellas condiciones que habían permitido, después de la II Guerra Mundial, la integración político-ideológica estable del movimiento proletario en el capitalismo. Por eso

> "*Llegado al apogeo de su poder, el capitalismo llegó también al punto más alto de vulnerabilidad; no tiene salida si no para la muerte. Por más débiles que se presenten las posibilidades de revuelta, menos que nunca es el momento de renunciar al combate*" [*]

* * *

Esta síntesis biográfica no pretende ninguna originalidad y se limita a reunir informaciones de las fuentes siguientes, con algunas correcciones y añadidos propios:

- Wikipedia: http://es.wikipedia.org/wiki/Paul_Mattick

- Paul Mattick homepage: http://www.home.no/mattick/biografispansk.htm

Texto firmado por J.A.T.G. y publicado con modificaciones y cortes en *Lecturas de economía política* (Diego Guerrero, coordinador, Madrid, Síntesis, 2002, págs. 301-311.

- Revista Etcétera: http://www.sindominio.net/etcetera/REVISTAS/ETC-2.pdf

Correspondencia de la guerra social, nº 2, Junio de 1984, Barcelona. Dedicada a Paul Mattick.

- *Paul Mattick* por Charles Reeve: http://www.geocities.com/jneves_2000/paul_mattick.htm

En: Paul Mattick, *De la Pauvreté et de la Nature Fetichiste de l'Economie*, Ed. Ab Irato, Paris, 1998.

- *Paul Mattick y el comunismo de consejos,* por Claudio Pozzoli:
http://www.geocities.com/cica_web/consejistas/varios/pozzoli_mattick.zip

Publicado a modo de prólogo en el libro: Paul Mattick. *Rebeldes y renegados. La función de los intelectuales y la crisis del movimiento obrero*. Icaria, 1978. Archivo del Círculo Internacional de Comunistas Antibolcheviques.

[*] Cit. por Charles Reeve, 1998.

Prólogo*

El desarrollo del capitalismo es inseparable de las crisis: esta ley se confirma empíricamente de vez en cuando. A pesar del retorno de las crisis la economía burguesa no ha propuesto, hasta hoy, ninguna teoría que se adapte a la realidad. La razón es que el punto teórico del que parte es en si mismo erróneo. La teoría capitalista, en efecto, partía de la idea errónea de que la producción estaba subordinada al consumo y que, por consiguiente, la oferta y la demanda se adaptarían en el mercado. Aunque se reconocía que este mecanismo de ajuste podía verse interrumpido debido a sobreproducciones parciales, se estaba convencido de que el mecanismo del mercado resolvería, de modo espontáneo, estas discordancias. La teoría del mercado, como la teoría del equilibrio a partir del cual la oferta condiciona la demanda y viceversa, todavía está vigente aunque reformulada de distinta manera. En la teoría neoclásica de la utilidad marginal**, que se fundamenta en principios psicológicos, se trata simplemente de anunciar de nuevo la vieja teoría de la oferta y de la demanda, que había permanecido intacta hasta 1936. En primer lugar, hay que afirmar que en modo alguno debe ponerse en duda la realidad de las crisis actuales. Pero, para explicarlas, se ha supuesto que ellas provenían del exterior del sistema, y que podían ser superadas gracias a la intervención de mecanismos de equilibrio automáticos. La existencia de las crisis no era un hecho inmanente del propio sistema y, por consiguiente, tampoco era una realidad que debiera someterse a la investigación teórica. No es necesario insistir en este punto. Yo insistiré únicamente en que la teoría neoclásica del equilibrio de modo particular bajo su formulación matemática, ha sido considerada como el jalón a partir del cual la economía política se transformó en ciencia, óptica a partir de la cual fue despojada de su carácter histórico. En todo caso se desarrollaba en unos niveles de abstracción que le daban un carácter puramente ideológico y le despojaba de toda su posibilidad de aplicación práctica. Su función ideológica se esfumó, por la fuerza de las cosas, cuando estalló la gran crisis del 29 que hizo perder la confianza en los mecanismos de equilibrio del mercado.

La primera gran crisis de la teoría económica capitalista ha sido, pues, la consecuencia de una crisis real, duradera y profunda. Si no hubiera estallado, la teoría del equilibrio habría conservado probablemente su formulación neoclásica. Pero el contraste entre la teoría y la realidad era demasiado evidente por lo que se hizo necesario adaptar la antigua teoría a la nueva situación. Esta adaptación, que entró en la historia de las ideas con el nombre de “revolución keynesiana” no hace otra cosa sino tomar nuevamente la antigua teoría del mercado, con la diferencia de que ya no se supone la existencia de la acción eficaz de un mecanismo de equilibrio que opera de modo espontáneo, sino que se habla en su lugar de un equilibrio establecido conscientemente, con la finalidad de aportar una salida a la crisis.

La teoría de Keynes es tan estática como la neoclásica y se fundamenta, como ella, en un imaginario mecanismo de equilibrio. Pero ella añade como elemento nuevo que las modificaciones que conoce el mundo capitalista dificultan cada vez más la posibilidad de mantener el equilibrio únicamente a través del mercado. Partiendo de la antigua concepción de que el consumo determina la producción, basta que aquél se retrase algo en relación a ésta para que las inversiones resulten cada vez menos rentables y que, por consiguiente, lleguen a desaparecer. La relativa saturación del consumo, que se expresa a partir de una demanda insuficiente, llevaría consigo una disminución de las inversiones y, por consiguiente, un aumento del paro. Para reequilibrar nuevamente consumo y producción, oferta y demanda, sería necesario elevar el nivel de consumo mediante el “consumo público” y multiplicar las inversiones mediante “inversiones públicas” a cargo del Estado. La política monetaria y fiscal del Estado sería, por consiguiente, el instrumento adecuado, capaz de actuar de manera positiva no sólo sobre la economía en su conjunto sino también sobre la rentabilidad del capital privado.

Esta teoría traducía una necesidad política, una reacción a las consecuencias sociales de la crisis. Pero era considerada asimismo como un recurso susceptible de facilitar el paso a una nueva coyuntura. Al mismo tiempo que se presentaba como una teoría general, no hacía otra cosa que tomar como punto de referencia la situación específica de la Gran Crisis, para conjurar, en primer lugar, cualquier riesgo de suceso revolucionario. Las propuestas de intervención estatales en la economía iban destinadas a evitar los peligros de un paro masivo pero también a incitar nuevas inversiones privadas, por lo que las intervenciones del Estado continúan sirviendo al capital. Se trataba de lograr lo que se llama el efecto multiplicador de las nuevas inversiones, o sea la hipótesis de que las inversiones efectuadas en una rama de la producción inducen otras en otras ramas. Tal proceso, comparable al de la velocidad de rotación del dinero en circulación, compensaría la falta de

* Conferencia publicada con el título de *La crisis mundial y el movimiento obrero* en la Revista Etcétera, nº 2, Junio de 1984, Barcelona. http://www.sindominio.net/etcetera/REVISTAS/ETC-2.pdf. El título original completo es: *Weltwirtschaftskrise und Arbeiterbewegung. Ein Vortrag mit Diskussion,* Soakverlaf (*La crisis económica mundial y el movimiento obrero. Una conferencia con debate*), Hanóver, 1975.

** Véase el apéndice segundo: *Marximo y Economía de la Utilidad Marginal*, 1938.

rentabilidad de los gastos públicos mediante la elevación de la rentabilidad de la economía privada. Es totalmente exacto, por descontado, que nuevas inversiones cuando no están compensadas simultáneamente por otros retraimientos de inversiones, tienen como consecuencia el estímulo de la vida económica y la disminución del paro, tanto si son obra del Estado como del capital privado. El aumento de los gastos del Estado, propuesto por Keynes, incluso si su financiación se basa en el déficit presupuestario, tiene pues este efecto estimulante, tal como quedó confirmado con el éxito obtenido gracias a este modelo por parte del programa de creación de empleos del régimen hitleriano, al igual que el logrado con el *New Deal* americano. Tales éxitos sólo se entendían, sin embargo, en el contexto de la teoría abstracta y errónea del equilibrio; nada tenían que ver con las exigencias de la producción capitalista. Para ésta, no se trata en modo alguno de asegurar el equilibrio entre la oferta y la demanda, la producción y el consumo, sino únicamente de producir beneficios y de asegurar la valoración del capital existente y su acumulación. Un capital concreto que exista en forma de dinero debe, para satisfacer las exigencias de la producción capitalista, transformarse en una cantidad superior de capital a través del ciclo de la reproducción. En el capitalismo, toda producción que no proporciona ningún tipo de plusvalía es producción sin acumulación y contradice el movimiento del capital.

Una producción que no está hecha en vistas de la creación de plusvalía choca, en el capitalismo, contra ciertos límites. Desde siempre el Estado toma en carga una parte de la producción social, la que asegura los equipamientos públicos indispensables al sistema (la infraestructura). Además ha monopolizado, en muchos países, una parte de la producción global y se sitúa así entre los empresarios productores de plusvalía. Toda una parte de la producción social es, por consiguiente, asumida por el Estado, a distintos niveles. Pero en general es el capital privado quien asegura la mayor parte de la producción social y determina sus características y su desarrollo. La creciente importancia de la producción viene determinada por la acumulación del capital global, es decir del capital privado; no tiene nada que ver con la lucha contra las crisis mediante el aumento de los gastos públicos, se trata al contrario de un fenómeno secundario que acompaña siempre el desarrollo capitalista. Las políticas de equilibrio económico del Estado no representan nada más que intervenciones suplementarias en la economía, que sobrepasan los gastos habitualmente necesarios; es una producción inducida por el Estado para reactivar la producción social global.

En los remedios keynesianos contra las crisis, no se trata en modo alguno de restringir el capital privado en provecho del sector del Estado, sino más bien de multiplicar la demanda global en el marco de la producción de capital. Ya que la demanda, según esta teoría, depende del consumo y que este es insuficiente para asegurar el pleno empleo, hay que ampliarlo incrementando el "consumo público" que no es suscitado por el mercado. Para no debilitar todavía más la demanda presente en el mercado y ya insuficiente, sin que por ello entre en competencia con el capital privado, el estado debe limitar la producción inducida en el "consumo público", es decir en los trabajos públicos, en la producción de armamento, en la investigación espacial y en otros campos semejantes.

El capital, para comportarse como tal, debe acumularse, es decir, añadir una parte de la plusvalía producida sobre la cantidad de capital ya existente. Desde este punto de vista, cualquier aumento del consumo, tanto si es público como privado, disminuye la cantidad de plusvalía disponible para la acumulación. Lo que es consumido no puede ser acumulado, es decir transformado en instrumentos de producción y en fuerza de trabajo que permita aumentar el provecho y el capital. De todos modos la política de Keynes correspondía a una situación transitoria, en la que un simple aumento de la producción genera un clima económico que incita al capital privado a también invertir. Este suplemento de producción privada para el mercado debería provocar una expansión donde la producción inducida por el Estado e incapaz de producir ningún beneficio sería compensada por el aumento de la masa de beneficio en la producción privada. Los déficits de la producción inducida por el Estado serían, en aquel momento, anulados por los nuevos beneficios.

Pero si no sucede así, la producción suscitada por el Estado representa un aumento de la deuda pública, una acumulación de deudas privadas sobre el Estado. Si el Estado aumenta los impuestos para poder cubrir los gastos públicos destinados a estimular la demanda, por un lado disminuye simultáneamente las posibilidades de acumulación ya reducidas del capital privado y, por otro lado, simplemente desplaza la demanda del sector privado hacia el sector público, sin modificar en modo alguno el volumen de la demanda global. Para aumentar la hay que recurrir al financiamiento mediante el déficit presupuestario, con la extensión del crédito de Estado. Pero como la producción se encuentra reducida por la disminución e incluso por el paro total de la acumulación, no sólo las capacidades productivas permanecen sin emplear, sino incluso el capital-dinero ya que no puede ser nuevamente invertido de manera rentable y no permite el paso de la forma dinero a la forma capital. Este capital inerte en forma de dinero, el Estado puede obtenerlo del capital privado, hasta el punto de hacer subir sus gastos por encima de las posibilidades impositivas. Estos empréstitos de Estado constituyen el financiamiento mediante déficit presupuestario de los gastos públicos. Aunque permita aumentar la producción, no aumenta la producción de beneficio. Si llegara el caso, los poseedores de capital invertirían ellos mismos su dinero desempleado. Si se recurre a la producción realizada por el

Estado, es sencillamente para aumentar la producción sin consideración de rentabilidad.

A pesar de que las inversiones del Estado tengan como efecto ampliar la producción global, la masa de plusvalía adquirida por el capital privado permanece inferior al aumento de la producción, de manera que la producción global tiene a su disposición una masa de beneficio relativamente disminuida, con tendencia a mayor disminución a medida que se amplía la producción inducida por el Estado e improductiva de beneficios. Si el Estado pide prestado el dinero no empleado del capital privado, es necesario que le pague un interés. Ya que la producción inducida por el Estado no produce ningún tipo de beneficio, tampoco puede cubrir ningún interés, ya que éste corresponde a una parte de los beneficios. Este interés, por consiguiente, debe ser cubierto sea por los impuestos sea por otros empréstitos del Estado. Por consiguiente, no sólo la producción no crea beneficios, sino que el reembolso de las deudas del Estado que han facilitado esta producción complementaria tiene que ser cubierta por el sector privado. Pero como las deudas del Estado pueden ser siempre nuevamente consolidadas, desde un punto de vista práctico sólo son los intereses los que gravan los empréstitos del Estado, de manera que el aumento de la producción representa un aumento de la deuda pública que no encuentra ningún tipo de trabas a condición de que la producción global aumente más rápidamente que la carga de intereses que ella misma genera.

Sin embargo, de lo que se trata en el caso del aumento de la deuda pública, es de una destrucción del capital, porque no puede generar ninguna producción capitalista, es decir capaz de producir beneficios. Pongamos un ejemplo: durante la Segunda Guerra Mundial, la deuda pública de Estados Unidos alcanzó 300 mil millones de dólares, que sólo existían teóricamente en los títulos de empréstito. El equivalente a esta suma fue utilizado durante la guerra, en cierta manera “consumido”, y, por consiguiente, desapareció. Una plusvalía, recogida en una época anterior y que permanecía sin emplear como capital, se había transformado en gastos militares y, de este modo, se había evaporado. Detrás de la deuda pública, no queda sino la posibilidad que siempre tiene el Estado de aumentar los impuestos y lanzar nuevas emisiones de endeudamiento. A pesar de que el equivalente de la deuda del Estado, es decir los gastos militares, pertenezcan al pasado, el Estado deberá todavía pagar los intereses y, de manera simultánea, intentar librarse de su deuda, cosa que sólo es posible si el capital privado amasa nuevos beneficios y en proporción creciente.

Pero, dado el hecho de que la tendencia a la baja en el índice de beneficios es inseparable del desarrollo del capital, cada vez es más difícil encontrar una solución al problema del endeudamiento del Estado provocado por los gastos públicos a cuenta del déficit presupuestario. Esta es la razón por la que el endeudamiento del Estado nunca es prorrogado sino simplemente anulado –como por ejemplo en Alemania durante 1923– debido a una inflación galopante. La ampliación desmesurada de la deuda pública ya constituye por si misma una especie de expropiación del capital privado, e incluso es posible leer la expropiación rampante del capital en el índice de endeudamiento del Estado, que impide la prosecución de la acumulación. Pero esto sólo es válido cuando el capital se encuentra efectivamente en una situación de crisis permanente, acompañada de un continuado aumento de gastos públicos. Si evocamos esta posibilidad es simplemente para indicar que cuando se lucha contra la crisis mediante el gasto público, se tropieza con limitaciones totalmente determinadas, que no pueden ser franqueadas sin poner en peligro al propio capital. Si llegara a instalarse una crisis duradera, se llegaría a constatar, durante su curso, que la intervención del Estado, aunque estimulara la economía en un momento inmediato, sólo lo logra mediante el precio de la destrucción a largo término del capital privado.

Para disipar ciertos malentendidos, es necesario hacer hincapié en el hecho de que esto sólo es exacto desde un punto de vista global. Para el capital privado que logra acrecentar su producción gracias al gasto público, esta producción inducida complementaria es muy beneficiosa. Pero la plusvalía o el beneficio, que se encamina hacia estos capitales particulares, no se realiza en modo alguno por la producción global regida por el mercado sino que proviene de la plusvalía producida en períodos anteriores, que ya existía, no producida en aquel momento. En otras palabras, estos capitales “realizan” sus beneficios a partir del capital-dinero no empleado que les atribuye el Estado mediante sus inversiones. Las ganancias realizadas por cualquier capital concreto favorecido significan una pérdida para el capital global, una utilización del capital-dinero acumulado. Es este capital-dinero no empleado el que reinicia el movimiento de los medios de producción y de las fuerzas de trabajo inmovilizadas, y su volumen fija los límites de este crecimiento de la producción. Desde el momento en que la ampliación de crédito mediante capital no empleado se agota, un nuevo aumento del gasto público sólo es posible mediante una clara inflación, gracias a la creación de dinero y su posterior devaluación. Si el financiamiento por déficit presupuestario mediante empréstitos de Estado ya es un proceso inflacionista, este proceso permanece limitado y controlable, mientras que la pura y simple inflación de billetes de banco no encuentra ningún límite objetivo.

Es inevitable que el crecimiento continuo de un sector de la economía no productor de beneficio ponga al final en crisis al propio sistema de producción capitalista. Por este motivo, el mantenimiento de un cierto nivel de producción y de empleo deseado, no puede ser otra cosa que una posibilidad transitoria, un remedio que –tarde o temprano– será desechado por una nueva coyuntura del capital

privado. Puesto que el Estado es el del capital privado, la política anticrisis que pone en pie mediante la financiación de gastos públicos subvencionados por el déficit presupuestario encuentra un término cuando su propia extensión la transforma de momentáneo elemento de estabilización económica en algo contrario, un factor agravante de la crisis. Desde aquel momento, se impone nuevamente la antigua ley de las crisis.

Para tratar ahora de los problemas económicos de hoy en día, es necesario constatar en primer lugar que las grandes crisis de nuestro siglo, a diferencia de las del siglo XIX, no se han superado gracias a medidas "puramente económicas". Durante el siglo pasado todo el mundo se adaptaba a las consecuencias de la crisis y de la recesión sin intentar atenuarlas o superarlas con intervenciones deliberadas. La primera gran crisis del siglo XX llegó durante la Primera Guerra Mundial, cosa que no significa, en modo alguno, que la guerra fuera consecuencia de la crisis, sino simplemente que la situación de crisis preexistía y que si no se la reconoció como tal, fue porque la guerra imperialista le dio otro aspecto. La crisis de 1929, nacida en América, alcanzó a todo el mundo, y tanto más debido al hecho de que las naciones europeas todavía no habían podido desasirse totalmente de la crisis anterior. La situación de crisis declarada por la Primera Guerra Mundial se prolongó en una crisis de posguerra, a pesar de las fluctuaciones con que se manifestó la recesión. Pero no se logró encontrar de nuevo una progresión de la acumulación. El relativo estancamiento de la economía europea no podía sino poner trabas a su vez a la prosperidad que el capital americano conoció después de la guerra. La economía americana, en principio, había conocido un impulso poderoso, aunque insuficiente para arrastrar al conjunto de la economía mundial. Cuando la prosperidad americana naufragó, llegó la crisis mundial.

Fue entonces cuando Keynes elaboró las modificaciones de la teoría neoclásica (que ya había encontrado anticipaciones prácticas en distintos países donde los Gobiernos habían intervenido en la marcha económica). Pero estas intervenciones no habían significado ningún éxito notable, y esta fue la causa que explica que la aportación de Keynes a la teoría clásica del mercado tardara en imponerse. Por otra parte, es exacto que la política armamentística de Hitler financiada con el déficit presupuestario y otros medios logró detener el paro. Pero los mismos factores que comportaban este resultado agravaban simultáneamente la crisis hasta el punto de no permitir otra elección final que una descomposición más total de la economía –a pesar de la intervención del Estado– y una solución imperialista violenta, es decir la guerra. El capital alemán jugó la carta de la guerra, para hacer pagar a los otros países el salvamento de su propia economía. En los Estados Unidos gracias al *New Deal* (que aunque nada debía a las ideas de Keynes, sin embargo respetaba sus principios teóricos) el paro descendió de 15 millones a 8 millones de personas. Pero, hacia 1937, parecía que se habían agotado todos los medios de lucha contra la crisis. Fue necesario el esfuerzo de armamento cara a la Segunda Guerra Mundial, realizado al finalizar la guerra española, para que el paro pudiera todavía reducirse más. Sólo la guerra permitió el pleno empleo, tanto en América como en los demás países beligerantes. El programa de Keynes encontraba su realización en la producción de guerra, es decir, en condiciones que excluían la acumulación. Por ejemplo, en Estados Unidos, el índice de acumulación descendió por debajo del 1%, de manera que el capital sólo alcanzaba para reproducirse. Casi la mitad de la producción total fue utilizada para fines militares, y lo que se destruye en la guerra no puede servir para la acumulación. El pleno empleo estuvo pues acompañado de una reducida acumulación capitalista a nivel cero; en otras palabras, una producción que sólo era capitalista en sus principios teóricos.

Después de la Segunda Guerra Mundial, el capital internacional conoció un relanzamiento inesperado, y que no cuadraba con las teorías de Keynes.

Según éstas, el punto de referencia era una situación de estancamiento económico que podía remediarse gracias al aumento de la demanda pública. Sin embargo, los teóricos de inspiración keynesiana vieron en el relanzamiento general de la economía la confirmación de sus ideas. Cosa que no correspondía a su manera de pensar. En realidad este relanzamiento, como los precedentes, era consecuencia de la crisis que lo había precedido. El estancamiento del capital europeo entre las dos guerras mundiales y la enorme destrucción de capital, tanto bajo su forma de valor como bajo su forma física, realizada por la guerra, comportaron una modificación general de la estructura del capital que permitió elevar los beneficios en relación a un capital disminuido, hasta un nivel suficiente para asegurar un relanzamiento de la acumulación. El secreto de la alta coyuntura de la posguerra, es la destrucción del capital por la guerra y la crisis. No son los métodos keynesianos de orientación de la actividad económica, sino los propios mecanismos de crisis de acumulación del capital, los que explican este relanzamiento.

Desde un punto de vista marxista, este relanzamiento no tenía nada de sorprendente. El índice medio de beneficio, y por consiguiente el índice de acumulación del capital, depende siempre de la situación del capital global o, en términos marxistas, de la composición orgánica del capital. La destrucción del capital, asociada a una elevación de la productividad del trabajo, puede engendrar un índice de beneficio que permita pasar de la recesión a una nueva fase de prosperidad. Es así como se realiza la acumulación del capital a pesar de la crisis y gracias a ella, siempre que el beneficio

corresponda a las exigencias de la acumulación. La reorganización de conjunto del capital condujo a un relanzamiento. Se hubiera podido pensar que la adaptación del beneficio a la acumulación estaba objetivamente excluida; pero una efectiva reactivación económica confirma que no fue este el caso.

Es el mecanismo de las crisis del capital, y no la manipulación keynesiana de la economía, lo que explica la duración de la coyuntura favorable durante los años de la posguerra. Por otra parte, esta reactivación no estuvo exenta de contragolpes, porque afectó a modo muy diverso a los distintos países.

En muchos países, y de manera muy particular en Estados Unidos, el Estado intervino constantemente en la actividad económica, mediante el camino de la política monetaria y fiscal, para poner remedio a las recesiones que venían incluso durante el periodo de relanzamiento. La prosecución de la política imperialista supuso la exclusión de cualquier tipo de reducción de los gastos del Estado improductivos destinados a fines militares, e impuso el mantenimiento y la extensión del sector no rentable de la producción global. Sin embargo, la expansión del capital era bastante importante para provocar un relanzamiento general, en el que la parte de la producción inducida del Estado disminuía proporcionalmente a pesar de continuar siendo un elemento significativo de la producción global. El mantenimiento en tales condiciones de lo que era considerado como una situación de prosperidad capitalista, provocó el nacimiento de una ilusión por la que se pensaba que se había logrado finalmente poner término a las cíclicas crisis del capital, gracias a los métodos de Keynes. La era de las crisis parecía superada para siempre, porque se creía poder establecer, mediante la intervención central en el funcionamiento económico, un equilibrio entre la oferta y la demanda asociado al pleno empleo. La aparente posibilidad de regulación económica del mercado por parte del Estado, con el consiguiente desarrollo sin crisis que permitía, impresionó incluso al campo anticapitalista, hasta el punto que se quisieron asociar las ideas marxistas a las de Keynes, y que se dijo que se iniciaba un nuevo período de desarrollo capitalista incapaz de ser explicado por la ley de las crisis de Marx. Basta pensar en personas como Marcuse, Baran y Sweezy, para darse cuenta hasta que punto influyeron las nuevas ilusiones capitalistas en aquellos que se consideraban sus críticos.

En el paso realizado por Keynes de lo que se llama de la microeconomía a la macroeconomía, es decir la toma en consideración de los problemas sociales antes olvidados, todavía hay algo de estático, porque no se considera el desarrollo del capital; pero la elaboración de la teoría de Keynes ha supuesto muchas tentativas para darle un carácter dinámico o, si se prefiere, para profundizar sobre las leyes del desarrollo y del movimiento del capital. Si esto se pudiera considerar un programa para la economía política burguesa, tal progreso no sería sino volver nuevamente a los clásicos de la economía política, y de modo muy particular – aunque sin citarla– a la teoría marxista del desarrollo capitalista.

Se reconocían ahora las dificultades inherentes al desarrollo capitalista y, por consiguiente, la tendencia a perturbar incesantemente el equilibrio anteriormente alcanzado. Pero ello era para llegar a la conclusión de que las contradicciones inmanentes del sistema se podían suprimir mediante una intervención durable y planificada del Estado. En el lenguaje de la apologética capitalista, como el que empleaba por ejemplo Samuelson, el desarrollo del capital concebido como

"crecimiento", tendía ciertamente a la inestabilidad, pero ésta podía ser eliminada mediante la orientación de la economía, del mismo modo que una bicicleta cae al suelo si se la deja sola, pero permanece en equilibrio cuando está montada por un ciclista. Esta concepción optimista fue casi el patrimonio de la teoría económica burguesa.

¿Qué fue lo que pasó realmente? Repitámoslo todavía otra vez: la guerra había destruido hasta tal punto la economía europea y japonesa, que la resurrección no podía ser considerada de otro modo que como un proceso muy lento.

Simultáneamente a las fuerzas productivas, el capital había también desarrollado las fuerzas destructivas, que habían alcanzado mucho más gravemente a los países comprometidos en la guerra que no durante la anterior contienda mundial del 14. Además de las consideraciones políticas suscitadas por un nuevo adversario, el imperialismo soviético, también había razones propiamente económicas para incitar al capital americano a acelerar la reconstrucción del capital occidental, mediante empréstitos y el Plan Marshall. Con ello, no sólo se lograba beneficiar directamente a los que obtenían la ayuda americana sino también a la propia economía americana, porque la importación de capital por los otros países se traducía, necesariamente, en exportación de mercancías americanas. De esta manera, la vida económica se reanimaba por ambas partes, tanto en los países importadores de capital como en los exportadores de mercancías. La destrucción de los valores capitalistas en Europa y Japón, la anulación de las deudas mediante las devaluaciones, las aplicaciones de nuevas tecnologías y de nuevos métodos de producción, asociadas a un índice de explotación elevado debido a la penuria provocada por la guerra, todo ello permitió índices de beneficios y un índice de acumulación que se elevó a casi el 25% de la producción global. Fue precisamente este índice de acumulación excepcional, unido a circunstancias particulares, el que

entró en la historia con el nombre de “milagro económico” y que mejoró progresivamente el grado de competitividad de Europa y Japón en el mercado mundial.

Como contrapartida, la economía americana se caracteriza por un índice de acumulación muy bajo, que se mantuvo por debajo de sus promedios históricos durante toda la posguerra, sin superar nunca el 3 ó el 3,5%. Precisamente debido al hecho de que el capital americano estaba alcanzado por la sobreacumulación (con lo que no era posible que los beneficios correspondieran a las necesidades de valoración del capital), la posibilidad de exportarlos hacia otros países permitía asociarlos al auge que conocían los países en reconstrucción. A este factor hay que añadir también los nuevos compromisos imperialistas a escala planetaria, interviniendo en los desarrollos políticos asiáticos (guerras de Corea y de Indochina). La exportación de capital, y los gastos unidos a las expediciones imperialistas que exigían anualmente de 20 a 25 mil millones de dólares, excluían una disminución del presupuesto del Estado e imponían la financiación de la política extranjera imperialista mediante métodos inflacionistas, ya que el índice de beneficios era relativamente bajo. La adopción del dólar como referencia internacional y unidad monetaria de reserva permitió al capital americano, acelerando la creación de moneda, no sólo el penetrar profundamente en la economía europea, sino también de manera simultánea estimular la producción americana gracias a la producción inducida por el Estado. Sin alcanzar el pleno empleo, el elevado índice de empleo provocó esta ilusión de un desarrollo capitalista exento de crisis, tal como decíamos antes. Sin esta producción inducida por el Estado, el número de parados hubiera sido mucho más elevada de lo que fue, porque el índice de acumulación no permitía conseguir el pleno empleo. Pero, incluso durante los últimos años de la guerra de Indochina, la capacidad de producción americana sólo se empleaba en un 86% y el desempleo oscilaba entre el 4,5 y el 5% de la población activa. Por consiguiente, el período de posguerra fue muy distinto en Estados Unidos y en Europa y Japón, y la reactivación general de este período llevaba consigo ya el germen de la destrucción, que se manifestaba anticipadamente en la diversidad de condiciones de acumulación propias de cada país capitalista. Pero como América casi aseguraba la mitad de la producción mundial, el relativo estancamiento del capital americano era el índice de una rentabilidad insuficiente en relación de las exigencias de beneficio del capital mundial, aunque esta podía quedar enmascarada durante mucho tiempo mediante la adopción de manipulaciones monetarias y políticas de crédito, capaces de hinchar los beneficios. La prosperidad se acompañaba de una “inacción rampante”.

Dado que la intervención del Estado en la economía descansa, en lo que se refiere a la extensión de la producción, en la capacidad del Estado para ofrecer un sentido de respuesta, esta intervención tiene una eficacia análoga a la creación de crédito en el sector privado. En la teoría de Marx, pero también en las teorías burguesas, un desarrollo excepcional del crédito siempre ha anunciado una crisis próxima, ya que es signo de una competencia más dura para un margen de beneficio en manifiesta disminución, cosa que conduce a una concentración y centralización más exageradas del capital. Los trusts capitalistas se esfuerzan cada uno en obtener una par te más importante del beneficio social global, ampliando su producción y bajando sus precios gracias al crédito - con lo que se agrava la sobreacumulación de capital que ya se manifestaba en la penuria de beneficios-. A pesar de todo, el primer efecto de la extensión del crédito, en la medida en que multiplica efectivamente la producción, consiste en retrasar el estallido de la crisis. La actividad económica es más intensa de lo que sería sin esta extensión. Pero la multiplicación de la producción no significa necesariamente la de los beneficios globales. Basta que la relación entre el índice de explotación y la estructura del capital global sea la misma, retrasando momentáneamente la crisis, para preparar una crisis más profunda todavía, así que la prosperidad provocada mediante el crédito se demuestre ilusoria. Una extensión demasiado rápida del crédito, que encuentra tarde o temprano su límite en el índice de interés determinado por el índice de beneficio, siempre ha sido la expresión de las contradicciones inherentes al sistema capitalista, y la propia economía burguesa siempre la contempló con el mayor escepticismo.

Pero lo que nos importa aquí es que la extensión del crédito siempre tuvo un efecto inflacionista. Si los precios suben es para que la mayor inversión en capital quede justificada cuando el índice de beneficio está estancado, con la finalidad de ganar en la esfera de la circulación lo que no puede obtenerse en proporción suficiente en la producción. Como los precios nunca suben de igual modo y dado que, de modo particular, el precio de la fuerza de trabajo siempre va retrasado en relación al aumento general de los precios, resulta una modificación de la relación salario/beneficio, en ventaja del beneficio capitalista. También se provoca un desplazamiento general de la estructura de las rentas, en detrimento de las capas sociales cuyas rentas no siguen el ritmo de los aumentos de precios. El capital intenta garantizar sus beneficios cargándolos a la sociedad y principalmente a los trabajadores aunque sin lograr mantener o encontrar de nuevo su capacidad de acumulación. En cualquier caso, el crédito no ha sido capaz hasta el momento presente de suprimir nunca el ciclo de las crisis capitalistas; es la propia crisis la que elimina al crédito como medio para relanzar la producción.

Dado que la producción inducida por el Estado mediante el crédito no genera, desde el punto de vista de la sociedad, ni provecho ni interés, sólo encuentra límites objetivos en la masa de capital

presente pero no empleado, que el Estado toma en empréstito al capital privado. Esta fracción del capital privado, que resurge en forma de deuda pública, financia también los intereses que gravan los empréstitos del Estado. Si estos límites objetivos del endeudamiento del Estado son alcanzados, el mantenimiento de la producción inducida por dicho endeudamiento depende entonces de la capacidad del Estado para crear moneda; en otras palabras, de pende del financiamiento de esta producción mediante "la máquina de fabricar billetes" o mediante la pura y simple inflación provocada por la devaluación. Pero el financiamiento mediante la deuda pública es en si mismo un proceso inflacionista, aunque más lento, porque el beneficio social no se acrecienta al mismo ritmo que la producción en su conjunto, y esta distancia creciente entre el beneficio y la producción conlleva inevitablemente un alza de precios. De hecho, el financiamiento mediante los empréstitos de Estado se acompaña de una aceleración de la creación de moneda de manera que, por un lado, se anima a la inversión privada con la baja de los índices de interés, mientras por otro lado se procure disminuir la carga de intereses del Estado.

Nadie ha puesto jamás en duda que los métodos propuestos por Keynes no fueran inflacionistas; él mismo y sus seguidores han visto, por el contrario, que en ello residía el secreto de la estabilidad capitalista. Sin embargo, se admitía que los procesos inflacionistas conducían a un nuevo equilibrio económico que ponía término a la fase inflacionista. Pleno empleo acompañado de la estabilidad de los precios, tal era el objetivo a alcanzar; los métodos inflacionistas podían ser utilizados o abandonados según las necesidades de cada momento. Mientras existiera paro, la inflación sería el único modo de atenuarlo o de eliminarlo. Una vez alcanzado el pleno empleo, se podría parar la inflación utilizando medios deflacionistas, compensando los déficits anteriores gracias a los nuevos beneficios. En cualquier caso, se creía firmemente en la posibilidad de conducir la economía hacia una política fiscal y monetaria perspicaz, según los deseos del gobierno. Si la supresión del paro y de los problemas sociales que comporta se acompañaban de una inflación rampante, éste era un precio en cualquier caso menor a los ojos de los economistas. Más valía el pleno empleo con una tendencia a la inflación que no resignarse al creciente paro por miedo a la inflación. Por otra parte, se constató que tanto hoy como en el pasado, cualquier coyuntura favorable iba acompañada de aspectos inflacionistas. El pleno empleo se asociaba siempre al alza de precios, como lo había históricamente establecido el economista inglés Phillips; la baja de los precios siempre iba acompañada de un índice elevado de paro. Por consiguiente, en la inflación actual, todavía se veía la aplicación de una especie de ley natural que asociaba el pleno empleo y la inflación. Así, no sólo la inflación se explicaba mediante el pleno empleo, sino que era imputada a los trabajadores porque se les consideraba responsables del aumento de los precios, debido a los mejores salarios que lograban en período de pleno empleo.

Llegó el día, sin embargo, que tuvo que admitirse que no sólo el pleno empleo era inseparable de la inflación sino también que ésta aumentaba incluso en período de creciente paro. La recesión económica, en lugar de frenar la inflación, no hacía sino acelerarla. Un hecho que combinaba mal con las teorías económicas más extendidas. El arsenal anticrisis de Keynes demostró ser ilusorio, y ante la nueva crisis que se anunciaba, nos encontrábamos tan desarmados como ante las precedentes. Esto no hacía sino confirmar una vez más lo que se había perdido de vista durante el largo período de alta coyuntura que habían conocido algunos países occidentales; a saber, que es imposible regularizar el sistema capitalista y que la única regulación que en cierta medida existe es la del retorno de las crisis. En el siglo XX como en el anterior, el proceso de acumulación del capital comporta el paso de un período de expansión a una situación de crisis, condición necesaria para una nueva acumulación, y esto siempre que quede una posibilidad objetiva de restablecer la rentabilidad perdida.

Queda claro que es exacto que la intervención del Estado puede influir en el curso de la actividad económica y que, cuando se entra en una situación de crisis, es posible atenuar sus efectos ampliando la producción gracias a este método intervencionista, aunque sin influir en modo alguno sobre la tendencia hacia la sobreacumulación que resulta del imperativo de valorización del capital. Si se confirma la crisis de sobreacumulación, se constata que las tentativas para atenuarla gracias a la orientación económica del Estado no hacen sino agravarla. En tales circunstancias, la crisis se traduce del modo más clásico, mediante la caída de la producción, el desempleo masivo, la destrucción de capital y de la fuerza de trabajo y la intensificación de la competencia entre capitales. La crisis general del capital, nacida de la relación entre las clases sociales y que resulta, en definitiva, de la producción del capital, no puede resolverse por los métodos con pretensiones de nuevas orientaciones de la economía capitalista, sino solamente –si esto es posible– por los medios destructivos, los mismos que ya en el pasado permitieron salir de la crisis y suscitar una reactivación. Si la burguesía ha creído haber encontrado el camino de un desarrollo capitalista exento de crisis, la crisis que se anuncia atestigua una vez más que la economía burguesa es incapaz de comprender su propio sistema y todavía menos de dirigirlo. Lo que empieza a pasar es la verificación empírica de la teoría de la acumulación de Marx, entendida como teoría de la crisis capitalista.

Marx y Keynes

Introducción

Este libro lo escribí en un periodo que el presidente de los Estados Unidos saludó como “la mayor expansión de bienestar económico en la historia”. Otros, en otros países, hablaron de “milagro económico”, o bien alegaron que “nunca nos había ido tan bien”. Los economistas profesionales estaban entusiasmados porque su “funesta ciencia” se había convertido al fin en la esperanza del mundo. Impresionaban tanto a gobiernos como a hombres de negocios con su erudición teórica y la aplicabilidad práctica de ésta. Con la infortunada excepción de una minoría desarticulada, desde lo “alto” hasta lo “bajo” de la escala social había un acuerdo general de que la economía se encontraba en un momento excelente y que así permanecería. Había cierta preocupación por algunos residuos de pobreza y algunos problemas de desempleo que todavía afeaban el hermoso rostro de la prosperidad occidental; y había algo más que simple preocupación por el problema pendiente del “subdesarrollo” que impedía a la mayor parte del mundo compartir la prosperidad general. Pero algún día las naciones pobres también “despegarían” y emularían el éxito de Occidente, y entonces las bendiciones del capitalismo cubrirían todo el globo.

Aunque yo fui testigo de este periodo de “prosperidad sin precedentes”, también experimenté la Gran Depresión entre las dos guerras mundiales. En aquel tiempo, la confianza en la elasticidad del capitalismo estaba en un punto muy bajo y abundaban las teorías referentes a su declinación que predecían su inevitable defunción. El marxismo estaba en ascenso una vez más, aunque sólo fuera como expresión de una creciente discrepancia entre la ideología capitalista y la realidad. El clima de desesperanza terminó gracias a las intervenciones gubernamentales en la economía y a la segunda guerra mundial. Mientras tanto, John Maynard Keynes había desarrollado su teoría, que sugería que las políticas monetaria y fiscal eran capaces de asegurar el pleno empleo en una economía capitalista estancada. Los gobiernos aplicaron las sugerencias de Keynes para garantizar en alguna medida la estabilidad social y económica en sus países. Como estos experimentos resultaron exitosos, se convirtió en un *slogan* el proclamar que “ahora todos somos keynesianos”.

Lo que yo me propongo demostrar es que la solución keynesiana a los problemas económicos que acosan al mundo capitalista tiene sólo una validez temporal, y que las condiciones en las que puede resultar efectiva están en proceso de disolución. Por este motivo, la crítica marxista de la economía política, lejos de haber perdido su pertinencia, gana nueva importancia a causa de su habilidad para abarcar y trascender tanto las “viejas' como las “nuevas” teorías económicas. Mi intención es someter la práctica y la teoría keynesiana a una crítica marxista; además, trataré de aclarar las tendencias y los acontecimientos políticos y económicos con la ayuda del análisis marxista.

Este libro no se presenta como una narración consecutiva; varias de sus partes fueron escritas en diferentes ocasiones y distintas épocas. Todas sus partes son necesarias y todas ellas se refieren al tema único de 1a economía mixta y a las diferencias entre Keynes y Marx. Hay algunas inevitables faltas de ritmo e incluso repeticiones que, espero, facilitarán en vez de dificultar la lectura de la obra.

Capítulo I
La “revolución” keynesiana

Las teorías de los economistas burgueses hasta David Ricardo se desarrollaron antes de que existiera una conciencia real de los conflictos de clase que dominan a la sociedad capitalista. Ricardo, como escribió Marx, fue

> *quien por fin toma conscientemente como eje de sus investigaciones la contradicción de los intereses de clase, la contradicción entre el salario y la ganancia y entre la ganancia y la renta del suelo, aunque viendo simplistamente en esta contradicción una ley natural de la sociedad. Al llegar aquí, la ciencia burguesa tropieza con una barrera para ella infranqueable,*[1]

puesto que un desarrollo crítico ulterior sólo podría conducir al reconocimiento de las contradicciones y limitaciones del sistema capitalista de producción. Haciendo lo que los economistas burgueses no pudieron hacer, Marx se consideró a sí mismo como el auténtico heredero, así como el destructor de la economía burguesa.

Aunque la economía burguesa era ciertamente incapaz de avanzar, tal como dijo Marx, sí era capaz de cambiar su apariencia. Los economistas clásicos habían hecho hincapié en la producción y en el sistema como un todo. Sus seguidores insistieron en el intercambio y la empresa individual. La teoría económica resultó crecientemente apologética hasta que todo el problema de las relaciones sociales que son el fundamento de los procesos económicos fue desechado mediante el rechazo de la teoría clásica del valor, en beneficio del concepto del valor subjetivo de los marginalistas. Las crecientes dificultades económicas, sin embargo, despertaron el interés por el ciclo económico, por los factores que influyen en la prosperidad, la crisis y la depresión. La escuela neoclásica, cuyo abogado más conocido fue Alfred Marshall, intentó transformar la economía en una ciencia práctica; buscó modos y medios para influir en los movimientos del mercado y para acrecentar tanto el rendimiento del capital como el bienestar social general.

En medio de la Gran Depresión apareció el trabajo de John Maynard Keynes, *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero,* que muy pronto fue celebrado como una “revolución” en el pensamiento económico y que condujo a la formación de una escuela de “economía keynesiana”. Mientras que los pertinaces economistas “ortodoxos” impugnaron esta escuela bien por “socialista” o por “ilusoria”, algunos socialistas poco rigurosos intentaron unir a Marx con Keynes, aceptando las teorías de Keynes como el “marxismo” de nuestro tiempo. Se dijo entonces que el escepticismo de Marx acerca del futuro de la sociedad burguesa solamente indicaba su incapacidad o repugnancia para criticar a los *clásicos constructivamente. Y* de Keynes se dijo que había hecho realidad las aspiraciones de Alfred Marshall por un capitalismo reformado y mejorado.

La popularidad de John Maynard Keynes tiene ya muchos años y se inició con su libro *The Economic Consequences of the Peace.* Keynes se opuso a la dureza del tratado de Versalles porque en torno a “Alemania como soporte central, se agrupaba el resto del sistema económico europeo, y la prosperidad del resto del continente dependía principalmente de la prosperidad e iniciativa de Alemania”.[2] Algunos sugirieron que el razonamiento conciliatorio de Keynes estaba motivado por su temor a una revolución anticapitalista a raíz de la guerra. Otros sospecharon que sus constructivas propuestas con respecto a la paz eran simplemente formas sutiles de preparar la política exterior británica de posguerra. Si bien indudablemente estas dos preocupaciones representaron un papel en la formación de su opinión, la oposición de Keynes al tratado se basaba principalmente en consideraciones económicas y estaba determinada por su convicción de que el inundo capitalista podía operar racionalmente.

Para Keynes, la guerra en sí era solamente un interludio accidental y desdichado en el proceso de formación de capital en una economía liberal. En 1919, temió una disminución en la acumulación de capital a causa de que

> *las clases trabajadoras pueden no desear continuar por más tiempo sacrificándose, y las clases capitalistas, no confiando ya en el futuro, pueden desear disfrutar más plenamente sus libertades de consumir en tanto que éstas duran; precipitándose así la hora de su confiscación.*[3]

Era necesario restaurar las “costumbres de acumulación” perturbadas; porque en aquel tiempo Keynes todavía apoyaba “la desigualdad en la distribución de la riqueza” como el mejor medio para una gran acumulación de capital. Con el final de la guerra, esperaba un retorno al libre comercio internacional y a ilimitadas oportunidades de inversión. El medio más simple para restablecer la “normalidad”, era sin duda reconstruir las condiciones de preguerra. Esto implicaba el tratar a Alemania como si no hubiera habido guerra alguna.

---

[1] K. Marx, *El Capital.* Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1946, t. I, p. XVIII.

[2] J. M. Keynes, *The Economic Consequences of the Peace.* Nueva York, 1929, p. 146.

[3] Ibid., p. 22.

Pero después de experimentar el periodo de "socialismo de guerra" en Inglaterra y en el continente, y ser testigo del "experimento" bolchevique en Rusia, Keynes dejó de pensar que el capitalismo estaba restringido a una economía liberal; de hecho, empezó entonces a considerar "el *laissez faire* como una leyenda, y como algo metafísico". Estaba convencido de que la economía capitalista podía ser regulada para que funcionara mejor sin perder su carácter capitalista. Y si la economía nacional podía ser dirigida por cauces definidos y convenientes, también podría ser coordinada en función de las necesidades económicas del mundo. Puesto que se podían concebir esquemas de control, Keynes confiaba en que su realización práctica dependería solamente de la presencia de hombres sabios de buena voluntad. "Creía en el supremo valor del liderazgo intelectual y en la sabiduría de los pocos elegidos",[4] y en su habilidad para influir en los procesos económicos en una forma socialmente satisfactoria.

En la teoría económica burguesa los hombres actúan racionalmente en un mercado en el que el interés propio de unos se enfrenta al interés propio de otros, cada uno rivalizando por aventajar a los demás y limitándose unos a otros. Mediante todos los ilimitados intentos individuales para llevar al máximo la satisfacción de los deseos, el mercado establece relaciones de precios que tienden a realizar una óptima asignación de los recursos. Keynes no impugnó el aserto según el cual la optimización del propio interés económico conduce al máximo de bienestar social; pero sí encontró que la gente rara vez conoce sus verdaderos intereses. El principio individualista no era suficiente para reconocer el propio interés individual *verdadero.* Los ahorros y las restricciones en el consumo, por ejemplo, en ocasiones convienen tanto al individuo como a la sociedad; pero otras veces pueden empobrecer a ambos. Para saber cuándo resulta apropiada una u otra política se requiere el punto de vista social.

La noción de que la satisfacción del propio interés individualista exige una consideración de las necesidades del sistema social, forzó a Keynes a dirigirse de la "microeconomía" a la "macroeconomía" de los clásicos. Esto implicó un regreso parcial a la teoría del valor-trabajo; porque las nociones aplicables a la determinación firme e individual de los precios no son aptas para una teoría que discute agregados sociales tales como ingreso total, consumo, inversión, empleo y su interdependencia económica. Se ha considerado que en este cambio de Keynes "hay implícita una crítica fundamental del orden social existente".[5] En realidad solamente prueba la gran preocupación de Keynes por los controles gubernamentales

> *tanto porque son el único medio practicable de evitar la destrucción total de las formas económicas existentes, como por ser condición del funcionamiento afortunado de la iniciativa individual*.[6]

En un intento por enfrentar las crecientes dificultades económicas, los economistas dirigieron su atención a la teoría monetaria con objeto de influir en el ciclo económico. Keynes era el más indicado para apoyar esta tendencia. Especulador en divisas internacionales, Keynes se ocupó de cuestiones y reformas monetarias desde su primera publicación *Indian Currency and Finance* (1913), hasta su última contribución al Fondo Monetario Internacional. El control del sistema monetario se había convertido esencialmente en un control del crédito por medio de la tasa de interés. Según el punto de vista de Keynes, tanto la excesiva inflación como la excesiva deflación -capaces ambas de perturbar la estabilidad de la economía- podían ser atribuidas a una disparidad entre ahorro e inversión. Si la inversión superaba al ahorro, sobrevendría la inflación; y si ocurría lo contrario, se tendría una deflación. Keynes descubrió que la discrepancia entre ahorro e inversión se debía a una falta de regulación de ambas. Puesto que los individuos y grupos tomaban sus decisiones individuales sobre ahorros e inversiones, no había ninguna garantía de que estas decisiones se complementaran unas a otras. El bienestar económico dependía por lo tanto de una tasa de interés que mantuviera al ahorro de acuerdo con la inversión, estabilizando en esta forma el nivel general de precios.

Keynes sostenía que la producción está limitada por la tasa de interés, porque esta tasa define el estándar para la rentabilidad de la inversión. Esta tasa de inversión depende de los inversionistas, que invierten de acuerdo a las utilidades esperadas. Se supone que estos inversionistas comparan sus previsiones de ganancias con los intereses corrientes pagados por el dinero prestado. Así, el descenso de la tasa de interés aumentará la propensión a invertir. Keynes no negaba que una depresión prolongada restablecería una relación "correcta" entre ganancia, interés y salarios. Pero estaba seguro de que un proceso inflacionario alcanzaría los mismos resultados con menos inconvenientes. Consideraba sus propuestas inflacionarias no como una impugnación de la doctrina clásica, sino como una respuesta a la violación de esa doctrina que ya se había realizado por medio de tasas de interés mantenidas artificialmente. Estaba convencido de que el control de la oferta monetaria y del crédito podría establecer una tasa de interés equilibrada que igualaría al ahorro con la inversión y crearía las condiciones psicológicas para una expansión "normal" del capital.

---

[4] R. F. Harrod, *La vida de John Maynard Keynes.* Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1958, p. 383.

[5] D. Dillard, *La teoría económica de John Maynard Keynes.* Ed. Aguilar, Madrid, 1973, p. 200.

[6] J. M. Keynes, *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero.* Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1971, p. 335.

No es necesario, por el momento, seguir las numerosas proposiciones de Keynes sobre cómo aliviar los males económicos por medios monetarios. Su "originalidad" no está en este campo: aquí él comparte honores con Hawtrey, Harrod, Cassel, Wicksell, Fisher y muchos "maniáticos del dinero" olvidados ya hace mucho, particularmente Proudhon y Silvio Gesell.[7] Proudhon imaginó un sistema económico de "mutualismo" sin explotación, accesible consiguiendo que el capital dejara de ganar intereses. Propuso el establecimiento de un banco nacional, que gratuitamente otorgaría créditos a todos los solicitantes en una sociedad de productores independientes y sindicatos de trabajadores. Mientras que Proudhon imaginó que la abolición del interés era el camino más seguro hacia el "socialismo", Silvio Gesell no encontró nada que objetar al "sistema manchesteriano". Él se oponía al interés y a la renta como obstáculos a la continua expansión de la producción. El dinero, según Gesell, puesto que no solamente era un medio de cambio sino también un medio de atesoramiento, tenía la tendencia a salirse del proceso de circulación, causando como consecuencia estancamiento y decadencia. Si podía prevenirse el acaparamiento del dinero, la producción podría seguir adelante ininterrumpidamente. Sugirió la aplicación de un impuesto al dinero. El gravar todo el dinero líquido haría que la conservación del dinero fuera un asunto costoso. Supuso que la gente invertiría su dinero y "capitales reales" antes que pagar un precio por acumularlo; y que el aumento en la inversión conduciría a una economía de abundancia y bienestar general.

A pesar de que Keynes no compartía los utópicos anhelos de Proudhon, estaba totalmente de acuerdo con el ataque al pago de intereses, y apoyaba la gradual "eutanasia del rentista". Y aunque encontraba las teorías de Gesell impracticables, las consideraba válidas en principio. Él también consideraba equivocada la doctrina del liberalismo en su supuesto de que un mecanismo de autoajuste equilibraba automáticamente la tasa de interés y el volumen de la inversión. Aunque apreciaba el "trabajo de pionero" de Gesell, Keynes consideraba innecesario aplicarlo: una tasa de interés manipulada podía controlar la inversión bastante bien para mantener la tasa necesaria de expansión del capital.

A diferencia de estos economistas que creían que todos los problemas económicos podían ser resueltos solamente por medios monetarios, Keynes presentó sus ideas como una "teoría completa de una economía monetaria" integrando las teorías monetaria y del valor. Llamó a su trabajo una "Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero", porque en su opinión

> *los postulados de la teoría clásica sólo son aplicables a un caso especial y no en general, porque las condiciones que supone son un caso extremo de todas las posiciones posibles de equilibrio, más aún, las características del caso especial supuesto por la teoría clásica no son las de la sociedad económica en que hoy vivimos, razón por la que sus enseñanzas engañan y son desastrosas si intentamos aplicarlas a los hechos reales.*[8]

La teoría tradicional no tomaba en cuenta el desempleo; hasta la *Teoría general,* los mismos argumentos de Keynes desdeñaban el problema. Sin duda, su *Tratado del dinero* (1930) anticipaba el intento posterior de abordar la cuestión de la producción y el empleo como un todo. Pero sólo en la *Teoría general* comenzó a tratar seriamente tanto el volumen como la repartición del empleo, así como las fuerzas que determinan sus cambios.

La teoría tradicional se limitaba a las condiciones imaginarias del pleno empleo, porque sus abogados estaban seguros de que los niveles de salarios reaccionarían ante las fuerzas de oferta y demanda y nunca tan altos durante tanto tiempo como para crear o mantener el desempleo. Estaban convencidos de que salarios más bajos incrementarían el empleo, y confiaban en que el desempleo reduciría los salarios. Keynes compartía su convicción pero no su confianza. Él pensaba que una "propensión al consumo" dada y una tasa de inversión dada determinan entre sí un nivel definido de empleo de acuerdo con el equilibrio económico. Aunque este nivel no puede ser mayor que el pleno empleo, sí puede ser menor. Puede existir un equilibrio que incluya el pleno empleo; pero sería un caso especial. Generalmente, un aumento en el nivel de empleo necesita un cambio bien sea en la propensión a consumir o bien en la tasa de inversión.

Keynes no puso en duda el aserto de que bajo ciertas condiciones el desempleo indica la existencia de salarios reales que son incompatibles con el equilibrio económico, y que su disminución incrementaría el empleo al aumentar los beneficios del capital y de este modo la tasa de inversión. Pero encontró que los salarios eran menos flexibles de lo que se suponía generalmente. Los trabajadores habían aprendido a resistir las reducciones de salarios. Y mientras no se pudiera recurrir al "método socialista" de reducción de salarios por decreto gubernamental, decía, los métodos asequibles para reducir los salarios no eran lo bastante efectivos como para asegurar reducciones uniformes de salarios de todas las categorías de trabajadores. También observó que la resistencia de los trabajadores es mayor a una disminución de salarios nominales que a una disminución de los salarios reales. Esto, naturalmente, es cierto; aunque sólo fuera porque es más fácil ir a la huelga que resistir un alza de precios.

---

[7] S. Gesell, *Die Natürliche Wirtschaftsordnung durch Freiland und Freigeld.* Berlín, 1916.

[8] J. M. Keynes, *Teoría general. .. ,* ed. cit., p. 15.

Keynes vio que esto hacía posibles formas más sutiles de reducción de salarios que las empleadas tradicionalmente. La forma sutil era también la forma más efectiva y general, a su parecer. Una política salarial flexible podía crearse por medio de una política monetaria flexible: un incremento en la cantidad de dinero elevaría los precios y reduciría los salarios reales si los salarios nominales permanecían estacionarios o aumentaban más lentamente que el nivel general de precios. Keynes escribió:

> *Teniendo en cuenta la naturaleza humana y nuestras instituciones, solamente un tonto preferiría una política de salarios flexibles a una política monetaria elástica, a menos que señale las ventajas de la primera que no sea posible obtener con la segunda*.[9]

Aparte de estas observaciones, sin embargo, Keynes sostenía que el empleo en un capitalismo desarrollado está determinado no por los arreglos salariales entre trabajadores y patrones sino por la "demanda efectiva" existente, que depende de la propensión al consumo y de la tasa de expansión del capital. Incluso con tasas de salarios perfectamente flexibles, el desempleo existiría en caso de declinar la demanda. La suposición aceptada de la "Ley de Say" de que "la oferta crea su propia demanda" sencillamente no es cierta; el capitalismo no es el sistema autoajustable que se suponía debía ser. Si por una parte es verdad que una reducción de los salarios nominales que deje intacto el total de la demanda existente aumentaría el empleo, éste no sería el caso si la demanda total disminuyera. Desde el punto de vista "social", las reducciones de salarios sólo tienen sentido si conducen a una expansión de la producción que aumente la demanda efectiva. Y el mercado no es capaz por sí solo de generar una política salarial para asegurar y aumentar la demanda efectiva hasta que se alcance el pleno empleo. Para obtener esto, se necesitan interferencias de carácter monetario y, quizá, extramonetario. El propósito de estas interferencias, sin embargo, es el de hacer que el equilibrio económico del mercado opere en condiciones de pleno empleo. La impracticable ley de Say sobre el mercado tiene que hacerse funcionar por medios exteriores al mercado.

Según Say, todo el mundo produce o para consumir o para vender, y todos venden con el fin de comprar uno u otro producto para usarlo o para consumirlo; consecuentemente, la oferta y la demanda están destinadas a equilibrarse. Si hay demasiado de un producto en particular, su precio bajará; si no hay lo suficiente, su precio aumentará; estos cambios de precios, tendientes a mantener el equilibrio económico, excluyen la posibilidad de una sobreproducción general. El mecanismo del mercado se considera aquí como un mecanismo de equilibrio automático que únicamente requiere ser dejado solo para producir la más económica y racional asignación de los recursos productivos y de la distribución de los productos. Como corolario de la misma doctrina, Keynes dijo, "se ha supuesto que cualquier acto individual de abstención de consumir conduce necesariamente a que el trabajo y los bienes retirados así de la provisión del consumo se inviertan en la producción de riqueza en forma de capital, y equivale a lo mismo".[10]

A pesar de algunas inconsistencias teóricas, el pensamiento económico contemporáneo, de acuerdo con Keynes, "está todavía profundamente impregnado de la noción de que si la gente no gasta su dinero en una forma lo gastará en otra".[11] Keynes admitió la posibilidad de la idea de que "los *costos* de producción se cubren siempre globalmente con los productos de las ventas derivadas de la demanda". De manera semejante, es natural suponer "que todo acto de un individuo que lo enriquece sin que aparentemente quite nada a algún otro, debe también enriquecer a la comunidad en conjunto; de tal modo que un acto de ahorro individual conduce inevitablemente a otro paralelo, de inversión, porque, una vez más, es indudable que la suma de los incrementos netos de la riqueza de los individuos debe ser exactamente igual al total del incremento neto de riqueza de la comunidad". Pero Keynes concluyó que "quienes piensan de este modo se engañan, como resultado de una ilusión óptica, que hace a dos actividades esencialmente diversas aparecer iguales".[12]

A partir de la suposición de que el precio de la demanda global iguala al precio de la oferta global, se siguen todas las demás suposiciones de la teoría neoclásica del equilibrio, incluyendo su teoría del empleo. Esta teoría solamente admite el desempleo "voluntario" o "friccional", no el desempleo involuntario. Keynes, sin embargo, reconocía la existencia del desempleo involuntario: describía su ausencia como un estado de "pleno empleo". No es muy exacto, escribió,

> *decir que la desocupación en Estados Unidos en 1932 se debió a la obstinada negativa del trabajo a aceptar una rebaja en los salarios nominales o a la tenaz demanda de un salario real superior al que consentía la productividad del sistema económico. Son amplias las variaciones que sufre el volumen de ocupación sin que haya ningún cambio aparente en las exigencias mínimas reales de los obreros ni en su productividad*.[13]

Para Keynes, el mismo hecho de un desempleo prolongado y en gran escala indicaba que la "ley de

[9] Ibid., p. 236.

[10] Ibid., p. 28.

[11] Ibid., p. 29.

[12] Ibid., p. 30.

[13] Ibid., p. 20.

Say" no es una ley económica general, sino que resulta cierta sólo bajo las condiciones especiales del equilibrio con pleno empleo. Según el punto de vista de Keynes, el sistema económico puede estar en equilibrio bajo condiciones inferiores al pleno empleo. O sea, un nivel dado de empleo inferior al pleno empleo puede ser el más provechoso para los empresarios. En ese caso no existe ninguna fuerza en el equilibrio que pueda elevar el nivel de empleo hasta el pleno empleo. Esto puede realizarse sólo externamente, seleccionando entre las variables económicas mutuamente inter-dependientes "aquellas variables que la autoridad central puede controlar o dirigir deliberadamente en el sistema particular en que realmente vivimos".[14] Para Keynes, estas variables determinables eran la propensión al consumo y el incentivo a invertir. La manipulación de estas variables conduciría a un estado de equilibrio económico con pleno empleo. Una vez establecido esto, el análisis del equilibrio estático sería válido de nuevo. Keynes no ponía en duda la posibilidad de semejante equilibrio; solamente dudaba que el sistema se ajustara automáticamente para crearlo. Como la teoría fracasaba en ajustarse a la práctica, se la sustituía con una práctica que se ajustara a la teoría.

Keynes encontró conveniente simpatizar con la doctrina de que "todo es producido por el trabajo", porque "podría evitarse mucha confusión si nos limitáramos estrictamente a las dos unidades, dinero y trabajo, cuando nos ocupamos del comportamiento del sistema económico en conjunto"[15]: La unidad básica para medir la ocupación en su sistema es una hora-trabajo de productividad media, así como en el sistema de Marx el trabajo especializado se reduce a trabajo no especializado. Una unidad salario es la cantidad de dinero recibida por una hora de trabajo. La producción global, el ingreso y el empleo representan ciertos valores en términos de unidades-salario y se supone que estas últimas son de magnitud constante. Los volúmenes de empleo medidos en unidades-salario sirven como índices para medir los cambios en el sistema económico.

Expresado en términos más simples, el modelo de Keynes representa un sistema cerrado dividido en dos departamentos de producción: el de los bienes de consumo y el de los bienes de capital. El gasto total de dinero en bienes de consumo más el gasto total en bienes de capital constituye el ingreso total. Cuando la demanda global -la demanda de bienes de consumo y de capital- es igual al ingreso total, lo que implica que el ahorro total iguala a la inversión total, se supone que el sistema está equilibrado. Una disminución de la demanda global, que implica una discrepancia entre ahorro e inversión, reduce el ingreso total y produce desempleo. Para alterar esta situación, la demanda global debe ser aumentada hasta el punto en que el ingreso total implica pleno empleo.

A causa de que Ricardo "descuidó la función de la demanda global", Keynes se consideró antirricardiano y promalthusiano, defendiendo el papel de la "demanda efectiva" como el fundamento principal de una economía de pleno empleo. Pero mientras Malthus "no pudo explicar claramente cómo y por qué la demanda efectiva podría ser deficiente o excesiva"[16], Keynes consideró que había descubierto la razón en la "propensión al consumo" psicológica. Malthus observó que en el capitalismo, la demanda de los trabajadores no podía ser lo bastante grande para permitir a los capitalistas obtener ganancias. Y puesto que los precios incluyen ganancias, no podían ser obtenidas en el intercambio intercapitalista. La relación capital-trabajo contenía y creaba una falta de demanda que destruía el incentivo para acumular capital. Malthus concluía que esta demanda debía salir de otras capas sociales distintas al trabajo y al capital. De esta forma justificaba la prolongada existencia de una clase feudal improductiva: y juzgaba necesario su consumo para el correcto funcionamiento de la economía. Sin embargo, "el gran enigma de la demanda efectiva, con el que Malthus había luchado, se desvaneció de la literatura económica"[17] hasta que fue resucitado por Keynes. Como consecuencia, su teoría debe ser considerada como una versión moderna, una elaboración y posiblemente un perfeccionamiento de la teoría de la acumulación de Malthus.

El consumo, para Keynes, es el fin obvio y el objeto de toda actividad económica. El capital, escribió, "no es una entidad que subsiste por sí misma con independencia del consumo"; por lo tanto "cada debilitamiento en la propensión a consumir, considerada como hábito permanente, tiene que hacer flaquear la demanda de capital lo mismo que la de consumo".[18] Keynes creía que el hecho de que los individuos tiendan a consumir porciones progresivamente menores de su ingreso a medida que este ingreso aumenta es una "ley psicológica". Cuando el ingreso real total aumenta, el consumo también aumenta, por supuesto, pero no tanto como el ingreso. Solamente en una sociedad económicamente atrasada, escribió Keynes, sucede que la propensión al consumo sea lo bastante grande para asegurar el pleno empleo. Esta propensión decrece en una sociedad "madura". Como la propensión al consumo decrece con el enriquecimiento de la sociedad, y como la formación de capital es el enriquecimiento de la sociedad, resulta que propiciar el enriquecimiento de la sociedad es

[14] Ibid., p. 219.

[15] Ibid., p. 48.

[16] Ibid., p. 39.

[17] Ibid.

[18] Ibid., p. 101.

apoyar la disminución de la propensión al consumo. Por lo tanto, la acumulación de capital debe desembocar en la disminución de la propensión al consumo, que es la *clave* de la disminución de la demanda efectiva. Keynes se propuso destruir la ley del mercado de Say en su propio terreno, o sea, en el supuesto de que la producción se realiza en beneficio del consumo. ¿Y de qué otra forma hubiera podido tener más éxito sino mostrando que precisamente a causa del "hecho" de que la producción sirve al consumo, la oferta no crea su propia demanda?

Keynes considera el consumo de las masas de la población, por miserable que sea comparado con la producción potencial e incluso actual, como el consumo escogido por la población, que expresa su propensión real al consumo. Sin embargo, cree que incluso en la sociedad "madura", la demanda efectiva puede ser aumentada por medio de un cambio en la propensión al consumo. De esta manera, admite una diferencia entre lo que él considera la propensión al consumo escogida por la sociedad y las necesidades de consumo social realmente existentes. Naturalmente, al admitir esto implica que el consumo no es el fin de la actividad económica en el capitalismo. Si lo fuera, no existiría el problema de la demanda efectiva.

Cuando la ocupación aumenta, escribió Keynes,

> *aumenta también el ingreso global real de la comunidad; la psicología de ésta es tal que cuando el ingreso real aumenta, el consumo total crece pero no tanto como el ingreso. De aquí que los empresarios resentirían una pérdida si el aumento total de la ocupación se destinara a satisfacer la mayor demanda de artículos de consumo inmediato. En consecuencia, para justificar cualquier cantidad dada de ocupación, debe existir cierto volumen de inversión que baste para absorber el excedente que arroja la producción total sobre lo que la comunidad decide consumir cuando la ocupación se encuentra a dicho nivel; porque a menos de que exista este volumen de inversión, los ingresos de los empresarios serán menores que los requeridos para inducirlos a ofrecer la cantidad de ocupación de que se trata.*[19]

Por supuesto, esto refuta las afirmaciones del propio Keynes de que el capital "no es una entidad autosuficiente", y que "el consumo es el único fin de la producción".

Es cierto que, por lo general, la economía burguesa no prestó atención al problema de la demanda efectiva. El marxismo sí se ocupó de él aunque, según Keynes, sólo "furtivamente, bajo la superficie, en los subterráneos" de la teoría económica. Para Marx, la producción capitalista está orientada no hacia las necesidades del consumo sino hacia la producción de capital. El capitalismo debe producir con el fin de consumir, es cierto; pero para producir debe ver primero la luz verde de la rentabilidad. La demanda efectiva se compone de una demanda de bienes de consumo y (le una demanda de bienes de producción. La relación entre los dos aspectos de la demanda efectiva indica si la rentabilidad del capital está aumentando o disminuyendo. La acumulación de capital implica una disminución del consumo proporcional a la velocidad de crecimiento del capital. En *este* sentido, la formación de capital disminuye la propensión al consumo; pero esto no es sino otra forma de decir que en el capitalismo, r1 capital se acumula.

"Una falta de demanda efectiva" no es sino otra manera de definir una falta de acumulación de capital y no es una explicación de ello. Incluso según el punto de vista de Keynes, "la ocupación solamente puede aumentar *pari passu* con un crecimiento de la inversión, a menos, desde luego, que ocurra un cambio en la propensión a consumir".[20] Sin embargo, Keynes sostenía que por el momento el único remedio para el desempleo estaba en la ulterior expansión del capital. El problema podía ser resuelto también con una reducción del tiempo de trabajo a expensas de la inversión y el consumo; pero, como la mayor parte de los que no trabajan, Keynes estaba seguro de que "la gran mayoría de los individuos preferiría mayores ingresos a mayor holganza".[21] No obstante, si bien Keynes estaba muy impresionado por "las grandes ventajas sociales de aumentar la existencia de capital hasta que deje de ser escaso", estaba dispuesto a "admitir que el camino más prudente sería el de avanzar en ambos frentes a la vez [...] promover la inversión y, al mismo tiempo, el consumo, no simplemente hasta el nivel que correspondería al aumento de la inversión con la propensión existente de consumo sino a un nivel todavía mayor".[22] En condiciones capitalistas, sin embargo, este "nivel todavía mayor" del consumo reduciría la rentabilidad del capital, disminuiría el nivel de ocupación, y haría necesario el aumento de la inversión como una condición previa para un aumento del consumo.

Tradicionalmente, la ganancia ha sido considerada como un premio que reciben los capitalistas por su actividad y, cuando esa actividad no existe, como un premio por su disposición a invertir en vez de consumir sus "ahorros". La ganancia también les recompensaba por correr "riesgos", o por su importancia social al desarrollar "métodos indirectos" de producción que, promoviendo mayor productividad, implican periodos de espera para las inversiones a largo plazo. En cualquiera de esos casos, los capitalistas, absteniéndose de consumir en un momento dado, ganaban el derecho a consumir más en un momento posterior; a no ser, naturalmente, que prefirieran seguir

[19] Ibid., p. 35.

[20] Ibid., p. 94.

[21] Ibid., p. 290.

[22] Ibid., p. 289.

absteniéndose aún más tiempo. Pero hubo épocas en que los capitalistas rehusaron correr "riesgos"; cuando en lugar de invertir su dinero y el de otras personas prefirieron guardarlo, actitud que Keynes llama "preferencia por la liquidez". Como la historia reciente ha visto años de las llamadas "huelgas de inversiones", Keynes encontró aconsejable alterar la teoría de la abstinencia de ganancia e interés. Sugirió que la ganancia y el interés no debían seguir siendo considerados como premios por ahorrar e invertir dinero, sino como premios por dominar el deseo de no invertir, por resistirse a la "preferencia por la liquidez". En otras palabras, por el deseo del capitalista de seguir siendo capitalista.

En realidad, claro está, da exactamente igual decir que la ganancia es un premio por invertir capital o un premio por resistirse a la liquidez. En este aspecto, las discusiones entre los economistas giran en torno a la cuestión de si la preferencia por la liquidez causa estancamiento o si ocurre lo contrario.

> *Cuando las cosas se ven negras y la gente no espera más que pérdidas de cualquier negocio que contemplen* -escribió J. A. Schumpeter-*, entonces se negará, por supuesto, a invertir sus ahorros corrientes* [...] *o aplazarán la inversión para beneficiarse de ulteriores reducciones de precios. Al mismo tiempo, los ahorros no sólo no se reducirán, sino que aumentarán para todos aquellos que esperan pérdidas inminentes de renta en sus negocios o por el paro. Este es un elemento importante en el mecanismo de las depresiones y el gasto público con déficit es, en realidad, uno de los medios más notorios para romper tal "círculo vicioso".* [*Sin embargo,*] *no puede basarse en él ninguna defensa de una teoría del "superahorro", porque sólo tiene lugar a consecuencia de una depresión, la cual no puede ser, por tanto, explicada por él mismo*.[23]

Por el contrario, según Keynes, "la preferencia por la liquidez" precede al estancamiento a causa de la tendencia a atesorar, determinada psicológicamente, que está asociada con la disminución de la propensión al consumo.

Según el punto de vista de Keynes, para aclarar su posición una vez más, un aumento en el ingreso aumenta el consumo, pero en menor medida que el ingreso. En el supuesto de que toda inversión sirve en última instancia a las necesidades del consumo, el ahorro aumentará más rápidamente que la inversión. Al suceder esto, la demanda global decrece y el nivel de ocupación real no alcanza a la oferta de trabajo disponible. Esto sucede en una sociedad "madura" porque el gran volumen del acervo de capital ya existente disminuye la eficiencia marginal del capital (rentabilidad), y de esta forma disminuye las expectativas acerca de futuros beneficios del capital. Los poseedores de riqueza preferirán conservar sus ahorros en forma líquida a invertirlos en empresas que prometen poca o ninguna ganancia. Las expectativas a corto plazo de los poseedores de riqueza, según Keynes, se basan en expectativas a largo plazo, que son necesariamente nebulosas a causa de la creciente abundancia de capital. Keynes no aclara en qué forma esta tendencia a largo plazo -la disminución de la eficiencia marginal del capital- afecta las decisiones de inversión inmediatas. Simplemente afirma que, en cualquier disminución actual de la rentabilidad, los capitalistas ven una disminución futura aún mayor; y que esta actitud pesimista es causa de que la economía actual decline todavía más rápidamente. En otras palabras, las perspectivas a corto plazo determinan las perspectivas a largo plazo, y estas últimas determinan el comportamiento a corto plazo. Confiando en esta "perspicacia", "previsión" o "instinto", los capitalistas demuestran que más vale pájaro en mano que ciento volando cuando no arriesgan nuevas inversiones.

En lugar de cerrar la brecha entre ingreso y consumo, de la teoría de Keynes se desprende que "cada vez que logramos el equilibrio presente aumentando la inversión estamos agravando la dificultad de asegurar el equilibrio del mañana".[24] Pero para el futuro próximo Keynes pensaba que estas dificultades aún eran superables y sugería una serie de reformas destinadas a combatir la "preferencia por la liquidez" y a aumentar la "demanda efectiva", a pesar de la disminución en la propensión al consumo. Keynes confiaba en que todavía era posible una tasa de inversión que asegurara el pleno empleo. Incluso "la construcción de pirámides, los terremotos y hasta las guerras pueden servir para aumentar la riqueza, si la educación de nuestros estadistas en los principios de la economía clásica impide que se haga algo mejor".[25] La primera guerra mundial había demostrado ya que

> *incuestionablemente el socialismo de guerra logró una producción de riqueza mucho mayor a la que conocimos en la paz, pues aunque los bienes y servicios distribuidos estaban destinados a la extinción inmediata e infructuosa, no dejaban por ello de ser riqueza.*[26]

Aparte del "accidente" de la guerra, sin embargo, sí el empleo como "una función del consumo previsto y de la inversión prevista", no era pleno empleo porque las previsiones eran pesimistas, estas previsiones insuficientes podían ser aumentadas por medio de una planeación optimista que no

---

[23] J. A. Schumpeter, *Capitalismo, socialismo y democracia.* Ed. Aguilar, Madrid, 1971, p. 491.

[24] J. M. Keynes, *Teoría general. . .,* ed. cit., p. 100.

[25] Ibid., p. 120.

[26] J. M. Keynes, *Laissez-faire and Communism.* Nueva York, 1926, p. 48.

necesitaba destruir los aspectos básicos del capitalismo. En la teoría de Keynes, el pleno empleo no tenía que implicar la guerra, la destrucción del capital o la producción superflua, sino que podía ser conseguido por medio de obras públicas de utilidad ya grande o ya dudosa que aumentarían el ingreso sin acrecentar el ahorro, y de esta forma se mantendría ocupados a los trabajadores.

Las crisis reales, o el ciclo económico, encajaban imperfectamente en la teoría de Keynes de la "demanda efectiva" basada en la decreciente "propensión al consumo", porque el ciclo económico acompañó al periodo más importante del desarrollo capitalista, y no sólo su etapa "madura". Tenía que considerarse principalmente como cosa del pasado, y en este carácter resultaba una ilustración bastante confusa del proceso de "maduración" de la sociedad: un proceso en el cual, a intervalos, la disminución de la propensión al consumo todavía puede ser inmunizada por expectativas de ganancia de fuerza considerable aunque decreciente y por el poder "creador de riqueza" de numerosas guerras. Keynes expresó a menudo su creencia de que el capitalismo había perdido desde hacía mucho tiempo su habilidad para superar depresiones y que el estancamiento era el estado "normal" de su existencia, en ausencia de intervenciones gubernamentales en el mercado de inversiones. Algunos de los discípulos de Keynes no consideraban

> *exagerado decir que la inflación y el empleo total son las condiciones normales de una economía en tiempo de guerra y que la deflación y el paro son las condiciones normales de una economía en tiempo de paz en la presente etapa del desarrollo del capitalismo*.[27]

Desde el momento en que los economistas juzgan imposible atribuir causas objetivas a las crisis, los únicos datos en que se basan son los relativos a la psicología de la clase que representan. Esta psicología se explica a partir de los movimientos reales de la producción de capital; pero por su parte no puede explicar estos movimientos. Incluso Keynes sintió algunas veces que tal procedimiento era insuficiente y trató de dar una base material a sus interpretaciones psicológicas. En gran contraste con el tono general de su argumentación, señaló que la duración de la depresión debía tener una relación definida con "el periodo de vida de los bienes duraderos y con la tasa normal de crecimiento en una época dada". Al principio de la depresión, proseguía,

> *hay probablemente mucho capital cuya eficiencia marginal ha llegado a ser insignificante y hasta negativa. Pero el intervalo de tiempo que habrá de pasar antes de que la contracción del capital por el uso, la decadencia y la obsolescencia ocasione una escasez lo bastante obvia para aumentar la eficiencia marginal, puede ser una función relativamente estable del promedio de duración del capital en una época dada*.[28]

La razón de la baja eficiencia marginal del capital al principio (y durante) la depresión, aparenta que una abundancia de capital causa una falta de rentabilidad. Se sigue de ahí que la aceleración del uso, el desgaste y la obsolescencia del capital deberían aumentar su valor y, con ello, su rentabilidad. Un método para conseguir la escasez de capital es la preferencia por la liquidez. Ello implica una falta de nuevas inversiones; y en la situación de depresión, nuevas inversiones solamente aumentarían la cantidad de capital, que ya es demasiado grande para tener beneficios satisfactorios. De manera que la preferencia por la liquidez sería una forma entre otras -tales como la construcción de pirámides o la guerra- para mantener la escasez de capital y en esta forma su rentabilidad. Pero, contrariamente a lo que sucede con la construcción de pirámides y la guerra, la preferencia por la liquidez significa desempleo. Keynes se opuso a ella precisamente por esta razón.

Según el punto de vista de Keynes, el estancamiento del capital denota la incapacidad o repugnancia capitalista para aceptar una rentabilidad decreciente. La crisis resulta de una "sobreinversión" promovida por "expectativas que están destinadas al fracaso". La crisis ocurre no porque "la comunidad corno un todo carezca de uso razonable para más inversiones", sino porque "de repente surgen dudas en relación con la confianza que puede tenerse en el rendimiento probable" y "una vez que aparece la duda, se extiende rápidamente". Durante el auge "el desencanto se cierne sobre [un mercado] demasiado optimista y sobrevaluado" y "naturalmente precipita un aumento decisivo en la preferencia por la liquidez". Esto crea la crisis.

La "sobreinversión" existe porque las inversiones han sido asociadas con expectativas de ganancia que demuestran ser muy poco realistas. "Las inversiones con rendimiento real, digamos de *2*% en condiciones de ocupación plena, se proyectan basándose en previsiones de, digamos, 6% y se valúan en consecuencia. Cuando llega la desilusión esta previsión se remplaza por el contrario 'error de pesimismo' con el resultado de que se espera una cantidad negativa de las inversiones que de hecho hubieran dado un rendimiento de 2%, en estado de ocupación plena; y el colapso resultante de las nuevas inversiones conduce entonces a un estado de desocupación en el cual aquellas que hubieran producido 2% en condiciones de ocupación plena, de hecho dan menos que nada." El repentino colapso de la eficiencia marginal del capital que resulta, "estando, como está, determinada por la indirigible y desobediente psicología del mundo de los negocios, disminuye la propensión al consumo

[27] Dudley Dillard, *La teoría económica de John Maynard Keynes,* ed. cit., p. 246.

[28] J. M. Keynes, *Teoría general. . .,* ed. cit., p. 283.

existente implicando un grave descenso en el valor del mercado de los bienes".[29] Y de esta manera es como la depresión se alimenta a sí misma, hasta que es detenida por un aumento en la eficiencia marginal del capital dentro de la situación de crisis o por una expansión del capital a pesar de su baja eficiencia marginal.

Esperar un aumento de la eficiencia marginal del capital dentro de la situación de crisis significa esperar el regreso a una escasez suficiente de capital. En el capitalismo "maduro" esto muy bien podría ser desastroso: el desempleo en gran escala y de larga duración tiene graves consecuencias sociales. Para superar la depresión es necesario aumentar la rentabilidad del capital y al mismo tiempo acrecentar la producción más allá de los límites de formación de capital privado. Aunque Keynes vio en las manipulaciones de la tasa de interés un instrumento posiblemente menor, o quizá totalmente ineficaz, para elevar el incentivo a la inversión, las defendía sin embargo como parte de un extenso ataque contra la "preferencia por la liquidez". Según sabemos, él propugnó una reducción en la tasa de interés no sólo porque "juega un papel peculiar en la fijación de un límite al volumen de ocupación, desde el momento que marca el nivel que debe alcanzar la eficiencia marginal de un bien de capital durable para que se vuelva a producir",[30] sino también porque él defendía en principio la eliminación del "inversionista ineficiente", porque "hoy el interés no es recompensa de ningún sacrificio genuino".[31] Como el capitalismo "maduro" significa una eficiencia marginal del capital más baja, el mayor riesgo implícito en nuevas inversiones puede ser reducido al menos en parte eliminando también el "riesgo del crédito".

En vista del precario estado de los mercados de inversión, Keynes llegó finalmente a la conclusión de que "el deber de ordenar el volumen actual de inversión no puede dejarse con garantías de seguridad en manos de los particulares".[32] El objetivo de todas las políticas gubernamentales debía ser alcanzar el pleno empleo, porque "sólo en condiciones de ocupación plena, una pequeña propensión a consumir puede llevar al aumento del capital".[33] Y como solamente durante el periodo de auge es que el capitalismo se acerca al pleno empleo, el "remedio correcto para el ciclo económico", según Keynes, consiste en "evitar las depresiones y conservarnos de este modo en un cuasi-auge continuo".[34] Teniendo el pleno empleo como criterio, la efectividad de las diversas intervenciones gubernamentales en la economía de mercado podían probarse experimentalmente. Lo que no condujera al pleno empleo, no era suficiente.

[29] Ibid., pp. 281-83.
[30] Ibid., p. 198.
[31] Ibid., p. 332.
[32] Ibid., p. 285.
[33] Ibid., p. 322.
[34] Ibid., p. 286.

Capítulo II
Marx y Keynes

Resulta bastante difícil considerar las teorías de Keynes como una "revolución" en el pensamiento económico. Sin embargo, el término puede ser usado a voluntad, y la teoría keynesiana es llamada una doctrina revolucionaria "en el sentido de que produce resultados teóricos completamente distintos del conjunto del pensamiento económico existente en la época de su desarrollo".[1] Pero ya que ese "conjunto del pensamiento económico", era la teoría neoclásica del equilibrio, la "revolución" de Keynes debe más bien ser considerada como un regreso parcial a la teoría clásica. Y esto a pesar de la propia oposición de Keynes a la teoría clásica que, según su extraña definición, incluía el conjunto total del pensamiento económico desde Ricardo hasta sus propios contemporáneos.

Por más que Keynes se consideraba a sí mismo como antirricardiano, sus críticos vieron, naturalmente, que él trataba "de llegar al pensamiento económico por el camino de Ricardo y sus seguidores"[2] a través de su análisis en términos de agregados económicos. Sus amigos concluyeron que, gracias a Keynes, "el estudio de los agregados económicos ha ocupado su lugar en el centro de la ciencia económica, y nunca más podrá ser arrojado a la periferia en donde lo habían dejado los economistas prekeynesianos, así como no podemos volver al tiempo en que América no había sido descubierta".[3] Pero Keynes no era Colón, porque el concepto de los agregados económicos data del *Tableau Oeconomique* de Quesnay de hace doscientos años, de Ricardo y de Marx.

El rechazo de Keynes a la "ley del mercado" de Say fue el que dio a su teoría la connotación "revolucionaria". Casi sesenta y cinco años antes, Marx señalaba que solamente una acelerada expansión de capital permite un aumento en la ocupación. En cuanto a Say, Marx no pensó que valiera la pena demoler a ese "cómico príncipe de la ciencia", a pesar de que "sus admiradores del continente han alborotado asegurando que es él quien ha desenterrado este tesoro del equilibrio metafísico de las compras y ventas".[4] Para Marx, la ley del mercado de Say era un solemne disparate en vista de la creciente discrepancia entre las exigencias de beneficios inseparables de la expansión del capital y los requerimientos productivos de la sociedad considerados racionalmente, entre la demanda social en el capitalismo y las necesidades sociales efectivas; y señaló que la acumulación de capital implica un ejército industrial de reserva formado por desempleados.

Hay una conexión necesaria entre Marx y Keynes. Marx anticipó la crítica de Keynes a la teoría neoclásica por medio de su propia crítica a la teoría clásica; y ambos reconocieron el dilema capitalista en caso de una tasa decreciente de la formación de capital. Pero mientras que Keynes diagnosticó que la causa era la falta de incentivo para invertir. Marx analizó el dilema hasta su raíz final, hasta el carácter de la producción como *producción de capital.* Por lo tanto, resulta bastante asombroso encontrar que Keynes relega a Marx a "las regiones del bajo mundo del pensamiento económico, junto con Silvio Gesell y el mayor Douglas".[5] A pesar de que estaba dispuesto a frecuentar el "bajo mundo", como lo demuestra su afinidad con las ideas de Gesell, Keynes sostenía que "el futuro aprenderá más del espíritu de Gesell que del de Marx". Lo creía así, según dijo, porque, al contrario de Gesell, Marx basó sus teorías "en la aceptación de las hipótesis clásicas, y en dejar en libertad la competencia en vez de abolirla"[6]:

Incluso un estudio superficial de *El Capital* habría mostrado a Keynes que las teorías de Marx, a las que él consideraba "ilógicas, obsoletas, científicamente erróneas, y sin interés ni aplicación para el mundo moderno",[7] conducían a conclusiones que con frecuencia eran muy similares a las que constituyen el contenido "revolucionario" de su propio razonamiento. No estudió a Marx seriamente porque identificaba las teorías de Marx con las de los clásicos. En una carta a G.B. Shaw, Keynes decía que "hice un nuevo intento con Karl Marx leyendo la correspondencia de Marx-Engels", pero seguía, sin lograr descubrir nada "que no sea un afán anacrónico de controversia". En la misma carta dice también a Shaw que él mismo está

> escribiendo un libro sobre teoría económica que revolucionará en gran medida -supongo que no inmediatamente pero sí en el curso de los próximos diez años- el modo de pensar del mundo acerca de los problemas económicos, [...] pero habrá un gran cambio y, en particular, los fundamentos ricardianos del marxismo serán demolidos.[8]

---

[1] L. R. Klein, *The Keynesian Revolution.* Nueva York, 1947, p. vii.

[2] A. F. Burns, Economic Research and the Keynesian Thinking of our Time. Nueva York, 1946. p. 4.

[3] *The Economist.* Londres, 27 de enero de 1951.

[4] K. Marx, *Contribución a la crítica de la economía política.* Ed. Nacional, México, 1961, p. 95.

[5] J. M. Keynes, *Teoría general...,* ed. cit., p. 39.

[6] Ibid., p. 314.

[7] J. M. Keynes, *Laisez-faire and Communism,* ed. cit., p. 48.

[8] R. F. Harrod, *La vida de John Maynard Keynes,* ed. cit., p. 530.

Oponiéndose a la "teoría clásica" Keynes creía estar oponiéndose igualmente al marxismo.[9] Sin embargo, Keynes no se ocupó de ninguna de estas teorías, sino que atacó la teoría neoclásica del mercado que ya no tenía ninguna conexión significativa con las ideas de Ricardo.

Keynes prefería a Gesell en vez de a Marx porque se inclinaba por las políticas económicas, particularmente en los campos monetario y fiscal, a las que creía capaces de aliviar los males económicos del capitalismo sin alterar su estructura social básica. Marx, aunque trató las cuestiones monetarias en forma exhaustiva, daba especial importancia a los aspectos extramonetarios de la economía. Según su punto de vista, las cuestiones monetarias únicamente podían ser entendidas a la luz de las relaciones capitalistas de producción, que son relaciones "en que se enfrentan el comprador y el vendedor, en sus relaciones de clase. No es el dinero el que engendra, por su naturaleza, esta relación; es, por el contrario, la existencia de esta relación la que convierte la simple función del dinero en función de capital".[10] Y es solamente en este último sentido que conservan un interés contemporáneo.

Según Marx, el dinero es importante no como una medida de valor y un medio de cambio, sino porque es "la forma independiente de la existencia del valor de cambio". En el proceso de circulación capitalista, el valor asume en unos momentos la forma de dinero y en otros la forma de bienes. En la forma de dinero se preserva y expande a sí mismo. La economía de mercado y la acumulación de capital están acosadas por dificultades que aparecen como problemas monetarios. El mismo proceso de compra-venta, proporcionando dinero con dos funciones diferentes, contiene un elemento de crisis, ya que el vendedor no está obligado a comprar sino que puede conservar su riqueza en forma de dinero. Una cantidad existente de dinero, si no es lo bastante grande para servir como capital adicional, puede necesitar un periodo de atesoramiento, que también puede constituir un elemento de crisis. Una relativa falta de capital, así como una relativa abundancia, puede llevar a dificultades económicas que aparecerán como crisis del sistema monetario.

La necesidad de atesorar dinero con objeto de acumularlo como capital productivo fue en gran parte eliminada por el desarrollo de los sistemas bancario y crediticio. La creación de un fondo de recursos monetarios ayudó a ampliar las operaciones industriales y comerciales. El creciente carácter especulativo de la acumulación de capital acentuó los aspectos irracionales de la competencia capitalista produciendo bajas y alzas en las inversiones. Por supuesto, estas actividades no eran consideradas "especulativas" en un sentido peyorativo[11], ya que al capital financiero se le suponía la función de "anticipar" desarrollos futuros y la de "crear" la condiciones para una acelerada formación de capital. Sin embargo, existía la posibilidad de una crisis estrictamente monetaria debida a los movimientos de dinero relativamente independientes en forma de capital financiero. De acuerdo con esto, Keynes distinguía entre "finanzas" e "industria", inclinándose por favorecer a esta última y definiendo a la primera como el negocio del mercado de dinero, la especulación, las actividades en la bolsa de valores y al financiamiento de la producción. Aunque sostenía que "los especuladores pueden no hacer daño cuando sólo son burbujas en una corriente firme de espíritu de empresa", encontraba que la situación "es seria cuando la empresa se convierte en burbuja dentro de una vorágine de especulación".[12]

Esta distinción entre "industria" y "finanzas", entre capital "productivo" y "parásito", es tan vieja como el capitalismo mismo y dio origen a una seudolucha contra la "esclavitud del interés" y los especuladores irresponsables. Este asunto estrictamente intercapitalista ahora es casi totalmente cosa del pasado, puesto que la función de la industria y las finanzas es tan completa que excluye cualquier distinción "moral" entre ellas. Pero incluso anteriormente, no sólo los financieros sino todos los capitalistas veían en la producción "simplemente un mal necesario para poder hacer dinero". Y aunque los beneficios se obtienen por medio del proceso de producción, siempre se han hecho intentos para "hacer dinero sin utilizar como medio el proceso de producción".[13] Particularmente durante periodos de capital "ocioso" y una decreciente tasa de inversiones, los capitalistas aumentaban sus esfuerzos por hacer dinero a expensas de otros poseedores de dinero y títulos mediante manipulaciones financieras y actividades en la bolsa de valores.

---

[9] La lealtad de clase misma enfrentó a Keynes con Marx: "Cuando se llega a la lucha de clases como tal", escribió, "mi patriotismo local y personal [...] está ligado a mi propio medio. Puedo estar influido por lo que a mí me parece Justicia y sentido común; pero la guerra de clases me encontrará del lado de la burguesía educada". *Essay in Persuasion,* Londres, 1931, p. 324.

[10] K. Marx, *El Capital,* ed. cit., t. II, p. 33.

[11] Aun cuando sus actividades se consideran con menosprecio, el capitalista, especulador y financiero afortunado se convierte en un benefactor de la nación. S. H. Holbrook, por ejemplo, afirma que casi todos los grandes moguls norteamericanos según las normas que rigen hoy día pasarían por lo menos 100 años en la cárcel. Pero él cree que "independientemente de cómo acumulasen sus fortunas estos hombres, sus actividades totales tuvieron enorme influencia para llevar a los Estados Unidos a su incomparable posición actual en el mundo de los negocios y de la industria". The Age of the Moguls, Nueva York, 1953, p. x.

[12] J. M. Keynes, *Teoría general...,* ed. cit., p. 145.

[13] K. Marx, *El Capital,* ed. cit., t. II, p. 52.

La especulación puede agravar las situaciones de crisis permitiendo una sobreevaluación ficticia del capital, que no puede entonces satisfacer las expectativas de beneficios puestas en él.[14] Pero las "ganancias de dinero" especulativas representan una proporción igual de "pérdidas de dinero"; a menos que la especulación sirva como un instrumento de concentración de capital, representa solamente una redistribución del valor de cambio disponible. La concentración de la riqueza no tiene sentido económico a no ser que vaya acompañada de una reorganización de la estructura del capital que conduce a una mayor expansión.

La división de la plusvalía (beneficios) entre capitalistas "activos" e "inactivos", a la que Keynes dio tanta importancia, es para Marx solamente una parte de la competencia general por participar en la mayor medida posible de la plusvalía social por parte de todos los capitalistas y todos aquellos que viven del plusproducto. Él no dudaba de que bajo condiciones definidas un descenso en las tasas de interés afectaría positivamente a las inversiones. Porque si un volumen demasiado grande de los beneficios realizados va a parar a manos de los prestamistas, los empresarios serán menos capaces de desarrollar la producción. Pero ninguna generalización acerca del comportamiento y la importancia de la tasa de interés puede basarse en esta posibilidad. Las altas tasas de interés no son incompatibles con altas tasas de beneficios. Cuando todo está bien en la esfera de la producción de beneficios, una tasa de interés relativamente alta no obstaculizará la formación de capital. Incluso puede apresurar su ritmo, si la productividad se desarrolla lo suficientemente rápido para satisfacer al mismo tiempo al capital prestado y al capital productivo. En realidad, la tasa de interés puede elevarse o bajar con una disminución de los beneficios lo mismo que con un aumento de la rentabilidad, porque en ambos casos la demanda de dinero puede exceder a la oferta o viceversa.

Para Marx el interés es solamente una porción del beneficio promedio. Resulta del hecho de que el capital aparece en dos aspectos: como capital prestable en manos del prestamista y como capital industrial en manos de los empresarios. Como *capital,* sin embargo, funciona sólo una vez, y sólo una vez puede producir beneficios. Aparte de la renta, este beneficio se divide entonces en beneficio e interés. La división suele ser arbitraria y no afecta a los problemas básicos de la producción de capital. Como está generalmente limitada por la tasa de beneficio, la tasa de interés no puede tener la importancia que le asigna la teoría monetaria.

Con respecto a los problemas de la tasa de interés, no fue el punto de vista de Keynes sino el de Marx el que encontró su comprobación en la situación de crisis. Una década de tasas de interés decrecientes después de 1929 no afectó seriamente las decisiones de inversión. La manipulación de las tasas de interés dejó de ser considerada como un instrumento importante para el control de las actividades de los negocios, y

> *de acuerdo con el punto de vista académico moderno, parece que la importancia de la tasa de interés fue muy exagerada por la teoría tradicional, y que, después de todo, Marx no cayó en grave falta al ignorarla por completo.*[15]

Muy pronto fue ampliamente reconocido que las decisiones de inversión raramente se basaban en consideraciones de la tasa de interés del mercado[16] y que "el flujo del ahorro en las condiciones actuales parece estar influido solamente en modesta medida por el nivel de las tasas de interés".[17]

Finalmente, el propio Keynes se vio obligado a aceptar las limitaciones económicas de las manipulaciones de las tasas de interés; y decidió que "el colapso en la eficiencia marginal del capital puede ser tan completo que no baste ninguna reducción factible en la tasa de interés"[18] para estimular las inversiones.

> *Con mercados organizados y sujetos a las influencias actuales -escribió-, la estimación que hace el mercado de la eficiencia marginal del capital puede sufrir fluctuaciones tan enormes que no puedan ser neutralizadas por fluctuaciones correspondientes en la tasa de interés.*[19]

De ahí concluyó que podría ser necesario para el gobierno controlar y guiar directamente las inversiones.

Antes de Keynes, existían solamente dos escuelas económicas; o, más bien, sólo existía la

---

[14] "Cuando empieza a resultar más fácil hacer dinero rápidamente comprando acciones de la du Pont, que a la du Pont Corporation hacer dinero produciendo nylon, dacron y productos químicos, entonces ha llegado el momento de preocuparse." *The Senate Banking Committee's Report on its Stock Market Survey.* En *The New York Times, 27* de mayo de 1955.

[15] J. Robinson, *Introducción a la economía marxista.* Ed. Siglo XXI, México, 1968, p. 93.

[16] *El British Committee on the Working of the Monetary System (Radcliffe Report)* llegó a la conclusión de que los medios monetarios que afectan la tasa de interés son por sí mismos incapaces de estimular la economía y sólo tienen sentido en conexión con una política económica general que incluya medidas fiscales y controles físicos directos. Curad. 827, Londres, 1959.

[17] *The Statist.* Londres, 24 de septiembre de 1955.

[18] J. M. Keynes, *Teoría general. . .,* ed. cit., p. 282.

[19] Ibid., p. 285.

economía burguesa y su crítica marxista. Por supuesto, la economía burguesa comprendía una gran variedad de puntos de vista acerca de las dificultades que surgían en el sistema y las formas de superarlas. Existían desviaciones teóricas de la posición de *laissez-faire* que se sostenían generalmente. Algunas de ellas estaban relacionadas con las necesidades específicas y variables de determinados grupos capitalistas dentro del sistema capitalista; algunas discutían los problemas creados por las diferencias entre las naciones capitalistas dentro de la economía mundial. No obstante, todas ellas daban por sentado el sistema capitalista de producción existente; no atacaban la producción para obtener ganancias, la propiedad privada o la acumulación competitiva de capital. De tales críticos la teoría del *laissez-faire* no tenía nada que temer, mientras las relaciones del mercado parecieran producir alguna clase de orden económico real.

Pero los grandes trastornos económicos y sociales del capitalismo del siglo XX destruyendo la confianza en la validez del *laissez-faire.* La crítica marxista de la sociedad burguesa y su economía no podía seguir siendo ignorada por más tiempo. La sobreproducción de capital con su decreciente rentabilidad, falta de inversiones, sobreproducción de bienes y creciente desocupación, todo ello predicho por Marx, fue la innegable realidad y la causa obvia de los trastornos políticos de la época. El ver estos acontecimientos como dislocaciones temporales que pronto se disolverían por sí mismas en un giro ascendente de la producción de capital, no eliminaba la urgente necesidad de intervenciones estatales para reducir la profundidad de la depresión y para asegurar alguna medida de estabilidad social. La teoría de Keynes se ajustaba a esta situación. Reconocía las predicciones económicas de Marx sin reconocer a Marx mismo, y representaba, en sus características esenciales y en términos burgueses, una especie de débil repetición de la crítica marxista: y su propósito era detener la declinación del capitalismo y prevenir su posible colapso.

Capítulo III
La teoría marxista del valor-trabajo

Mientras que la preocupación de Keynes por las cuestiones monetarias estaba basada en su deseo de lograr que el sistema capitalista funcionara con mayor eficiencia, el relativo descuido de estos temas por parte de Marx se originaba en su propósito de formular una teoría del desarrollo del capital. Esta teoría, la teoría del valor-trabajo, provenía de su crítica de la teoría clásica del valor.

Con objeto de producir resultados reguladores, el automatismo del mercado presupone un principio en el que se basa el intercambio, un principio que explica los precios y sus cambios. Si se tiene un precio dado, puede variar en la interacción de la oferta y la demanda, pero queda la cuestión de qué es lo que determina los precios. Para los clásicos, el precio derivaba del valor y el valor estaba determinado por el trabajo incorporado en los bienes. Esta concepción no rige en los casos específicos en los que el precio no tiene relación con el tiempo de trabajo. Marx encontró que la teoría del valor era indispensable para comprender las tendencias del desarrollo de la producción de capital y que, en realidad, era la única "base racional de la economía política".

La teoría del valor-trabajo es el fundamento tanto de la primitiva teoría económica burguesa como de su crítica marxista, y en ambos casos tiene que ver con la producción social y su distribución entre diferentes clases sociales. La economía clásica, según Marx, alcanzó su apogeo con Ricardo y fue una expresión del capitalismo industrial ascendente en el marco del decadente régimen feudal. Se presentaba como la teoría de las *clases productivas,* en contraste con las clases no productivas, cuyos privilegios consistían en la apropiación de intereses y rentas. Todavía no se interesaba por el proletariado industrial y por lo tanto podía ver en el trabajo al único creador y la única medida del valor económico.

La teoría del valor-trabajo se convirtió en una molestia para la clase capitalista tan pronto como las nuevas fricciones entre burguesía y proletariado remplazaron y eclipsaron a las que habían existido entre los regímenes feudal y capitalista. Si el valor de los bienes está determinado por la cantidad de tiempo de trabajo requerida para su producción, y el producto total del trabajo social se divide en renta, beneficio y salarios, parece deducirse que la eliminación del beneficio y de la renta permitiría un intercambio de mercancías de acuerdo con su tiempo de trabajo. La economía ricardiana dio origen a una escuela de "socialistas ricardianos", que pedía un sistema de cambio que asegurase a los productores el valor completo de su trabajo.

Marx no dedujo conclusiones similares de la teoría del valor-trabajo. No obstante, como señaló Friedrich Engels, "el socialismo moderno, de cualquier tendencia, en tanto que procede de la economía política burguesa, se relaciona casi exclusivamente con la teoría del valor de Ricardo".[1] Ésta es la razón por la que Marx ha sido llamado frecuentemente "el último, así como el más grande de los economistas clásicos".[2] Esto cumple con el doble propósito de conceder a Marx su innegable grandeza al tiempo que disminuye la importancia de su teoría sugiriendo que está pasada de moda, junto con toda la teoría clásica. Aunque Marx aceptó y desarrolló la teoría del valor de Ricardo, él no era "el más grande" de los economistas clásicos, sino su adversario. Sabía que el mismo proceso social del trabajo no tiene nada que ver ni con el valor ni con el precio sino sólo con los esfuerzos físicos y mentales de la población trabajadora y el tiempo que consumían, y que "valor" y "precio" eran categorías fetichistas en las relaciones de producción existentes. Su crítica a la economía política estaba concebida como parte de una lucha social para abolir el capitalismo junto con las teorías económicas que racionalizaban su existencia.

La teoría económica burguesa ve las relaciones de producción burguesas como relaciones naturales, o sea, sostiene

> *que éstas constituyen las relaciones mediante las cuales se crea la riqueza y se desarrollan las fueras productivas conforme a las leyes de la naturaleza. Así pues, estas relaciones son ellas mismas leyes naturales independientes de la influencia del tiempo. Son leyes eternas que deben regir siempre la sociedad. Por tanto, ha existido la historia, pero ya no la hay*.[3]

Para Marx, sin embargo, el capitalismo era solamente una forma histórica de la producción social. Él reconocía que por debajo de esta forma específica de desarrollo social está el proceso general de desarrollo social -comprendido en la concepción materialista de la historia- que se expresa a sí mismo en una variedad de formaciones socioeconómicas ligadas a diferentes niveles de productividad del trabajo. Este proceso tiene su origen en la lucha del hombre por la existencia en un medio natural que le permite y lo obliga a aumentar su capacidad para el trabajo y la organización social. Su comienzo se pierde en la prehistoria, pero en la historia conocida las diferentes etapas de

---

[1] K. Marx, *Miseria de la filosofía.* Ed. Aguilar, México, 1969, p. 33.

[2] G. Lichtheim, *Marxism.* Londres, 1961, p. 175 [Trad. esp., *El marxismo.* Ed. Anagrama, Barcelona, 1971].

[3] K. Marx. *Miseria de la filosofía,* ed. cit., p. 177.

la existencia humana y social se revelan en las herramientas cambiantes y en los modos de producción.

Cuando Marx habla de la "ley del valor" como *referente* a una realidad más profunda que subyace la economía capitalista, se refiere al "proceso social de vida, o lo que es lo mismo, del proceso material de producción".[4] Estaba convencido de que en todas las sociedades, incluyendo la esperada sociedad socialista, la distribución proporcional del trabajo social de acuerdo a las necesidades sociales y requerimientos de reproducción resulta una necesidad inevitable.

> *Un chico sabe* -escribió a Kugelmann-*, que un país que dejase de trabajar, no digo durante un año, sino por unas pocas semanas, se moriría. Cualquier chico sabe también que la cantidad de producto correspondiente a las diversas necesidades requiere masas diferentes y cuantitativamente determinadas del trabajo total de la sociedad. El que no pueda eliminarse esta necesidad de distribuir el trabajo social en proporciones definidas mediante la forma particular de la producción social, sino que sólo pueda cambiar la forma que toma, es evidente. No se puede eliminar ninguna ley natural. Lo que puede cambiar, con el cambio de circunstancias históricas, es la forma en que operan esas leyes. Y la forma en que opera esa división proporcional del trabajo en un estado de la sociedad en que la interconexión del trabajo social se manifiesta en el intercambio privado de cada uno de los productos del trabajo, es precisamente el valor de cambio de esos productos*.[5]

Se ha dicho que ésta y otras declaraciones similares de Marx "se oponen a la opinión generalmente aceptada de que Marx consideraba *todas* las leyes económicas como de carácter histórico-relativo".[6] Según Oscar Lange, por ejemplo, la posición de Marx parece haber sido

> *que las leyes económicas de validez universal son tan evidentes por sí mismas que apenas existe necesidad de una técnica científica especial para su estudio, con lo cual la ciencia económica tendría que concentrarse en la investigación de la forma particular que adoptaban estas leyes en un marco institucional determinado*.[7]

Pero todo lo que Marx dijo sobre este punto fue que existen leyes naturales *y* necesidades sociales que ninguna *ley económica* puede violar por mucho tiempo sin destruir a la sociedad. Las leyes naturales y las necesidades sociales no son "leyes económicas universales", a pesar de que, cuando son abandonadas a sí mismas como sucede en el capitalismo, pueden afirmarse como manifestaciones de la ley del valor propia de ese sistema económico. En el prefacio a la segunda edición del primer volumen de *El Capital,* Marx cita con aprobación la declaración de un crítico ruso, en el sentido de que él, Marx, niega que

> *las leyes generales de la vida económica son siempre las mismas, ya se proyecten sobre el presente o sobre el pasado* [...] *No existen tales leyes abstractas.* [...] *Ocurre lo contrario: cada época histórica tiene sus propias leyes* [...] *Tan pronto como la vida supera una determinada fase de su desarrollo, saliendo de una etapa para entrar en otra, empieza a estar presidida por leyes distintas*.[8]

Como cualquier otra forma de producción social, también la producción de valor, según el punto de vista de Marx, implica una distribución del trabajo social de acuerdo con las necesidades sociales y naturales. Para Marx, la ley del valor representa la única forma *indirecta* que la organización social de la producción puede tomar en una sociedad productora de mercancías; pero al mismo tiempo era también una forma restringida a tal sociedad. Ilustraba su opinión con descripciones reales e imaginarias de procesos similares bajo condiciones no-capitalistas. Las condiciones precapitalistas de las que trataba Marx no tienen que ocuparnos aquí; con respecto a las condiciones imaginarias, Marx se refería en primer lugar a Robinson Crusoe, que sabía que su trabajo, cualquiera que fuese su forma, no era sino su propia actividad para asegurar su existencia. Este conocimiento le obligaba a repartir su tiempo cuidadosamente entre diferentes clases de trabajo. Imaginemos, escribía Marx,

> *una asociación de hombres libres que trabajan con medios colectivos de producción y que desplieguen sus numerosas fuerzas individuales de trabajo, con plena conciencia de lo que hacen, como* una *gran fuerza de trabajo social. En esta sociedad se repetirán todas las normas que presiden al trabajo de un Robinson, pero con carácter* social *y no* individual [...] *Los productos de Robinson eran todos producto personal y exclusivo suyo, y por tanto objetos directamente destinados a su uso. El producto colectivo de la asociación a que nos referimos es un producto* social. *Una parte de este producto vuelve a prestar servicio bajo la forma de medios de producción. Sigue siendo social. Otra parte es consumida por los individuos asociados, bajo forma de medios de vida. Debe, por tanto, ser* distribuida. *El* carácter *de esta distribución variará según el carácter especial del propio organismo social de producción y con arreglo al nivel histórico de los productores. Partiremos, sin embargo, aunque sólo sea a título de paralelo con el régimen de producción de mercancías, del supuesto de que la participación asignada a cada productor en los medios de vida depende de su* tiempo de trabajo*. En estas condiciones, el tiempo de trabajo representaría, como se ve, una doble función. Su distribución con arreglo a un plan social servirá para regular la proporción adecuada entre las diversas funciones del trabajo y las distintas necesidades. De*

[4] K. Marx, *El Capital,* ed. cit., t. I, p. 44.

[5] Marx-Engels, *Correspondencia,* Ed. Cultura Popular, México, 1972, vol. n, pp. 107-108.

[6] O. Lange y F. M. Taylor, *Sobre la teoría económica del socialismo.* Ed. Bosch, Barcelona, 1967, p. 146n.

[7] Ibid.

[8] K. Marx, *El Capital,* ed. cit., t. I, p. XXii.

> *otra parte y simultáneamente, el tiempo de trabajo servirá para graduar la parte individual del productor en el trabajo colectivo y, por tanto, en la parte del producto también colectivo destinada al consumo. Como se ve, aquí las relaciones sociales de los hombres con su trabajo y los productos de su trabajo son perfectamente claras y sencillas, tanto en lo tocante a la producción como en lo que se refiere a la distribución.*[9]

Ninguna "ley del valor" entra en este hipotético arreglo, que está di*rectamente* determinado por las consideraciones conscientes de los productores. También es cierto que Marx escribió que incluso después de la abolición del modo capitalista de producción,

> *seguirá predominando la determinación del valor, en el sentido de que la regulación del tiempo de trabajo y la distribución del trabajo social entre los diferentes grupos de producción y, finalmente, la contabilidad acerca de todo esto, serán más esenciales que nunca*.[10]

Pero el término *valor* en este contexto no es sino una forma de hablar; porque, obviamente, lo que Marx quería decir es que la abolición del capitalismo no acaba con la necesidad de distribuir el trabajo de acuerdo a los requerimientos sociales. En una sociedad socialista, escribió Engels con mayor precisión, "la gente hace todo esto muy sencillamente en su casa sin necesidad de meter de por medio el célebre "valor»".[11]

Por lo que respecta a la distribución del trabajo social, también se ha dicho que el socialismo simplemente hace manifiesto, por lo tanto más efectivo, lo que en el capitalismo se presenta como "fuerza reguladora de la ley del valor". Desde este punto de vista, es solamente la *mitificación* de la organización social del trabajo como una "ley del valor" lo que llega a su fin con el fin del capitalismo. Sus resultados *desmitificados* reaparecen en una economía conscientemente regulada. De acuerdo con Rudolf Hilferding, por ejemplo, la teoría del valor

> *está restringida a la época en que el trabajo y el poder que controla al trabajo no han sido conscientemente elevados al rango de principio regulador del metabolismo social y del predominio social, pero en la que este principio inconsciente y automáticamente se establece como una cualidad material de las cosas* [...] *Se debe a* [...] *que el trabajo es el lazo social que une a una sociedad atomizada, y no a que el trabajo sea el asunto más relevante técnicamente, que el trabajo es el principio del valor y que la ley del valor esté dotada de realidad*.[12]

Definiendo al trabajo como principio del' valor, continúa Hilferding, Marx reconoce "el factor por cuya calidad y cantidad, por cuya organización y energía productiva, es controlada causalmente la vida social.[13] Por esta razón el principio del valor es "idéntico a la idea fundamental de la concepción materialista de la historia".[14]

Aparentemente, según Hilferding, la ley del valor llena las funciones de la "mano invisible" de Adam Smith. Pero mientras que en la teoría burguesa existe un proceso de intercambio que asegura la correcta distribución del trabajo social y los productos de este trabajo, para Hilferding es el trabajo mismo y la necesaria distribución de este trabajo lo que regula la vida social a espaldas de los productores. En ambos casos, las necesidades sociales se afirman ellas mismas independientemente de las actividades humanas y fuerzan un esquema de comportamiento definido en base a ellas.

La necesidad social es vista aquí como una fuerza que, reconocida o no, rige a su voluntad todas las actividades humanas que puedan oponérsele. Para Hilferding, la necesidad social se convierte en una ley del valor en el capitalismo porque las relaciones sociales entre las personas están ligadas a las cosas y aparecen como cosas, como relaciones mercantiles, y no como lo que realmente son, es decir, relaciones sociales de producción entre personas. Descartando el fetichismo de la producción de mercancías, piensa él, la ley del valor se revelará como lo que realmente es: la necesidad de regular el proceso del trabajo social de acuerdo con las necesidades sociales reconocidas directamente por las necesidades de las personas. Y es únicamente en este sentido, según Hilferding, que la ley del valor es histórica. En el socialismo, será remplazada por una organización social de la producción y la distribución basada en el principio del trabajo y su apropiada distribución. Este cambio, sin embargo, solamente hace manifiesto y directo lo que hasta ahora se presentaba indirecta e inconscientemente en la forma de relaciones de valor.

De acuerdo a P. M. Sweezy, otro marxista,

> *una de las principales funciones de la ley del valor es la de aclarar que en una sociedad productora de mercancías, a pesar de que las decisiones no se toman de un modo centralizado y coordinado, existe el orden y no simplemente el caos. Nadie decide cómo se debe asignar el esfuerzo productivo, o cuánto se*

---

[9] Ibid., p. 43.

[10] K. Marx, *El Capital,* ed. cit., t. III, p. 787.

[11] F. Engels, *Anti-Dühring.* Ed. Grijalbo, México, 1964, p. 307.

[12] R. Hilferding, "Böhm-Bawerk's Criticism of Marx". *Karl Marx and the Close of his System.* Nueva York, pp. 133-34.

[13] Ibid.

[14] Ibid.

debe producir de las diversas clases de mercancías; sin embargo, el problema se resuelve, y no en una forma puramente arbitraria e ininteligible. La función de la ley del valor consiste en explicar cómo sucede esto y cuál es el resultado.

De esto se deduce, dice Sweezy,

que en la medida en que la asignación de la actividad productiva es sometida a un control consciente, la ley del valor pierde su pertinencia y su importancia; el principio de la planeación la sustituye. En la economía política de una sociedad socialista la teoría de la planeación debiera ocupar la misma posición básica que la teoría del valor en la economía política de una sociedad capitalista.[15]

En consecuencia, según Sweezy, la oposición entre la producción de valor y la producción planeada es la que existe entre control consciente e inconsciente de la producción. La función de la ley del valor, por ejemplo, la regulación de las "proporciones del cambio de mercancías, la cantidad producida de cada una, y la asignación de la fuerza de trabajo a las diferentes ramas de la producción",[16] son también las funciones del principio de planeación con la diferencia, sin embargo, de que el último va acompañado de conocimiento y previsión y el primero no.

Según Marx, "economía del tiempo: a esto se reduce finalmente toda economía".[17] Pero aunque la "economía del tiempo" determine la distribución del trabajo en el socialismo como en el capitalismo, la distribución en sí misma será diferente para cada uno de estos sistemas. En el capitalismo está determinada por la producción de capital como valor de cambio; en el socialismo, la producción es supuestamente una producción para el uso, *libre de valor.* Por lo tanto, la distribución del trabajo en el capitalismo no es idéntica a la distribución del trabajo que prevalece en otras formas de producción social. Es una forma capitalistamente modificada de esta necesidad de distribuir el trabajo en proporciones determinadas. Y es precisamente esta modificación la que hace que la distribución del trabajo en el capitalismo aparezca como una "ley económica" operando ciegamente como una ley natural. Porque es la naturaleza del proceso de producción la que determina la distribución del trabajo según las necesidades planteadas por la "economía del tiempo". Aunque la producción de valor también descansa en el trabajo social y en la economía del tiempo, no se deriva del proceso de trabajo mismo. Más precisamente, la producción de valor deriva del proceso de trabajo tal como lo modifican y cambian las relaciones sociales del capitalismo. Lo que Marx define como lo "racional y naturalmente necesario", y como "el proceso vital de la sociedad basado en el proceso material de la producción", no es ni una categoría económica ni una "ley económica de validez universal", sino simplemente la condición básica de toda existencia y desarrollo social.

A pesar de la afirmación de Hilferding, la concepción materialista de la historia no es idéntica a la teoría del valor-trabajo. La primera se refiere al desarrollo social en general, en el que el capitalismo es solamente un caso especial. La teoría del valor-trabajo se refiere a unas relaciones sociales específicas que operan bajo la producción de capital. La producción de capital transforma el proceso de trabajo en un proceso de producción de valor y las relaciones sociales en categorías económicas. La teoría del valor-trabajo se refiere a la inevitable necesidad -común a todas las sociedades- de trabajar y distribuir el trabajo social en proporciones definidas. Pero esta necesidad general se manifiesta en una ley del valor solamente en el capitalismo, y sólo porque la economía de mercado no puede separar el proceso de producción de valor del proceso de producción mismo. La ley del valor no opera fuera de la relaciones del mercado y no es un requisito necesario para la organización social del trabajo. Pero la organización social del trabajo es necesaria para la producción social, y el capitalismo encuentra la respuesta a esta necesidad en la ley del valor.

El tipo de regulación de la producción originado por la ley del valor es también específico del capitalismo. La distribución proporcional del trabajo social es necesaria en todos los sistemas de producción social; pero igualmente variará con las diferencias entre esos sistemas. Incluso los requerimientos más generales de la producción social, que pueden ser válidos en todas las etapas del desarrollo social, toman un carácter histórico específico cuando se aplican en diferentes sistemas sociales de producción. Esto no es simplemente una cuestión de regulación consciente contra regulación inconsciente, como Sweezy parece implicar al referirse al desplazamiento de la ley del valor por el principio de planeación; porque la regulación de la producción bajo el principio de planeación sería muy distinta a la determinada por la ley del valor.

---

[15] P. M. Sweezy, *La teoría del desarrollo capitalista.* Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1945, p. 65.

[16] Ibid., p. 64.

[17] K. Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador)* 1857-1858. Ed. Siglo XXI, Buenos Aires. 1971, t. r, p. 101 (de aquí en adelante nos referiremos a esta obra como *Grundrisse).*

Para Marx,

> *incluso las categorías más abstractas, a pesar de su validez -precisamente debido a su naturaleza abstracta- para todas las épocas, son no obstante, en lo que hay de determinado en esta abstracción, el producto de condiciones históricas y poseen plena validez sólo para estas condiciones y dentro de sus límites*.[18]

Por ejemplo, como él señaló, tanto el hecho y el concepto del trabajo abstracto, de "trabajo en general" son muy antiguos. Sin embargo, el trabajo abstracto como una *categoría económica* es una realización moderna. *Los fisiócratas* todavía consideraban el trabajo agrícola como la única clase de trabajo que creaba valor. Con Adam Smith, sin embargo, es ya el trabajo como tal, bien sea aplicado a la manufactura, al comercio o a la agricultura, el que produce la riqueza de las naciones. La riqueza se obtiene por medio de todos los tipos de trabajo, por el trabajo en general. Según esto puede parecer, escribió Marx,

> *que de este modo se habría encontrado simplemente la expresión abstracta de la relación más simple y antigua, en que entran los hombres en tanto productores, cualquiera que sea la forma de la sociedad. Esto es cierto en un sentido. Pero no en el otro.* La indiferencia frente a un género determinado de trabajo supone una totalidad muy desarrollada de géneros reales de trabajos, *ninguno de los cuales predomina sobre los demás* [...] *Aquí, pues, la abstracción de la categoría "trabajo', el "trabajo en general', el trabajo sans phrase, que es el punto de partida de la economía moderna, resulta por primera vez prácticamente cierta. De este modo, la abstracción más simple que la economía moderna coloca en el vértice, y que expresa una relación antiquísima y válida para todas las formas de sociedad, se presenta no obstante como prácticamente cierta en este* [*grado de*] *abstracción sólo como categoría de la sociedad moderna*...[19]

A causa de que el capitalismo es la organización de producción social más desarrollada hasta ahora, sus categorías económicas iluminan las relaciones de producción social anteriores. Así como "la anatomía del hombre es la clave para la anatomía del mono", como dijo Marx, así la sociedad burguesa es una clave para conocer las relaciones de producción de formaciones sociales previas. Pero no en el sentido de la teoría económica burguesa que, sin hacer caso de diferenciaciones históricas, sólo descubre en todas las sociedades pasadas sus propias categorías económicas. Las categorías económicas de la sociedad burguesa pueden servir para comprender las condiciones de vida comunes a todas las formaciones sociales; pero no nos llevarán al descubrimiento de "leyes económicas de validez universal". La teoría del valor-trabajo, esto es, la *ecuación de la riqueza social en general con el trabajo social en general,* que también ha producido una comprensión de lo "racional y naturalmente necesario" común a todas las formaciones sociales, seguirá teniendo validez general en el futuro como la ha tenido en el pasado, en tanto que es *en sí misma* una expresión de lo "racional y naturalmente necesario", pero no en el aspecto de que es una expresión de las relaciones de producción específicamente capitalistas.

Como medida del valor y medio para distribuir el trabajo social, la teoría del valor se desarrolló para, y dentro de, las relaciones de producción burguesas. El plustrabajo es el que engendra al capital, y por ello es que la riqueza social se mide por el tiempo de trabajo. Pero la formación de la riqueza como acumulación de plusvalía es sólo una forma de producción de riqueza particular e históricamente condicionada, ligada a las relaciones de clase y de propiedad específicas del capitalismo. Aunque la riqueza como capital solamente puede ser aumentada por medio del aumento del plustrabajo como plusvalía, esto no se debe al proceso de producción de riqueza material como tal, sino a la forma que toma este proceso dentro de las relaciones sociales del capitalismo. El capital nace del tiempo de trabajo, y crece más rápidamente en la medida en que más tiempo de trabajo se convierte en tiempo de trabajo excedente; pero la riqueza social real depende solamente de la productividad real del trabajo y de las condiciones reales de producción, y no está necesariamente ligada a la magnitud del tiempo de trabajo.

Para Marx y Engels, el valor económico es "una categoría que pertenece a la producción de mercancías y desaparece con este modo de producción, ya que no existía con anterioridad a este modo de producción".[20] Las categorías económicas "no son más que *abstracciones* de estas relaciones reales y que únicamente son verdades mientras esas relaciones subsisten".[21] Mientras existen, sin embargo, determinan las actividades económicas. Una crítica de la economía política, por lo tanto, debe comenzar por el análisis de las relaciones del valor.

En el mercado es donde los productos del trabajo adquieren un status social uniforme como mercancías. Este status es distinto de sus variadas formas de existencia como objetos de utilidad. Según Marx, esta división de un producto en una cosa útil y un valor no procede del proceso del trabajo como el metabolismo entre el hombre y la naturaleza, sino que es *una adquisición social.*

---

[18] Ibid., p. 26.

[19] Ibid., pp. 25-26. [Subraya P. M.]

[20] Engels a Kautsky, *Aus der Frühzeit des Marxismus.* Praga, 1935, p. 145.

[21] Marx a P. Annenkov, *Obras escogidas.* Ed. Progreso, Moscú, 1971, vol. II, p. 448.

Logra importancia práctica

> *allí donde el cambio adquiere la extensión e importancia suficientes para que se produzcan objetos útiles con vistas al cambio, donde, por tanto, el carácter de valor de los objetos se acusa ya en el momento de ser producidos*.[22]

El trabajo privado de cada productor es socialmente igual al de todos los demás productores sólo porque la mutua capacidad de ser intercambiados que poseen todos los distintos tipos de trabajos y de productos útiles es un hecho social establecido. Y en esta

> igualdad *toto coelo de* diversos trabajos, *hay que hacer forzosamente* abstracción de su desigualdad real*, reducirlos al carácter común a todos ellos como* desgaste de fuerza humana de trabajo*, como* trabajo humano *abstracto*.[23]

La diferencia entre las diversas clases de trabajo es precisamente la condición necesaria para el intercambio de 'mercancías "medidas" en términos de tiempo de trabajo abstracto. La reducción de todos los tipos de trabajo, sin considerar la habilidad y la productividad, a trabajo simple o abstracto no sólo es un postulado de la teoría del valor sino que se establece real y constantemente en el proceso de intercambio.

> *Por muy complejo que sea el trabajo a que debe su existencia una mercancía el valor la equipara en seguida al producto del trabajo simple, y como tal valor, sólo representa, por tanto, una determinada cantidad de trabajo simple*.[24]

Además, no es la productividad individual la que determina el valor de cualquier mercancía particular, sino la productividad socialmente necesaria, o promedio, requerida para su producción; y no es la particular habilidad individual la que se tiene en consideración en el proceso de cambio sino únicamente la evaluación social de esta habilidad. Y esta evaluación, por la naturaleza del objeto, sólo puede ser cuantitativa: un múltiplo de trabajo simple expresado en términos de dinero.

El capitalismo no es una sociedad de trabajadores independientes que cambian sus productos de acuerdo con el promedio social de tiempo de trabajo incorporado en ellos: es una economía productora de plusvalía empeñada en la persecución competitiva del capital. La fuerza de trabajo es una mercancía; su valor (valor de cambio) está determinado por sus requerimientos de producción y reproducción medidos en términos de tiempo de trabajo. Su valor de uso tiene la capacidad de producir, además de su propio valor de cambio, plusvalía. Este modo de producción es posible porque los trabajadores están separados de los medios de producción, y de esa manera están forzados a vender su fuerza de trabajo a los dueños del capital. Obviamente, el cambio "igual" entre capital y trabajo en términos de valor se basa en el hecho de que parte del trabajo social no es cambiado en absoluto, sino que sencillamente es apropiado por los compradores de la fuerza de trabajo.

Pero tanto si es enajenado como si es cambiado, el producto social total entra en el mercado en forma de mercancías. Cualquier parte de él que no pueda ser vendida carece de valor, aunque se haya incorporado trabajo en ella. La parte no vendida del trabajo social será un despilfarro de trabajo excedente; simplemente habrá menos plusvalía que trabajo excedente. Para realizar toda la plusvalía producida, es necesario producir mercancías para las que exista una demanda suficiente. Los capitalistas, individualmente, ajustarán su producción a través de pruebas y errores a la cambiante demanda del mercado social.

El trabajo y el tiempo de trabajo es una preocupación de todo empresario, aun cuando tenga su atención fija en los precios del mercado en el intento de llevar al máximo sus beneficios. Porque para obtener esos beneficios, primero debe llevar al máximo el trabajo excedente en el proceso de producción. Puede lograr esto bien alargando el tiempo de trabajo o bien aumentando la intensidad y productividad del trabajo durante un tiempo dado. En cualquiera de estos casos, tratará de reducir al mínimo el valor de cambio de los trabajadores y aumentar al máximo su plusvalía. Lo que se aplica al empresario individual se aplica también a la sociedad globalmente: de la producción total, un mínimo de salarios producirá un máximo de beneficios.

---

[22] K. Marx, *El Capital,* ed. cit., t. i, p. 39.

[23] Ibid., p. 39.

[24] Ibid., p. 12.

Capítulo IV
Valor y precio

Para mantener su negocio, todo empresario capitalista debe esforzarse por obtener la mayor cantidad posible de trabajo excedente; porque sólo logrando este máximo puede aumentar los beneficios que puede conseguir por medio de los precios del mercado. Este beneficio máximo no está sino parcialmente determinado por sus propios esfuerzos para mantener o elevar la tasa de extracción; está *codeterminado* por los esfuerzos similares de parte de los otros capitalistas. Para aumentar la rentabilidad de cualquier capital particular, la rentabilidad del *capital social total* debe ser aumentada, porque de otra manera no habría forma de lograr la aumentada apropiación de trabajo excedente como beneficios en el mercado. Puesto que el trabajo excedente en forma de mercancía *queda fuera de la relación capital-trabajo,* debe ser intercambiado entre los mismos capitalistas en sus esfuerzos por preservar su capital aumentándolo.

El crecimiento de cualquier capital en particular depende de la acumulación del capital social total. Este hecho pone límites definidos a la expansión de los capitales separadamente. El dueño de un negocio en expansión se hace consciente de estos límites cuando las utilidades decrecientes hacen que deje de resultarle rentable el continuar desarrollándolo. Sin embargo el capital, como la fuerza de trabajo en abstracto, está diferenciado sólo cuantitativamente. Sin importar cuál sea el tipo de producción, el capital será empleado siempre que haya una perspectiva de beneficios suficientes. Si se cierra un camino hacia la expansión, serán invadidos otros que se abran. El principio de la rentabilidad es el que distribuye las inversiones en las diferentes esferas y ramas de la producción, distribuyendo el trabajo social de acuerdo con los requerimientos de trabajo excedente de la acumulación del capital. Y este flujo competitivo de capital es el que hace nacer la tendencia a igualar las tasas de beneficio del capital.

Aunque el mercado de capital no distingue entre inversión de capital y de trabajo, esta división afecta a la economía. La naturaleza física del proceso de producción define la relación entre trabajo y capital, y así determina la proporción de inversión que corresponde a cada factor. Existe una diferencia, para hablar en términos marxistas, entre las “composiciones orgánicas” de diferentes capitales en diferentes esferas de producción. Algunos procesos de producción requieren grandes inversiones en medios de producción e inversiones relativamente pequeñas en trabajo, mientras que otros necesitan menos inversión de capital y exigen más trabajo. Marx llamó “alta” a la primera composición orgánica de capital, y “baja” a la segunda. Puesto que el trabajo es la única fuente de plusvalía, o beneficios, y los beneficios son medidos en relación al capital total (esto es, medios de producción junto con fuerza de trabajo), de la teoría del valor-trabajo debe desprenderse que capitales de diferentes composiciones orgánicas, pero con iguales tasas de plusvalía, deben producir diferentes tasas de beneficios. En realidad, prevalece una *tendencia* hacia su igualamiento.

Dejando de lado consideraciones tales como las tasas variables de plusvalía en diferentes negocios, originalmente diversas tasas de beneficios señalan la variedad en la composición orgánica de los diversos capitales. Puesto que las diferencias en la composición orgánica del capital que poseen las industrias están determinadas por sus procesos de producción, no pueden ser eliminadas. Hasta cierto punto puede ser posible la igualación de la composición orgánica del capital dentro de una industria determinada; pero no puede ocurrir esto entre esferas de producción totalmente distintas. De esta forma, las tasas individuales de beneficios sólo pueden igualarse en la circulación.

Para comprender este mecanismo es necesario considerar el carácter “social” de la producción capitalista y la naturaleza doble de la mercancía como valor de uso y valor de cambio al mismo tiempo. Existe una necesidad real de coordinar la producción en términos de valores de uso. En el capitalismo el mercado llena esta función. Sólo puede intercambiarse lo que ha sido producido; pero lo que ha sido producido refleja la demanda social del capitalismo en cualquier etapa particular de su desarrollo. La “demanda social” tal como aparece revelada por el mercado no es idéntica a las necesidades sociales realmente existentes, sino sólo a estas necesidades en el marco de la producción de capital. No obstante, esta demanda social determinada capitalistamente se expresa como una demanda de valores de uso. La creciente composición orgánica del capital en una industria determinada implica una demanda creciente de sus mercancías. Y esta demanda social de las mercancías producidas por industrias de alta composición orgánica es la que les permite obtener precios que aseguran su rentabilidad. Puesto que la baja composición orgánica de otras industrias no da por sí misma a sus mercancías un valor de uso social mayor del que poseen realmente, estas industrias no podrán obtener un beneficio mayor del que es compatible con la demanda social existente tal como está determinada por el sistema económico como un todo.

En el curso de la acumulación de capital casi todas las industrias aumentarán sus inversiones en capital a un ritmo más rápido que sus inversiones en fuerza de trabajo. Los capitales que previamente eran de baja composición orgánica se convertirán en capitales de alta composición orgánica y viceversa. A causa de la interdependencia social del modo capitalista de producción, el

crecimiento y cambio de la estructura total del capital afectará a todas las esferas individuales de producción y las relaciones entre las diversas industrias. El cambio de industria ligera a pesada, por ejemplo, cambiará las relaciones entre las industrias extractivas y manufactureras. En la medida en que el producto de cualquier industria es necesario para el funcionamiento del sistema como un todo, tendrá la capacidad de ordenar precios que harán posible su existencia y su expansión.

Como todos los capitalistas tratan de obtener la más alta rentabilidad en un mercado en el que la demanda está predeterminada por el sistema de producción como un todo, la distribución de la plusvalía es un asunto "social''. Como tal, excluye consideraciones individuales tales como la composición orgánica específica de los capitales independientes. La plusvalía social total comprende una determinada cantidad de trabajo social incorporado en las mercancías. No sólo el trabajo excedente sino el producto social total, o gran parte de él, debe pasar al proceso de circulación. La imposibilidad de aislar la plusvalía de la mercancía a la que está incorporada y la necesidad de colocar en el mercado casi la totalidad de la producción social, separa los actos de realización y distribución de la plusvalía, de su producción.

Si hubiera un cambio de valor-por-valor, las empresas con una alta composición orgánica de capital no podrían desarrollarse por falta de rentabilidad, mientras que aquellas con una baja composición orgánica no podrían desarrollarse por falta de mercados adicionales. La acumulación privada de capital, sin embargo, implica relaciones competitivas de mercado que "transforman" los valores en precios de producción. Naturalmente, la "transformación" no es sino *una forma de decir* que aunque en el proceso de cambio todo ocurre en términos de precios, los últimos están sin embargo determinados por las relaciones de valor de las que los productores no son conscientes. Esta determinación del precio por el valor *no puede establecerse empíricamente;* sólo puede ser deducida del hecho de que todas las mercancías son producto del trabajo, de diferentes cantidades de trabajo, y de la necesaria distribución proporcional del total del trabajo social. No hay ninguna forma directa de descubrir el precio de una mercancía en su "valor", o, por un procedimiento inverso, de descubrir su "valor" en su precio. No hay ninguna "transformación" observable de valores en precios; y el concepto de valor sólo tiene significado con respecto al capital social total.

La "transformación" se realiza por medio de la competencia, por la búsqueda de beneficios y superbeneficios que constituye la contribución y reacción capitalista a la creciente productividad del trabajo. Como señalamos más arriba, el capital compite por las líneas de negocios más rentables y, cuando es posible, cambia de un tipo de actividad económica a otro. Trata de escapar de esferas de producción de baja rentabilidad y entrar en otras de alta rentabilidad. Bajo condiciones de mercado e inversión, competitivos, cada capital particular realizará una tasa de beneficio aproximadamente igual. Claro que, en realidad,

> *las tasas de beneficio difieren de negocio a negocio y de año a año de acuerdo a las diferentes circunstancias, y la tasa general existe solamente como un promedio de muchos negocios y muchos años* [...] [*Es*] *la naturaleza de la tasa de beneficio y de las leyes económicas en general,* [*que*] *ninguna de ellas tenga ninguna realidad excepto por aproximación, tendencia, promedio, y no como realidad* inmediata.[1]

Sujeta a la "igualación" de las tasas de beneficio en este sentido, la participación de una empresa del beneficio social total dependerá del tamaño de su capital. Esto es un motivo más para la rápida acumulación de capital. La interdependencia de la producción capitalista, o sea, la dependencia de cada productor de la existencia de todos los demás productores, así como su necesidad común de pasar por el mercado para convertir el trabajo excedente en beneficios, produce una especie de "comunismo capitalista".[2]

Según Marx, las diferentes tasas de beneficio originales son igualadas por medio de la competencia convirtiéndolas en una tasa general de beneficio, que es el promedio de las tasas de beneficio particulares. La igualación de los beneficios "transforma" a los valores en precios de producción y divide la plusvalía social en forma igual entre los capitales individuales en proporción a sus tamaños. Este mundo de los precios es el único mundo para los capitalistas. Para ellos, aquella parte del valor de la mercancía que ellos tienen que pagar constituye su precio de costo, que excluye el trabajo no pagado. Para ellos los beneficios aparecen como el exceso del precio de venta sobre el precio de costo. De esta manera las mercancías pueden ser vendidas a menos de su valor siempre que sean vendidas por encima de su precio de costo. Los precios del mercado oscilan alrededor del precio de costo o precio de producción.

Los precios de costo son específicos pero el beneficio añadido a ellos no lo es. Según Marx, mientras que

> *en unas mercancías figura demasiada plusvalía, en otras figura muy poca, por lo cual se equilibran también entre sí las divergencias respecto al valor que se contiene en los precios de producción de las*

[1] Engels a C. Schmidt, Marx-Engels, *Selected Correspondence*, p. 563.

[2] Marx a Engels, *Selected Correspondence*, p. 248.

> *mercancías. En toda la producción capitalista ocurre lo mismo: la ley general sólo se impone como una tendencia predominante, de un modo muy complicado y aproximativo, como una media jamás susceptible de ser fijada entre perpetuas fluctuaciones incesantes*.[3]

Marx pensaba que las mercancías rían intercambiarse en base a los valores en tiempo de trabajo sólo accidentalmente. Es obvio que el tiempo de trabajo determina el proceso de producción de mercancías. Pero esto no puede encontrar consideración en el proceso de intercambio. Ya en el primer volumen de *El Capital,* Marx, limitándose todavía al análisis del valor, señaló una incongruencia cuantitativa entre el precio y la magnitud del valor, o la desviación del primero a partir del último, es inherente a la propia forma de precio. Esto no es defecto, sino que por el contrario adapta admirablemente la forma de precio a un modo de producción cuyas leyes inherentes se imponen sólo como el instrumento de irregularidades aparentemente desordenadas que se compensan unas a otras.

Además,

> *la* forma *precio no sólo permite la posibilidad de una incongruencia* cuantitativa *entre éste y la magnitud de valor, sino que puede, además, encerrar una contradicción* cualitativa*, haciendo que el precio deje de ser en absoluto expresión del valor, a pesar de que el dinero no es más que la* forma de valor *de las mercancías. Cosas que no son de suyo mercancías, por ejemplo la conciencia, el honor, etc., pueden ser cotizadas en dinero por sus poseedores, y recibir a través de sus precios, el* cuño de mercancías*. Cabe, por tanto, que una cosa tenga formalmente un* precio *sin tener un* valor.[4]

Por lo tanto, según Marx, las mercancías no son, ni pueden ser, intercambiadas en función del tiempo de trabajo socialmente necesario incorporado en ellas. Pero Marx insiste sin embargo en que

> *cualquiera que sea el modo como se fijen o se re en los precios de las distintas mercancías entre sí, su movimiento se halla presidido siempre por la ley del valor. Cuando disminuye el tiempo de trabajo necesario para su producción, bajan los precios; por el contrario, los precios suben cuando el tiempo de trabajo necesario para su producción aumenta*.[5]

Y puesto que

> *el valor total de las mercancías regula la plusvalía total, y ésta, a su vez, la magnitud de la ganancia media... llegamos a la conclusión de que es la ley del valor la que regula los precios de producción*,[6]

aunque los precios individuales de las mercancías no correspondan a los valores de tiempo de trabajo. Naturalmente que, en realidad, los precios existen sólo individualmente, y su "regulación" por la ley del valor sólo se deduce del hecho de que, aunque no hay una forma en el capitalismo de tratar con la producción social total, es sin embargo una realidad que supera a todas las relaciones de intercambio individuales.

La adhesión de Marx a la teoría del valor-trabajo, emparejada con su demostración de que las mercancías no pueden ser cambiadas de acuerdo a su valor, provocó que tanto amigos como enemigos le acusaran de autocontradecirse. Para citar a uno de los últimos, Böhm-Bawerk escribió que

> *o bien los productos se intercambian a la larga en proporción al trabajo adherido a ellos, en cuyo caso una igualación de las ganancias del capital es imposible; o bien hay una igualación de las ganancias del capital, en cuyo caso es imposible que los productos continúen intercambiándose en proporción al trabajo adherido a ellos* [...] *La teoría de la tasa de ganancia promedio y de los precios de producción no puede conciliarse con la teoría del valor.*[7]

Marx nunca pretendió, sin embargo, que "a la larga" los productos se intercambian de acuerdo con su tiempo de trabajo. Él sostuvo que la ley del valor "regula" los precios de producción y la tasa de utilidad promedio determinando si *sus niveles* son altos o bajos con respecto al valor y la plusvalía *totales.* La ley del valor domina los *movimientos* de los precios en virtud de la variable productividad del trabajo. No hay necesidad de una "reconciliación" de la ley del valor con los precios de producción y la tasa de utilidad promedio. El valor no domina las tasas cuantitativas de intercambio reales del mercado de mercancías. Pero las *alzas y bajas globales* de los precios de producción y la tasa de utilidad promedio son producidas por las cambiantes relaciones de valor y el cambiante contenido de valor de las mercancías en el curso de la cambiante productividad del trabajo y los cambios estructurales en la composición orgánica del capital total.

Como "lo racional y lo necesario se producen en la naturaleza sólo como un promedio que opera ciegamente", escribe Marx a Kugelmann,

> *el economista vulgar cree que hace un gran descubrimiento cuando contra la revelación de conexión*

---

[3] K. Marx, *El Capital,* ed. cit., t. III*, p. 167.*

[4] Ibid., t. I, p. 63.

[5] Ibid., t. III, pp. 181-82

[6] Ibid., t. III, p. 184.

[7] E. V. Böhm-Bawerk, *Karl Marx and the Close of his System*. Nueva York, 1949, pp. 28-30.

> *interna proclama orgullosamente que las cosas tienen una apariencia completamente distinta. De hecho, se enorgullece de reptar ante la apariencia y toma ésta por la última palabra. ¿Qué falta puede hacer entonces la ciencia?* [8]

Para Marx, el concepto del valor era la "ciencia", o instrumento, con el que podía penetrar y comprender la naturaleza e historia del capitalismo. Pero aunque "un concepto tiene la naturaleza esencial de ese concepto *y* no puede *prima facie* coincidir con la realidad, de la que primero debe ser abstraído",[9] las abstracciones de Marx "sólo reflejan, en forma de pensamiento, el contenido que ya desde antes reposa en las cosas".[10] Incluso aunque en *El Capital* no hubiera un capítulo acerca del valor, escribió Marx,

> *el análisis de las condiciones reales que yo hago contendría la prueba y la demostración de relaciones reales de valor. La cháchara acerca de la necesidad de demostrar la noción del valor se basa únicamente en la ignorancia más crasa, tanto del tema en cuestión, como del método científico*.[11]

Con objeto de comprender el sistema capitalista y su dinámica, era necesario poner en evidencia sus relaciones de producción reales y analizar su desarrollo en su *determinación fetichista,* es decir, como un *proceso de expansión del valor.* Este análisis no requiere probar que las relaciones de precios realmente dadas entre mercancías específicas sean rastreables hasta el tiempo de trabajo. Simplemente requiere el reconocimiento del hecho obvio de que, exactamente igual que en cualquier otro sistema económico, también en el capitalismo la existencia social y el desarrollo están inalterablemente ligados a las relaciones de tiempo de trabajo en el proceso de producción. Sin importar cómo se desvíen los precios de los valores, estas desviaciones deben encontrar su explicación así como sus límites en las relaciones del tiempo de trabajo y así, en *términos capitalistas,* en la ley del valor.

Marx se esforzó por demostrar la validez de la *ley* del valor para un sistema que impide un intercambio de valor. Estos esfuerzos no traicionan ningún deseo de su parte por hacer "operacional" la ley del valor: Marx no esperaba que la ley verificara relaciones de cambio reales en términos de precios. Más bien, sus esfuerzos se referían a la necesidad teórica de probar la validez de la ley en confrontación con una realidad que parecía contradecirla. El descubrimiento de si las relaciones de valor en realidad subyacen o no a las relaciones de mercado y precio requería una teoría de los precios consistente con la teoría del valor. La "transformación" de los valores en precios de producción satisface esta necesidad teórica. El problema de la determinación del precio individual no interesaba realmente a Marx; sólo importaban las relaciones de valor, además de la seguridad de que la diferencia entre valor y precio tal como se encuentra en la realidad no invalidaría ni lógica ni realmente el concepto del valor como *clave* de las "leyes fundamentales esenciales" de la producción de capital.

Convencido de que la *desviación* del precio respecto del valor no elimina la *derivación* del precio a partir del valor, aunque esta derivación sólo pueda establecerse deductivamente, Marx no se sorprendió de que la burguesía establecida encontrara irrelevante la teoría del valor para sus propios problemas prácticos. Mientras que la existencia misma de una tasa de utilidad promedio, tal como se obtiene por medio de la competencia, convertía la cuestión de su formación y sus cambios cuantitativos en un problema que trasciende la realidad del mercado y de este modo el horizonte de los intereses económicos burgueses, sirvió a Marx como una verificación de la teoría del valor-trabajo. Marx vio muy bien, por supuesto, que "con la transformación de los valores en precios de producción, perdemos de vista lo que constituye la base de la determinación del valor",[12] y encontró simplemente natural que el capitalismo perdiera el significado del término de valor en esta situación. Porque, con respecto a la tasa de ganancia promedio, "el capitalista individual [...] cree con razón que su ganancia no procede exclusivamente del trabajo empleado por él o en su rama de producción" y puesto que además ve que una reducción en la cantidad de trabajo requerido para la producción no ejerce una influencia perjudicial sobre los precios, "¿cómo va a ser el trabajo vivo la fuente exclusiva de la ganancia?".[13]

Mientras que la competencia promedia las diversas tasas de ganancia, no determina la magnitud de la tasa de ganancia promedio en cualquier tiempo dado, ni causa los cambios que ocurren en esa tasa. La competencia, según Marx,

> *sólo puede influir en la cuota de ganancia influyendo en los precios de las mercancías. La competencia sólo puede lograr que los productores de una misma rama de producción vendan sus mercancías a los mismos precios, y que en ramas de producción distintas las vendan a precios que les dejen la misma ganancia ... Para poder compensar cuotas de ganancia desiguales es necesario que la ganancia exista ya*

[8] Marx-Engels, *Obras escogidas,* ed. cit., t. II, p. 464.

[9] Engels a C. Schmidt, *Selected Correspondence*, p. 563.

[10] Engels a Kautsky, *Selected Correspondence*, p. 454.

[11] Marx-Engels, *Obras escogidas, ed. cit.,* t. II, p. 491.

[12] K. Marx, *El Capital,* ed. cit., t. 111, p. 173.

[13] Ibid., p. 175.

como elemento del precio de las mercancías. No es la competencia la que crea este elemento.[14]

Más bien, la competencia está condicionada en sí misma por la existencia de la ganancia y la explicación de la tasa de ganancia promedio presupone el reconocimiento de su fuente, que entonces remite al valor y a la plusvalía. La tasa de ganancia promedio indica que los precios están determinados por el sistema como un todo. El sistema como un todo es susceptible de ser analizado en base al valor.

La competencia conduce a la división de la plusvalía y a su empleo con vistas a la acumulación. Y esta competencia implica que los precios se desvíen de los valores precisamente porque tiene lugar en una sociedad productora de valor y plusvalía en la que

> *la distribución de este trabajo social y la mutua complementación, el intercambio de materias de sus productos, la supeditación y la trabazón dentro de la trama social, quedan encomendadas a la acción fortuita de los distintos productores capitalistas*.[15]

Dentro del mecanismo del mercado, la división real de los productos que comprenden el valor global del tiempo de trabajo necesario, así como la división real de la plusvalía entre los capitalistas y las capas no productivas de la sociedad, está determinada por las actividades de los hombres en la persecución competitiva de sus intereses en el marco de sus posibilidades socialmente determinadas pero cambiantes. Y ahí no hay nada más que la lucha de todos contra todos, propio interés contra propio interés, una contienda general e impenetrable para amasar riquezas, o por la simple existencia. Las actividades mercantiles y extramercantiles se entrecruzan e impiden percibir relaciones claras de intercambio tal y como aparecen en la teoría del valor o del precio. Pero incluso desde un punto de vista puramente económico, la diversidad de grados de explotación, las diferencias en las operaciones de los diversos capitales, las diferencias entre las esferas de producción, la existencia de monopolios, los efectos de la renta y el interés sobre la tasa de utilidad, y así sucesivamente, excluyen la posibilidad de reconocer el valor como base del precio de la mercancía. Esta base "ya sólo se manifiesta directamente en la influencia que la fuerza productiva del trabajo ejerce sobre la baja y el alza de los precios de producción".[16]

Marx nunca pretendió "descender de la idea general del valor [...] por medio de determinantes cada vez más próximos a una determinación directa de los precios de las mercancías".[17] Lo que trató de mostrar con respecto al problema del valor-precio es que la ausencia de consideraciones de valor en el mercado no invalida un análisis del capital en términos de valor. Fuera del aserto de que las relaciones de precio presuponen unas relaciones de valor y que en este sentido las últimas determinan y limitan a las primeras, no hay necesidad de una "teoría marxista de los precios". El objetivo de Marx -la formulación de una teoría del desarrollo del capital--- necesitaba un análisis del capital en términos de trabajo y trabajo excedente, valor y plusvalía. La transformación del valor-precio no está en oposición con el esquema abstracto del valor; simplemente señala sus limitaciones. Marx no vio otro camino -y ningún otro camino ha sido encontrado hasta la fecha- para penetrar en la desconcertante realidad capitalista y el curso incesante de su desarrollo más que con el concepto de valor.

La controversia en torno al problema de la transformación de valores en precios ha acabado por apagarse. Ya no se duda de que

> *es posible construir un modelo económico en el que la teoría del valor-trabajo sea expuesta como un sistema de distribución pero en el que las mercancías no se cambien en proporción a la cantidad de trabajo empleado en su respectiva producción*.[18]

Sin embargo, la economía burguesa no está interesada en el origen del beneficio sino solamente en su obtención. Está interesada en el mercado, no en lo que mantiene y determina su mecanismo y su cambiante estructura. La desviación del precio respecto del valor no elimina la derivación del precio a partir del valor simplemente porque la producción social es tiempo empleado en el proceso de trabajo, y la cantidad de productos que comprende nunca puede exceder del número que puede producir una cantidad de tiempo de trabajo equivalente. Sin embargo, la desviación del precio respecto del valor, debida a las relaciones del mercado que reflejan las necesidades sociales *dentro* del sistema de producción de capital, no es de tal grado que el valor sea discernible en el precio.

Aparte de ser una imposibilidad práctica, sería una empresa superflua, porque sólo en su forma de precio, no en su forma de valor, la evaluación de las mercancías en el proceso de intercambio refleja las necesidades sociales modificadas capitalistamente que determinan la producción capitalista y el proceso de expansión. El desinterés por el contenido oculto de valor en las mercancías a través de la

---

[14] Ibid., p. 799.

[15] Ibid., p. 812.

[16] Ibid., p. 767.

[17] K. Korsch, *Karl Marx.* Londres, 1939, p. 153.

[18] J. P. Henderson, "Marx, Classical Economics, and the Labor Theory *of Value". *The Centennial Review of Arts and Science, vol.* In, 1959, p. 443.

desviación del precio respecto del valor indica el grado de “socialización” posible en la sociedad capitalista, por otra parte asocial. En tanto que la desviación del precio respecto del valor asegura, en una u otra forma, la proporción necesaria y capitalistamente-determinada del trabajo social por medio de las relaciones competitivas del mercado, el precio y las relaciones de mercado son la única preocupación de la teoría y la práctica burguesas. Sin aplicabilidad ideológica o práctica en la sociedad capitalista, la teoría del valor-trabajo puede sobrevivir únicamente en la crítica marxista de la economía burguesa.

Capítulo V
La ley del valor como "mecanismo de equilibrio"

La crítica marxista de la sociedad burguesa tenía que abarcar más que la simple prueba de la explotación del trabajo por el capital. La idea de la plusvalía era inherente a la teoría del valor-trabajo, y los socialistas anteriores a Marx la habían utilizado en sus argumentos. Con objeto de mostrar una vez más que el beneficio o plusvalía se obtiene en la producción y no en el cambio, Marx consideró conveniente no prestar atención a los efectos de la competencia del mercado en las relaciones de valor. Esto es posible sólo en teoría porque el proceso de producción no puede separarse realmente del proceso de cambio. Sin embargo, según Marx, las leyes de la producción capitalista "sólo aparecen realizadas en toda su pureza allí donde la oferta y la demanda dejan de actuar, es decir, allí donde coinciden".[1] Esto no trataba de sugerir que semejante equilibrio sea verdaderamente posible porque, en realidad, la oferta y la demanda nunca coinciden.

En la teoría económica burguesa los precios los determinan la oferta y la demanda. En el supuesto de que la discrepancia de la oferta y la demanda se cancelen mutuamente "a largo plazo", parece razonable hacer abstracción de ellas y considerar el mercado como un mecanismo de equilibrio. Incluso cuando se admite que las fuerzas extraeconómicas afectan las relaciones de precios, sigue prevaleciendo la convicción de que tales intervenciones, operando del lado de la oferta o del de la demanda, desembocarán finalmente en un estado de equilibrio.

La teoría económica burguesa no reconoce la explotación de clase, porque las mercancías que entran en el mercado no revelan la división de trabajo y plustrabajo que resulta del doble carácter de la fuerza de trabajo como un valor de cambio y un valor de uso. La teoría económica burguesa afirma que las relaciones del mercado aseguran a todos y cada uno el equivalente de sus contribuciones particulares al proceso de la producción, y que es precisamente la maximización del propio interés privado lo que conduce al óptimo bienestar social. Según Marx señaló, la maximización del propio interés privado puede tener efectos muy diferentes, si

> *el propio interés privado es ya un interés socialmente determinado y puede alcanzársele solamente en el ámbito de las condiciones que fija la sociedad y con los medios que ella ofrece; está ligado por consiguiente a la reproducción de estas condiciones y de estos medios.*[2]

Por otra parte, el propio interés puro puede igualmente deslizarse en el caos de una lucha de todos contra todos. Es la ley del valor lo que da sentido a la naturaleza socialmente determinada de los intereses privados, y por esa razón explica cualquier "orden" que pueda haber en el capitalismo.

Este "orden" mismo está sujeto a la evolución de la producción de capital. Marx no vio razón para negar que la competencia del mercado afecte las relaciones de precios y la división del trabajo y el capital. Pero esto no significa que los diversos procesos de balance y promedio que existen realmente produzcan el equilibrio del mercado de la teoría burguesa. Significa simplemente que el carácter social de la producción somete a los productores individuales a una serie de restricciones fuera de su control.

Esta pérdida de "autodeterminación" ante los incontrolables acontecimientos del mercado subordina globalmente a la economía a la dinámica de la acumulación del capital. Hablar de una ley del valor es lo mismo que decir que las relaciones de cambio en el capitalismo aparecen como un poder independiente que controla a los productores en vez de ser controlado por ellos. Se refiere al simple hecho histórico de que la creciente "socialización" de la producción y del cambio se realiza bajo los auspicios de las relaciones de propiedad privada, de manera que las condiciones de producción individuales caen bajo el control social de las relaciones de mercado. Los éxitos o fracasos individuales en el mercado conducen a cambios en la esfera de la producción, y estos cambios conducen a nuevas situaciones, que entonces exigen que los productores individuales emprendan otras acciones con objeto de mantenerse a sí mismos. El éxito, sin embargo, es simplemente la realización de la plusvalía obtenida, en forma de utilidades, dentro del mecanismo de los precios, tal como es determinado por las relaciones competitivas de oferta y demanda que indican las peculiares "necesidades sociales" en condiciones de producción de capital.

Las relaciones del mercado derivan su forma definitiva, en cualquier momento dado, de la cantidad de valor y plusvalía realmente producida. Están esencialmente condicionadas

> *por la relación de las diferentes clases entre sí por su respectiva posición económica; es decir, en primer lugar, por la proporción existente entre la plusvalía total y el salario, y, en segundo lugar, por la proporción entre las diferentes partes en que se descompone la plusvalía (ganancia, interés, renta del suelo, impuesto, etc.).*[3]

---

[1] K. Marx, *El Capital,* ed. cit., t. III, p. 193.

[2] K. Marx, *Grundrisse,* ed. cit., t. I, p. 84.

[3] K. Marx, *El Capital,* ed. cit., t. III, p. 185.

Cualquier cosa que suceda en la esfera del mercado puede suceder solamente dentro de los límites definidos que establecen los acontecimientos en la esfera de la producción y las peculiaridades de la distribución del producto social.

Esto no quiere decir que las discrepancias de la oferta y la demanda no puedan afectar a la economía independientemente; lo hacen todo el tiempo. Pero sí implica el reconocer que las relaciones del mercado son esencialmente derivativas, circunscritas como están por las capacidades y limitaciones del proceso de producción. Como es imposible en la práctica separar el proceso de producción del proceso de circulación, los efectos de la creciente productividad del trabajo sobre las relaciones de producción básicas como relaciones de valor aparecen sólo en la forma modificada de relaciones de precio y de ganancia determinadas por el mecanismo competitivo de la oferta y la demanda. Pero el hecho de que las relaciones del mercado solamente puedan ser relaciones de precios no altera de ninguna forma el hecho primario de que las relaciones de oferta y demanda están circunscritas por las relaciones de producción social y el carácter de la producción social como acumulación de capital. Según Marx, no es el sistema de precios el que "regula" la economía capitalista, sino más bien las necesidades de producción capitalistamente determinadas y todavía desconocidas *que actúan a través del mecanismo de los precios.* El mecanismo competitivo de precios "regulador" es a su vez "regulado" por la ley del valor, así como la ley del valor puede, a su vez, ser regida por necesidades naturales y sociales que trascienden el sistema capitalista.

Como "la sociedad no puede dejar de producir así como no puede dejar de consumir", el proceso de producción social es continuo. En el capitalismo, el proceso de producción social es al mismo tiempo un proceso de reproducción en escala ampliada.

> *El desarrollo de la producción capitalista -dijo Marx-, convierte en ley de necesidad el incremento constante del capital invertido en una empresa industrial, y la concurrencia impone a todo capitalista individual las leyes inmanentes del régimen capitalista de producción como leyes coactivas impuestas desde fuera. Le obliga a expandir constantemente su capital para conservarlo y no tiene más medio de expandirlo que la acumulación progresiva*.[4]

La necesidad de acumular determina las actividades de todos los capitalistas y es a través de sus actividades que los procesos de producción y reproducción social aparecen como la "autoexpansión" del capital. El control de los productores por el mercado es así simultáneamente el control de los productores *y del mercado* por la acumulación de capital.

Puesto que el capital es la plusvalía apropiada, la naturaleza cualitativa y cuantitativa del proceso de producción social depende de la habilidad o inhabilidad para extraer nueva plusvalía. La acumulación es el origen y el fin de la producción capitalista, pero los capitalistas no se preocupan ni por la producción social total ni por la relación proporcional entre trabajo necesario y trabajo excedente. Por lo que respecta a la reproducción de la clase trabajadora, el capitalista deja su realización

> *al instinto de propia conservación y al instinto de perpetuación de los obreros. De lo único que él se preocupa es de restringir todo lo posible, hasta lo estrictamente necesario, su consumo individual*.[5]

Los trabajadores, por su parte, pueden tratar de elevar sus salarios a expensas de las utilidades sin consideración para los requerimientos en materia de acumulación de la producción de capital. Ambas actitudes encuentran límites desconocidos pero definidos en las condiciones establecidas por las relaciones de producción social como relaciones de valor.

El mercado es el escenario en el que se representan todas las actividades competitivas. Pero este escenario mismo está establecido y delimitado por la naturaleza de clase de la estructura social. Cualesquiera que sean las relaciones del mercado, deben ajustarse a las relaciones de producción social; la plusvalía debe ser adecuada al valor del capital para que la función del mercado pueda representarse. El criterio para determinar lo adecuado es la acumulación, pues sin ella podría haber producción pero no producción capitalista, es decir, *no habría producción de capital.* La tasa de acumulación o, lo que es lo mismo, la tasa de plusvalía o de ganancia es el elemento "ordenador" en el que se basan las funciones reguladoras del mercado.

La competencia promedia los precios de las mercancías y las tasas de ganancia. Obviamente, este proceso de promediar presupone diferenciaciones individuales. La esfera de la producción determina la oferta social y la demanda social no toma en cuenta las diferenciaciones individuales en la esfera de la producción. La demanda de mercado de la población trabajadora no puede exceder del equivalente del capital invertido en salarios y consiste generalmente en bienes de consumo. La plusvalía a realizar fuera del intercambio capital-trabajo se divide básicamente en ganancia, interés y renta del suelo. Parte de ella es reinvertida, otra parte es consumida. La plusvalía es convertible en

[4] Ibid., t. I, p. 499.

[5] Ibid., t. I, pp. 481-82.

capital "porque el producto excedente, cuyo valor representa aquélla, encierra ya los elementos materiales de un nuevo capital".[6] La acumulación, como abstención de consumir el total de la plusvalía, aparece para los capitalistas como un "proceso de ahorro" y las utilidades como premio por esta "abstinencia". En realidad, naturalmente,

> *cuanto más crezca el capital en el transcurso de la sucesiva acumulación, tanto más crecerá también la suma de valor que se desdobla en el fondo de acumulación y el fondo de consumo. De este modo, el capitalista podrá vivir cada vez mejor y "renunciar" a más. Finalmente, la energía con que funcionan todos los resortes de la producción es tanto mayor cuanto más se amplía su escala al crecer la masa del capital desembolsado.*[7]

No obstante, el fondo de acumulación no puede ser mayor que lo que queda de la plusvalía después de satisfacer las demandas de consumo de la población no trabajadora. Cuanto menos sea el consumo social con relación al producto social total, mayor será el residuo de plusvalía para, fines de acumulación.

En la teoría burguesa, el "posponer" el consumo normal por medio de los "ahorros" es simplemente el medio para un consumo futuro mayor. Este "posponer", sin embargo, es continuo, sin importar cuánto se haya "ahorrado" y reinvertido en nuevos medios de producción. Aunque el consumo aumenta en el curso de la expansión del capital, la acumulación del capital crece más rápidamente. No puede haber "equilibrio" entre producción y consumo, en ningún momento particular o a largo plazo, porque la progresiva expansión del capital significa un aumento de la brecha entre ambos. El "equilibrio" del mercado sólo puede existir en términos de valor abstractos: existe cuando la demanda del mercado es tal que asegura la realización de la plusvalía por medio de la expansión del capital. La apariencia de un "equilibrio" de oferta y demanda existe solamente dentro del proceso de acumulación de capital. Es únicamente en este sentido que la ley del valor "impone el equilibrio social de la producción en medio de sus fluctuaciones fortuitas".[8]

Aun así, al mantener el "equilibrio social de la producción", la ley del valor se presenta solamente "como se impone la ley de la gravedad cuando se le cae a uno la casa encima".[9] Se presenta en forma de crisis, que restauran, no un perdido balance entre la oferta y la demanda en términos de producción y consumo, sino un "equilibrio" temporalmente perdido pero necesario entre el proceso de producción material y el proceso de expansión del valor. No es el mecanismo del mercado el que explica un aparente "equilibrio" de la oferta y la demanda, sino que es la acumulación del capital la que permite que el mecanismo del mercado aparezca, en ocasiones, como un mecanismo de equilibrio.

[6] Ibid., t. I, p. 489.

[7] Ibid., t. I, p. 513.

[8] Ibid., t. III, p. 813.

[9] Ibid., t. I, p. 40.

Capítulo VI
Acumulación y el descenso de la tasa de ganancia

Marx no estaba particularmente interesado en demostrar la viabilidad del capitalismo anárquico. Su interés por la ley del valor se refiere a su finalidad de "descubrir la ley económica que preside el movimiento de la sociedad moderna".[1] Los mejores puntos tratados en *El Capital,* escribió Marx a Engels,

> *son: 1)* El doble carácter del trabajo*, según que sea expresado en valor de uso o en valor de cambio (toda la comprensión de los hechos depende de esto, se subraya de inmediato en el primer capítulo); y 2) El tratamiento* de la plusvalía independientemente de sus formas particulares*, beneficio, interés, renta del suelo, etc*.[2]

El doble carácter de la fuerza de trabajo es, por supuesto, el equivalente de las relaciones sociales de la producción del capital como una producción de plusvalía. Y el tratamiento independiente de la plusvalía tiene como objeto señalar esta relación social básica, que yace oculta entre las varias categorías en que está fraccionada la plusvalía entre aquellos que se la apropian.

La producción capitalista es producción de valor de cambio por medio de la producción de mercancías. Su objetivo es la plusvalía como valor de cambio adicional. La plusvalía es la diferencia entre el valor de cambio de la fuerza de trabajo y su capacidad productiva real. Es la relación de tiempo entre el trabajo necesario para mantener y reproducir a los trabajadores y el trabajo que revierte en los capitalistas en forma de producto excedente, realizado más tarde como ganancia. Desde el punto de vista de la teoría del valor-trabajo, el valor de cambio de una mercancía disminuye con la creciente productividad del trabajo. Un valor de uso mayor en forma de mercancía encuentra su expresión en un valor de cambio igual o menor según declina el tiempo de trabajo socialmente necesario incorporado en él.

El desarrollo de la productividad social del trabajo en el capitalismo se expresa por una parte en la disminución del valor de cambio con respecto al valor de uso de las mercancías y por otra parte en un aumento de la masa de valores de uso que compensa la disminución del valor de cambio.

Desde el punto de vista capitalista, un simple aumento en la productividad carece de sentido a no ser que implique un aumento de la plusvalía en términos de valor de cambio. Esto requiere un aumento en la tasa de explotación, en la "tasa de plusvalía", que, a su vez, implica un cambio en la relación entre tiempo de trabajo necesario y tiempo de trabajo excedente. Puede realizarse esto bien alargando el tiempo de trabajo total o acortando el periodo de tiempo requerido para cubrir el valor de cambio de la fuerza de trabajo. Se puede suponer, sin embargo, que la expansión del capital en un sistema cerrado alcanzará un punto en que el número de los trabajadores no podrá ser aumentado, en que el tiempo de trabajo no pueda ser prolongado, y en que esa parte del tiempo de trabajo durante la cual los trabajadores producen sus propios medios de subsistencia no pueda ser acortada más. En ese punto llegaría a su fin la acumulación de capital.

El aumento de la productividad, de la plusvalía y de la acumulación del capital son un mismo y único proceso. Todos implican que el capital invertido en medios de producción crece más rápidamente que el invertido en fuerza de trabajo. En *El Capital,* Marx construye un modelo en base al concepto de valor del desarrollo del capital en términos de la entidad conceptual "capital total", con sus agregados sociales de salarios, beneficios e inversiones. Aunque todas las conexiones discernibles entre valor y precio se pierden en el proceso de cambio real, una consideración de la "sociedad como un todo" muestra que todos los precios juntos -sin considerar sus relaciones recíprocas- representan el valor total. Esto permite un análisis en términos del concepto de valor del desarrollo del capital. El concepto "sociedad como un todo", como el concepto de valor mismo, se justifica no sólo como un instrumento teóricamente necesario, sino como una abstracción válida de la realidad.

En general, el desarrollo social se basa en el creciente poder productivo del trabajo social. Aumentar la productividad del trabajo significa que se puede producir más en menos tiempo. Esto se logra a través 'del desarrollo de medios y métodos de producción o, en condiciones capitalistas, por la acumulación de capital. El crecimiento del capital cambia su composición orgánica. Para dar la propia definición de Marx,

> *la composición del capital puede interpretarse en dos sentidos. Atendiendo al valor, la composición del capital depende de la proporción en que se divide en capital constante o valor de los medios de producción y capital variable o valor de la fuerza de trabajo, suma global de los salarios. Atendiendo a la materia, a su funcionamiento en el proceso de producción, los capitales se dividen siempre en medios de producción y fuerza viva de trabajo; esta composición se determina por la proporción existente entre la*

[1] K. Marx, *El Capital,* ed. cit., t. I, p. xv.

[2] Marx-Engels, *Correspondencia.* Ediciones de Cultura Popular, México, 1972, t. II, pp. 83-84.

> *masa de los medios de producción empleados, de una parte y de otra la cantidad de trabajo necesaria para su empleo. Llamaremos a la primera* composición de valor *y a la segunda* composición técnica *del capital. Media entre ambas una relación de mutua interdependencia. Para expresarla, doy a la composición de valor, en cuanto se halla determinada por la composición técnica y refleja los cambios operados en ésta, el nombre de* composición orgánica *del capital*.[3]

De esta definición se sigue que existe una diferencia entre el alza de la composición de valor del capital y el alza de composición materialtécnica. Por ejemplo,

> *aunque el capital invertido en una fábrica de hilados encierra en la actualidad 7/8 de capital constante y 1/8 de capital variable y a comienzos del siglo XVIII, supongamos, se distribuyese por mitades, la masa de materia prima, instrumentos de trabajo, etc., que hoy consume productivamente una determinada cantidad de trabajo de hilado es muchos cientos de veces mayor que a comienzos del siglo XVIII. La razón de esto está, sencillamente, en que, al crecer la productividad del trabajo, no sólo crece el volumen de los medios de producción absorbidos por éste, sino que, además, disminuye su valor, comparado con su volumen. Es decir, que su valor aumenta en términos absolutos, pero no en proporción a su volumen. Por tanto,* el aumento de la diferencia entre el capital constante y el variable *es mucho más pequeño que el de la diferencia entre la masa de los medios de producción en que se invierte aquél y la masa de la fuerza de trabajo a que se destina éste. La primera diferencia crece en la segunda, pero en grado menor*.[4]

La composición orgánica del capital refleja esta relación particular entre composición de valor y composición material. El cambio gradual en la composición orgánica del capital ocurre más o menos en todas las esferas y ramas de la producción. El promedio de las composiciones individuales origina la composición del capital total en cualquier rama particular de la producción y el promedio de los promedios en todas las ramas de la producción origina la composición del capital social total. Este último promedio es el que interesa a Marx cuando habla de la ley general de acumulación de capital.

Repitamos: el alza de la composición orgánica del capital implica que el volumen de los medios de producción y la producción misma, aumentan más rápidamente que la composición de valor del capital; lo que es consecuencia, por la ley del valor, de la disminución del valor de cambio causada por la creciente productividad del trabajo. Suponiendo una tasa de plusvalía constante, la creciente composición orgánica del capital conduce a una caída gradual de la tasa de ganancia, ya que sólo la parte variable del capital produce plusvalía, mientras que la tasa de ganancia es "medida" en relación al capital total, esto es, capital constante y variable combinados. La tendencia decreciente de la tasa de ganancia se compensa por medio de la creciente productividad del trabajo que resulta de la más alta composición orgánica del capital. La acumulación de capital, según Marx, se expresa

> *de una parte en la tendencia al descenso progresivo de la cuota de ganancia y, de otra parte, en el aumento constante de la masa absoluta de la plusvalía o ganancia apropiada, de tal modo que, en conjunto, al descenso relativo del capital variable y de la ganancia corresponde un aumento absoluto de ambos. Este doble efecto sólo puede traducirse, como hemos dicho, en un aumento del capital total en progresión más acelerada que aquella en que la cuota de ganancia disminuye*.[5]

El capital puede acumularse y mantener una tasa de ganancia dada cuando el valor del capital variable y el valor del capital constante crecen al mismo ritmo. No obstante, esto implicaría una formación de capital sin un aumento en la productividad del trabajo, lo que contradice el desarrollo real del capitalismo y particularmente su gran avance técnico. La falta de acumulación de capital puede no causar una caída en la tasa de beneficio. Pero un capitalismo que no acumula es sólo una posibilidad temporal; es un capitalismo en crisis. Porque la producción capitalista únicamente es concebible en términos de acumulación. Generalmente, la formación de capital siempre desplaza trabajo y en esa medida reduce la tasa de beneficio mientras que simultáneamente aumenta tanto la tasa como la masa de plusvalía.

Mientras la tasa de plusvalía pueda ser suficientemente aumentada, la tendencia a caer de la tasa de beneficio está solamente latente. Para "demostrar" una tasa de beneficio decreciente debemos suponer una tasa estacionaria de plusvalía en un sistema capitalista que por lo demás esté en expansión. Pero una situación en la que la explotación no pueda ser aumentada lo suficiente para compensar la tendencia descendente de la tasa de beneficio no es previsible. El mismo Marx señaló que el esquema abstracto del desarrollo capitalista no bastaba para hacer ninguna predicción acerca del mundo real. Todas las crisis en el capitalismo deben ser explicadas a partir de las condiciones dadas, empíricas, "a partir del movimiento real de la producción, de la competencia y del crédito capitalista".[6] El análisis en términos del concepto de valor del desarrollo capitalista postula

> *la posibilidad de crisis por una simple consideración de la naturaleza general del capital, sin considerar las relaciones reales y adicionales qué forman la condiciones del proceso de producción real.*[7]

---

[3] K. Marx, *El Capital, ed.* cit., t. I, p. 517.

[4] Ibid., t. I, p. 527.

[5] Ibid., t. III, p. 224.

[6] K. Marx, *Theorien über den Mehrwert.* Stuttgart, 1905, t. II, p. 286.

[7] Ibid., p. 264.

No obstante, la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia era para Marx "la ley más importante de la moderna economía política".[8] A pesar de lo simple que parece ser la "ley de la tendencia decreciente de la cuota de ganancia", los economistas clásicos no "habían logrado descubrirla".[9] No lo lograron porque estuvieron "tanteando en torno a la distinción entre capital constante y variable sin llegar nunca a definirlo correctamente".[10] Ricardo, por ejemplo, "confunde plusvalía y beneficios".[11] Pero no observa su relación con el capital total. Así es como no logró reconocer en la tasa de beneficio decreciente una ley *inmanente* de la acumulación de capital. Aunque incapaz de predecir el fin del capitalismo en ningún sentido específico, el reconocimiento de la tasa decreciente del beneficio como una ley inmanente de la expansión del capital destruyó la ilusión de que el capitalismo pudiera algún día alcanzar el estado de tranquilidad que sus apologistas sostenían como la esperanza del futuro. Implica que todas las contradicciones concretas encontradas en la realidad no pueden ser consideradas como defectos accidentales o remediables. Estas dificultades, individualmente y como patrón de desarrollo, se deben a una tendencia inherente a la producción del capital misma. Cuando se captan las interconexiones del capitalismo, escribió Marx, "toda creencia teórica en la necesidad permanente de las condiciones existentes se derrumba antes de su colapso práctico".[12]

En sus etapas iniciales, la formación del capital parecía no ser más que un aumento cuantitativo del capital. A través de la creciente composición orgánica del capital, se convirtió en un cambio cualitativo. El nuevo capital añadido atrae a cada vez menos trabajadores proporcionalmente a su magnitud y, el capital reproducido, que comparte la composición cambiante del capital, repele a un número cada vez mayor de los trabajadores anteriormente empleados por él. Sin embargo, la acumulación implica un aumento en la población trabajadora, puesto que parte de la plusvalía debe ser vuelta a transformar en capital variable adicional. Para lograr esto se requiere una tasa *acelerada* de expansión del capital. Según Marx,

> para absorber un determinado número adicional de obreros y aun para conservar en sus puestos, dada la metamorfosis constante del capital primitivo, a los que ya trabajan, se requiere una acumulación cada vez más acelerada del capital total. Pero no es sólo esto. Además, esta misma acumulación y centralización creciente se trueca, a su vez, en fuente de nuevos cambios en cuanto a la composición del capital, impulsando nuevamente el descenso del capital variable para hacer que aumente el constante.[13]

Sin embargo, la extensión de la producción de capital trae a la economía de mercado nuevo capital de baja composición orgánica. Así, la declinación relativa del capital variable es mitigada por su crecimiento absoluto. El desarrollo tecnológico reduce el valor del capital de los medios de producción y por tanto hace más lenta la creciente discrepancia entre el capital constante y el variable. La tendencia de la tasa de ganancia a bajar es compensada por estas y otras "contratendencias". La cuestión es, no obstante, si esto resulta siempre posible.

Como señalamos anteriormente, existen dos caminos para aumentar la tasa de plusvalía para un capital dado: alargando la jornada de trabajo, o acortando aquella parte de la jornada de trabajo durante la cual los trabajadores producen el equivalente de su valor de cambio. Esto resulta cierto también para la imaginaria "sociedad como un todo", esto es, el mundo "como si fuese una sola nación", en la que "la producción capitalista se ha instaurado ya en todas partes", para "enfocar el objeto de nuestra investigación en toda su pureza, libre de todas las circunstancias concomitantes que puedan empañarlo".[14] En este modelo de producción de capital, la tasa de plusvalía puede aumentarse aumentando el tiempo de trabajo total o disminuyendo aquella parte del tiempo de trabajo total que es el equivalente del capital variable. Pero existen límites definidos más allá de los cuales no es posible extender el tiempo de trabajo absoluto y el tiempo de trabajo necesario (el tiempo de trabajo que les toca a los trabajadores) no puede ser reducido. Esto es tan cierto para la suma total de trabajo social como lo es para el trabajador individual. Sin embargo, los límites que corresponden en el caso del trabajador individual son observables, mientras que los que limitan a la "sociedad como un todo", o a cualquier sociedad existente, no lo son. Para hablar llegando a los extremos: el tiempo de trabajo absoluto durante un día cualquiera no puede exceder de 24 horas y el tiempo de trabajo necesario no puede ser reducido a cero. La extracción de la plusvalía tiene límites tanto naturales como sociales.

La tendencia de la tasa de beneficio a bajar es una conclusión teórica derivada por medio de la aplicación de la teoría del valor-trabajo al proceso de formación del capital. Como resultado de la creciente productividad del trabajo, según recordaremos, el valor de las mercancías disminuye con la

---

[8] K. Marx, *Grundrisse*, t. II, p. 279.

[9] K. Marx, *El Capital,* ed. cit., t. III, p. 215.

[10] Ibid.

[11] *Grundrisse,* t. II, p. 286.

[12] K. Marx, *Letters to Dr. Kugelmann*. Moscú, 1934, p. 74.

[13] K. Marx, *El Capital,* ed. cit., t. I, p. 333.

[14] *Ibid*., t. I, p. 439.

reducción del tiempo de trabajo requerido para su producción. Pero entonces se producen más mercancías durante el tiempo que previamente se necesitaba para producir una cantidad menor de ellas. Extendido sobre una suma mayor de valores de uso, el valor de cambio también se amplía, aunque en un grado menor y el capital se acumula. Un proceso similar afecta la rentabilidad del capital. Aunque la tasa de ganancia disminuye con la creciente composición orgánica del capital, la suma de la plusvalía aumenta con la suma del capital acumulado. Para cualquier cantidad *definida* de capital la cuota de ganancia será menor. Pero dado que la masa total de capital es mayor, hay más plusvalía; y el capital obtiene un beneficio igual, e incluso mayor. En palabras de Marx, las mismas causas que

> *determinan un descenso absoluto de la plusvalía y, por tanto, de la ganancia correspondiente a un determinado capital y también, por consiguiente, de la cuota de ganancia calculada porcentualmente, producen también un aumento de la masa absoluta de la plusvalía y, consiguientemente, de la ganancia apropiada por el capital total.*[15]

Esto es así porque

> *si una parte alícuota = 100 del capital social, y por tanto cualquier 100 de composición social media, representa una determinada magnitud, por lo cual, en lo que a ella se refiere, el descenso de la cuota de ganancia coincide con la baja de la magnitud absoluta de la ganancia, precisamente porque aquí el capital por el que se mide constituye una magnitud constante, la magnitud del capital total de la sociedad, como la del capital que se halla en manos de distintos capitalistas* [...] *tiene que variar en razón inversa a la disminución de su parte variable.*[16]

A pesar de la baja en la cuota de ganancia, puede haber un crecimiento absoluto en el número de trabajadores empleados por el capital, un crecimiento absoluto de la suma de la plusvalía absorbida, y consecuentemente un crecimiento absoluto en la suma de la ganancia producida. Y este aumento puede ser progresivo.

> *Y no sólo* puede *ocurrir esto, sino que, además -prescindiendo de fluctuaciones transitorias-,* tiene necesariamente *que ocurrir donde quiera que impere la producción capitalista.*[17]

El desarrollo de la productividad social del trabajo implica una producción creciente de valores de uso, incluyendo los medios de producción consecuentemente requiere trabajo adicional. Este trabajo depende no

> *del valor, sino de la masa de estos medios de producción (incluyendo los medios de subsistencia) puesto que el obrero, en el proceso de trabajo, no actúa sobre el valor mismo, sino simplemente sobre el valor de uso de los medios de producción.*[18]

Por lo tanto, a medida que se desarrolla el proceso de producción y acumulación, aumenta

> *la masa del trabajo sobrante apropiable y apropiada, y, por consiguiente, la masa absoluta de la ganancia apropiada por el capital de la sociedad.*[19]

Para ello, "el multiplicador, que indica el aumento del capital total, tiene que ser igual al divisor, que señala la disminución de la cuota de ganancia".[20] En otras palabras, el capital debe crecer

> *en progresión más acelerada que aquella en que la cuota de ganancia disminuye* [...] *Para emplear un capital variable incrementado en términos absolutos con una composición más alta o un aumento relativo mayor del capital constante, el capital total tiene que aumentar, no sólo en proporción a la más alta composición, sino más rápidamente aún.*[21]

De esta manera el propio proceso de acumulación anula la baja de la tasa de beneficio. Si la acumulación es lo bastante amplia, la mayor suma de capital de una composición orgánica más alta producirá un beneficio igual o mayor que el producido por un capital total menor de composición orgánica más baja.

Vista a la luz de la teoría del valor-trabajo, la acumulación en términos de valor de cambio es mantenida bajo control por la decreciente tasa de beneficio, mientras que el simultáneo crecimiento del valor de uso, en forma de capital adicional, aumenta la suma del beneficio y por lo tanto aumenta la rentabilidad real del capital. No obstante, según Marx, la acumulación se caracteriza por:

> *Primero, el aumento del trabajo sobrante, es decir, en la reducción del tiempo de trabajo necesario que es indispensable para la reproducción de la fuerza de trabajo; en segundo lugar en la disminución de la cantidad de fuerza de trabajo (número de obreros) empleada en general para poner en movimiento un*

[15] Ibid., t. III, p. 222.
[16] Ibid., p. 222.
[17] Ibid., p. 219.
[18] Ibid., p. 219.
[19] Ibid., p. 220.
[20] Ibid., p. 223.
[21] Ibid., p. 224.

capital dado.[22]

Estos sucesos están mutuamente condicionados uno por otro y afectan a la tasa de ganancia en formas opuestas. Mientras que la tasa de plusvalía se eleva en una dirección, el número de los trabajadores baja en la dirección opuesta.

> *En la medida en que el desarrollo de las fuerzas productivas disminuye la parte retribuida del trabajo empleado, hace que aumente la plusvalía, puesto que aumenta su cuota; en cambio, en la medida en que disminuye la masa total del trabajo puesto en movimiento por un capital dado, disminuye el factor del número por el que se multiplica la cuota de plusvalía par obtener su masa. Dos obreros trabajando 12 horas diarias no pueden suministrar la misma masa de plusvalía que 24 que trabajan dos horas diarias cada uno solamente, aun cuando pudiesen vivir del aire y no tuviesen, por tanto, que trabajar un solo minuto para ellos*.[23]

A causa de que la relación entre trabajo asalariado y capital "determina todo el carácter y todo el movimiento de la producción [capitalista]".[24] La baja de la tasa de beneficia puede ser contrarrestada por la acumulación pero no puede ser completamente evitada. La compensación de la relativa reducción en el número de trabajadores por medio de una explotación intensificada no puede seguir "indefinidamente" sino que eventualmente tiene que encontrar su límite absoluto en la suma crecientemente mayor del capital reproducible y en sus requerimientos de expansión. Cualquiera que sea la suma de fuerza de trabajo en el mundo capitalista real, en relación al capital constante creciente en forma progresivamente más rápida, debe llegar a convertirse en una cantidad relativamente decreciente de fuerza de trabajo *productora de plusvalía.*

Llevada a su "fin lógico", una expansión de capital en constante aceleración transformaría la disminución relativa de la tasa de beneficio en una declinación absoluta a causa de una falta de plusvalía con respecto a la suma del capital acrecentado. Cuando esto sucede, la realidad corresponde al modelo de expansión de capital de Marx.

[22] Ibid., p. 245.
[23] Ibid., p. 246.
[24] Ibid., p. 812.

Capítulo VII
El "ciclo económico"

El modelo de valor del desarrollo del capital de Marx es un instrumento metodológico para "aprehender sus interconexiones", que no pueden observarse en la realidad inmediata. Para poder tener una teoría del desarrollo del capital, la "fuerza de abstracción" tiene que trascender la apariencia de competencia. El esquema abstracto de valor revela que, aparte de la competencia como fuerza impulsora en la formación del capital, la producción de beneficios encuentra ya un elemento limitador en la relación capital-trabajo.

Para prevenir una disminución en la rentabilidad, la acumulación no debe interrumpirse. Debe obtenerse más y más plusvalía; para este propósito, la producción debe ser revolucionada regularmente, y los mercados deben extenderse continuamente. El doble carácter de la producción de mercancías como producción de valor de cambio y de valor de uso determina que el proceso de acumulación, y las variaciones en la plusvalía que se siguen de él, irán siendo crecientemente desventajosas para el funcionamiento del sistema capitalista.

El doble carácter de la mercancía -como valor de uso y corno valor de cambio- y sus movimientos en direcciones opuestas en el curso del desarrollo de la productividad del trabajo reaparecen en la escala social más amplia de la acumulación del capital como un conflicto entre la expansión de la producción y la expansión de la plusvalía. El conflicto se resuelve por medio de una acumulación del capital. Según Marx, sin embargo, el crecimiento resultante del capital no es un proceso suave. El régimen capitalista de producción tiende "al desarrollo absoluto de las fuerzas productivas, prescindiendo del valor y de la plusvalía implícita en él" aun a pesar de que el objetivo de la producción es "la conservación del valor-capital existente y su valorización hasta el máximo".[1] Cuando la expansión de la producción supera su rentabilidad, el proceso de acumulación se interrumpe.

La interrupción del proceso de acumulación constituye la crisis capitalista. Aparece como una sobreproducción de capital, la cual, para Marx,

> no significa nunca sino superproducción de medios de producción -medios de trabajo y de subsistencia- susceptible de funcionar como capital, es decir, de ser empleados para explotar el trabajo hasta un cierto grado de explotación, ya que al descender este grado de explotación por debajo de cierto límite se producen perturbaciones y paralizaciones del proceso de producción capitalista, crisis y destrucción de capital.[2]

En términos del análisis abstracto que hace Marx de la acumulación de capital, esto correspondería a una situación en la que la reducida fuerza de trabajo ya no resulta capaz de reproducir y aumentar la suma total del capital. El proceso de acumulación real se parece al esquema abstracto de desarrollo del capital. Pero lo que en teoría es el resultado "final" de un desarrollo ininterrumpido aparece en la realidad como un ciclo recurrente; cada ciclo, por así decirlo, es una réplica condensada de la tendencia "a largo plazo" de la expansión del capital.

La crisis capitalista es una sobreproducción de capital solamente con respecto a un grado dado de explotación. Si esta última se aumenta suficientemente la acumulación puede proseguir, porque solamente se interrumpió a causa de que el capital acumulado resultó ser demasiado grande en relación a la tasa de beneficio que era capaz de de producir. En razón de que es solamente por medio de la acumulación que los capitalistas pueden conservar y aumentar su capital, lo hacen así sin considerar, y sin capacidad para considerar, la necesaria rentabilidad del capital social total, del que finalmente depende la rentabilidad de todos los capitales privados. Cuando la tasa de ganancia no crece al mismo ritmo que la suma del capital, la creciente composición orgánica de esta última no es sobrepasada por una suma aún mayor de plusvalía, y la decreciente rentabilidad del capital interrumpirá el curso de su expansión.

Las descripciones de Marx de los procesos económicos no son siempre las más precisas, lo que permite interpretaciones contradictorias. Sin embargo, como el conjunto de la teoría de Marx descansa en la teoría del valor, la validez de cualquier interpretación particular puede ser juzgada según el grado en que se ajuste a la ley del valor. La definición de Marx, por ejemplo, de que el capital "tiende al desarrollo absoluto de las fuerzas productivas, prescindiendo del valor y de la plusvalía implícita en él", puede fácilmente ser interpretada en el sentido de que es la misma expansión de la producción material la que origina la falta de rentabilidad. En tal caso, no obstante, el hecho de que el capitalismo puede superar las crisis resultaría incomprensible; porque hace esto precisamente desarrollando todavía más las fuerzas productivas sociales. Si las fuerzas productivas sobrepasan los valores requeridos por la acumulación, lo hacen únicamente en el sentido

> *en que la apropiación de trabajo no retribuido y el trabajo materializado en general o, dicho en términos*

[1] K. Marx, *El Capital,* ed. cit., t. III, p. 247.

[2] Ibid., t. III, p. 253.

capitalistas, en que la ganancia y la proporción entre esta ganancia y el capital empleado, es decir, un cierto nivel de la cuota de ganancia sobre la extensión o la restricción de la producción es lo que decide, no la proporción entre la producción y las necesidades sociales, sino entre la producción y las necesidades de los hombres socialmente progresivos. Por eso, tropieza con límites al llegar a un grado de expansión de la producción, que en otras condiciones sería, por el contrario, absolutamente insuficiente. Se paraliza, no donde lo exige la satisfacción de las necesidades, sino allí donde lo impone la producción y realización de la ganancia.[3]

La relación entre esta apropiación de trabajo no retribuido y la suma del capital puede ser mejorada solamente aumentando el volumen del trabajo no retribuido. Este aumento, a su vez, conduce a un aumento posterior en la suma del capital. Desde el punto de vista de la rentabilidad, por lo tanto, la crisis de sobreproducción representa una situación en la que el capital existente es *simultáneamente demasiado pequeño y demasiado grande:* es demasiado grande en relación a la plusvalía existente y no es suficientemente grande para superar la escasez de plusvalía. La acumulación de capital es así al mismo tiempo la causa de la crisis y el instrumento para superarla. La crisis se origina porque la expansión de la producción ha perdido su necesaria correlación con la rentabilidad del capital, de manera que, desde el punto de vista de este último, el capital ha sido sobreproducido. Esta falta de correlación entre producción y rentabilidad puede expresarse también como una discrepancia entre producción material y producción de valor debido al doble carácter de la producción de capital como producción de valor de uso y de valor de cambio.

Aunque subordinado a la inexorable urgencia del valor de cambio, el aspecto de valor de uso del capital -como proceso de producción material- tiene un papel relativamente independiente en la producción de capital. La continuación de la existencia del capitalismo demuestra, no obstante, que la "contradicción interna" entre valor de uso y valor de cambio no altera el predominio y el control de la producción material por consideraciones de valor. El que este predominio vaya haciéndose cada vez más precario resulta históricamente ilustrado por la creciente severidad y frecuencia de las crisis y, finalmente, por el advenimiento de condiciones de crisis casi permanentes que ahora son curiosamente bienvenidas como un elemento de control del ciclo económico mediante interferencias conscientes en el mecanismo del mercado.

El efecto del aspecto de valor de uso de la producción de capital sobre la acumulación de capital sale a la luz, por ejemplo, en la determinación del volumen de capital adicional requerido para una expansión de capital exitosa. Solamente una cantidad definida de capital nuevo, determinada por la cantidad de capital físico ya en existencia, bastaría para una expansión de capital acelerada. Esta suma definida de plusvalía se refiere a la plusvalía social *total* en relación al capital social *total. Si* esta suma definida de plusvalía no puede ser producida en las condiciones existentes, no puede haber una expansión de capital rentable. Entonces puede existir una "abundancia" de fondos de inversión que no es lo suficientemente grande para satisfacer las necesidades de una acumulación rentable. En el mundo capitalista real no puede saberse, por supuesto, si la suma de plusvalía es adecuada para el propósito de la expansión del capital. Esta relación entre la suma del capital existente y la suma de plusvalía requerida para asegurar su reproducción en una escala mayor sólo puede ser averiguada indirectamente, por medio de relaciones de mercado y precios que significan bien una economía que se expande o bien una economía que se restringe.

Esta averiguación indirecta es inexacta porque algunos, factores que no son causados por una discrepancia entre la producción material y la producción de valor pueden originar una tendencia depresiva de la economía. Porque, en realidad, "la transformación de la plusvalía en ganancia depende tanto del proceso de circulación como del proceso de producción"[4]: Las discrepancias en las relaciones de la oferta y la demanda pueden impedir la realización de la plusvalía incluso aunque -bajo condiciones de mercado diferentes- la plusvalía realmente producida puede haber demostrado ser adecuada para los requerimientos de formación de capital. Sea esto como fuere, la cuestión está en que incluso en el supuesto de que *no exista problema de realización,* es posible que surja una discrepancia entre producción material y producción de valor que tendrá que ser superada antes de poder proseguir la acumulación.

En el supuesto de que no surjan dificultades en el proceso de circulación, una suma suficiente de plusvalía conducirá a la expansión simultánea de la producción material y la producción de valor, cosa que no hará una suma insuficiente de plusvalía. La interrupción del proceso de acumulación es, por supuesto, la crisis capitalista, que se manifiesta en una súbita disminución de la rentabilidad. Una vez en crisis, el capitalismo únicamente puede reanudar su expansión por medio de cambios en la esfera de la producción, que aumentan la plusvalía relativamente al valor del capital existente. Tales cambios requieren un "punto de arranque" diferente del que constituyó el "punto final" de la fase previa de expansión del capital, porque este "punto final" demostró ser un punto de crisis. En otras palabras, el nuevo lanzamiento presupone tanto la crisis como la destrucción y devaluación del capital que trae consigo.

[3] Ibid., t. III, p. 255.

[4] Ibid., t. III, p. 766.

La crisis casi no afecta al aspecto de valor de uso del capital, excepto cuando los medios materiales de producción son destruidos físicamente, como en tiempos de guerra. Pero sí afecta al valor del capital constante total por medio de la destrucción de los valores-capital durante la crisis y el consiguiente periodo de depresión. La misma cantidad de valor de uso representa ahora un valor de cambio menor; y la plusvalía, determinada por el valor de uso inalterado del capital, se refiere a un valor total de capital menor. Con respecto a su lado material, la composición orgánica del capital sigue siendo la misma, pero, por lo que se refiere a su lado de valor, ha disminuido. Este ajuste aumenta la rentabilidad de los capitales supervivientes.

El estancamiento del capital no puede obedecer a causas físicas, porque las fuerzas de producción materiales existentes, tanto como medios de producción y como fuerza de trabajo, no son alteradas por la crisis. Y tampoco puede tener su causa en una sobreproducción material de los medios de producción, porque en este respecto el mundo está obviamente subcapitalizado; no existen suficientes medios de producción para satisfacer ni siquiera las necesidades mínimas de la población mundial. La caída de la prosperidad a la depresión puede explicarse únicamente como un cambio en las relaciones de valor, es decir, un cambio de una rentabilidad suficiente del capital a una insuficiente. Como la ganancia no es sino otro nombre de la plusvalía, o trabajo excedente, las crisis cíclicas encuentran su explicación en la pérdida y restauración de una tasa de explotación adecuada. Como aparentemente no había una falta de plusvalía durante la fase de acumulación que precedió a la depresión, el proceso de acumulación mismo, alterando la composición orgánica del capital, debe haber conducido a una relativa escasez de plusvalía y producido la crisis. La reanudación del proceso de acumulación indica que se han encontrado medios para aumentar la producción de plusvalía en una medida suficiente para neutralizar los efectos de la creciente composición orgánica del capital en la tasa de ganancia.

La creciente composición orgánica del capital, la ley del aumento progresivo del capital constante en relación al capital variable, resulta, según Marx,

> *confirmada a cada paso por el estudio comparativo de los precios de las mercancías, ya comparemos distintos periodos económicos de la misma nación o diversos países dentro de la misma época*.[5]

La magnitud de la composición orgánica del capital en cualquier momento particular no nos dice nada, por supuesto, acerca de las perspectivas futuras de la producción de capital. El capital puede acumularse tanto con una composición orgánica de capital alta como baja, con tal que su tasa de explotación pueda ser acelerada correspondientemente. La sobreacumulación de capital relativa a la capacidad de explotar el trabajo reduce la tasa de acumulación o la detiene enteramente; sin embargo, las condiciones de crisis que resultan proveen oportunidades para la reorganización de la estructura total del capital que permiten una nueva fase de expansión del capital. La devaluación del capital relaciona una suma de plusvalía dada a un capital total menor. Y la concentración de capital que permite coloca esta plusvalía en manos de un número de empresarios relativamente menor. El capital menos productivo desaparece para dejar lugar a un capital más productivo, y la más violenta competencia entre los capitales restantes acelera la búsqueda de innovaciones ahorradoras de capital y ahorradoras de trabajo, hasta que el aumento de plusvalía hace que la expansión sea posible una vez más. Este aumento debe ser lo suficientemente grande, sin embargo, para acrecentar el capital total por encima del punto más alto de expansión que alcanzara anteriormente.

Aunque ninguna crisis real es predecible en cuanto al momento de su llegada y la extensión de la devastación que causará, el estado de crisis puede ser esperado como resultado cierto de un proceso de acumulación creciente incapaz de mantener su necesaria rentabilidad. Puesto que la disminución de la rentabilidad, asociada con una escala de producción que represente una sobreproducción de capital, resulta aparente en la esfera del mercado, aparece simplemente como un problema de mercado, como un desequilibrio temporal entre la oferta y la demanda. Ningún capitalista puede admitir más que eso, puesto que el descubrir la crisis en las relaciones de valor de la producción de capital significa aceptar la responsabilidad por la crisis en tanto que ésta es una expresión económica de las relaciones de explotación entre capital y trabajo.

[5] Ibid., t. I, p. 527.

Capítulo VIII
La realización de la plusvalía

Según Marx, “donde más patente y más sensible se le revela al burgués práctico el movimiento lleno de contradicciones de la sociedad capitalista, es en las alternativas del ciclo periódico recorrido por la industria moderna y en su punto culminante: el de la crisis general”.[1] A todo lo largo del siglo XIX, las crisis se sucedieron unas a otras en intervalos de aproximadamente diez años. La periodicidad de la crisis, de acuerdo con Marx, nace simplemente de la capacidad del capitalismo para superar la sobreproducción de capital por medio de cambios en las condiciones de la producción que aumentan el volumen de la plusvalía en relación al capital existente. El ciclo económico *definido* del siglo pasado es, no obstante, un hecho empírico que no está directamente relacionado con la teoría marxista. Es cierto que Marx trató de conectar la definida periodicidad de las crisis con la rotación del capital. Pero no insistió en la validez de esta explicación. En cualquier caso, su teoría no depende de ninguna periodicidad de las crisis en particular. Solamente mantiene que las crisis suelen surgir como una expresión de una superproducción temporal de capital y como un medio para la reanudación del proceso de acumulación.

En el esquema de valor abstracto de Marx, una sobreproducción o sobreacumulación absoluta de capital aparece tan pronto como una ampliación ulterior del capital total produce un volumen de plusvalía menor que el obtenido anteriormente. Aunque las condiciones que el esquema de valor del desarrollo supone, no existen en el mundo real de la producción de capital, está claro sin embargo que los capitales individuales, y el capitalismo como un todo, existen en situaciones que ponen límites a su crecimiento. Si se trascienden esos límites, la crisis aparece; esto conduce a actividades que eliminan esos límites reorganizando la estructura total del capital. Sin embargo, esta reorganización plantea condiciones que contienen sus propios límites específicos.

En cualquier momento dado los límites reales a la expansión del capital están determinados por las condiciones sociales generales, que incluyen el nivel de tecnología, el volumen de capital ya acumulado, la disponibilidad de mano de obra asalariada, el grado de explotación posible, la extensión del mercado, las relaciones políticas, los recursos naturales conocidos, y así sucesivamente. No es únicamente el mercado sino la situación social total y todas sus ramificaciones lo que permite, o limita, la acumulación del capital. Como no es posible calcular, en las condiciones sociales reales, cuándo alcanza sus límites la expansión de uno o todos los capitales, las condiciones limitantes deben suponerse con objeto de revelar el significado del proceso aquí implicado.

La economía capitalista es una entidad de producción y cambio. La mayor parte de las mercancías producidas tienen que ser vendidas; porque si las mercancías no pueden venderse, el capital y la plusvalía que contienen no pueden ser realizados, y la creciente explotación que las produjo puede ser incapaz de evitar una reducción en las ganancias. La discrepancia entre la creación de plusvalía y su realización aparece como una sobreabundancia en el mercado, como una sobreproducción de mercancías. Visto desde el ángulo del desarrollo productivo más bien que desde el de sus resultados, la sobreproducción de mercancías es una sobreproducción de capital. Para Marx, la sobreproducción de capital implica siempre la sobreproducción de mercancías, pero la distinción entre ellas sigue siendo importante. Pues la sobreproducción de capital y mercancías, en lugar de conducir a una reducción de la productividad, tan sólo acelera a esta última, indicando de este modo que la discrepancia entre la producción de plusvalía y su realización surge a causa de una disminución en la tasa de acumulación. Con una tasa suficiente de expansión del capital no habría sobreproducción, y tan pronto como se reanude el proceso de acumulación, el mercado volverá a ser una vez más lo que se considera “normal”, a pesar de la cantidad aún mayor de mercancías que entonces se ofrezcan a la venta. Lo que está implicado aquí, por lo tanto, no es una sobreproducción de mercancías en relación al poder de consumo absoluto de la sociedad o bien al poder de consumo relativo del capitalismo, sino una sobreproducción de mercancías en relación a la demanda limitada por el sistema, bajo las condiciones particulares del estancamiento relativo del capital.

La sobreproducción de capital es siempre el “punto final” de un periodo de próspera formación de capital en el que la extensión de la producción es paralela a la expansión del capital existente. Para evitar la llegada de ese punto, las condiciones de producción deben alterarse. Estas cambian, por supuesto, en el curso mismo del proceso de acumulación. Sin embargo, no hay razón para suponer que las condiciones de producción cambiarán siempre para acomodarse a las necesidades de la expansión de capital, aún menos porque las primeras son las condiciones sociales generales de producción y las últimas son una necesidad particular ligada únicamente a la relación de explotación entre capital y trabajo. Y aunque es cierto que la demanda social, afectando la distribución de la plusvalía social por medio del establecimiento competitivo de una tasa de ganancia promedio, pone o quita límites a los capitales particulares, esta demanda social no representa la realidad de las

[1] K. Marx, *El Capital,* ed., cit., t. I, p. XXiv.

condiciones sociales sino que ella misma está en gran medida determinada por la producción de capital.

De cualquier forma, una crisis es una interrupción del proceso de acumulación. Por más teorías específicas de las crisis que hayan sido elaboradas a partir de Marx, las proposiciones siguientes son generalmente reconocidas: que una tasa de expansión suficiente para prevenir el estancamiento y la decadencia depende de la rentabilidad del capital; que resulta cada vez más difícil mantener semejante rentabilidad a causa del volumen del capital ya alcanzado; que el estancamiento económico puede terminarse sólo por un aumento de la rentabilidad. Esto constituye el contenido de toda teoría del ciclo económico.

Todas las crisis han sido precedidas por una expansión impulsada especulativamente de la producción y el crédito. Esto no quiere decir, sin embargo, que la sobreproducción resulte de la especulación y 1a extensión del crédito; porque "la extensión del sistema de crédito no es sino la forma que oculta la sobreproducción de capital".[2] La sobreproducción es inherente a la acumulación competitiva de capital a causa del doble carácter de la producción de valor y la tendencia unilateral hacia el valor de cambio. "Las expansiones y contradicciones del crédito no son más que un síntoma de las alternativas del ciclo industrial."[3] La disminución de la rentabilidad provoca una contracción del crédito al igual que el aumento de la rentabilidad provoca su expansión. Igualmente, mientras que es verdad que la competencia impulsa la expansión del capital sin tener en cuenta la rentabilidad del capital total, esto es sólo porque la tendencia que tiene la tasa de ganancia a bajar existe en el proceso de producción, independientemente del mecanismo competitivo.

Aparte de las gangas del robo colonial, la formación original de capital evolucionó a un ritmo relativamente calmado a causa del curso todavía plácido del desarrollo tecnológico y a causa de las barreras sociales que se oponían a la creación de un vasto proletariado industrial. Los aspectos no capitalistas de la economía eran todavía lo bastante fuertes para dar al proceso de desarrollo social total la apariencia general de una producción para el consumo. El mismo atraso caracteriza, por supuesto, a los horrores del capitalismo primitivo y la extraordinaria avidez de plusvalía que encontró su expresión en la pauperización de la población trabajadora. Asimismo explica el pesimismo de los economistas clásicos acerca del futuro del capitalismo, y su propia, inadecuada visión del problema de la tasa de ganancia decreciente.[4] Solamente con el surgimiento de la industria moderna, la apertura del mercado mundial y la preponderancia de las relaciones capital-trabajo en la producción, la propia expansión del capital se convirtió en el principal factor determinante del desarrollo social. Hasta entonces, las necesidades humanas físicas en condiciones sociales menos complejas dieron al desarrollo capitalista primitivo un elemento de "orden" que no era el suyo propio.

Aunque predeterminada por la división del trabajo en trabajo necesario y trabajo excedente, la demanda social en el capitalismo primitivo era en gran medida una demanda de medios de consumo. De ahí la idea de que el equilibrio de oferta y demanda del mercado está determinado por los requerimientos sociales de producción para el consumo. Pero a medida que el capitalismo se convertía en el modo de producción dominante y aumentaba el ritmo de la acumulación, la "demanda social" se convirtió cada vez en mayor medida en una demanda de capital. La oferta y la demanda en el sentido tradicional dejaron de determinar el proceso de producción; la producción de capital, *como capital,* determinó el volumen y la naturaleza de la demanda del mercado.

La producción de mercancías crea su propio mercado en tanto que es capaz de convertir la plusvalía en nuevo capital. La demanda del mercado es una demanda de bienes de consumo y de bienes de capital. La acumulación sólo puede ser la acumulación de bienes de capital, porque lo que se consume no se acumula sino que simplemente se gasta. Es el crecimiento del capital en su forma física el que permite la realización de la plusvalía fuera de las relaciones de cambio capital-trabajo. En tanto que existe una demanda adecuada y continua de bienes de capital, no hay razón por la que las mercancías que entran en el mercado no puedan ser vendidas.

Según Marx, un "equilibrio" del mercado en términos de precios implica un "equilibrio" en términos de valores y presupone la completa realización de la plusvalía. Para un periodo de tiempo dado, el trabajo social total se toma en cuenta solamente cuando la parte imposible de consumir de la plusvalía se convierte, de mercancías, en capital nuevo. Sólo entonces el proceso de circulación está en "armonía" con el proceso de producción. Sin esta acumulación, los precios caerán no sólo por la acrecentada productividad del trabajo sino también porque la oferta de mercancías será superior a la demanda. Por otra parte, si la demanda de capital excede a la oferta, los precios se elevarán a pesar

---

[2] Engels a Marx, *Briefe über das Kapital.* Berlín, 1954, p. 74.

[3] K. Marx, *El Capital,* ed. cit., t. I, p. 536.

[4] Por ejemplo, Adam Smith pensaba que la acumulación del capital hacía descender la tasa general de ganancia en el mismo sentido en el que la expansión competitiva de las empresas particulares disminuía la ganancia para esas empresas; y David Ricardo sostenía que la tasa general de ganancia estaba destinada a disminuir a causa de que la acumulación del capital, al elevar la productividad de la industria, disminuía la productividad de la agricultura por la creciente inferioridad de los recursos naturales.

de la creciente productividad del trabajo. Los precios suben y bajan con variaciones en la productividad del trabajo y en la oferta y la demanda. Estas últimas variaciones, sin embargo, dependen de la tasa de expansión del capital; y esta tasa depende a su vez de la productividad (rentabilidad) del trabajo en relación a la suma de capital existente. En otras palabras, los cambios en los precios debidos a las relaciones de la oferta y la demanda se derivan de las relaciones de valor y plusvalía que determinan la tasa de acumulación.

Cualesquiera que sean los movimientos de precios que acompañan al proceso de acumulación, y cualesquiera que sean sus fluctuaciones particulares en tiempos de crisis, en ningún momento tienden hacia una igualación de la oferta y la demanda que empareje la producción social al consumo social. Los cambios en los precios están siempre relacionados con la expansión o contracción de la acumulación de capital. Una baja tasa de expansión de capital aparecerá en la forma de una excesiva oferta de mercancías en el mercado y precios reducidos. Una alta tasa de acumulación invertirá la situación del mercado y elevará los precios de las mercancías.

Puede haber una producción de plustrabajo sin acumulación de capital. En tal caso, la “plusvalía” no comprenderá más que el fondo de consumo de la población no trabajadora. Pero la producción de capital excluye este estado de reproducción simple. Forzado por la competencia, el capitalista individual debe acumular, aunque sólo sea para conservar el capital que ya posee. El capital es usado en el proceso de producción como una partida de costo de producción, y es recuperado en el proceso de circulación como una parte del precio de las mercancías. Generalmente, cualquier capital particular que no aumente su productividad durante la fase de expansión tiene que desaparecer, porque el capital sólo puede realizar su plusvalía en el mercado, y los precios promedio del mercado se establecen de acuerdo a la variable productividad del trabajo.

Un empresario puede invertir en equipo de capital nuevo y más productivo incluso cuando su ganancia en la producción normal hace que esto sea una empresa dudosa, porque la inversión adicional puede ofrecer una mayor habilidad competitiva y capacitarle para ampliar su mercado a expensas de otros capitalistas. Todas las inversiones adicionales son otros tantos intentos para participar de la mayor demanda del mercado que se espera, o para obtener una porción mayor de la demanda existente, bien sea estable o decreciente, a expensas de los otros empresarios.

Un mercado mayor presupone una producción mayor, aun cuando una producción mayor puede no encontrar una demanda de mercado adecuada. En el intento de salvaguardar el capital aumentándolo, los capitalistas aceleran el proceso de acumulación. No hay ninguna seguridad de que la expansión de la producción ampliará al mercado en igual medida. Sin embargo, esta aceleración es en sí misma una extensión del mercado en tanto que aumenta la demanda de medios de producción. Si, en consecuencia, la demanda del mercado aumenta en general y afecta a todas las esferas y ramas de la producción, se sigue un periodo de “prosperidad” y aparecerá como un “equilibrio” de la oferta y la demanda. En el supuesto de que la acumulación de capital tenga este efecto, la única razón posible para que pueda interrumpirse súbitamente es la falta de plusvalía; y esta falta debe haber surgido dentro y a pesar del proceso de acumulación.

En la realidad, por supuesto, todo aparece en forma opuesta; parece que la plusvalía es irrealizable debido a una abundancia de valores de uso (mercancías). Y para el capitalista individual es ciertamente la falta de demanda la que impide la venta de sus mercancías y la que le induce a no aumentar su producción con inversiones adicionales. Pero esta aparente forma en que la acumulación se subordina a la demanda del mercado simplemente revela las reacciones de los capitalistas individuales ante la escasez social de plusvalía, o trabajo excedente, esto es, ante la insuficiencia del *valor de uso de los trabajadores (su* capacidad de trabajo) que le toca al capitalista a cambio del valor de cambio de los trabajadores (salarios), o, lo que es lo mismo, ante la disminución de la explotabilidad del trabajo en comparación con los requerimientos de ganancias de una acumulación de capital progresiva.

Oculta en la esfera de la producción, esta situación no resulta contradicha por una sobreabundancia en el mercado de mercancías. Debemos siempre recordar que la producción capitalista tiene como objetivo la ganancia y el capital. La producción de mercancías como valores de uso concretos es solamente el medio para la producción de capital como valor de cambio abstracto. También debe recordarse que, con respecto a la rentabilidad, la disminución del elemento valor de cambio de la producción de mercancías se ve contrarrestada por la creciente productividad en la producción de valor de uso. Igualmente, la disminución en la rentabilidad que experimenta una cantidad de capital definida, encuentra su compensación en el crecimiento del capital total. De esta forma, un aumento en la cantidad de trabajo no remunerado -expresado como un volumen mayor de mercancías- deja de lado la tendencia decreciente de la tasa de ganancia. Así, la sobreabundancia real en el mercado de mercancías puede ser causada por el hecho de que el trabajo no es lo suficientemente productivo para satisfacer las necesidades de ganancia de la acumulación de capital. Porque no se ha producido *lo suficiente,* el capital no puede crecer a una tasa que permitiría la completa realización de *lo que ha sido* producido. La relativa escasez de plusvalía en el proceso de producción aparece en el proceso de circulación como una abundancia absoluta de mercancías y como una sobreproducción de capital.

Esto resulta evidente por el hecho de que los periodos de sobreproducción terminan siempre en un aumento, no una disminución, de la producción y de los medios de producción hecho posible por el perfeccionamiento de las condiciones de explotación.

Aunque la expansión del capital depende de la realización de la plusvalía en el proceso de circulación y esporádicamente se interrumpe por las limitaciones del mercado, la acumulación de capital no es un problema de realización. Es también eso, naturalmente, pero el problema de realización se deriva del hecho de que la producción de capital es un proceso de expansión de valor. Incluso suponiendo la no existencia del problema de la realización, Marx vio el proceso de acumulación históricamente limitado porque en su curso destruye su propia fuente de existencia y el secreto de su desarrollo debido a la baja en la tasa de ganancia ocasionada por la creciente composición orgánica del capital.

Este proceso, sin duda, puede también ser descrito en la forma menos abstracta de realización de la plusvalía. Los resultados serían los mismos, sin embargo. La esfera de la circulación crece con el crecimiento del capital. Pero el proceso de expansión del capital es también un proceso de concentración y centralización del capital. Esto impide la extensión especial de la producción de capital, porque los capitalistas se vuelven cada vez más incapaces y menos deseosos de capitalizar la producción mundial. La creciente dificultad de mantener una tasa de ganancia suficiente para la expansión del capital existente disminuye el deseo de extender el capital a regiones no desarrolladas o subdesarrolladas. Por el contrario, esas regiones son mantenidas como bases de materias primas baratas a cambio de mercancías producidas en los territorios capitalistas desarrollados.

La acumulación implica la constante extensión de la producción capitalista por medio de la transformación de modos de producción más primitivos en sistemas de producción de mercancías. Ésta es una forma de detener el alza de la composición orgánica del capital y de estabilizar la tasa de ganancia. Pero la acumulación trae también la centralización y concentración que reducen la formación de nuevo capital, y así disminuye gradualmente los efectos "benéficos" que el nuevo capital pudiera tener en el promedio de la tasa de ganancia. Según Marx, "la tendencia a crear el *mercado mundial* está dada directamente en la idea misma del capital"[5]; pero el desarrollo capitalista impide simultáneamente el desarrollo de una producción capitalista mundial por su tendencia inmanente a monopolizar el proceso de acumulación de capital.

Esto no quiere decir que el capitalismo sea el responsable de la existencia de países subdesarrollados. Pero sí quiere decir que una industrialización total de la producción mundial no puede realizarse por medio de la acumulación de capital privado. El crecimiento y la monopolización de la riqueza privada frena y distorsiona la formación de la riqueza social. Sin duda, no hay nada en el sistema capitalista que le impida buscar ganancias por toda la superficie del globo, y no existe ningún lugar en el que el capital no pueda entrar si ello le resulta beneficioso. Sin embargo, la concentración de la riqueza basada en la propiedad privada divide al mundo en regiones ricas de capital y regiones pobres de capital, así como polariza a cada nación en particular en capitalistas y trabajadores asalariados.

El capitalismo encuentra más provechoso restringir el desarrollo industrial a la parte del mundo donde se encontraba ya instalado. Una vez que esta posición monopolista fue alcanzada y consolidada, no pudo ser abandonada sin dañar gravemente el edificio completo del capitalismo occidental. La conservación de las naciones no industriales como mercados para sus industrias manufactureras se convirtió entonces en la política comercial de todas las naciones desarrolladas, y fue políticamente forzada en los países bajo su control. La naturaleza misma, se afirmaba, destinaba a algunos países a ser productores de mercancías industriales y a otros a ser productores de materias primas. Más que un "hecho natural", esta división era también una conveniencia económica, tal como lo aclara la teoría de los costos comparativos, esto es, la noción de que era más "económico" producir materias primas en países de producción primaria y más "económico" producir mercancías industriales en naciones industriales. En esta forma, según se suponía, todos salían ganando por la "división internacional del trabajo", es decir, por la división del mundo en naciones industriales y naciones no industriales. En realidad, sin embargo, el intercambio entre esos países resultaba siempre ventajoso para los desarrollados y desventajoso para los subdesarrollados.

Ésta es una de las formas como el capitalismo impide concretamente el desarrollo de las fuerzas sociales de producción. Pero mientras que este proceder apresura la expansión del capital monopolizado durante algún tiempo, posteriormente se convierte en una causa adicional del estancamiento del capital. Y esto sucede porque en relación a los crecientes requerimientos de la acumulación de los capitales concentrados existentes, cada vez puede extraerse menos plusvalía de los territorios subdesarrollados y estancados en cuanto a la productividad. Por su parte, estos territorios no pueden capitalizar la producción en competencia con los capitales ya altamente

[5] K. Marx, *Grundrisse,* ed. cit., t. I, p. 358.

monopolizados; y el surgimiento de nuevos capitales independientes sólo es posible en relativo aislamiento del mercado capitalista mundial.

Proyectada y construida con vistas a un mercado mundial en expansión, la capacidad productiva de las naciones capitalistas avanzadas excede el alcance de sus mercados nacionales. Y esto es más o menos cierto para todos los países industriales, pues su producción combinada excede el alcance del mercado mundial, a no ser que una rápida y generalizada formación de capital desarrolle el mercado mundial tan rápidamente como se desarrolla la producción. Aunque éste no suele ser el caso, no es imposible. El modelo de Marx de acumulación del capital supone que esto es posible y por lo tanto restringe la tendencia decreciente de la tasa de ganancia a acontecimientos en la esfera de la producción. En realidad, por supuesto, el ensanchamiento de la brecha de la productividad entre las regiones capitalistas desarrolladas y las subdesarrolladas impide la realización de la plusvalía a causa del creciente empobrecimiento de estas últimas. Alentando solamente la explotación de la producción de bienes primarios, transfiriendo las ganancias hechas en esas áreas a las naciones industrialmente desarrolladas, e imponiendo términos de comercio que favorecen a los países capitalistas desarrollados, las naciones avanzadas reducen la capacidad de las áreas subdesarrolladas para comprar productos manufacturados. Cuanto más pobres se vuelven las naciones subdesarrolladas, menos mercado ofrecen para los productos de los países industrialmente avanzados, y menos capaces son para capitalizarse a sí mismas y aumentar así la demanda general. Esta falta de demanda es realmente una falta de plusvalía en territorios incapaces de comprar. Lo que aparece como un *problema de realización* en los sistemas capitalistas avanzados es un *problema de producción* en las naciones menos desarrolladas. El efecto total, sin embargo, es una reducción en la plusvalía, que impide el avance del proceso general de acumulación.

Tanto si se observa desde el punto de vista de la producción de plusvalía, o del de su realización, cuando se ven desde la posición del capital total, el problema real del capitalismo es una reducción, no una abundancia, de plusvalía. Sólo estudiando una nación capitalista particular aisladamente, o separando al mundo capitalista desarrollado del mundo como un todo, es que una falta de plusvalía real puede aparecer como una sobreproducción de mercancías. Igualmente, sólo desde el punto de vista del productor individual en cualquier nación capitalista es que una reducción real de la plusvalía socialmente producida se presenta como una demanda decreciente del mercado. Pero en el mundo en general y en cada nación separadamente, existe sobreproducción sólo porque el grado de explotación es insuficiente. Por esta razón, la sobreproducción es superada por un aumento en la explotación, siempre que, por supuesto, al aumento sea lo bastante grande para desarrollar y extender el capital y por lo tanto aumentar la demanda del mercado.

Capítulo IX
El capitalismo en crisis

A causa del carácter fetichista de la producción de capital, puede considerarse que el sistema capitalista, en todas sus fases y en todos sus detalles, está en condición de crisis "permanente". La depresión es la condición previa para la prosperidad; la prosperidad termina en una nueva depresión. Se trata, por así decirlo, de las dos caras de una misma moneda. Puesto que los capitalistas operan como intereses individuales en una producción social de alcance mundial, y no son capaces de captar las posibilidades y limitaciones reales del "sistema como un todo", la sobreexpansión en algunas esferas de la producción, o en algunas naciones, puede conducir a la sobreexpansión en otras industrias y naciones y puede finalmente afectar al mundo en general. Tanto la fuerza de la competencia como el deseo de sacar provecho del auge transforman la tendencia ascendente de la economía en una expansión autopropulsada que puede llevar las inversiones hasta un punto en el que las ganancias exigidas de ellas ya no es fácil que se presenten.

La sobreproducción de capital exige un capitalismo bastante desarrollado. El problema no se plantea realmente en las primeras etapas de desarrollo del capitalismo pero se va convirtiendo en una dificultad cada vez mayor a medida que se acumula el capital. En cierto sentido, cada crisis es más grave que la que la precede a causa de la creciente interdependencia entre la producción y la vida social en general. En otro sentido, cada crisis sucesiva abre nuevos caminos porque la amplitud de los cambios estructurales requeridos para que el capitalismo prosiga su expansión se hace mayor. Pasado cierto punto, sin embargo, la necesidad que tiene el capital de extenderse geográficamente supera las barreras nacionales dentro de las cuales el capitalismo se desarrolló. Las naciones en crisis intentan vencer estas dificultades a expensas de otras naciones. Las oportunidades económicas pasan de un país a otro, de un continente a otro; y entonces la economía requiere, no solamente la racionalización de la industria, sino también una reorganización general de la estructura económica, social y política de la economía mundial.

La crisis pone al desnudo la discrepancia entre la producción material y la producción de valor: su proximidad se anuncia con un debilitamiento en la tasa de acumulación, una sobreproducción de mercancías y un aumento en el desempleo. Así, la vía para salir de la depresión consiste en cerrar la brecha entre expansión y rentabilidad, por medio de nuevas inversiones, y la "normalización" de los mercados de bienes y mercancías.

La crisis no comienza simplemente. Comienza en industrias específicas, por más que haya sido causada por la situación global. Como la crisis, también el ascenso comienza en industrias específicas y afecta acumulativamente al total de la economía. Como la acumulación de capital es la reproducción ampliada de los medios de producción, el ascenso y el descenso, aunque generales, son observables primero y ante todo en la manufactura de bienes de producción.

Sin embargo, la crisis no refleja la situación real. Así como el ascenso exagera las expectativas de ganancias, del mismo modo la crisis exagera la decreciente rentabilidad. Para hablar en los términos subjetivos de Keynes, el "optimismo" irreal de la prosperidad conduce al "pesimismo" irreal de la depresión. En ambas direcciones, el proceso competitivo tiende a los extremos: apresura tanto la sobreproducción de capital como la reorganización de la estructura del capital. Una depresión puede "introducirse furtivamente" por un debilitamiento gradual de la actividad económica, o puede iniciarse por una "quiebra" espectacular con súbitos hundimientos de la banca y el colapso del mercado de valores. La crisis misma no es sino el punto en el que se reconoce públicamente la inversión de las condiciones económicas.

Cualesquiera que sean las circunstancias que acompañan a la inversión de la tendencia económica, siempre va acompañada por una sobreproducción de mercancías. Incluso las últimas fases del auge que precede a la crisis, vistas retrospectivamente, no eran ya rentables; pero el reconocimiento de este hecho tiene que aguardar al veredicto del mercado. Las previsiones hechas en la confianza de una tendencia ascendente constante no pueden ser alcanzadas. La conversión del capital de mercancía a dinero resulta cada vez más difícil. La crisis de la producción es al mismo tiempo una crisis financiera. La necesidad de fondos líquidos y el intento de evitar pérdidas intensifica la caída de los valores y de los precios de las mercancías. La competencia forma un cariz despiadado y en algunos negocios, los precios bajan forzosamente hasta un punto ruinoso. Los valores de capital se deprecian rápidamente, se pierden fortunas y las utilidades desaparecen. La demanda social decrece progresivamente a medida que aumenta el número de los desempleados: el exceso de mercancías es controlado únicamente por el descenso aún más rápido de la producción. La crisis se extiende a todas las esferas y ramas de la producción. Su forma general revela la interdependencia social del modo de producción capitalista a pesar de las relaciones de propiedad privada que lo controlan.

Después de un periodo de pánico, sin embargo, la economía capitalista se vuelve a orientar hacia una nueva estabilidad bajo condiciones transformadas. La consiguiente depresión o estancamiento, aunque destruye muchos negocios, mejora la rentabilidad de los sobrevivientes proporcionándoles

mercados más amplios. Un capital más concentrado dirige ahora una esfera mayor de operaciones mercantiles. Protege y consolida su recién ganada posición, rebajando los costos de operación invirtiendo de nuevo en innovaciones tecnológicas. La competencia obliga en mayor o menor grado a todos los capitales supervivientes a hacer lo mismo, y una nueva ola de inversiones, alterando la relación entre ganancia y salarios, inicia un nuevo periodo de producción de capital. Los problemas del capitalismo, que salen a la luz en el mercado, encuentran su solución en la esfera de la producción, aunque la solución no es completa hasta que afecta también a las relaciones del mercado.

No sólo las condiciones de producción de capital, sino también su circulación, mejoran y facilitan la realización de la plusvalía. Según la tendencia ascendente aumenta su ritmo, aumenta la demanda y disminuye la excesiva oferta de mercancías. Los precios empiezan a subir en condiciones de un mayor volumen de negocios, porque el proceso de concentración afecta también a la esfera de la circulación. Naturalmente, los salarios también comienzan a aumentar y la tasa promedio de productividad del trabajo decrece a causa del mayor número de trabajadores empleados, incluyendo a los trabajadores menos productivos que fueron desechados durante la depresión. Pero mientras la rentabilidad pueda ser aumentada por nuevos métodos y medios de producción, más rápido de lo que desciende debido a la mejora en las condiciones laborales, la tasa de acumulación permanece indemne.

A pesar de los periodos de depresión intermitentes, cada ascenso lleva a la producción de capital a un punto más alto y a una extensión más amplia que su nivel de desarrollo previo. Hay menos capitalistas en relación al capital aumentado aunque hay más en números absolutos. Hay menos trabajadores empleados en relación al capital acumulado, pero son más en números absolutos. El capital se desarrolla en una forma que puede describirse como tres pasos adelante y dos hacia atrás. Este tipo de locomoción no impide el avance general; solamente lo hace más lento. Cuando el desarrollo capitalista es visto como un proceso continuo y regular, muy aparte de sus febriles fluctuaciones de expansión y contracción, la tasa de acumulación de capital es bastante moderada y no indica los numerosos trastornos y luchas sociales que envuelve.

Por lo tanto, hablar de la crisis capitalista o del ciclo económico es simplemente referirse a la manera específica en que el capital se acumula en las condiciones de un mercado competitivo en que las interrelaciones de la producción capitalista como un todo son llevadas a fortalecerse por medio de la crisis. En el capitalismo, cualquier mecanismo que regule absolutamente cualquier cosa, debe ante todo regular la relación entre producción y rentabilidad. Con la autoexpansión del capital como factor determinante del desarrollo, la “ley del valor” se afirma cada vez menos y menos en términos de los cambios de precios en la actividad del mercado cotidiano; por el contrario, requiere una crisis económica que lo abarque todo. Las “tendencias equilibradoras” del mercado competitivo salen a la luz no en su actualización sino en la expansión y concentración del capital. Y precisamente porque se requiere una crisis para restablecer las proporciones necesarias para una posterior formación de capital, los diversos elementos de crisis se acumulan sin ser destacados ni obstaculizados en cada periodo de expansión.

Para Marx, cada periodo de crisis y depresión es una manifestación de los resultados de la “ley del valor”, un “proceso curativo” del que depende la continuidad de la existencia del capital. Las fuerzas de “equilibrio” del mercado operan dentro de un mecanismo que “iguala” la tasa de acumulación a la tasa de ganancia y para este fin exige crisis recurrentes. El tipo de equilibrio del mercado del que habla la economía burguesa no puede ponerse en práctica. El único equilibrio posible es un “equilibrio dinámico” que implica una acumulación de capital afortunada y, con ello, un constante aumento del desequilibrio entre la “demanda social” y las necesidades sociales reales, entre la expansión de la producción determinada por la ganancia y la expansión y organización requeridas para la satisfacción de las necesidades sociales.

La crisis capitalista da validez a la teoría general de la acumulación del capital, ya que es ahí donde el análisis abstracto de producción de capital de Marx encuentra su verificación *observable.* El aumento en la composición orgánica del capital es un desarrollo incontestable. La caída de la tasa de ganancia congo consecuencia del aumento de la composición orgánica del capital es, no obstante, experimentada solamente en periodos de crisis y estancamiento del capital, ya que el capitalismo en expansión compensa la baja en la tasa de ganancia con un aumento en la suma de las ganancias en el capital total mayor.

No existen datos específicos acerca de la composición orgánica del capital total. De acuerdo con el estado de la industrialización, es alto en unos países y bajo en otros. Incluso para una nación en particular, la composición orgánica del capital sólo puede ser calculada vagamente a partir de datos insuficientes, inadecuados y en su mayor parte dudosos, que no proporcionan mucho más que lo obvio; a saber, que la creciente productividad del trabajo se manifiesta en la continua expansión del capital. Cien años después de la publicación de *El Capital,* todavía hay que decir que ni siquiera en un país, los Estados Unidos en este caso, pueden “estudiarse con el detalle preciso las actividades

pasadas con respecto a la formación y financiamiento del capital, a causa de la falta de datos".[1] Sin embargo, los datos existentes prueban las previsiones de Marx con respecto al curso del desarrollo capitalista.

Por lo que respecta a la formación del capital en los Estados Unidos, Simon Kuznets refiere que durante el periodo de 1869 a 1955

> *hubo un marcado crecimiento del capital por persona y por unidad de mano de obra. La reserva neta de capital por persona aumentó, en todo este periodo, hasta cerca de cuatro veces su nivel inicial* [...] *a una tasa de cerca de 17 por ciento en cada década.*[2]

Sin duda, la formación de capital por persona y por unidad de mano de obra equivale a la noción de aumento de la composición orgánica del capital en Marx. No obstante, muestra que el capital aumentó constantemente y, en el periodo considerado, creció cuatro veces más rápidamente que la población. Kuznets resume el crecimiento en volumen de la formación de capital en términos de valor en dólares en precios constantes (1929). Distingue entre formación bruta y formación neta de capital, siendo la última las adiciones reales al capital existente después de hacerse las deducciones del capital fijo "consumido".

> *El valor anual de la formación bruta de capital aumentó de 3 500 millones de dólares en 1869-1888 a 19 mil millones de dólares en 1929-1955, y a 30 mil millones de dólares en 1946-1955. Este aumento a largo plazo durante cerca de tres cuartos de siglo fue de cerca de nueve veces su nivel original. Los cargos por consumo de capital (depreciación)* [...] *también aumentaron rápidamente, desde un nivel anual de cerca de 1 500 millones de dólares en 1869-1888 a más de 14 mil millones de dólares en 1929-1955 y ligeramente más de 19 mil millones de dólares en 1946-1955. Por lo tanto, el aumento aquí fue cerca de tres veces el nivel inicial. La formación neta de capital creció también en forma apreciable, de 2 mil millones de dólares por año en 1869-1888 a 4 700 millones de dólares en 1929-1955, y a cerca de 10 500 millones de dólares en 1946-1955. El aumento fue superior a cinco veces el nivel inicial.*[3]

Para algunas industrias especiales existen datos un poco más adecuados a propósito de la composición orgánica del capital. Por ejemplo, para las 100 mayores firmas norteamericanas, que emplean a 5 millones de personas y combinan activos de 126 mil millones de dólares, el volumen promedio de activos por trabajador aumentó de 12 200 en 1949 a 20 900 en 1959 y a 24 000 en 1962.[4] Las variaciones son muy amplias entre las diversas industrias, como lo muestra la tabla siguiente.[5]

Promedio total de activos por empleado por industria, de las principales industrias en 1959 (en dólares)

Número de compañías	*Industria*	*Promedio de inversión por empleado*
21	Productos del petróleo	$ 62.000
3	Destilación	53.400
3	Productos de tabaco	50.700
8	Metales no ferrosos	28.200
8	Productos químicos	24.700
9	Fierro y acero	21.200
3	Pulpa y papel	18.800
3	Automóviles y camiones	14.800
11	Maquinaria y equipos	13.000
6	Productos alimenticios	10.500
4	Llantas, productos de hule	10.300
5	Equipo eléctrico	10.100
7	Aeronáutica	7.600
9	Otras manufacturas	17.700
100		20.900

Con todas sus imperfecciones, incluyendo su incapacidad para distinguir entre trabajo productivo y trabajo improductivo desde el punto de vista capitalista en la amalgama "unidad de mano de obra", las cifras de Kuznets sugieren no obstante que la formación del capital efectivamente procede de

[1] S. Kuznets, *Capital in the American Economy.* Nueva York, 1961, p. 33.

[2] Ibid., p. 66.

[3] Ibid., p. 394.

[4] First National City Bank, *Economic Letter.* Nueva York, junio, 1963.

[5] Ibid., agosto, 1960.

acuerdo con el carácter de la producción de capital, que requiere un aumento más rápido de la parte constante del capital que de la parte variable. Dejando aparte los periodos de depresión, la tasa total de formación de capital indica una tasa de ganancia suficiente por el solo hecho del capital acumulado. Solamente un descenso en la tasa de acumulación hace que se manifieste la tendencia latente de la tasa de ganancia a descender. Esto también puede expresarse al revés: un descenso en la rentabilidad sale a la luz como una tasa reducida de formación de capital que, a su vez, detiene el crecimiento de la composición orgánica del capital.

Ahora bien, una de las "contratendencias" de Marx al descenso de la tasa de ganancia es precisamente una detención en el aumento de la composición orgánica del capital por medio del abaratamiento de los elementos del capital constante. Esto se hace posible con cambios tecnológicos que aumentan la productividad del trabajo de manera que la relativamente menor plusvalía se convierte en capital adicional. Mientras que los métodos ahorradores de trabajo propician un crecimiento de las inversiones más rápido que el de los salarios, los métodos ahorradores de capital disminuyen en cierta medida la brecha creciente entre el dinero invertido en trabajo y el invertido en capital. Esto no puede ser de otro modo, puesto que la creciente productividad del trabajo afecta también a la producción de los medios de producción. Las innovaciones ahorradoras de capital y ahorradoras de trabajo son realmente una misma cosa, significando que, en relación a la cantidad de mercancías producidas, cada vez se emplea menos trabajo en todas las ramas de la producción y, de esta manera, también en la producción de bienes de capital.

Para acumular capital, la suma de capital debe aumentar a pesar y a causa del abaratamiento de los medios de producción. El abaratamiento del capital constante es así una "contratendencia" al descenso de la tasa de ganancia sólo en tanto que permite una acumulación de capital más rápida. Esto resulta obvio por el hecho de que las crisis y las depresiones acompañan al desarrollo capitalista en condiciones tanto de baja como de alta composición orgánica de capital. Puesto que solamente condiciones de rápida formación de capital hacen surgir una demanda social lo bastante grande para dar empleo a todos, o a casi todos, los recursos productivos, el capital debe acumularse sin tomar en cuenta el estado de su composición orgánica. Como el capital es no sólo una relación de producción sino también una relación de valor, la suma del capital en cualquier ciclo dado de producción debe ser mayor en términos de valor de lo que era en ciclos anteriores.

Regresando a las observaciones de Kuznets, vemos que durante las últimas tres décadas, la composición orgánica del capital en Estados Unidos no ha crecido como lo hacía previamente. Durante cerca de sesenta años, antes de 1920, el fondo de capital por trabajador crecía a un promedio mayor; desde entonces, sin embargo, el fondo de capital por trabajador decrece drásticamente. Es cierto, escribe Kuznets,

> *que el periodo que comienza en 1929 incluye la Gran Depresión; por otra parte, incluye también los años de expansión de la segunda guerra mundial y una década de un nivel particularmente alto de formación de capital a continuación del fin de la guerra. Si consideramos el promedio de 1929-1955 como una aproximación de los niveles seculares a largo plazo, difícilmente podremos evitar la conclusión de que han ocurrido cambios sustanciales en los factores que determinan la formación del capital.*[6]

El descenso de la tasa de formación de capital en los Estados Unidos, según el punto de vista de Kuznets, aparece como el resultado de una tasa creciente de depreciación y de innovaciones ahorradoras de capital. Mientras que en el periodo 1869-88

> *se requirió de 1.7 dólares de formación bruta de capital para proveer 1 dólar de formación neta*

en la década entre 1946-55,

> *se requirió una formación bruta de capital de casi 3 dólares para lograr lo mismo.*

La formación bruta de capital misma en relación al producto nacional bruto (en precios constantes), decreció de

> *22.6 por ciento en 1869-1888 a 21.5 por ciento en 1909-1928 y a 17.6 por ciento en 1946-1955.*

Con la formación bruta de capital decreciendo en proporción al producto nacional bruto, y con

> *la tasa de consumo de capital creciente en relación a la formación bruta de capital, la relación de formación neta de capital al ingreso nacional (o producto nacional neto) muestra una clara tendencia descendente. Esta parte decreció de 14.6 por ciento en 1869-1888 a 11.7 por ciento en 1909-1928 y a 7.0 por ciento en 1946-1955.*[7]

El aumento en el "consumo" de capital, con su efecto depresivo sobre la formación neta de capital, se aplica no por un deterioro material más rápido del capital sino por la aceleración de su obsolescencia debido a la competencia. Por otra parte, los reemplazos de capital más productivo tienden a ser del tipo de ahorro de capital, combinando una mayor eficiencia con una menor oferta de capital por trabajador. La creciente "riqueza" de los Estados Unidos consiste en stocks crecientes

[6] S. Kuznets, *Capital in the American Economy,* ed. cit., p. 68.

[7] Ibid., p. 395.

de mercancías negociables más que en nuevas inversiones de capital. Mientras que en tiempos pasados el efecto neto de los cambios tecnológicos era un aumento tanto de la producción como del capital, en tiempos más recientes la producción real *per cápita* ha crecido con una tasa decreciente de formación de capital.

Así, con bastante frecuencia se dice que

> *el capitalismo está en crisis* [...] *porque produce demasiada plusvalía para su definitiva realización en la acumulación progresiva de capital*.[8]

Los cambios cualitativos en la tecnología supuestamente han sacado a la luz la

> *posibilidad de producir una plusvalía adicional sin correspondientes adiciones al capital invertido,* [*y*] *la forma principal de realización, aquella de su conversión en capital, resulta* [*con ello*] *disminuida*.[9]

El resultado es que el producto nacional crece más rápidamente que el capital.

Sin embargo, esta situación no es nueva. Según Marx, como ya hemos visto, la producción y la productividad del trabajo crecen siempre más rápidamente que el valor del capital. En todas las épocas y por todos los medios, los capitalistas tratan de reducir los costos de capital y los costos de trabajo en su búsqueda de la ganancia máxima. Durante cada depresión económica, además, la plusvalía en forma de mercancías invendibles no puede convertirse en capital adicional y ahogan el mercado como una aparente abundancia de plusvalía. Para regresar una vez más a las bases: la creciente composición orgánica del capital no reduce la tasa *real* de ganancia en tanto que el capital se acumula más rápidamente de lo que decrece la tasa de ganancia. Si el capital se acumula sin un aumento correspondiente en la composición orgánica del capital, o sea, si capital nuevo de baja composición orgánica entra constantemente en la economía del mercado por medio de la ampliación del modo de producción capitalista *y* por lo tanto disminuye la composición *promedio* del capital, la suma de la plusvalía y la tasa de ganancia aumentarán. Las innovaciones ahorradoras de capital que hacen descender la composición orgánica del capital deben tener un efecto igual; en realidad, según Gillman, en el capitalismo del siglo XX han conducido a la superabundancia de la plusvalía. Según la opinión de Gillman esta plusvalía no puede ser realizada como capital *nuevo y* tampoco puede ser realizada en forma de consumo a causa del antagónico sistema de distribución capitalista. Las dificultades del capitalismo se trasladan por lo tanto de la esfera de la producción a la esfera de la distribución. No es la producción la causante de la crisis capitalista, sino la realización de la plusvalía. Éste es un claro rechazo de la teoría de Marx y de la acumulación del capital y, por implicación, de la misma teoría del valor. Aún más, este "desplazamiento" no tiene nada que ver con las condiciones sociales peculiares del capitalismo del siglo XX, porque el problema de producción de capital en cualquier época puede ser *interpretado* como un problema de realización. Incluso en el siglo XIX, Malthus, por ejemplo, vio el meollo del dilema capitalista en el problema de la realización. Y a principios de este siglo, la marxista Rosa Luxemburgo vio en las dificultades de realización de la plusvalía las razones objetivas de la crisis y las guerras y de la eventual desaparición del capitalismo.

Todo esto tiene poco que ver con Marx, quien vio que el mundo actual del capitalismo era al mismo tiempo un proceso de producción y de circulación, sin duda, pero que no obstante sostuvo que nada puede circular si antes no es producido y que por esta razón dio prioridad a los problemas del proceso de producción. Si la producción de plusvalía es adecuada para asegurar una expansión acelerada de capital, hay poca razón para suponer que el capitalismo pueda fallar en la esfera de la circulación.

A causa de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia nunca puede existir un exceso de plusvalía en relación a las necesidades de acumulación del capitalismo. Naturalmente, debido a las desproporciones del mercado, algunas industrias particulares pueden experimentar un problema de realización; sin embargo, esas mismas desproporciones pueden superar el problema redistribuyendo el trabajo y el capital de acuerdo con el principio de rentabilidad. Una sobreproducción general de capital y mercancías, que afecte al mismo tiempo a todas las esferas y ramas de la producción, no puede ser explicada por las desproporciones del mercado. Ello impide la realización de la plusvalía para el total del capital, afectando a los capitales individuales en grados diversos; y este impedimento general no puede ser resuelto por una simple redistribución del trabajo y el capital existentes.

En teoría, según Marx, un aumento adecuado de la plusvalía puede transformar un periodo de estancamiento del capital en otro de expansión. El relativo estancamiento de la economía estadounidense, por ejemplo, puede considerarse como una situación de crisis prolongada, que es lo que es en realidad. No hay nada en la teoría marxista que excluya la reanudación de una incrementada expansión de capital, aunque la *situación real* en que se encuentra el capitalismo norteamericano puede impedir que esto suceda. El estancamiento del capital es una situación de crisis. Dentro de esta situación de crisis se hacen intentos para aumentar la rentabilidad del capital.

---

[8] J. M. Gillman, *The Falling Rate of Profit.* Nueva York, 1963, p. 126.

[9] Ibid., p. 61.

Si estos intentos no dan como resultado una acumulación acelerada, esto no indica que haya demasiada plusvalía para los propósitos de la capitalización; más bien indica que, *para este objeto,* la plusvalía no es suficiente, cualquiera que ésta sea. Si esta situación particular se prolonga por mucho tiempo, indicará la imposibilidad de solucionar las condiciones de la crisis, puesto que un *aumento continuo de la producción sin acumulación de capital* ya no es una auténtica producción capitalista. Una creciente parte de la plusvalía pierde su carácter de valor y en ese grado disminuye la rentabilidad del capital. En ese caso, se puede hablar de una "crisis permanente" de la producción de capital, lo que es lo mismo que decir que el mecanismo de la crisis no logra restablecer las condiciones para una economía capitalista expansiva.

Marx no se preocupó por ninguna firma o país en particular salvo en tanto que la descripción de una u otro pudiera arrojar luz sobre el carácter del sistema capitalista como tal. Utilizó a Inglaterra con propósitos de demostración, y señaló que "los países industrialmente más desarrollados no hacen más que poner delante de los países menos progresivos el espejo de su propio porvenir"[10]; pero esta imagen solamente se refiere a las condiciones capitalistas de producción y cambio, y no excluye variaciones entre las naciones en otros aspectos. El capitalismo británico sirvió de base a la teoría general de la acumulación de capital de Marx, pero esta teoría, una vez desarrollada, era independiente de cualquier país en particular. Así como las suertes de los capitales individuales varían en el proceso general de acumulación competitiva, lo mismo sucede con los destinos de las naciones individuales. Pero para el mundo como un todo, el proceso de acumulación capitalista sigue siendo determinado por el aumento o descenso de la plusvalía en relación a la suma creciente del capital total. El estancamiento del capital en una nación puede permitir una acumulación más rápida en otra. Pero el volumen ignorado del capital total y su relación con la plusvalía total es lo que determina el destino del capitalismo como un todo. Esto implica que algunas naciones experimentarán una disminución *general* de plusvalía en la forma *particular* de una disminución en los fondos de inversión, mientras que otras naciones podrán experimentar la misma situación como una "abundancia" de plusvalía irrealizable. Pero las peculiaridades de la distribución de la plusvalía no afectan sus relaciones cuantitativas con el capital total. En cualquier caso, la plusvalía irrealizable deja de ser plusvalía, de manera que la falta de rentabilidad se convierte en un fenómeno general.

No es que una desproporción en la oferta y la demanda del mercado resulte en una incapacidad simultánea para comprar y vender. Una escasez real de plusvalía *crea esta desproporción. Si* el capitalismo como un todo pudiera desarrollarse más rápidamente de lo que lo hace en realidad, posiblemente la plusvalía sería convertible en capital adicional. Pero aun si la parte invendible de la plusvalía pudiera ser plenamente realizada en capital adicional, igualmente descendería la tasa de ganancia con la creciente composición orgánica del capital, que conduciría una vez más a la sobreproducción y a la transformación de un problema de producción en un problema de realización.

Desde el punto de vista de Marx, las diversas teorías existentes acerca de las crisis, que categorizan el problema bien como subconsumo o bien como sobreproducción de mercancías -un aspecto implicando al otro y envolviendo ambos el problema de la realización-, sólo describen los aspectos externos del mecanismo de la crisis capitalista. La periódica sobreproducción de los medios de producción y de mercancías que impide la realización de la plusvalía es, según Marx, solamente una sobreproducción de medios de producción que no puede servir como capital, esto es, no puede servir para la explotación del trabajo a un grado determinado de explotación. Y aunque la sobreproducción de mercancías es un hecho obvio, la teoría de Marx no es una teoría del subconsumo. De acuerdo con Marx, la producción capitalista está, y debe estar siempre, en oposición con el poder de consumo que produce, en periodos de prosperidad tanto como en periodos de depresión.

No es un "poder de consumo" creciendo en proporción con la producción lo que puede explicar la creciente demanda social de bienes de consumo en el periodo ascendente del desarrollo del capital; es simplemente el mayor número de trabajadores que son empleados entonces. En periodos de expansión, los precios aumentan con mayor rapidez que los salarios y reducen los ingresos de los trabajadores individuales al tiempo que aumentan el ingreso de la clase, o aumentan los ingresos individuales sólo en tanto que se basan en trabajo constante y prolongado. Además, no es el creciente consumo de la población no trabajadora lo que estrecha la brecha entre producción social y consumo social, ya que la creciente plusvalía es entonces reinvertida en mayor medida. Es la demanda de bienes de producción rápidamente creciente lo que explica la creciente demanda de bienes de consumo y distribuye el trabajo social en consecuencia. Al principio de la depresión, los precios descienden más rápidamente que los salarios y la cuota del trabajador individual mejora mientras que la de su clase, que abarca a los desempleados, empeora. Con el desarrollo de una nueva estabilidad dentro de la depresión, la situación cambia y también los salarios de los trabajadores empleados descienden en términos de poder adquisitivo. Pero esto es ya un aspecto de una nueva tendencia ascendente. En forma similar, en el punto más alto de la prosperidad, los

[10] K. Marx, *El Capital,* ed. cit., t. I, p. xiv.

aumentos de salarios que se mantienen al mismo ritmo que el aumento de los precios, o incluso lo superan, son principalmente una señal de la crisis inminente. En breve, el ciclo económico no es causado por variaciones en el poder de consumo social, en el de los trabajadores en particular; más bien es el ciclo el que determina esas variaciones.

Aparte de estas consideraciones, sin embargo, la razón última de toda verdadera crisis

> *es siempre la pobreza y la capacidad restringida de consumo de las masas, con las que contrasta la tendencia de la producción capitalista a desarrollar las fuerzas productivas como si no tuviesen más límite que la capacidad absoluta de consumo de la sociedad*.[11]

Pues en vista de la capacidad productiva real y el restringido poder de consumo de las grandes masas, la causa *observable* de la crisis es la obvia incapacidad para consumir lo que ha sido producido. El que esto sea una condición de la existencia capitalista no altera el hecho de que también es una contradicción entre producción y consumo. En la crisis real, aparte del oculto mecanismo de crisis de la producción de capital, la suma de mercancías invendibles enfrenta a un poder de compra constantemente decreciente y a una capacidad productiva proyectada para una demanda creciente. En la teoría capitalista, esto significa que la demanda no es igual a la oferta en términos de precios, lo que lleva a cambios en las relaciones de precios de mercado que eventualmente podrán cerrar la brecha. Para Marx, sin embargo, la brecha puede cerrarse sólo temporalmente por medio de un aumento en la acumulación de capital, que entonces agranda la brecha permanente entre producción y consumo. Según Marx, la crisis no puede ser eliminada por una reducción de la producción, o por un aumento en el consumo, o por la coordinación de ambos. Hacer esto último equivaldría a acabar con el sistema capitalista mismo. Ni el subconsumo ni la sobreproducción se explican por sí mismos. Solamente pueden entenderse en el contexto de la producción de capital.

[11] Ibid., t. III, p. 455.

Capítulo X
La expropiación del capital

La producción capitalista debe progresar, porque detenerse significa retroceder. La acumulación no puede interrumpirse sin hacer pedazos todo el edificio social en que se apoya. Cualquier análisis estático de sus relaciones es puramente ficticio, y sólo resulta permisible como un posible medio de captar su dinámica real. Con objeto de garantizar una producción continua de plusvalía, adecuada a la continua necesidad de acumular capital (lo que es la condición previa capitalistamente necesaria para una producción social más o menos satisfactoria en términos reales, tal como la que sostiene la existencia social), el capitalismo debe revolucionar incesantemente la esfera de la producción en su búsqueda de mayor plusvalía, y debe desarrollar consistentemente sus mercados con el fin de transformar la plusvalía en capital adicional. Pero la realización de la plusvalía no sólo depende de un mercado mayor, sino de un mercado que permita la expansión del capital en la forma de nuevos medios de producción, para la realización de la plusvalía como *capital.*

La acumulación se efectúa por medio de la competencia. Esto no significa que el capitalismo dependa de la competencia. Pero igualmente, la competencia es su verdadera forma de avanzar. "En tanto el capital es débil", escribió Marx,

> *se apoya en las muletas de modos de producción permitidos o que caducan con la aparición de aquél. No bien se siente robusto, arroja las muletas y se desplaza con arreglo a sus propias leyes. Tan pronto como comienza a sentirse a sí mismo como barrera al desarrollo, recurre a formas que, aunque parecen dar los últimos toques al dominio del capital moderando la libre competencia, al propio tiempo anuncian la disolución de aquél y del modo de producción en él fundado*.[1]

En otras palabras, un capitalismo "sano" es un capitalismo estrictamente competitivo, y las imperfecciones de la competencia en las etapas primeras y últimas de su desarrollo deben ser vistas como las enfermedades propias de un capitalismo infantil o senil. Pues un capitalismo que restringe la competencia no puede encontrar su regulación "indirecta" en los movimientos de precios y del mercado que derivan de las relaciones de valor en el proceso de producción.

A Marx le preocupaba el capitalismo de expansión competitiva y de propiedad privada de su tiempo, que o avanza por vía de la acumulación o sufre crisis y depresión. Cuando él habla de la "autoexpansión" del capital, de "acumulación por la acumulación misma", se refiere a la urgencia compulsiva y sin pausa en pos del valor de cambio. Esta urgencia, al mismo tiempo que convierte al capitalismo en el sistema social de producción más productivo de los que han existido, también es responsable de todas sus dificultades sociales y económicas y, finalmente, de su tendencia a paralizar a las fuerzas sociales de producción en cualquier momento y lugar en que su desarrollo choque con las relaciones de producción específicamente capitalistas. El principio de la acumulación es responsable tanto del ascenso como de la decadencia del capitalismo. Las contradicciones de la formación del capital -que se pueden rastrear hasta llegar al carácter de valor de la producción de capital- tanto propician como retardan el desarrollo general de las fuerzas productivas de la sociedad. Pero en cierto punto del proceso de acumulación

> *el desenvolvimiento de las fuerzas productivas se vuelve un obstáculo para el capital; por tanto la relación del capital se toma en una barrera para el desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo. El capital, es decir el trabajo asalariado, llegado a este punto entra en la misma relación con el desarrollo de la riqueza social y de las fuerzas productivas que el sistema corporativo, la servidumbre de la gleba y la esclavitud, y, en su calidad de traba, se le elimina necesariamente. Con ello se quita la última figura servil asumida por la actividad humana, la del trabajo asalariado por un lado y el capital por el otro, y este despojamiento mismo es el resultado del modo de producción adecuado al capital; las condiciones materiales y espirituales para la negación del trabajo asalariado y del capital, las cuales son ya la negación de formas precedentes de producción social, son a su vez resultados del proceso de producción característico del capital. En agudas contradicciones, crisis, convulsiones, se expresa la creciente inadecuación del desarrollo productivo de la sociedad a sus relaciones de producción hasta hoy vigentes. La violenta aniquilación de capital, no por circunstancias ajenas al mismo, sino como condición de su autoconservación, es la forma más contundente en que se le da* advice to be gone and to give room to a higher state of social production.[2] [*Se le advierte que se vaya y que deje lugar a un estadio superior de producción social*.]

Considerando el efecto de la creciente productividad del trabajo sobre las relaciones capitalistas como relaciones de valor económico, Marx estuvo en condiciones de predecir la principal tendencia de la expansión capitalista, aun cuando estas predicciones se refieran únicamente en general a la *"tendencia histórica* de la acumulación capitalista".[3] Su muy abstracto modelo de expansión de capital solamente puede explicar por qué el capital avanza por medio de expansiones y contracciones, y por qué esta forma de movimiento encuentra en su camino un número cada vez

[1] K. Marx, *Grundrisse,* t. II, p. 167.

[2] Ibid., t. II, p. 282.

[3] K. Marx, *El Capital,* ed. cit., t. I, p. 647.

mayor de obstáculos puestos a su paso por la siempre creciente masa de capital, su concentración y centralización, su creciente composición orgánica, y el efecto perjudicial de esta última sobre su rentabilidad. Pero estos descubrimientos son conclusiones lógicas obtenidas a partir de un modelo ligado a un número limitado de supuestos económicos, que, aunque básicos para el sistema capitalista, no agotan el mundo capitalista concreto.

Aunque no puede haber verdadera comprensión de una realidad dada sin una teoría del desarrollo, esa teoría nos dice solamente *dónde buscar* en nuestro intento de captar el mundo real de la producción de capital que se nos revela. La consecuencia final lógica del desarrollo del capital como un proceso de expansión no se convierte necesariamente en una realidad práctica; pero, en cualquier momento particular, la teoría proporciona un punto de orientación para un análisis más aproximado y concreto de los *movimientos reales* de la producción de capital. Si el capitalismo pudiera salirse de su propia piel, por así decirlo, y convertirse súbitamente en otra cosa distinta de la que es, entonces, por supuesto, el análisis de la expansión del capital sería bastante superfluo. Pero el hecho es que cualquier modo de producción particular descansa en relaciones definidas de producción social que permanecen inalteradas sin importar cuánto se modifique el modo de producción. En tanto que las relaciones sociales son relaciones de valor económico y determinan el desarrollo general como tal, la acumulación capitalista tendrá aquella *tendencia histórica* detectada por Marx.

La teoría marxista del desarrollo del capital en base al valor es *al mismo tiempo* una teoría general de la acumulación y una teoría especial de la crisis; es decir, ninguna de las dos puede ser tratada separadamente. Suponiendo una expansión de capital ininterrumpida en un sistema cerrado, la teoría general revela el descenso de la tasa de ganancia como consecuencia de la creciente composición orgánica del capital. Sin embargo, esta tendencia general sale a la luz sólo en periodos de crisis, con la sobreproducción de capital. Solamente por medio de estos acontecimientos *reales,* la teoría general gana su importancia *práctica*. Las limitaciones *reales* del sistema capitalista no provienen de la tendencia decreciente abstracta de la tasa de ganancia tal como resulta explicada en el modelo de valor, sino que se revelan en las *condiciones concretas* de la crisis de sobreacumulación.

El único aspecto de la teoría general de la acumulación de capital relevante para la explicación de la crisis es aquel punto en que la plusvalía no puede ser suficientemente aumentada por más tiempo para superar la tendencia decreciente de la tasa de ganancia permitiendo una expansión de capital acelerada. En el mundo real no existe ningún medio para determinar cuándo puede alcanzarse semejante punto. El proceso real de acumulación de capital puede ser retardado y, en realidad, es constantemente retardado por los gastos de capital no productivos, es decir, no rentables, por la destrucción de capital (como durante las guerras) y por intervenciones políticas en la economía. La tasa promedio de expansión de capital, calculada durante un periodo de tiempo, es bastante moderada y no parece justificar las expectativas de que el capital encontrará su fin en la tendencia decreciente de la tasa de ganancia tal como plantea el modelo de acumulación de capital de Marx. Siempre debe tenerse presente la distinción entre el modelo y la realidad.

Sin embargo, no es la tasa media de acumulación a largo plazo lo que determina las actividades sociales, sino el estado real de la producción de capital en *cualquier momento dado*: durante periodos de prosperidad o periodos de depresión. La teoría general de la acumulación de Marx aclara que

> *el* verdadero límite *de la producción capitalista es* el mismo capital, *es el hecho de que, en ella, son el capital y su propia valorización lo que constituye el punto de partida y la meta, el motivo y el fin de la producción; el hecho de que aquí la producción sólo es producción para el capital y no, a la inversa, los medios de producción simples medios para ampliar cada vez más la estructura del proceso de vida de la sociedad de los productores.*[4]

Pero como la producción de capital tiene este carácter, durante algún tiempo puede superar las barreras que coloca en su propio camino. Solamente cuando este modo de producción se convierte en un obstáculo real y permanente para el subsiguiente desenvolvimiento de las fuerzas productivas de la sociedad, es que sus barreras inmanentes aparecen como barreras absolutas en el mundo concreto de la producción de capital.

Aunque la ley general de la acumulación señala los límites históricos del capitalismo, no hay manera de predecir cuándo se alcanzarán dichos límites: esto es, qué condiciones particulares en las fluctuaciones de la producción de capital constituirán ese punto de crisis que el sistema no será capaz de superar. Pero puesto que el capitalismo sufre el acoso de crisis cada vez más destructivas, las convulsiones sociales originadas por cualquier crisis pueden -con algo de suerte- llevar a acciones sociales que podrían acabar con el sistema capitalista. Con el nacimiento del capitalismo nació también una nueva clase de trabajadores industriales. Si estos trabajadores se hicieran conscientes de su posición de clase y de la obsolescencia histórica del capitalismo, no es inverosímil que decidieran abolir sus propias condiciones de explotación y privación utilizando medios políticos para

[4] Ibid., t. III, p. 248.

acabar con el sistema capitalista.

Esto era no sólo verosímil sino que en alguna medida ocurrió realmente, encontrando su expresión en el surgimiento de un movimiento obrero anticapitalista. Había también la evidencia histórica de que otras relaciones de clases previamente existentes, basadas en otros modos de producción, habían sido realmente acabadas por medios políticos, y no había razón para suponer que este patrón de desarrollo histórico hubiera llegado a su fin con el capitalismo. En resumen, Marx no esperaba un colapso "automático" o "económico" del capitalismo. Solamente por medio de la fuerza de las acciones revolucionarias podría determinarse cuándo cualquier situación de crisis en particular resultaría ser la "crisis final" del capitalismo.

No es nuestro propósito examinar aquí si Marx confió demasiado en el precedente histórico por lo que respecta al desarrollo social, o demostró ser demasiado optimista e incluso víctima de sus ilusiones al esperar el levantamiento de un proletariado revolucionario: lo que parece ser el caso considerando el desarrollo real de las condiciones políticas del capitalismo del siglo XX. Lo que aquí nos importa es simplemente el limitado poder de predicción de un análisis en base al concepto de valor del desarrollo del capital. Marx era consciente de esta "limitación", como lo indica su negativa a predecir el fin del capitalismo en otros términos que no fueran los históricos en general. Pero a pesar de lo limitado de su teoría, debido a su alto nivel de abstracción, es la única teoría de la acumulación de capital que ha encontrado verificación en el curso real del desarrollo capitalista. Si consideramos la creciente composición orgánica del capital; la tendencia decreciente de la tasa de ganancia como se presenta en la crisis capitalista; la creciente gravedad de las crisis; la producción de un ejército industrial de reserva; la irremediable miseria de la gran mayoría de la población mundial a pesar de la creciente riqueza como capital; la eliminación de la competencia por la competencia (o con-centración, centralización y monopolización del capital), no podemos dejar de observar el esquema de desarrollo proyectado por Marx.

La monopolización, la concentración y la centralización del capital son hechos generalmente reconocidos y ampliamente públicos. Para señalar solamente un ejemplo: en el momento presente

> *aproximadamente 50 por ciento de las manufacturas norteamericanas -es decir, todo, exceptuando las finanzas y los transportes- está en manos de 150 corporaciones, desde el punto de vista del valor de los activos. Si se incluyen las finanzas y los transportes, el total aumenta. Si tomamos un grupo mucho mayor, las estadísticas probablemente mostrarán que cerca de dos tercios de los fondos económicamente productivos de los Estados Unidos, excluyendo a la agricultura, están en manos de un grupo no mayor de 500 corporaciones. Esto representa su posesión de activos. En términos de poder, sin considerar las posesiones de los activos, no solamente 500 corporaciones controlan dos tercios de la economía no agrícola, sino que dentro de cada una de las 500 un grupo aún menor tiene el poder de tomar, las decisiones definitivas. Esto es* [...] *la mayor concentración de poder económico en la historia. Puesto que los Estados Unidos controlan casi la mitad de la producción de manufacturas de todo el mundo, estas 500 agrupaciones* [...] *representan una concentración de poder económico sin precedente*.[5]

Sin embargo, la ley general de la acumulación capitalista de Marx deriva su importancia *real* no tanto de las transformaciones del sistema capitalista en el curso de la acumulación sino del efecto de estas transformaciones sobre la población trabajadora. Repitamos: la competencia obliga a todas las empresas a aumentar su capital y aumentarlo más rápidamente que la mano de obra que emplea. Como el capital mayor vence al menor, la cantidad mínima de capital requerida para iniciarse en los negocios aumenta. Así como el crecimiento del capital social total implica el surgimiento y crecimiento de muchos capitales individuales, también aumenta la concentración del capital acumulado. La competencia es así un proceso de centralización, transformando a muchos capitales pequeños en un número menor de capitales mayores. Como no requiere sino un cambio en la distribución del capital disponible, ocurre tanto si el capital se acumula como si no, en periodos de prosperidad tanto como en periodos de depresión. La concentración es agravada notablemente por el sistema de crédito, que se convierte en

> *un arma nueva y temible en el campo de batalla de la competencia y acaba por convertirse en un gigantesco mecanismo social de centralización de capitales*.[6]

Según Marx, la centralización es suplementaria de la tarea de la expansión del capital. La acumulación sola, esto es,

> *el incremento paulatino del capital mediante la reproducción, que abandona su forma circular para desarrollarse en espiral, es un proceso harto lento, comparado con la centralización, a la que le basta con modificar la agrupación meramente cuantitativa de las partes que integran el capital social*.[7]

El proceso de centralización en cualquier determinada rama industrial, alcanzaría su límite máximo cuando todos los capitales invertidos en ella se aglutinasen en manos de un solo capitalista. Dentro

[5] A. A. Berle, *Economic Power and the Free Society.* Nueva York, 1957, p. 14.

[6] K. Marx, *El Capital,* ed. cit., t. I, p. 530.

[7] Ibid., t. I, p. 531.

de una sociedad dada, este límite sólo se alcanzaría a partir del momento en que todo el capital social existente se reuniese en una sola mano, bien en la de un capitalista individual, bien en la de una única sociedad capitalista.[8]

Mientras tanto, sin embargo, la tendencia centralizadora añade a la explotación del trabajo la explotación del capital por el capital, señalando su destrucción final. Todo el proceso es resumido por Marx en la conocida definición de que la expropiación del capital proviene directamente de las leyes inmanentes de la producción capitalista. "Cada capitalista desplaza a otros muchos", escribió Marx.

> *Paralelamente con esta centralización del capital o* expropiación de muchos capitalistas por unos pocos, *se desarrolla en una escala cada vez mayor la forma cooperativa del proceso de trabajo, la aplicación técnica consciente de la ciencia, la explotación sistemática y organizada de la tierra, la transformación de los medios de trabajo en medios de trabajo utilizables sólo colectivamente, la economía de todos los medios de producción al ser empleados como medios de producción de un trabajo combinado, social, la absorción de todos los países por la red del mercado mundial y, corno consecuencia de esto, el carácter internacional del régimen capitalista. Conforme disminuye progresivamente el número de magnates capitalistas que usurpan y monopolizan este proceso de transformación, crece la masa de la miseria, de la opresión, del esclavizamiento, de la degeneración, de la explotación; pero crece también la rebeldía de la clase obrera, cada vez más numerosa y más disciplinada, más unida y más organizada por el mecanismo del mismo proceso capitalista de producción.* El monopolio del capital se convierte en grillete del régimen de producción *que ha crecido con él y bajo él. La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo llegan a un punto en que se hacen incompatibles con su envoltura capitalista. Ésta salta hecha añicos.* Ha sonado la hora final de la propiedad privada capitalista. Los expropiadores son expropiados.[9]

Lo único que aquí nos interesa es la tendencia básica general de la producción de valor y de la acumulación de capital. La acumulación de capital aumenta el número tanto de capitalistas como de trabajadores en forma absoluta, mientras que reduce su número en relación a la creciente masa de capital. Con una tasa de acumulación decreciente, este descenso relativo tiende a convertirse en absoluto. Los trabajadores dejan de producir plusvalía y los capitalistas dejan de apropiársela, cesando por lo tanto de ser capitalistas. La disminución en el número de capitalistas simplemente aumenta el número de los proletarios, empleados y desempleados. Así, la acumulación y la centralización del capital polarizan la sociedad en un número decreciente de gente desposeída que puede existir solamente gracias a la venta de su fuerza de trabajo, o simplemente no puede existir.

El doble carácter de la producción capitalista, expresada en cada mercancía en su doble naturaleza de valor de cambio y valor de uso, y en la sociedad en general en la contradicción entre producción material y producción de capital, reaparece y determina el desarrollo del capital en sus diversas manifestaciones y en su forma de movimiento por medio de expansiones y contracciones. Las condiciones de vida de las masas desposeídas dependen de los movimientos del capital tal como éstos son determinados por su rentabilidad; y cuanto más capital se acumula, más precaria se vuelve su dependencia. Mientras que la acumulación de capital incrementa el proletariado, también disminuye la demanda de trabajo en relación al capital creciente. Produce una sobrepoblación de trabajadores, tanto como resultado y como una condición de la acumulación de capital, dado que las cambiantes necesidades de la expansión del capital requieren una masa a veces mayor y a veces menor de fuerza de trabajo explotable.

> *Toda la dinámica de la industria moderna brota de la constante transformación de una parte del censo obrero en brazos parados u ocupados sólo a medias*.[10]

La acumulación de capital es así simultáneamente una acumulación de miseria Según Marx:

> Cuanto mayores son la riqueza social, *el capital en funciones, el volumen y la intensidad de su crecimiento y* mayores también, por tanto, la magnitud absoluta del proletariado y la capacidad productiva de su trabajo, *tanto mayor es el ejército industrial de reserva. La* fuerza de trabajo disponible *se desarrolla* por las mismas causas *que la* fuerza expansiva del capital. *La magnitud relativa del ejército industrial de reserva crece, por consiguiente, a medida que crecen las potencias de la riqueza. Y cuanto mayor es este ejército de reserva en proporción al ejército obrero en activo, más se extiende la masa de la superpoblación* consolidada*, cuya miseria se halla en razón inversa a los tormentos de su trabajo. Y finalmente, cuanto más crecen la miseria dentro de la clase obrera y el ejército industrial de reserva, más crece también el pauperismo oficial.* Tal es la ley general, absoluta, de la acumulación capitalista. *Una ley que, como todas las demás, se ve modificada en su aplicación por una serie de circunstancias que no interesa analizar aquí*.[11]

La creciente miseria que acompaña al proceso de acumulación es vista aquí como una *tendencia general* que está en la base de los movimientos reales del trabajo y el capital, pero que puede ser modificada en el mismo sentido en que el mismo proceso de acumulación es modificado por la

[8] Ibid., t. I, p. 531.

[9] Ibid., t. I, pp. 648-49.

[10] Ibid., t. I, p. 536.

[11] Ibid., t. I, p. 546.

naturaleza específica de sus sucesivas contracciones y expansiones en *cualquier momento en particular.* Marx no esperaba que la creciente miseria siguiera siendo siempre una realidad empírica, así como el descenso de la tasa de ganancia no siempre es un hecho observable. En la misma forma en que una expansión del capital suficiente compensaría el descenso de la tasa de ganancia por medio de un aumento en la masa del capital, así la tendencia de la miseria a aumentar sería suspendida en periodos de expansión del capital que aumentan la demanda de trabajo y elevan el precio del trabajo mediante la reducción o eliminación del ejército industrial de reserva. Para ser un hecho socialmente significativo, la creciente miseria debe ir acompañada por una disminución real y constante de la demanda de trabajo. Puede convertirse en una realidad social omnipresente sólo en condiciones de crisis, depresión y estancamiento del capital. Sin embargo, la ausencia de una miseria extensa y creciente durante los periodos de expansión del capital es también solamente una condición temporal y nunca puede llegar a tener permanencia bajo condiciones de producción de capital. Con la creciente frecuencia de las crisis, el alargamiento de los periodos de depresión, la creciente dificultad para acelerar la acumulación de capital -tomando juntas las "buenas" y "malas" épocas- la creciente miseria se revelaría como un hecho social y al mismo tiempo como la "ley general, absoluta, de la acumulación capitalista".

La creciente miseria es consecuencia de la ley del valor sólo en tanto que la acumulación de capital disminuye la demanda de trabajo en relación a la masa creciente de capital y por lo tanto produce un ejército industrial de reserva. La ocupación fluctúa con la expansión y contracción de la producción de capital. Una tasa de acumulación constantemente decreciente -como una condición permanente- aumentaría el ejército industrial de reserva constantemente y, con ello, la masa de gentes reducidas a la indigencia que viven de los despojos de la sociedad. Pero mientras que sea realmente posible una expansión acelerada de capital, el ejército industrial de reserva vive en las condiciones que indica su nombre y provee al proceso de acumulación con el material humano explotable que aquél requiere. Esperar un empobrecimiento absoluto de una porción cada vez mayor del proletariado es esperar una tasa de acumulación constantemente decreciente. Marx esperaba que esto fuera el resultado final del proceso de acumulación, aun cuando era imposible predecir el momento exacto en que llegaría.

La teoría de Marx del valor de la acumulación de capital basada en el análisis del valor supone que la fuerza de trabajo siempre recibe íntegro su valor de cambio, esto es, sus costos de producción y reproducción. Con base en este supuesto, no hay una miseria creciente sino simplemente la miseria del trabajo asalariado. Pero hay contracciones del empleo y consecuentemente producción de miseria, porque

> *la fuerza de trabajo sólo encuentra salida en el mercado cuando sirve para hacer que los medios de producción funcionen como capitales; es decir, cuando reproduce su propio valor como nuevo capital y suministra, con el trabajo no retribuido, una fuente de capital adicional*.[12]

Toda la demás fuerza de trabajo, sin valor de uso ni valor de cambio, deja de formar parte del proceso de producción social y, consecuentemente, de la sociedad misma. Pero incluso en el supuesto de que los que trabajan reciban el valor de su fuerza de trabajo, la acumulación encuentra su "fin lógico" en la tasa de ganancia decreciente.

En teoría, el valor de la fuerza de trabajo está determinado por sus costos de producción y reproducción. Pero estos mismos costos de la mano de obra son variables dentro de límites definidos. El precio de la fuerza de trabajo puede ser mayor o menor quo su valor. Con una gran sobrepoblación, por ejemplo, puede no haber necesidad de reproducir la totalidad de la población trabajadora y, al menos para algunos trabajadores, pueden reducirse los salarios sin consideración por sus necesidades de reproducción. En condiciones diferentes, los salarios de muchos trabajadores pueden exceder el valor de su fuerza de trabajo, particularmente cuando la demanda de trabajo agota el ejército industrial de reserva. Los salarios pueden elevarse por medio de luchas salariales; o las fluctuaciones en los salarios debidas a la oferta y la demanda pueden ser compensadas con la monopolización de ciertos tipos de trabajo o por intervenciones políticas en el mercado de trabajo. Bajo condiciones competitivas, sin embargo, y considerando a la clase trabajadora como un todo,

> el movimiento *general* de los salarios se regula exclusivamente por las *expansiones y contracciones del ejército industrial de reserva, que corresponden a las alternativas periódicas del ciclo industrial*.[13]

En cualquier circunstancia, una elevación de salarios, o la reducción del trabajo no retribuido,

> *no puede jamás rebasar ni alcanzar siquiera el límite a partir del cual supondría una amenaza para el sistema* [...] *La magnitud de la acumulación es la variable independiente, la magnitud del salario la variable dependiente, y no a la inversa.*[14]

[12] Ibid., t. I, p. 522.

[13] Ibid., t. I. p. 539.

[14] Ibid., t. I, p. 523.

Los salarios de la población *trabajadora* pueden no disminuir, o pueden incluso aumentar, en el curso de la acumulación, pero esto no acabará con la miseria de la parte excedente de la población. Según Marx, el valor real de la fuerza de trabajo, además, no es idéntico al mínimo físico de medios de subsistencia;

> *varía según el clima y el nivel de desarrollo social; no depende solamente de las necesidades físicas, sino también de las necesidades sociales, tal como se hallan históricamente desarrolladas y que se convierten en una segunda naturaleza. Pero este salario medio regulador es, en todo país y en un periodo determinado, una magnitud dada*.[15]

Este salario promedio, independientemente de qué tipo de estándar de subsistencia implique, constituye el trabajo necesario, o el valor de la fuerza de trabajo. Los capitalistas pueden no ver la necesidad, o pueden no encontrar la forma, de disminuirlo. Y si la productividad del trabajo es lo bastante alta, y produce suficiente plusvalía para satisfacer los requerimientos de la acumulación, no tiene importancia la cantidad o calidad de las mercancías que expresan el equivalente del valor de la fuerza de trabajo, o constituyen la tasa de salario social promedio. Lo único que sucede es que tal situación, esto es, una de altas ganancias y altos salarios, requiere una alta productividad del trabajo y, por lo tanto, una alta composición orgánica del capital y una rápida tasa de acumulación. Pero así como los salarios alcanzan su punto más alto inmediatamente antes de declararse una crisis determinada, así esperaba Marx que la tendencia general de la acumulación de capital, aunque acompañada de salarios crecientes, estaba destinada a alcanzar un punto en el que la plusvalía disponible no sería suficiente para mantener las ganancias acostumbradas y proseguir la expansión del capital. En ese punto, la acumulación sólo podría proseguir a expensas del trabajo necesario, mediante una reducción de salarios por debajo de su valor históricamente establecido. El proceso de acumulación continuo sería entonces literalmente la creciente miseria del proletariado.

En este punto debemos recordar que *El Capital* se escribió hace cien años. En las condiciones sociales y tecnológicas que entonces prevalecían, una proyección del desarrollo del capital basada en la teoría del valor-trabajo podía conducir fácilmente a una subestimación de la resistencia del capitalismo mediante una sobreestimación de sus dificultades. En aquel tiempo, la situación de la clase trabajadora era deplorable, y en condiciones de competencia aguda la extraordinaria avidez de plusvalía aceleraba la expansión del capital de una crisis a otra, con sólo una lenta mejoría en las condiciones de subsistencia sociales en general. El futuro del capitalismo no aparecía brillante. En todo caso, Marx deseaba su pronta liquidación.

Aunque la teoría de Marx no requiere realmente del surgimiento de condiciones como las descritas en su exposición reducida del desarrollo, no cabe negar que él esperaba que el proceso de acumulación aumentaría la miseria social mucho más rápida y extensamente de lo que sucedió realmente. Sin embargo, la habilidad del capitalismo para mejorar en vez de empeorar las condiciones de vida de la gran masa del proletariado industrial en las naciones capitalistas avanzadas, hubiera obligado a Marx, si lo hubiera experimentado, a revisar solamente su estimación subjetiva y condicionada temporalmente de los aspectos concretos de la expansión del capital, no su teoría general de la acumulación. Esta teoría no se reduce a un espacio de tiempo determinado; en tanto que el capital siga avanzando como predijo Marx, no pueden dejarse de lado las consecuencias sociales de este desarrollo.

La teoría del desarrollo de Marx, ofrece varias “contratendencias” que interrumpen el curso “autodestructivo” del capital tal como está determinado por sus contradicciones inherentes. Las “contratendencias” prueban la tendencia general, pues son meras reacciones a ella. Están históricamente condicionadas, como lo está todo el capitalismo, pero son de mayor importancia en unas épocas que en otras. Su efecto sobre el desarrollo general del capitalismo no puede estimarse por anticipado; su fuerza real sólo puede ser observada y juzgada con referencia al curso real de la acumulación de capital.

Marx mencionó solamente unas cuantas de esas contratendencias: el aumento en la intensidad de la explotación, la disminución de los salarios por debajo de su valor, el abaratamiento de los elementos del capital constante, la sobrepoblación relativa, el aumento de los fondos de capital, y el comercio exterior. Todas estas contratendencias están *fuera* de la ley general de la acumulación pues son establecidas en un sistema cerrado que opera estrictamente de acuerdo con el principio del valor. En el mismo sentido, la crisis capitalista es una contratendencia, así como cualquier *fenómeno concreto* que eleve la plusvalía para los capitales en operación o reduzca el valor de los capitales en operación relativamente a la plusvalía disponible. Por lo tanto no es posible evaluar el sistema capitalista con respecto a su durabilidad o fragilidad, excepto teniendo acceso a los sucesos reales y sus pesos específicos sobre el esquema general de la expansión del capital, o viceversa, estudiando a este último desde la posición del mundo capitalista real.

[15] Ibid., t. III, p. 794.

Aunque la acumulación de capital implica un aumento en la productividad del trabajo, la extensión real de este aumento no es previsible, puesto que depende al mismo tiempo de la evolución de la tecnología y de sus revoluciones recurrentes, con sus efectos específicos sobre el proceso de acumulación. El efecto del creciente mercado mundial sobre la producción y realización de plusvalía, y con ello sobre el ritmo y viabilidad de la expansión del capital, debe medirse no solamente según la extensión de la producción de mercancías, sino también según la "división internacional del trabajo" capitalista y la explotación de territorios extracapitalistas.

Si bien Marx vio los aspectos destructivos de la crisis industrial, que interrumpían la creciente discrepancia entre rentabilidad y acumulación, no pudo prever la destrucción del capital a una escala como la alcanzada durante las dos guerras mundiales. Y tampoco previó el posible fin del capitalismo en un holocausto atómico. Tampoco se interesó Marx suficientemente por las posibles modificaciones internas de la estructura capitalista mediante persistentes intervenciones estatales, porque él estaba interesado en la abolición del capitalismo, y no en su modificación. Además, estaba totalmente convencido de que ninguna reforma del capitalismo podría alterar su relación esencial capital-trabajo o el carácter de valor de su producción social. Por lo tanto, cualquier capitalismo reformado estaba, según él, obligado a sufrir la misma suerte que él predijo para el sistema clásico de *laissez-faire* de su propia época.

Capítulo XI
Salvando al capitalismo

A pesar de su carácter altamente abstracto, el análisis que hizo Marx del capital ha demostrado tener gran poder de predicción. El curso de la acumulación de capital ha seguido su línea general de desarrollo. En efecto, el curso del desarrollo del capital, tal como Marx lo predijo, nunca ha sido negado; otras explicaciones simplemente interpretan de manera diferente las causas de esta tendencia. Keynes ofrece una de esas explicaciones. Explica en forma diferente la tendencia "a largo plazo" de la producción de capital, pero su descripción de la tendencia misma y de las condiciones de crisis observables difiere de la de Marx sólo en la terminología empleada. Se reduce a la simple afirmación de que las inversiones dependen de la rentabilidad, actual y esperada, y que las inversiones tienden a disminuir con una rentabilidad decreciente.

En contradicción con los keynesianos de nuestros días, Keynes percibió en el capitalismo una dirección y un objetivo. Describió el "fin" hacia el que tendía la formación de capital como una pérdida de su "valor de escasez", y pensó que este fin podía conseguirse en una o dos generaciones. "Estoy seguro", escribió.

> *de que la demanda de capital está limitada estrictamente en el sentido de que no sería difícil aumentar la existencia del mismo hasta que su eficiencia marginal descendiera a una cifra muy baja. Esto no querría decir que el uso de instrumentos de capital no costase casi nada, sino sólo que su rendimiento habría de cubrir poco más que su agotamiento por desgaste y obsolescencia, más cierto margen para cubrir el riesgo y el ejercicio de la habilidad y el juicio. En resumen, el rendimiento global de los bienes durables durante toda su vida cubriría justamente, como en el caso de los de corta duración, los costos de trabajo de la producción más un margen para el riesgo y el costo de la habilidad y la supervisión*.[1]

A Keynes no le gustaba pensar en el capital como en algo "productivo". Sostenía que

> *la única razón por la cual un bien ofrece probabilidades de rendimiento mientras dura, teniendo sus servicios un valor total mayor que su precio de oferta inicial, se debe a que es* escaso; *y sigue siéndolo por la competencia de la tasa de interés del dinero. Si el capital se vuelve menos escaso, el excedente de rendimiento disminuirá, sin que se haya hecho menos productivo -al menos en sentido físico.*[2]

El rechazo de Keynes a hablar del capital como "productivo" y su esperanza y aceptación de una rentabilidad decreciente en el curso de la decreciente escasez del capital difícilmente podía gustar a los capitalistas poco sofisticados; incluso ha molestado a algunos de sus discípulos.[3] La noción de la ganancia como un producto de la escasez es, sin embargo, sólo otra forma de la doctrina de la "productividad" del capital: ninguno de los dos conceptos proporciona una explicación sobre el origen de la ganancia, y ambos sirven como apologías de la explotación.

Según Marx, la "demanda de capital" es una demanda de ganancias. Y esta demanda de explotación del trabajo aumenta constantemente aumentando con mayor velocidad cuanto más rápidamente se acumula el capital. Desde este punto de vista, la afirmación de Keynes de que "la demanda de capital alcanza su límite con el aumento del fondo de capital hasta un punto en el que su eficiencia marginal ha descendido a una cifra muy baja", no tiene sentido. Pues la creciente oferta de capital no es idéntica a una decreciente demanda de capital, esto es, de ganancias. Suponer que la demanda de capital está limitada por el creciente fondo de capital es suponer que el capitalismo no es capitalismo sino un sistema de producción que emplea la motivación de la ganancia solamente con el propósito de aumentar los medios de producción para acabar con la producción de ganancias. En realidad, por supuesto, los medios de producción se aumentan con objeto de aumentar o mantener una rentabilidad dada.

Suponiendo con Keynes que la abundancia de capital pone fin a los "rendimientos en exceso" tales como intereses, se sigue que esta abundancia también reduce las inversiones. Lo que al principio era el dilema capitalista -la falta de inversiones- se convierte en la gran bendición de la abundancia de capital. Según el punto de vista de Keynes, esto significa simplemente que "la demanda de capital ha alcanzado su límite". Un periodo de reproducción simple remplaza a otro de acumulación; en resumen, aquel sistema de producción estudiado por la teoría económica desde Marx hasta Keynes

---

[1] J. M. Keynes, *Teoría general...,* ed. cit., p. 375.

[2] Ibid., p. 213

[3] Joan Robinson, por ejemplo, señala que la idea de Keynes de que "el trabajo es el único factor de la producción", no puede justificarse por el hecho "de que él encuentra posible reconocer el producto en términos de unidades de salarios". Keynes podía hacer esto, dice J. Robinson, "porque estaba interesado principalmente en analizar situaciones a corto plazo, en las que el equipo de capital está dado, de modo que el producto real está correlacionado con la ocupación". Sin embargo, "tan pronto como comienza a alterarse el producto por hombre, en un determinado nivel de ocupación, la unidad de salario deja de medir el producto real". Aunque está de acuerdo con Keynes en que "el poseer capital no es actividad productiva", considera más convincente decir "que el capital, y la aplicación de la ciencia a la industria, son inmensamente productivos". *Introducción a la economía marxista,* ed. cit., pp. 38-44.

desaparece.

Con objeto de llevar su teoría hasta sus "conclusiones lógicas", Keynes acepta audazmente las implicaciones de la teoría marginalista de la tendencia "a largo plazo" de la producción de capital, y fuerza su teoría más allá de los límites del capitalismo. El que esta visión de un aparato productivo lo bastante grande para satisfacer las necesidades sociales al grado de que ninguna posterior expansión de capital de cierta significación, que resulte deseable, cae fuera del horizonte del capitalismo es justificada por la afirmación del propio Keynes de que "si el capital se vuelve menos escaso, el excedente de rendimiento disminuirá, sin que se haya hecho menos productivo -al menos en sentido físico". El lado físico del capitalismo, no obstante no es más que aquel aspecto de este modo de producción que contradice su motivación: la sed de valor de cambio, de ganancia y de acumulación.

Según Marx, tanto si el capital es escaso como si es abundante, la producción de capital debe ser productiva para que pueda proseguir. Un descenso persistente de la rentabilidad implica una tasa decreciente de acumulación, una condición de crisis que sólo puede ser superada mediante la reanudación de una tasa de expansión del capital acelerada. La desaparición del "exceso de rendimiento" -signifique lo que eso signifique- no marca el fin de la escasez de capital sino el fin del capitalismo. El estado de abundancia de capital relativamente estacionario proyectado por Keynes, en el que la "demanda" de capital no excede los requerimientos de la producción por desgaste y obsolescencia y en el que las ganancias debidas a los costos de habilidad y supervisión son absorbidas por las necesidades del consumo de los empresarios, no puede ser alcanzado en el marco de la formación de capital privado. El proceso de reproducción capitalista es siempre un proceso de acumulación. Esto no excluye la existencia de periodos de "reproducción simple", o incluso una declinación temporal; pero un capitalismo estacionario y simultáneamente cada vez más próspero es algo que no entraba en la visión de Marx.

Aunque Keynes consideraba que era "un juicio práctico suyo y no un imperativo teórico" el que incluso en un capitalismo "maduro" debía ponerse todo el énfasis en la formación de capital y no en el consumo, vio el énfasis contrario como una posibilidad para un futuro no muy lejano. Y a causa de esta posibilidad, consideró "una total falta de inteligencia" suponer que se requerían soluciones radicales para terminar con la disparidad entre la actuación real y la potencial de la economía. El socialismo, que en su definición significa que el Estado posee los medios de producción, era considerado por él como algo superfluo; puesto que la posesión en sí misma no tiene importancia toda vez que es posible controlar la tasa de inversión. Keynes estaba convencido de que "una socialización bastante completa de las inversiones será el único medio de aproximarse a la ocupación plena", pero "esto no necesita excluir cualquier forma, transacción o medio por los cuales la autoridad pública coopere con la iniciativa privada".[4] Sólo la experiencia nos podrá mostrar, pensaba,

> *hasta qué punto la voluntad popular, incorporada a la política del Estado, debiera dirigirse al aumento y refuerzo del aliciente para invertir; y hasta qué punto es prudente estimular la propensión media a consumir*.[5]

Los defensores dogmáticos del sistema de empresa privada no sólo consideran al keynesianismo como la teoría de la transformación de un capitalismo "libre" en uno parcialmente controlado, sino que ven esta transformación como el principio del fin del propio capitalismo. Consideran que un regreso radical a la economía de mercado, a cualquier costo social, es la única vía de escape a la naciente "nueva esclavitud" de la sociedad totalitaria. Puede que tengan razón, pero el totalitarismo era lo último que Keynes estaba dispuesto a defender. Aunque admiraba al Estado nazi por haber descubierto la forma de producir y mantener el pleno empleo, pensaba que lo mismo podía hacerse dentro de las instituciones británicas existentes, ya que no veía ninguna conexión necesaria entre la política económica de una sociedad y su estructura política. Por lo que respecta al sistema soviético, él no creía que

> *contenga, o llegue a contener, ninguna técnica económica útil que nosotros no pudiéramos aplicar si quisiéramos, con igual o mayor éxito en una sociedad que conservara todas las características* [...] *de los ideales burgueses británicos*.[6]

Toda la contribución de la URSS a la economía es una demostración de que el control centralizado puede producir un crecimiento balanceado de la economía. Esto no depende del bolchevismo, sino de los controles centralizados, que pueden hacerse aún más efectivos bajo los auspicios de las técnicas económicas más avanzadas del mundo occidental.

El keynesianismo, en su interpretación liberalista, refleja el grado de *laissez-faire* posible todavía en el capitalismo "maduro". Representa un "tipo de sistema híbrido", en el que "las esencias del capitalismo -soberanía del consumidor, libertad de inversión y libertad para elegir ocupaciones-

[4] J. M. Keynes, *Teoría general...*, ed. cit., p. 378.

[5] Ibid., p. 377.

[6] J. M. Keynes, *Laissez-faire and Communism*, ed. cit., p. 130.

pueden ser preservadas".[7] Para Keynes, la elección entre una economía controlada y una "libre" ya no existía; solamente se podía elegir entre diferentes sistemas de control. En la forma en que lo expresó uno de los discípulos de Keynes, "el fascismo es la forma que adquirirá nuestra sociedad capitalista, si no logramos realizar las reformas de Keynes o una economía socialista"[8]: Keynes comprendió, naturalmente, que un llamado a la razón no era suficiente para que todos los capitalistas se adaptaran alegremente a la nueva situación y consideró que era deber del gobierno salvar a los reacios de su propia locura. Pensaba que la usurpación gubernamental de la función reguladora no afectaría al papel de los empresarios. Desde su punto de vista no había nada mal en la esfera de la producción; pero los ahorros de la comunidad eran mejor recolectados e invertidos por el gobierno que por el capital privado. Centralizar el control del conjunto de la actividad económica en manos del gobierno era la única forma de superar la inercia capitalista.

La teoría económica burguesa veía en la falta de organización consciente de la economía una forma específica de "orden", el subproducto automático del mercado de cambio, una "ley de valor" que regulaba los aspectos económicos de la vida. Y, efectivamente, durante ciertos periodos de tiempo, situaciones de mercado relativamente estables hicieron que el comportamiento económico siguiera patrones convencionales y la ley del mercado pareció producir un tipo de orden definido. Durante periodos en que la formación de capital avanzaba constantemente, el mecanismo del mercado funcionaba sin dificultades serias. Los periodos de crisis se superaban con relativa facilidad, y como las ganancias de los capitalistas eran reinvertidas en su mayor parte, su número -pequeño si se comparaba con el de la población trabajadora- hacía de su vida posiblemente lujosa un hecho sin interés económico. Desde un punto de vista capitalista, la situación bien podía aparecer como dirigida por una mano ordenadora, aunque invisible.

La guerra y la larga depresión acabaron con esta idílica creencia y condujeron a un mayor control gubernamental de la economía. Y lo que al principio pareció ser una situación especial, una emergencia, se convirtió en una situación general, de manera que la subordinación parcial de los intereses privados a los nacionales y gubernamentales adquirió un carácter bastante permanente. Con esto, las funciones de los economistas comenzaron a cambiar. Ahora podían sugerir políticas prácticas y especular acerca de los efectos de las diversas intervenciones gubernamentales sobre uno u otro aspecto de la economía. Sin embargo, los "experimentos sociales" son respuestas bastante apresuradas a los apremiantes problemas políticos que determinan por sí mismos la clase de acciones que se emprenden. La forma de su ejecución puede variar según la experiencia, pero los problemas que surgen en el capitalismo y las "soluciones" a estos problemas son generalmente claros y obvios. Por eso es por lo que hasta ahora nunca se ha sugerido ninguna política económica que no haya hecho su debut antes de que fuera formulada la "teoría que le sirve de base". Todas las políticas monetarias y fiscales sugeridas por Keynes ya habían sido empleadas en diferentes momentos y por diversos gobiernos para protegerse a sí mismos y a la sociedad que presiden. Poniendo la transformada práctica capitalista de su época en el marco de la teoría económica, Keynes sostuvo el creciente control gubernamental tanto práctica como ideológicamente.

En condiciones de *laissez-faire, los* capitalistas no sienten la necesidad de aceptar responsabilidad alguna por las consecuencias sociales de sus actividades, y no tienen forma de distinguir si afectan al conjunto de la sociedad negativa o positivamente. Para ellos, la "economía aplicada" no significa sino el deseo de comprar barato y vender caro. La acción de los trabajadores, también, está condicionada por su deseo de vender su fuerza de trabajo al precio más alto posible. Para ellos, la "economía aplicada" se agota a sí misma en la lucha por los salarios. Sin embargo, la lucha entre el capital y el trabajo realiza funciones "reguladoras" determinando el grado de explotación y afectando así la tasa de expansión del capital. El fetichista "ajuste automático" de la economía se pierde aquí parcialmente ante la lucha simple y abierta entre los hombres. Con la extensión e intensificación de esta lucha, crece el sector manipulado de la economía. Pero como la "manipulación" sirve a intereses particulares, la creciente organización implicada en ella solamente aumenta la desorganización social. Y esta creciente desorganización solamente puede ser inmunizada por medio de una tasa de acumulación aún más rápida, de manera que al debilitamiento del fetichismo del mercado co-rresponde el fortalecimiento de las actitudes fetichistas con respecto a la acumulación.

Desde este punto de vista de la sociedad capitalista como un todo, la distribución del mercado es siempre una distribución clasista de mercancías. El trabajo y el trabajo excedente, cualquiera que sea su productividad, son finalmente reducibles a periodos de tiempo. Tanto tiempo en términos de productos, o productos en términos de tiempo, corresponde al trabajador individual o al capitalista individual; tanto al capital social o a la clase trabajadora globalmente. Lo que corresponde al trabajador individual no tiene que ser suficiente para reproducir su fuerza de trabajo; lo que corresponde al capitalismo individual no tiene que ser suficiente para mantenerle a él en su posición social. Lo que corresponde a la población trabajadora, sin embargo, debe ser suficiente para

[7] S. E. Harris, *Saving American Capitalism.* Nueva York, 1950, p. 369.

[8] L. R. Klein, *The Keynesian Revolution*, p. 167.

reproducirla, y lo que corresponde a la clase capitalista debe ser suficiente para reproducir la estructura social. Por lo que respecta al proceso de reproducción social, una cierta cantidad del trabajo social que entra en el mercado en forma de mercancías, entra, por así decirlo, "in-necesariamente", ya que el mercado solamente puede complicar los requerimientos inevitables y proporcionalmente definidos del proceso de reproducción. Como el proceso de reproducción controla al proceso de producción, solamente el trabajo excedente -el tiempo de trabajo incorporado en las mercancías que excede las necesidades de la reproducción simple- no está "predeterminado" por los requerimientos materiales de una producción social y asegura el mantenimiento de un nivel de producción preestablecido bajo ciertas relaciones sociales definidas.

En el curso de la concentración de capital, más plusvalía viene a ser dividida entre relativamente menos empresas, un proceso por el cual el mercado pierde algunas de sus funciones. Cuando el mecanismo del mercado deja de "ajustar" la oferta y la demanda mediante la expansión del capital, complica la formación de una tasa de ganancia promedio, que se necesita para asegurar la existencia simultánea de todas las industrias necesarias independientemente de sus tasas de ganancia individuales. La tasa de ganancia promedio, como recordaremos, implica formación de un "fondo" de plusvalía para satisfacer las necesidades físicas de la producción social que se manifiestan por medio de la demanda social. El estancamiento del capital, tal como se expresa en una demanda defectuosa, impide a un número creciente de entidades de capital participar del "fondo" social de plusvalía en una medida suficiente. Si la continuidad de su existencia es una necesidad social, deben ser mantenidas por subsidios gubernamentales. Y si el número de desempleados constituye un peligro para la estabilidad social, éstos, también, deberán ser mantenidos por el decreciente "fondo" de plusvalía. El control de la plusvalía se convierte en algo esencial para la seguridad del capitalismo y la distribución de las ganancias se convierte en una incumbencia del gobierno.

Desde un punto de vista teórico no tiene ninguna importancia que la necesaria división de valor y plusvalía y la necesaria distribución de esta última ocurra en un mercado "libre" o en un mercado manipulado por las autoridades gubernamentales. En la práctica, naturalmente, sí es muy importante para aquellos capitalistas a quienes toca perder en aras del "correcto" funcionamiento del "sistema como un todo". Porque el interés del gobierno en la distribución de las ganancias interfiere con la rentabilidad de empresas específicas; las ganancias extras pueden ser gravadas con impuestos y algunos negocios pueden arruinarse mientras que el favoritismo del gobierno ayuda a otros. En tanto que no se ve claro cuáles entidades de capital serán favorablemente afectadas por el control gubernamental, todas tienden, en principio a objetar los controles. Pero tan pronto como resulta evidente que los controles gubernamentales significan seguridad y expansión para algunas entidades de capital a expensas de las otras, se rompe el frente capitalista contra los controles del gobierno.

Aunque no hay ninguna conexión necesaria entre el razonamiento teórico de Keynes y la "economía aplicada" de hoy día, la "economía mixta'' es un hecho y exige justificación en términos económicos. Las intervenciones gubernamentales en una economía deprimida fueron considerados en un principio como "bombas de agua" para sacar nuevamente a flote la actividad económica privada. Los gastos en obras públicas y los gastos de beneficencia se suponía que creaban nuevos ingresos que, a su vez, generarían actividad económica adicional. Esta idea se formalizó en el llamado "efecto multiplicador" introducido por R. F. Kahn, Se hicieron estimaciones con respecto a las repercusiones que se podían esperar de un aumento en la "demanda efectiva" debida al financiamiento gubernamental; variaban de un aumento doble a uno quíntuple respecto a la inversión inicial en forma de nuevo ingreso. Estas suposiciones, sin embargo, eluden la verificación en la práctica. En teoría, es decir sin considerar las indiscernibles influencias opuestas del sector privado del capitalismo, parecen convincentes. En realidad, estas estimaciones se basan en demasiadas condiciones para predecir nada definido acerca de los efectos de los gastos gubernamentales. Por lo tanto se admitió abiertamente que la noción del

> *multiplicador no es fórmula mágica que nos permita predecir con algún grado de aproximación cuál será la influencia de la inversión pública. Asignando pesos diferentes a varios factores, se puede concluir que la inversión pública tendrá un enorme efecto como creadora de ingresos o que, a fin de cuentas, tendrá un efecto negativo en la ocupación y en el ingreso*.[9]

No obstante, como la política gubernamental contra la depresión sí aumentó en cierto grado la ocupación, puede decirse que la teoría keynesiana se demostró en forma general siempre que fue empleada y en la medida en que fue aplicada. *El New Deal* norteamericano es un caso característico, aun cuando el propio Keynes expresó su disgusto por la vacilante política de Roosevelt. Los propugnadores burgueses de la economía keynesiana esperaban ver a ésta

> *desarrollada y aplicada en forma que representara solamente una ligera, prudente y útil separación del laissez-faire estricto, usando el poder gubernamental para influir en el gasto y la demanda totales en la economía y mantenerla en un mejor balance con la producción total y potencial de todos los bienes y*

[9] D. Dillard, The Economics of John Maynard Keynes, ed. cit., p. 12. [Ed. esp. La teoría económica de John Maynard Keynes. Ed. Aguilar, Madrid, 1973.]

servicios.[10]

Según este punto de vista, la función del gobierno consiste en asegurar la existencia y bienestar de la empresa privada. Aparte de los efectos generales de las políticas monetarias y fiscales gubernamentales, las empresas débiles deben ser ayudadas con facilidades crediticias especiales. Hay que construir obras públicas considerando las necesidades del capital privado: carreteras para la industria automotriz, aeropuertos para la industria aeronáutica y así sucesivamente. Junto con este tratamiento preferencial para las nuevas inversiones debería haber también un aumento en la propensión al consumo mediante una legislación de seguridad social como instrumento de estabilidad económica.

Una economía mixta presupone que una porción sustancial de su capacidad productiva total es poseída y controlada por el capital privado. Puesto que el gobierno sólo dispone de fondos provenientes de los impuestos o de posibles ganancias en industrias poseídas por el gobierno, es necesario tomar en préstamo al capital privado los fondos adicionales. El financiamiento de la deuda se supone que produce un aumento general en la "demanda efectiva". Ésta no es "demanda efectiva" en un sentido capitalista, puesto que el mercado capitalista no tiene demanda de obras públicas, bienestar social y armamentos. Por supuesto, tiene demanda para las diversas mercancías intermediarias utilizadas en la producción inducida por el gobierno. Pero esta demanda no existiría a no ser por las compras del gobierno. Los costos de la producción inducida por el gobierno, así como las ganancias que resultan a los proveedores capitalistas privados, se pagan con los impuestos o con el dinero prestado, esto es, de los fondos del sector privado capitalista. Esto significa sencillamente que el gobierno utiliza medios de producción que pertenecen' al capital privado y mantiene a los trabajadores con recursos de propiedad privada. Los fondos tomados en préstamo son sólo expresiones monetarias del poder gubernamental para poner a trabajar los recursos inactivos. La creciente deuda nacional indica que este poder ha sido concedido sólo en forma temporal y por un precio, es decir, el interés pagado a los poseedores de títulos.

Mientras que el "producto final" de la producción de capital es un capital aumentado, el "producto final" de una producción protegida por el gobierno no es sino una producción aumentada. El aparato productivo que crea la producción inducida por el gobierno solamente puede funcionar en beneficio del gobierno. Aunque nominalmente está en manos del capital privado, únicamente puede ser usada en forma total si el gobierno lo ordena. Y desde el punto de vista de la empresa privada, cualquier producción que el gobierno dirige, en forma de obras públicas, bienestar social o armamentos, cae en la esfera del consumo. De hecho, entonces, la producción patrocinada por el gobierno invierte el proceder usual de la acumulación de capital. En lugar de desarrollar la producción a expensas del consumo, en un proceso en el que el consumo aumenta más lentamente que la acumulación de capital, desarrolla la producción con la ayuda del consumo, aunque sea un "consumo" en forma de obras públicas y armamentos.

Hasta ahora, la expansión de la producción inducida por el gobierno en la economía mixta ha conducido al pleno empleo sólo aumentando la "demanda efectiva" de productos que no son directamente consumibles, cuyo valor no puede ser "realizado" mediante el proceso de circulación capitalista. En tanto que esto ha sido realizado mediante el financiamiento del déficit, ha conducido a un aumento constantemente creciente en la deuda nacional. La inflación monetaria disminuye y a menudo repudia la deuda a expensas del capital privado. Pero incluso bajo condiciones no inflacionarias, el interés pagado por la deuda nacional y su redención final tiene que venir de la producción privada. Así como los fondos gastados por el gobierno no producen ganancias, tampoco pueden producir interés. Naturalmente, puesto que la "nación como un todo" respalda la deuda nacional, es posible que los intereses se paguen y los títulos se rediman si el ingreso nacional aumenta más rápidamente que la deuda nacional. Todo esto significa que debe crearse nueva riqueza en cantidad suficiente por una nueva producción adicional para hacerse cargo de las viejas obligaciones.

[10] O. H. Taylor. *The Classical Liberalism, Marxism, and the Twentieth Century.* Cambridge, 1960, p. 118.

Capítulo XII
El keynesianismo al revés

En un principio, las intervenciones keynesianas en la economía resultaron bastante ineficaces. Keynes lo explicó diciendo que "la medicina que él recomendó fue aplicada con demasiada mezquindad". El problema del desempleo permaneció sin solución hasta que al aproximarse la segunda guerra mundial varios gobiernos se vieron forzados a hacer, a causa de la guerra, lo que no habían querido o podido hacer durante la anterior depresión. Con el comienzo de la producción de guerra, sin embargo, Keynes se convenció finalmente de que su teoría encontraría confirmación, porque ahora podría verse "qué nivel de consumo se precisa para llevar a una comunidad libre y moderna [...] hasta el empleo óptimo de sus recursos".[1]

Las políticas de guerra, no obstante, eran muy ajenas a la ideología keynesiana, para ese entonces en desarrollo. No diferían de las utilizadas durante la primera guerra mundial; y tampoco diferían entre las diversas naciones, de las cuales no todas aceptaban la "revolución keynesiana". Ya "en la primera guerra mundial se demostró que era posible dedicar casi la mitad de los recursos totales de la comunidad a la lucha"; y la "adaptación de la industrias a las necesidades de guerra", fue "impulsada por el control gubernamental directo sobre la industria".[2] Todas las innovaciones asociadas con la economía dirigida de la segunda guerra mundial, como el ahorro obligatorio, controles monetarios, crédito, precios y trabajo, prioridades, racionamiento, préstamos gubernamentales, y así sucesivamente, fueron empleados en el primer conflicto a pesar de la posición "ortodoxa" respecto a la economía que prevalecía en aquella época.

Si bien no tuvo éxito en aumentar "la propensión al consumo" durante la gran depresión, la teoría keynesiana fue celebrada como un "éxito brillante" al disminuir aquélla durante la guerra mediante ahorros forzados. Aunque no fue capaz de aumentar las inversiones hasta el pleno empleo, condujo a la disminución del trabajo por medio de la destrucción del capital. Poner del revés una teoría solamente puede significar ponerla fuera de servicio; pero, por extraño que resulte, el sacrificio de la teoría fue visto como un síntoma de la

> *flexibilidad y fecundidad para la acción práctica de la especie de pensamiento que entraba en la teoría general del empleo, el interés y el dinero. En el plan de Keynes no hay nada para evitar la inflación en la guerra que contradiga su explicación del paro en la paz. El plan para el pago de la guerra sugiere la necesidad de un ahorro forzado, mientras que en la Teoría general el acento se carga sobre los inconvenientes sociales de la frugalidad. El cambio de circunstancias de la paz a la guerra exige un cambio de la acentuación*.[3]

Pero difícilmente puede considerarse esto un "cambio de acento". Después de todo, la teoría de Keynes se basaba en el concepto de un capitalismo "maduro" incapaz por sí mismo de producir inversiones suficientes para asegurar el pleno empleo. El propósito y el significado de la teoría de Keynes era: proveer un medio para tener pleno empleo en ausencia de guerra o prosperidad; y superar la depresión no por los métodos ortodoxos de hacer la guerra o esperar pasivamente los resultados destructivos de la crisis, sino mediante el método nuevo y racional de la demanda inducida por el gobierno. Es más correcto decir que Keynes suspendió su teoría "mientras tanto". En realidad, su celebrado "plan'' para financiar la guerra no era sino una sugestión de hacer dictatorialmente lo que antes se había hecho por medio de la persuasión.

A causa de la "inflexibilidad" de los salarios, Keynes se opuso en un tiempo a las políticas deflacionarias; en esta ocasión se opuso a la inflación de los precios por la misma razón. En ambos casos no tenía la intención de cambiar una práctica existente, sino que sólo quería hacerla más efectiva haciéndola más fácil de digerir. Así como una vez pensó que un descenso en los salarios reales sería más aceptable si se realizaba en una situación de salarios en dinero estacionarios o crecientes, así pensó ahora que

> *para cada individuo en lo personal hay una inmensa diferencia entre que el exceso de su ingreso sobre su consumo se le quite por medio de impuestos o por medio de empréstitos. Para él personalmente, los bonos del gobierno son una adición a su riqueza, su seguridad y su tranquilidad frente al futuro. Le da un derecho sobre los futuros recursos de la comunidad. Alguien tendrá que responder a este derecho. Pero este alguien no es necesariamente él mismo y, aunque lo fuera, puede convenirle más y representar menos sacrificio compartir los pagos con sus recursos personales y poseer mientras tanto un título de riqueza que puede reconvertirse en caso de necesidad*.[4]

Está claro que la "riqueza" consumida durante la guerra no puede ser vuelta a extraer en el futuro. Un "derecho sobre recursos futuros" significa simplemente más trabajo adicional futuro; en el futuro

---

[1] *The New Republic*. Nueva York, 29 de julio de 1940.

[2] A. C. Pigou, The Political Economy of War. Londres, 1940, pp. 43, 71.

[3] D. Dillard, La teoría económica de John Maynard Keynes, ed. cit., p. 247.

[4] J. M. Keynes, "Paying for the War". London Times, 14 de noviembre de 1939.

tendrá que hacerse un trabajo suficiente para producir el equivalente en mercancías de las tasas de salarios existentes entonces, además de los equivalentes en mercancías de los ahorros de guerra. Naturalmente, es cierto que la gente sólo hace efectivos sus bonos de guerra en, forma gradual, lo que reparte el trabajo excedente necesario para redimirlos en un plazo de tiempo más largo. Pero esto no altera el hecho de que el creciente consumo provocado por la compra de bonos de guerra sólo puede venir de la nueva producción. Los derechos individuales sobre los recursos futuros son una ilusión que sólo se mantiene por no considerar a la sociedad globalmente. Si "algún otro tendrá que responder a su derecho" en algún momento, entonces, por supuesto, en algún otro momento, él tendrá que responder al derecho de otro. En una época Keynes estuvo convencido de que el individuo debe ser enseñado a ver el problema de la sociedad como un todo. Pero en bien de la causa dejó pendiente aquella convicción, y ahora esperaba que los trabajadores, al menos, conservaran todas aquellas ilusiones que les ayudaran a reconciliarse con la creciente explotación requerida por la guerra.

Keynes pensaba en el futuro en otro aspecto más cuando hacía sus propuestas para financiar la guerra. Temía que la situación de posguerra se parecería demasiado a la de preguerra, con una falta de "demanda efectiva" y el consiguiente desempleo. A diferencia de lo que ocurría en la situación de preguerra, sin embargo, habría un rezago de demanda efectiva pospuesta, que podía servir para apoyar la actividad industrial aumentando la "propensión al consumo". Aunque suspendida durante la guerra, su teoría volvería a demostrar su utilidad tan pronto como se restableciera la "normalidad".

La guerra misma sólo probó a Keynes que cualquier sistema económico puede lograr el pleno empleo si así lo desea; no se le ocurrió que en las presentes condiciones la guerra y la preparación para la guerra puedan ser el único camino para lograr el pleno empleo. Sin embargo, sí se les ocurrió a otros, y algunos de sus discípulos vieron la guerra

> *como una gran industria nueva, cuyas demandas colosales estimulan la actividad económica en todos los rincones y resquicios del sistema económico,*

aun cuando

> *los rendimientos previstos que elevan la eficiencia marginal de la inversión estatal se estiman principalmente según las ventajas sociales y militares, más bien que los beneficios pecuniarios*.[5]

Por lo general, sin embargo, el "espíritu" keynesiano estaba mejor representado por aquellos que acentuaban los aspectos "socialistas" del control gubernamental. A finales de la segunda guerra mundial, por ejemplo, William Beveridge propuso un programa de pleno empleo basado en la "socialización de la demanda sin la socialización de la producción".[6] Construido sobre los principios keynesianos y eligiendo medidas fiscales para su realización, el programa consistía en recrear, en las condiciones de paz, el pleno empleo del tiempo de guerra.

El temor de que se pudiera regresar a un desempleo externo y persistente al terminar la guerra demostró ser exagerado. En las naciones vencidas volvió a convertirse en un problema durante algún tiempo, pero si se hace la distinción entre economía y política, éste no era un problema "estrictamente económico". En estos casos el desempleo era causado claramente por la devastación y dislocación traídas por la guerra, y se mantuvo durante algún tiempo por las políticas de las potencias vencedoras, que restringían las actividades económicas. Para las potencias victoriosas, sin embargo, en la época inmediata a la posguerra no se dio un desempleo en gran escala por la necesidad de consolidar las ganancias nacionales obtenidas, de renovar los medios de producción usados, de tratar de reconquistar mercados perdidos, y de prepararse para la eventualidad de una tercera guerra mundial. Estas economías siguieron siendo en parte economías de guerra, y conservaron así un alto nivel de empleo. Como dejó de existir la distinción entre producción de guerra y producción de paz, no había necesidad de adoptar el plan Beveridge ni cualquier otro plan para la plena utilización de los recursos nacionales.

Mientras que una década de depresión y de intervención gubernamental había fracasado en crear las condiciones para una próspera acumulación de capital, la expansión del capital después de la guerra hizo que el "gobierno permaneciera en el negocio". La plena utilización de los recursos productivos, siempre que se realizaba, se lograba ampliando la producción "no rentable" inducida por el gobierno. Parte de este aumento resultaba de las medidas de bienestar social y ayuda exterior; la mayor parte era generada por los gastos militares.[7] En distintos momentos se hicieron intentos para

---

[5] D. Dillard, *La teoría económica de John Maynard Keynes*, ed. cit., p. 248.

[6] W. H. Beveridge, *Full Employment in a Free Society*. Nueva York, 1945, p. 29.

[7] Durante el primer periodo de siete años de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, se gastó un total de cerca de 312 mil millones de dólares para objetivos militares, contribuyendo los Estados Unidos con 252 mil millones de dólares. Desde 1946 a 1955 los gastos norteamericanos para la seguridad nacional ascendieron a 309 mil millones de dólares: equivalente al ingreso nacional total para el año 1955. Desde entonces, la defensa nacional ha absorbido aproximadamente 10 por ciento del producto nacional total, dejando aparte la porción del total que el capital privado usó por su propia cuenta para aumentar su capacidad de producción de armamentos. El presupuesto del gobierno de los Estados Unidos para 1960 aumentó en 80 mil millones de dólares, de los que

operar con presupuestos balanceados y para obtener excedentes destinados a amortizar las deudas. Pero muy pronto se produjeron recesos en los negocios que invirtieron estas políticas. Fue mediante la inflación, la acumulación de la deuda, la producción inducida por el gobierno, la preparación de la guerra y actos de guerra reales como las naciones capitalistas dominantes alcanzaron una aproximación al pleno empleo. Esta experiencia fortaleció al keynesianismo y condujo a la extendida creencia de que un "cuasi-auge" mantenido por el gobierno podía continuarse indefinidamente.

La temprana muerte de Keynes en 1946 le privó de la oportunidad de ser testigo de la "confirmación" de sus teorías en las economías de posguerra manipuladas gubernamentalmente. Se hubo de lamentar que esto se lograra principalmente mediante la guerra y la preparación para la guerra; pero "lógicamente" igual hubiera sido posible lograrlo en condiciones de paz. En realidad, fue el interés de Keynes en la paz internacional y el bienestar social general lo que le condujo a proponer en primer lugar una política de inversiones regulada por el gobierno. Keynes sentía que tal política eliminaría la presión de los motivos económicos para la guerra, ya que ningún país necesitaría

> *forzar sus mercancías sobre otro o rehusar las ofertas de sus vecinos* [...] *El comercio internacional dejaría de ser lo que es, a saber, un expediente desesperado para mantener la ocupación en el interior, forzando las ventas en los mercados extranjeros y restringiendo las compras, lo que de tener éxito, simplemente desplazaría el problema de la desocupación hacia el vecino que estuviera peor dotado para la lucha.* [*En lugar de eso se convertiría*] *en un libre intercambio de bienes y servicios mutuamente ventajosos*.[8]

Aunque apegado todavía a la teoría neoclásica, Keynes fue lo bastante poco dogmático para abogar por el proteccionismo siempre que los intereses británicos lo hicieron aconsejable. Durante la Gran Depresión fue más allá para descubrir "un elemento de verdad científica en la doctrina mercantilista",[9] en la falta de interés mercantilista por el mundo en general. En aquel tiempo, según Keynes, el patrón oro era el principal responsable de la supervivencia de la desocupación; porque bajo su control,

> *las autoridades no disponen de medios ortodoxos para combatir la desocupación en casa, excepto por un exceso de exportación y una importación del metal monetario a expensas de sus vecinos*.[10]

Keynes defendía las políticas económicas que no estuvieran "trabadas por preocupaciones internacionales" y que se dirigían a obtener un nivel óptimo de empleo doméstico. Según su punto de vista,

> *es la prosecución simultánea de esas políticas por todos los países juntos la que es capaz de restaurar, internacionalmente, la salud y la fuerza económicas, ya sea que la midamos por el nivel de ocupación nacional o por el volumen del comercio internacional*.[11]

Reconociendo las limitaciones y peligros de semejante política, Keynes trató de evitarlos sacando parte de la economía nacional fuera del proceso de la competencia internacional. Si todos los países hicieran lo mismo, podría haber pleno empleo en todas partes.

Con o sin el patrón oro, una política de pleno empleo implica cosas diferentes para diferentes naciones y para las distintas clases dentro de cada nación. Su éxito o su fracaso dependen de la fuerza relativa de la nación en términos de recursos naturales, de su posición dentro de la "división internacional del trabajo" dada, y del grado en que sea dependiente de un cierto nivel de comercio internacional. Para algunas naciones el pleno empleo es una consideración de menor importancia que el volumen y los términos del comercio internacional. No pueden existir, y aisladamente lograr el pleno empleo, salvo por una extraordinaria "preocupación" por la economía internacional. Sin: embargo, Keynes deploraba las "preocupaciones internacionales" sólo en la medida en que se basaban en el patrón oro, que no tenía el poder "equilibrador" que se le suponía. Keynes quería remplazarlo por acuerdos alcanzados mediante consideraciones conscientes de las necesidades económicas internacionales. Así como Keynes creyó posible realizar intervenciones estatales en la economía nacional que no provocaran conflictos con la empresa privada, igualmente pensó que organismos internacionales podían regular la economía mundial sin violar el interés especial de ninguna nación en particular. Por supuesto, se requerirían informaciones más completas e instrumentos de control; pero Keynes no veía ninguna dificultad insuperable en aplicar sus sugerencias para la economía doméstica al mundo entero.

A mediados de la segunda guerra mundial, y anticipándose a la próxima paz, Keynes propuso el establecimiento de una moneda internacional y un sistema de crédito destinados a eliminar la razón para la guerra atenuando las depresiones internacionales y garantizando el necesario comercio

---

aproximadamente 48 mil millones constituyeron gastos militares. La deuda nacional norteamericana en 1960 ascendía a cerca de 290 mil millones de dólares y los cargos por intereses a cerca de 9 500 millones.

[8] J. M. Keynes, *Teoría general...,* pp. 336-37.

[9] Ibid., p. 301

[10] Ibid., p. 308.

[11] Ibid., p. 309.

internacional. Una Unión Bancaria Internacional y una nueva moneda internacional llamada "bancor" deberían servir de instrumentos para revivir el comercio multilateral y el sistema de pagos que reforzaría los aspectos positivos del difunto patrón oro evitando los negativos. En forma castrada esto se convirtió en Bretton Woods, en el Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo y en el Fondo Monetario Internacional.

Aunque generalmente se ha reconocido que la cooperación económica internacional es deseable y necesaria, muy poco se ha hecho a este respecto en realidad. Después de la segunda guerra mundial, el mismo Keynes empezó a comprender las enormes dificultades para lograr que el sistema capitalista funcionara en forma más eficiente. "Nadie puede estar seguro de nada en esta época de cambios y fluctuaciones", escribió entonces;

> *los decrecientes estándares de vida en un momento en que nuestro control sobre la producción de satisfacción material es mayor que nunca, y una posibilidad de decisiones individuales cada vez menor en un momento en el que, más que nunca antes, deberíamos ser capaces de obtener estas satisfacciones, son suficientes para indicar una contradicción en la base de cada sector de nuestra economía. En semejante época, ningún plan podrá funcionar con seguridad.*[12]

Se apresuró a añadir que "si todos los planes fracasan, nosotros y todos los demás intentaremos algo diferente". Debemos "actuar según la hipótesis optimista hasta que demuestre ser errónea". El optimismo que Keynes sugería se basaba solamente en "las tendencias ocultas de la ley del valor", que, como una "fuerza natural" o corno la "mano invisible" de Adam Smith, restablecerían el orden económico perturbado. Pero Keynes aún sostenía que no había necesidad de aguardar pasivamente a que las "fuerzas naturales" hallaran su curso. El proceso podía ser simplificado y apresurado con medidas racionales en apoyo de las tendencias de equilibrio que existían naturalmente.

En vista de la vasta devastación de Europa y Asia a consecuencia de la guerra, la reconstrucción de la perturbada economía mundial era, según Keynes, una responsabilidad de los Estados Unidos. Los norteamericanos tendrían que "descubrir formas de vida que, comparadas con las formas de vida de las regiones menos afortunadas del mundo, tiendan hacia el equilibrio exterior y no a lo contrario".[13] Keynes ya no tuvo que explicar lo que esto quería decir en términos prácticos. Sus discípulos, sin embargo, consideraron el problema en términos estrictamente económicos o bien como una cuestión de filantropía. Como los préstamos exteriores privados y las inversiones no eran suficientes para revivir y desarrollar las economías extranorteamericanas, los préstamos y garantías gubernamentales tendrían que llenar esa brecha. Si los Estados Unidos "entran en la cooperación internacional con arreglos internacionales monetarios y financieros", se dijo,

> *y si los créditos exteriores se invierten en proyectas útiles y productivos, es razonable suponer que en un periodo a largo plazo podrán pagarse los intereses y amortizaciones. Relativamente reducidos en proporción al total de las transacciones internacionales, los créditos podrán ser manejados con gran facilidad en un mundo razonablemente estable y próspero.*[14]

Los keynesianos más radicales sugirieron alguna forma de crédito de tiempo de paz, con una cancelación periódica de los balances de crédito internacionales; porque

> *el exceso de producción nunca debe ser considerado un problema en tanto que gente en todo el mundo esté subalimentada y viva en condiciones por debajo de lo normal y esto hasta que, como dijo Keynes, "el último hotentote tenga un Rolls-Royce".*[15]

Desde el punto de vista keynesiano, la ayuda exterior en forma de donaciones tales como obras públicas y armamentos, debía ser considerada como un instrumento para el pleno empleo doméstico. De cualquier modo, es más fácil librarse de un exceso de mercancías que de un exceso de población. Como los salarios son "costos de producción", la rentabilidad de la empresa privada sufriría si el exceso de productos se distribuía como salarios más altos. El mismo sistema de salarios impedía cualquier "distribución gratuita" significativa; porque en este sistema, la gente sólo trabaja si no tiene más remedio. En cualquier caso, una gran parte del exceso de producción consiste en productos que no pueden ser consumidos de ninguna manera. Eliminar la sobreproducción mediante la ayuda exterior resulta entonces casi irresistible, porque parece dejar intactas las condiciones socioeconómicas en casa.

Pero "compartir la riqueza" con otras naciones no beneficiaría a los negocios domésticos. Mientras que ayudaría a algunas empresas que no pueden funcionar correctamente sin una demanda constante, la ayuda exterior tiene que ser pagada del total de la producción doméstica. Y disponer de los sobrantes por medio de la ayuda exterior, así como la distribución de éstos mediante el sistema de salarios, es limitada tanto para la nación que la da como para la que la recibe. En la medida en que implica la distribución gratuita, o la venta a precios irreales, reduce la "demanda efectiva" que

---

[12] J. M. Keynes, "The Balance of Payments of the United States". *The Economic Journal,* junio de 1946, p. 85.

[13] Ibid.

[14] A H. Hansen, *America's Role in the World Economy.* Nueva York, 1945, p. 136.

[15] S. MacBride, *The Statist.* Londres, 19 de diciembre de 1949.

aún disfrutan los productores privados, si no en el país que dispensa la ayuda, sí en otras naciones. Aunque inevitable, no siempre sirve a los intereses privados de las naciones que reciben la ayuda. La escasez es generadora de ganancias extras y la distribución de mercancías gratis o a bajo precio afecta en cierto grado las relaciones de precios internas. Por ello, tanto las naciones que dispensan la ayuda como aquellas que la reciben, en las que dominan relaciones de propiedad privada, prefieren el comercio mejor que la ayuda. La ayuda, particularmente en forma de préstamos, se considera un medio necesario para la creación de relaciones comerciales futuras y futuras inversiones provechosas de capital. Así, el “equilibrio externo” que hay que alcanzar sigue siendo un equilibrio de mercado.

Capítulo XIII
La transformación del capitalismo

Evaluando la obra de Keynes, los economistas distinguen "los problemas que planteó de las soluciones particulares que sugirió. Estas soluciones pueden alterarse, o descartarse y remplazarse", se ha dicho, "y su obra seguirá siendo revolucionaria en el planteamiento de problemas y en la admisión de la posibilidad de *alguna* solución diferente de las anteriormente aceptadas y que habían impedido nuevas investigaciones".[1] En esto, Keynes "tuvo éxito donde los herejes anteriores fracasaron, en parte porque vivió en una época que estaba madura para recibir sus ideas".[2] Aunque la teoría keynesiana del estancamiento

> *dio expresión moderna a algunos elementos innatos subrayados en la teoría del "derrumbe" de Marx, tales como el subconsumo crónico, la sobreproducción general y la tasa de ganancia secularmente decreciente, la diferencia práctica importante entre ellos, sin embargo, es que Keynes buscó el remedio en la modificación del capitalismo de laissez-faire mediante "una acción deliberada del Estado"; mientras que Marx rechazó dogmáticamente todas y cada una de esas acciones del Estado considerando que beneficiaban inevitable e invariablemente sólo a la "clase capitalista" y no a la economía en general*.[3]

Posiblemente fue por esta razón que "Keynes fue adoptado por algunos economistas como un rechazo contra lo que podían parecer implicaciones marxistas en la gran depresión"; no podían convertirse en marxistas, por más que "Marx anticipó a Keynes", porque el marxismo tiene "una disposición misantrópica con respecto a la cultura occidental que no representa una buena profesión para los economistas de Occidente".[4]

Es el capitalismo de hoy día organizado por el Estado, o su aspecto "keynesiano", el que, sirviendo como una tardía pero inevitable crítica del viejo capitalismo, sirve simultáneamente como una refutación del marxismo. Incluso si se admite que "las leyes del movimiento que reveló el modelo marxista del capitalismo todavía son visibles en el capitalismo norteamericano", se sostiene que esas leyes se enfrentan ahora a "una serie de remedios que brotan de actitudes sociales que [Marx] no podía imaginar".[5] No sólo los norteamericanos, sino también los europeos, se refieren a un capitalismo transformado; aunque "todavía hablamos comúnmente de Inglaterra y Francia como de países capitalistas", se dice, "ya no son capitalistas en el sentido en que lo entendían Marx y sus contemporáneos"[6]: Según esto, fue Keynes quien coadyuvó a la metamorfosis capitalista y quien hizo

> *la mayor contribución individual a las técnicas de la transición democrática. Haciendo esto ayudó a mostrar a los pueblos de Occidente un camino hacia adelante que no cruzaba el arroyo de la guerra de clases total, mismo que los trabajadores asalariados de Occidente repudian, ahora que ya han visto sus rugientes aguas*.[7]

Así, el keynesianismo es celebrado no sólo como salvador del capital, sino también como salvador del trabajo.

Es cierto desde luego, que el capitalismo contemporáneo difiere del capitalismo analizado por Marx. Él no previó todos los cambios actuales. La transformación del capitalismo fue el resultado no sólo económico, sino también social y político, de una acumulación de capital internacional y competitiva que, atravesando dos guerras mundiales y revoluciones, condujo a un control estatal de las economías nacionales rápidamente creciente, o incluso total. Este curso de acontecimientos, sin embargo, incluso si Marx lo hubiera esperado, no habría afectado a su teoría económica; porque estos acontecimientos se refieren a las reacciones políticas a situaciones de crisis económica. Consciente de las contradicciones básicas de la producción de capital y convencido de que su expansión y extensión sólo podrían ampliarlas y agudizarlas, Marx estaba interesado no tanto en especular acerca de la posible capacidad del capitalismo para prevalecer, cuanto en desarrollar una fuerza revolucionaria para acabar con él.

El celebrado "fracaso" del marxismo no es un fracaso de la teoría económica, sino más bien de las previsiones sociales y políticas basadas en ella. Por supuesto, también es un fracaso de la teoría económica en tanto que su aplicación a la realidad condujo a una subestimación de la capacidad de cambio del capitalismo. Sin embargo, ninguna persona razonable exigiría a Marx el haber previsto la actual evolución social y económica en todas sus manifestaciones concretas. Y en la medida en que la evolución socioeconómica es predecible con algún grado de seguridad, Marx lo hizo bastante bien,

---

[1] J. M. Clark, *Alternative to Serfdom.* Nueva York, 1960, p. 98.

[2] Ibid.

[3] K. K. Kurihara, *The Keynesian Theory of Economic Development.* Nueva York, 1959, p. 20.

[4] J. McDonald, *Fortune.* Nueva York, diciembre de 1950, p. 134.

[5] R. L. Heilbroner, *The Wordly Philosophers.* Nueva York, *1953, p. 159.* [*Vida y doctrina de los grandes economistas.* Ed. Aguilar, Madrid, 1972.]

[6] J. Plamenatz, *German Marxism and Russian Communism.* Londres, 1954, p. 303.

[7] J. Strachey, *Contemporary Capitalism.* Nueva York, 1956, p. 312.

como lo demuestra el surgimiento del keynesianismo. En la formulación keynesiana, las contradicciones descubiertas por Marx son aceptadas silenciosamente y simultáneamente "remediadas" mediante intervenciones conscientes en el mecanismo del mercado.

Marx no era un reformador social interesado en mejorar y perpetuar las relaciones de producción existentes. Para él, el capitalismo no tenía futuro porque su transformación era ya un fenómeno observable. Su expansión era al mismo tiempo su decadencia cuando se consideraba desde un punto de vista revolucionario y no desde uno conservador. Con respecto a la teoría, vio que su función era no tanto proveer explicaciones para las constantemente cambiantes acciones políticas de su tiempo, sino discernir la tendencia general del desarrollo capitalista en el momento justo de iniciar su hegemonía mundial.

Los acontecimientos futuros sólo pueden ser anticipados en base al conocimiento presente, y las predicciones son posibles solamente en, el supuesto de que un patrón conocido del desarrollo anterior siga siendo válido en el futuro. Puede que no lo sea; sin embargo, el conocimiento existente permite algunas previsiones y de esta forma hace posible emprender acciones cuyos resultados confirmarán o refutarán aquellas previsiones. En vista del patrón anterior de desarrollo histórico y con base en su propia experiencia, Marx estaba indudablemente convencido de que el desarrollo del capitalismo, haciendo surgir un proletariado revolucionario, conduciría a su abolición. Él no contemplaba la posibilidad de una "segunda vida" para el capitalismo mediante actividades gubernamentales. Ni tampoco podía imaginar que el mismo "marxismo" pudiera ser transformado en una ideología al servicio del capitalismo de Estado, que acelera por medios políticos, las tendencias a la centralización y concentración inherentes a una acumulación de capital competitiva. Las expectativas políticas de Marx no se han realizado todavía. La misma existencia de un capitalismo modificado y la ausencia de una clase trabajadora revolucionaria parecen negar sus teorías políticas.

El principio de este siglo fue testigo de dos tendencias paralelas: la progresiva "socialización" objetiva de la sociedad burguesa y e1 progresivo "aburguesamiento" subjetivo del movimiento obrero. Cuando resultó posible mejorar las condiciones de los trabajadores dentro de los límites del capitalismo, el que antes fuera movimiento radical de los trabajadores se convirtió en una institución dedicada a proveer apoyo adicional al statu quo social. De las experiencias del mismo movimiento obrero surgió la idea de que era posible transformar gradualmente al capitalismo en alguna forma de "socialismo", mediante reformas. Aunque menos sofisticados, el socialismo fabiano y el revisionismo marxista anticiparon la teoría keynesiana; ahora es esta teoría la que sirve como ideología al movimiento obrero reformista. En más de un sentido, se ha dicho, la importancia política del libro de Keynes

> *es que en cada punto, sin una sola excepción, está en completo acuerdo con la política laborista en este país* [*Inglaterra*]*, y lo que es aún más significativo, expresa en forma económica correcta lo que siempre ha estado implícito en la actitud del movimiento laborista*.[8]

Aunque en contra de las expectativas revolucionarias de Marx, todo esto está en conformidad con su idea de que las condiciones socioeconómicas existentes determinan la ideología predominante.

Aunque Marx no se interesó en las posibles modificaciones del sistema capitalista por medio de controles gubernamentales, su teoría económica no niega la posibilidad de tales experimentos. Por supuesto que es posible intervenir en los procesos económicos por medios políticos. La propia guerra ilustra esto tan bien como la teoría marxista de la revolución social. Lo que a Marx le importaba era el análisis del desarrollo del capital en el supuesto de que no habría intervenciones en el proceso fetichista de acumulación. Sólo así era posible detectar las contradicciones y limitaciones internas inherentes al capitalismo. La teoría de Marx no niega el hecho de que el pleno empleo puede ser creado tanto por medio de inversiones inducidas por el gobierno cuanto por un aumento en la propensión al consumo. Simplemente no discute tales maniobras. Por supuesto, constituyen posibilidades, siempre que ninguna de esas políticas infrinja seriamente las relaciones de clases prevalecientes.

También Keynes estaba totalmente consciente de esto.

> *Fuera de la necesidad de controles centrales para lograr el ajuste entre la propensión a consumir y el aliciente para invertir no hay más razón para socializar la vida económica que la que existía antes*,[9]

escribió. Siendo favorable a las relaciones sociales prevalecientes, no veía "razón para suponer que el sistema existente emplee mal los factores de producción que se utilizan"; el sistema había fallado sólo en "determinar el *volumen* del empleo efectivo *y* no su *dirección*".[10] Afectando únicamente el volumen de la producción, las intervenciones keynesianas en la economía "ajustan" necesariamente la producción y el consumo en beneficio de las "inversiones". Tales "ajustes" no pueden acabar con la "paradoja de la pobreza en medio de la abundancia", y no están destinados a lograrlo. Precisamente

[8] A. L. Rowse, *Mr. Keynes and the Labour Movement.* Londres, 1936, p. 12

[9] J. M. Keynes, *Teoría general...,* ed. *cit.*, p. 333.

[10] Ibid. p. 334.

por esta razón es que son “operacionales”, puesto que todavía siguen apegadas a la tendencia general de la producción capitalista de “acumular capital por la acumulación misma”.

En contraste con Keynes, Marx vio en el capitalismo un modo social de producción irracional. Pero como no hay procesos económicos independientes de las actividades humanas, llamó a la irracionalidad capitalista comportamiento fetichista. La autoexpansión fetichista del capital es la que determina tanto el volumen como la dirección de la producción. El control social de la economía implicaría la determinación consciente tanto del volumen como de la dirección de la producción. Esto, sin embargo, constituiría un cambio radical en las relaciones sociales existentes, estando, como están, basadas en el sojuzgamiento de la población trabajadora por medio de la producción de valor. Insistiendo en que sólo el volumen, y no la dirección, de la producción debe sujetarse a la planeación gubernamental, Keynes indicó que no le preocupaba alterar las relaciones de clases existentes sino sólo remover sus inclinaciones peligrosas en tiempos de crisis.

Los gobiernos capitalistas se han visto forzados a realizar intervenciones en la economía por circunstancias ajenas a su control. Estas intervenciones no indican una tendencia reformadora en el capitalismo. Lo que revelan es que el sistema encuentra cada vez más difícil resolver los problemas capitalistas por medios estrictamente capitalistas. En una ideología capitalista consistente la “nueva economía” no significa éxito, sino fracaso. Sin duda, las intervenciones gubernamentales pueden posponer o mitigar una crisis; pero la necesidad de tales intervenciones sólo es una prueba de la profundidad de la situación de crisis.

Junto con el poder de sortear la depresión va el poder de controlar el auge, y el “ciclo económico” puede aparecer entonces como la expansión y contracción de la producción inducida por el gobierno. Puesto que una tasa decreciente en fa expansión del capital privado puede ser compensada mediante una producción inducida por el gobierno, ésta puede ser reducida cuando aumenta la inversión privada. La producción por el gobierno puede incluso estimular la tasa de crecimiento económico. Pueden surgir condiciones de “prosperidad” más impresionantes que las creadas bajo condiciones de *laissez-faire,* y ni el capital ni el gobierno muestran ningún interés en cambiar este estado de cosas en tanto que dura. De cualquier modo, la historia económica reciente ha demostrado la posibilidad de un desarrollo “próspero” de las economías mixtas.

Una ilimitada acumulación de capital privado por medio de la competencia presupone lo que ha sido llamado un mercado mundial libre y el libre movimiento del trabajo y del capital entre todas las naciones así corno dentro de cada una de ellas. Aunque nunca se dieron tales condiciones, alguna apariencia de ellas existía en la etapa de *laissez-faire* del capitalismo. Esta etapa fue celebrada entonces como la condición capitalista *per se.* En realidad, sin embargo, se trataba solamente de una monopolización temporal de la producción industrial y del mercado mundial por unas cuantas naciones, lo que les permitía una amplia y rápida acumulación de capital. Sus posiciones monopolistas eran rotas a menudo por medios externos al mercado, tales como subsidios estatales, protección nacional y la guerra. Como no es el capital en abstracto lo que compite por los mercados mundiales, sino los capitales nacionales definidos, sus rivalidades económicas tomaban la forma de luchas políticas por el poder. La competencia “estrictamente” económica era posible sólo nacionalmente, y aun en ese caso no era nunca “pura”.

La acumulación de capital amplía el mercado mundial y determina su carácter. Pero el proceso de acumulación es interrumpido o reducido por una rentabilidad insuficiente. Esta falta de rentabilidad tiene *razones concretas,* y cuando el capitalismo es un sistema de mercado mundial, las razones concretas serán determinadas por la estructura de la economía mundial tanto como por la de cada nación capitalista en particular. La anarquía y el carácter nacional de la producción de capital evitan que se pueda detectar cualquier clase de razones concretas de la condición de estancamiento del capital. Lo que aparece como la “razón” de la depresión es sólo el resultado de causas imposibles de detectar empíricamente. El capitalista individual experimenta la depresión como un descenso en la demanda de sus mercancías. La nación individual la resiente como una disminución en la producción causada por una falta de mercados, y se defiende de la competencia extranjera tratando de asegurar y ampliar sus propios mercados a expensas de otras naciones.

El surgimiento de “grandes negocios” en cualquier nación particular es una expresión de reproducción afortunada de su estructura de capital. Lograr una reorganización internacional, aunque esto también es necesario para la continua formación de capital, es mucho más difícil. Los grandes negocios, superando el marco de la economía nacional, se extendieron en todos los países capitalistas y condujeron a la exportación de capital y a todas las formas de trusts y cárteles internacionales. Pero la “internacionalización” así obtenida no era tanto una verdadera internacionalización del proceso de concentración y centralización capitalista determinadas por el mercado, cuanto un intento de hacer frente a la internacionalización del proceso capitalista de producción y cambio sin renunciar a su forma nacional anteriormente desarrollada. También expresaba la dificultad de poner la “acumulación por la acumulación misma” en conformidad con las instituciones sociales consistentemente más estables que se sabían desarrollado dentro de los Estados nacionales separadamente. No se ha encontrado ninguna forma realmente efectiva para

repetir en escala internacional el proceso de acumulación y concentración competitiva que se realizó individualmente en cada país.

Como la "autoexpansión" del capital no toma en cuenta las necesidades particulares de los Estados nacionales, los gobiernos rara vez han estado a favor de una política de estricto *laissez-f aire* en sus relaciones económicas internacionales. La "autoexpansión automática" fue enérgicamente combatida por todas las capas sociales cuyos intereses representaba el Estado nacional como entidad relativamente independiente del desarrollo general del capital. Insatisfechos con la "internacionalización" monopolística de los grandes negocios, que tendían a retrasar más que a promover la expansión general del capital, los gobiernos, en representación de los capitales nacionales, expresaron su propio "internacionalismo" en una política de expansión nacional. El "internacionalismo" del capitalismo sale así a la luz como un nacionalismo imperialista. Esto presupone una cierta unidad entre el gobierno y el capital, conseguido por medio de la colaboración, el compromiso o la fuerza, que delimitó y finalmente acabó con las formas primitivas de competencia individualista. Para cumplir con sus funciones nuevas, o más bien con sus funciones suplementarias, los gobiernos entraron en la palestra de la competencia internacional con todo o casi todo el poder nacional a su disposición. El sistema primitivo, una competencia económica sostenida por el Estado que podía conducir a la guerra, fue sustituido por una competencia semejante a la guerra, o por la guerra misma, sustentada por la economía nacional.

Mientras las crisis y las depresiones eran lo bastante eficaces para alterar las condiciones de la producción y la estructura del capital y así reiniciar la expansión del capital, un estado de sobreacumulación en un nivel de la producción de capital conducía a un estado de sobreacumulación en un nivel más alto de la producción de capital. En las condiciones del siglo XIX era relativamente fácil superar la sobreacumulación mediante crisis que afectaban en mayor o menor medida a todas las entidades de capital a escala internacional. Pero al empezar este siglo se había alcanzado un punto en que la destrucción del capital mediante crisis y competencia ya no era suficiente para cambiar la estructura total del capital en dirección a una rentabilidad mayor. El ciclo económico como instrumento de acumulación había llegado aparentemente a su fin; o más bien, el ciclo económico se convirtió en un "ciclo" de guerras mundiales. Aunque la situación puede explicarse políticamente, también era consecuencia del proceso de acumulación capitalista.

Ahora el capital se "acumulaba" a ritmo creciente en forma de armamentos. La carrera armamentista llevó a una expansión de la industria no porque fuera "rentable" en el sentido común del término, sino porque una parte creciente de las ganancias podía ahora ser "realizada" mediante las compras gubernamentales. Sin duda, el recurso "extraeconómico" de la producción bélica no se adoptó únicamente para evitar una declinación en los negocios; también fue racionalizado en objetivos políticos e ideológicos. Las guerras no son exclusivas del capitalismo; pero los objetivos por los que se combate en las guerras capitalistas sí lo son. Aparte de todas las razones imaginarias, el objetivo principal, hecho patente por las políticas de las potencias victoriosas, es la destrucción de la nación o bloque de naciones competidoras. En sus resultados, por lo tanto, la guerra es una forma de competencia internacional. No es tanto una cuestión de competencia por medios "extraeconómicos" como un desenmascaramiento de la competencia económica a través de una lucha sangrienta y primitiva entre los hombres.

La reanudación del proceso de acumulación al término de una crisis "estrictamente" económica aumenta la escala general de producción. La guerra, también, tiene como resultado el reavivamiento e incremento de la actividad económica. En ambos casos el capital emerge más concentrado y más centralizado. Y esto es al mismo tiempo a pesar y a causa de la destrucción de capital. En un mundo de entidades de capital que compiten internacionalmente, esto implica cambios en las posiciones económicas de poder y, por lo tanto, también políticas. Mientras que esto es cierto durante todo el proceso de acumulación de capital, se acelera en tiempos de guerra y así resulta muy obvio. A pesar de las pérdidas de algunas naciones, las ganancias de otras son lo bastante grandes para iniciar un nuevo periodo de expansión de capital que pronto, en términos de producción mundial, supera los niveles de actividad económica de antes de la guerra.

El proceso general de acumulación de capital, que tuvo lugar en una economía mundial dominada por la Gran Bretaña, trasladó lentamente el eje del poder económico. Mucho antes que estallara la primera guerra mundial, Alemania y los Estados Unidos habían conquistado esta posición de poder remplazando a Inglaterra. Si bien ésta fue una de las razones para la guerra, la guerra misma trasladó el control del poder económico de Europa a Norteamérica. El relativo estancamiento del capital europeo anterior a la primera guerra mundial fue mitigado por la carrera armamentista patrocinada por los gobiernos; mientras que la lenta tasa de expansión de capital de los Estados Unidos se invertía con el inicio de la guerra. Su recuperación de 1915 "fue generada por la demanda de pertrechos de guerra provenientes de los gobiernos europeos". La expansión de la producción "se derivaba en parte de los impuestos y en parte de la venta de valores a intereses individuales y bancarios", de modo que el proceso de recuperación norteamericano

fue generado por una derrama del poder de compra a costa del tesoro del gobierno. No comenzó con una expansión de la demanda ordinaria de consumo o un aumento en la producción de bienes de capital privado.[11]

Aunque el aumento en la producción se puso en movimiento merced a las políticas de gobiernos empeñados en la guerra o que obtenían ventajas de ella, la producción mundial total se elevó a alturas sin precedentes. Para las naciones combatientes de Europa el periodo de posguerra no fue una época de auténtica prosperidad, sino de lento retorno a, e insuficiente aumento de, su nivel de producción de antes de la guerra. Además, esto era a costa de un endeudamiento creciente con los Estados Unidos y una explotación intensificada de los trabajadores, que se manifestaba en un descenso del nivel de vida. Pero los Estados Unidos prosperaron, y en 1929 su riqueza era dos veces y media mayor que en 1914. Medida en producción mundial, la actividad económica había aumentado y el capital se había acumulado. El centro de poder se había trasladado de Europa a Norteamérica. Como los periodos de depresión anteriores, la guerra había puesto en movimiento una nueva expansión de capital y le, había concentrado en la nación capitalista más fuerte. Esto lo ilustran aún más ampliamente las relaciones financieras exteriores de Norteamérica. Mientras que en 1914

los inversionistas norteamericanos poseían valores extranjeros que ascendían a menos de mil millones de dólares, en 1924, estos fondos privados sumaban casi 4 600 millones, o aproximadamente 5.400 millones, si se incluyen los créditos a corto plazo. Además, el gobierno de los Estados Unidos era tenedor de obligaciones de gobiernos extranjeros que sumaban 11.800 millones de dólares. Así, en el espacio de diez años, las obligaciones extranjeras adquiridas por el gobierno y el pueblo de los Estados Unidos representaban un volumen quince veces mayor que el de las que se habían acumulado durante los 130 años anteriores de existencia de esta nación.[12]

Aunque la producción estadounidense crecía y su "riqueza nacional aumentaba, la porción utilizada directamente para el proceso de reproducción de la riqueza seguía disminuyendo".[13] En otras palabras, había un decaimiento en la tasa de acumulación; el porcentaje de capital productivo en relación a la riqueza no productiva se hacía menor en vez de mayor. Éste ya no era el tipo de producción de capital que caracterizó al siglo XIX. La expansión de la producción iniciada por la guerra y proseguida en la paz no era suficiente para conducir a una expansión general de la producción de capital en condiciones de la economía determinada por el mercado. Después de una década de prosperidad limitada, restringida en gran parte a los Estados Unidos, un nuevo colapso del sistema del mercado provocó nuevas intervenciones estatales. Éstas, sin embargo, solamente consiguieron estabilizar las condiciones de la depresión; la plena utilización y la mayor expansión de los recursos productivos tendrían que esperar a la siguiente guerra.[14]

Por sus efectos, la producción bélica no fue realmente una "producción de despilfarro" sino un medio para reanudar el proceso de acumulación. En este sentido, no era solamente un subsidio para los fabricantes de armamentos, sino una condición para la mayor rentabilidad del capitalismo de la posguerra. Ésta es una razón adicional por la que en general, los capitalistas se oponen a las obras de utilidad pública y a los gastos sociales, pero no se oponen a la ampliación de los gastos de "defensa". Aparte de consideraciones ideológicas, la experiencia demuestra que la posibilidad de la guerra es intrínseca a la acumulación de capital y que las guerras tienen que ser ganadas para acelerar el proceso de expansión.

---

[11] H. G. Moulton, *The Formation of Capital.* Washington, 1935, p. 65.

[12] *America's Stake in International Investments.* The Brookings Institution, Washington, 1938, p. 375.

[13] R. R. Doane, *The Measurement of American Wealth.* Nueva York, 1933, p. 16.

[14] Según S. Kuznets, la proporción de inversiones netas respecto del ingreso nacional en los Estados Unidos aumentó hasta el comienzo de este siglo y disminuyó a partir de entonces hasta ser casi inexistente en el periodo 1929-38.

Formación neta de capital en porcentajes del ingreso nacional

(precios de 1929)

Década	*Formación neta de capital*	*Década*	*Formación neta de capital*
1869-78	13.7	1904-13	13.1
1874-83	14.4	1909-18	13.0
1879-88	14.6	1914-23	11.4
1884-93	16.1	1919-28	10.2
1889-98	16.2	1924-33	6.0
1894-03	14.8	1929-38	1.4
1899-08	13.6		

(*National Income-A Summary of Findings.* National Bureau of Economics Research. Nueva York, 1946, p. 53.)

La primera guerra mundial y sus consecuencias requirieron una enorme extensión de los controles gubernamentales sobre la economía en general: el llamado "socialismo de guerra". Después de la guerra, algunos países regresaron rápidamente a lo que se consideraba el estado "normal" de la producción de capital, caracterizado por un mínimo de control gubernamental. Otras naciones no pudieron lograr la "normalidad", pero trasladaron los controles gubernamentales decisivos del tiempo de guerra al de paz con el fin de hacer frente a sus dificultades internas y a la transformada situación mundial. El régimen bolchevique adoptó las condiciones del socialismo de guerra -en una forma más consistente- como modelo en base al cual reconstruir la economía soviética y transformar la producción privada de capital en una producción controlada por el Estado.

Los controles gubernamentales se ampliaron durante la segunda guerra mundial y luego de ésta, en primer lugar para hacer la guerra en forma más eficiente, y luego para mantener la estabilidad social en el mundo de la posguerra. Aunque la segunda guerra mundial, como la primera, elevó la producción mundial a un nivel más alto que el de antes de la guerra, este aumento no era suficiente para sostener más que el auge norteamericano de posguerra. A principios de 1950, el desempleo se convirtió una vez más en un tema dominante. Con la única excepción de la Gran Bretaña, en todas las naciones occidentales y particularmente en los Estados Unidos se revivieron las sugestiones keynesianas anticrisis. La Organización de las Naciones Unidas vio la necesidad de diseñar un "plan-general" para combatir el desempleo mediante acciones de alcance mundial. Pero todas las deliberaciones en este sentido resultaron un fracaso; regresaban siempre a la demanda general de que las "naciones acreedoras", es decir, los Estados Unidos, extendieran nuevos créditos a las naciones deudoras. En 1949, sin embargo, los Estados Unidos se encontraron en una depresión económica que tuvo inmediatas repercusiones en todo el mundo.

> *El descenso de 5 por ciento en el producto nacional estadounidense causó un descenso de 30 por ciento en las importaciones norteamericanas y, durante un tiempo, en el verano de 1949, amenazó con anular todos los progresos hechos en el primer año de ayuda del Plan Marshall*.[15]

La guerra de Corea alteró la situación una vez más. Las condiciones creadas por la segunda guerra mundial y la reanudación de la producción de armamentos para la guerra de Corea no explican todos los aspectos del auge norteamericano de la posguerra. Sin embargo, la depresión que precedió a la guerra de Corea y su terminación mediante la guerra estaban obviamente conectados con la disminución y la reanudación de los gastos gubernamentales. Anteriormente a la guerra de Corea, y a pesar de los 20 mil millones de dólares de la ayuda norteamericana a Europa, los gastos gubernamentales en los Estados Unidos descendieron considerablemente desde la altura que habían alcanzado en la época (le la guerra. Las reservas bancarias de obligaciones del gobierno disminuyeron en 25 mil millones de dólares. Con la inversión de la tendencia "desarmamentista" de posguerra, provocada por la nueva guerra, la actividad económica aumentó no sólo en los Estados Unidos sino en todo el mundo occidental. Pero a pesar de una tasa creciente de los gastos de defensa del gobierno en las sucesivas condiciones de la guerra fría, no había pleno empleo. Sólo en condiciones de guerra verdadera y en gran escala, en las que cerca de la mitad del producto nacional bruto servía a las necesidades de la guerra, había un uso completo de los recursos productivos.

Las condiciones posteriores a la segunda guerra mundial mostraron claramente que la guerra había fracasado en proveer el ímpetu necesario para una acumulación de capital privado determinada por el mercado, en una escala suficiente para permitir la disminución de la demanda inducida por el gobierno. Cualquier disminución en los gastos del gobierno llevaba a una contracción de la actividad económica que sólo podía alterarse mediante la reanudación de los gastos del gobierno. Lo mejor que cabía esperar era una relación estable entre la producción privada y los gastos del gobierno. Pero incluso esto presuponía una tasa definida de crecimiento económico para que la economía siguiera siendo competitiva y para evitar el constante crecimiento del desempleo. En alguna medida ha sido posible estabilizar los gastos del gobierno pero, a la larga, esta misma estabilización depende de una tasa creciente de formación de capital. Sin esa tasa, los gastos del gobierno deben aumentar para compensar una falta de formación de capital fija. "Entre 1947 y 1953", por ejemplo, en los Estados Unidos, "la producción real aumentó 4.6% anual, mientras que el aumento promedio de 1953 a 1963 fue sólo de 2.9% anual".[16] El cuadro siguiente da los porcentajes de distribución de los componentes del producto nacional bruto en las cimas de los ciclos económicos, en dólares, de 1948 a 1963.[17]

[15] *The Economist.* Londres, 11 de febrero de 1950.

[16] B. G. Hickman, Investment Demand and U. S. Economic Growth. Washington, 1965, p. 123.

[17] Ibid., p. 135.

Componente	*1948*	*1953*	*1957*	*1960*	*1963*
Compras del gobierno	13.3	22.7	19.5	19.8	21.4
Inversión privada doméstica bruta	16.6	13.8	14.9	14.3	14.1
Consumo personal	68.7	63.7	64.4	65.3	63.8
Exportaciones netas	1.3	0.1	1.1	0.6	0.7
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Mientras que los gobiernos capitalistas tratarán con todos los medios a su disposición de proteger la acumulación privada de capital, la falta de éxito obligará a esos mismos gobiernos a aumentar su propia participación en la economía y con ello a aumentar las dificultades para la expansión privada de capital. En algunos momentos se intentan ambas políticas, o se sugieren; a saber, mejorar las ganancias del capital mediante reducciones en los impuestos, y aumentar simultáneamente los gastos del gobierno mediante el financiamiento del déficit. Pero como el déficit debe ser cubierto por la producción privada, esto no significa otra cosa que dar con una mano lo que se quita con la otra, aunque el proceso se alargue por un gran periodo de tiempo.

Actualmente existe un consenso general de que las condiciones del capitalismo del siglo XX -la acumulación de capital privado relativamente sin impedimentos y determinada por el mercado- no puede ser revivida.

> *Ya no es tema de controversia seria si el gobierno puede representar un papel positivo en ayudar a mantener un alto nivel de actividad económica; lo que se discute actualmente no es la necesidad de controlar los ciclos económicos; sino más bien la naturaleza de la acción gubernamental, su duración y su extensión*.[18]

Particularmente su extensión; porque si el aumento del control gubernamental transformó el *laissez-faire* en economía "mixta", su posterior extensión podría transformar a esta última en alguna otra cosa. Si bien ahora se reconoce que el proceso que condujo a la economía mixta es irreversible, se sostiene que la economía mixta sí es permanente, con el fin de asegurar aquel grado de iniciativa privada y producción de capital privado que aún es posible dentro de ella.

La forma tradicional de producción de capital también fue considerada inalterable en otro tiempo, y sin embargo cambió. Los cambios fueron provocados por intervenciones políticas en el aparentemente autosuficiente mecanismo de mercado. Fueron desde la reforma a la revolución, desde el proteccionismo hasta el imperialismo, y crearon instituciones sociales nuevas y nuevos intereses que afectaron tanto a la dirección como al carácter del desarrollo del capital. Estas nuevas instituciones y los intereses que representan aseguran la irreversibilidad del proceso que las creó. Parece improbable, por ejemplo, que los cambios institucionales provocados por la revolución rusa y la victoria rusa en la segunda guerra mundial puedan dar marcha atrás. Pero tampoco es posible eliminar la usurpación de los controles económicos por los organismos gubernamentales en el capitalismo privado nominal de Occidente. Muy aparte de si sería o no económicamente posible reducir el "sector público" de la economía, los intereses implicados en el "sector público" no abdicarían por su propia voluntad, sino que usarían su poder institucional para perpetuarse. Todo lo más que se puede esperar a este respecto es el intento de detener el crecimiento del "sector público" acelerando la expansión del capital privado.

Nunca ha existido una economía de empresa privada estrictamente capitalista; a la economía de propiedad privada siempre la acompañó un sector público, cuya importancia relativa variaba de acuerdo a las condiciones históricas específicas de las naciones capitalistas en desarrollo. Pero el sector público no era considerado autónomo; se le consideraba un gasto inevitable para asegurar el correcto funcionamiento (le la economía del mercado. Esto era así incluso allí donde el sector público incluía -además del "capital militar"- el sistema de transportes, los servicios públicos y otras industrias especiales. En general, en forma más o menos extensa, el sector público siempre ha contado con una parte de la economía nacional.

Con respecto a las empresas públicas no hay dos países exactamente iguales, aunque la tendencia general hacia un control gubernamental creciente sea visible en todos. Los Estados Unidos eran (y son) el país menos afectado por la nacionalización de industrias. La diferencia entre los Estados Unidos y Europa en este aspecto dio origen a la noción de que

> *pocas economías europeas* -quizá ninguna- *pueden ser llamadas capitalistas en el sentido que se le da a esa palabra en los Estados Unidos y Canadá, donde los elementos no capitalistas representan únicamente un papel secundario*.[19]

[18] A. F. Burns, *The New York Times.* 19 de octubre de 1954.

[19] M. Salvadori, *Europe's Needs and Resources.* Nueva York, 1961, p. 737.

Pero incluso en los Estados Unidos la utilización directa de los recursos humanos y materiales por parte del gobierno ha crecido persistentemente. Entre 1900 y 1949, por ejemplo,

> *mientras que el empleo privado en Estados Unidos se duplicó, el empleo combinado del gobierno estatal y local se cuadruplicó, y el empleo federal aumentó doce veces. Uno de cada 24 trabajadores estaba en alguna nómina del gobierno en 1900; la proporción aumentó a uno de cada quince en 1920, uno de cada once en 1940, uno de cada ocho en 1949. En 1920, uno de cada veinticuatro dólares de los fondos de capital (excluyendo el equipo militar) era propiedad del gobierno; en 1946 la proporción pasó a ser de uno de cada cuatro*.[20]

La tendencia hacia una injerencia del gobierno continúa todavía.

> *Mientras que en 1929 menos de un dólar de cada diez de la producción nacional debía su origen a compras del gobierno, actualmente casi un dólar de cada cinco de todos los bienes y servicios producidos es vendido a alguna rama del gobierno.*[21]

El creciente papel del gobierno en la economía es demasiado obvio para que necesite demostrarse. Es visible no sólo en el empleo directo de trabajo y capital, sino también en el crecimiento de las fuerzas armadas, en las relaciones exteriores financieras, en los compromisos comerciales y de intercambio, en la deuda pública y en el hecho "de que cerca de la mitad de todos los economistas de los Estados Unidos están en la nómina federal".[22]

Mientras que en teoría -independientemente de cuál sea la práctica real- el control gubernamental en los países autoritarios sirve al total de la sociedad y no a una clase en particular, en muchas naciones occidentales, y particularmente en los Estados Unidos, el control gubernamental está subordinado incluso en teoría a las relaciones de propiedad específicas del capitalismo y por lo tanto a los intereses de los grandes negocios. La redistribución del ingreso real que existe en los Estados Unidos es en gran medida un traslado del dinero de los impuestos desde secciones no subsidiadas a secciones subsidiadas de la economía; los impuestos y el financiamiento del déficit, esto es, los impuestos diferidos, "se han convertido en un vehículo para asegurar la potencia económica de la empresa privada".[23] En esta forma, la economía está codeterminada por el gobierno y los grandes negocios a tal grado que, para todos los fines prácticos, el gobierno es los grandes negocios y los grandes negocios son el gobierno.

La concentración de capital ha sido muy propiciada por los subsidios del gobierno que favorecen a los grandes productores que proporcionan la mayor parte de la demanda creada por el gobierno.

> *En 1962 un poco menos de tres cuartas partes de todos los contratos básicos fueron concedidos a 100 grandes corporaciones. Los negocios pequeños, que se definen como los que tienen menos de 500 empleados, recibieron algo menos de un quinto de todos los contratos básicos concedidos. Incluso cuando se deja un margen y los negocios pequeños reciben un número sustancial de subcontratos, la extensión en la que el trabajo para la defensa está concentrado en las grandes organizaciones es considerable*.[24]

En las nuevas esferas de producción que se abren, las empresas a menudo se inician con dinero del gobierno y se mantienen con contratos gubernamentales continuos y otras formas de ayuda.

El capital norteamericano ha alcanzado tal grado de concentración que la existencia de toda la economía depende de la preservación y el crecimiento de sus grandes corporaciones. Una falla económica de este capital altamente concentrado, que emplea a la gran masa de la población trabajadora, sería nada menos que un desastre nacional. Su poder es enorme; pero si este poder fuera menor, o estuviera en peligro, tendría que ser apuntalado por el gobierno para evitar el colapso económico. El dinero de los impuestos se vierte en la industria privada mediante los contratos del gobierno y la empresa privada se convierte "en su fase más significativa -la fase de formación de capital- en una empresa financiada por el gobierno".[25] Se ha estimado, por ejemplo, que

> *el dinero de los impuestos vertido anualmente desde el final de la segunda guerra mundial en la industria privada, o sea, los contratos de defensa, es casi igual al volumen de la formación neta de capital en toda la industria de los Estados Unidos, representada en la tasa anual de expansión industrial de los Estados Unidos*.[26]

Naturalmente, los gobiernos no pueden subsidiar nada; solamente pueden hacer que una parte de la economía subsidie a la otra, que las ganancias socialmente disponibles sean distribuidas de tal manera que permitan funcionar a la sociedad que prevalece. En cierta forma siempre ha sido así, mediante la competencia como mediante la monopolización. Pero lo que antes ocurría "automática-

---

[20] A. F. Burns, *The Frontiers of Economic Knowledge.* Princeton, 1954, p. 40.

[21] R. L. Heilbroner, *The Making of Economic Society.* Englewood Cliffs, 1962, p. 175.

[22] *The New York Times.* 25 de febrero de 1953.

[23] P. K. Crosser, *State Capitalism in the Economy of the United States.* Nueva York, 1960, p. 97.

[24] E. Ginzberg, *The Pluralistic Economy.* Nueva York, 1965, p. 151.

[25] P. K. Crosser, *State Capitalism in the United States*, p. 28.

[26] Ibid., p. 27.

mente" por medio del mecanismo del mercado, hoy, en condiciones de estancamiento del capital, es hecho conscientemente mediante la demanda creada por el gobierno, lo que no es sino otra manera de llamar a los subsidios.

Por lo tanto no es sorprendente encontrar a los economistas amontonando la producción determinada por el mercado con la inducida por el gobierno para deducir de esta producción total el estado de la economía, como si la simple cantidad de producción y no su rentabilidad fuera indicativa de la buena o mala salud de la economía nacional. Sin embargo, el producto nacional creciente debe encontrar un límite definido en la disminución relativa conjunta del capital no subsidiado y en el curso posterior de la concentración de capital.

En Europa occidental hay menos reservas en cuanto a la nacionalización de industrias y servicios, aunque existen amplias variaciones entre diferentes países y con respecto a las industrias afectadas. Las industrias principales que están completa o parcialmente bajo control gubernamental son ferrocarriles, carbón, petróleo, servicios públicos y metales. En Austria, las industrias básicas son un monopolio total del gobierno debido a los cambios institucionales traídos por la ocupación rusa que siguió a la segunda guerra mundial. Con la excepción de Suiza, todos los bancos centrales están controlados por el gobierno, y lo mismo sucede con la mayoría de las redes ferroviarias. En algunas naciones, Noruega por ejemplo, una participación sustancial del Estado en las compañías privadas toma el lugar de la franca posesión del gobierno. Pero las industrias nacionalizadas representan un papel esencial en todos los países de Europa occidental. En 1955, por ejemplo,

> las tesorerías públicas de diversas clases en Europa occidental gastaron un estimado de 62 mil millones de dólares (excluyendo gastos de operación y corporaciones poseídas públicamente). Esto representa el 28 por ciento del producto nacional bruto total de Europa occidental, que aquel año se aproximó a los 221 mil millones de dólares.[27]

Una "economía mixta" puede ser una combinación en la que predomina el capital privado, como sucede actualmente en Europa occidental y, en mayor medida, en los Estados Unidos. O puede ser una mezcla en la que predomina la propiedad estatal, como existió en los primeros años del régimen bolchevique en Rusia. La propiedad estatal y la empresa privada pueden coexistir sin entremezclarse una con la otra, como ha sucedido en mayor o menor grado en muchas naciones durante algunos periodos. En este caso, la esfera de operaciones de la producción del capital privado coexiste con la esfera de la producción gubernamental; simplemente opera, por así decirlo, en un mundo económico menor. Donde la producción del gobierno monopoliza ciertas industrias no hay competencia entre la producción privada y la gubernamental. Esto puede afectar a la empresa privada favorable o desfavorablemente, puesto que las políticas de precios del gobierno pueden haber sido proyectadas para proveer un medio para la obtención de impuestos y para sostener una política de subsidios selectivos.

Con un mundo económico menor en el que operar, el capital privado alcanzará sus límites de expansión más pronto. Por tanto, debe tratar de mantener dentro de ciertos límites la extensión de la producción controlada por el gobierno. Los gobiernos, representando los intereses del capital privado, limitarán por sí mismos sus extensiones en la esfera de la producción privada. La elección de políticas monetarias y fiscales y el énfasis en la producción de despilfarro ilustran los esfuerzos de los gobiernos por evitar la nacionalización de las industrias. Cuando ha ocurrido la nacionalización, ha sido principalmente resultado de actividades políticas por parte de movimientos opuestos a la empresa privada o a sus prácticas monopolistas. En Francia, algunas empresas fueron nacionalizadas después de la segunda guerra mundial porque sus dueños habían colaborado con el enemigo. El partido laborista británico, cuando subió al gobierno después de la guerra, nacionalizó las industrias del carbón y del transporte, no tanto porque la nacionalización fuera parte del programa del partido, sino porque estas industrias se encontraban en estado agonizante. Cualquiera que sea la razón para un acto de nacionalización particular, la economía mixta fue concebida no como una transformación parcial de la empresa privada en empresa del gobierno, sino como un programa de pleno empleo realizado mediante la iniciativa gubernamental con el fin de aumentar la producción dentro del sistema de empresa privada. Aparte del grado necesario para cualquier sistema capitalista, la nacionalización de la industria no era un programa keynesiano, sino socialista, que consideraba todas las nacionalizaciones parciales como otros tantos pasos hacia la nacionalización total.

La economía mixta en el sentido keynesiano es considerada como una alternativa a la socialización (o nacionalización), y como la única alternativa. La progresiva nacionalización del capital implica una constante disminución de la empresa privada y esta disminución, a su vez, acelera el proceso de nacionalización. Con la propiedad estatal como forma dominante de la propiedad, la empresa privada desaparecerá lentamente, no sólo mediante la competencia sino también mediante actividades políticas que surgen de la parte de la economía de capitalismo estatal y de las nuevas instituciones conectadas con éste. Para evitar la transformación de la producción del capital privado en capitalismo de Estado, la parte de la economía nacional controlada por el Estado debe ser mantenida en un

[27] J. O. Coppeck, *Europe's Needs and Resources*, p. 404.

mínimo. Es por esta razón que los movimientos sociales que perdieron sus primitivas inclinaciones socialistas, como el partido laborista británico, evitan la nacionalización extensa de la industria aun cuando esto parece posible. El objetivo de nacionalización del partido laborista, por ejemplo, se fijó entre un 20 y un 30 por ciento de toda la industria. Aún no se ha alcanzado ese límite. "El sector nacionalizado de la economía británica", se ha dicho,

> seguirá siendo siempre una minoría respecto al total. La propiedad nacional total de todos los medios de producción y distribución que se propuso tiempo atrás en muchas doctrinas socialistas tempranas no encaja en el moderno concepto socialista tal como existe en la Gran Bretaña.[28]

Como el socialismo ya no es el fin de las "organizaciones socialistas", estas organizaciones no tienen otra elección sino aceptar el concepto keynesiano de la economía mixta como si fuera el suyo propio. La economía mixta aparece ahora como una expresión de la evolución del capitalismo del *laissez-faire* hacia el moderno Estado benefactor, y éste como la realización del moderno concepto de socialismo, esto es, *socialismo basado* en la propiedad privada o, en los crudos términos norteamericanos, "capitalismo del pueblo". En la medida en que para el pleno empleo se considera deseable y necesaria una mayor igualdad de los ingresos, las manipulaciones monetarias y fiscales se consideran suficientes para lograrlo. El programa depende del carácter del gobierno, y por esta razón es necesario tener un "gobierno socialista" para asegurar el funcionamiento efectivo del "moderno socialismo de propiedad privada".

Como el partido laborista británico, todos los partidos socialistas occidentales han dejado ya de conceder importancia a la propiedad y operación públicas de la industria. Esos partidos, en Alemania occidental, Francia e Italia, han abandonado incluso en sus programas sus exigencias de propiedad pública de los medios de producción. En los países escandinavos se conforman con la asociación existente entre gobierno y empresa privada. Excepto como vacía consigna del partido comunista, la nacionalización no representa ningún papel político en los Países Bajos, Bélgica, Suiza y otros. El problema de la propiedad aparece irrelevante con respecto a las necesidades sociales y económicas que ahora parecen poder resolverse dentro del statu quo de la economía mixta. Por supuesto, esta actitud general está provocada no sólo por el transformado carácter del movimiento obrero, cuya misma existencia está ligada al statu quo, sino también por las condiciones relativamente prósperas debidas a la reconstrucción de las economías europeas devastadas por la guerra.

> *En 1955 Europa occidental estaba gastando 45 mil millones de dólares en inversiones: más de un quinto de su producto bruto total; dos tercios de éste en plantas, maquinaria y equipos. Durante el periodo 1949-1959 la formación de capital fijo aumentó más que el producto nacional. En 1959 el producto nacional bruto estaba 48 por ciento más arriba que el promedio de 1949-1959, y la formación de capital fijo era 69 por ciento más alta*.[29]

Las condiciones para la expansión económica no hacen surgir demandas de nacionalización: la nacionalización es unta respuesta al fracaso, no al éxito, del capitalismo, incluso si este éxito es temporal y parcialmente ilusorio.

Una gran parte de esta inversión fue el resultado de decisiones políticas más que de la iniciativa individual. Los gobiernos se las arreglaban con ahorros institucionales obligatorios, o casi obligatorios, y con la retención de una gran parte de las ganancias colectivas para propósitos de reinversión. Se conseguía la expansión mediante el financiamiento del déficit y

> *con una inflación casi universal a un grado que nunca antes había sido experimentado tan ampliamente en tiempos de paz. Los precios en Europa occidental subieron 66 por ciento entre 1947 y 1957. Esto era una tasa general de aumento de más del 5 por ciento anual, una tasa aproximadamente igual al producto de lar obligaciones del gobierno (antes de impuestos)*.[30]

Estos métodos hacían posibles las inversiones reduciendo el consumo en beneficio de los "ahorros", esto es, de la acumulación de capital. Ayudado por el gobierno, el capital podía ahora desarrollarse como en los viejos tiempos.

Para que esta historia de éxito no nos confunda, debemos señalar que la capitalización forzada de Europa occidental no fue resultado de la aplicación de la "economía moderna". Más bien, la "aplicación" funcionó en esta forma particular gracias a las condiciones en que Europa se encontró después de la guerra. La enorme destrucción del capital, no sólo en términos de valor, sino en términos materiales y físicos, y la obsolescencia de una gran parte del aparato productivo superviviente, permitieron -y exigieron- una rápida formación de capital para evitar el colapso total del sistema de propiedad privada. Tanto el capital como el trabajo aceptaron las demandas del gobierno de no trabajar para un consumo mayor sino para la formación de capital. Y, como en tiempos pasados, el mayor consumo resultó un subproducto de la expansión de capital acelerada.

---

[28] F. Williams, *Socialist Britain*. Nueva York, 1949, p. 91.

[29] J. O. Coppock, *Europe's Needs and Resources*, p. 450.

[30] Ibid., p. 461.

La misma "economía" no dio iguales resultados en los Estados Unidos. Al final de la segunda guerra mundial la capacidad productiva norteamericana excedía la demanda disponible del mercado. Mientras que las economías europeas comenzaban nuevamente a acumular capital a expensas del consumo, una rápida expansión de la economía estadounidense sólo hubiera conducido a un volumen mayor de capacidad sin usar. Ni siquiera la simulación en tiempo de paz de las condiciones de tiempos de guerra mediante los gastos de defensa permitieron el pleno uso de los recursos productivos norteamericanos. Mientras que los gobiernos europeos aplicaban políticas monetarias y fiscales para ampliar la acumulación de capital productivo, los Estados Unidos usaron estas políticas para subsidiar la producción de despilfarro. Una prosperidad capitalista real depende de una tasa acelerada de formación de capital, porque solamente esa tasa es la que crea una demanda general del mercado lo bastante grande para emplear los recursos productivos. "Una revisión de los principales componentes de la demanda total sugiere fuertemente que la pereza de las inversiones fijas de los negocios estaba en el centro de la falta de demanda después de 1957."[31] Esta pereza refleja una baja tasa de ganancia en relación a la reserva de capital fijo y de inventarios.

> *La tasa de ganancia en los Estados Unidos disminuyó constantemente en la década de 1950. No había ni siquiera una tendencia ascendente en el nivel absoluto de ganancias a pesar de una inversión acumulativa en las manufacturas de cerca de 125 mil millones de dólares en esta década*.[32]

Como contraste, en Alemania, "el nivel absoluto de ganancia subió en 1960 a cerca de tres veces y media más que el nivel de 1950"; y el retorno del capital durante el mismo periodo "tuvo un promedio en Alemania de cerca de 28 por ciento y en los Estados Unidos de cerca de 18 por ciento".[33]

Las intervenciones gubernamentales en la economía norteamericana no rompieron el relativo estancamiento de la formación de capital. Desesperado, un simposio de veinte economistas norteamericanos prominentes pidió "un nuevo Keynes".[34] Las categorías keynesianas estándar fueron reconocidas entonces como "inadecuadas para diagnosticar las tendencias de la economía desde mediados de los años cincuenta. Lo que se necesita es un acercamiento metakeynesiano.[35] Con la demanda de capital negociable en una relativa disminución a largo plazo, el problema ya no consistía, se dijo, en saber

> *si la política fiscal puede superar una falla temporal en la demanda, sino cómo podemos reestructurar nuestra economía para poder descubrir nuevas fuentes de demanda* permanentes.[36]

Aunque la respuesta a esta cuestión debería ser obvia, con dos tercios de la población mundial muriéndose de hambre, y con la urgente necesidad de los países subdesarrollados de toda clase de medios de producción para superar su miserable situación, lo "obvio" no es una respuesta, ni siquiera para aliviar la miseria en las naciones subdesarrolladas donde decenas de millones de personas no pueden satisfacer ni siquiera sus necesidades más inmediatas. La prosperidad que ha habido, ha sido principalmente consecuencia de la guerra fría, que

> *no ha demostrado que los recesos puedan evitarse excepto mediante gastos armamentistas, y como para justificar los armamentos es necesario mantener la tensión internacional, resulta que el remedio es mucho peor que la enfermedad*.[37]

---

[31] B. G. Hickman, *Investment Demand and U. S. Economic Growth*, p. 9.

[32] A. Maddison, *Economic Growth in the West.* Nueva York, 1964, p. 54.

[33] Ibid.

[34] *The New Republic.* 20 de octubre de 1962.

[35] B. Caplan and H. Malmgreen "More than Keynes". *The New Republic,* 1 de diciembre de 1962.

[36] Ibid.

[37] J. Robinson, *Latter Day Capitalism.* New Left Review, Londres, julio-agosto de 1962, p. 43.

Capítulo XIV
La economía mixta

Las predicciones de Marx acerca de la declinación y eventual desaparición del capitalismo de *laissez-faire* se han visto indiscutiblemente confirmadas por el curso de los acontecimientos. El predominio de la "economía mixta" equivale a admitir que el capitalismo caería en la depresión si no fuera por la expansión del sector de la economía controlado por el gobierno. ¿Qué implica esta intervención del gobierno por lo que respecta a la economía de la empresa privada?

Sin duda, la intervención estatal aumenta la producción y así amplía el aparato productivo. Pero si la finalidad de tal intervención es la estabilización de la economía de mercado, la producción inducida por el gobierno no debe ser competitiva. Si el gobierno comprara bienes de consumo y bienes durables con objeto de regalarlos, reduciría la demanda del mercado privado de estas mercancías. Si las empresas estatales produjeran tales mercancías y las ofrecieran a la venta, aumentarían las dificultades de sus competidores privados al reducirse la parte del mercado que les correspondía hasta entonces. Las compras del gobierno deben caer fuera del sistema del mercado; la producción inducida debe ser suplementaria a la producción del mercado. Por lo tanto, el gobierno debe interesarse principalmente por los bienes y servicios que no tienen lugar en el mercado, o sea, por las obras públicas y los gastos de todo tipo.

Naturalmente, la división entre producción pública y privada no es absoluta. Las exigencias políticas inducen a los gobiernos a entrar en la esfera de la producción privada, por ejemplo, subsidiando ciertas mercancías y comprando excedentes de productos para utilizarlos en proyectos de ayuda doméstica y exterior. Existe cierta interpenetración entre las actividades económicas privadas y las públicas en diversas ramas de la producción, así como en materia de mercadeo y de financiamiento. Generalmente, sin embargo, se puede hablar de la división de la economía entre un sector privado sometido a consideraciones de la rentabilidad y un sector público menor y no basado en la búsqueda de la ganancia. El sector privado debe realizar sus ganancias mediante las transacciones del mercado. El sector público opera independientemente del mercado; si bien su existencia y sus actividades afectan a las relaciones de mercado del sector privado.

El gobierno aumenta la "demanda efectiva" por medio de compras a la industria privada, financiadas bien con el dinero de los impuestos o con préstamos del mercado de capital. En la medida en que financia sus gastos con dinero de los impuestos, simplemente transfiere el dinero obtenido en el sector privado al sector público, lo que puede cambiar el carácter de la producción pero sin aumentarla necesariamente, mientras que los empréstitos gubernamentales y el déficit presupuestal sí tendrán ese efecto. El capital existe en forma "líquida", esto es, como dinero, o en forma fija, esto es, como medios y materiales de producción. El dinero tomado en préstamo por el gobierno pone a trabajar los recursos productivos. Estos recursos son de propiedad privada y, para funcionar como *capital,* deben ser reproducidos y aumentados. Los cargos por depreciación y las ganancias obtenidas en el curso de la producción contratada por el gobierno -no siendo realizables en el mercado- se "realizan" con el dinero tomado en préstamo por el gobierno. Pero también este dinero es de propiedad privada, prestado al gobierno a cierto tipo de interés. Mientras que de esta forma se aumenta la producción, su costo crece como deuda del gobierno.

Para pagar sus deudas y los intereses consiguientes, el gobierno tiene que usar dinero de los impuestos, o solicitar nuevos préstamos. En otras palabras, los productos que el gobierno "compra" no son comprados realmente, sino dados gratis al gobierno; pues el gobierno no tiene nada que dar a cambio salvo su buen crédito, el que, a su vez, no tiene otra base que el poder impositivo del gobierno y su habilidad para aumentar la oferta de dinero. Sin embargo, la expansión crediticia se realiza, y como quiera que aparezca en el curso de una expansión de la producción inducida por el gobierno, hay una cosa clara: que la deuda nacional, y sus intereses, puede ser pagada solamente mediante una reducción del ingreso actual y futuro generado en el sector privado de la economía. Aunque los contratos del gobierno ponen en funcionamiento capacidades productivas inactivas, las "ganancias" efectuadas y el "capital acumulado" de esta manera, son simples datos asentados en los libros referentes a la deuda nacional. No son nuevos medios de producción verdaderamente *generadores de ganancias,* aun allí donde el aparato productivo físico haya crecido con el aumento de la producción. Un aumento relativamente más rápido en la producción inducida por el gobierno que en la producción social total, implica la relativa disminución de la formación de capital privado. Esta disminución es cubierta por el aumento en la producción a cuenta del gobierno, cuyas "ganancias" toman la forma de derechos ante el gobierno. En los Estados Unidos, por ejemplo,

> *el sector no lucrativo se amplió con relativa rapidez en los años treinta en respuesta a los múltiples problemas creados por la Gran Depresión y muy rápidamente en la primera mitad de los años cuarenta en respuesta a las demandas de la guerra. Mientras que los últimos años de la década de los cuarenta presenciaron una dinámica expansión del sector lucrativo, al final de la década el sector no lucrativo había crecido en ese periodo de diez años relativamente más que el sector lucrativo. En los años cincuenta se repitió lo mismo: el sector no lucrativo creció mucho más rápidamente que el sector*

> *lucrativo* [...] *Está claro que desde 1929 el sector no lucrativo ha crecido con una rapidez relativamente mayor que el sector lucrativo en términos de la mano de obra empleada directamente y del ingreso nacional producido*.[1]

Los derechos ante el gobierno que constituyen la deuda pública pueden ser repudiados, naturalmente; en este caso, las "ganancias" logradas mediante la producción inducida por el gobierno se revelan tal como son realmente, o sea, imaginarias. Aunque quizá esto llegue a ser inevitable algún día, los gobiernos, que representan al capital privado, retrasarán lo más posible la llegada de ese día; particularmente porque el repudio de las deudas no garantiza por sí mismo la reanudación de una acumulación de capital provechosa. Mientras tanto, hay una lenta pero constante depreciación de los ingresos y las deudas debido a la inflación, un proceso necesario en conexión con la expansión de la producción inducida por el gobierno mediante el financiamiento por déficit.

A pesar de la larga duración de condiciones bastante "prósperas" en los países industrialmente avanzados, no hay base para suponer que la producción de capital haya superado sus contradicciones internas mediante las intervenciones estatales en la economía. Las intervenciones mismas señalan la persistencia de la crisis de la producción de capital, y el crecimiento de la producción inducida por el gobierno es una señal indudable de la ininterrumpida decadencia de la economía de empresa privada. Interrumpir esta decadencia significaría detener la amplia expansión de la producción inducida por el gobierno y restablecer los poderes autoexpansivos de la producción de capital; en pocas palabras, implica una inversión de la tendencia general de la evolución del capitalismo en el siglo XX. Como esto es muy improbable el Estado se verá forzado a extender su intervención económica en el sector privado de la economía, amenazando así con convertirse él trismo en el vehículo para la destrucción de la economía del mercado. Allí donde el gobierno representa al capital privado, hará esto sólo con grandes titubeos y contra una creciente oposición por parte del capital privado. Estos titubeos pueden ser suficientes para cambiar las condiciones de una aparente "prosperidad" en condiciones de crisis gubernamentales tal como aparece en la ideología del *laissez-faire,* pero el actual conflicto objetivo entre el gobierno y los negocios tiene un carácter diferente a causa del crecimiento relativamente más rápido de la producción inducida por el gobierno en el curso de la expansión general del capital. Los cambios cuantitativos señalan un cambio cualitativo indeseado pero inevitable, porque el creciente control estatal de la economía pronostica el fin de la empresa privada. Esta oposición objetiva entre control estatal y capital privado está todavía velada y aparece como cooperación subjetiva de los negocios y el gobierno en la economía nominalmente determinada por el mercado. La "cooperación" solamente es posible porque aún subordina las políticas del gobierno a las necesidades específicas de los grandes negocios. Pero las necesidades específicas de los grandes negocios contradicen las necesidades generales de la sociedad, y los conflictos sociales que surjan por ello se convertirán en conflictos acerca del papel del gobierno en los asuntos económicos, esto es, se convertirán en luchas políticas por el control del gobierno con objeto de restringir o ampliar sus intervenciones en la economía.

Aunque el papel económico del gobierno parece dividir al total de la economía en un "sector público" y un "sector privado", naturalmente que en realidad no hay más que una sola economía, en la que interviene el gobierno; puesto que no es la propiedad gubernamental, sino el control gubernamental, lo que caracteriza a la economía mixta. Además de esto, la propiedad gubernamental, que coexistía ya con el capitalismo de *laissez-faire,* cubre hoy un dominio extenso y creciente. Pero independientemente de cuan autosuficientes, autoliquidables e incluso rentables sean algunas empresas del gobierno, los gobiernos siguen requiriendo que haya una porción cada vez mayor de riqueza producida en el sector privado.

El carácter "mixto" del capitalismo actual, por lo tanto, es sólo una apariencia, debida al hecho de que la producción inducida, por el gobierno estimula a la economía globalmente. Es obvio que las obras públicas y la producción de despilfarro emplean maquinaria, materiales y mano de obra. La producción general aumenta a medida que la iniciativa del gobierno crea mercados adicionales para todos los capitales ocupados en producir bienes que entran en la producción inducida por el gobierno, incluyendo los bienes de consumo de los trabajadores empleados en ella. Sin embargo, el *producto final* de la producción inducida por el gobierno, resultante de una larga cadena de procesos de producción intermediarios, no tiene la forma de una *mercancía* que pueda ser vendida rentablemente. Todo lo que haya entrado en su producción representa su costo de producción y no puede ser recuperado en el precio de venta, porque no hay compradores de obras públicas ni de producción de despilfarro.

No obstante, la economía dual, con sus sectores público y privado, aparecerá como una economía "mixta" que beneficia tanto al capital privado como a la sociedad en general. Aunque cada sector obedece a reglas propias, uno de los cuales es lucrativo y el otro no, están sin embargo inseparablemente ligados tanto en la producción como en el proceso de mercadeo reales. Para todos los efectos *prácticos,* por lo tanto, la economía es una economía "mixta", por más que la producción

[1] E. Ginzberg, *The Pluralistic Economy*, p. 195.

inducida por el gobierno no pueda añadir sino sustraer de las ganancias totales de la producción social total.

En el capitalismo de *laissez-faire* el carácter social de los diversos procesos de trabajo individual se mostraba sólo a medias e indirectamente en las fluctuaciones de la oferta y la demanda del mercado. El crecimiento del sistema bancario y crediticio, así como el crecimiento de la sociedad por acciones, reflejaron en forma igualmente indirecta un aumento en la "desprivatización" del capital. Sin embargo, esto hizo posible una expansión de la producción que superó los límites de las empresas de propiedad privada dispersas, y más allá de los límites que el mecanismo del mercado marcaba a la expansión de las entidades de capital particular. El sistema moderno de financiamiento, entre otras cosas, ha centralizado el control del capital de modo que la necesidad de ganancias inmediatas pueda ser dominada en favor de políticas que prevén ganancias futuras mayores. Incluso aquí, por supuesto, las ganancias deben finalmente aparecer. Entonces se "miden" según el capital invertido: si no se realizan sus expectativas de ganancia, la inversión se juzga "improductiva", aunque haya creado un nuevo aparato productivo.

Lo que se llama formación de capital es esta expansión "anticipadora" de la producción. La decreciente tasa de formación de capital fue lo que indujo a Keynes y los keynesianos a recomendar intervenciones gubernamentales: el gobierno debe entrar en escena tan pronto como el capital privado pone en peligro el presente al descuidar el futuro. Puesto que el gobierno no tenía según Keynes obligaciones para con grupos capitalistas específicos, de los que se esperaba que rindieran las ganancias habituales, podría dirigir una producción a la que nada limitara sino los recursos productivos existentes. Haciendo esto, cumpliría solamente una misión a la que el capital privado había renunciado; no interferiría realmente en los intereses privados cuyas limitaciones ya había demostrado la disminución de la tasa de inversión.

El empleo se puede aumentar cuando el gobierno desembolsa más dinero por sus gastos del que recibe mediante los impuestos. Esto es financiamiento por déficit o la expansión de la producción por medio de créditos. El equilibrio presupuestal, se dice, no es realmente necesario. En épocas de depresión, el gobierno debe funcionar con un déficit presupuestal y en épocas de prosperidad debe buscar un superávit obteniendo más dinero del sistema mediante los impuestos, destinado a liquidar la deuda del gobierno. De esta forma habría un equilibrio presupuestal, pero estaría extendido a un periodo de tiempo más largo. Mientras tanto, el ciclo económico se amortiguaría; ni la deflación ni la inflación resultarían excesivas, y las depresiones normales podrían ser detenidas a expensas de las prosperidades futuras. En vez de las violentas fluctuaciones del ciclo económico, habría un crecimiento económico continuo y equilibrado.

Este argumento olvida el hecho de que sólo una formación acelerada de capital crea las condiciones que se designan con el nombre de prosperidad, y que estas condiciones requieren -como condición previa- severas depresiones que provoquen una gran destrucción de valores-capital. El mismo Keynes previó un estado estacionario de la producción de capital en el capitalismo "maduro", en el que no habría ni depresión ni prosperidad en el sentido tradicional sino un continuo "cuasi-auge" creado por el gobierno con una tasa decreciente de formación de capital. La mayoría de sus discípulos, sin embargo, niegan las tendencias estacionarias de la producción de capital. Pero sugieren que la tasa de acumulación de capital no debe ser "maximizada" sino "optimizada", esto es, mantenida dentro de los límites más compatibles con la estabilidad económica y social. A pesar de la teoría, sin embargo, las experiencias de financiamiento por déficit han mostrado que la intervención en el curso de la depresión impide el regreso a un estado de prosperidad capitalista suficiente para producir un superávit presupuestal. De esa manera no ha habido alternación entre déficits y superávits, sino simplemente una acumulación de la deuda nacional.

La deuda pública según señaló Marx,

> *tiene que ser respaldada por los ingresos del Estado, que han de cubrir los intereses y demás pagos anuales. El sistema de los empréstitos públicos tenía que tener forzosamente su complemento en el moderno sistema tributario. Los empréstitos permiten a los gobiernos hacer frente a gastos extraordinarios sin que el contribuyente se dé cuenta de momento, pero provocan, a la larga, un recargo en los tributos. A su vez, el recargo de impuestos que trae consigo la acumulación de las deudas contraídas sucesivamente obliga al gobierno a emitir nuevos empréstitos, en cuanto se presentan nuevos gastos extraordinarios. El sistema fiscal moderno, que gira todo él en torno a los impuestos sobre los artículos de primera necesidad (y por lo tanto a su encarecimiento) lleva en sí mismo, como se ve, el resorte propulsor de su progresión automática*.[2]

En condiciones de una acumulación privada de capital incrementada, sin embargo, el financiamiento por déficit de las actividades del gobierno puede "beneficiar" a la "economía nacional". Éste sería el caso si las actividades en cuestión sirvieran para crear o mejorar las condiciones de la expansión y extensión del capital privado nacional. Los extraordinarios gastos contraídos por el gobierno debido a préstamos internacionales, colonización o guerra ejemplifican

[2] K. Marx, *El Capital,* ed. *cit*., t. I, p. 643.

esta situación, ya que están consagrados a empresas ajenas al terreno propio de la producción privada de capital pero para su beneficio en última instancia.

El capital objetará el financiamiento por déficit por parte del gobierno si éste viola el principio de rentabilidad en favor de una mayor producción nacional que no sirva a las necesidades específicas del capital. Por supuesto, los keynesianos alegan que el "test de rentabilidad", decisivo en el caso de las inversiones privadas, no resulta adecuado cuando se aplica a las inversiones públicas. "Una inversión puede ser altamente remunerativa desde el punto de vista social", se dice, "aun cuando su beneficio directo sea nulo; si, a consecuencia de la inversión, aumenta el ingreso real de la comunidad".[3] Además, se supone que

> *siempre que el gobierno gasta dinero, se crea un ingreso para los productores de lo que se compra. El ingreso así creado resulta en más gasto por parte de quienes lo han recibido y éste a su vez crea un ingreso extra para otros más de manera que el ingreso total resulta aumentado en muchas veces el aumento del gasto inicial. Los doscientos noventa mil millones de dólares de los gastos del gobierno* [*de los Estados Unidos*] *-que fueron financiados mediante empréstitos que hicieron crecer la deuda nacional hasta su tamaño actual- ha resultado en una contribución de muchas veces esa cantidad a nuestro ingreso total nacional de hoy día: quizá mil millones de dólares*.[4]

Esta es la noción, ya mencionada, del "multiplicador", es decir, la idea de que un ingreso aumentado resultante de los gastos del gobierno tendrá subsecuentes efectos en el ingreso, que representarán una suma mayor que la del gasto original. Las múltiples repercusiones de las inversiones resultan del hecho de que el empleo así proporcionado aumentará el ingreso y como consecuencia el consumo. Los proveedores de bienes de consumo reciben también en esta forma un ingreso adicional, con el que pueden aumentar su propio consumo; y sus proveedores, a su vez, pueden repetir el procedimiento. De este modo, el gasto inicial desata una reacción en cadena. Sin embargo, la gente no gastará todos sus ingresos en consumo. Supuestamente, lo que gastan está determinado por la "propensión al consumo" que prevalezca. Si ésta es baja, o sea, si una parte relativamente pequeña del nuevo ingreso es gastada en consumo, la relación entre cambios en el ingreso y cambios en la inversión, es decir el multiplicador, también será baja; y si la propensión al consumo es alta, el multiplicador también será alto. En otras palabras, cuanto menor sea el ahorro adicional producido por el ingreso adicional, mayor será el multiplicador.

El efecto creador de ingreso de las inversiones disminuye progresivamente, se dice, a causa de que su poder generador de ingreso "se derrama" a través de los impuestos, el ahorro y el comercio exterior. Con una propensión al consumo baja -lo que según la teoría económica actual es característico de una economía de mercado altamente desarrollada- el efecto creador de ingreso de las nuevas inversiones es pequeño, de modo que se requiere gasto adicional. Se espera que el gasto gubernamental anime a los empresarios a mantener, o aumentar, su propia inversión. El gasto del gobierno creará así un ingreso adicional por medio del consumo así como por medio de las inversiones privadas, y el déficit presupuestal, que hizo posible el gasto, da como resultado no solamente un ingreso nacional más elevado sino también una capacidad productiva mayor. Aunque el ingreso creado mediante el gasto deficitario resulta compensado por el aumento de la deuda pública, se supone que nuevos ahorros, resultantes del ingreso aumentado, compensarán a su vez la deuda pública. En otras palabras, se sostiene que el gasto deficitario puede ser financiado con los ahorros que él mismo ha engendrado.

Al sugerir que la suma total de subsecuentes aumentos en el ingreso es mayor que la suma total del gasto deficitario, el concepto del multiplicador crea la ilusión (por analogía con la velocidad del dinero) de que cualquier cantidad dada de ingreso adicional puede multiplicarse simplemente al trasladarse de un grupo de ingreso a otro. En realidad, por supuesto, esto no es así, del mismo modo que el cambio en la velocidad del dinero no implica un cambio en su cantidad o en la cantidad de mercancías en circulación. Una misma cantidad de dinero solamente sirve para realizar más transacciones comerciales de la forma mercancía a la forma dinero y viceversa.

La nueva inversión inducida por el gobierno no cae del cielo sino que representa valores-mercancías en forma de dinero que se cambian por otras mercancías. Si un gobierno gasta mil millones de dólares, esta suma ha sido o bien recaudada de los impuestos o tomada en préstamo del mercado de capital. En cualquiera de estos dos casos, esta suma representa el equivalente de valores-mercancías previamente producidos. En el supuesto poco realista de que estos mil millones de dólares fueran gastados en el consumo, estos bienes de consumo ya deben existir o deben ser producidos para hacer posible la transacción. Sus dueños, o productores, los darán a cambio de los mil millones de dólares. Si ellos a su vez gastan estos mil millones en bienes de consumo, simplemente gastan lo que ya poseían bajo otra forma y que cambiaron por los mil millones de dólares del gasto inicial. Esto mismo es cierto para todas las siguientes transacciones de cambio. En cada caso, las mercancías ya existían antes o deben primero ser producidas para hacer posible la transacción. No hay

[3] W. H. Beveridge, *Full Employment in a Free Society*, p. 401.

[4] A. P. Lerner, *Everybody's Business.* Nueva York, 1964, p. 112.

multiplicación del ingreso mediante el gasto inicial en sí mismo, aunque puede haber producción de nuevo ingreso; y es solamente en tanto que el gasto original lleva a un aumento en la producción que aquél puede aumentar el ingreso.

Todas las inversiones, tanto de carácter privado como público, aumentarán el ingreso nacional según aumentan la producción nacional. El capital, sin embargo, no puede acumularse más que si la producción es rentable: si ésta se incrementa sin que aumenten las ganancias, el capital seguirá siendo el mismo. Puesto que no depende de la rentabilidad, la producción inducida por el gobierno puede aumentar la producción social total; pero no puede aumentar el capital total. Parece posible, sin embargo, que el simple aumento o mantenimiento de un nivel dado de producción independientemente de la rentabilidad pueda detener un descenso de la actividad económica, y pueda incluso actuar como instrumento para invertir la tendencia. Aunque el financiamiento por déficit de la producción no lucrativa aumenta solamente la actividad económica del capital total, afecta la rentabilidad de aquellos capitales individuales que comparten la producción inducida por el gobierno, y permite la acumulación de títulos portadores de interés respaldados por el gobierno. Esto puede crear un clima económico más favorable para que se reanude la inversión de capitales privados. Y como toda depresión suscita naturalmente esfuerzos para restablecer las condiciones de una nueva prosperidad, la combinación de los esfuerzos gubernamentales y privados para cambiar una tendencia descendente puede triunfar realmente. (De hecho el gasto deficitario fue originalmente concebido como una política antidepresión temporal y limitada para aliviar la miseria social y detener el receso económico, concebido a su vez como un acontecimiento temporal.) Así como el gasto deficitario reduce el desempleo y aumenta la producción, puede, en condiciones especiales, inducir una aceleración de las inversiones privadas. En este caso el ingreso total aumentaría en más de lo que produjo el gasto deficitario, pero esta “multiplicación” se debería directamente a las inversiones rentables adicionales, y no al gasto inicial.

Sin embargo, el gasto deficitario como “regulador” de la actividad económica ha encontrado una aceptación casi general y es ampliamente practicado tanto por convicción como por necesidad. La ambivalencia que persiste respecto del gasto deficitario es provocada por el hecho de que implica un elemento de redistribución del ingreso porque canaliza fondos hacia esferas de la producción no lucrativas. Aunque la falta de inversiones por falta de rentabilidad hubiera mantenido, en primera instancia, estos fondos ociosos, desde un punto de vista capitalista se hace mal uso de ellos cuando se emplean en empresas no lucrativas. Porque el capital funciona como tal solamente en tanto que produce ganancias. Cualquiera que sea la tasa de ganancia, cuanto mayor sea la parte del capital social total ocupado en la producción no lucrativa, menor será la ganancia total del capital total. Aunque sus ganancias no serían mayores de no existir el gasto gubernamental no lucrativo, no pueden ser aumentadas mediante tal gasto. De la producción total aumentada -incluyendo la lucrativa y la no lucrativa- una porción mayor cae ahora, como antes, en la esfera del consumo, y una porción correspondientemente menor puede ser capitalizada como capital adicional generador de ganancias.

El cambio en el volumen de empleo causado por la producción que induce el gobierno disminuye la rentabilidad del capital total en relación a la magnitud de la producción social total. Esta rentabilidad decreciente es la que aparece en la deuda pública creciente, y esta última es la que indica la declinación en la formación de capital privado a pesar y a causa del aumento en la producción. En la teoría burguesa, el producto nacional bruto, o demanda agregada, es igual a la suma de consumo, inversiones y gasto del gobierno. Sin embargo, el gasto deficitario del gobierno no forma parte de la demanda agregada real, sino una política deliberada de producir más allá de ella. Sin duda, los hombres de negocios individuales no están interesados en la naturaleza de la demanda a la que proveen. Para ellos, no hay ninguna diferencia en que la demanda nazca del gobierno o del gasto privado. Igualmente, los financieros no se preocupan si hacen sus préstamos a empresarios privados o al gobierno, siempre que estos préstamos sean seguros y produzcan la tasa de interés deseada. Y para el individuo no hay ninguna diferencia entre ser empleado por el gobierno o por la iniciativa privada, entre producir mercancías para el mercado o para el “consumo público”. En la práctica, no se hace ninguna distinción entre los sectores privado y público de la economía, y en ambos, todas las transacciones son transacciones en dinero, lo que oscurece sus implicaciones sociales subyacentes. Desde el punto de vista individual, la producción inducida por el gobierno puede ser tan lucrativa e importante como la producción para el mercado; y la acumulación de la deuda pública se confunde en una acumulación de títulos privados respaldados por el gobierno equivalente a la acumulación de dinero y de capital.

El gasto deficitario significa gastar el dinero derivado de la venta de bonos del gobierno. Tal como el consumo en general, el “consumo público” no añade nada a la formación de capital. Sin embargo, aumenta la deuda pública. Los costos de la deuda, esto es, los intereses pagados a los poseedores de bonos, deben salir de las ganancias del relativamente decreciente sector privado de la economía. El pago de intereses transfiere una porción de las ganancias del capital productivo al prestado. Pero mientras que en la producción de capital privado los intereses son siempre una parte de la ganancia realizada, el interés pagado a los poseedores de bonos del gobierno no tiene esa contraparte de

ganancia, puesto que este interés es pagado de un capital que no produce ganancias. La creciente deuda pública y su carga de intereses no pueden relacionarse con el ingreso total tal como está determinado por la producción pública y privada unidas, sino sólo a aquella parte del total que no ha sido inyectada en la economía mediante el financiamiento del déficit. La parte que ha sido inyectada queda fuera de la economía como sistema productor de ganancias. Produce ingreso pero, no siendo rentable, no produce ingreso sujeto a impuestos y, por esa razón, no puede ser considerado como factor compensador respecto de la deuda pública.

¿Qué es lo que realmente hace el gobierno combinando el trabajo y el capital ociosos para la producción de bienes no comercializables? Los impuestos son parte del ingreso realizado mediante transacciones en el mercado; si se toman del capital reducen sus ganancias, independientemente de que estas ganancias hubieran sido consumidas o reinvertidas en capital adicional. Si no, el capital ocioso en su forma de dinero existiría como un atesoramiento privado. Como tal, no puede funcionar como capital; pero tampoco puede funcionar como capital cuando es tomado por el gobierno para financiar la producción no lucrativa de obras públicas y de despilfarro del gobierno. En vez de un atesoramiento de dinero, inútil desde un punto de vista capitalista, hay una producción de bienes y servicios igualmente inútil desde ese punto de vista. No obstante, hay una diferencia: mientras que de no existir los impuestos los capitalistas estarían en posesión de una masa de dinero atesorado, con los impuestos para propósitos de gasto público el capital es realmente “expropiado” de lo que habría podido atesorar sin ellos.

Cuando son usados para propósitos gubernamentales, los impuestos tomados del capital regresan a los capitalistas en forma de contratos del gobierno. La producción resultante de esos contratos es pagada por los capitalistas mediante sus impuestos. Al recobrar su dinero gracias a los contratos del gobierno, los capitalistas proveen al gobierno con una cantidad equivalente de productos. Esta cantidad de productos es la que el gobierno “expropia” al capital. El volumen de esta cantidad determina el grado en que la producción ha dejado de ser producción de capital, y el crecimiento de la producción por medio de los impuestos indica la declinación del sistema capitalista como un sistema de empresa privada determinado por la ganancia. Este tipo de producción no solamente no es lucrativo, sino que resulta posible sólo mediante aquella parte de la producción social total que es todavía lo suficientemente lucrativa para producir impuestos bastante altos para extender la producción del gobierno mediante los impuestos. Con la disminución de la rentabilidad se hace cada vez más difícil extender la producción en esta forma particular.

Pero el gobierno puede tomar en préstamo fondos adicionales. Estos fondos regresan también a los capitalistas como pagos por la producción contratada por el gobierno. El gasto de la producción inducida por el gobierno se acumula, en parte, como deuda pública. El aumento de la deuda se considera muy inofensivo en tanto que el ingreso nacional aumenta más rápidamente que la deuda. En ese caso, es usual comparar, la creciente deuda pública con el creciente ingreso nacional, para apoyar la aseveración de que el mantenimiento del déficit irá acompañado de un ingreso nacional creciente. Esta aseveración, sin embargo, se apoya en una curiosa forma de calcular porque, para decirlo una vez más, la creciente deuda pública no puede relacionarse con el ingreso nacional total, sino sólo con aquella parte del total que aún no ha sido inyectada en la economía por el gobierno. Solamente calculando un *gasto* como si fuera un *ingreso* es que se crea la ilusión de que la creciente deuda pública es neutralizada por un creciente ingreso nacional.

A no ser que la deuda nacional sea realmente recuperada, mediante un ingreso adicional creado en el sector privado de la economía, esto es, *un ingreso adicional aparte del inyectado en la economía por el gobierno,* el “ingreso' derivado del último procedimiento resulta, por cuanto concierne al capital, un simple gasto del gobierno. La utilización de recursos productivos de propiedad privada para fines no lucrativos es una “expropiación” parcial del capital. El capital “expropiado” ya no podía funcionar por más tiempo para su propio beneficio, pero eso no impide que los capitalistas demanden compensación por el uso que hace el gobierno de *sus* recursos productivos, aun cuando la posibilidad de pagar la deuda del gobierno depende de las futuras ganancias del capital privado. Si estas ganancias no se materializan realmente, la deuda no puede ser pagada y el ingreso nacional de hoy se convierte en la pérdida de mañana.

El sector privado de la economía debe pagar impuestos para las necesidades normales del gobierno y para los costos de la deuda pública. Una parte mayor de sus ganancias es tomada por los impuestos y una parte correspondientemente menor puede ser capitalizada. El gasto deficitario fue el recurso al que se acudió en primer término a causa de una tasa de crecimiento del capital insuficiente. Si bien los impuestos no pueden aumentar esta tasa, sí pueden aumentar la producción no lucrativa. El aumento de los impuestos se hace posible mediante la creciente productividad, que beneficia ahora a la producción inducida por el gobierno más que a la acumulación privada de capital. En vez de ser capitalizada, una parte creciente de la ganancia social se disipa en gasto adicional del gobierno.

Si no va acompañado de expansiones significativas del capital privado, el aumento en la productividad simplemente aumenta la capacidad para una producción no lucrativa inducida por el

gobierno, esto es, la habilidad del gobierno para recurrir a los impuestos y a los préstamos. ¿Cuánto es lo que el gobierno puede gravar y tomar en préstamo? Obviamente, no el total del ingreso nacional. Sin embargo, los sectores de la economía no lucrativos han crecido constantemente en todas las naciones capitalistas. En los Estados Unidos, por ejemplo, aumentó del 12.5 por ciento del producto nacional bruto en 1929 al 27.3 por ciento en 1963. Si continua esta tendencia, tendrá que llegar un día en que el sector no lucrativo sobrepase al sector lucrativo y por lo tanto ponga en peligro la existencia de este último. Debe haber un límite a la expansión de la parte no lucrativa de la economía. Cuando se alcance este límite, el financiamiento por déficit y la producción inducida por el gobierno, como políticas para contrarrestar las consecuencias sociales de una tasa decreciente de acumulación, debe terminar. La solución keynesiana se revelará entonces como una seudosolución, capaz de posponer pero no de impedir el curso contradictorio de la acumulación del capital, tal como lo predijo Marx.

La producción inducida por el gobierno es limitada así por las limitaciones de la misma producción de ganancia privada. Para cambiar esta situación mediante intervenciones de más largo alcance en la economía se requeriría la existencia de gobiernos deseosos y capaces de destruir el predominio social del capital privado y de asumir el control sobre la economía en su conjunto. Por esta razón es que un crecimiento continuo y rápido de los impuestos y de la deuda pública es algo considerado con cierta aprensión incluso por los partidarios de las políticas fiscales compensatorias. Pero mientras el gasto del gobierno afecta solamente a los recursos productivos ociosos y no a la masa de trabajo y capital que aún pueden emplearse lucrativamente, la producción no lucrativa se considera preferible a la condición de depresión económica que de otra forma existiría. Se supone esperanzadamente que la producción vía financiamiento por déficit presupuestal seguirá siendo siempre una parte secundaria de la producción social total, una ayuda más bien que un impedimento para la expansión continua del capital privado. Pero limitar la producción inducida por el gobierno con el fin de no destruir la estructura del mercado que tiene por misión defender significa, naturalmente, limitar la efectividad de las intervenciones gubernamentales y tarde o temprano, exponer el desarrollo capitalista una vez más a las vicisitudes del ciclo económico y, quizás, a condiciones de crisis permanente.

Como señalamos anteriormente, Keynes esperaba el regreso de las condiciones de preguerra al acabar la segunda guerra mundial; murió antes de que sus propuestas sobre el pleno empleo se convirtieran en políticas del gobierno en el mundo de posguerra. Quizá la forma en que fue puesta en práctica su teoría no hubiera sido de su entero gusto; no obstante, la práctica demostró que incluso en un capitalismo "maduro" la iniciativa del gobierno está en condiciones de aumentar el volumen de empleo. Sin embargo, se han dado breves depresiones (o recesos, como se les llama ahora) desde el final de la guerra, y el estado de pleno empleo ha sido la excepción más que la regla. Esto ha causado mucha aprensión y frecuentes advertencias de que

> *todos los cambios estructurales y las nuevas apariencias en los movimientos de precios y de la producción no deben empujarnos a sacar conclusiones apresuradas acerca de la desaparición del antiguo ciclo* [*económico*].[5]

Según el punto de vista keynesiano, por supuesto, el regreso de las depresiones se debe al fracaso del gobierno en aplicar los remedios keynesianos con suficiente resolución, y particularmente a su descuido en aumentar la propensión al consumo mediante una redistribución planificada del ingreso a favor de las clases más pobres. Constantemente se hacen sugerencias para fortalecer los llamados "estabilizadores automáticos", por ejemplo, las reacciones monetarias y fiscales a los nacientes desequilibrios económicos, que aumentarían la demanda social y el empleo.

La economía keynesiana tiene dos alas, una conservadora y otra radical. Los economistas keynesianos que no cumplen funciones gubernamentales abogan generalmente por un aumento en las obras públicas útiles mediante un mayor gasto del gobierno y un alza general en el nivel de vida hasta que se alcance el pleno empleo, aun cuando esto pueda significar intervenciones gubernamentales en una escala como la que solamente se dio en condiciones de tiempo de guerra. Los economistas keynesianos que están *dentro* del gobierno confiesan generalmente perseguir el mismo fin, pero esperan poderlo obtener mediante medios menos drásticos, es decir, mediante políticas gubernamentales que fortalezcan en vez de debilitar la economía de empresa privada. Los keynesianos "radicales" parecen considerar al gobierno como a una fuerza independiente y neutral, preocupada solamente por el bienestar de la sociedad y poseedora de la habilidad para tomar medidas apropiadas para obtener este fin. En realidad, por supuesto, el gobierno no tiene ninguna intención de alterar las relaciones sociales existentes y, por esta razón, no instituirá el grado de "socialización" necesario para realizar el "radical" sueño keynesiano.

La exigencia de elevar el poder de compra de las clases de bajos ingresos no toma en cuenta el hecho de que el capitalismo "maduro", incluso como economía mixta, sigue siendo un sistema económico productor de ganancias. Si bien es cierto que la capacidad productiva real o potencial de

[5] E. Lundberg, ed., *The Business Cycle in the Post-War World.* Nueva York, 1955, p. xv.

este sistema permite una producción de “abundancia”, con respecto a sus requerimientos de ganancias, sigue siendo una “economía de escasez”. A causa de que en el capitalismo la producción de objetos útiles es simplemente un medio necesario para la producción de ganancias y el aumento del capital, el éxito o el fracaso del sistema no se mide por la abundancia o escasez de mercancías, sino por la tasa de ganancia y la tasa de acumulación.

Los salarios son “costos de producción”. Cualquier aumento de salarios sin un aumento correspondientemente mayor en la productividad del trabajo reducirá la rentabilidad del capital. Los salarios aumentan en el capitalismo, pero sólo en condiciones de rápida formación de capital. La formación de capital representa un exceso de la producción sobre el consumo. Puede conducir, y generalmente conduce, a un aumento en el consumo, pero el consumo no puede por sí mismo conducir a la formación de capital. Cada entidad de capital, grande o pequeña, debe tratar de mantener sus costos de producción al mínimo con objeto de alcanzar el beneficio máximo. Los beneficios extras ganados mediante la monopolización y manipulaciones de los precios aumentan la competencia entre las entidades de capital menos privilegiadas y transfieren las ganancias de las empresas débiles a las fuertes. Aunque un escape parcial de la competencia libera a algunas empresas de la constante y apremiante preocupación de los costos de producción, magnifica esta preocupación para otras empresas. A la larga, por supuesto, la disminución de la rentabilidad resultante para las empresas más competitivas disminuirá también el volumen de ganancia que puede ser transferida a los capitales menos competitivos. En tanto que la competencia prevalece se centrará en los costos de producción y así determinará los salarios al grado de que no puedan ser más altos de lo que resulta compatible con la rentabilidad de una empresa. En la medida en que una mayor rentabilidad se obtiene mediante transferencias de las ganancias vía los mecanismos de mercado y precios, los salarios más altos en algunas empresas se basan en los salarios correspondientemente más bajos de otras. Así como la ganancia social total no puede ser aumentada mediante la distribución “desigual” de las ganancias, así los salarios totales en cualquier tiempo dado siguen siendo lo que son independientemente de cómo puedan ser distribuidos entre diferentes grupos trabajadores.

La determinación gubernamental de los salarios presupone la determinación gubernamental de las ganancias y viceversa; ambas cosas son igualmente imposibles (fuera de los impuestos) en una economía de mercado tanto si ésta es mixta como si no lo es. La exigencia de una propensión al consumo más alta mediante salarios más altos equivale a una petición de acabar con la economía del mercado. Si fuera tomada en serio, requeriría un control centralizado de la economía en su conjunto y una determinación planificada de su producción, consumo y expansión. A falta de esto, la propensión al consumo variará con la habilidad para acumular capital. Es por esta razón que los aumentos de salarios manipulados por el gobierno no figuran entre los diversos “estabilizadores automáticos” de la economía mixta, y que siempre es el salario más bajo el que señala la norma para la legislación gubernamental sobre salarios mínimos.

Cualquier aumento en la propensión al consumo conseguido mediante la redistribución del ingreso en favor de las clases más pobres no dejaría de hacerse patente en las estadísticas de ingresos. Ahora bien, se admite generalmente que en la economía prekeynesiana la distribución del ingreso entre las diferentes clases no cambió a pesar de los salarios crecientes. Sin embargo, se afirma que en la economía keynesiana hay una tendencia hacia una distribución del ingreso que favorezca a las clases más pobres. Esta tendencia estadística está relacionada con lo que se llama *producto real,* que es aquella parte del producto nacional bruto que representa el ingreso realmente disponible para propósitos de consumo y ahorro. En algunos países, el ingreso correspondiente a los capitalistas como un todo ha decrecido relativamente al de los trabajadores como un todo. Como ahora hay relativamente menos capitalistas que antes, debido al proceso de concentración del capital, y consecuentemente hay más trabajadores asalariados, esto no resulta sorprendente; y no lo es, particularmente en condiciones que se aproximan al pleno empleo. Este cambio estadístico del ingreso disponible, del “capital” al “trabajo” como un todo, no dice gran cosa acerca de las relaciones entre ganancias y salarios; menos aún, porque la reducción de la porción del ingreso correspondiente a los capitalistas se debe en cierta medida a sus prácticas de evasión de impuestos. Antes que perder sus dividendos a causa de los pagos de impuestos, los reinvierten como ganancias no distribuidas, esperando recuperar las “pérdidas” actuales del ingreso directamente disponible en tiempos futuros más favorables. Estudios norteamericanos recientes sobre la distribución del ingreso han revelado que, aunque los salarios han aumentado, la distribución del ingreso nacional entre las diferentes clases no ha cambiado. Ha habido cambios en los sectores de altos ingresos, algunos de los cuales indudablemente reflejan la expansión del sector público de la economía a expensas del sector privado. A pesar de estos cambios, sin embargo, y con respecto a la producción social total, tanto privada como pública, la brecha entre la producción y el consumo se está haciendo más ancha, no más estrecha. A causa de que una parte creciente de la producción social es de naturaleza no lucrativa, la declinación de la producción de capital privado aparece como una aparente redistribución del ingreso, sin que por otra parte aumente la propensión al consumo, y menos por medio de salarios más altos.

Las medidas de bienestar social tales como el seguro de desempleo, seguro de vejez y seguro de salud son también acreditadas al espíritu keynesiano que prevalece, por más que muchos de ellos fueron instituidos en la economía de *laissez-faire* prekeynesiana. Estas medidas no tienen nada que ver con ninguna clase de redistribución del ingreso, aun cuando en algunos países hay intereses especiales que todavía las combaten como políticas anticapitalistas. Estas medidas son "sociales" solamente en tanto que son legisladas y, por ello, apoyan la tendencia general hacia un creciente control gubernamental de la vida social. No aumentan el ingreso de los trabajadores; porque los trabajadores pagan mucho más en impuestos y contribuciones a los diversos fondos de bienestar de lo que se gasta con fines de bienestar público. En los Estados Unidos, por ejemplo,

> *los gastos por concepto de asistencia social no han cambiado la naturaleza de desigualdad del ingreso, ni elevado el nivel de vida de las clases de más bajos ingresos por encima de lo que ellas mismas habrían alcanzado si no estuvieran gravadas con el impuesto federal*.[6]

Como el principio de rentabilidad de la empresa privada excluye la distribución del excedente de producción por medio del sistema salarial, este excedente aumenta en forma de producción de despilfarro. La promoción gubernamental de la producción mediante subsidios consiste en forma predominante en gastos de "defensa", "formación de capital militar" y fines no lucrativos tales como la tecnología nuclear y del espacio, que no tienen ninguna aplicación imaginable en otros campos y que no pueden encontrar ninguna explotación comercial directa. Este tipo de producción distrae trabajo, materiales y maquinaria en productos que sirven funciones político-militares. Si estos productos no llegan a utilizarse, no tienen función alguna. Esta producción no puede servir ni para aumentar el capital generador de ganancias ni para el bienestar general, al contrario de otras obras públicas tales como escuelas, parques, carreteras, etc. A causa de que una gran parte de la producción inducida por el gobierno sirve a las pretendidas necesidades "defensivas" de la nación, los militares entran en escena como tercer socio en la codeterminación de los fondos públicos, actuando no solamente en la esfera militar sino también en la industrial. La existencia de un "complejo militar-industrial" tiene como expresión el hecho de que los altos escalones de la industria y los negocios están en su mayor parte ocupados por antiguos militares profesionales. Los intereses de estos últimos, así como los del gobierno y la empresa privada, están todos concentrados en la perpetuación de la prevaleciente estructura general de la economía y en la continuidad de su rentabilidad en el marco de un estancamiento relativo del capital.

[6] G. Kolko, *Riqueza y poder en los Estados Unidos*. Fondo de Cultura Económica, México, 1964, p. 46.

Capítulo XV
Dinero y capital

Los keynesianos ven la economía como una economía monetaria y tienden a olvidar que es una economía *para hacer dinero.* Para ellos, el dinero es un simple instrumento de manipulación para transformar la producción social de insuficiente en suficiente. Un crecimiento excesivo de la masa monetaria por vía de la expansión del crédito y el financiamiento por déficit puede conducir a la inflación, así como la contracción del crédito y de la masa monetaria tienden a ser deflacionarios. Para evitar ambos excesos, debe existir la cantidad "justa" de dinero; y la función del gobierno es lograr esta "cantidad justa". En cierto modo las políticas fiscales son también políticas monetarias, puesto que simplemente distribuyen la "cantidad justa" de dinero en la dirección que mejor conduzca a la estabilidad y al crecimiento económicos. Pero con objeto de entender la dinámica de la economía mixta es necesario entender la relación entre dinero y capital.

Bien entrado el siglo XIX diferentes naciones adoptaron distintos patrones de dinero metálico: plata, oro o ambos a la vez. Originalmente, los metales preciosos se usaban no sólo como medio de cambio sino también como un depósito de riqueza conveniente y relativamente indestructible. Tanto si el oro o la plata eran producidos dentro de las economías que utilizaban el dinero o si eran obtenidos en el exterior por colonizadores y aventureros, la búsqueda de oro en los tiempos precapitalistas era principalmente una búsqueda de dinero. La riqueza de los individuos, así como la riqueza de las naciones, se reconocía en términos de dinero, lo que significaba grandes cantidades de oro y plata. El dinero se amasaba por sí mismo más que para su capitalización en otras formas de riqueza material. El sistema capitalista adaptó este sistema monetario mercantilista a sus propios y diferentes fines.

Como capital, el dinero es al mismo tiempo dinero y más que dinero. Aunque conceptualmente el capital es dinero, la categoría abarca no sólo al oro sino a todas las demás mercancías, porque cualquier mercancía puede ocupar el lugar del dinero expresando su valor como mercancía en un valor monetario. Los poseedores de capital no tratan de amasar una mercancía en particular -*oro* en este caso- sino de acumular los valores monetarios de sus capitales, que pueden adoptar cualquier apariencia física. Amasar dinero, incluso en la forma de oro, no les produciría nada más que el montón de dinero atesorado. El dinero produce valor adicional solamente cuando se aplica a una empresa productiva. La acumulación capitalista de dinero presupone la acumulación de capital, aun cuando la acumulación de capital requiere una acumulación inicial de dinero.

El capital emplea trabajo: si el dinero debe funcionar como capital debe primero dejar de ser dinero y convertirse en instrumentos que hagan trabajar a los obreros. Estos instrumentos, los medios de producción, son mercancías con un valor, o más bien un precio, expresado en términos de dinero. Por sí mismos, estos medios de producción son tan improductivos como el dinero en su forma de dinero. Solamente en el proceso del trabajo se vuelven productivos. El trabajo no sólo reproduce el capital existente, y con ello su valor en su expresión de dinero, sino que también produce un excedente que convierte a la producción capitalista en formación de capital. Nuevamente, esto se expresa en términos de dinero sumando el excedente capitalizado al capital previamente existente; pero, como antes, la adición de "dinero" implica la adición de medios de producción en un proceso continuo de expansión de capital.

El capital acumulado representa valores monetarios que no tienen forma de dinero sino de mercancías y capital. El capital se reproduce sólo gradualmente -pues los medios de producción se deterioran o se hacen obsoletos- sólo en un proceso de años de duración. La lenta depreciación del capital se calcula en cargos por depreciación que, junto con otros costos, se suman a los precios de las mercancías a ser realizadas en el mercado. Las mercancías ofrecidas en el mercado deben ser compradas con dinero, pero, puesto que las mercancías que son compradas o vendidas en el mercado en cualquier momento dado representan sólo una fracción del capital total en existencia, sólo una fracción de la riqueza total de la sociedad necesita existir en forma monetaria.

El cambio de mercancías, o la circulación de mercancías de un lugar a otro, no requiere un medio monetario. En realidad se realiza mediante el trabajo humano y los medios de transporte utilizados por el trabajo. Lo que el dinero cambia y hace circular no son las mercancías sino los derechos de propiedad vinculados a las mercancías. Sin embargo, solamente mediante esos derechos de propiedad se lleva adelante el proceso real de producción y distribución. Esto no necesita envolver un tipo específico de dinero; sin embargo, cualquier medio capaz de designar los diversos derechos y contraderechos en el proceso de cambio sería tan útil como cualquier otro.

Como dinero, el oro no entra ni en la producción ni en el consumo; por lo tanto, el trabajo y el capital gastados en su producción no producen excedentes. Los productores de oro, por supuesto, ganan con la producción de oro, así como otros capitalistas obtienen ganancias en otras ramas de la producción; pero desde el punto de vista de la sociedad como un todo, el oro monetario constituye un gasto del proceso de circulación. Cuanto menos oro se necesite como medio de cambio, menos

caro resulta el proceso de cambio. El correspondiente ahorro en los costos de producción del oro puede ser aplicado a otros fines más productivos. Aunque el dinero como oro fue en un tiempo la verdadera encarnación de toda la riqueza y el poder, en el capitalismo es un costo de circulación. Por esta razón, desde el mismo principio del desarrollo capitalista hubo una fuerte tendencia a cambiar el medio de cambio de su existencia material a la ideal, esto es, remplazar el dinero-mercancía por el dinero simbólico.

La misma evolución que condujo a la casi general adopción del patrón oro vio surgir también nuevas y diferentes categorías de medios de cambio, tales como billetes de banco y los cheques. Existían entonces medios de pago materiales y no materiales; a los últimos se les dio cierta relación con los primeros por medio de un respaldo en oro que servía como salvaguardia contra la sobreemisión de papel moneda. Con la extensión de las instituciones de crédito el sistema monetario se hizo cada vez más complicado. Los créditos bancarios se convirtieron en el principal medio de pago y el dinero corriente comenzó a representar un papel secundario.

Este desarrollo dio origen a la noción de que los sistemas de crédito y adeudos vuelven superfluo el sistema monetario. Aunque el concepto de dinero, según se ha dicho, depende del de deuda -puesto que cada venta de bienes y servicios da origen a una “deuda” en el intervalo que media entre la compra y la venta- el concepto de deuda no es dependiente del de dinero, porque una deuda puede ser cancelada por otra deuda sin necesidad de recurrir al dinero. El crédito bancario puede por lo tanto existir sin dinero. Todas las deudas, sin embargo, son reconocidas en términos de dinero. E incluso si los pagos son hechos y recibidos en cheque, y estos cheques se cancelan unos a otros en el sistema de liquidación de balances de los bancos, estas transacciones envuelven otras transacciones en el proceso de producción y cambio en el que la moneda en circulación sirve como medio de cambio. Además, los negocios no tienen como objetivo el que los derechos recíprocos de los negociantes se cancelen unos a otros, sino el de obtener ganancias. Los ingresos deben ser mayores que los gastos: hay que hacer dinero. Cualquier sistema cuasimonetario de pago es simplemente un instrumento para facilitar el hacer dinero. Ver en el sistema de pagos de crédito y deuda una forma de dinero es ver el dinero solamente como un medio de cambio. Pero aunque el cambio capitalista es un cambio de mercancías y servicios tratados como mercancías, el dinero es aquí más que un medio de cambio porque el cambio de mercancías mismo es simplemente un medio para el aumento del capital.

La riqueza de las naciones y la propiedad de los individuos pueden expresarse en términos de dinero como en términos de sus posesiones materiales. Pero esta riqueza no existe dos veces, una en forma de propiedad real y otra como dinero. Puede tener una forma o la otra. Una empresa comercial puede ser comprada o vendida por una cierta cantidad de dinero. El dinero no es aquí un medio de cambio sino que es él mismo cambiado por una propiedad; es el equivalente de cosas reales: de la propiedad. Para ser intercambiables, los activos monetarios no pueden ser diferentes de los activos reales. A este respecto no es correcto decir que el crédito bancario puede existir sin dinero, porque el crédito otorgado es otorgado contra una garantía que representa dinero, aunque este “dinero” tenga por el momento la forma de propiedad real.

En el capitalismo, el dinero existe como capital, que aparece en forma fija o “líquida”. En su forma “líquida” puede tener el aspecto de dinero-mercancía (oro), o el aspecto de papel moneda que representa al oro o a cualquier otra mercancía que contenga riqueza material. Puesto que todos los activos reales son activos monetarios potenciales y todos los activos monetarios son activos reales potenciales, los hombres de negocios no necesitan diferenciar entre el cuasi-dinero y el dinero real. Ambos funcionan igualmente bien en el arreglo de relaciones de cambio entre firmas comerciales. Pero esto se debe solamente a que el dinero real así como el cuasi-dinero están respaldados por bienes de capital real. Donde no hay bienes de capital real, el dinero de crédito no es aplicable. Naturalmente, siempre existe el riesgo de que aparentes activos reales, que sirven como garantía para el dinero de crédito, puedan revelarse como no reales; en cuyo caso los tribunales de justicia tendrán finalmente que arreglar deudas basadas en “cuasi-propiedad”.

Detrás de las transacciones monetarias se encuentran los valores de capital de las firmas comerciales, no sólo en su expresión monetaria sino también como entidades materiales en su forma de mercancías. Las clases devengadoras de sueldos y salarios no tienen generalmente esta especie de colateral. Pero pueden tener propiedad privada con la cual como garantía pueden obtener préstamos. Estas clases venden su fuerza de trabajo como mercancía por dinero. Reciben su pago *después* de realizar el trabajo en intervalos diarios, semanales o mensuales. El trabajo ya realizado es la mercancía que se remunera. Exceptuando sus ahorros, el ingreso total en dinero de los asalariados es igual a los precios totales de las mercancías que compran. De esa manera, hay un cambio de mercancías por mercancías. El dinero que media en este cambio es aquí un simple instrumento de cálculo, y como tal no necesita tener forma de mercancía.

Por lo general, el valor del dinero se mide por su poder de compra *de facto* sobre bienes y servicios. Por ejemplo, el valor de una libra, o de un dólar, se determina por lo que se puede comprar con una libra o con un dólar. Esto plantea la pregunta de por qué es así. Debe haber algo en una libra o un

dólar que sea igual a algo que va ligado a las mercancías que pueden comprar. Desde el punto de vista de la teoría objetiva del valor, es fácil encontrar la respuesta. Si el oro es dinero y a la vez es una mercancía, los costos de producir oro contenidos en un dólar, o en una libra, son considerados iguales a los costos de producción de las mercancías que pueden comprar: modificados, naturalmente, por las cambiantes relaciones de oferta y demanda del mercado.

Así, en teoría el dinero tiene un valor como mercancía igual a sus costos de producción. En realidad no es así. El valor mercantil del oro es diferente de su valor monetario, aunque las autoridades monetarias puedan establecer el mismo precio para ambos. Además, el dinero-mercancía compromete sólo una fracción de la oferta total de dinero; incluso bajo el dominio del patrón oro, la convertibilidad real del papel en oro afectó únicamente a una pequeña porción del dinero total en circulación. En la medida en que el dinero no tiene forma de mercancía, no puede derivar su valor de sus costos de producción. Sin duda, el dinero no-mercancía puede ser evaluado de acuerdo con los costos en trabajo del dinero mercancía: pero cualquier evaluación semejante es un acto deliberado. Y puesto que actualmente el dinero en muchas naciones es dinero inconvertible está claro que -al menos nacionalmente- el dinero posee poder de compra sin tener valor como mercancía.

Dado que la búsqueda de dinero es ahora una búsqueda de capital, la historia monetaria moderna refleja la historia de la formación de capital. El uso más extenso del dinero-mercancía se refiere a una etapa primitiva de la evolución capitalista, caracterizada por un sistema de producción y de mercado menos integrado. El capital estaba menos concentrado y operaba menos rutinariamente; los intervalos entre compras y ventas eran más esporádicos que bajo las condiciones modernas. La gente prefería el dinero metálico no sólo porque estaba acostumbrada a él, sino también porque la acumulación de capital generalmente presuponía el atesoramiento de dinero. El dinero tenía que retener su valor, una condición que se aseguraba mejor manteniendo su forma de mercancía. Además, el oro había sido el dinero estándar durante demasiado tiempo para ser fácilmente desplazado por simple dinero simbólico. La circulación de monedas de oro y la seguridad de que el papel era convertible en oro apoyaba la confianza general en la estabilidad del sistema monetario y en el valor de la moneda circulante.

La primitiva preferencia por el dinero-mercancía se extendió internacionalmente y encontró su razón más importante en el “automatismo” del patrón oro como “regulador” de los intercambios internacionales. El patrón oro ligaba el valor de las diversas unidades monetarias nacionales con respecto a sus valores en oro y entre unas y otras fijando el precio del oro. Un dólar representaba una cierta cantidad de oro, y lo mismo la libra británica y otras monedas circulantes de patrón oro. Si una libra podía ser comprada con cuatro dólares, eso significaba que el contenido de oro de una libra igualaba al de cuatro dólares. En realidad, claro, el cambio de moneda no era ni es tan nítido, puesto que los precios de diferentes monedas fluctúan con la cambiante oferta y demanda de diferentes monedas en el mercado internacional de cambios. Pero estas diferencias se promedian a la larga en una multitud de transacciones de cambio. El mercado internacional de cambios proporciona un mecanismo de liquidación de balance internacional. Puesto que las deudas y los créditos entre naciones pueden no equilibrarse, los derechos residuales son cubiertos por medio de transferencias de oro con objeto de alcanzar una balanza de pagos equilibrada, si bien temporal.

Solamente una parte del oro que se produce sirve para fines monetarios. Otra parte -probablemente menos de la mitad de la producción total- sirve para necesidades no monetarias en las artes y la industria. Con objeto de mantener el precio fijado al oro, su oferta no debe exceder la demanda; cuando la producción de oro excede la demanda de la industria, el exceso debe ser comprado para fines monetarios tanto si se necesita realmente como si no. En épocas recientes, se hizo necesario vender oro en el mercado privado para mantener su precio fijado. Una demanda constantemente creciente de oro hizo que su precio rebasara el límite fijado, obligando a Inglaterra y a los Estados Unidos a hacer frente a la demanda vendiendo parte de su oro monetario en el mercado de cambio de oro de Londres.

Como el dinero mismo, el patrón oro no tenía como propósito facilitar la circulación internacional de mercancías en ningún sentido físico; su propósito era expresar y asegurar los derechos de propiedad ligados a las mercancías y al capital que entraban en el mercado mundial. Las transacciones monetarias internacionales tenían que ser cubiertas con dinero-mercancía porque ésta era la única forma realista en que se podían establecer los derechos de propiedad.

El patrón oro fue un acuerdo entre los gobiernos durante el capitalismo de *laissez-faire;* como tal, fue una intervención consciente en el mecanismo del mercado. Sin embargo, fue concebido como un sistema autorregulador paralelo al mecanismo autorregulador del mercado. Nacionalmente, el patrón oro implicaba que los bancos centrales tenían que mantener el valor de su unidad monetaria a la par con el de otras monedas de patrón oro, conservando una reserva de oro suficiente. El mantenimiento de tal reserva ponía un límite definido a la creación de dinero de crédito. El patrón oro era así un instrumento para circunscribir la expansión y contracción del crédito y con ello las tendencias inflacionarias que se expresan en las alzas y bajas de precios. Bajo el régimen del patrón oro, una disparidad entre oferta y demanda en el mercado internacional de cambios provocaba un flujo de oro

de un país a otro: el oro fluía a las naciones con balanza comercial favorable, desde las naciones con balanza desfavorable. Se suponía que el drenado del oro de un país en particular reduciría su actividad económica y así conduciría a la deflación y precios más bajos, mientras que el flujo de oro a otro país estimularía la actividad económica conduciendo a la inflación y precios altos.

Como los precios serían bajos en los países que estuviesen perdiendo oro y altos en los países que estuviesen ganando oro, la posición comercial de los últimos mejoraría en relación a los primeros. Este cambio en el comercio invertiría de nuevo los movimientos del oro. A causa de los efectos de los movimientos del oro en el nivel de precios fue que se consideró al patrón oro como mecanismo de equilibrio internacional.

Como "mecanismo de equilibrio", sin embargo, el patrón oro era tan ineficaz como el mercado mismo. La supuestamente estrecha conexión entre los depósitos de oro y los precios domésticos no existía: los precios no suben o bajan a causa de los movimientos del oro de un país a otro. En ciertas épocas algunas naciones experimentaron lo que parecía una interminable balanza favorable de comercio y pagos, mientras que otras no lograban superar balanzas desfavorables a pesar de sus políticas deflacionarias. De cualquier modo, la primera guerra mundial acabó prácticamente con el patrón oro interrumpiendo y dislocando el mercado internacional de capital y mercancías. Los gobiernos tornaban prestado y emitían dinero con total desinterés por sus reservas de oro. Pagaban con oro las importaciones necesarias; de modo que el oro se acumuló en las naciones capaces de vender. Después de la guerra, las naciones abandonaron el patrón oro bien fuera por necesidad o deliberadamente. Mediante la inflación del circulante, los gobiernos se libraron de las enormes deudas que se habían apilado durante la guerra y mantuvieron el consumo bajo con el fin de recapitalizar sus industrias. En algunos países, la carrera inflacionaria amenazó finalmente con destruir toda actividad económica, pero naturalmente, en ese punto intervinieron las reformas monetarias decretadas por el gobierno para poner término a la inflación, proveyendo al medio circulante con suficiente estabilidad para funcionar una vez más en el proceso de cambio y capitalización.

Debe quedar claro que no es la simple disponibilidad del crédito -debida al influjo del oro- lo que induce nuevas inversiones y crea condiciones de prosperidad, sino la esperada rentabilidad de las inversiones según sea indicada por la rentabilidad existente del capital. Y no es la contracción del crédito debida a una pérdida de oro- lo que desemboca en el estancamiento del capital, sino una falta de rentabilidad en el capital existente, que destruye los incentivos para nuevas inversiones y con ello la demanda de créditos.

Una creciente capitalización de la producción aumenta la productividad del trabajo y con ello la habilidad competitiva de un capital aumentado. Cuando la expansión del crédito conduce a inversiones de capital, conduce también a un abaratamiento de la producción relativo a la producción de países con una tasa más baja de formación de capital. Estando en posibilidad de vender a precios más bajos, los países más productivos invaden los mercados de las naciones menos productivas. Por lo tanto no es verdad que una expansión del crédito conduzca siempre a precios inflacionarios. Con un aumento suficiente de la productividad la oferta puede igualar y superar a la demanda y puede así evitar no sólo un alza de precios sino que incluso puede bajarlos. En vez de perder oro a causa de posiciones comerciales adversas, las economías de rápida expansión pueden aumentar sus reservas de oro y así su oferta de oro de acuerdo con sus políticas de crédito. Con una rentabilidad decreciente del capital, declinan tanto las transacciones de inversión como las de crédito. Esto no produce necesariamente un aumento en las ventas a través del comercio exterior, porque incluso los precios bajos de las naciones con una economía en contracción pueden aún ser igualados por los precios de naciones que disfrutan una productividad más alta en economías en expansión. En ese caso no habría afluencia de dinero desde el exterior para estimular la actividad económica de las naciones relativamente estancadas.

Además, con el establecimiento del mercado mundial las condiciones de prosperidad, estancamiento y depresión se convirtieron en fenómenos de alcance mundial. Si bien estas condiciones afectaron a diferentes naciones en diferentes grados, nadie se libró de resultar afectado. Todas las naciones capitalistas tendieron a expandir los créditos en las buenas épocas y contraerlos en las malas. En su expansión de crédito, cada nación estaba limitada por el tamaño de su reserva de oro. En épocas de depresión no había presión en la reserva de oro puesto que la demanda de créditos para inversiones era baja. En tales épocas, las naciones simplemente esperaban hasta que se produjera un cambio en la situación y se empeñaban en una competencia intensificada por los mercados y el oro.

A pesar de los poco satisfactorios resultados del patrón oro, sólo de muy mala gana, y bajo la presión de la Gran Depresión, pudo éste ser finalmente abolido. Pero puesto que el dinero-mercancía era todavía necesario para determinar las balanzas de pago internacionales, se le sustituyó con un mecanismo de cambio de oro internacional. Aunque el oro aún fluye entre las naciones, estos flujos no tienen que afectar las ofertas domésticas de dinero. Como ahora se considera al oro simplemente como un tipo especial de dinero, como dinero internacional, los movimientos del oro ya no necesitan

determinar las políticas monetarias nacionales. La inflación y la deflación resultan de las decisiones gubernamentales de expandir o contraer la oferta de dinero y crédito. Precisamente por esta razón, algunos partidarios de una economía de mercado sin restricciones desconfían del arreglo actual y desean un regreso al "automatismo" del patrón oro.

El hecho de que cualquier declinación en la actividad económica aparezca como una contracción monetaria dio origen a la noción de que tales declinaciones eran causadas por una falta de dinero y que éstas, a su vez, eran el resultado de los límites puestos a la expansión del crédito por las reglas del patrón oro. Keynes, según recordaremos, sostenía que el patrón oro era en gran parte responsable de las condiciones d e crisis que siguieron a la primera guerra mundial. Él sentía que el argumento liberal contra el mercantilismo como un sistema ligado a una insensata acumulación de oro perdió toda su fuerza y significado porque fue precisamente el patrón oro del *laissez-faire* estándar el que "hizo que la prosperidad interior dependiera directamente de una lucha de competencia por los mercados y de un apetito competitivo por los metales preciosos".[1]

Porque con un estricto apego al patrón oro,

> *las autoridades no disponen de medios ortodoxos para combatir la desocupación en casa, excepto por un exceso de exportación y una importación del metal monetario a expensas de sus vecinos,*

lo que tendía a contraer tanto el mercado doméstico como el comercio internacional. Keynes abogaba por liberar el dinero nacional y las políticas de crédito de las exigencias del patrón oro internacional.

Es bastante obvio, sin embargo, que la existencia del patrón no evitó una formación de capital bastante rápida a comienzos de siglo; y es igualmente obvio que cuando se abolió el patrón oro, la tasa de acumulación de capital fue reducida más que acelerada. Sin duda, la expansión y contracción de la producción de capital no dependían de la existencia o inexistencia del patrón oro.

Una economía con una población creciente, creciente producción y creciente productividad tendrá un constante aumento en la cantidad de dinero. Este aumento es modificado por la aplicación de formas de cambio no monetarias y por la declinación del nivel de los precios debida a la creciente productividad del trabajo. El desarrollo del sistema bancario y crediticio fue un medio poderoso para apresurar el proceso de formación de capital. No sólo los recursos monetarios dispersos fueron centralizados en grandes fondos de dinero, sino que bajo el sistema de reserva fraccional estos fondos proporcionaron una amplia base para una múltiple expansión del crédito. Y así como el crédito permitía una extensión acelerada de las actividades industriales y comerciales, la expansión de la producción así protegida permitía, y exigía, posteriores extensiones del sistema de crédito. Este proceso recíproco implicaba un constante desplazamiento del dinero-mercancía por el dinero-crédito.

Sin embargo, si los bancos pudieran crear crédito a voluntad, pronto se perdería el valor del dinero. Cuando la oferta de dinero es limitada, también 1o está la extensión del crédito. Y con la oferta de oro limitada, la oferta de dinero y crédito también estaba limitada. Al independizarse del oro se dejó libre el camino para una política monetaria nacional independiente destinada a impulsar la actividad económica mediante la expansión del crédito, la inflación y el financiamiento por déficit.

Si bien hay un acuerdo general respecto a que el valor del dinero se mide por su poder de compra, prevalecen diferentes nociones acerca de los factores que alteran este poder. Fue muy popular la idea de que los cambios en el volumen del dinero conducirían a alteraciones en el nivel general de precios. Esto era una aplicación de la teoría de los precios de la oferta y la demanda a la teoría monetaria; cantidades de dinero eran enfrentadas a cantidades de mercancías. La teoría cuantitativa del dinero incluye el principio de velocidad, esto es, que la misma unidad de dinero funciona en más de una transacción de cambio. Aparte del hecho histórico de que una economía en expansión también expande su oferta de dinero, la velocidad del dinero varía con el aumento o disminución de la actividad económica. Si hay una tendencia descendente en la velocidad de circulación del dinero, esto indica problemas del mercado reales más que dificultades monetarias, aun cuando tal tendencia intensificaría estos problemas por su propia cuenta.

En la teoría cuantitativa del dinero, el dinero aparece como una fuerza económica independiente que determina la expansión y contracción de las actividades comerciales, el alza y la baja de precios, y el aumento y la disminución del ingreso. En realidad, el aumento de la producción y los ingresos no depende de la presencia de ninguna cantidad determinada de dinero; con más o menos dinero pueden ampliarse las escalas de producción e ingreso. Además, los precios no son altos o bajos porque circule más o menos dinero, sino que circula más o menos dinero porque los precios son altos o bajos. Está claro que si todos los precios se duplicaran súbitamente, la oferta existente de dinero también se duplicaría, porque de otra manera la mitad de las mercancías en circulación no podrían venderse. Y si de repente todos los precios disminuyeran a la mitad, sólo se necesitaría la mitad de la provisión de dinero existente para liquidar el mercado. Pero duplicando la oferta de dinero no se

[1] J. M. Keynes, *Teoría general...,* ed. cit., p. 349.

duplicará el volumen o el valor de las mercancías, ni disminuyéndola a la mitad se reducirán aquéllas. Los precios de las mercancías y servicios, aunque expresados en términos monetarios, no están determinados, sino que son quienes determinan, la cantidad y velocidad del dinero.

Naturalmente es cierto que si el dinero fuera dinero-mercancía (por ejemplo, oro) exclusivamente, su poder de compra variaría como los precios de otras mercancías. Una cantidad de dinero menor o mayor se cambiaría por cantidades mayores o menores de otras mercancías. Una escasez de dinero elevaría su valor relativo respecto a otras mercancías, lo que induciría un aumento en la producción de oro, y esto, a su vez, acabaría con la escasez de dinero. Si la producción de oro no pudiera ser aumentada, esto simplemente significaría que cantidades menores de oro tendrían que expresarse en cantidades mayores de otras mercancías. Sin embargo, el precio del oro es fijo y el dinero, que estaba basado en el oro solamente en la medida de la reserva fraccional de oro, está actualmente liberado por completo de su conexión con el oro. Bajo estas condiciones, aumentar la cantidad de dinero más allá del punto de su crecimiento “normal' en el marco de las transacciones crecientes del mercado solamente significaría cambiar la expresión monetaria de valores-mercancías constantes. Suponiendo una situación “inflacionaria” en la que todos los precios suben, todas las mercancías tendrían cifras más elevadas en sus etiquetas, pero nada más se habría alterado. No tendría sentido aumentar la cantidad de dinero.

No obstante, si algunos precios se elevaran más rápidamente que otros en condiciones inflacionarias, surgiría una situación de ventajas y desventajas. Sin duda, los precios de algunas mercancías siempre suben o bajan respecto a otras a causa de los efectos del aumento en la productividad, o a causa de los cambios en la situación del mercado competitivo. Tales cambios regulares de precios no tienen que ver con las condiciones inflacionarias o deflacionarias, que afectan el nivel general de precios de las mercancías individualmente.

Aunque la inflación afecta el nivel general de precios, los precios de algunas mercancías cambian más que los de otras. Los salarios, por ejemplo, se elevan menos durante la inflación que los precios de otras mercancías. Como los salarios forman parte de los precios de las mercancías que entran en el mercado, una elevación de los salarios debida a la inflación puede ser compensada en este precio. Los precios de las mercancías se establecen después de que los costos de la mano de obra incorporados en ellas han sido establecidos o pagados. Una elevación en el costo de la mano de obra, por lo tanto, no puede evitar un aumento todavía más rápido en los precios de las mercancías; de manera que, en relación a las mercancías que produce, el costo de la fuerza de trabajo habrá sido reducido.

De esta manera, la inflación puede elevar algunos precios en particular a expensas de otros. Pero el aumento o disminución del dinero influye en la actividad económica sólo creando cambios en la distribución del ingreso. Como el movimiento de los salarios es más lento que el de los precios de las mercancías, la inflación conduce a mayores ganancias y con ello a una circulación más rápida de los bienes y a una tasa más elevada de formación de capital. En tanto que esto mantiene el nivel de empleo, la inflación aparece preferible incluso para los trabajadores, porque la deflación puede significar un desempleo en gran escala. La inflación no conviene a todos los capitalistas, ni conviene a aquellas capas sociales que viven de ingresos fijos y por ello sufren cuando los precios aumentan. Por tanto, hay grupos sociales interesados en la inflación y otros opuestos a ella, y estos grupos combaten políticamente defendiendo una u otra política monetaria.

La inflación se define comúnmente como una condición en la que el ingreso monetario aumenta más rápidamente que el ingreso real, esto es, en la que hay demasiado dinero comparado con los bienes disponibles. En condiciones de pleno empleo, se dice, la inflación se presenta cuando los gastos por bienes y servicios aumentan más rápidamente que la producción potencial. En este supuesto, la inflación puede ser detenida bien deliberada o bien automáticamente: deliberadamente, por la consciente contracción de la oferta de dinero por parte de las autoridades monetarias, y automáticamente, porque de acuerdo con la teoría burguesa la demanda creciente de dinero eleva la tasa de interés, que a su vez desacelera el proceso de expansión.

Está muy claro que los precios aumentarán con una escasez de mercancías y bajarán cuando el mercado esté saturado, cualquiera que sea la oferta de dinero. Con unos ingresos dados, esto simplemente significa que la gente podrá comprar menos en unas épocas y más en otras. Por lo tanto, lo que unos pierdan lo ganarán otros. La demanda social puede ser menor que la oferta social, pero, excepto como simple deseo, no puede ser mayor, porque lo que no existe no puede ser ni comprado ni vendido. Una inyección de dinero en condiciones de oferta limitada no puede aumentar la demanda real; sencillamente aumenta los precios de las mercancías disponibles. La oferta puede ser aumentada sólo mediante producción adicional; y esto no depende de la cantidad de dinero sino de la rentabilidad del capital.

En realidad, las autoridades monetarias determinan la cantidad de dinero por sus decisiones, mediatizadas por los bancos, para hacer que haya dinero disponible para préstamos e inversiones. La oferta de dinero es asunto de política y no el indeseado resultado de acontecimientos económicos

incontrolados: las dificultades económicas pueden ser resueltas por medios deflacionarios o inflacionarios. Tanto uno como el otro de estos medios están de acuerdo con los principios capitalistas; si en un momento dado se elige uno en vez del otro es porque aparece como más efectivo y políticamente más viable.

Un periodo de formación extensiva de capital no tiene que ser inflacionario cuando se apoya en una rentabilidad suficiente basada en una creciente productividad. Igualmente, un periodo de estancamiento económico no es necesariamente deflacionario. Por lo general lo es, sin embargo, porque el precedente estado de expansión deja una masa de capital y capacidad productiva demasiado grande para otras condiciones que no sean las de acelerada expansión del capital. El exceso tiene como consecuencia capacidad ociosa y trabajadores ociosos; los precios sufren un colapso por la competencia intensificada; y todo el sistema se contrae. Durante un periodo de austeridad el sistema se reestructura lentamente hasta que se restablecen las condiciones de rentabilidad de la expansión de capital. Como las inversiones disminuyen (o cesan completamente) durante los periodos de depresión, no solamente hay recursos ociosos sino también dinero ocioso, esto es, dinero que no puede encontrar empleo rentable. Paradójicamente, este dinero (y crédito) ocioso es el que da la impresión superficial de una escasez general de dinero. Tal situación no necesita dinero adicional, sino la restauración de la rentabilidad que fortalezca el impulso de invertir.

La inflación resulta de políticas monetarias proyectadas para mejorar la rentabilidad del capital internamente y de esa manera mejorar su capacidad competitiva en el exterior. La deflación, que puede tener el mismo efecto, fue el método más utilizado en el pasado para superar las condiciones de crisis. No era tanto sumisión a las reglas del patrón oro lo que contraía la economía sino que era el mismo proceso deflacionario el que sostenía las reglas del patrón oro. En otras palabras, era el principio del *laissez-faire,* de la no intervención en la economía, y la confianza en las "soluciones automáticas" para las fallas económicas, lo que explicaba aquella preferencia por los medios no monetarios para combatir un estado de rentabilidad decreciente. No el dinero, sino el mismo capital era devaluado y destruido, con objeto de dejar libre el lugar para una estructura de capital más concentrada y más productiva. Los salarios reales eran reducidos sin mucha preocupación por las consecuencias sociales.

Pero las depresiones perdieron su poder "curativo", o por lo menos se hicieron intolerables. En las condiciones del siglo XX, el proceso deflacionario de "recuperación" resultó cada vez más insoportable por las convulsiones sociales que tendía a provocar. La inflación se convirtió en el medio preferido, si no inevitable, de reaccionar a las depresiones y de mantener niveles de actividad económica consistentes con la estabilidad social. Ahora se recurre a las inflaciones de intensidad variable bajo condiciones de pleno empleo tanto como de desempleo, en condiciones de estancamiento tanto como de expansión. La depreciación del dinero ha sido constante y universal, aunque la tasa de depreciación ha variado, con frecuencia ampliamente, entre las diferentes naciones. Cuando los precios suben más rápidamente que el ingreso destinado para el consumo (particularmente los salarios), la mayor parte de la producción total puede ser convertida en capital adicional. Mientras que las gentes sin capital son víctimas de la depreciación del dinero, los poseedores de capital lo preservan y aumentan por el mismo proceso, siempre que, naturalmente, puedan realizar sus ganancias mediante ventas en el mercado. Pero una cosa buena puede conducir a otra: la realización de la ganancia es a su vez facilitada por el proceso inflacionario. El dinero depreciado se gasta más rápidamente que el dinero estable.

La depreciación de una moneda nacional hace que el capital sea no sólo más rentable sino también más competitivo internacionalmente. Sin embargo, como el poder de devaluar es privilegio de todas las naciones independientes, la devaluación de la moneda en algunos países conduce a la devaluación en otros. Al final, será nuevamente la estructura real del capital, y no la estructura monetaria, la que determine las capacidades competitivas relativas de las diferentes naciones.

Mediante compras gubernamentales con dinero prestado se monetiza la deuda pública y, con excepción de aquella parte de la deuda monetizada que pueda atesorarse, aumenta la demanda social. El proceso de financiamiento por medio de la deuda ha sido un proceso inflacionario tanto en Europa como en América. El poder de compra del dólar norteamericano bajó en más de un tercio en los primeros doce años posteriores a la guerra, y en esa medida privó a los prestamistas a largo plazo de parte de sus intereses y parte de su capital. A las personas con ingresos más o menos fijos las privó de parte de su ingreso. Esta pérdida difícilmente podía ser compensada mediante aumentos en los salarios, a no ser que los salarios estuvieran basados, y se movieron con el índice del costo de la vida, lo que más bien es la excepción que la regla. La inflación monetaria ha sido institucionalizada y

> *ha sido sujeta a una operación institucionalizada codeterminada por el gobierno y todos los receptores de ingresos privados, entre los cuales las empresas privadas financieramente potentes ocupan una posición privilegiada*.[2]

[2] P. K. Crosser, *State Capitalism in the Economy of the United States*, p. 104.

La inflación es entonces otra de las formas que tiene el gobierno para subsidiar a los grandes negocios. Es simplemente una de las técnicas mediante las cuales el ingreso es transferido de la masa de la población a manos de las corporaciones favorecidas por el gobierno.

Es en tiempos de guerra cuando la intervención gubernamental en la economía de mercado es más pronunciada. La inflación se usa para reducir el consumo reduciendo el poder de compra del dinero, de modo que la mayor parte de la producción total pueda quedar libre para el esfuerzo bélico. No es muy diferente en tiempos de "paz", cuando una gran cantidad de la producción inducida por el gobierno se necesita para compensar una tasa decreciente de formación de capital privado. La sustitución de una demanda inadecuada del mercado por una demanda inducida por el gobierno ha sido un proceso inflacionario. Esto contradice obviamente la noción de que la inflación resulta de la existencia de demasiado dinero en relación a la oferta de mercancías disponible. En una economía que requiere una demanda inducida por el gobierno, la demanda del mercado no tiene posibilidad de exceder a la oferta.

La inflación tiene diferentes efectos según que se use para impulsar la expansión del capital o que se use principalmente para financiar la producción inducida por el gobierno. En el primer caso, distribuye el ingreso en una forma que conduce a la formación de capital; en el segundo, sostiene los gastos de la producción inducida por el gobierno. Se supone generalmente que los gastos gubernamentales en una situación de pleno empleo tendrán efectos inflacionarios porque aumentan la cantidad de dinero en relación a la masa real de mercancías producidas. Esto no sucedería en condiciones de desempleo y recursos desaprovechados, se dice, porque en ese caso el gasto del gobierno aumentará la insuficiente demanda sin presionar en la oferta. En tales condiciones, el gasto del gobierno no es inflacionario. Pero como en una situación de pleno empleo no habría necesidad de un gasto gubernamental compensatorio, no necesitamos considerar el primer caso. Respecto al segundo, el argumento se apoya claramente en una falsa comprensión del carácter de la economía capitalista.

Aunque los gobiernos pueden crear nuevo dinero a voluntad, lo hacen dentro del marco de la economía de empresa privada. Las bancas centrales son agencias que los gobiernos utilizan para generar y controlar la oferta de dinero. Pueden modificar la capacidad de crédito de los bancos comerciales cambiando la tasa de descuento (esto es, la tasa de interés al que la banca central presta dinero a los bancos comerciales), cambiando la tasa de reserva legal aplicable a los depósitos, y comprando y vendiendo bonos del gobierno en el mercado de capital. Es el sistema bancario como un todo el que crea medios adicionales de pago mediante un aumento en las reservas tal como son determinadas por las acciones monetarias de las bancas centrales. Los bancos son así al mismo tiempo instituciones comerciales y sociales para la creación y asignación del dinero. Están en la afortunada posición de poderse beneficiar como empresas comerciales y como agentes delegados de las políticas monetarias. Obtienen ganancias e intereses no sólo del dinero depositado en ellos, sino también de las múltiples cantidades creadas por el sistema de reserva fracciona) y el aumento de las reservas por las prácticas creadoras de dinero de las bancas centrales.

Aunque es el gobierno el que aumenta la oferta de dinero, no usa este dinero directamente para aumentar la demanda del mercado mediante compras del gobierno. Financia sus gastos por medio de impuestos y préstamos en el mercado de capital. Por lo que se refiere a los beneficiarios privados de contratos gubernamentales, la demanda creada por el gobierno es tan buena como cualquier otra. El gobierno les paga con dinero que debe conservar su valor durante un tiempo lo bastante largo para que los contratistas privados recuperen el valor gastado en la producción de las órdenes del gobierno y realicen las ganancias usuales. Si sus ganancias fueran menores que sus gastos a causa de una devaluación demasiado rápida de la moneda, se encontrarían en un estado de desinversión. La inflación debe ser entonces una inflación controlada; y es controlada porque se basa no en las prensas impresoras del gobierno sino en los préstamos del gobierno restringidos por límites establecidos legalmente al aumento de la deuda nacional.

El dinero ocioso y el dinero de nueva creación son canalizados por el sistema bancario a la producción industrial a cuenta del gobierno. Pero la gran masa de los productos así obtenidos no son ni nuevos medios de producción capitalizados ni mercancías vendibles adicionales; aparecen como gastos materializados del gobierno y como tales reducen la masa total de la ganancia privada relativa a la masa total de capital existente. Los precios se elevan entonces para garantizar la ganancia acostumbrada, y el aumento en los precios requiere dinero adicional. Sin este dinero adicional el descenso de la tasa de ganancia promedio, debido al aumento de la producción inducida por el gobierno no lucrativa, conduciría a una declinación mayor de la producción privada de capital; invertiría así en alguna medida, y quizá en forma decisiva, el aumento de la actividad económica realizado mediante la demanda inducida por el gobierno. En consecuencia es necesario permitir un aumento continuo en los precios con un continuo aumento en la oferta de dinero. Al contrario de lo que se ha supuesto, no es la presión de un aumento en la demanda de una oferta originada por la producción inducida por el gobierno lo que conduce a la inflación. Más bien, la inflación es el medio que permite compensar parcialmente, mediante precios más altos, el carácter no lucrativo de la

producción inducida por el gobierno mediante el financiamiento por déficit.

"Normalmente", la formación de capital indica la existencia de un excedente de producción una vez que se han satisfecho las exigencias del consumo total. La acumulación consiste en la adición de medios de producción productores de capital. Esto ocurre en una medida decreciente cuando la producción total incorpora una porción crecientemente mayor de productos que no pueden servir como instrumentos de producción productores de capital. La producción total, cualquiera que sea su carácter, es "vendible", bien sea en el mercado de mercancías real o mediante compras del gobierno; pero parte del dinero realizado, que debe tomar la forma de capital, no lo hace así. Y esto es porque parte de la existente demanda no de consumo es una demanda, no de capital productor de beneficios, sino de compras del gobierno que no incluyen capital productivo, o sólo lo hacen incidentalmente. Aunque la oferta total puede ajustarse a la demanda total, la tasa de formación de capital desciende.

No obstante, aunque vaya acompañado de una tasa de formación de capital privado baja o estancada, el aumento en la producción misma puede ser formidable. Así la economía puede parecer bastante próspera. Sin embargo, queda el hecho de que la formación de capital privado se encuentra en una crisis al parecer insoluble; o, más bien, que la crisis de la producción de capital que caracteriza al siglo XX aún no ha sido resuelta. Cuando se considera desde la perspectiva de la producción de ganancias, el presente difiere del pasado en que las condiciones de depresión deflacionaria han sido suplantadas por condiciones de depresión inflacionaria. En una depresión deflacionaria, la producción declina porque parte de las mercancías producibles no pueden ser vendidas provechosamente, impidiendo así la realización de ganancias y su transformación en capital adicional; mientras que en una depresión inflacionaria la producción continúa, a pesar de su falta de rentabilidad, mediante la expansión del crédito.

La inflación controlada es ya el constante, aunque lento, repudio de todas las deudas, incluyendo la deuda nacional. Extiende el costo de la producción no lucrativa inducida por el gobierno durante un periodo de tiempo mayor y al total de la sociedad. Aunque la producción inducida por el gobierno contribuye a aumentar la producción, no puede aumentar la rentabilidad del capital privado como un todo restableciendo así para éste una tasa de crecimiento que haría innecesaria la demanda compensatoria creada por el gobierno. Las ganancias capitalistas solamente pueden ser aumentadas por una productividad aumentada y una creciente cantidad de capital capaz de funcionar como capital, y no por la simple disponibilidad de medios de pago generados por el gobierno.

Capítulo XVI
Tecnología y economía mixta

Independientemente de sus aspectos irracionales, la economía mixta puede existir en tanto que una productividad creciente rinda un producto social suficiente. La producción debe ser suficiente para mantener la necesaria rentabilidad para el capital privado estancado o relativamente decreciente, asegurar los niveles de vida existentes y permitir una creciente cantidad de producción no lucrativa. Puesto que la deuda nacional puede ser consolidada, en realidad son sólo sus intereses los que deben ser cubiertos mediante impuestos o nuevos préstamos. Y puesto que la tasa de inversiones privadas disminuye, hay más fondos disponibles para préstamos al gobierno. A la larga, sin embargo, y con el continuo y cada vez más rápido crecimiento' del sector "público" de la economía en comparación con el "privado", la producción de ganancias debe contraerse. Para evitar esta evolución, la producción inducida por el gobierno debe seguir siendo sólo una parte de la producción social total. Si no pueden mantenerse límites definidos, el sistema de mercado será superado eventualmente por un sistema de producción políticamente controlado tan alejado de la economía mixta como esta última lo está del capitalismo de *laissez-faire.*

Una vez que la producción no lucrativa se convierte en parte institucionalizada de la economía, comienza a actuar un círculo vicioso. La producción inducida por el gobierno se originó porque la acumulación de capital privado estaba disminuyendo. El uso de este método disminuye aún más la acumulación de capital privado; de modo que aumenta la producción no lucrativa. Este aumento, a su vez, disminuye aún más la expansión del capital privado; y así sucesivamente. En tanto que domina el sector privado, no hay modo de permitir una producción no lucrativa excepto a expensas de la producción de ganancias del capital privado. Los límites de la producción de capital privado son así, finalmente, los límites de la producción inducida por el gobierno. Para cambiar esta situación mediante intervenciones estatales de más largo alcance se requiere la existencia de gobiernos capaces y deseosos de destruir el dominio social del capital privado y pasar del control del gobierno a la propiedad del gobierno.

¿Cuánto es lo que un gobierno puede gravar con impuestos y tomar prestado? Obviamente no el total del producto nacional. ¿Quizá el cincuenta por ciento? Esto se aproximaría a las condiciones de guerra: por ejemplo, durante la segunda guerra mundial, el gobierno norteamericano compró casi la mitad del producto nacional. En estas condiciones, sin embargo, la tasa de inversión era el 2.9 por ciento del producto nacional bruto: tasa inferior a la de los años de la depresión, con la única excepción de 1932, cuando la tasa fue del 1.5 por ciento. Además, mantener indefinidamente una economía de guerra destruiría el sistema capitalista. No obstante, hasta el final de 1965, la producción de despilfarro real en los Estados Unidos, es decir el presupuesto militar, abarcaba aproximadamente el 10 por ciento del producto nacional bruto, mientras que los gastos totales del gobierno representaban cerca de un cuarto del producto nacional bruto. Las condiciones de tiempo de paz se mantenían así, y se mantienen en el momento de redactar esta obra, considerablemente alejadas de las condiciones de tiempo de guerra.

Aunque el capital privado puede existir e incluso prosperar cuando el gasto del gobierno es relativamente elevado en relación al producto nacional, existe, por supuesto, un límite absoluto al gasto del gobierno, y pasado ese punto los gravámenes que lo financian reducirían en lugar de aumentar la producción social. Cuál es este límite, o cuándo se alcanzará, es algo que no puede predecirse. Cuando el aumento en la producción inducida por el gobierno sea tal que impida la formación de capital privado, las ventajas de este tipo de producción serán anuladas por la pérdida de aquella producción que el capital privado debía haber emprendido para su expansión. Un posterior aumento en la producción inducida por el gobierno sería posible entonces solamente a expensas del consumo en el verdadero sentido del término. Este proceso debe ser entendido en analogía a la economía de guerra: la creciente cantidad de producción de despilfarro que sucede durante la guerra resulta posible restringiendo el consumo y reduciendo las nuevas inversiones de capital. Eventualmente, sin embargo, la producción de despilfarro existe sólo a expensas del consumo; porque el aparato productivo debe ser remplazado y extendido para que pueda crecer la producción de despilfarro.

Aunque los impuestos elevados no implican necesariamente que la empresa privada esté siendo remplazada por la producción del gobierno, algunos keynesianos reconocen que

> *una alta tasa impositiva está estrechamente relacionada con el socialismo* [...] *Si un gobierno recauda el cincuenta por ciento de las ganancias de los negocios, en impuestos, y a causa del "efecto de pérdida" resultante, sufre también el cincuenta por ciento de las pérdidas, es exactamente como si el gobierno fuera dueño del cincuenta por ciento del negocio* [...] *Puede más apropiadamente decirse que estas altas tasas impositivas son socialismo, que decir que amenazan con serlo.*[1]

[1] A. P. Lerner, *Everybcdy's Business*, p. 125.

Es por esta razón que los keynesianos “de orientación socialista” no esperan que los “remedios” keynesianos sean aplicados plenamente por los gobiernos capitalistas, sino que aguardan el surgimiento de gobiernos socialistas que combinen “las políticas económicas keynesianas con las tradicionales medidas socialistas de propiedad pública y reforma social”.[2]

Como los límites de la producción privada de ganancias son también los límites de la producción inducida por el gobierno, esta última se vuelve menos efectiva a medida que aumenta. Una economía mixta próspera solamente puede ser considerada, por lo tanto, una etapa temporal, o una condición transitoria entre el laissez-faire y el capitalismo de Estado. Mientras que el mismo Keynes (en teoría) no se asustaba ante la idea de que el desarrollo de la economía mixta pudiera conducir a una economía completamente (no mixta) controlada por el Estado, sus discípulos burgueses ven la economía mixta como un estado de cosas permanente. Pero su única respuesta a las dificultades que surgen en la economía mixta es una solicitud de intervenciones estatales más extensas, que acabarían por reducir la “permanencia” de la economía mixta a nada.

Según Marx, las mercancías deben tener a la vez valor de cambio y valor de uso. En el capitalismo, la producción de valores de uso cesa siempre y en todo lugar donde no puedan funcionar como valores de cambio. En la economía mixta, sin embargo, la producción material (producción de valor de uso), continúa aunque no lleve relacionado ningún valor de cambio. El aumento de “valores de uso”, principalmente en formas inútiles, acompaña a la relativa disminución de valores de uso capaces de servir como valores de cambio. Esto es una reaparición modificada de la discrepancia entre producción material y producción de valor dilucidada por Marx. En condiciones de laissez-faire, esta discrepancia salía a la luz en la crisis de la sobreproducción; conducía a prolongadas depresiones, que restablecían la relación necesaria desde el punto de vista capitalista entre producción material y producción de valor. Pero en la economía mixta no hay restablecimiento de este “equilibrio dinámico” con su “correcta” relación entre rentabilidad y acumulación; por el contrario, una parte creciente de la producción social es sacada fuera del sistema de ganancias y en esa medida indica la declinación del sistema.

La rentabilidad del capital existente y relativamente estancado puede no obstante ser mantenida mediante un aumento acelerado en la productividad del trabajo, es decir, mediante el desplazamiento del trabajo e innovaciones ahorradoras de capital. Cuando más crece la producción inducida por el gobierno, más urgente es la necesidad de mayor productividad para mantener la rentabilidad del capital. Pero el constante aumento en la producción y la productividad reproduce la necesidad de mayores aumentos posteriores en la productividad en una base de producción de capital privado cada vez más estrecha. Incluso si las innovaciones ahorradoras de capital controlan la creciente discrepancia entre el capital invertido en medios de producción y el invertido en fuerza de trabajo, y de este modo modera la caída de la tasa de ganancia, el consistente desplazamiento del trabajo por medios ahorradores de trabajo reforzará esta tendencia descendente. Pero el capitalismo no puede pasarse sin el constante desplazamiento del trabajo como el único medio efectivo de hacer frente a la intensificada presión sobre la tasa de ganancia provocada por la creciente masa de producción no lucrativa. Si bien el aumento de la productividad mediante el desplazamiento de trabajo es una vía de escape para el capitalismo, es una vía que termina en un callejón sin salida.

Cualquier etapa particular del capitalismo es transitoria, aun cuando pueda prolongarse durante un espacio de tiempo considerable. Solamente considerando las leyes generales del desarrollo capitalista es que sus etapas históricas revelan su naturaleza transitoria. La cuestión consiste, entonces, en definir si la acción de las leyes generales del capitalismo puede ser contrarrestada por medios tecnológicos y políticos, capaces de satisfacer tanto las necesidades de ganancias del capital privado como el “bienestar social general” por el simple expediente de producción no lucrativa. Porque esto es exactamente lo que ha sucedido. Ver este proceso como una práctica social permanente y que se amplía constantemente es suponer que el capitalismo puede transformarse por sí solo en otro sistema en el cual -para hablar en términos marxistas- ya no sea el valor de cambio sino el valor de uso el que domine.

Según Marx, las relaciones sociales definidas, o las relaciones de producción, corresponden a definidas fuerzas sociales productivas originadas por ellas y ligadas a su existencia. La relación capital-trabajo determina el proceso del desarrollo tecnológico así como la acumulación de capital. Solamente en el marco de la formación de capital es que la ciencia y la tecnología amplían las capacidades de la producción social aumentando la productividad del trabajo. El capital es trabajo excedente congelado en forma de plusvalía; se alimenta y crece por el trabajo vivo. En tanto que el desarrollo tecnológico es una función de la formación de capital, el capital acumulado es la materialización del tiempo de trabajo no pagado. La reducción del tiempo de trabajo implica también la reducción del tiempo de trabajo no pagado. Sin duda, el tiempo de trabajo no pagado puede ser aumentado a expensas del tiempo de trabajo pagado, aun cuando el tiempo de trabajo total disminuya mediante el aumento de la productividad. A medida que se necesita un tiempo de trabajo

[2] J. Strachey, Contemporary Capitalism, p. 294. 188

menor para producir la mercancía equivalente al ingreso del trabajador, más del tiempo de trabajo total puede tomar la forma de productos de los que se apropian los capitalistas. Pero la continua reducción del tiempo de trabajo mediante el desplazamiento de trabajadores puede eventualmente reducir el tiempo de trabajo no pagado total, y cuando no hay trabajo, no puede haber trabajo excedente y, consecuentemente, tampoco acumulación de capital.

Cualquiera que sea el grado de automatización y de extensión de las computadoras, los medios de producción ni operan ni se reproducen por sí mismos. Sus dueños, los capitalistas, en la improbable suposición de que se encargaran personalmente de la producción, dejarían entonces de ser capitalistas, es decir, compradores de fuerza de trabajo para fines de explotación. Suponiendo lo que es más probable, que tengan éxito en reducir constantemente el número de los trabajadores productivos, deberán reducir el tiempo de trabajo no pagado en relación a la masa de capital acumulado. Resultará entonces cada vez más difícil continuar el proceso de acumulación, que no es más que la acumulación del tiempo de trabajo no pagado transformado en nuevos medios de producción generadores de ganancias.

Las relaciones capital-trabajo son relaciones de valor, que es lo mismo que decir que los medios de producción no sólo son eso, sino también valores de capital, y que la fuerza de trabajo no es solamente eso, sino que es la fuente del valor y de la plusvalía. Para consumar el proceso de producción capitalista, la plusvalía debe ser suficiente para asegurar su reproducción ampliada. Como las relaciones de valor son relaciones de tiempo de trabajo, debería ser claro que una reducción del tiempo de trabajo que perjudique a la necesaria relación entre la plusvalía y el capital no es compatible con la producción capitalista. Sin embargo, mientras que la reducción del tiempo de trabajo social resulta en detrimento de la producción de capital, la reducción de los costos de mano de obra sigue siendo un requerimiento necesario para cada empresa o corporación capitalista individual. Sus ganancias aumentan según disminuyen sus costos de mano de obra. Es por esta razón que el desplazamiento de trabajo por el capital no puede ser detenido dentro del proceso competitivo de formación de capital, aun cuando destruya los cimientos de la estructura misma de la sociedad capitalista.

Todo progreso social se basa en la habilidad para producir más con menos trabajo. El capitalismo no es una excepción. El desarrollo tecnológico siempre desplaza trabajo, lo que sólo es otra forma de decir que la producción aumenta con la creciente productividad del trabajo. Una rápida tasa de formación de capital, sin embargo, puede aumentar el número absoluto de trabajadores mientras que disminuye su número en relación al creciente capital. Así, es solamente en condiciones de relativo estancamiento del capital que los avances de la tecnología hacen disminuir el número absoluto de trabajadores.

Aunque Marx experimentó el desempleo como un hecho social, sostenía que el pleno empleo era tan posible como el desempleo. El nivel de empleo dependía de la tasa de formación de capital. No obstante, la industrialización consistía precisamente en el desplazamiento del trabajo humano por la máquina. Y este mismo proceso, según Marx, convertía la productividad del trabajo en la "productividad del capital". Aunque los medios de producción representan una suma de valores definida y pueden ser productivos desde el punto de vista capitalista sólo mediante la ampliación de esta suma de valores, es la cantidad y calidad de los medios de producción en su forma física, más que el tiempo de trabajo, lo que expresa los crecientes poderes productivos del trabajo social. Pero en tanto que el valor de cambio es el objetivo de la producción, las cantidades de tiempo de trabajo siguen siendo la fuente y la medida de la riqueza capitalista. Aunque

> *el desarrollo de capital fijo revela hasta qué punto el conocimiento o* knowledge *social general se ha convertido en* fuerza productiva inmediata*, y, por lo tanto, hasta qué punto las condiciones del proceso de la vida social misma han entrado bajo los controles del* general intellect *y remodeladas conforme al mismo*,[3]

la contribución particular del capitalismo a este estado de cosas consiste en que

> *aumenta el tiempo de plustrabajo de la masa mediante todos los recursos del arte y la ciencia, puesto que su riqueza consiste directamente en la apropiación de tiempo de plustrabajo*.[4]

Si no fuera por las relaciones capitalistas de producción, el crecimiento de la riqueza social se caracterizaría por una constante reducción del tiempo de trabajo directo, y la riqueza de la sociedad se "mediría" no *por el tiempo de trabajo sino por el tiempo libre.* Según Marx,

> *tan pronto como el trabajo en su forma inmediata ha cesado de ser la gran fuente de la riqueza, el tiempo de trabajo deja, y tiene que dejar, de ser su medida y por tanto el valor de cambio* [*deja de ser la medida*] *del valor de uso*.[5]

[3] *Grundrisse*, t. II, p. 230.

[4] Ibid., t. II, p. 231.

[5] Ibid., t. II, p. 228.

Aunque en una forma antagónica, la disminución del tiempo de trabajo como la fuente y la medida del valor ya tiene lugar en las condiciones capitalistas. Pero aquí involucra a la reducción de la plusvalía relativamente a la creciente masa del capital. Y aquí es la productividad del trabajo, no la "productividad del capital", lo que cuenta para las ganancias capitalistas. Sin duda, las ganancias presuponen la existencia del capital. Pero las ganancias sólo pueden ser la diferencia entre trabajo pagado y trabajo no pagado. Si en alguna forma misteriosa procedieran de la "productividad del capital", independientemente del trabajo que originalmente pone el capital en movimiento, no serían ganancias en el sentido capitalista, porque no serían el resultado de la explotación del trabajo. Seguiría siendo cierto que el capital representa trabajo excedente hecho en el pasado y transformado, pero ya no estaría determinado por el trabajo vivo. En realidad, por supuesto, el capital presupone trabajo asalariado así como el trabajo asalariado presupone capital; son dos aspectos necesarios de las relaciones de producción capitalista. Donde no hay capital implicado en la producción, no hay sociedad capitalista; y cuando el capital ya no depende del trabajo asalariado, el capitalismo ha dejado de existir.

Un gran aumento en la productividad hace posible que la producción privada y la del gobierno crezcan una junto a otra. Pero la prosperidad resultante es engañosa; porque el mecanismo de crédito que protege a la producción aumentada se basa en ganancias futuras, que pueden materializarse o no. Esta seudoprosperidad requiere por lo tanto un aumento constante y acelerado en la productividad, y a medida que la "prosperidad" continúa la necesidad se hace cada vez mayor. Los medios de producción menos productivos deben ser remplazados constantemente por otros más productivos, y una porción de las ganancias realizables deben usarse como capital adicional para este fin.

En vista de la actual tendencia a la automatización, se percibe en forma más general que la creciente discrepancia entre trabajo y capital tiende hacia un punto de desarrollo a partir del cual resultará imposible una progresiva expansión futura del capital por medio de la explotación. Esta creciente convicción implica una aceptación inconsciente de la teoría marxista de la acumulación, aunque la idea no sea expuesta en términos marxistas. En vez de deducir el eventual colapso del capitalismo de la creciente "productividad del trabajo", que no es sino otra expresión para la acumulación de capital, los "marxistas" al revés deducen ese colapso de la creciente "productividad del capital" y su tendencia a desplazar al trabajo. En ambos casos, el sistema de producción de capital mediante la explotación del trabajo llega a su fin. Puesto que la creciente productividad del trabajo implica la creciente productividad del capital, el fin del capitalismo por medio de la automatización equivale al fin del capitalismo por falta de plusvalía.

Independientemente de la teoría, sin embargo, el fin del capitalismo aún no se vislumbra. La plusvalía se produce todavía en medida suficiente para asegurar la rentabilidad del capital en condiciones de una tasa de expansión de capital decreciente; y la automatización, considerada en relación al capitalismo mundial, aún no es más que una exótica excepción en el marco de una tecnología bastante estancada. Según el punto de vista de Marx, el desarrollo tecnológico está limitado por las condiciones de la producción de capital; la plena realización de sus potencialidades es imposible sin la destrucción de las relaciones de producción capitalistas. En cierto punto de su desarrollo el capital se convierte en un obstáculo para la posterior evolución de las fuerzas sociales de producción y cambia de un sistema de producción progresivo a otro regresivo. La clase trabajadora revolucionaria es entonces la única capaz de superar la barrera de la continuación del desarrollo. Acabando con el sistema capitalista deja libre el camino para el avance social y tecnológico que eventualmente podría abolir el trabajo humano indeseado y desagradable. Según Marx, las relaciones de explotación y de clase del capitalismo lo hacen un sistema económicamente limitado y un obstáculo para el desarrollo tecnológico.

En este último aspecto, también, Marx parece haberse equivocado a causa de la llamada segunda revolución industrial, caracterizada por la energía nuclear y la automatización. Resulta bastante extraño, sin embargo, que este nuevo triunfo sobre las pesimistas predicciones de Marx sea raramente celebrado como una solución a los problemas sociales actuales. Más bien se le considera como presagio de nuevas y quizá insolubles dificultades. En la cada vez más amplia literatura sobre la automatización, se advierte la sospecha de que haya una posible incompatibilidad entre la nueva tecnología y las relaciones socioeconómicas que prevalecen. Mientras que la mayor parte de las dificultades del sistema capitalista parecen haber sido superadas, el problema del desempleo permanente y en gran escala parece ser la última y la más importante de las contradicciones capitalistas.

No hay escasez de datos sobre la automatización. Sus cambiantes estadísticas aparecen por todas partes, en la prensa diaria así como en las publicaciones científicas. Estas estadísticas indican simplemente una creciente productividad, producción y rentabilidad mediante la reducción de la fuerza de trabajo. El impacto de la automatización difiere en las diferentes industrias. Es particularmente observable en textiles, minas de carbón, petróleo, acero, productos químicos, ferrocarriles y automóviles, pero afecta a toda la producción en gran escala en medida creciente así

como a las actividades comerciales y organizativas y en cierto grado incluso a la agricultura. Acaba tanto con el trabajo de los obreros como con el de los empleados; al presente más con los primeros que con los segundos, aunque esto podría llegar a cambiar con el tiempo.

Sin embargo, la automatización está todavía en su infancia y el desempleo actual puede no ser atribuible a los desplazamientos de trabajo que causa. Naturalmente, los trabajadores pierden sus empleos debido a la automatización; pero su incapacidad para encontrar otro empleo puede ser el resultado de una tasa de formación de capital decreciente. Después de todo, durante la Gran Depresión hubo dieciséis millones de desempleados en Estados Unidos. El desplazamiento del trabajo por la maquinaria ha sido continuo y no ha evitado un constante crecimiento de la fuerza de trabajo. Se teme, sin embargo, que la automatización sea tan diferente cuantitativamente de todo el desarrollo tecnológico previo como para significar una diferencia cualitativa. El problema social que plantea aparece como único e insoluble por analogía con las condiciones pasadas.

Evaluando el impacto de la automatización sobre la economía norteamericana, Donald N. Michael,[6] por ejemplo, intenta un pronóstico de sus posibles consecuencias sociales en las dos próximas décadas. Su estudio se basa en un número de supuestos, implicando todos ellos que las tendencias se mantendrán esencialmente como son ahora y como han sido durante los últimos diez años. Michael emplea el término "cibernetización" para designar la combinación de la "automatización" y las "computadoras", que usualmente van juntas en la aplicación de la cibernética a los procesos de producción. Dejaremos de lado todas las asombrosas capacidades existentes y potenciales de la cibernetización, y simplemente indicaremos lo que Michael, entre otros, considera que son las ventajas de la cibernetización. Las ventajas, tanto para firmas comerciales como para los gobiernos, son simplemente "impulsar la producción y reducir los costos", conduciendo al éxito en la competencia privada y nacional. Las otras ventajas que menciona Michael, tales como

> *reducir la magnitud de las tareas de organización de relaciones humanas; mayor racionalización de las actividades administrativas; liberar a la gerencia de distracciones menores; mayor libertad por facilidades de localización*

y así sucesivamente, son todos aspectos, o diferentes expresiones, del abaratamiento de la producción. Expresado en la elegante manera de Michael:

> *Si los criterios son control, comprensión y ganancias, hay poderosas razones por las que el gobierno y las empresas desearán ampliar la cibernetización tan rápidamente como puedan, y en realidad tendrán que hacerlo así.*[7]

Las ventajas de la cibernetización, sin embargo, serán compensadas por el problema del desempleo, que eventualmente afectará a todas las ocupaciones: a los no especializados más que a los especializados, y consiguientemente más a los trabajadores negros que a los blancos. La actual recolocación de la industria en los servicios acabará por no ser posible.

> *Si las personas cuestan más que las máquinas -bien sea en dinero o por el esfuerzo administrativo que implican- habrá un fuerte incentivo para remplazarlas de una u otra forma en muchos servicios donde realizan tareas rutinarias y predefinidas*.[8]

Como la tecnología permite que menos gente haga más trabajo, también desaparecerán muchos de los trabajos administrativos de tipo medio.

Por supuesto, hay muchas respuestas para el dilema que se plantea, tales como el reentrenamiento y la calificación de la mano de obra y la reducción de las horas de trabajo con un salario igual, o incluso reducciones de precios que conduzcan a una demanda de consumo mayor. Pero como todos los trabajadores resultan afectados por la cibernetización, Michael piensa que tales propuestas no resolverán el problema. Su propia sugerencia consiste en un programa más amplio de obras públicas, porque

> *aunque la proporción de trabajadores requeridos para cualquier tarea particular se reducirá mediante el uso de la cibernetización, el número total de tareas que es necesario realizar puede igualar o exceder el número absoluto de personas disponibles para ejecutarlas*.[9]

Él cree, sin embargo, que semejante política irá contra el espíritu capitalista. Por lo tanto, para la libre empresa podría ser suicida estimular la cibernetización.

Si bien las consecuencias de la cibernetización pueden amenazar el sistema de libre empresa. La misma resistencia de este sistema obliga a desarrollar la automatización. Michael ve así el dilema: las perspectivas son desfavorables *con* la cibernetización, pero *sin* ella son igual de malas. Según su punto de vista, un mayor control gubernamental y una mayor planeación nacional son sólo soluciones parciales. La ideología y los objetivos deben cambiar, y la requerida centralización de la

---

[6] D. N. Michael, *Cybernation: The Silent Conquest.* Santa Barbara, 1962.

[7] Ibid., p. 13.

[8] Ibid., p. 16.

[9] Ibid., p. 26.

autoridad “parece implicar una élite gubernamental y una aceptación popular de esa élite”. Si los nuevos patrones de comportamiento que se desarrollan no complementan el futuro “cibernetizado”, los sentimientos de frustración y de falta de objetivos

> *pueden muy bien provocar una guerra de desesperación: ostensiblemente contra algún enemigo externo pero, en realidad, una guerra para hacer un mundo habitable para los seres humanos, destruyendo la mayor parte de la sofisticada base tecnológica de la sociedad.*[10]

Obviamente, sin embargo, sería más probable una guerra en la que la sofisticada tecnología sirviera para destruir a la mayor parte del género humano.

No obstante, tanto el desarrollo tecnológico como la formación de capital corresponden a relaciones sociales subyacentes y pueden ser alterados cambiando estas relaciones. Si la automatización estimula el desarrollo de capital, está también limitada por las relaciones capital-trabajo existentes. Este es un fenómeno familiar: la monopolización es un instrumento tanto de la expansión de capital como de la contracción de capital; el impulso de obtener ganancias reduce la rentabilidad del capital. Cualquier pronóstico sobre el proceso de cibernetización debe, ante todo, plantear la cuestión de cuán lejos puede ser llevado este proceso por la sociedad existente. Lo que es realizable tecnológicamente puede no serlo económicamente; y lo que pudiera ser realizable económicamente pudiera no serlo socialmente.

Mientras que Michael considera la automatización desde el punto de vista de la tecnología, los economistas suelen considerarla desde el punto de vista económico. S. Kuznets, por ejemplo, cree necesario distinguir entre el cambio tecnológico potencial y el real. Aunque el “concepto de cambio tecnológico potencial es difícil de definir con precisión, y mucho menos medirlo”, escribe,

> es extremadamente útil, porque señala el hecho de que del gran volumen de cambio tecnológico ofrecido a la sociedad, solamente una parte está incorporada en la estructura productiva, principalmente a causa de limitaciones de capital y de habilidad empresarial.[11]

Kuznets piensa, sin embargo, que las próximas tres décadas verán una aceleración en la tasa de cambio tecnológico, sobre todo debido a una mayor rapidez en el ritmo de la investigación científica. Parece seguro, dice,

> que el desarrollo de las aplicaciones no militares de la física nuclear, de la electrónica en automatización y en las comunicaciones tendrá un inmenso impacto sobre el sistema de producción.[12]

Todo esto dará ímpetu a la demanda de fondos de capital y Kuznets cree posible que la nueva tecnología -al menos inicialmente- requiere un volumen de capital que sólo podría obtenerse a expensas del producto nacional. En otras palabras, la instalación de la nueva tecnología puede requerir una parte mayor de la producción total para la fabricación de nuevo equipo de capital material, dejando una parte correspondientemente menor para la utilización y el consumo inmediatos.

Así fue siempre en el pasado en condiciones de formación de capital. Y aunque las necesidades materiales de la formación de capital pueden ser más impresionantes durante la segunda revolución industrial de lo que lo fueron durante la primera, quizás a pesar de todo puedan lograrse. Más aún puesto que la nueva tecnología puede, eventualmente, exigir un volumen menor de capital para rendir un producto mayor del que, podía dar la tecnología “convencional”. Pero es necesario financiar nuevas inversiones de capital. La cuestión es entonces

> *si los patrones de ahorro del sector privado* [*de la economía*] *permitirán generar fondos que se ajusten a la proyectada demanda de capital.*

El interés se centra únicamente en el sector privado, porque

> *no es probable que el sector gubernamental tenga ahorros netos en una perspectiva a largo plazo. Más bien, puede verse obligado a sacarlos de los ahorros del sector privado*.[13]

A causa de la actual disminución de la propensión al ahorro del sector privado, Kuznets piensa que, como ya antes se experimentó, “persistirá la presión de la demanda de bienes sobre la existencia de ahorros”. Sugiere cautelosamente que

> *durante la década 1948-57, la combinación de una gran demanda de bienes de consumo y el nivel constantemente alto de las emisiones del gobierno para el consumo corriente pueden haber mantenido el ahorro privado y la formación de capital por debajo de la proporción requerida para aumentar suficientemente la productividad y superar las presiones inflacionarias.*[14]

Con esta base, y en vista del esperado crecimiento de la población improductiva, los gastos cada

---

[10] Ibid., p. 46.

[11] S. Kuznets. *Capital in the American Economy*, p. 442.

[12] Ibid., p. 443.

[13] Ibid., p. 453.

[14] Ibid., p. 457.

vez mayores del gobierno, y los constantes altos niveles de consumo, Kuznets teme que los ahorros voluntarios no sean suficientes para cubrir la demanda. Por esta razón

> *las presiones inflacionarias pueden muy bien persistir, con el resultado de que parte de los ahorros requeridos para la formación de capital y el consumo del gobierno sean obtenidos mediante este mecanismo particular*.[15]

Mientras que una falta de inversión de capital puede impedir la cibernetización, esa misma falta es también su razón de ser. Se supone que el esperado aumento de rentabilidad conduciría a aumentos en la producción y el empleo suficientes como para compensar el trabajo desplazado por los adelantos tecnológicos. Ésta es la idea que apoya el argumento de que todo avance tecnológico, tarde o temprano, crea oportunidades de trabajo nuevas y adicionales. Usualmente se ilustra haciendo referencia a empresas definidas y situaciones particulares. Por ejemplo, R. Calder señala que

> *en Francia, la Compañía Renault, controlada por el Estado, pudo emprender, después de la guerra, la más intensa automatización entre todas las fábricas de automóviles de Europa, la consecuencia de lo cual] actualmente han empleado un número de trabajadores tres veces mayor del que había antes de la introducción de la automatización.* [*Calder cree que éste es*] *un buen ejemplo de los efectos en cadena de la tecnología moderna*.[16]

Sin duda esto es cierto por lo que respecta a la compañía Renault, al menos por ahora. Y podría ser cierto para muchas, o incluso todas las empresas, de la economía en expansión de Europa occidental que ha venido experimentando el mismo proceso de crecimiento que -por diversas razones- ocurrió anteriormente en los Estados Unidos. Si bien la tasa de formación de capital en los diez últimos años fue más elevada en Europa occidental que en los Estados Unidos, no hay razón para suponer que siga siéndolo siempre. Obviamente, los efectos de la automatización serán diferentes en condiciones de rápida expansión de capital que en condiciones de estancamiento de capital. La actual situación norteamericana podría, por lo tanto, ser "un ejemplo de los efectos en cadena de la tecnología moderna" tanto como lo es la experiencia de Calder con la compañía Renault, o incluso con Europa occidental en general.

Desde el punto de vista de un capital aislado, un aumento de la productividad mediante la automatización es sin duda algo conveniente, si permite al capital ampliar sus mercados eliminando a los competidores menos eficientes. El capital individual no es consciente, y no podría serlo, de la pérdida de ganancias a través de la pérdida de trabajo excedente social; sus únicas consideraciones son sus costos de producción y los rendimientos de sus ventas. Independientemente de cuáles sean las consecuencias de la automatización, el capital privado tratará siempre de aumentar su productividad para lograr ganancias extras, o al menos para mantener una rentabilidad dada. Una tasa decreciente de ahorros no interrumpirá el proceso de cibernetización en corporaciones con suficientes reservas para financiar sus innovaciones tecnológicas. Como la automatización acelera la obsolescencia, los negocios más pequeños, incapaces de introducir maquinaria automática lo suficientemente rápido, quedarán fuera de la competencia. De esta manera la automatización acentúa el proceso de concentración inherente a la competencia capitalista.

La concentración de capital exige, y permite, la extensión continua de la automatización. A falta de una tasa de expansión de capital que aumente constantemente, el desempleo tiene que crecer. Tal acelerada tasa de expansión es muy improbable; de modo que el aumento de rentabilidad que trae la automatización puede quedar nulificado por el simultáneo aumento en los gastos del gobierno necesarios para enfrentar las consecuencias sociales de la cibernetización. Sin duda, la automatización también abaratará los productos vendidos al gobierno y en ese sentido aligerará la carga del capital privado. Pero esto puede quedar anulado por una extensión de la demanda del gobierno al sector privado de la economía, lo que, por sí mismo, más que impedir, apresurará el proceso de automatización.

Nada de esto ocurriría si las condiciones sociales del futuro próximo no. impulsaran el crecimiento de la automatización ni el del "sector público de la economía. En otras palabras, si la sociedad, de una manera general, "congela" las condiciones sociales existentes. Pero esto requiere un control centralizado sobre el total de la economía que el gobierno no posee. Si tuviera este control, no estaría todavía dirigiendo una economía de libre empresa. Aparte de las dificultades internas de un estado estacionario, las relaciones exteriores de las naciones impiden el mantenimiento del statu quo económico. Pues la automatización, se dice, debe superar las ventajas salariales del extranjero al impulsar la productividad doméstica. Y las naciones capitalistas deben competir no sólo en la esfera económica sino también en la militar, y la producción de armamentos ya depende en gran medida de la tecnología de la automatización.

Sin embargo, muchas empresas que desearían automatizarse no podrían hacerlo sin dejar de

[15] Ibid., p. 460.

[16] R. Calder, *Europe's Needs and Resources*, p. 789.

existir. Pueden concederse subsidios a esas empresas como los que se han concedido a ciertos sectores de la agricultura. Esto no es menos probable, ni diferente en principio, que mantener a los desempleados fuera de la producción corriente. De esta forma, parte de la empresa privada (en su forma tecnológica atrasada) pasaría a formar parte del "sector público" de la economía como desde hace tiempo sucede con algunos sectores de los grandes negocios. A no ser que los privilegios de estos últimos, tales como contratos del gobierno, exenciones de impuestos y cargos extraordinarios por depreciación, sean eliminados, el ya restringido sector lucrativo de la economía tendrá que abandonar una porción aún mayor de su producción al sector público. Este proceso alcanzará su fin "lógico" con la destrucción de la rentabilidad de la empresa privada a causa de las demandas del gobierno.

Sin embargo, el curso real de los acontecimientos, tal como está determinado por la interacción de diversos y contrarios intereses, rara vez es, si es que lo es alguna vez, "lógico". Puede ser al mismo tiempo lógica y económicamente posible tener una industria altamente cibernetizada con, digamos, la mitad de la población trabajadora desocupada; pero en la práctica esto es muy improbable. Surgirían movimientos sociales para cambiar esta situación. En forma similar, la acentuación de la concentración de capital mediante la automatización, muy probablemente provocará que aparezcan en escena fuerzas políticas que tratarán de detener esta evolución. Cuando la teoría choca con las necesidades reales, las actitudes fetichistas hacia el sistema de producción y su tecnología pierden su influjo, y la gente tratará de cambiar la estructura social mejor que acomodarse a ella indefinidamente. En última instancia, la cuestión del grado de cibernetización se resolverá mediante la acción política.

Incluso en el terreno puramente económico, la cibernetización encuentra sus límites cuando empieza a contrariar la rentabilidad del capital. De cualquier modo su pleno desarrollo sería un proceso muy largo, puesto que requiere el cambio de la mayor parte del equipo de producción existente. Deshacerse de la masa de capital basado en la vieja tecnología es deshacerse del trabajo condensado de generaciones. Crear el capital correspondiente a una tecnología radicalmente nueva requiere también el trabajo de generaciones. La cibernetización sólo puede ser aplicada en pequeñas porciones independientemente de la naturaleza de la sociedad. Pero en el capitalismo resulta doblemente difícil porque sólo puede ser aplicada en la medida en que salvaguarda y promueve el crecimiento del capital existente.

Tomando en consideración la evolución anterior y juzgando en forma realista las condiciones presentes, el futuro de la cibernetización no parece nada promisorio excepto, quizá, para algunas industrias especiales, particularmente para aquellas dedicadas a la producción de armamentos. En efecto, se ha dicho que "estas máquinas milagrosas en las que la cibernética puede emplear todos sus recursos parecen ser utilizables solamente como aparatos mortíferos".[17]

Un método para enfrentar la creciente productividad producida por la cibernetización sería reducir el número de horas de trabajo y proporcionar a la gente más tiempo libre. Sin embargo, este método es puesto en duda o completamente rechazado casi unánimemente, no porque contradiga al mecanismo capitalista, sino porque la sociedad "ha fracasado en desarrollar un ocio provechoso". El aburrimiento es considerado un problema muy serio e incluso peligroso porque "sigue siendo cierto que el hombre feliz es muy frecuentemente aquél que no tiene tiempo suficiente para preocuparse de si es feliz o no".[18] Toda clase de crímenes y delitos son atribuidos al aumento del ocio que, por tanto, debe ser "organizado" por las autoridades competentes antes que pueda concederse. Estas palabras tontas e insinceras pueden deshacerse de golpe. La clase ociosa ha encontrado siempre que el ocio de las clases inferiores era ofensivo y peligroso para su propio ocio. Considerando las maravillas de la primera revolución industrial, Delacroix meditaba sobre

> *las pobres gentes explotadas,* [*que*] *no encontrarán la felicidad en la desaparición del trabajo. Vean a esos ociosos condenados a cargar el fardo de sus días y sin saber qué hacer con su tiempo, que las máquinas hacen cada vez más largo*.[19]

Pero el ocio es precisamente lo que la mayoría de las personas necesitan más y tienen menos: el ocio sin necesidades, claro está; porque el ocio de los hambrientos no es descanso, sino una incesante actividad con objeto de conservarse vivos. Sin una cantidad de ocio mayor no puede haber mejoramiento de la condición humana.

Esta cuestión no puede plantearse bajo las condiciones actuales. Ayudados por circunstancias especiales, uno u otro grupo trabajador puede lograr reducir su tiempo de trabajo sin disminuir sus ingresos. Pero esto es la excepción a la regla. Porque reducir las horas de trabajo en general y mantener los salarios actuales impediría el propósito capitalista de introducir cambios tecnológicos y haría de la automatización un asunto sin sentido. El objetivo de la automatización es precisamente

---

[17] P. de Latie, *Thinking by Machine.* Boston, 1957, p. 284.

[18] R. Theobald, *The Challenge of Abundance.* Nueva York, 1962, p. 86.

[19] *The journal of Eugene Delacroix.* Nueva York, 1961, p. 512.

reducir los costos de salarios en relación a los costos totales de los "factores de producción" y recuperar los altos costos del capital mediante una productividad mayor. Puede discutirse, naturalmente, que ya no hay necesidad de una formación de capital extensiva y que el simple reemplazo y modernización del aparato productivo existente basta para satisfacer todas las necesidades sociales. Cualquier aumento en la productividad podría ser entonces traducido inmediatamente en salarios más altos, menos horas, o ambas cosas. Si bien esto puede ser cierto, *no* es posible en el sistema capitalista, y quienes proponen seriamente esta solución deben estar preparados para cambiar el sistema.

La solución "capitalista" al problema de la automatización debe encontrarse no en salarios más altos y una semana laboral más corta para la población trabajadora, sino en una mayor rentabilidad y en un capital mayor. Cada empresario, o corporación, emplea el mínimo de trabajo en relación al capital invertido; cada uno, por supuesto, trata de aumentar este mínimo mediante inversiones correspondientemente mayores. Están interesados -económicamente hablando- no en una fuerza de trabajo mayor o menor, sino en la fuerza de trabajo que demuestre ser más provechosa. No les importa y no les puede importar la fuerza de trabajo nacional; los desocupados son responsabilidad del gobierno, por más que éste sólo pueda mantenerlos con fondos extraídos de toda la sociedad.

Como la producción en la sociedad capitalista se consigue mediante numerosas empresas competidoras que operan independientemente, siguiendo cada una los dictados de la rentabilidad, no hay forma de que la fuerza de trabajo total comparta el trabajo disponible. Habrá exceso de trabajo para unos y desempleo para otros. Los empleadores no reducirán las horas de trabajo sin reducir también los salarios; y los trabajadores más afortunados *insistirán* en trabajar un número de horas suficiente para conservar su nivel de vida acostumbrado. En lugar de menos horas, habrá un creciente desempleo. El capitalismo debe guardar a sus víctimas la suficiente consideración para obtener su asentimiento; pero el sistema soportará esta pérdida sólo si la compensa la creciente productividad del trabajo. Cuando el aumento de la productividad origina por sí mismo al desempleo permanente y en gran escala, ya no beneficia al capitalismo: las ganancias que crea se perderán por los costos de mantener improductiva a la población. El capital habrá dejado de funcionar como capital.

Ésta es la tendencia general del rápido desarrollo tecnológico en condiciones de producción de capital. De hecho, como tal desarrollo no puede encajar en las relaciones de producción capitalistas, seguirá siendo solamente una tendencia. Constantemente será invalidada por las reacciones sociales que desencadena. Por otra parte, la tendencia asegura la continuación de las condiciones de crisis social. La producción de capital en la economía mixta enfrenta así un doble dilema: su futuro está amenazado tanto por el rápido crecimiento de su sector público como por la tecnología desplazadora de trabajo. Entre más se extiende la automatización, mayor es la necesidad de enfrentar sus consecuencias sociales mediante un aumento en el gasto público. Cuando más gasta el gobierno, más urgente resulta la necesidad de más automatización. En 1964, el Congreso de los Estados Unidos nombró una Comisión Nacional de Tecnología, Automatización y Progreso Económico para ocuparse del creciente cambio tecnológico y sus consecuencias. La Comisión encontró que el problema todavía era "manejable", si el cambio tecnológico iba acompañado por "vigorosas políticas fiscales" que protegieran el crecimiento económico y el empleo en el gobierno "para todos aquellos que no pudieran *encon*trar empleo".[20] Pero tales "vigorosas políticas fiscales" son tan perjudiciales para el sistema de empresa privada como lo son las consecuencias sociales de la automatización bajo condiciones de relativo estancamiento del capital.

[20] *The New York Times.* 24 de enero de 1966.

Capítulo XVII
Formación de capital y comercio exterior

El creciente carácter organizado de la economía mixta ha inducido a algunos economistas y sociólogos a hablar de ella como de un sistema "poscapitalista". La posibilidad de una economía capitalista organizada agradaba o preocupaba a muchos teóricos sociales antaño. Rudolf Hilferding[1], especialmente, imaginó un capitalismo completamente organizado basado en un sistema de distribución de antagonismo de clases. Sin embargo, un capitalismo no competitivo, aunque quizá sea concebible a nivel nacional, es bastante inconcebible como fenómeno de alcance mundial y por esa razón sólo puede ser parcialmente realizado a nivel nacional. Lo que existe de organización económica *nacional* ha surgido en respuesta a la competencia internacional; y cuanto más esa organización se ha adentrado y transformado el mecanismo del mercado, más caótico y destructivo se ha vuelto el sistema capitalista. Las relaciones de propiedad capitalistas impiden cualquier forma efectiva de organización social de la producción. Sólo donde estas relaciones de propiedad han sido destruidas, como por ejemplo en la URSS, ha resultado posible tener algún grado de control económico central. Pero incluso allí, el carácter de la economía planificada está determinado aún por la competencia internacional y, en esa medida, su naturaleza organizada ayuda a perpetuar la anarquía general de la producción de capital.

Aunque la teoría de Keynes se desarrolló a partir de la consideración de un sistema cerrado, tenía que relacionarse con el mundo real de la producción de capital. Keynes vio que insistiendo en la naturaleza autorreguladora del mercado, la doctrina del *laissez-faire* condenaba a la sociedad a depresiones y a la declinación del comercio internacional que aquéllas originaban. Keynes esperaba que un inteligente interés propio induciría a los capitales nacionales a ampliar la producción mediante intervenciones del gobierno, y luego a extender su recién adquirido punto de vista más comprensivo al comercio y las finanzas internacionales. En la actualidad se sostiene casi generalmente que las políticas gubernamentales pueden controlar el comportamiento de la economía nacional. Pero esta confianza no se extiende a la economía internacional que, de tiempo en tiempo, es arrasada por dificultades comerciales y de pagos, como la llamada brecha del dólar después de la segunda guerra mundial, y las más recientes dificultades de pagos de Inglaterra y los Estados Unidos, para no hablar de los casi permanentes problemas de comercio y de pagos de las naciones capitalistas subdesarrolladas.

Para Marx no era el comercio, sino el proceso de acumulación de capital, la fuente de la crisis capitalista; la expansión y contracción del comercio simplemente expresaba las necesidades del proceso de acumulación de capital, como lo hacían la expansión y la contracción en otras esferas de la actividad económica. Marx no compartía la ilusión de los clásicos de que el libre comercio internacional beneficia a todas las naciones en forma igual originando una división internacional del trabajo en armonía con las condiciones naturales y las necesidades económicas de los hombres. Marx sostenía que la división internacional del trabajo desarrollada mediante el comercio estaba principalmente determinada por la acumulación de capital. Por lo tanto,

> *así como todo se convierte en monopolio, hay también algunas ramas de la industria que prevalecen sobre otras, y aseguran a las naciones que más las favorecen el control de los mercados mundiales*.[2]

Esta posición monopolista es simultáneamente una posición de explotador. Marx no se sorprendía de que

> *los partidarios del libre comercio no pueden entender cómo una nación puede enriquecerse a expensas de otra, puesto que estos señores también rehúsan entender cómo es que en un mismo país una clase puede enriquecerse a expensas de otra*.[3]

No obstante, él se declaró a favor del libre comercio, porque en aquel tiempo, "el sistema proteccionista era conservador, mientras que el sistema de libre comercio actuaba destructivamente", y "llevaba el antagonismo del proletariado y la burguesía a su punto extremo". [4]

El desarrollo económico

> *ha sido un proceso de crecimiento desde un centro, en el que las naciones fuera del centro han debido su desarrollo (y a menudo su misma existencia) a los movimientos de factores, así como de bienes, del centro; y los países del centro a su vez han debido su desarrollo principalmente a este movimiento*.[5]

---

[1] R. Hilferding, *El capital financiero.* Ed. El Caballito, México, 1973.

[2] K. Marx, *Free Trade.* Nueva York, 1921, p. 42.

[3] Ibid.

[4] Ibid.

[5] J. H. Williams. *Economic Stability* in *a Changing World.* Nueva York, 1953, p. 24.

En estas condiciones, es cierto que el comercio internacional constituye una “ganancia económica”. Sin embargo, la ganancia corresponde desproporcionada y grandemente a unas pocas naciones capitalistas y transforma al mercado mundial en su dominio; de manera que el destino del mercado mundial depende de la expansión de esas pocas naciones o, algunas veces, de una nación en particular.

En un mundo sin tarifas, cuotas y otras restricciones, el comercio enfrenta una situación discriminatoria, porque la fuerza de las diferentes naciones varía de acuerdo al nivel de productividad, grado de desarrollo industrial y posesión de recursos naturales. A lo largo de un periodo de tiempo,

> *si hay tasas divergentes de crecimiento de la productividad, el comercio será progresivamente menos favorable para los países que menos rápidamente avancen en productividad*.[6]

Así, el “libre comercio” era la consigna de las naciones capitalistas más avanzadas, y los mismos “librecambistas” sólo se preocupaban por que el comercio fuera libre en tanto que esto significaba una economía en expansión y un mercado mundial en crecimiento. Esta libertad de comercio específica, a su vez, preparaba las condiciones para nuevas oleadas proteccionistas, que surgieron tan pronto como empezó a declinar la formación de capital.

Las economías diversificadas y de gran escala son menos dependientes de la extensión del comercio internacional que las economías más especializadas y de menor escala. La dependencia de la economía norteamericana de los productos de otras naciones es relativamente limitada: lo que otras naciones producen, en la mayoría de los casos también puede ser producido en los Estados Unidos; y de lo que no puede producirse a menudo se puede prescindir, o se puede remplazar con sustitutos. Naturalmente, la economías de gran escala usarán sus posibilidades `autárquicas” sólo en una “situación de emergencia”, puesto que el capital reconoce únicamente a la rentabilidad como frontera para su expansión. Pero dado que estas economías sufren menos por un deterioro del comercio internacional, pueden establecer las condiciones en las que éste se realiza. Y aunque está claro que la ventaja económica del comercio exterior no consiste en librarse de exportaciones sino en obtener el máximo valor de las importaciones a cambio de ellas, los países con absoluta necesidad de importar se ven a menudo obligados a comprometerse en prácticas comerciales muy contrarias a sus “intereses económicos”.

El que una nación ocupe una posición monopolista en la economía mundial no desequilibra necesariamente el comercio mundial: en efecto, en el siglo XIX, la excepcional fuerza del capital inglés acompañada de grandes exportaciones de capital, promovió el comercio. Pero los cambios estructurales en el capitalismo mundial pueden afectar negativamente tanto a la acumulación de capital como al comercio internacional. Se ha dicho a menudo que las exportaciones de capital relativamente limitadas de los Estados Unidos y el bajo porcentaje de los bienes exportados respecto a la producción total son prueba de su falta de “imperialismo económico'; y que, en consecuencia, la competencia norteamericana no puede ser culpada por las dificultades económicas que acosan al mundo. Desde un punto de vista consistentemente capitalista, sin embargo, sería justamente esta falta de “imperialismo económico” -cualquiera que sea su causa-- la responsable de la contracción del mercado mundial. Durante el periodo de 1870 a 1913, por ejemplo,

> *la Gran Bretaña invirtió en el extranjero cerca de dos quintas partes de sus ahorros, esto es, algo así como una décima parte de su ingreso. En 1913 sus inversiones en el exterior, equivalentes a cerca de cuatro novenas partes de sus inversiones domésticas, representaban un tercio de todas las inversiones europeas, y contribuían con un décimo de su ingreso nacional*.[7]

Expresado en términos de la escala de la ahora dominante economía norteamericana,

> *el equivalente sería una inversión norteamericana en el exterior de cerca de 600 mil millones de dólares que rendirían 30 mil millones anuales de ingreso y que crecerían como en 15 mil millones al año*.[8]

Por el contrario, las inversiones privadas norteamericanas en el exterior después de la segunda guerra mundial se mantuvieron durante largo tiempo a una tasa menor de mil millones de dólares por año, representando menos de un tercio de uno por ciento de su ingreso nacional y elevándose sólo lentamente a 3 mil millones en 1957 y a 4 500 millones en los años posteriores.

El repetido dilema mundial del comercio y los pagos se origino en la primera guerra mundial y adquirió un carácter aparentemente insoluble al terminar la segunda guerra mundial. Las posiciones invariablemente desfavorables en comercio y pagos de las naciones europeas eran principalmente el resultado de las dos guerras, que les hicieron perder la mayor parte de sus posesiones extranjeras, de su endeudamiento por los abastecimientos norteamericanos y de la contracción de sus mercados

[6] Ibid., p. 38.

[7] W. L. Thorp, *Trade, Aid, or What?* Amherst, 1954, p. 183.

[8] Ibid.

tradicionales. La relativa escasez de alimentos y materias primas durante y después de las guerras cambió los términos de intercambio en perjuicio de las naciones europeas. La situación se agravó aún más por el deterioro del comercio Este-Oeste, que en parte fue resultado de cambios políticos pero, en una parte aún mayor, de la industrialización de los países que anteriormente habían sido productores de materias primas casi exclusivamente. La posición dominante de los Estados Unidos en la economía mundial, no sólo como productor industrial más importante, sino también como el más importante productor agrícola, desequilibró aún más el ya precario "equilibrio económico internacional".

Una balanza de pagos puede desequilibrarse a causa del intercambio de mercancías, los movimientos de capitales o por los requerimientos de la guerra. Los países deficitarios pueden equilibrar sus transacciones exteriores en diversas formas. Pueden recurrir a sus activos y reservas extranjeras. Pueden alterar sus tasas de cambio, afectando con ello tanto a las importaciones como a las exportaciones. Pueden alentar las exportaciones para ganar en el intercambio exterior y desanimar las actividades que conduzcan a una pérdida en el cambio exterior. También pueden obtener ayuda en forma de créditos y ayuda exteriores. Una balanza comercial y de pagos significa solamente eso por sí misma, y no implica necesariamente condiciones saludables y prósperas. Un desequilibrio persistente en las transacciones del cambio exterior, sin embargo, indica una disolución del sistema del mercado. Después de la segunda guerra mundial, los Estados Unidos se convirtieron en una nación acreedora incapaz de cobrar y Europa en un conglomerado de naciones deudoras incapaces de pagar. Entre 1946 y 1952, el déficit de las naciones "libres" con respecto a los Estados Unidos se elevó a cerca de 34 mil millones de dólares. Unos 4 mil millones fueron cubiertos por las reservas europeas de oro y dólares; más de 30 mil millones de dólares por la ayuda norteamericana.

Anulada por préstamos y concesiones, la "balanza favorable" norteamericana era puramente ficticia, porque, como lo expresó un senador de los Estados Unidos, es

> *obviamente una imbecilidad definir con la palabra "favorable" una situación en la que el gasto excede el ingreso* [...] *Era desfavorable, pero inevitable, en los años en que éramos una nación deudora y teníamos que mandar fuera para pagar nuestra deuda más de lo que recibíamos. Todo lo que expande nuestras importaciones y/o disminuye nuestras exportaciones tiende a mitigar nuestra tonta práctica de enviar fuera mercancías que no pueden ser pagadas*.[9]

Sin embargo, esta "tonta práctica" reflejaba la indispensable interdependencia del capitalismo internacional. Requiriendo el mantenimiento de sistemas de empresa privada en todas partes, la política económica exterior norteamericana no podía seguir las reglas de los buenos negocios.

El capitalismo siempre ha sido al mismo tiempo un sistema social productivo y destructivo, no sólo en la competencia cotidiana, sino, de forma acelerada y concentrada, en tiempos de crisis y guerras. La destrucción de los valores de capital tanto en la competencia pacífica como en la competencia bélica era un instrumento para provocar nuevos movimientos ascendentes en la producción de capital. Para servir como instrumentos de acumulación, sin embargo, los aspectos destructivos de la producción de capital deben conservar cierta relación definida con sus poderes productivos. La destrucción de los valores de capital en una depresión solamente afecta a una pequeña cantidad de capital en su forma física. El aparato productivo material queda en su mayor parte intacto; simplemente se concentra en un número menor de manos. La guerra, por otra parte, destruye el capital tanto en su forma física como en su forma valor; si demasiado de él es destruido en su forma material, los capitales sobrevivientes se encuentran arrojados hacia una etapa "anterior" de desarrollo del capital en la que sus propias características avanzadas resultan un anacronismo. Como sus propias ganancias están ligadas a una masa definida de producción mundial, una reducción demasiado grande de esta última puede reducir la rentabilidad de los capitales sobrevivientes. Las desproporciones causadas por la destrucción y dislocaciones de la guerra deben ser superadas antes de que el proceso general de acumulación de capital pueda proseguir.

La favorable balanza comercial de los Estados Unidos en 1948 fue de 5 500 millones de dólares y su producción en el mismo año superó a la de 1937 en un 70 por ciento. El déficit de los países del Plan Marshall era de 5 100 millones de dólares y su producción estaba por debajo del nivel de antes de la guerra. Su participación en las importaciones norteamericanas había descendido de 2 por ciento del producto nacional bruto norteamericano de comienzos de siglo a menos de 0.5 por ciento en 1948. Bajo semejantes condiciones, la cuestión del comercio y los pagos no podía dejarse a las vicisitudes de los acontecimientos del mercado. El procedimiento poco comercial de enviar más en forma de ayuda de lo que se recibía por medio del comercio era inevitable.

Los movimientos internacionales de capital después de la segunda guerra mundial estaban dominados por los Estados Unidos, y la mayor parte del flujo norteamericano consistía en fondos del gobierno. La ayuda norteamericana capacitó a los gobiernos europeos para adoptar muchos más programas extensivos de recuperación de lo que hubiera sido posible de otra manera. Esta ayuda era una extensión de la producción inducida por el gobierno en la escena internacional. Así como la

[9] R. E. Flanders, *The American Century.* Cambridge, 1950, p. 49.

producción inducida por el gobierno se considera que asegura para la economía doméstica aquel grado de actividad económica considerado necesario para la estabilidad social, así la ayuda del gobierno a las naciones extranjeras encontraba su justificación en la imprescindible necesidad de mantener en el extranjero el sistema de empresa privada. En ambos casos, se espera que los gastos corrientes no lucrativos serán recuperados después mediante una elevación general de la actividad económica.

Con objeto de acelerar la expansión general de capital y de ampliar sus mercados, una integración económica de las economías europeas dispersas nacionalmente resultaba indispensable y encontró el más fuerte apoyo por parte de los Estados Unidos. Integración económica puede significar diferentes cosas: el "automatismo" de un mercado libre mundial, así como una unificación política con intervenciones planificadas en la economía a nivel supranacional. El último tipo de "integración" fue incorporado en la visión nazi de Europa bajo el control germano. Durante la guerra, se elevaron algunas voces inglesas abogando por una Europa Unida bajo la tutela británica. Pero la guerra redujo a la Gran Bretaña a una potencia secundaria, a pesar de sus extensas pero debilitadas conexiones de la Commonwealth. El futuro y el carácter de la Europa continental pareció entonces estar determinado por el desarrollo de la lucha por el poder entre la URSS y los Estados Unidos. Para que estos últimos ganaran, o siquiera mantuvieran sus posiciones, era necesaria una rápida recuperación de Europa. Esto originó el Plan Marshall y forzó a los Estados Unidos a aceptar políticas económicas discriminatorias para sus propios intereses estrictamente económicos.

Aunque el concepto de "integración" de las economías europeas era al mismo tiempo económico y político, en sus comienzos se trataba de un asunto puramente monetario de acuerdo con el punto de vista keynesiano que considera todas las actividades económicas principalmente desde el ángulo monetario. Varios cientos de modificaciones en las tasas de cambio en concurrencia con diferentes grados de inflación en los diversos países habían conducido a una impenetrable jungla de inconvertibilidad. Restablecer al menos una convertibilidad parcial fue considerado entonces como el punto de partida para un aumento del comercio y una consiguiente elevación de la producción. El primer intento en esta dirección fue la Unión de Pagos Europea, concebida a partir de la Unión de Balance Internacional propuesta por Keynes durante la segunda guerra mundial. Tenía por objeto hacer posible una mejor transferencia de las monedas europeas, lo que se consideraba una condición previa para la eliminación de las restricciones a la importación, subsidios a las exportaciones y otras medidas que obstaculizaban el comercio intraeuropeo. También se consideraba como una etapa intermedia en el camino hacia la convertibilidad universal en un mundo de libre comercio absoluto.

Los problemas europeos de comercio y de pagos fueron prontamente superados, sin embargo, por las cuestiones más importantes de la defensa del Occidente y de la incorporación de Alemania al Pacto del Atlántico. En los años posteriores a Potsdam se había hecho obvio que la extensa destrucción y la sujeción a un nivel bajo de la industria representaba una ventaja para el nuevo adversario ruso. En la primavera de 1951, los aliados occidentales revisaron el Estatuto de Ocupación a cambio de garantías de que Alemania pagaría sus deudas anteriores y posteriores a la guerra y de que cooperaría dentro de los límites de su capacidad al esfuerzo defensivo de Occidente.

La decisión de revivir la potencia económica alemana implicaba una cosa para Francia e Inglaterra y otra para los Estados Unidos. Para estos últimos, se trataba ante todo de una decisión militar, una preparación para una posible nueva marcha sobre Moscú con el "experimentado" ejército alemán como punta de lanza de una fuerza europea respaldada por el inmenso poder productivo de los Estados Unidos. La resurrección de Alemania, tanto industrial como militar, era aceptable para Francia sólo si iba acompañada de garantías que asegurasen a Francia una posición dominante en Europa. Pero la debilidad e incapacidad de Francia para oponerse a la política norteamericana indujo a los políticos franceses a anticiparse a los aspectos peligrosos de esta posibilidad y a responder a ellos por adelantado con el Plan Schuman.

El propósito del Plan Schuman, la concepción de una Comunidad Europea del Carbón y el Acero, era crear un mercado único para el carbón y el acero en toda Europa occidental. La adhesión a él de Francia y Alemania hizo que la participación de las naciones más pequeñas resultara prácticamente nominal. La Gran Bretaña se asoció simplemente para el intercambio de información, sin someter al control de la Comunidad sus propios asuntos referentes a su carbón y su acero. La nueva institución supranacional fue saludada como el comienzo de una nueva era en las relaciones intraeuropeas, y como precursora de aún mejores cosas futuras. La introducción en el mercado único de otros productos además del carbón y el acero y la creación de un programa de energía atómica europeo, sentaría las bases de una Federación de Europa occidental, unos Estados Unidos de Europa.

En forma más prosaica, sin embargo, la Comunidad del Carbón y el Acero resultaba ser simplemente una extensión del cártel europeo del acero de los días prehitlerianos. En Francia y en Alemania, el carbón y el acero se hallaban cerca de las fronteras de esas dos naciones en el Saar, en Lorena y en el Ruhr. Combinar el mineral de hierro de Lorena con el carbón del Ruhr ha sido la preocupación de ambas naciones durante un siglo. El cártel europeo del acero, que duró hasta la segunda guerra mundial, era un arreglo para la fijación de precios cuya existencia indicaba el relativo

estancamiento del capital en aquella época. Y en 1950, cuando nació el Plan Schuman, había signos de inminentes excedentes de carbón y acero; de modo que probablemente el Plan fue parcialmente inspirado por el deseo de evitar otro periodo de competencia desleal. No obstante, en el momento de su ratificación y durante el periodo inmediatamente anterior a ella, la situación ya había cambiado a favor de una expansión general de la producción de carbón y acero. Existía entonces la necesidad de la colaboración germano-francesa no tanto para asegurar el mercado existente como para permitir una producción mayor. Independientemente de cómo se presentara el futuro, la Comunidad del Carbón y el Acero satisfacía a tocos aquellos comprometidos en su fundación. Para los Estados Unidos, aumentaba el potencial militar de Occidente; para Alemania, ofrecía la oportunidad de una recuperación más rápida; y a Francia le daba la oportunidad de compartir el control del inevitable desarrollo de la fuerza productiva y la capacidad bélica de Alemania.

En un aspecto la ratificación del Plan Schuman fue también un resultado de la recuperación de Alemania, que vino a ser generalmente considerada como un "milagro" y una manifestación de que no había disminuido el poder de expansión del capitalismo. Por supuesto, este "milagro" era resultado de la colosal destrucción de capital, que al mismo tiempo permitía y necesitaba un enorme volumen de reconstrucción. La recuperación fue ayudada por una reforma monetaria radical, por la ayuda y las inversiones norteamericanas y por condiciones políticas bajo las cuales el instinto de supervivencia era un incentivo suficiente para que los trabajadores soportaran el más alto grado de explotación. La jornada de trabajo en Alemania era mayor que en ningún otro lugar de Europa. Mientras que los salarios alemanes eran la mitad de los salarios británicos, las inversiones en Alemania eran el 25 por ciento del ingreso nacional contra el 16 por ciento de la Gran Bretaña. El consumo *per cápita* de la población germano occidental era solamente un 60 por ciento del de Gran Bretaña; en ningún país de Europa occidental se empleaba para necesidades personales un porcentaje del producto nacional bruto menor que en Alemania. Esta tasa de explotación excepcional tendió, por supuesto, al promedio europeo; pero, mientras estuvo vigente, restauró la posición económica alemana dentro de la economía europea.

Lo que quizá tiene interés especial en esta relación, es la estrecha asociación entre la reconstrucción alemana, la recuperación europea, e innovaciones tales como la Unión de Pagos y el Plan Schuman con el programa de defensa de Occidente bajo el liderazgo norteamericano. En efecto, la Comunidad del Carbón y el Acero y la Comunidad de Defensa al principio se suponía que compartían los mismos tribunales y la misma asamblea encargada de la creación de un Ejército Europeo, una fuerza supranacional con un comando supremo en los términos del Tratado del Atlántico Norte. Sin embargo, este concepto de la Comunidad de Defensa no pudo realizarse, y las dificultades que surgieron con respecto a la Comunidad de Defensa se reflejaron en un cambio de las actitudes respecto a la Comunidad del Carbón y el Acero. Aunque esta última se hizo efectiva en el verano de 1952, no hubo ningún progreso con miras a un Mercado Común. Naturalmente, sólo se planeaba realizar el mercado único en etapas, considerando tanto las variables condiciones de las naciones miembros como la variedad de productos de sus industrias. El acero italiano y el carbón belga permanecieron fuera del Mercado Común durante cinco años y continuaron algunos subsidios al carbón y al coque. El receso de 1954 impidió que el desarrollo avanzara más y la Alta Autoridad pronto tuvo que admitir que no era capaz ni de promover una verdadera competencia en la industria del acero ni de regular los precios de acuerdo con los términos de la constitución de la Comunidad. El mercado era un mercado común sólo en sentido formal. "Si mañana se aboliera la Comunidad", se dijo, "nada cambiaría y nadie sentiría que se había matado algo vivo".[10]

No obstante, las actividades de la Comunidad se aceleraron inmediatamente después de la guerra de Corea. Su control se amplió a todos los tipos de energía. Una serie de reducciones de tarifas en 1959 fue solemnizada con la proclamada intención de lograr un mercado único de tarifas reducidas, formado por seis naciones, para 1965 o 1970. Aunque las primeras reducciones de tarifas no eran de gran significación, ayudaron a iniciar una serie de cambios económicos de mayor importancia. Una serie de acuerdos industriales dentro de la Comunidad condujo a muchas asociaciones de capital dentro de y entre las naciones miembros. Esto implicó las ventas y producción asociadas, la acumulación de recursos, especialización y racionalización.

Como en anteriores periodos de prosperidad, el consiguiente ascenso económico creó un clima de optimista disposición a renunciar a algunas de las rígidas medidas de proteccionismo. Pero como la eliminación de la barreras comerciales tiende a aumentar tanto la competencia como la protección contra la competencia, origina la concentración del capital. Las empresas menos productivas cedieron su lugar a las más productivas, fortaleciendo así la capacidad competitiva de las industrias de la Comunidad Europea. Si bien significaba "progreso" para las economías de las seis naciones, también apuntaba hacia una competencia internacional más agresiva. Pero la competencia en una economía de desarrollo general simplemente acelera la tendencia ascendente. La producción europea creció y las exportaciones aumentaron, reduciendo el excedente comercial de los Estados Unidos a su

[10] P. Ricard, director de la Federación Francesa del Acero, en *The New York Times,* 22 de febrero de 1955.

margen más estrecho desde el final de la segunda guerra mundial. Hacia 1959 las naciones del Mercado Común estaban prosperando, con un empleo virtualmente total.

Con el Mercado Común convertido en una realidad, Inglaterra se unió a otras seis naciones[11] en una Asociación Europea de Libre Comercio para contrarrestar las posibles ventajas competitivas del bloque comercial de los seis países. Conservando el pleno control de sus políticas económicas nacionales, incluyendo la política de tarifas con respecto a países exteriores a la Asociación de Libre Comercio, estas siete naciones se comprometieron a unas tarifas más bajas dentro de la Asociación, a una competencia justa, a una igualación de las condiciones de la oferta y a una política de pleno empleo. Los bloques comerciales crearon tantos problemas como los que resolvieron. Mientras por una parte incrementaron el comercio a través de las fronteras nacionales, tendieron a obstruir el comercio mundial. Y las nuevas zonas de libre comercio rompieron los patrones comerciales que habían nacido de anteriores patrones de producción. Si bien el capital circulaba con mayor fluidez dentro de cada bloque económico aislado, fluía con mayor dificultad de un bloque a otro. Probablemente, la realización de los dos bloques comerciales pareció al principio como la única medida posible para unificar el mercado mundial; pero también ha venido a demostrar la imposibilidad de esta empresa. Aunque estas nuevas instituciones eran consideradas como pasos preliminares en dirección a una integración del mercado a escala mundial, ellas mismas se ven constantemente amenazadas por las cambiantes y particulares necesidades u oportunidades de las naciones participantes, como lo ilustran las crisis recurrentes dentro del Mercado Común. Celebradas por algunos como otras tantas señales de que el estrecho y antieconómico nacionalismo está en proceso de ser superado, estas instituciones son juzgadas fútiles por otros, porque su carácter seccional tiende a bloquear más que a ampliar la futura integración mundial.

Cualesquiera que sean las expectativas o aprensiones asociadas con el surgimiento de los sistemas europeos de mercados separados, una cosa está bien clara: su existencia indica que es cada vez más imposible mantener políticas económicas puramente nacionales, y que el mercado "libre" mundial no tiene posibilidades de regresar. Este hecho no evitará futuros y fútiles intentos en ambas direcciones. Las naciones siempre tienden a aislar sus economías contra los efectos perjudiciales de la competencia internacional, siempre que esto parece necesario. Pero no pueden dejar de esperar y poner los medios para la restauración de una economía "automática" o integrada internacionalmente de otra manera. Las agrupaciones regionales constituyen una especie de "compromiso" entre estos extremos, capaces de superar las limitaciones de la economía nacional en un mundo no susceptible de controles internacionales desinteresados. Los bloques comerciales europeos iniciaron un movimiento general (aunque básicamente ilusorio) hacia África y América Latina, buscando uniones aduanales y arreglos comerciales intranacionales. Pero si bien la "solución" regional parece la única posible, es una "solución" solamente en el supuesto de que siga avanzando en dirección a una integración mundial y no lo contrario.

La solución "final" del problema mundial del comercio y de los pagos se concibe por lo tanto como una fusión de todas las diversas zonas comerciales y una "fusión económica de todas las naciones libres del mundo".[12] Se reconoce, por supuesto, que semejante "fusión", que implicaría la eliminación de tarifas y otras restricciones comerciales, agravaría el problema de las naciones que compiten con los Estados Unidos. Pero este problema se enfrentaría con un "movimiento de capital y trabajo relativamente sin impedimentos", mediante la conformidad por parte de las naciones "fuertes" de "extender grandes créditos a las naciones más débiles para ayudarlas a superar sus dificultades con sus balanzas de pagos" y con la creación de "un fondo internacional para aliviar las dificultades del desempleo y de la liquidación del capital en segmentos de cualquier economía en mala situación a causa del proceso de integración".[13]

Sin embargo, el movimiento de capital "relativamente no impedido" actúa en dos direcciones. Un gran flujo de capital desde una nación "más fuerte" a otra "más débil" mejorará, sin duda, la posición de la balanza de pagos de esta última. El reciente impulso en las exportaciones norteamericanas de capital, por ejemplo, está disminuyendo las dificultades de las balanzas de pagos de las naciones importadoras de capital, al menos por el momento; pero dentro de algún tiempo puede tener el efecto opuesto. Porque el flujo de ganancias e intereses a la nación exportadora de capital puede muy bien exceder el volumen de nuevas inversiones que crea su capital. Las ganancias realizadas en países extranjeros deben encontrar la forma de regresar a sus bases norteamericanas. Si no, el capital exportado deja de ser capital norteamericano y funciona como capital extranjero en competencia con los Estados Unidos y el resto del mundo.

Si bien puede ser indiferente para la economía de una nación el que su inversión de capital sea de origen doméstico o extranjero (siempre que la tasa de formación de capital no resulte afectada por la transferencia de las ganancias a los inversionistas extranjeros), no es indiferente para los capitalistas

[11] Austria, Dinamarca, Noruega, Portugal, Suecia, Suiza.

[12] R. Vernon, *Trade Policy in Crisis.* Princeton, 1958, p. 21.

[13] Ibid.

domésticos el que su propia esfera tradicional de expansión de capital sea invadida por el capital extranjero. Ellos pueden hacer lo mismo, por supuesto, enviando su capital de inversión a países extranjeros; de manera que habría numerosos propietarios europeos de industrias norteamericanas y numerosos propietarios norteamericanos de industrias europeas, así como propietarios europeos y norteamericanos de industrias en otros países. Las ganancias fluirían (como en realidad lo hacen) de Europa a los Estados Unidos y viceversa; las empresas capitalistas habrían cambiado sólo sus lugares de operación, pero nada más habría cambiado a no ser que este proceso demostrara ser por sí mismo más ventajoso para un grupo o país capitalista que para otros.

Los movimientos de capital tienen lugar debido a consideraciones de rentabilidad y seguridad. Las economías más rentables atraen a la mayor parte del capital y de esta manera se vuelven todavía más rentables. Esto disminuye la habilidad competitiva de las naciones menos productivas, convirtiéndolas en zonas aún menos rentables. El flujo *general* del capital disminuye a medida que el capital se concentra en naciones que ya están altamente capitalizadas. El movimiento del capital dejas naciones menos rentables y menos seguras hacia las más rentables y más seguras no puede tener una calidad "equilibradora", ya que tiende a ensanchar la brecha entre los países "fuertes" y los "débiles". Tener un movimiento de capital de naturaleza "equilibradora" implica el sacrificio del principio de rentabilidad; es decir, no implica el movimiento *libre* del capital, sino una distribución racional del capital de acuerdo a los requerimientos reales de la economía mundial vistos desde el punto de vista de las necesidades humanas generales. Esto claramente trasciende las posibilidades de la empresa privada e incluso los requerimientos mínimos en esta dirección -suficientes para asegurar el grado necesario de estabilidad social e intercambio internacional- dependen de intervenciones gubernamentales que "socialicen" las pérdidas que se sufran.

Aunque los problemas socioeconómicos aparecen como problemas comerciales y monetarios, tienen su origen real en la creciente incompatibilidad de las relaciones de propiedad que prevalecen y la forma nacional de capitalismo con las cambiantes fuerzas de producción y la apremiante necesidad de integrar la producción y distribución mundiales basándose en otros principios que no sean los de la rentabilidad. Lo que el mundo está experimentando no es tanto una crisis de su sistema monetario y comercial como una crisis de producción de capital. Para los partidarios del sistema, por supuesto, no es el sistema en sí sino sus desequilibrios temporales lo que hay que arreglar; bien sea evitando cualquier interferencia en el mecanismo del mercado, como en la teoría del *laissez-faire,* o mediante intervenciones gubernamentales en el mecanismo, como en la doctrina keynesiana. Pero como quiera que sean la teoría y la práctica, los problemas de comercio y de pagos continúan agitando el inundo capitalista y seguirán haciéndolo en tanto que la producción siga siendo producción de capital.

Durante muchos años después de la segunda guerra mundial, como vimos, las naciones europeas no tenían nada que vender, pero sí mucho que comprar, y ningún dinero para comprarlo. La mayor parte de sus inversiones extranjeras, así como sus reservas en oro y dólares, habían sido sacrificadas en la guerra. Debido a una balanza comercial persistentemente favorable, el oro fluyó hacia los Estados Unidos hasta que, en 1949, tenían un excesivo 70 por ciento de todo e1 oro monetario mundial. En ese punto, sin embargo, la situación empezó a cambiar. El programa de ayuda norteamericano, las obligaciones militares en el extranjero y las exportaciones de capital crearon este cambio. Hacia 1965, la reserva de oro de los Estados Unidos se había reducido a cerca de 15 mil millones de dólares.

Las bancas centrales extranjeras así como los particulares conservan dólares en sus propios países y también en los Estados Unidos en forma de cuentas de depósito y valores que pueden ser convertidos en dólares. Existen muchos más dólares en manos de extranjeros de los que pueden ser cubiertos por el oro de los Estados Unidos. Los propietarios de estos dólares pueden convertir sus dólares en oro[*] en cualquier momento, porque los Estados Unidos están obligados a vender oro a las bancas centrales extranjeras a 35 dólares la onza. "Normalmente", la reserva de oro no necesita ser tan grande como para cubrir todas las reservas de dólares de los bancos extranjeros, comerciantes e inversionistas, porque "normalmente" la conversión de dólares en oro no tiene mucho "sentido". El oro, como tal, no rinde ganancias, mientras que el dólar invertido sí; y si se desencadena una "fiebre del oro" es porque se ha perdido la confianza en el dólar.

Los Estados Unidos abandonaron el patrón oro en 1933. El Acta de la Reserva de Oro de 1934 dio al Tesoro de los Estados Unidos el derecho sobre todo el oro en los bancos de la Reserva Federal. Todas las monedas circulantes de oro fueron recogidas, y se declaró ilegal su posesión por individuos. El dólar fue devaluado elevando el precio del oro de 21 dólares la onza a 35 dólares la onza, precio que se mantiene al redactar esta obra. En 1937 los Estados Unidos, el Reino Unido y Francia firmaron un acuerdo sobre el cambio estándar del oro bajo el cual establecieron las transacciones financieras internacionales en base al oro, mientras que conducían sus políticas monetarias domésticas de

[*] Sin embargo, el gobierno de los Estados Unidos suspendió el 15 de agosto de 1971, la convertibilidad de los dólares en oro.

acuerdo a sus necesidades individuales. El precio fijo del oro determina el valor del dólar y los valores de otras monedas están ligados al valor del dólar.

Mientras que en 1934 el oro estaba sobrevaluado con respecto al dólar, actualmente está devaluado, puesto que en este tiempo los precios han aumentado en términos de dólares. Sin embargo, siempre hay la posibilidad de que el precio del oro se aumente, como lo fue en 1934, devaluando así el dólar. El dólar y, en menor medida, la libra esterlina sirven como dinero mundial. Ambos son monedas de reserva; de manera que la estabilidad del sistema monetario mundial depende de las acciones que emprendan los Estados Unidos, bien unilateralmente o de acuerdo con la Gran Bretaña. Si las diferentes autoridades monetarias nacionales estuvieran seguras de que el precio en dólares del oro iba a aumentar, no conservarían dólares; y si estuvieran seguras de que no habría tal aumento, se aferrarían muy seguramente a sus reservas de dólares y de libras esterlinas. Pero no existe tal seguridad; y, por consiguiente, las bancas centrales se apresuran a cambiar sus monedas por oro en el momento en que la estabilidad de las monedas de reserva resulta dudosa. Su preferencia por el oro refleja su deseo de proteger sus reservas contra los peligros de la depreciación.

Desde hace algún tiempo el déficit de pagos norteamericano ha estado entre 2 mil millones y 4 mil millones de dólares anuales. El déficit es la diferencia entre la entrada y la salida de dinero en todas las transacciones internacionales. En parte, es causado por las exportaciones norteamericanas de capital. Por lo general, los movimientos de capital se consideran un factor positivo en cuanto que llevan las inversiones adonde son más productivas, esto es, más rentables. Los fondos no empleados en los Estados Unidos han ido en su mayor parte a Europa, acentuando la ya existente tendencia expansionista. Esto ha originado que un creciente número de empresas europeas, así como empresas extranjeras establecidas en Europa, hayan caído en manos norteamericanas. En términos de dinero, significa que los inversionistas norteamericanos recibieron bienes raíces a cambio de los dólares enviados a Europa. Estos dólares, es cierto, son convertibles en mercancías o monedas, así como en oro. Para los individuos y firmas implicados en estas transacciones, todo esto, sin duda, es buen negocio. Pero desde un “punto de vista nacional”, el resultado final es que las naciones europeas acaban por tener mayores reservas de oro y dólares, mientras que los inversionistas norteamericanos se hacen de propiedad productiva, o sea, rentable: es decir, de capital.

Las economías europeas recapitalizadas demostraron ser más rentables que la economía norteamericana relativamente estancada. Por la misma razón -siendo la ganancia el elemento determinante- no hubo ningún incentivo real para que el capital europeo compensara la penetración norteamericana de las economías europeas mediante exportaciones de capital europeo a los Estados Unidos. Todavía se espera, por supuesto, que una vez termine el auge de la reconstrucción europea, los movimientos de capital vuelvan a cambiar de dirección por medio de la recompra de bienes raíces que actualmente son propiedad de norteamericanos, la compra de títulos norteamericanos, e inversiones directas europeas en la industria norteamericana.[*] Y esto bien podría suceder; no hay razón por la que la diferencia actual en la actividad económica entre las naciones de Europa occidental y la economía norteamericana tenga que ser algo permanente. Mientras tanto, sin embargo, los gobiernos europeos están cada vez menos inclinados a dar la bienvenida a las importaciones de capital de los Estados Unidos, aun cuando -puesto que ellos mismos son naciones exportadoras de capital- no pueden oponerse directamente al movimiento internacional de capital.

No hay otro límite a la creación de dólares que el que las autoridades monetarias norteamericanas se imponen a sí mismas. La exportación norteamericana de capital es una extensión indirecta del crédito gubernamental norteamericano a la escena mundial, pero coloca las ganancias hechas en otros países en manos de capitalistas norteamericanos. Ha conducido a una vasta acumulación internacional de deudas en dólares. Los derechos extranjeros sobre los Estados Unidos ascendían a cerca de 13 mil millones de dólares en 1965. Pronto pueden elevarse a una cantidad que exceda la reserva de oro. Incluso si los Estados Unidos tienen la intención de pagar sus deudas a otras naciones “hasta la última barra de oro”, puede que no estén en condiciones de hacerlo. Pero aunque sea convertible en oro, es el dólar depreciado, y no su equivalente fijo de oro, el que responderá a los derechos de los acreedores extranjeros de los Estados Unidos.

Básicamente, la rentabilidad del capital y la tasa de formación de capital es lo que determina el estado del sistema de pagos internacional en cuanto atañe a las importaciones y exportaciones de capital. El dinero que no puede capitalizarse en los estancados Estados Unidos es aplicado capitalistamente en las naciones en expansión. Puesto que la tasa de crecimiento más alta de estas últimas es compensada por una tasa más baja en los Estados Unidos, la tasa de crecimiento *general*

[*] Según R. Hellmann *(The Challenge of European Ivestments in American Industry.* Nueva York, 1971): “Actualmente el monto de la inversión privada de los europeos en Estados Unidos es casi exactamente igual al monto de las inversiones norteamericanas en el viejo continente... Desde 1967, por primera vez, las compañías europeas han aumentado sus inversiones directas en Estados Unidos, más rápidamente que las firmas norteamericanas aumentaron las suyas en Europa.”

es obviamente demasiado baja para una expansión rentable general del capital mundial. Puesto que solamente un pequeño grupo de naciones crea una demanda de capital creciente, el capital disponible fluye hacia esas naciones y ayuda a crear un desequilibrio en el sistema de pagos internacional.

Con respecto al comercio internacional ocurre algo muy semejante. Si una nación muestra un déficit de pagos persistente, obviamente compra más en el extranjero de lo que vende a otras naciones. Su propia producción no puede competir con la de otras naciones. Por ejemplo, Inglaterra, líder en un tiempo del desarrollo industrial, utilizó su posición dominante para convertirse en intermediaria monopolista del comercio mundial y las inversiones internacionales. Su propio desarrollo industrial fue cada vez más descuidado en favor de su dominio financiero de la economía mundial: un dominio basado en grandes reservas monetarias acumuladas durante su ascenso industrial. Pero la estructura financiera mundial, con Inglaterra como su centro, fue deshecha durante décadas de depresión y guerra, a través de la disolución del Imperio y el ascenso financiero de otras naciones más productivas. Habiendo sido el banquero del mundo, Gran Bretaña se convirtió en nación deudora, saliendo de una crisis de pagos para caer en otra y superándolas sólo temporalmente mediante préstamos obtenidos en el extranjero. No existen medios monetarios para escapar de esta precaria posición, basada en realidad en una formación de capital insuficiente. El déficit de pagos es aquí verdaderamente un déficit de producción de capital.

Un déficit de pagos puede terminar solamente acabando con las condiciones que lo originaron. Si un déficit surge a causa de las grandes exportaciones de capital, estas exportaciones tienen que ser detenidas mediante decreto del gobierno, o mediante una variedad de multas económicas que las hagan menos atractivas. Igualmente, si un gobierno teme que las importaciones de capital conduzcan a un indeseable estado de inflación y a un desplazamiento gradual del capital nativo por el capital extranjero, puede prohibir las importaciones de capital o someterlas a sanciones desalentadoras. En ambos casos, la situación prevaleciente puede ser cambiada mediante intervenciones gubernamentales. Sin embargo, en la medida en que un gobierno restringe la importación de capital, limitará también la actividad económica de su país y, en consecuencia, limitará la producción total de la economía mundial. Al menos en parte, la reciente expansión de Europa occidental se debió al déficit de pagos norteamericano en la medida en que fue resultado de una exportación de capital. Cortar el déficit norteamericano restringiendo la exportación de capital, significa la reducción de la actividad económica en las naciones importadoras de capital. El posible fin, o decisiva reducción, de los déficits debidos a los movimientos de capital puede hacer escasear el dinero incluso cuando aún es capaz de encontrar un empleo rentable, y el logro de un equilibrio de pagos internacionales puede coincidir con una contracción general de la actividad económica.

Sin embargo, los déficits de pagos son sólo parcialmente causados por las exportaciones de capital y, por lo que respecta a los Estados Unidos, de ninguna manera son causados por el comercio.[*] En cierta medida, esto es igualmente cierto para Inglaterra, cuyo déficit es en parte el resultado de su intento por conservar el área esterlina y los restos de su ya casi desaparecido Imperio bajo control británico. La constante sangría de dinero para estos propósitos no puede ser compensada por ninguna afluencia de dinero como los que tarde o temprano resultan de la exportación de capital. Inglaterra y los Estados Unidos no pueden eliminar los gastos “extraeconómicos” sin cambiar sus políticas exteriores y renunciar a sus ambiciones imperialistas y a sus posiciones de poder. Estos cambios no pueden esperarse a menos que se produzcan cambios sociales fundamentales.

El oro sigue siendo el único medio totalmente aceptable en los pagos internacionales. Las monedas de reserva, la libra esterlina y el dólar, solamente son aceptables gracias a su segura convertibilidad en oro. Si se perdiera la confianza en esta convertibilidad, estas monedas no podrían funcionar como medios de pago internacionales. Y esta confianza se debilita con la persistencia de los déficits de pagos de las dos naciones cuyas unidades monetarias sustituyen al oro. Cuando decrece tanto el poder de compra de sus monedas como sus reservas de oro, la confianza en el mecanismo del cambio en oro tiene que disminuir. Por lo tanto parece que resolver los problemas de pago de las naciones deficitarias podría resultar igual de desastroso que dejarlos continuar. Porque el primer proceso amenaza con destruir la “liquidez” internacional, esto es, la disponibilidad de dinero para un mercado en expansión de capital y mercancías. Para escapar a este dilema, se han propuesto toda clase de reformas monetarias. Las más dramáticas de estas propuestas sugieren un regreso al patrón oro, la completa desmonetización del oro y la desnacionalización de las reservas monetarias mediante su administración por instituciones internacionales tales como el Fondo Monetario Internacional.

La menos realista de estas propuestas, sugerida por Jacques Rueff, es el regreso al patrón oro. Quizá esto fue promovido más como una racionalización de la reciente política francesa de cambiar por oro sus reservas de dólares, que una creencia seria en la efectividad de un patrón oro resucitado. Nunca se explicó claramente por qué el patrón oro debería operar ahora mejor que en el pasado,

[*] Mientras tanto, la situación ha cambiado y el déficit de pagos en 1971 incluye también un déficit comercial.

salvo por la esperanzada afirmación de que terminaría con la era de inflación a la que todos los países están sometidos actualmente. En todas las naciones, sin embargo, la inflación se ha convertido en la principal política para enfrentar los problemas de la producción capitalista en condiciones de una tasa de formación de capital privado decreciente.

La sugerida resurrección del patrón oro originó una contra propuesta: la desmonetización del oro resolvería las dificultades encontradas con el mecanismo del cambio en oro. Si los Estados Unidos rehusaban unilateralmente comprar y conservar oro para propósitos monetarios, se afirmaba, el mundo podría verse obligado a aceptar un dólar estándar sin base en el oro. Una vez que esto sucediera, el oro se convertiría en una simple mercancía, sujeta a la ley de la oferta y la demanda. Puesto que la demanda privada de oro es limitada, el oro monetario liberado afluiría al mercado, lo que colocaría su precio por debajo de sus costos de producción.* La reducción en el precio del oro, se argüía, haría que el dólar fuera la cosa más deseable; y el dólar se convertiría en el definitivo medio de cambio internacional. Este audaz plan descuidaba un hecho importante: las condiciones reales del capitalismo norteamericano hacen imposible para ese país acercarse al pleno empleo de sus recursos productivos sin devaluar constantemente su moneda. Si el oro acabara siendo inaceptable, un dólar en constante depreciación lo sería aún más.

Una desnacionalización parcial de las reservas monetarias, aunque muy limitada, se ha logrado ya mediante el establecimiento del Fondo Monetario Internacional que, entre otras cosas, da testimonio de las fuerzas contradictorias que actúan en la economía internacional de empresa privada. Por una parte, los capitalistas de cada nación compiten con los capitalistas de otras naciones por todos los medios disponibles, incluyendo medios monetarios. Por otra parte, existe un deseo general de limitar esta competencia mediante acuerdos internacionales que traigan un mínimo de reglamentación y estabilidad a las relaciones comerciales y monetarias El FMI tenía por objeto ayudar a sus naciones miembros a aliviar sus problemas de pagos reforzando sus reservas. Sus reservas de oro y dinero están a la disposición de las naciones miembros sobre la base de un sistema de cuotas establecido. Los países con dificultades de pagos pueden recurrir a los recursos del Fondo para evitar introducir medidas restrictivas internamente mientras esperan un cambio en la situación de pagos. Los déficits se consideran sucesos temporales. Pero si debieran prolongarse, el crédito de un país con el Fondo se extinguiría, y sus préstamos de esta fuente profundizarían sus problemas de pagos. Sin embargo, el FMI ha funcionado razonablemente bien en esta forma limitada. Por esta razón se ha sugerido que el FMI, se convierta en el único depositario de los recursos monetarios de sus naciones miembros.

Las propuestas tendientes al establecimiento de tal autoridad monetaria internacional difieren en los detalles, tales como el espaciamiento del periodo de transformación de los controles monetarios nacionales en internacionales y la naturaleza de las reservas, esto es, si deben abarcar una desmonetización del oro total, o continuar usando el oro como reserva monetaria en una u otra forma. Pero independientemente de las peculiaridades de las diversas propuestas, los esquemas son básicamente extensiones del sistema nacional de manipulación monetaria al plano internacional. Con el fin de que tengan éxito, la autoridad monetaria internacional tendrá que ser tan libre como los gobiernos nacionales lo son ahora para crear dinero a su propio arbitrio, para proporcionarlo a las naciones miembros de acuerdo a sus particulares y cambiantes necesidades, y para determinar la actividad económica en toda el área que comprende a sus 106 naciones miembros. En resumen, tendrá que funcionar como un gobierno financiero mundial: una irrealizable utopía capitalista. Convertir al FMI en una gigantesca banca central, que conserve las reservas de todas las naciones, y con el poder de crear dinero, haría superflua la conservación de reservas de oro. La base oro del dinero podría ser remplazada por la ley internacional. El oro en las bóvedas del banco mundial pertenecería a todos y a nadie; el dinero-mercancía habría llegado a su fin. La eliminación del oro como reserva monetaria significaría igualmente la eliminación de las “reservas” de dinero. Sólo en tanto que el oro conserve al menos en parte la forma de dinero-mercancía conservará su carácter de forma independiente de valor de cambio, de capital.

La reforma monetaria internacional acordada finalmente en 1967 (sujeta a ratificaciones

* En la primavera de 1968, esta sugerencia se convirtió en “una realidad a medias” mediante el establecimiento de un sistema de dos precios para el oro. Con el fin de detener el ascenso del precio del oro sin vender oro monetario en el mercado del oro, las autoridades monetarias que participaban en la bolsa del oro de Londres decidieron permitir que el precio del oro en el mercado privado fuera determinado por la oferta y la demanda, mientras que las bancas centrales continuarían comprándose y vendiéndose oro unas a otras al precio fijo de los Estados Unidos de 35 dólares la onza. Se esperaba que esta acción haría bajar el precio del oro sin un consiguiente agotamiento del fondo de oro monetario. Mientras que los precios más altos en el mercado privado conseguirían que las bancas centrales y las instituciones financieras privadas estuvieran menos dispuestas a conservar dólares, los precios del oro por debajo de la tasa oficial devaluarían el oro conservado en las reservas monetarias. Se espera, sin embargo, que el precio del oro como mercancía no se desvíe demasiado, en ningún sentido, del precio monetario. Pero con la creciente demanda de oro y la continua depreciación del dólar, probablemente se mantendrá el precio del oro de más de 35 dólares la onza en el mercado libre, y la disparidad entre el precio oficial y el del mercado libre provocará la reaparición de las antiguas dificultades que condujeron al sistema de dos precios para el oro.

gubernamentales)* no prestó atención a la multitud de propuestas preliminares, incluyendo las concebidas a partir de la Unión de Balance Internacional de Keynes, o banco mundial, considerado un instrumento capaz de proveer a todas las cambiantes necesidades monetarias del comercio mundial. Pero aceptó la deliberada creación de un nuevo tipo de dinero con el que apoyar las reservas de las naciones miembros del FMI, en forma de ayudarlas a superar las dificultades surgidas en sus pagos. El nuevo "dinero" consiste en los llamados *Derechos Especiales de Giro, o* DEG, que son adjudicados a las naciones en proporción a las cuotas previamente establecidas por el FMI. Este nuevo "dinero", por supuesto, es dinero de crédito; pero se le ha dado una garantía de oro para proporcionarle una apariencia de dinero real. Los recursos monetarios del FMI, esto es, oro, dólares y otras monedas, proveen un "fondo monetario" de donde las naciones miembros pueden obtener préstamos a corto plazo para superar una situación de pagos negativa. En contraste, los DEG, no son préstamos sino "adiciones" a la provisión monetaria mundial, aun cuando no tienen ninguna contraparte material como el oro o monedas convertibles. Los recursos monetarios del FMI no habían sido usados previamente como base para obtener nuevo dinero; en efecto, eran parte de las "reservas monetarias" de todos sus miembros en forma de sus suscripciones al Fondo. A este mismo dinero se le permite ahora funcionar como "reserva monetaria internacional" independiente y como un respaldo para los DEG. Es otra reducción más de la base de dinero real del dinero de crédito a escala internacional, o la disolución del carácter monetario de las "reservas acrecentadas" de las naciones del Fondo Monetario Internacional.

Presumiblemente, la teoría que respalda la reforma se basa en el temor a que el comercio internacional pueda contraerse debido a problemas monetarios, que conducirían entonces a una contracción de la producción. El creciente comercio mundial, se dice, requiere una creciente provisión de dinero. Si bien los gobiernos domésticos pueden realizar un aumento en la provisión de dinero de acuerdo con el volumen creciente de los negocios, no ha sido posible manejar la provisión de dinero internacional.

Los Derechos Especiales de Giro son un primer intento en esta dirección. Son necesarios, se dice, porque el aumento en la provisión internacional de dinero mediante el crecimiento de las reservas ha dependido de la producción de oro y del mercado del oro, que no sólo son altamente erráticos sino que también se expanden mucho más lentamente que el volumen y el valor de las transacciones internacionales. En realidad, sin embargo, las reservas mundiales de oro han aumentado de acuerdo al crecimiento del comercio internacional. Si los fondos de oro resultan insuficientes para los crecientes requerimientos del comercio internacional no es tanto a causa de una imposibilidad real de aumentar la producción de oro, sino por la repugnancia a inmovilizar capital conservándolo en forma de oro. Como quiera que sea, se supone que los DEG ocupan el lugar del oro como último recurso para comprar otras monedas. De esta manera se crean "reservas de oro" sin la producción de oro, lo que sólo puede significar que la cobertura total de oro ha decrecido en la misma medida en que ha aumentado la provisión total de dinero.

Naturalmente, una vez que sea generalmente aceptado crear reservas monetarias con puro aire en vez de produciéndolas, los DEG funcionarán como suplementos de reserva en la misma forma en que el papel moneda funciona como dinero-mercancía. Al contrario del oro, los DEG podrían ser transferidos de un país a otro a cambio de moneda para enderezar disparidades en las balanzas de pagos. Pero igual que la oferta de oro, la oferta de DEG también es limitada, y las naciones con una balanza de pagos persistentemente desfavorable están en peligro de extinguir tanto sus reservas convencionales como su provisión de DEG. Los países que tienen una balanza de pagos persistentemente favorable acumularán los DEG suplementarios así como el oro monetario. Simplemente, ambos procesos llevarán más tiempo. Existe siempre la idea de que los desequilibrios de comercio y de pagos son sólo acontecimientos temporales, que tarde o temprano terminarán gracias a la autoafirmación de las tendencias equilibradoras del mercado. Pero como al parecer esto sucede más bien tarde que temprano, hay que ganar tiempo. Dar acceso a las naciones a reservas monetarias mayores es darles más tiempo para cambiar una posición de comercio y pagos desfavorable, y permitirles hacerlo más gradualmente, con objeto de evitar el choque de las disminuciones repentinas y la consiguiente contracción del comercio internacional.

Así como el financiamiento del déficit en escala nacional encuentra su justificación en su efecto retardador --esto es, en la idea de que la simple postergación de la situación de crisis mediante la producción inducida por el gobierno puede conducir a una tendencia ascendente de los negocios capaz de producir ganancias lo bastante grandes para compensar la parte no lucrativa de la producción- igualmente la provisión de dinero internacional administrada se considera que puede posponer una crisis monetaria y al hacerlo, quizá puede también evitarla. Pero la manipulación de la provisión internacional de dinero, así como el financiamiento del déficit, está necesariamente limitada por el carácter de mercado de la economía capitalista. Si no estuviera limitada, los pagos no tendrían que equilibrarse y el comercio mundial perdería su naturaleza de propiedad privada; las deudas no

* Ha sido ya ratificada.

se pagarían y no se recogerían ganancias, y el comercio habría perdido su carácter capitalista. Tal como son las cosas, sin embargo, la postergación de las crisis monetarias sólo tiene sentido en el supuesto, contrario a toda evidencia, de que exista una tendencia hacia el equilibrio externo que surgirá por sí sola con tal que se le dé oportunidad de hacerlo.

No hay necesidad de entrar en los detalles administrativos que se sugirieron para la proyectada reforma monetaria, sobre todo porque no hay ninguna certeza de que llegue a convertirse en realidad.* Incluso si lo hace, puede sufrir aún muchas alteraciones para ajustarse a las necesidades o políticas especiales de las diferentes naciones. Lo que tiene interés es el reconocimiento general, implícito en la reforma, de que la economía manejada nacionalmente requiere cierto grado de manipulación internacional además y por encima de las fuerzas "reguladoras" del mercado. Sin embargo, el proyectado intento de manejar la oferta de dinero internacional es un aumento anual de reservas bastante modesto de alrededor de 1.4 y 2.8 por ciento de las reservas existentes que, en 1967, ascendieron a cerca de 71 mil millones de dólares. En el proyectado periodo de cinco años esto aumentaría las reservas monetarias a algo entre 5 y 10 mil millones de dólares. El uso así como la aceptación de los DEG están limitados y son proporcionales con respecto a otras reservas, y su aceptación será premiada con una pequeña tasa de interés en un intento de hacerlos preferibles al oro. La necesidad de mayores reservas descansa en el supuesto de que el comercio internacional se ampliará en un futuro próximo como lo ha hecho en el pasado reciente, esto es, a una tasa promedio ente 7 y 10 por ciento anual, y en el supuesto simultáneo de que este aumento del comercio complicará más que simplificará los problemas de pagos.

Las reservas deben conservarse todavía en oro o en divisas aceptables; y el dinero es aceptable sólo en tanto que es convertible en oro. Muchas naciones europeas conservan un gran volumen de sus reservas en oro. Algunas naciones, Canadá y Japón por ejemplo, guardan en oro la menor parte de sus reservas. En el resto del mundo las naciones tienen reservas totales mucho menores y de estas reservas menores proporciones mucho más bajas en oro. Hasta 1961, los Estados Unidos conservaban sus reservas enteramente en oro. Actualmente, conservan una pequeña cantidad en monedas extranjeras convertibles. Como resultado del déficit de pagos norteamericano, los fondos de oro monetario están ahora distribuidos más imparcialmente, ascendiendo la parte norteamericana a cerca del 37 por ciento del oro monetario del "mundo libre": aproximadamente lo mismo que hace treinta años.

La cobertura oro del dólar norteamericano fue establecida legalmente al 25 por ciento de la cantidad total de los billetes de la Reserva Federal en circulación y al total de los depósitos de los bancos miembros del Sistema de Reserva Federal.

> *A fines de 1964, los depósitos totales ascendían a 19 mil millones de dólares y los billetes en circulación a 35 mil millones. El total combinado de 54 mil millones de dólares necesitaba una reserva de oro de 13 500 millones. En aquel momento, esto dejaba sólo cerca de 1 500 millones de dólares de oro libre como reserva para las reclamaciones extranjeras oficiales y no oficiales. Puesto que las reservas totales requeridas tendían a aumentar a una tasa aproximada de 750 millones anuales a causa del incremento normal en la actividad económica y el crédito bancario así como los billetes de la Reserva Federal, esto significaba que el margen de oro libre desaparecería virtualmente por el año 1966.*[14]

Previamente bajo la ley norteamericana, la reserva de oro constituía un límite máximo en materia de creación de reserva y de emisión de moneda del Sistema de Reserva Federal. Estos requerimientos fueron eliminados y la reserva de oro total sirve ahora solamente para la convertibilidad internacional de dólares en oro. Sin embargo, sólo hay 15 mil millones de dólares de oro monetario. Con la continua conversión de títulos extranjeros en oro, resultante del constante déficit de pagos norteamericano y el decreciente valor del dólar -no en relación al oro sino en su poder de compra real-, la constante disminución de las reservas de oro implicará la declinación del dólar como moneda internacional y como un sustituto de reserva para el oro.

Aunque no es inmediatamente necesario, los Estados Unidos deben cortar la sangría de oro monetario como una tendencia a largo plazo. Con una inflación que ya no es controlada por la necesidad de una reserva, el dólar será cada vez menos aceptable para el arreglo de cuentas internacionales, y las reservas de dólares serán mas prontamente convertidas en oro. Por consiguiente, los Estados Unidos deben tener una oferta de dinero adecuada para enfrentar el problema de la producción no lucrativa inducida por el gobierno -acentuada ahora por la guerra de Vietnam- y una adecuada reserva de oro para asegurar la posición internacional del dólar. Pero éstas son necesidades contradictorias; porque el mismo proceso que aumenta la provisión de dólares reduce también la reserva de oro.

Debido a su decreciente reserva de oro fue que los Estados Unidos apoyaron la proyectada reforma monetaria internacional con más entusiasmo que otras naciones. Las naciones europeas, con reservas más amplias, no veían la urgencia de la necesidad de nuevas e imaginarias reservas en un

---

* Se convirtió en realidad pero resultó ineficaz, como se manifestó durante la crisis monetaria de 1971.

[14] P. Douglas, *America in the Market Place.* Nueva York, 1966, p. 291.

momento en que el considerable déficit de la balanza de pagos norteamericano provee la necesaria "liquidez" para el actual comercio internacional. En estas condiciones, la creación de nuevas "reservas" podría reducir los esfuerzos por parte de los Estados Unidos y otras naciones deficitarias para superar sus dificultades de pagos, lo que, a su tiempo, disminuiría el comercio internacional aún más efectivamente que una reducción de los gastos norteamericanos en el extranjero y de sus exportaciones de capital. Pero como la rentabilidad continuada del capital norteamericano exige la expansión externa, y consecuentemente los gastos del imperialismo, no hay oportunidad de superar el déficit norteamericano salvo por un aumento en los ingresos provenientes del extranjero mediante importaciones de capital y por un aumento del excedente comercial norteamericano.

Sin embargo, todas las naciones capitalistas comparten estas necesidades, y por esa razón la recuperación de Europa, si bien necesaria, sólo puede ser de dudoso beneficio para los Estados Unidos. No obstante todas las declaraciones, e incluso políticas reales, en sentido contrario, el objetivo norteamericano no puede ser el de lograr una economía mundial efectiva a expensas de su propia posición de superioridad. El predominio norteamericano es resultado no sólo de sus propios esfuerzos productivos sino también de dos guerras mundiales que dejaron a las economías europeas muy atrás que la norteamericana. Al menos en parte, los Estados Unidos deben su excepcional crecimiento a circunstancias excepcionales. Algunos de los beneficios de estas circunstancias están desapareciendo según la recuperación de las economías europeas acorta la distancia entre la producción y productividad europeas y norteamericanas. Como la expansión europea está conectada por absoluta necesidad al mercado mundial, la continuación de su rentabilidad depende de una afortunada penetración de los mercados norteamericanos y extra-norteamericanos. El capital europeo debe competir con el capital norteamericano y con el bloque de poder del Este, cuya existencia pone nuevos límites a la expansión externa del capitalismo tanto europeo como norteamericano. Con una competencia creciente por parte de Europa y del Este, la excepcional posición norteamericana durante la primera mitad del siglo XX parece estar llegando a su fin.

Las rupturas causadas por la guerra y la posguerra en el "esquema tradicional' del comercio debían haber terminado por un regreso a la "normalidad" logrado mediante la estabilización de las tasas de cambio y de la gradual eliminación de todas las prácticas comerciales discriminatorias. Aunque la formación de los bloques comerciales europeos fue acompañada por la esperanza de que eventualmente se fusionarían y extenderían el libre comercio europeo a un libre comercio mundial, ninguna de esas expectativas se ha realizado. El objetivo de un mercado europeo único se aleja cada vez más con cada año de existencia de los bloques comerciales. Los nuevos esquemas de competencia y control que se desarrollan tienden a consolidarse, y la ruptura de acuerdos regionales establecidos puede resultar aún más difícil que la superación de las prácticas proteccionistas nacionales. Si uno de los grupos obtuviera ventajas excepcionales por virtud de los acuerdos regionales, no sacrificaría esta ventaja al principio del libre comercio, aun si estuviera restringido al mercado intraeuropeo. Por ejemplo, el deseo de Gran Bretaña de entrar en el Mercado Común, con objeto de participar en la más rápida expansión de la economía de Europa occidental y de protegerse detrás del muro de la tarifa común, no sólo es saboteada por los poderes que se benefician tanto económica como políticamente de los acuerdos existentes, sino que muy bien podría desaparecer en el momento en que las economías del Mercado Común comenzaran a estancarse.[*]

Las tarifas y el comercio en el mundo de la posguerra debían ser determinadas multilateralmente, con la debida consideración tanto a las necesidades especiales pero "temporales" de las naciones individuales como al objetivo común de un mundo de tarifas libres. Bajo el Acuerdo General de Tarifas y Comercio (GATT), comenzó en 1947 un proceso de reducciones de tarifas que, veinte años más tarde (en las llamadas negociaciones de la Rueda Kennedy), llevó las tarifas entre naciones industriales a su punto más bajo. Sin embargo, los acuerdos apenas habían sido publicados cuando se introdujeron nuevas medidas proteccionistas en el Congreso norteamericano.[**] Se solicitaron rígidas cuotas de importación para más de un tercio de las importaciones de bienes durables, incluyendo artículos como el acero, petróleo, productos químicos, textiles, carne y productos lácteos: a pesar del hecho de que los Estados Unidos aún exportan más de lo que importan. Por supuesto, si estas medidas fueran puestas en práctica conducirían a represalias por parte de todas las naciones afectadas y el esperado aumento del comercio mediante la reducción de tarifas no podría materializarse. En todo caso, la liberalización del comercio no puede alterar las dificultades económicas existentes, porque estas dificultades conducen a restricciones en el comercio en primer lugar.

El crecimiento del comercio internacional durante la pasada década, alcanzando en 1967 el equivalente de 200 mil millones de dólares, naturalmente se debió a la expansión de la producción. En las naciones industriales la tasa de crecimiento del comercio fue aún más rápida que en la producción, indicando la creciente especialización internacional de la producción industrial y el

[*] El ingreso de Gran Bretaña a la Comunidad Económica Europea se convirtió en hecho el 1 de enero de 1973.

[**] El 15 de agosto de 1971. El gobierno norteamericano decidió aumentar un 10% de recargo a todas las importaciones, doblando así las tarifas norteamericanas. Sin embargo, esta medida pronto fue rescindida.

surgimiento de corporaciones multinacionales. Sin embargo, aunque las ganancias se realizan en la circulación, primero deben hacerse a nivel de la producción. Si la producción lucrativa declina, también declinan las ganancias realizables. La producción inducida por el gobierno puede mantener un volumen necesario de producción a pesar de su pérdida parcial de rentabilidad. Aunque el producto final de la producción inducida por el gobierno (con algunas excepciones) no es vendible, sus procesos intermedios entran en las relaciones de mercado nacionales e internacionales. El hecho de que el comercio aumente con el aumento de la producción, y últimamente incluso más rápidamente que la producción, no altera en ninguna forma la decreciente rentabilidad del capital. Las ganancias a realizar en el mercado mediante el comercio no son mayores que las obtenidas por el sector rentable de la economía. El aumento del comercio bajo estas condiciones es entonces un signo no del avance de la producción de capital, sino simplemente de una producción mayor, e indica una intensificada competencia por las cada vez menores ganancias de una creciente producción mundial. Mientras que la tasa de crecimiento del comercio internacional está determinada por la de la producción, el carácter mixto del capitalismo actual excluye un control efectivo de las relaciones del mercado y de los pagos. La mezcla de producción libre y controlada, de comercio libre y controlado, excluye una integración tanto “automática” como “controlada” de la economía mundial. No excluye la manipulación económica, por supuesto; pero esta manipulación, que sólo puede servir a intereses particulares, no servirá a las necesidades reales de la economía mundial.

Capítulo XVIII
Desarrollo económico

La teoría de Keynes se ocupaba del capitalismo "maduro" y de su aparente incapacidad para un posterior desarrollo "automático". Esta preocupación acerca del capitalismo "maduro" reflejaba un desinterés bastante general por el desarrollo de las regiones del mundo industrialmente atrasadas. Para Keynes, según recordaremos, la decreciente escasez de capital, a consecuencia de la decreciente propensión al consumo, es lo que explica la insuficiente demanda y el desempleo en las naciones capitalistas desarrolladas. En los países en los que el capital es escaso y la propensión al consumo consecuentemente elevada, este problema no existe, porque

> *una comunidad pobre estará propensa a consumir la mayor parte de su producción, de manera que una inversión modesta será suficiente para lograr la ocupación completa.*[1]

Keynes dijo también que

> *la propensión a ahorrar ha tenido una tendencia crónica, a través de la historia humana, a ser mayor que el incentivo a invertir,*

y que "la debilidad del aliciente para invertir ha sido en todos los tiempos la clave del problema económico".[2] Aparentemente, entonces, la propensión al ahorro no es sólo una consecuencia de la decreciente propensión al consumo, sino que existe muy independientemente de la escasez, o decreciente escasez, de capital. Sin embargo, en conjunto, Keynes prestó muy poca atención a las naciones atrasadas, porque él "veía la *homogenización económica* internacional como el camino hacia la prosperidad universal y a una paz mundial duradera".[3]

Un capitalismo plenamente desarrollado implica producción de mercancías y cambio a escala mundial: el mercado mundial. Cuando Marx se apoyó en el ejemplo del capitalismo británico para proyectar el futuro del capitalismo, no quería implicar que todas las demás naciones copiarían el desarrollo de Inglaterra, sino que el mercado mundial sería una extensión de las relaciones sociales y económicas básicas dominantes en la que era entonces la nación capitalista más avanzada. La competencia y la acumulación caracterizarían la economía mundial así como caracterizaban la de Inglaterra. El ejemplo británico consistía en el *laissez-faire,* apoyado por la explotación colonial y una posición monopolista en las finanzas y el comercio internacionales. Aun cuando las naciones en trance de desarrollo capitalista objetaban el principio del *laissez-faire,* lo hacían solamente con objeto de ganar fuerza competitiva para operar más ventajosamente bajo sus condiciones. También se esforzaban por lograr posiciones monopolistas en una u otra esfera de la producción y el comercio mundial y luchaban por la posesión de colonias para conquistar y asegurar privilegios especiales. Todo esto implicaba una heterogeneidad internacional más que una "homogenización", puesto que implicaba la concentración de capital en las naciones más avanzadas y la explotación de los países más pobres por parte de esas naciones.

Pero así como Keynes ignoró el hecho de la explotación en casa, igualmente ignoró la explotación de las naciones subdesarrolladas por las desarrolladas. Y así como creía que la explotación "injustificada" (exceso de ganancias) podía ser eliminada sin alterar las relaciones sociales existentes, igual sostenía que los intereses de las naciones capitalistamente dominantes podían armonizarse con los de las naciones subdesarrolladas sin cambiar nada básico en las estructuras sociales tanto de las naciones subdesarrolladas como de las desarrolladas. Se trataba solamente de

> *hacer que las propensiones al ahorro de los miembros más ricos del mundo fueran compatibles con las necesidades de desarrollo de sus miembros más pobres.*[4]

Vista desde la posición del capitalismo occidental, la política de Keynes con respecto a las naciones subdesarrolladas se limita a ayudar a su desarrollo económico mediante donaciones, préstamos e inversiones. Aunque a menudo son consideradas como ayuda, las inversiones económicas privadas no tienen, por supuesto, nada que ver con el propósito de ayudar a las naciones extranjeras; su único propósito es la explotación. Igualmente, los préstamos, tanto si provienen de fondos públicos como privados, no constituyen una ayuda sino que se espera que rindan intereses y de esta manera son instrumentos para participar de la explotación de la producción que financian. El capital se invierte donde puede obtener ganancias e interés, y únicamente el nivel de estas utilidades es el que determina si el capital fluirá hacia los países desarrollados o hacia los subdesarrollados. Por lo tanto, no hay nada de específicamente "keynesiano" o "nuevo" acerca de las inversiones o préstamos de capital extranjero; lo nuevo es la demanda de que sean "compatibles" con las necesidades de desarrollo de las naciones más pobres, esto es, con su desarrollo capitalista.

---

[1] J. M. Keynes, *Teoría general...,* ed. cit., p. 31.

[2] Ibid., p. 347.

[3] K. K. Kurihara, *The Keynesian Theory of Economic Development.* Nueva York, 1959, p. 22.

[4] Ibid.

Con base en el supuesto de que el capitalismo occidental ha resuelto sus propios problemas gracias a las técnicas keynesianas que conducen a un estado de "abundancia" general, y aparte de la amenaza de la guerra nuclear, el problema del subdesarrollo es considerado en la actualidad como prioritario. ¿Cómo surgió este problema? Según todas las apariencias, no existía en el siglo XIX. Como en el tiempo (le Ricardo, algunos economistas todavía piensan que

> *está en la naturaleza de los países menos desarrollados ser principalmente productores de materias primas, esto es, productos agrícolas o minerales. Con un bajo nivel de habilidad humana y de capital, el tipo de producción en la que tendrán una ventaja comparativa será usualmente la dependiente de los recursos naturales. No solamente el "lado de la oferta" sino también el lado de la demanda está abocado a esto, porque la mayor necesidad de las naciones más pobres es la alimentación. Para financiar sus importaciones las naciones subdesarrolladas tendrán que exportar materias primas. Los mercados para tales bienes a menudo no son adecuados para estimular su desarrollo.*[5]

En teoría, una solución para este dilema sería una creciente demanda mundial de materias primas, suficiente para elevar sus precios y para estrechar la brecha entre importaciones y exportaciones en las naciones subdesarrolladas. Otra solución sería aumentar la producción de alimentos a expensas de las exportaciones. Una producción de alimentos mayor, conectada con una mayor producción, de bienes manufacturados, capacitaría a estas naciones para reducir sus importaciones de las naciones desarrolladas. Una mayor demanda mundial de materias primas presupone una tasa de formación de capital mucho más alta en las naciones desarrolladas que la que prevalece. A su vez, semejante alta tasa de expansión presupone, entre otras cosas, mayores mercados de exportación para las naciones desarrolladas y, para ese fin, importación barata de materias primas. Las naciones capitalistas que dependen de envíos ultramarinos de materias primas no pueden mostrar ningún entusiasmo real por el desarrollo industrial de las naciones atrasadas, porque esto pondría en peligro su propia posición favorable en el mercado mundial.

Porque reduce el mercado mundial, un descenso en la tasa de expansión de capital en las naciones desarrolladas afecta más duramente a los territorios menos industrializados. Disminuye la demanda de materias primas y reduce sus precios sin disminuir las necesidades de importación. Pero incluso una rápida expansión económica de las naciones desarrolladas rara vez beneficia a las economías subdesarrolladas. El veloz ritmo de las inversiones en las naciones ricas de capital al término de la segunda guerra mundial, por ejemplo, absorbió la mayor parte del capital mundial disponible, dejando poco para el desarrollo de las regiones más pobres. Esta "prosperidad" occidental condujo a grandes aumentos de precios para las máquinas y otros productos terminados, lo que empeoró los términos del comercio para las naciones subdesarrolladas. Tanto si hay prosperidad como si hay depresión, los países más pobres siempre llevan las de perder en el juego competitivo. Su desvalida dependencia de las condiciones variables del mercado sale a la luz en violentos cambios en sus mercados de exportación y en los precios de exportación de las materias primas. Se ha estimado que en el periodo entre 1901 y 1950 las ganancias de exportación de los productores de materias primas fluctuaron un promedio de 23 por ciento anual.[6] La caída de los precios de las materias primas después de 1956 realmente canceló toda la ayuda concedida a las naciones subdesarrolladas por las naciones occidentales hasta aquel momento. Esto significa en la práctica que esta "ayuda" era simplemente una compensación parcial por sus pérdidas en el comercio internacional, que eran otras tantas ganancias para los importadores en los países desarrollados. Los datos publicados por la División de Estadística de las Naciones Unidas[7] muestran que en 1964 el nivel de precios de las materias primas en relación al de los bienes manufacturados era 22 por ciento menor que en 1950. Los términos del comercio han costado a las naciones subdesarrolladas una pérdida de 4 mil millones de dólares en comparación con sus entradas de hace 15 años.

Los préstamos extranjeros y las importaciones de capital "ayudaron" en cierta medida a la capitalización e industrialización de los países subdesarrollados y aceleraron su transformación de las condiciones feudales a las semicapitalistas aumentando la producción de mercancías. Estas inversiones sirvieron principalmente para facilitar la extracción de materias primas. El capital ha sido usado para desarrollar el sistema de plantación y para aumentar la eficiencia en las industrias mineas y del petróleo. Este patrón básico no ha cambiado. Las inversiones norteamericanas en África, por ejemplo, que para 1964 habían crecido hasta un total de 1 600 millones de dólares, se han

> *dedicado a empresas extractivas para sacar de África los recursos naturales; sólo una proporción relativamente pequeña se ha dedicado a empresas locales de manufacturas y comerciales.*[8]

Las exportaciones totales de capital a las naciones subdesarrolladas se han reducido mucho y por lo que respecta a algunas de estas naciones han terminado por completo. En resumen, no hay

---

[5] J. Tinbergen, *Shaping the World Economy, cit.*, p. 15.

[6] United Nations, Department of Economic Affairs, *Instability in Export Markets of Underdeveloped Countries.* Nueva York, 1955, n, p. 1.

[7] Noviembre, 1965.

[8] *The New York Times,* 31 de enero de 1966.

suficientes inversiones de capital para facilitar el crecimiento económico de las naciones subdesarrolladas, y, con bastante frecuencia, es más lo que se saca de ellas en forma de ganancias que lo que se vierte en ellas mediante nuevas inversiones.

Las ganancias obtenidas de las operaciones en los países subdesarrollados se han dedicado en gran medida a financiar inversiones en las regiones altamente desarrolladas del mundo[9]; de modo que, al menos en parte, el avance de una parte del mundo se hizo a expensas de la otra.

Los principales resultados de la penetración norteamericana en los países subdesarrollados no fueron distintos de los producidos por el control colonial europeo. Las naciones de América Latina, por ejemplo, son usadas como fuentes de materias primas y como mercados para productos terminados. Los Estados Unidos ganaron las ventajas del control imperialista mediante la política de "puertas abiertas" basada en la superioridad productiva, mediante exportaciones de capital y, cuando resultaba necesario, por la intervención armada. Sin embargo, las naciones latinoamericanas no están en la misma categoría de subdesarrollo que las de África o Asia. México y Brasil, por ejemplo, experimentaron una rápida tasa de formación de capital nativo. En México, esto ascendió a cerca del 15 por ciento de la producción nacional total en los años recientes. Cerca de dos tercios de esta inversión de capital pertenecen a la empresa privada. Las inversiones privadas norteamericanas incluyen aquí no sólo las fuentes de materias primas tradicionales sino también las nuevas industrias como productos químicos, electricidad, teléfonos, aviación, automóviles, bancos y compañías de seguros, lo que causa cierto resentimiento político porque

> *el poder económico de las grandes empresas extranjeras constituye una seria amenaza a la integridad de la nación y a la libertad del país para planear su propio desarrollo económico*.[10]

Sin embargo, las ganancias son elevadas; la tasa de ganancias de las inversiones extranjeras va del 10 por ciento a más del 20 por ciento, de lo cual aproximadamente la mitad es reinvertido y la otra mitad repatriado.

Dividiendo las naciones del mundo en tres diferentes grupos de acuerdo a la distribución del ingreso mundial en 1949 obtenemos el siguiente cuadro[11]:

	Ingreso mundial	*Población mundial*	*Ingreso per capita*
Países de ingresos altos	67	18	915
Países de ingresos medios	18	15	310
Países de ingresos bajos	15	67	54

En América del Norte, incluyendo a Canadá, hay

> *sólo un 10 por ciento de la población mundial. Pero tenemos aquí cerca del 75 por ciento del ingreso mundial. En contraste, el 75 por ciento de la población mundial cuyo ingreso es inferior a 125 dólares por persona al año quizá no reciba en conjunto más del 10 por ciento del ingreso mundial*.[12]

Aparte de cuáles sean las limitaciones de estas comparaciones u otras similares, revelan sin embargo que

> *en el escenario internacional, se representa ahora un drama, que puede terminar con una catástrofe en el sentido marxista en una escala aún mayor de lo que nunca imaginó Marx. Hay una tremenda brecha entre el ingreso de las naciones ricas y el de las pobres, y las naciones pobres representan a las masas. La brecha se sigue ensanchando. Las naciones pobres adquieren conciencia de clase. Pero es posible que, una vez más, las concesiones de los privilegiados, a medida que los desposeídos se hacen más fuertes, pueden crear una nueva armonía*.[13]

Es, en efecto, una cuestión de concesiones, puesto que el proceso mismo es irreversible. Y estas concesiones implican el sacrificio de al menos una parte de los privilegios que las naciones desarrolladas derivan del proceso. Esto significa mayores inversiones de capital y mayor ayuda exterior para acelerar el desarrollo industrial de las naciones pobres. Se prefiere el capital privado pero la ayuda del gobierno también es necesaria, puesto que hay muchas tareas en las que el capital privado rara vez invierte, si es que acaso lo hace. Estas tareas corresponden a lo que se llama la infraestructura industrial, esto es, caminos, presas, canales, puertos, educación, salud, y a menudo transportes y energía: los servicios utilizados por casi todas las demás industrias. Ahora se reconoce

---

[9] P. A. Baran, *La economía política del crecimiento.* Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1959, p. 211.

[10] O. Lewis, "Mexico Since Cardenas", *Social Change in Latin America Today.* Nueva York, 1961, p. 306.

[11] R. Nurske, *Problemas de formación de capital en los países insuficientemente desarrollados.* Ed. F.C.E., México, 1973, p. 72.

[12] P. F. Drucker, *Landmarks of Tomorrow.* Nueva York, 1959, p. 164.

[13] G. Myrdal, *Beyond the Welfare State.* New Haven, 1960, p. 222.

casi generalmente que es preferible dejar la infraestructura en manos de las autoridades públicas, aun cuando su desarrollo es también una condición para el desarrollo del capital privado. Puesto que tanto los capitalistas de las naciones subdesarrolladas como los de las naciones desarrolladas están igualmente interesados en esta infraestructura, su construcción no es tanto una forma de ayuda a las naciones subdesarrolladas como una ayuda al capital privado en general. Y en donde todas las demás relaciones económicas entre las naciones subdesarrolladas y las desarrolladas siguen siendo lo que eran antes de este desarrollo, la infraestructura ayudará a las últimas más que a las primeras. Esta forma de ayuda subsidia a la empresa privada a expensas de la pública tanto en los países que la dan como en los que la reciben.

Cualquier otra ayuda en gran escala, tal como la de bienes de consumo y alimentos para el alivio inmediato de las poblaciones infortunadas, interferiría con las relaciones de mercado existentes y los intereses particulares implicados en ellas. Mientras que en las naciones "maduras" esto significa simplemente que la sobreproducción crónica será resuelta mediante la producción de despilfarro más que por la creación de niveles de vida más elevados, en las naciones atrasadas significa a menudo que la población se muera de hambre en el proceso de los diversos intentos por crear las precondiciones del desarrollo de capital.

La porción abrumadoramente mayor de la ayuda realmente recibida por las naciones subdesarrolladas ha consistido en ayuda militar. En esta forma, la ayuda es menos perjudicial para los intereses privados. Relevando a los gobiernos de las naciones subdesarrolladas de parte de sus gastos de "defensa", se liberan fondos (teóricamente pero no necesariamente en realidad) para propósitos de desarrollo. La ayuda militar sirve para apuntalar a los gobiernos que simpatizan con la política occidental: se da a los gobiernos que representan a clases sociales dispuestas a mantener sin ningún cambio las relaciones de propiedad domésticas así corno las relaciones económicas internacionales. "No deja de tener significación económica", se ha dicho,

> *la capacidad demostrada por unidades especiales de las fuerzas armadas de Perú, Colombia y Venezuela para destruir o controlar a los grupos guerrilleros dirigidos por los comunistas que intentan montar operaciones de frentes de liberación en gran escala. Tales esfuerzos han fracasado en romper la confianza nacional.*[14]

Una parte menor de la ayuda exterior es de naturaleza no militar. Siendo una especie de asistencia militar auxiliar, está determinada por las necesidades político-militares de las naciones que dan la ayuda, no por las necesidades de desarrollo de las naciones que reciben la ayuda. Proporcionar una ayuda de mayor significación podría conducir a cambios radicales en la estructura social y económica de los países subdesarrollados, lo que podría afectar los intereses económicos y político-militares de las potencias dispensadoras de la ayuda. Las nuevas fuerzas sociales liberadas por el proceso del desarrollo muy bien podrían superar y desechar las relaciones comerciales tradicionales, así como las alianzas políticas; particularmente porque bajo las actuales condiciones del mundo el desarrollo social y económico rápido implica el control gubernamental tendiente al capitalismo de Estado. La ayuda exterior se da para contener, no para extender, la tendencia al capitalismo de Estado.

Una preocupación real por las naciones "atrasadas" sería en verdad bastante extraña: no hace mucho tiempo que se liberaron enormes energías, en dos guerras mundiales, para convertir a naciones industrialmente desarrolladas en otras tantas áreas subdesarrolladas; y aún mayores energías se almacenan hoy día para transformar al mundo entero en un vasto territorio subdesarrollado y, quizá, en un territorio incapaz de cualquier clase de desarrollo. El poder imperialista lucha únicamente para evitar cualquier asistencia verdadera al desarrollo extranjero. El bombardeo de las centrales de energía de Yalu en la guerra de Corea, por ejemplo, "destruyó más equipo de capital en una sola noche del que los Estados Unidos invierten durante todo un año en todas las zonas subdesarrolladas.[15] Esta "política" se repite ahora en escala aún mayor en Vietnam, y muy probablemente se extenderá a las partes desarrolladas de China y a toda Asia sudoriental.

En 1959, las donaciones y préstamos de los gobiernos de los países industriales del "mundo libre" a las naciones menos desarrolladas se estimaron aproximadamente en 4 mil millones de dólares, de los que los Estados Unidos proporcionaron cerca de dos tercios, y Francia y el Reino Unido casi todo el resto. Esto era mucho menos del 1 por ciento del producto nacional bruto de esas naciones. En efecto, en 1961, cuando se propuso un renovado esfuerzo para asistir a los países más pobres, la cantidad de 1 por ciento fue proclamada como un objetivo deseable para gastos de ayuda. La afluencia total de fondos gubernamentales y privados de Europa y Norteamérica a los países subdesarrollados ascendió a casi 7 mil millones de dólares por año desde 1956 hasta 1959. De este promedio anual, las donaciones y préstamos gubernamentales sumaron 3.600 millones; diversos tipos de préstamos e inversiones privadas 2.700 millones; y contribuciones a agencias internacionales para ayudar a los países subdesarrollados 600 millones. Estos cálculos incluían once distintas formas de "ayuda", desde donaciones gubernamentales hasta compras privadas de bonos

[14] *The New York Times, 31* de enero de 1966.

[15] *The New York Times,* 5 de septiembre de 1952.

del Banco Mundial, incluyendo créditos garantizados a la exportación, reinversión de las ganancias de compañías privadas en países subdesarrollados, pagos de reparación, etc., siendo consideradas todas estas categorías "ayuda exterior" porque todas ellas representan un flujo de dinero a los países subdesarrollados.

La "ayuda" proporcionada hasta ahora a las naciones atrasadas ha sido demasiado pequeña para afectar las condiciones de vida y no ha sido del tipo capaz de impulsar el desarrollo económico. Consecuentemente, sólo ha ensanchado la brecha entre las naciones ricas y las pobres, más bien que reducirla. Desde un punto de vista keynesiano, esta ayuda debe ser aumentada y quizá distribuida en forma distinta o alterada cualitativamente. Así como la producción adicional inducida por el gobierno es la solución keynesiana al problema del estancamiento del capital en las naciones avanzadas, una ayuda externa mayor es su programa para acelerar el desarrollo de los países subdesarrollados. Habiendo llegado a esta conclusión, los keynesianos archivan el expediente, pues no es de su competencia la puesta en práctica de sus teorías.

Para el desarrollo de las zonas atrasadas, sin embargo, la generosidad keynesiana es tan inaplicable como insignificante es la miserable realidad de la ayuda exterior. Como señalamos antes, la producción de despilfarro inducida por el gobierno en las naciones desarrolladas no se considera superflua ni por sus gobiernos, ni por sus poblaciones; se considera necesaria para la seguridad externa e interna de la nación y del capitalismo occidental. Además, a no ser que se violen los principios de la libre empresa, no hay forma de transferir fondos de la esfera de la producción de despilfarro a la de la ayuda exterior, a menos que esta ayuda exterior forme parte del mecanismo defensivo del capitalismo occidental; en cuyo caso ella misma es otra forma de producción de despilfarro. En vista de esta situación, los fondos del gobierno para cualquiera y para todos los propósitos son siempre escasos. Con una carrera armamentista internacional en curso, hay poca oportunidad para un aumento en los gastos para la ayuda exterior capaz de provocar alguna diferencia en el crecimiento económico de las naciones subdesarrolladas. Pero incluso una reducción sustancial de la producción de despilfarro mediante políticas de desarme no llevaría a una ampliación significativa de la ayuda exterior a menos que sirviera a los requerimientos de ganancias de las naciones industriales.

Por supuesto, se sostiene que la ayuda exterior resultaría una bendición para las naciones desarrolladas puesto que el crecimiento industrial de las hasta ahora naciones subdesarrolladas daría ímpetu al avance capitalista en general. En vez de hacer más pobres a las naciones ricas, el desarrollo de los países más pobres puede hacer más ricas a todas las naciones. La idea se apoya en la teoría de Keynes, según la cual todas las naciones capitalistas pueden alcanzar un punto de "madurez" en que la demanda de capital es inferior a las propensiones al ahorro. Se trata entonces solamente de cómo esto último puede hacerse compatible con las necesidades de desarrollo de las naciones más pobres. La respuesta es la simple solicitud de *hacerlas* compatibles mediante apropiadas medidas gubernamentales. Pero es precisamente porque las propensiones al ahorro de las naciones más ricas son *incompatibles* con las necesidades de desarrollo de las naciones más pobres que ni el capital privado, ni los gobiernos que representan al capital privado, puede aceptar las sugerencias keynesianas.

El estancamiento económico en las naciones capitalistas avanzadas va acompañado por el estancamiento de las naciones subdesarrolladas porque en ambas la continuación de las inversiones no aparece como rentable dadas las condiciones de producción existentes. Obviamente, el estancamiento no es una política capitalista sino que es sufrido por los capitalistas, como por todos los demás, por razones ajenas a su control e incluso ajenas a su conocimiento. Para ellos el problema no es qué hacer con "ahorros" que no pueden ser invertidos provechosamente, sino más bien cómo aumentar la rentabilidad del capital para emplear estos "ahorros" capitalistamente. Pero los "ahorros" que buscan oportunidades de inversión tendrán que encontrarlas, si acaso, en las naciones desarrolladas *y no* en las subdesarrolladas. Incluso si el desarrollo industrial de estas últimas se pusiera en marcha, el hecho de que están menos desarrolladas hace que su productividad, y por lo tanto su rentabilidad, sea más baja que en las viejas naciones capitalistas. Así, incluso su desarrollo aumentará la disparidad entre las naciones desarrolladas y las subdesarrolladas.

Aunque se afirma frecuentemente que las naciones atrasadas

> *tienen la ventaja de ser capaces de adaptar el equipo más nuevo sin tener que desechar el equipo existente y sin el inconveniente que representa la existencia de edificios obsoletos,*[16]

estas ventajas no existen en realidad. Por el contrario, el lento aumento de la industrialización en los países subdesarrollados ensancha la brecha de productividad entre los países "ricos" y los "pobres" por la razón de que las naciones desarrolladas disfrutan todas las ventajas de la tecnología moderna. Es cierto, por supuesto, que algunas de las últimas innovaciones tecnológicas encuentran aplicación en países subdesarrollados -en las industrias extractivas, por ejemplo- pero en esos casos sirven al

[16] Einzig, *The Economic Consequences of Automation.* Nueva York, 1957, p. 65. 238

capital extranjero más que al desarrollo local.

La rentabilidad del capital en los países subdesarrollados es, por supuesto, muy alta en las industrias extractivas. Operadas con el equipo más moderno y atendidas por técnicos extranjeros, son capaces de competir con industrias similares en las naciones desarrolladas. En efecto, tales industrias suelen ser enormemente rentables. Esto no sólo se debe a que son competitivas, sino también porque no hay necesidad de competir. El precio mundial del petróleo crudo, por ejemplo, se fija de manera que su extracción de los campos petrolíferos de los Estados Unidos a un costo relativamente alto resulte rentable. Este precio no tiene relación con el costo de producción en los campos petrolíferos de bajo costo en los países subdesarrollados.

> *Vender en cerca de 100 chelines la tonelada algo que cuesta producir 13 chelines la tonelada (en el Golfo Pérsico, por ejemplo) es un logro notable. Semejante margen de rentabilidad hace que esté muy lejos de ser ruinoso tener que devolver a los Estados árabes la mitad (o más) de la ganancia.*[17]

Así, es por esta razón que el grueso de las inversiones privadas extranjeras se ha concentrado en las industrias extractivas. Las empresas privadas aseguran la rentabilidad de las inversiones extranjeras creando monopolios en industrias particulares, lo que les permite fijar los precios independientemente de los costos de producción. Pero incluso así, excepto para negocios particulares, el atraso general implica baja rentabilidad y por esta razón no atrae al capital extranjero.

En la medida en que las naciones subdesarrolladas pueden desarrollarse mediante la inversión privada extranjera, ya están "desarrolladas"; y en la medida en que puedan ser aún más desarrolladas por el capital privado, en esa medida se desarrollarán, muy independientemente de todas las presiones gubernamentales. Si están todavía en el más terrible estado de subdesarrollo, esto simplemente indica que el modo de producción capitalista -particularmente en su forma de empresa privada- no es capaz de producir una economía mundial integrada y una división del trabajo racional que pueda asegurar la existencia y el bienestar de la población mundial. Porque así como en cualquier nación capitalista en particular las inversiones se detienen en el punto en que cesan de ser rentables, independientemente de las necesidades sociales reales, así en el mundo en general, las inversiones existentes indican las fronteras marcadas por su rentabilidad. Esta situación es prueba de la incapacidad capitalista para extender su modo de producción a escala mundial. Todo lo que el capitalismo ha sido capaz de hacer es crear el mercado mundial; y fue esta misma creación la que dividió el mundo en naciones "pobres" y "ricas".

La noción misma de inversiones extranjeras implica que sus propietarios residen en un lugar distinto a aquel donde se hacen las inversiones. Ellos pueden llevarse una parte, o el total, de las ganancias hechas en el extranjero al lugar de su residencia. En esta forma, los capitalistas explotan el trabajo de otras naciones sin acumular mucho capital en esas naciones. Es cierto que haciendo esto proporcionan trabajo a algunas gentes, gentes que de otra manera estarían ociosas u ocupadas en ocupaciones menos remunerativas; pero no están promoviendo el desarrollo económico al grado que la explotación de este trabajo hace posible. Los capitalistas nativos también, ya sea por razones de rentabilidad o de seguridad, pueden enviar y usualmente envían parte, o el total, de sus ganancias al extranjero. Todo esto es perfectamente legítimo, en tanto no sea considerado ilegal, porque corresponde al ideal capitalista del "libre" movimiento de capital en un mercado mundial "libre". La búsqueda de las máximas ganancias y la máxima seguridad es precisamente el mecanismo que se supone capaz de distribuir el capital en la forma más "económica", lo que supuestamente es también lo más beneficioso para la población mundial. Lo que hace realmente es perpetuar y acentuar la brecha del ingreso entre las naciones ricas y las pobres. Más dinero sale de las naciones atrasadas del que es invertido en ellas por las naciones desarrolladas. Según el Departamento de Comercio de los Estados Unidos, por ejemplo, las inversiones de los inversionistas norteamericanos en los países latinoamericanos, incluyendo tanto el capital nuevo como las ganancias reinvertidas, ascendió en 1958 a 317 millones de dólares, mientras que las ganancias que regresaron a los Estados Unidos, ascendieron a 653 millones. Las cifras respectivas en los años siguientes fueron:

	Invertidos (en dólares)	*Repatriados (en dólares)*
1959	347 millones	600 millones
1960	267 millones	641 millones

O para tomar un sólo país:

> *De 1943 a 1958 los ciudadanos extranjeros privados invirtieron cerca de 250 millones en Chile. En el mismo periodo de 15 años estos extranjeros tomaron cerca de 600 millones en forma de ganancias*

[17] J. Strachey, *The End of Empire.* Nueva York, 1960, p. 159.

repatriadas. Este flujo, principalmente a los Estados Unidos, representa un regalo de 50 dólares de cada hombre, mujer y niño de Chile. El país necesita desesperadamente recibir ayuda, no darla.[18]

Pero esta lamentación se basa en un malentendido, porque el capitalismo no tiene nada que ver con la caridad, excepto como otro provechoso negocio.

A pesar del hecho de que la mayor parte de las ganancias realizadas enriquecen a las naciones desarrolladas más que a las subdesarrolladas, estas últimas claman sin embargo por más inversiones de capital extranjero para reforzar las relaciones de propiedad existentes en sus propios países. Pero el capital no está ansioso de invertir, no sólo a causa de la demanda competitiva de capital en las naciones desarrolladas, sino también porque las inversiones en muchas naciones subdesarrolladas -que son naciones en permanentes condiciones de crisis- ya no son seguras. Interesados principalmente en recursos naturales tales como el petróleo y los metales, los inversionistas extranjeros promueven un desarrollo unilateral que perpetúa la dependencia de las naciones pobres respecto de las naciones ricas y evita que logren un desarrollo más general. Existen excepciones, por supuesto, que tienen su causa en una proximidad geográfica entre naciones desarrolladas y subdesarrolladas. En México y Cuba, por ejemplo, el capital norteamericano trató de penetrar en todas las industrias estratégicas. Las empresas norteamericanas poseían el 60 por ciento de todas las industrias cubanas desde cosméticos hasta azúcar de caña. Pero esta proximidad no pudo impedir el surgimiento de movimientos sociales y gobiernos revolucionarios. Éstos restringieron e incluso expropiaron el capital extranjero en nombre de un desarrollo nacional libre, y se opusieron a las necesidades de ganancias específicas de los grandes imperios industriales y financieros. Como tales movimientos se han extendido y amenazan con volver a levantar sus cabezas, el capital privado no tiene gran deseo de invertir en áreas subdesarrolladas, en donde enfrenta riesgos no sólo económicos sino también políticos.

Como sólo una cantidad limitada de capital está disponible para las transacciones de ayuda de gobierno a gobierno, y como toda la ayuda gubernamental está proyectada para fortalecer y asegurar el mayor espacio de “mundo libre” posible, esta ayuda tiene una doble función de mantener las relaciones de propiedad existentes en los países que reciben la ayuda y de asegurar campos de operación más amplios para los capitalistas de las naciones que dispensan la ayuda. Con pocas excepciones, basadas en consideraciones puramente políticas, la ayuda no se concede para el desarrollo de industrias propiedad del Estado, excepto aquellas que caen en la categoría de “infraestructura”. Para alentar las exportaciones de capital a las naciones subdesarrolladas, los gobiernos frecuentemente suscriben y garantizan tales inversiones contra perturbaciones en la moneda, controles de cambio, impuestos confiscatorios y expropiación. Pero incluso la eliminación del riesgo a expensas del bolsillo público no estimula mucho las inversiones extranjeras; lo que necesita ser asegurado son ganancias mayores que las que se pueden obtener en casa.

La falta de habilidad y de deseo por parte del capitalismo para extender el proceso de industrialización a las áreas subdesarrolladas del mundo ha conducido a movimientos nacional-revolucionarios que dan primordial importancia al papel del Estado en el proceso general del desarrollo económico. Esta convicción no es aquí el resultado de un largo proceso de creciente control gubernamental como fue experimentado en las naciones, capitalistas avanzadas. Más bien es el punto de partida de un desarrollo capitalista determinado nacionalmente y dirigido tanto contra el atraso local como contra el control extranjero, y a menudo va acompañado de una expropiación parcial, o total, del capital extranjero y local. La habitual producción de beneficios se convierte así en un asunto de interés nacional y de políticas de fuerza. Cuando algunas firmas occidentales fueron afectadas por la “nacionalización” en Irán y Guatemala, por ejemplo, acudieron a sus gobiernos para que restablecieran y aseguraran sus privilegios. Y como los negocios de esas empresas -como los de todas las empresas- son ya en alguna forma parte integral de la política gubernamental, sus gobiernos intervinieron por su propia cuenta. El comercio exterior atañe a los intereses y al prestigio de los gobiernos. Es protegido y ampliado por medios políticos. Los intentos de las naciones para escapar a las perjudiciales consecuencias económicas de ser territorios productores de materias primas para las grandes potencias capitalistas, su insistencia en lograr políticas de precios y ganancias más favorables para sí mismas, son tratadas como “conspiraciones” no sólo contra los intereses de las empresas en particular sino contra la misma civilización occidental.

Mientras que consideraciones políticas, militares y estratégicas surgen de los intereses económicos y de las necesidades inherentes a la acumulación de capital, y mientras que esto suele ser muy obvio -como, por ejemplo, en el gran interés desplegado en Asia sudoriental como rica zona productora de materias primas y en el Medio Oriente productor de petróleo-, la forma nacional de la competencia oscurece la estrecha relación entre los intereses políticos y los económicos. Estos últimos, sin duda, han incluido siempre más rentabilidad que simplemente la inmediata o esperada de corporaciones específicas. Pero nunca antes la acumulación de capital había estado tan íntimamente asociada con el imperialismo o el nacionalismo. Esto es una indicación más que la decadencia general de la

[18] J. Becket and K. D. Griffin, *The New Republic.* 29 de diciembre de 1962

economía del mercado y su lenta transformación en una economía dirigida por el gobierno que opera, ante todo, en términos de los territorios realmente controlados, de fuentes de materias primas y de mano de obra aseguradas verdaderamente, y de vías de comunicación realmente monopolizadas, en vez de en términos de oferta y demanda en un mundo considerado como una plaza de mercado. Y así, aunque los intereses nacionales e imperialistas siguen siendo intereses económicos, rara vez o nunca se expresan en términos comerciales.

Incluso en el pasado, el desarrollo industrial requirió un gran esfuerzo por parte del Estado. En Japón, por ejemplo, el miedo a la colonización y a la explotación extranjera llevó a la deliberada introducción del capitalismo por el gobierno. Ya en sus primeras etapas el desarrollo japonés mostró elementos de "keynesianismo" que más tarde se convertían en características del capitalismo moderno. Limitando la importación de capital extranjero, Japón conservó un alto grado de independencia económica, y aunque esto exigió un grado extraordinario de explotación logró su objetivo: un capitalismo japonés capaz de competir con otras naciones capitalistas. Respaldado por corporaciones financieras políticamente favorecidas, la industria moderna fue introducida considerando las necesidades tanto de la competencia económica como las militares.

> *Estas industrias altamente desarrolladas en el sentido técnico y hechas al estilo del más moderno modelo occidental, eran el orgullo de la burocracia estatal que las protegía celosamente aun después de que grandes partes fueron adquiridas por el capital privado*.[19]

Pero Japón fue la excepción. Su rápida transformación en una potencia industrial tuvo lugar alrededor del comienzo de este siglo, en un momento destacado de expansión de capital internacional, y bajo las favorables condiciones políticas ocasionadas por el desafío norteamericano al colonialismo europeo en Extremo Oriente. Lo que las potencias europeas habían alcanzado mediante la intervención, los Estados Unidos se proponían obtenerlo mediante el comercio, y la política de "puerta abierta" debía operar tanto contra los colonizadores como contra las naciones menos desarrolladas.

Las crisis y guerras del siglo XX destruyeron la mayor parte del colonialismo europeo. Pero la independencia política ganada por las antiguas colonias ya no era condición suficiente para su desarrollo económico. Estaban ya demasiado empobrecidas a consecuencia del estancamiento de las décadas anteriores. Su situación fue descrita como un "círculo vicioso":

> *un pequeño fondo de capital implica un bajo nivel de producción, y lo mismo de ingreso. Pero un ingreso bajo no permite grandes ahorros, y por lo tanto el fondo de capital no puede ser fácilmente aumentado*.[20]

El nivel de ingreso no puede ser elevado sin industrialización y la industrialización no puede desarrollarse sin ingresos más altos. Pero los ingresos más altos no pueden obtenerse mediante el comercio de productos no industriales. Deben ser obtenidos internamente por medio de una explotación todavía más despiadada para lograr excedentes suficientes para dejar trabajo libre con el que construir una base industrial, sin por ello disminuir las exportaciones requeridas para pagar las importaciones necesarias al proceso de industrialización.

Aparte del control colonial y la discriminación comercial, un país o área puede estar subdesarrollada a causa de una deficiencia de recursos naturales tales como tierras laborables y depósitos minerales. Los excedentes pueden ser imposibles de obtener; y de esta manera el desarrollo industrial será imposible, excepto aquel que es introducido desde el exterior, que afecta sólo a recursos especiales: petróleo y gas en Arabia por ejemplo. Sin embargo, el subdesarrollo existe en países y territorios, tengan o no recursos naturales adecuados. Incluso existe en naciones capitalistas cono, por ejemplo, en Italia, cuya zona norte altamente industrializada y su muy atrasada zona agrícola sur repiten a escala nacional la división internacional entre territorios ricos y pobres. Si bien hay algunas partes del mundo que no pueden ser desarrolladas industrialmente en ninguna forma que tenga sentido, esto no tiene nada que ver con el problema del subdesarrollo en naciones potencialmente capaces de crecimiento económico.

En lenguaje económico se considera que un país es progresivo si consume menos que su producción neta, en forma que permite una adición neta a su existente reserva de capital. Se ha estimado que en años recientes las inversiones netas de las economías subdesarrolladas han sido de entre el 3 y el 5 por ciento del producto nacional, en contraste con las naciones desarrolladas, en donde las tasas han oscilado entre el 10 y el 15 por ciento. Pero el aumento de la producción de los países subdesarrollados ha sido ampliamente compensado por un crecimiento de la población equivalente. Se dice que esas naciones consumen tanto como producen; esto, por supuesto, sólo es cierto cuando no se consideran los ahorros no capitalizados de los ricos así como esos excedentes que desaparecen merced al comercio para reaparecer como capital en las naciones desarrolladas.

---

[19] E. H. Norman, *Japan's Emergence as a Modern State.* Nueva York, 1946, p. 135.

[20] J. Tinbergen, *Shaping the World Economy,* ed. cit., p. 14.

Como los países subdesarrollados son productores con altos costos hay un gran volumen de desempleo tanto en la agricultura como en la industria. Según Keynes, el desempleo en el capitalismo "maduro" es causado por una deficiencia de demanda efectiva por un exceso de ahorro debido a la relativa abundancia de capital. Esto no se aplica a las naciones subdesarrolladas. Existen excedentes, por supuesto, pero no se aplican productivamente. Los ricos de los países subdesarrollados tienden a amasar fortunas en forma de atesoramiento más que en forma de capital productivo. Las disparidades en el ingreso entre los ricos y los pobres en los países subdesarrollados son aún mayores que en las naciones desarrolladas o, en todo caso, parecen mayores a causa de los niveles de vida extremadamente bajos de la gran masa de su población. Estando muy satisfechos con el estado de cosas existente, las clases dirigentes ricas no ven ninguna razón para alterar las condiciones que garantizan sus propios privilegios.

En la teoría económica burguesa, incluyendo la versión keynesiana, las desigualdades en el ingreso se justifican como una fuente de formación de capital. Solamente los ricos pueden ahorrar en una escala significativa; y cuanto más "ahorren" más rápido será el desarrollo. Únicamente bajo condiciones en las que ya se ha "ahorrado" demasiado, esto es, en el capitalismo "maduro", puede una demanda incrementada requerir mayor igualdad en los ingresos. Como estas condiciones son opuestas a las que prevalecen en los países subdesarrollados, la teoría keynesiana solamente puede sugerir lo que proponen también todas las demás teorías económicas burguesas y lo que, en realidad, es la práctica capitalista, es decir: el aumento de los "ahorros" mediante un aumento en la explotación y su aplicación en el desarrollo industrial.

Repitamos: Keynes pensaba que en todo el curso de la historia el incentivo a invertir ha sido siempre más débil que la propensión al ahorro. Escribió que

> *el deseo de los individuos de aumentar su riqueza personal, absteniéndose del consumo, ha sido generalmente más fuerte que la inclinación del empresario a aumentar la riqueza nacional, empleando trabajo en la producción de bienes durables*.[21]

Sin embargo, aunque los pobres no pueden evitar abstenerse del consumo, no aumentan nada más que su miseria. Y aunque los ricos consumen en forma verdaderamente fantástica, de todos modos se hacen más ricos. Keynes se refiere solamente a los ricos tanto en los países desarrollados como en los subdesarrollados, en condiciones capitalistas y en condiciones precapitalistas. En el capitalismo "maduro" el incentivo a invertir es débil porque la "madurez" destruye la rentabilidad; mientras que en el capitalismo "inmaduro" la gente puede hacerse rica, y permanecer rica, precisamente porque no hay desarrollo capitalista. "El no-consumo", escribe un discípulo de Keynes,

> *no lleva necesariamente consigo la implicación de que por sí mismo libera la clase de recursos humanos y materiales que pueden ser usados para producir bienes de capital sin problemas*.[22]

Los ricos de las naciones pobres no sólo deben "abstenerse del consumo" sino que deben "abstenerse" con objeto de invertir en la "construcción de bienes durables". En resumen, el programa keynesiano para el desarrollo industrial es el capitalismo. Y esto abarca casi la totalidad de la contribución keynesiana a la "teoría del crecimiento económico".

Lo limitado de la contribución de Keynes a la "teoría del crecimiento" no evita el hecho de que el desarrollo industrial real o anticipado de las economías atrasadas es ahora reconocido ampliamente bien corno un desarrollo "keynesiano" o bien como uno "socialista", dependiendo del grado de participación estatal en el proceso de formación de capital. Aunque las intervenciones del Estado bajo condiciones precapitalistas tienen una función completamente diferente de la preconizada por Keynes para resolver los problemas de las naciones capitalistas avanzadas, es posible aplicar las "técnicas" keynesianas para acelerar el proceso de formación (le capital en los países subdesarrollados. El control estatal del desarrollo económico precedió a la teoría de Keynes no sólo en el limitado sentido "keynesiano" del *control* estatal, como se experimentó en Japón, sino también en el más amplio *y* consistente sentido no-keynesiano de la *propiedad* estatal de los medios de producción, realizada por primera vez en la URSS.

Las revoluciones nacionales toman una gran variedad de formas y características dentro de su naturaleza básicamente capitalista, de acuerdo con las historias individuales de los países en las que suceden y con la situación mundial que enfrentan. La proximidad de Rusia al mundo occidental, el volumen de capital extranjero que había sido invertido en industrias muy avanzadas (pequeño sin embargo en relación al tamaño y las necesidades de la nación), la debilidad de su burguesía entre los grupos sociales dirigentes, y su población campesina que luchaba por escapar a las persistentes condiciones semifeudales: todo esto dio a su revolución el carácter de una "revolución desde abajo", un levantamiento de trabajadores y campesinos pobres y sus aliados de la clase media contra todas las *formas experimentadas* de explotación, bien fuera la de los terratenientes o la del capital local o extranjero. Basado en la ideología marxista, el objetivo era el socialismo y su realización mediante el

[21] J. M. Keynes, *Teoría general...,* ed. cit.. p. 308.

[22] K. K. Kurihara, *The Keynesian Theory of Economic Development,* ed. cit., p. 57.

instrumento de un Estado revolucionario. En la India el fermento revolucionario era de una naturaleza distinta. Dentro de las condiciones coloniales, emergió lentamente una identidad de intereses entre la burguesía nativa y la extranjera. Ayudada por las circunstancias de dos guerras mundiales, hubo una fusión de capital extranjero y nativo y una rápida expansión de este último. Pero el mayor primitivismo de su producción agrícola e industrial y la consiguiente falta de sentido social en las clases más bajas dieron a sus aspiraciones revolucionarias el carácter de un movimiento nacional por la independencia política que esperaba su liberación de la decadencia del imperialismo británico. Mientras que Rusia se consideraba un sistema de socialismo de Estado, o capitalismo de Estado, en el sentido no-keynesiano de propiedad estatal de los medios de producción, la India, considerándose a sí misma un Estado benefactor socialista, representa, al menos ideológicamente, un "sistema keynesiano" que se limita al control estatal de la economía. Porque en la "India socialista", respecto al año 1958,

> *se estimaba que un 90 por ciento de las empresas del país, incluyendo la agricultura que está enteramente en manos de propietarios individuales, estaba en manos privadas, y proporcionaba 92 por ciento del ingreso total del país, mientras que sólo un 8 por ciento del ingreso total proviene de las empresas de propiedad del gobierno*.[23]

La transformación de la URSS en una potencia industrial y el surgimiento del bloque oriental después de la segunda guerra mundial tuvieron como efecto dividir las economías nacionales del mundo, desarrolladas o subdesarrolladas, en sistemas de propiedad estatal y sistemas de control estatal limitado. La división no es absoluta; las diversas naciones adheridas a uno u otro principio de organización social muestran diferentes grados bien sea de propiedad estatal o bien de control estatal. No hay dos países exactamente iguales en este respecto ni entre las llamadas naciones comunistas ni entre las naciones pertenecientes al "mundo libre", o entre aquellas que se consideran "no comprometidas" con ninguno de los dos bloques de poder existentes. Pero en todas las naciones los gobiernos intervienen en cierta medida en el mecanismo económico. En las naciones "comunistas", presumiblemente las inversiones están directamente determinadas por las decisiones del gobierno. En las economías controladas, o mixtas, desarrolladas y subdesarrolladas, las inversiones son el resultado de fuerzas de mercado que los gobiernos buscan influir con medios monetarios y fiscales, y a las que suplementan mediante inversiones directamente determinadas en empresas públicas y en la producción inducida por el gobierno. Las políticas monetarias y fiscales que han llegado a asociarse con el nombre de Keynes son aplicables en todos los sistemas económicos existentes independientemente de su carácter específico y su grado particular de desarrollo.

Mientras que en las naciones "maduras" las políticas keynesianas sirven para *estabilizar* la economía, los países subdesarrollados pueden utilizarlas para organizar y coordinar el crecimiento económico. Las políticas monetarias y fiscales pueden distribuir el ingreso en tal forma que aumente el fondo de acumulación. El gobierno puede tomar sobre sí la tarea de los ahorros y las inversiones, poniendo en práctica lo que Keynes concibió como una socialización general de las inversiones mediante la recaudación de los ahorros de la comunidad. Si el mismo Keynes vio esto sólo como una posibilidad para el futuro, estaba sin embargo convencido, o al menos eso dijo, de su conveniencia, no sólo a causa de la decreciente propensión al consumo sino también porque creía en la superior capacidad del Estado para calcular la rentabilidad, o eficiencia marginal, del capital a largo plazo y para dar debida consideración al "beneficio social general".

Todas las sugerencias keynesianas respecto a cómo superar el estancamiento y la decadencia capitalista en las naciones desarrolladas se refieren a actividades gubernamentales que ponen una dosis de "planeación" en el mecanismo del mercado. Pero si es posible una "planeación" parcial, también lo es una planeación total; no hay nada en el sistema keynesiano que pueda excluir su aplicación en un sistema de capitalismo de Estado, o de socialismo de Estado. Los que abogan por el sistema de capitalismo de Estado objetan el keynesianismo no porque sugiere manipular la distribución del ingreso para crear la deseada relación entre inversión y consumo, sino porque Keynes deseaba hacer sólo un uso limitado de tales técnicas de manipulación.

Aunque las técnicas keynesianas de manipulación son aplicables a todos los sistemas capitalistas independientemente de su estado de desarrollo, la "Teoría general del empleo" de Keynes pierde su "generalidad" cuando consideramos el problema del desempleo en los países subdesarrollados. En esos países, la desocupación es resultado no de una abundancia sino de una falta de capital. Esta desocupación, disfrazada como sobrepoblación relativa a los medios de producción existentes y a su productividad, es en sí misma un obstáculo para la formación de capital, no sólo porque abarata el trabajo que compite con el capital, sino también porque el desarrollo planificado tiene que ser aquí necesariamente de una naturaleza generadora de empleo en vez de incrementadora de capital. La autoridad planificada debe comenzar con un tipo de planeación social no conducente a una rápida formación de capital, o destruir gran parte de la población. En tales condiciones, las técnicas keynesianas no bastarán para producir los excedentes necesarios para iniciar el desarrollo del capital.

[23] V. M. Deans, *New Patterns of Democracy in India.* Cambridge, 1959, p. 106.

Un país puede estar tan empobrecido que ni las políticas monetarias ni las fiscales pueden tener éxito en canalizar fondos del consumo a la inversión. Entonces puede parecer necesario organizar la producción y el consumo mediante medios puramente políticos y forzar a las poblaciones a patrones de comportamiento que puedan rendir excedentes imposibles de obtener en otra forma. La colectivización de la agricultura soviética, así como todo el sistema de terror estalinista, era una empresa de este tipo. Ahora existe una repetición modificada en la China actual, porque no existe otro medio para la formación de capital.

> *Considerando una sociedad agraria atrasada y sobrepoblada como punto de partida -se ha dicho-, cualquier profesional de las ciencias económicas libre de emociones hubiera prescrito la mayor parte de lo que se está haciendo en China hoy en día, aun cuando nunca hubiera oído la palabra comunismo.*[24]

Pero no todos los países subdesarrollados están en tal estado de empobrecimiento, y aun cuando lo estuvieran, algunos de ellos podrían igualmente no ser capaces de resolver sus problemas de desarrollo con los métodos autoritarios del capitalismo de Estado. En algunos casos, una nación capitalista desarrollada puede impedir que una nación subdesarrollada siga el modelo del capitalismo de Estado; o la nación subdesarrollada puede también ser demasiado dependiente de los países capitalistas para considerar semejante posibilidad. Los sistemas de capitalismo de Estado deben liberarse en cierta medida de las relaciones de mercado tradicionales en el mundo. Deben ser capaces de existir bajo condiciones predominantemente autárquicas, y deben ser capaces de resistir la presión imperialista. Por lo tanto, deben ser países grandes con grandes poblaciones, bien dotados de recursos naturales. Desde el final de la segunda guerra mundial, sin embargo, las naciones de capitalismo de Estado se han combinado en un bloque de poder oriental que, en sus relaciones económicas, representa una especie de "segundo mercado mundial". Esto permite que incluso las naciones débiles o pequeñas puedan romper su previa dependencia del mercado mundial privado y organizar su vida económica según los principios del capitalismo de Estado.

La sincronización de diversas economías nacionales parece ser menos difícil que la "integración" económica mediante el comercio privado-en un mercado mundial monopolista. Y así como las potencias occidentales distribuyen cierta "ayuda" a los países subdesarrollados dentro de sus esferas de interés, así los países más fuertes del bloque oriental acuden en "ayuda" de sus aliados subdesarrollados o aliados potenciales. La "ayuda" económica del bloque soviético a las naciones subdesarrolladas llegó en 1960 a un equivalente de 3 mil millones de dólares. La mayor parte de esta "ayuda" fue en forma de préstamo y créditos, incluyendo algunos de ellos (750 millones de dólares) equipo militar. Esta "ayuda" ha sido considerada en el mundo occidental como "ayuda competitiva"; y esto es lo que es. Igual que la "ayuda" de las naciones occidentales, se da para ampliar los intereses políticos y económicos de las potencias dominantes del bloque oriental. El control directo o indirecto de los países subdesarrollados proporciona importantes fuentes de materias primas a la base de poder de los sistemas de capitalismo de Estado y sustrae esas materias primas a los recursos del "mundo libre".

Aunque la "ayuda" soviética sirve a los mismos propósitos que la "ayuda" proporcionada por las naciones occidentales, a menudo se concede en condiciones más favorables para los países subdesarrollados. La tasa de interés de Rusia en sus préstamos al exterior, por ejemplo, es de 2% por ciento contra la tasa de interés occidental que está entre 4/2 y 5%2 por ciento. Las inversiones rusas en la industria petrolera de la India exigen el 10 por ciento de los rendimientos contra el 50 por ciento exigido por las compañías británicas y norteamericanas. Y, aún más importante, los establecimientos industriales erigidos mediante las medidas de la ayuda soviética pasan a ser propiedad de los países que la reciben, mientras que las inversiones privadas occidentales en las naciones subdesarrolladas continúan siendo operadas y poseídas por las compañías extranjeras. La parte de acuerdos de trueque y negocios de gobierno a gobierno es mayor en el primer caso, lo que resulta favorable para los países subdesarrollados puesto que pasa por alto los problemas de pagos internacionales. Tampoco hay restricciones o preferencias con respecto a los diferentes tipos de desarrollo industrial; se ofrecen y se entregan instalaciones fabriles completas de todas clases. Se hace mucho uso de expertos que trabajan en los países subdesarrollados. Por todas estas razones, también el comercio se está expandiendo entre el bloque soviético y las naciones subdesarrolladas, aunque no en una escala que pueda transformar realmente las condiciones de las naciones atrasadas al menos durante algún tiempo.

La política del bloque soviético de ampliar el comercio con los países subdesarrollados comenzó sobre una base extraordinariamente reducida de comercio exterior.

> *Respecto a los países subdesarrollados como un grupo, el comercio del bloque soviético puede esperarse que represente una contribución positiva aunque claramente marginal. Pero incluso un incremento aún mayor del comercio no alteraría el hecho de que el futuro económico de esos países continuará estando ligado al comercio del mundo libre.*[25]

---

[24] T. Mende, *China and Her Shadow*. Nueva York, 1962, p. 16.

[25] J. S. Berliner, *Soviet Economic Aid.* Nueva York, 1958, p. 94.

El comercio con el "mundo libre", sin embargo, es comercio para la ganancia privada y está determinado así por las condiciones que prevalecen en los países desarrollados, no en los subdesarrollados. Si hasta ahora este comercio no ha beneficiado mucho a las naciones atrasadas, difícilmente puede esperarse que lo haga en el futuro: un futuro ya restringido por la existencia y el crecimiento de los sistemas competitivos de capitalismo de Estado.

El alineamiento de las naciones en los bloques de poder occidental y oriental no se basa en la existencia de los "dos mercados mundiales". Más bien lo opuesto es la verdad: los "dos mercados mundiales" tienen alguna realidad únicamente porque la competencia (y cooperación) internacional tiene ahora un carácter político-militar. Las potencias occidentales desean el mantenimiento de las relaciones de propiedad capitalistas, y patrocinan los controles gubernamentales solamente en la medida que parece necesario para asegurar esas relaciones y para permitirles desarrollarlas en países en vía de capitalización. Toda política exterior es proyectada para fortalecer la empresa privada siempre que sea posible y para sabotear las aspiraciones de capitalismo de Estado dondequiera que surjan. Las relaciones económicas con los sistemas de capitalismo de Estado son mantenidas a un mínimo, o son desechadas completamente, por las naciones occidentales, aunque algunas son más consistentes en esta política que otras. El comercio con China, Corea del Norte y Cuba, por ejemplo, se ha convertido en un crimen según el "Acta de Comercio con el Enemigo" norteamericana. Para las naciones de capitalismo de Estado, el mercado internacional se restringe así principalmente a las otras naciones de capitalismo de Estado y a las naciones que aún no están comprometidas con ninguno de los centros de poder dominantes y competidores.

La mayoría de los países subdesarrollados sufrieron, y sufren todavía, el doble yugo de la explotación nativa y extranjera. Las luchas sociales en esas naciones combaten aún al mismo tiempo a las clases dirigentes nativas y al capital extranjero. Ambas luchas envuelven cuestiones de expropiación de la propiedad para remodelar la producción y la distribución nacionales en mayor conformidad con los intereses nacionales, aun cuando esos "intereses nacionales" resulten una vez más la base de nuevos intereses particulares interesados en el control político del Estado. "Los grupos de clase media", se señala a menudo,

> *son los elementos prometeicos en las sociedades subdesarrolladas de hoy en día: los únicos agentes conscientes, activas y capaces de cambio social. Los comunistas han reconocido hace tiempo el papel crucial de la clase media y han venido realizando los mayores esfuerzos para llegar a ella e influirla. En contraste, el Occidente ha hecho demasiado poco para obtener los beneficios de sus propias ventajas sobre los comunistas*.[26]

Con respecto al cambio social el Occidente no posee tales ventajas. El cambio que se requiere en esas naciones sólo puede ser desventajoso para las naciones capitalistas occidentales. Es precisamente a causa del cambio social, o del deseo de cambio, que las naciones subdesarrolladas se encuentran en rebelión abierta o latente no sólo contra sus propias clases dirigentes sino también contra los que respaldan a éstas desde los países avanzados. Estas rebeliones no pueden tener otro objetivo que el cambio de las condiciones existentes y, por lo tanto, de las relaciones de propiedad que son la base de esas condiciones. A causa de que las "clases medias" no encuentran ninguna perspectiva de avance en los países subdesarrollados, y que esos países no encuentran perspectivas de desarrollo en el mundo capitalista controlado monopolísticamente, es que cualquier intento serio hacia el desarrollo se basará en la ideología del capitalismo de Estado y en un programa de capitalismo de Estado, aun cuando por el momento tenga que satisfacerse en realidad con el control del Estado en el sentido keynesiano.

El desarrollo de los países pobres en capital presupone movimientos sociales contra las fuerzas sociales que favorecen el statu quo. Por lo tanto es ante todo un problema político. Como la nación es la unidad más evolucionada históricamente para la organización social coherente, y como las condiciones en todos los países varían, el desarrollo se presenta como un programa nacional. En algunos sentidos debe ser coordinado con programas similares de otras naciones; pero esta unidad mayor de organización se compondrá de un número de unidades nacionales y no tendrá permanencia a menos que también sea abolida la institución de la nación-Estado. El desarrollo del capitalismo y el surgimiento de la nación-Estado fueron un mismo y único proceso. La función del Estado era asegurar y garantizar el crecimiento de la economía capitalista nacional, y ahora su función es -pero en mucha mayor medida- estabilizar el sistema capitalista para garantizar la continuación de su existencia. El desarrollo en las presentes condiciones mundiales es mucho más difícil que la estabilización de los sistemas capitalistas avanzados y requiere controles gubernamentales aún mayores. Como estos controles afectan de manera distinta a los diversos grupos sociales, son establecidos mediante luchas políticas, que no están confinadas al escenario nacional sino que envuelven a otras naciones afectando sus intereses políticos y económicos.

[26] The National Planning Association, *The Political Economy of American Foreign Policy.* Nueva York, 1955, p. 161.

Para hacer justicia a los problemas de los países subdesarrollados, sería necesario tratar de cada nación separadamente, porque cada una es única no sólo en su estructura física y social sino también en sus conexiones con otras naciones y con el mundo en general. Considerada en términos de ingreso nacional *per cápita*, Asia sudoriental parece ser la zona más pobre del mundo; pero es también una de las zonas más competidas por las potencias imperialistas que representan a los dos sistemas sociales competidores. China y la India siguen de cerca, la una intentando el camino del desarrollo mediante el capitalismo de Estado y la otra el del desarrollo del capital privado ayudado por el Estado. Las naciones de África tropical, aunque aún menos desarrolladas, entran en una categoría totalmente distinta. Aún no se ha realizado ahí ningún intento, ni por el capital extranjero ni por los mismos africanos, para diversificar la producción. Casi totalmente autosuficientes en producción de alimentos y en un relativo aislamiento unos de otros, los diversos Estados africanos restringen su producción y su comercio a las materias primas que interesan a los mercados occidentales, predominantemente europeos. El capital en evidencia es capital extranjero invertido en industrias extractivas. Por otra parte, algunos gobiernos africanos, Ghana y Senegal por ejemplo, se llaman a sí mismos "socialistas" o "Estados benefactores" porque han transformado las organizaciones mercantiles privadas existentes en agencias monopolistas gubernamentales. Las diversas naciones del Medio Oriente muestran diferentes grados de control gubernamental, desde la participación del gobierno en la empresa privada y alguna forma de regulación gubernamental para casi todas las actividades económicas, como en Egipto, hasta una ausencia casi completa de intervenciones gubernamentales en los negocios, como en el Líbano. Israel, dependiendo enteramente de la ayuda extranjera, asume el carácter de una economía mixta simplemente porque la asistencia del exterior es distribuida por el gobierno y canalizada hacia empresas gubernamentales y semigubernamentales. Como esta asistencia ha sido diez o veinte veces mayor que las inversiones de capital privado, es el gobierno, y no el capital privado, el que determina la actividad económica. Algunos de los países más pobres en términos de ingreso *per cápita* se encuentran en Latinoamérica: Bolivia, Paraguay y Ecuador son ejemplos de ello. Latinoamérica contiene también algunas de las naciones de más rápido desarrollo, como México y Brasil. Pero todas estas naciones se encuentran en condiciones de crisis permanente; algunas porque no se realiza ningún desarrollo, otras porque sí hay desarrollo y también a causa de las repercusiones internacionales de una u otra de esas situaciones.

Por lo que respecta a la América Latina cualquier desarrollo intenso requiere oposición tanto a las relaciones internas semifeudales existentes como a las relaciones comerciales entre Latinoamérica y las naciones extranjeras desarrolladas. Solamente cerca del 10 por ciento del comercio latinoamericano es interno, el 90 por ciento consiste en comercio con los Estados Unidos y Europa occidental, que es comercio de materias primas tales como café, plátanos, cocoa, lana, carne, petróleo, azúcar, cobre, etc. Esta situación conviene a las naciones industriales, a las clases dirigentes hereditarias de América Latina y a los inversionistas extranjeros en industrias primarias. Las haciendas y los latifundios nativos operan bajo, un sistema de peones y de trabajo obligatorio. Aunque la mano de obra nativa es así extremadamente barata, los inversionistas extranjeros en grandes plantaciones comerciales han encontrado más rentable remplazar la mano de obra por maquinaria, política prontamente adoptada por los propietarios de plantaciones nativos. Surgió así un proletariado rural, sin tierra y desocupado, que ha sido contenido por dictaduras militares sometidas a las clases dirigentes nativas y extranjeras. La explotación extranjera, particularmente la norteamericana, se ha aliado, si no siempre ideológicamente de cualquier modo sí de hecho, con los intereses semifeudales que controlan a las naciones latinoamericanas.

Con la excepción de Cuba, los poderes combinados de las clases dirigentes norteamericanas y latinoamericanas se han demostrado hasta ahora capaces de mantener las relaciones sociales básicas en las naciones de América Latina a pesar de una serie de levantamientos sociales. La revolución mexicana fue interrumpida a medias y convertida en un instrumento de la formación de capital privado. Sin embargo, nuevos movimientos sociales enfrentan al gobierno mexicano con nuevas demandas de completar el interrumpido proceso de nacionalización. La inquietud social en las naciones latinoamericanas obliga a sus gobiernos, en determinados momentos, a asumir un mayor control de la economía nacional. México ha sido seguido por Bolivia y Brasil en la repartición de algunas grandes propiedades y en la nacionalización de los recursos naturales e industrias seleccionadas. La inestabilidad crónica de la mayor parte de los países latinoamericanos y la creciente miseria en la base de esta inestabilidad, indujeron a los Estados Unidos a ofrecer más "ayuda" en el marco de una nueva "Alianza para el Progreso" latinoamericana. Pero este "progreso" es visto todavía en términos de la economía de mercado y de la acumulación de capital privado.

Las inevitables intervenciones gubernamentales en las actividades económicas de esas naciones modifican su desarrollo de capital a tal grado que esas naciones "en vías de desarrollo" pueden ser consideradas como "economías mixtas en desarrollo". Mientras que en las naciones desarrolladas la "economía mixta" se basa en la capacidad de las empresas privadas de producir más de lo que pueden capitalizar, en las naciones menos desarrolladas la "economía mixta" debe crear las condiciones para el desarrollo del capital. La producción agrícola debe aumentar pero debe

consumirse menos con objeto de obtener capital para invertir. Para reducir el consumo a pesar de la incrementada actividad económica debe haber inflación monetaria. Y así, cuanto más y más duramente trabaja la gente, menos recompensa recibe. Esta preferencia por la inflación sobre otros métodos de formación de capital es lo que da a estas "economías mixtas" su connotación "keynesiana". Pero encontrándose ya a un nivel cercano a la absoluta miseria, este método no podrá bastar para conseguir el capital necesario para transformar a estas economías subdesarrolladas en economías industriales competitivas. Antes bien, aumentará la inquietud social y hará brotar movimientos sociales en busca de formas más efectivas y menos horribles de superar su presente estancamiento económico.

En parte por elección y en parte por necesidad, la empresa privada y el control gubernamental operan simultáneamente en cada país capitalista y también como sistemas sociales competidores en el mundo en general. Una junto a otra producen entonces la más despiadada competencia general, la subordinación de la competencia privada a la nacional (o viceversa), y la subordinación de la competencia nacional a los requerimientos supranacionales destinados a servir a fines nacionales y con ello a los fines de la formación de capital privado. Esta situación hace que sea imposible ninguna consistencia ni persistencia en cualquier forma de competencia y cooperación; y los variados y cambiantes intentos de organización y cooperación que resultan de ello solamente aumentan el carácter anárquico de la producción de capital. El nacionalismo como el imperialismo, y el nacionalismo en oposición al imperialismo, conducen a una desintegración económica internacional cada vez mayor. Y éste es un momento en que las condiciones mundiales y los procesos de producción física hacen que la satisfacción de las necesidades más inmediatas de la población mundial dependa de la más estrecha integración económica.

En lugar de trabajar para esa integración, los países industriales aumentan su producción agrícola para alcanzar un alto grado de autosuficiencia en espera de la guerra, o simplemente para satisfacer a sus propios productores agrícolas como una medida de "economía de beneficencia". Protegen sus mercados tanto agrícolas como industriales de todos los posibles competidores con una gran variedad de tarifas y restricciones a la importación. Al tiempo que aumentan sus excedentes agrícolas, impiden a los productores primarios diversificar su producción, obligándolos así a reducir su producción agrícola que ya es insuficiente para alimentar a sus poblaciones. La gran masa de la población mundial está hambrienta, mientras que los excedentes se acumulan en naciones incapaces de venderlos y que no quieren regalarlos. Se espera que estas gentes estén dispuestas a seguir pasando hambre para crear el capital que hará su trabajo más productivo, mientras que la mano de obra industrial en las naciones desarrolladas está ociosa, o produciendo para el derroche, en vez de producir para el uso mundial. Estas irracionales contradicciones económicas se manifiestan en las tensiones políticas y en la dedicación a la producción de armamentos de una parte cada vez mayor de la producción mundial. La nación-Estado, en sus manifestaciones de control gubernamental o propiedad gubernamental, ha demostrado que es una forma social no menos irracional que la producción de capital privado en un mercado mundial supuestamente libre. Las dificultades de la acumulación de capital en las naciones desarrolladas tanto como en las subdesarrolladas desafía no sólo a las soluciones del mercado sino también a las nacionales.

Capítulo XIX
El imperativo imperialista

El modelo marxista de acumulación de capital representa un sistema cerrado y homogéneo en el que la creciente composición orgánica del capital resulta en un descenso de la tasa de ganancia y por lo tanto en la declinación de la expansión de capital siempre que las condiciones de producción no permitan un incremento suficiente en la tasa de explotación. Pero el capitalismo no es un sistema cerrado: es capaz de retardar el crecimiento de la composición orgánica del capital mediante su extensión hacia el extranjero y de mejorar su rentabilidad mediante importación de ganancias del extranjero. La expansión en valor del capital centralizado existente, sin embargo, es lo que determina el tamaño así como el carácter del mercado mundial, y lo que limita la capitalización de las naciones subdesarrolladas para servir a las específicas necesidades de ganancias de los capitales dominantes. Con este mercado mundial, ya no es posible para la parte subdesarrollada del mundo proseguir su propia capitalización independientemente de los requerimientos de ganancias de las naciones capitalistas muy desarrolladas.

El mundo en general está obviamente escaso de capital y de plusvalía. La sobreproducción de capital relativa a su rentabilidad en una parte del mundo confronta la subcapitalización de la otra parte. Si consideramos el capitalismo como un sistema mundial, es ciertamente un sistema de producción social mísero. Para el capitalismo como un todo, por supuesto, la composición orgánica del capital no es lo bastante elevada para reducir la tasa de ganancia por debajo de sus necesidades de acumulación. Pero debido a la centralización y monopolización del capital, las contradicciones inherentes a la producción de capital levantan barreras a su expansión mucho antes de que las fronteras abstractas de la teoría marxista del desarrollo capitalista encuentren cualquier aproximación en la realidad.

El capitalismo ha dejado de ser un sistema de producción socialmente progresista y -a pesar de todas las apariencias superficiales en sentido contrario- se ha convertido en un sistema regresivo y destructivo. Ha conducido a la división del mundo entre unos pocos países altamente industrializados y un gran número de naciones incapaces de salir de su estado de creciente miseria. No obstante, los destinos de todas las naciones están inextricablemente entretejidos; la situación mundial es la que finalmente determina el futuro de cada una y todas las naciones. Incluso para las más “prósperas” naciones, las perspectivas deben ser consideradas a la luz de las condiciones mundiales existentes; vistas así resultan verdaderamente tristes. Incapaces ya de extraer de su propia población trabajadora cantidades de plusvalía que aseguren una acelerada expansión rentable de capital privado, las potencias capitalistas dominantes encuentran que las fuentes de ganancias adicionales en las partes subdesarrolladas del mundo también se están agotando. Mantener en explotación las zonas atrasadas destruirá lentamente su rentabilidad. Pero no explotarlas significa reducir aún más la ya insuficiente rentabilidad del capital. Las grandes naciones capitalistas tratarán por lo tanto de aumentar en vez de disminuir su explotación, con la esperanza de que su propia expansión sea el vehículo, o dé como producto accesorio, el desarrollo de las naciones pobres en capital. La política occidental todavía descansa en una profunda fe en los poderes creadores de ganancias de la acumulación competitiva de capital: una fe sostenida por el periodo, recientemente experimentado, de “prosperidad” inducida por el gobierno. La expansión está orientada todavía hacia la competencia en gran escala -el mercado mundial-, aun cuando a escala mundial, y en cada nación separadamente, la economía de mercado parezca irremediablemente perdida.

Las grandes corporaciones en las naciones industriales, que dominan las economías capitalistas, ya no pueden seguir funcionando dentro del marco nacional; se han convertido y deben seguir siendo corporaciones multinacionales.

> *Cualquier compañía de importancia que quiera sobrevivir tiene que ser internacional y multinacional* -se dice- *porque las compañías que operan a escala mundial encontrarán más fácil que las compañías simplemente nacionales reducir costos moviendo sus materias primas, facilidades de producción y distribución y mano de obra de conformidad con los objetivos de optimización*.[1]

Grandes corporaciones como Unilever e IBM, por ejemplo, tienen intereses en casi todos los países del mundo; IBM, específicamente, opera en cien países y mantiene quince plantas constructoras en trece países.

> *Aproximadamente 3.000 firmas norteamericanas tienen subsidiarias extranjeras y sus ventas representan el doble de lo que exportan los Estados Unidos. Estas corporaciones con base en los Estados Unidos, que operan en forma multinacional, conducen empresas manufactureras en el extranjero, extraen y procesan recursos naturales, proporcionan servicios, y venden los bienes y servicios resultantes en escala internacional*.[2]

---

[1] G. A. Steiner, *Multinational Corporate Planning.* Nueva York, 1966, p. 316.

[2] H. H. Fowler, “National Interests and Multinational Business”, in *Multinational Planning*, p. 123.

El crecimiento de las corporaciones multinacionales es un fenómeno internacional, pero debido a la dominante posición norteamericana en la economía mundial es más pronunciado en los Estados Unidos. Los intereses de estos últimos en las corporaciones multinacionales se revelan en el valor de sus inversiones directas en el extranjero.

> *Éstas aumentaron de 11.700 millones de dólares en 1950 a 31.100 millones de dólares en 1962. Solamente en la categoría manufacturera, el aumento fue de 3.800 millones a 13.200 millones.*

Desde la segunda guerra mundial,

> *cada presidente, cada Congreso, y numerosos líderes públicos y privados del pensamiento nacional e internacional han subrayado la importancia que tiene para el interés nacional el papel de las compañías privadas que operan con base multinacional. De 1950 a 1962, se recibieron 29 mil millones de dólares como utilidades, pago de intereses, honorarios de administración y regalías de las inversiones directas en el extranjero. Esto se compara con los 16 mil millones de capital salido de Estados Unidos para inversiones directas en el extranjero en el mismo periodo*.[3]

Sea o no la estructura mundial del capitalismo capaz de impedir la expansión rentable del capital a escala mundial, cada empresa capitalista, y cada nación capitalista, trata de ampliar su propio capital: a expensas de otras empresas y de otras naciones si es necesario. La eliminación de la competencia y la centralización internacional del capital, aunque quizá no beneficie al mundo capitalista como un todo, sí beneficiará a los capitales más progresivos y a las naciones más fuertes. La economía canadiense, por ejemplo, se considera desde hace mucho tiempo como una extensión de la economía norteamericana.

> *Hacia 1963, los residentes extranjeros, en su mayor parte norteamericanos, controlaban el 60 por ciento de las manufacturas canadienses, 74 por ciento de su industria del petróleo y gas natural y 57 por ciento de la minería y las fundiciones* [...] *El control sobre la industria enlatadora de alimentos aumentó a un 90 por ciento* [...] *Algunos observadores de la economía atribuyen esta continua tendencia a la creciente internacionalización de los negocios. Para Canadá, sin embargo, internacionalización significa principalente norteamericanización, y esto es lamentado a menudo*.[4]

La oposición al dominio extranjero real y potencial sobre diversas industrias es cada vez más decidida en las naciones europeas. Los dos bloques comerciales europeos tienden hacia una distribución continental de sus recursos de capital y hacia la reducción de las inversiones norteamericanas en la industria europea; pero la existencia de estos bloques impulsa aún mayores inversiones por parte de las corporaciones norteamericanas para beneficiarse de sus barreras arancelarias. Por otra parte, las naciones capitalistas desarrolladas representan únicamente la parte menor del mundo. Su futuro depende no tanto de una competencia intensificada dentro de su propio grupo como de conquistar una base más amplia de expansión del capital.

La gran corporación debe producir para un mercado internacional en expansión, y debe vender en él. Si sus ganancias y su producción en el mercado mundial no se expanden, la corporación enfrentará un estancamiento en su mercado nacional; y esto aumentará la necesidad de mantener la estabilidad social mediante la producción inducida por el gobierno. En otras palabras, la producción de capital privado debe acentuarse en el extranjero para impedir su declinación interna. Las necesidades de expansión de las grandes corporaciones exigen que una porción mayor del mundo sea capitalizada. (Ésta es la razón por la que el desarrollo, o crecimiento, reservado en otro tiempo a la teoría marxista, se haya convertido ahora en el tema principal de la economía burguesa.) Pero debe ser un desarrollo conveniente para la empresa privada y sus requerimientos de acumulación, esto es, un desarrollo que subordine las naciones en desarrollo a las reglas del mercado capitalista mundial.

El carácter “mixto” de las economías del mercado capitalista borra la anterior distinción entre gobierno y capital. El gobierno ya no es simplemente el brazo político de la clase capitalista. Sus intereses económicos están tan entrelazados con los de la clase capitalista que la política del gobierno y la política de las corporaciones son una misma cosa. La necesidad de expansión externa del capital con objeto de interrumpir su contracción interna toma la forma de un imperialismo agresivo y de competencia imperialista. Pero este imperialismo difiere del imperialismo y colonialismo del capitalismo del *laissez-faire* porque el capital compite por algo más que sólo las fuentes de materias primas, mercados privilegiados y exportaciones de capital; lucha también por su propia existencia como un sistema de propiedad privada contra nuevas formas de producción de capital que ya no están sujetas a relaciones de valor y al mecanismo de mercado competitivo.

Para Keynes, ciertamente el imperialismo y la guerra afectaban a la economía pero no eran parte integral del capitalismo. Para Marx, los cambios estructurales en el capitalismo, tanto nacional como internacional, implican competencia, crisis, imperialismo y guerra. La segunda guerra mundial estuvo obviamente muy conectada con el largo periodo de depresión que la precedió, y la actual tendencia mundial a apoyar la fuerza económica por medios político-militares testimonia la naturaleza

[3] Ibid., p. 124.

[4] *The New York Times. 11* de febrero de 1966.

imperialista de la moderna competencia del capital. Aunque las calamidades de la guerra no pueden considerarse como propiedad exclusiva del capitalismo, sus orígenes y sus resultados están necesariamente conectados con el carácter competitivo de la expansión de capital internacional.

El imperialismo puede ser descrito en términos políticos aun cuando tenga su base material en los requerimientos de acumulación de capital. Las actividades imperialistas actuales tienen su causa directa en los cambios de relaciones de fuerza producidos por la segunda guerra mundial. A primera vista, estos cambios sólo podían conducir a una nueva guerra o a la aceptación de un mundo dividido en dos sistemas diferentes de producción de capital, con esferas de interés aparte dominadas por las dos potencias militares más fuertes, Rusia y los Estados Unidos. Sin embargo, la segunda posibilidad parecía "inaceptable" para las potencias occidentales, aun cuando de alguna manera ha constituido la política occidental de la posguerra. Era menos desagradable para la URSS, confiada como estaba en su habilidad para conseguir seguridad, y posiblemente supremacía, sin la intervención de una tercera guerra mundial. Aparte de tales "preferencias", sin embargo, y a pesar de diversas aventuras en la "guerra fría" e incluso en la guerra de Corea, ni el Este ni el Oeste han mostrado ninguna verdadera inclinación a provocar una guerra mayor. Aunque con frecuencia al borde de la guerra, hasta ahora ambas partes se han retirado siempre a tiempo, dejando las cosas más o menos como estaban antes.

Las naciones de Europa occidental, ocupadas con su recuperación y con fútiles intentos de defender sus posesiones extranjeras, no estaban en posición de actuar según las necesidades "a largo plazo" del capitalismo occidental. Los Estados Unidos, saliendo de la guerra convertidos en la potencia más fuerte, tenían que consolidar el mundo occidental como una condición previa para reanudar políticas de poder internacionales efectivas. Según resultó después, no había realmente ninguna necesidad urgente de preocuparse con la expansión soviética o de privar a la URSS de aquellos despojos de la guerra que el Occidente -aunque con ciertas reservas poco realistas- había aceptado concederle. La URSS, también, debilitada por la destrucción y el desgaste de la guerra, necesitaba tiempo para recobrarse y consolidar sus ganancias. La incapacidad general para actuar frente a los nuevos problemas planteados por la posguerra se manifestó en el statu quo de la guerra fría.

Todo lo demás se basaba en la esperanza de que o bien el "desarrollo histórico" vendría en ayuda del Este, o que la "naturaleza humana" se reafirmaría y restablecería las condiciones del capitalismo occidental en todo el mundo. Tanto el Este como el Oeste han esperado que crecieran y se acumularan las contradicciones internas que acosan a cada bloque de poder. El hecho de que los satélites soviéticos son "pueblos cautivos" y que por esa razón son una constante fuente de problemas para sus nuevos amos, y la posibilidad de hacer surgir diferencias de intereses entre la URSS y China, sostenían las expectativas occidentales sobre una posible desintegración del bloque de poder del Este. Tan pronto como se controlara la expansión del bloque oriental, cualquier avance económico y político que hubiera en el mundo gravitaría por absoluta necesidad hacia el centro de poder más fuerte. Cualesquiera que sean los méritos de tales expectativas, convirtieron la política exterior norteamericana en una constante posposición de las acciones políticas decisivas aguardando siempre un futuro más favorable.

La política estalinista, también, estaba impregnada de la recurrente esperanza de que la paz prevalecería a pesar, y a causa, de la guerra fría. Stalin veía el mundo capitalista en términos decimonónicos: para él, el desarrollo capitalista era un proceso competitivo que evolucionaba de crisis en crisis, que ponía a las naciones unas contra otras y que transformaba las rivalidades económicas en guerras imperialistas. No obstante, Stalin sentía que, durante algún tiempo, el Occidente no estaría en condiciones de emprender una nueva guerra contra la URSS. Europa occidental estaba bastante indefensa y los efectos de la revolución china sobre toda Asia habían colocado a los Estados Unidos en desventaja estratégica a pesar de su potencia militar y su superior capacidad productiva. Esta convicción se manifestó en el reto del bloqueo de Berlín, en la dura política soviética hacia sus satélites, en el apoyo secreto dado a los movimientos de liberación nacional y, finalmente, en la prueba mayor representada por la guerra de Corea.

Para entonces, sin embargo, la situación va había cambiado debido a la recuperación parcial de Europa occidental, al retroceso de la oleada revolucionaria de posguerra en Asia y, por último pero no por ello menos importante, al transformado carácter del propio capitalismo occidental. La situación de la inmediata posguerra muy bien podía sugerir la recurrencia de aquellas mismas condiciones que siguieron a la primera guerra mundial: una crisis semipermanente para algunos países y una agudización general de la competencia internacional. Los acuerdos de Potsdam prometían realizar lo que no había logrado al Tratado de Versalles de 1919, mientras que la destrucción del capitalismo alemán estaba destinada a producir nuevas fricciones económicas y políticas dentro del capitalismo occidental. Pero ocurrió algo distinto. Aunque los intereses nacionales aún dominaban las políticas de todos los países capitalistas, pronto se vio que sólo políticas de poder internacional podían salvaguardar esos intereses nacionales, y que esto requería colaboración tanto económica como política. Esto implicaba que la política económica sería responsabilidad de los gobiernos, y la permanente transformación del capitalismo en un capitalismo manipulado por el

gobierno, así como la aparición de cierto grado de cooperación internacional que afectaría globalmente al capitalismo occidental.

El compromiso de Corea indicó claramente que aunque Occidente aún no estaba deseoso o preparado para emprender otra guerra mundial, estaba determinado a no perder más terreno a favor del bloque oriental. En Ginebra, en 1954, el compromiso de Corea se repitió en el compromiso de Asia sudoriental. El "movimiento de liberación" de Asia llegó a un alto temporal. Todo lo demás comprendido en el "espíritu de Ginebra" resultó puramente espiritual, aun cuando los soviéticos presionaron para lograr una "solución general" de las diferencias Este-Oeste en el sentido de unas esferas de interés claramente marcadas y respetadas y de obras abiertas a toda competencia económica en las partes del mundo que todavía no estaban comprometidas. La prontitud de la URSS para llegar a un acuerdo traicionó el temor del régimen posestalinista a la guerra y su real preocupación por la inquietud de las naciones satélites así como por las condiciones en la misma URSS. Los nuevos líderes soviéticos comprendieron que la prevención de la guerra requería más que el principio de la sentencia de Churchill, "paz mediante el terror mutuo". No sólo exigía que la URSS y los Estados Unidos llegaran a un acuerdo, sino también que controlaran mutuamente las actividades de otras naciones que inadvertidamente pudieran conducirlas a una guerra general.

La aparente tendencia hacia la solución pacífica de los antagonismos imperialistas se convirtió en humo después de la Conferencia de Ginebra. Sencillamente, el mundo está acosado por demasiados problemas e intereses particulares, y ni la URSS ni los Estados Unidos tienen sobre otras naciones el grado de control que podría asegurar la paz en todas las circunstancias. Como el cambio y el desarrollo prosiguen sin pausa y afectan los destinos de las grandes potencias, su propio posible deseo de paz sólo puede ser una inclinación temporal. La erosión del colonialismo occidental condujo a muchos movimientos nacional-revolucionarios que no podían ser controlados ni por el Oeste ni por el Este. De cualquier modo, China no pudo ser subyugada al dominio soviético, y las relaciones entre China y la URSS dieron el mentís a la propaganda occidental que presentaba a China como una "colonia" de la URSS.

La incesante erosión de la influencia occidental en las zonas subdesarrolladas debe interrumpirse. No obstante, de no suprimirla militarmente, esto sólo puede lograrse ayudando a un desarrollo en detrimento de las economías del mundo occidental. Según el punto de vista norteamericano, el fin de la dominación colonial occidental creó un "vacío de poder" en ciertas regiones del mundo, que el Este llenará si el Oeste no lo hace. Lo que aquí quiere decir "vacío" se refiere al hecho de que regiones hasta ahora controladas se han liberado: el acceso por parte de las antiguas colonias a una "autodeterminación nacional" las deja indefensas ante la "agresión comunista" interna y externa; de modo que el Oeste debe intervenir y garantizar su "independencia". En otras palabras, la "auto-determinación nacional" no puede incluir una libre elección de sistemas sociales y de aliados, aunque sí puede incluir preferencias con respecto a las potencias occidentales "protectoras". La actitud norteamericana representando el papel de una potencia "anticolonial" en este sentido especial no fue una política deliberada para debilitar a sus aliados occidentales -aunque en realidad sí lo hizo-, sino que fue adoptada en la creencia de que fortalecería al "mundo libre" como un todo. Para beneficiar al "mundo libre", se esperaba que las potencias coloniales sacrificaran sus especiales intereses político-administrativos, y que se induciría a los movimientos nacional-revolucionarios a mantenerse dentro de los confines del capitalismo occidental. El hecho de que cualquier política en interés del capitalismo occidental "globalmente" beneficie especialmente a los Estados Unidos no era después de todo culpa de éstos, sino simplemente una consecuencia del desarrollo del capital internacional.

El generalizador punto de vista norteamericano, que juzga las necesidades del mundo según las necesidades del capitalismo estadounidense, incluye, por supuesto, numerosos intereses especiales más estrechos. La competencia norteamericana tiende, o por lo menos intenta, desplazar a las entidades de capital más débiles siempre que sea posible; de manera que hay cierto grado de verdad en la afirmación de que oponiéndose al colonialismo de otras naciones, los Estados Unidos simplemente protegen el suyo propio. No obstante, la política exterior norteamericana no está determinada exclusivamente por intereses particulares tan estrechos; también existe el factor de su justificado temor a que una constante reducción del "mundo libre" acabe por afectar a la misma economía norteamericana y acelere la destrucción de su naturaleza de libre empresa. No hay gran diferencia, por lo tanto, si las posesiones extranjeras que tienen que ser protegidas, y los mercados extranjeros que hay que conservar abiertos, son de mucha o poca importancia; de lo que se trata es de prevenir, y si es posible obligar a dar marcha atrás, a cualquier movimiento o nación que intente, o pueda intentar, restringir o abolir el capitalismo de libre empresa.

Hasta tiempos recientes, los movimientos nacional-revolucionarios han tendido a gravitar hacia la URSS para encontrar protección y apoyo. Ahora es China la que, por su misma existencia, amenaza con eliminar la vacilante posición del capitalismo occidental en Asia ayudando a surgir nuevos movimientos nacional-revolucionarios que pueden impedir la presente y futura explotación de las naciones asiáticas por el capital occidental. Es más el "bolchevismo" de China que su "nacionalismo" lo que tanto inquieta a los Estados Unidos, aun cuando la combinación de ambos es lo que resulta

mortal para la empresa privada.

Muy independientemente del significado de estos términos, la defensa mundial de la “libertad” y la “democracia” manifiesta el chovinismo norteamericano en casa y su imperialismo en el exterior. Confinada y satisfecha en el ámbito de su propia existencia, la clase dirigente norteamericana no puede tolerar la expansión de un sistema social diferente del suyo propio. El hecho de que se puedan realizar negocios con el sistema de capitalismo de Estado tanto como con el de empresa privada no representa un consuelo, porque en la ausencia en el extranjero de capital privado, ellos ven una premonición de su propia obsolescencia en casa. El odio de la clase dirigente por los sistemas de capitalismo de Estado, a los cuales, correctamente desde su punto de vista, identifican con el “comunismo”, es genuino: la expresión puramente ideológica de -este odio no altera el hecho de que brota de las mismas ventajas materiales que tocan a los privilegiados en el sistema de empresa privada. No -es un odio vacío ni supersticioso, sino mas bien una reacción de la clase capitalista a todo cambio social que pueda ser perjudicial para el capital privado.

La competencia y los antagonismos nacionales conducen a guerras entre las naciones capitalistas. En cierto sentido, la guerra entre los sistemas de capitalismo de Estado y de empresa privada es también una forma de la competencia del capital internacional. Pero con esta diferencia: que abarca no sólo intereses económicos de grupos de capital organizados nacionalmente sino también la defensa, o destrucción, de diferentes estructuras sociales. Un elemento de “guerra civil” entra en las rivalidades imperialistas, aun cuando este tipo de “guerra civil” no se da en el interior de una nación sino entre naciones. “Anticomunismo” significa oposición a todos y cada uno de los movimientos que amenazan la existencia o el futuro del capital privado.

Mantener el mundo abierto a la explotación capitalista ha sido la política general norteamericana desde 1945. Se origina directamente en las necesidades de expansión del capital privado y, a no ser por la abolición del sistema de mercado, no puede cambiarse. Pueden perderse algunos intereses particulares, como por ejemplo las inversiones y empresas de Cuba, e intereses similares pueden preservarse, como mediante la ocupación de la República Dominicana y el derrocamiento de los gobiernos de Guatemala e Irán. Pero la política general debe dirigirse hacia una extensión del papel norteamericano en la economía mundial. Por tanto, tiene que tratar de impedir el surgimiento de sistemas de capitalismo de Estado en regiones destinadas a la explotación capitalista.

El imperativo imperialista de la expansión del capital es negado a -menudo; el colonialismo europeo está acabado y, se dice, el imperialismo -ya no es conveniente. En verdad, parece haber pasado el tiempo cuando unos cuantos regimientos podían controlar a cientos de millones de seres, y las ganancias del dominio colonial están mermando mientras que los costos del imperio siguen subiendo. La “carga del hombre blanco” se ha convertido en una verdadera carga en lugar de una bendición. Aunque los individuos y corporaciones aún se enriquecen enormemente, desde un punto de vista general el colonialismo cada vez rinde menos; de manera que, en parte, el mismo principio de la rentabilidad sugiere un nuevo enfoque del dominio imperial. El imperialismo por vía indirecta parece más promisorio que el colonialismo del siglo XIX. En vista de los movimientos nacional-revolucionarios, el control indirecto puede ser superior al control directo en la misma forma que el sistema de salarios demostró ser superior al sistema esclavista. Así como el monopolio de los medios de producción es ampliamente suficiente, por sí mismo, para controlar a la clase trabajadora, así el control monopolista del destino de la economía mundial puede ser suficiente para determinar el comportamiento de las naciones sujetas a él. En cualquier caso, naturalmente, la fuerza político-militar está siempre pronta para asegurar la eficiencia de los métodos de control indirecto; y mientras que estos últimos funcionan bien crean la ilusión de un consentimiento general.

Aunque hasta ahora el capitalismo occidental ha hecho muy poco para promover la industrialización en las partes subdesarrolladas del inundo, no se opone a tal desarrollo siempre que resulte provechoso. No prefiere la explotación de su propia población trabajadora a la de otras naciones; todo lo contrario. Existe, por lo tanto, una aparente contradicción entre la necesidad de mantener al mundo abierto para la libre empresa y la negativa de la libre empresa a aprovecharse de sus oportunidades. Pero esta contradicción simplemente refleja la contradicción de la producción de capital misma. No es distinta a la contradicción que sale a la luz con cada crisis capitalista: es decir, que la producción se interrumpe a pesar del hecho de que las necesidades de la gran masa de la población están lejos de estar satisfechas. La producción se reduce no porque hay demasiada sino porque se ha vuelto poco ventajosa. Con todo, en las mentes de los capitalistas no cabe la idea de que su incapacidad para incrementar la producción es razón suficiente para abdicar en favor de un sistema social diferente capaz de coordinar la producción social con las necesidades sociales reales. Ni tampoco se les ocurrirá que como no han industrializado el mundo y, aparentemente, son incapaces de hacerlo, deben dejar el mundo a otros que presumiblemente puedan hacerlo empleando principios de producción social diferentes a los del capital privado. Así como defienden su control en cada país en particular independientemente de sus resultados, igualmente defenderán su control sobre el mundo en general.

Como no hay ninguna oportunidad de romper el monopolio del capital de las potencias capitalistas establecidas desde hace mucho mediante la competencia de mercado, la industrialización de las naciones subdesarrolladas debe realizarse en oposición a las relaciones de mercado del mundo capitalista, sobre una base organizada nacionalmente y no de libre empresa. Esta posibilidad, sin embargo, está abierta únicamente para los países más grandes, como la URSS y China, donde es posible cierto grado de "autosuficiencia". En la mayor parte de los países subdesarrollados la "independencia nacional" no altera su dependencia de las naciones capitalistas desarrolladas, a menos que surjan oportunidades de alinear sus economías con las de los sistemas de capitalismo de Estado en gran escala. Habiendo sido ya "integrados" al mercado capitalista mundial, y siendo incapaces de una existencia autosuficiente, siguen siendo, como los países del llamado "tercer mundo", objeto de explotación extranjera y de competencia imperialista.

Los esfuerzos nacional-revolucionarios de esos países se disipan en luchas internas por el poder en vez de ser utilizados para una verdadera reorganización de sus estructuras socioeconómicas. Conquistan cierto grado de control político sin perder su dependencia económica de las potencias imperialistas.

> *Aun los líderes militantes socialistas -se ha dicho-, tienen mucho cuidado en arriesgar su supervivencia económica al nacionalizar las empresas de propiedad extranjera, para no matar la gallina de los huevos de oro* [...] *La corriente usual de los gobiernos socialistas ha sido el tipo de táctica adoptado por Ghana, donde se consolidó la tasa de impuestos a las compañías y se reafirmaron los aumentos de salarios del 20 por ciento, además de una inversión local incrementada al 60 por ciento de las utilidades netas después de descontado el impuesto. A pesar de ello, las compañías mineras todavía pudieron pagar dividendos del 45 por ciento y la perspectiva no las asustó. Las compañías evitan ahora cualquier sugestión de interferencia directa en la economía nacional e "indigenizan" rápidamente su personal. Pero el carácter "colonial" de la economía persiste*.[5]

Sin embargo, la constante dominación económica indirecta de las naciones menos desarrolladas por el capital occidental no ofrece solución para las necesidades reales de la gran masa de sus poblaciones, ni resolverá el problema básico de la producción de beneficios para el capital occidental. Todo lo que puede hacer es sostener durante algún tiempo más la economía del mundo capitalista que se está desintegrando. Esto requerirá una brutal supresión de todo el resentimiento causado por la creciente y no aliviada miseria social. Es muy fácil predecir que al menos en la parte subdesarrollada del mundo la prevaleciente miseria conducirá a repetidas rebeliones contra las potencias extranjeras dominantes y sus colaboradores nativos tanto si pertenecen a las clases dirigentes tradicionales como a las nuevas clases dirigentes llevadas al poder por los movimientos anticoloniales.

El viejo colonialismo ha muerto, es verdad. Pero ha sido remplazado por un sistema de neocolonialismo, en el que las naciones que son nominalmente independientes siguen siendo explotadas por el capital extranjero. Dentro de esta situación, la competencia entre los sistemas de capitalismo de Estado y de empresa privada por una participación mayor en la producción y el comercio mundial, necesariamente está relacionada con el futuro de las naciones del "tercer mundo" todavía "no comprometidas". Si estas naciones han de transformarse en sistemas de capitalismo de Estado, tendrán que impedir que continúe la penetración del capital privado en sus economías y conquistar cierto grado de control sobre sus relaciones comerciales que restrinja o incluso excluya su explotación por las naciones capitalistas. Esto frenaría la expansión del capital privado y ampliaría el "mundo socialista", conduciendo a una transformación general más rápida del capitalismo desde su forma de propiedad privada a la de organización estatal. De esta manera, el imperialismo no es sólo un instrumento de explotación y engrandecimiento; para el Occidente, es el único instrumento con el cual salvaguardar el futuro del capital privado.

Igual que el viejo colonialismo, el neocolonialismo se practica no en interés de la nación imperialista como nación sino en interés de su clase dirigente, y para especial beneficio del poderoso segmento de esa clase que opera internacionalmente y codetermina la política exterior. "¿Cuál es el valor real de su dominio de la India para la nación y el pueblo británicos?", preguntó una vez Marx; porque

> *directamente, es decir en forma de tributos, de superávit de los ingresos indios respecto de los egresos, nada llega al Tesoro británico* [...] *Siendo así las cosas, es evidente que las ventajas que obtiene Gran Bretaña de su Imperio indio se limitan a las ganancias y beneficios que logran determinados súbditos británicos.* [...] *Pero frente a todo esto hay un gran contrapeso. Los gastos militares y navales que paga el pueblo inglés de su bolsillo para la cuenta de la India, han aumentado constantemente con la ampliación del dominio de la India* [...] *Sumemos a esto la carrera de interminables conquistas y constantes agresiones en que están comprometidos los ingleses por la posesión de la India, y bien se podrá dudar si este dominio, en conjunto, no amenaza costar más de lo que jamás puede esperarse que llegue a rendir*...[6]

[5] P. Worsley, *El Tercer Mundo.* Ed. Siglo XXI, México, 1966, p. 227.

[6] K. Marx, "Ingresos de Inglaterra en la India". *Sobre el colonialismo,* Cuadernos de Pasado y Presente, Córdoba, 1973, pp. 145-52.

El hecho de que los costos del Imperio resultaran mucho mayores que sus beneficios fue una de las razones por las que la sujeción directa fue remplazada por el neocolonialismo.

Aunque los beneficios del colonialismo corresponden a individuos mientras que sus costos son soportados por todos los que pagan impuestos, la diferencia entre costos y beneficios tiene su límite en la capacidad de recaudar impuestos para subsidios. Hasta que se alcanza este límite, el hecho de que el ingreso de la explotación colonial pueda ser menor que el gasto nacional que implica, lejos de desanimar las actividades coloniales, más bien las impulsará en la expectativa de una inversión final de este desequilibrio. No es precisamente para salvaguardar las ganancias de intereses particulares, por ejemplo, que el gobierno de los Estados Unidos acepta los costos mucho mayores de sus extensas intervenciones en el extranjero. Paga estas últimas con la esperanza de incrementar las primeras. Esto puede ser, y probablemente es, una empresa sin ninguna posibilidad de éxito, de modo que todo el esfuerzo imperialista no logre nada más que salvaguardar las ganancias de los intereses particulares, si acaso. Pero la probabilidad de tales resultados negativos no libera a las naciones capitalistas de la necesidad compulsiva de operar a escala internacional.

Incluso unos Estados Unidos aislacionistas y no imperialistas se verían forzados a subsidiar a los grupos de capital dominantes mediante compras del gobierno, aunque sólo fuera para evitar las condiciones de depresión del estancamiento del capital. Estos subsidios tienen que salir de la producción total; las "ganancias" del capital subsidiado implican los "costos" sociales de la producción de despilfarro. Éste es precisamente el dilema que el capitalismo trata de resolver con la expansión externa. El imperialismo proyecta el dilema nacional en el escenario internacional. Pero hay una diferencia. Si la producción de despilfarro en forma de gastos para propósitos imperialistas tuviera como resultado la creación de condiciones para una acelerada expansión de capital, las "ganancias" futuras superarían a los "costos" presentes. En tal caso, la producción de despilfarro resultaría el instrumento para la producción de capital, el gasto necesario para una explotación incrementada, como ha sido la verdad para todas las anteriores actividades capitalistas. Mientras que la producción de despilfarro a escala nacional simplemente aumenta las dificultades de la expansión de capital de que ella misma es una manifestación, la producción de despilfarro mediante la guerra puede provocar cambios estructurales en la economía mundial y cambios en las relaciones de fuerza políticas conducentes a un nuevo periodo de expansión de capital para las potencias capitalistas vencedoras.

Estos cínicos conceptos descansan en la ilusión de que el capitalismo en general, y el capitalismo norteamericano en particular, no tiene fronteras históricas. Pero incluso si reconocen la tendencia hacia la progresiva disolución del sistema de mercado, los capitalistas sólo pueden actuar como si la tendencia no existiera, o pudiera ser detenida e invertida. Estando realmente determinadas por esa tendencia, sus actividades se hacen cada vez más capitalistas, con el fin de contener y, si es posible, destruir los sistemas socioeconómicos diferentes del suyo. Cuando más mixtas se vuelven sus propias economías, más urgente resulta la necesidad de detener la propagación de la "nacionalización" y "socialización" en la economía mundial, no sólo para conquistar un mayor control sino también para limitar la producción inducida por el gobierno en sus propios países. Es por esta razón que la economía mixta sigue atada a la guerra y a la movilización para la guerra; en realidad, la economía mixta no es otra cosa que la economía capitalista como una economía de guerra semipermanente. Lo que durante la depresión apareció al principio como una posible solución para los problemas económicos del sistema de mercado, ahora se muestra como una causa adicional del imperialismo capitalista.

Sin embargo, las consecuencias de la guerra dependen del estado de las fuerzas productivas. Estas fuerzas hacen ahora posible la destrucción de la mayor parte del mundo y su población, lo que parece excluir la utilización de la guerra para el propósito de la acumulación de capital. Inmediatamente después de la segunda guerra mundial, todavía era posible considerar a la guerra como una "nueva industria" capaz de resolver los problemas capitalistas, incluyendo el de las ganancias pecuniarias.

> *La destrucción de la economía europea -se dijo- ha resuelto el problema de la demanda efectiva para la economía norteamericana. Durante la depresión no progresamos nada. La gran falta era la ausencia de demanda efectiva. Más tarde, estas demandas han sido creadas por una absoluta necesidad, y* [...] *estamos en el amanecer de la mayor era industrial que este país haya tenido jamás.*[7]

Esta clase de optimismo no puede prevalecer en vista de la destructividad de las guerras modernas, que pueden incluir el uso de armas atómicas.

Sin embargo, no es posible actuar racionalmente en un mundo irracional. El reconocimiento de que la guerra ya no puede solucionar los problemas que hostigan al mundo capitalista no cambia un patrón de comportamiento que puede, en cualquier momento, conducir a la guerra. Ningún capitalista deseaba las pérdidas de la depresión, pero igualmente la empedernida competencia por el capital condujo a la crisis y a la depresión; en otras palabras, el comportamiento "normal" provocó la

[7] De una conferencia patrocinada por la Economic and Business Foundation, New 'Wilmington, Pennsylvania, 20 de diciembre de 1948, p. 18.

"anormalidad" de la crisis. Lo mismo sucede con respecto a la guerra. La empedernida competencia para conquistar o retener el dominio político y económico es el producto y suma total de todo el comportamiento asocial que caracteriza la vida social bajo el capitalismo. El reconocimiento de que la guerra puede ser suicida, lo que por otra parte no es unánime, no afecta el que nos veamos arrastrados a una nueva guerra mundial. Aquellos que toman las decisiones políticas no están menos atrapados en este callejón sin salida de lo que lo están las masas castradas e indiferentes. Tomando sencillamente las decisiones "correctas", tal corno aparecen determinadas por las necesidades específicas de sus naciones y la seguridad de sus estructuras sociales, pueden destruirse a sí mismos y a gran parte del mundo. La política exterior en la posguerra no ha sido esencialmente más que la preparación para la guerra, y solamente la perspectiva de la guerra hizo posible ese grado de colaboración que demostraron las alianzas occidentales. Aparte de esto, no ha habido ninguna "política" en absoluto, sino únicamente esa impenetrable amalgama de acciones y reacciones contradictorias mediante las cuales innumerables intereses particulares tratan de afirmarse o defenderse. La política norteamericana de la posguerra consiste en la Doctrina Truman, el Plan Marshall, la Organización del Tratado del Atlántico Norte, la guerra de Corea, la Declaración de Caracas, el tratado de defensa colectiva de Asia sudoriental, el tratado mutuo con Taiwan, el Pacto de Bagdad y la Doctrina Eisenhower: una política exterior congruente con la actualidad o la expectativa de la guerra.

La defensa del capitalismo occidental se expresa generalmente en términos político-ideológicos. La "agresión comunista" es combatida no para hacer dinero -en todo caso no inmediatamente- sino para defender la "libertad" incluso allá donde no existe: entendiéndose presumiblemente la "libertad" en términos de las instituciones demográficas tales como las que prevalecen en los Estados Unidos y Europa occidental. El triunfo en la segunda guerra mundial aseguró el rápido desarrollo de los intereses norteamericanos en las naciones de Asia sudoriental. El colapso de la China nacionalista no hizo más que darle mayor urgencia. "A causa de su ideología", dijo un politólogo norteamericano.

> *la China comunista es un modelo, por así decirlo, de totalitarismo doméstico, en completo contraste con la clase de desarrollo que según nosotros creemos ayudaría al verdadero bienestar de esos países.* [*Aunque*] *nosotros no buscamos una posición preferencial en esa zona* [...] *nuestra política pretende enfrentarse al agresivo poder comunista central y a sus satélites impidiendo su expansión como el paso primero y necesario hacia cualquier relación que más tarde pueda desenvolverse*.[8]

China debe ser contenida; esto es, hay que impedir que las naciones de Asia y Asia sudoriental abandonen el redil occidental.

Dada la débil posición de la naciente burguesía nativa, está claro que las estructuras políticas de las nuevas naciones nominalmente democráticas son tan autoritarias como lo son en las naciones nominalmente comunistas. Tanto "comunismo" como "democracia" son aquí términos puramente ideológicos, que no indican nada más que dos distintas tendencias de desarrollo: una hacia el capitalismo de Estado y fuera de la dominación occidental y la otra hacia una economía de mercado en el marco de la estructura neocolonial del capitalismo occidental. Para lograr que prevalezca la segunda tendencia se requiere en algunos momentos la presencia física de la fuerza militar norteamericana y el regreso al colonialismo de estilo antiguo. La guerra en Asia sudoriental, según el secretario de Estado Dean Rusk, no sólo es un imperativo moral sino que también es necesaria para los intereses nacionales.

> *Dentro de una o dos décadas* -ha dicho-*, habrá mil millones de chinos en el continente, armados con armas nucleares, y sin ninguna seguridad acerca de cuál será su actitud respecto al resto de Asia. Ahora bien, desde un punto de vista estratégico, no es muy atractivo pensar en un mundo cortado en dos por el comunismo asiático, alcanzando hasta Asia sudoriental e Indonesia, lo que sabemos que ha sido su objetivo; y que estos cientos de millones de seres en las naciones libres de Asia estarán bajo la mortal y constante presión de las autoridades de Pekín, de modo que su futuro está circunscrito por el terror. Ahora bien, estos asuntos son de vital importancia para nosotros, que somos una potencia en el Pacífico y el Atlántico. Después de todo, la segunda guerra mundial nos agredió desde el Pacífico, y en Asia viven dos tercios de la población mundial. De manera que tenemos un tremendo interés puesto en la habilidad de las naciones libres de Asia para vivir en paz; y para que vuelvan los intereses del pueblo en la China continental hacia los requerimientos pragmáticos de su propio pueblo, y alejarlos del aventurerismo doctrinario e ideológico*.[9]

Sin embargo, los Estados Unidos no son sólo una potencia del Pacífico sino también una potencia capitalista y como tal es que desea una "pacífica" Asia capitalista: porque los Estados Unidos no pueden hacer lo que sugieren que los chinos deberían hacer, o sea, concentrarse en "los requerimientos pragmáticos de su propio pueblo".

---

[8] W. P. Bundy, "The United States and Asia". *China and the Peace of Asia.* Ed. por A. Buchan, 1965, pp. 17-21.

[9] *The New York Times.* 13 de octubre de 1967.

Capítulo XX
Capitalismo de Estado y economía mixta

Mientras que la teoría marxista de la acumulación abarca a la economía mixta, parece perder su validez para la economía capitalista completamente controlada, esto es, capitalismo de Estado o socialismo de Estado tal como lo representan las llamadas sociedades comunistas del bloque de poder oriental, en donde las decisiones y la planeación económica del gobierno determinan la producción, la distribución y el desarrollo. Estas sociedades no son el producto de una lenta transformación de una economía "mixta" a otra dirigida por el gobierno, sino que son consecuencia directa de la guerra y la revolución. En la práctica, han proseguido y ampliado la economía de guerra dirigida por el Estado; teóricamente, han considerado su actividad como la realización del socialismo marxista. Esto es un tanto plausible porque se apegan a una interpretación "ortodoxa" del marxismo que ve en la propiedad privada la principal, o única, condición para la explotación. En realidad, las condiciones que Marx esperaba que tendrían como consecuencia la "expropiación del capital" ni siquiera existen en las naciones industrialmente subdesarrolladas empeñadas en la revolución social. Sin embargo, sus líderes estaban convencidos de que el absoluto control del Estado sobre toda la economía provocaría un desarrollo del capital más rápido de lo que hubiera sido posible con las relaciones del mercado competitivo, y que este desarrollo más rápido bajo los auspicios de gobiernos socialistas permitiría una transición lenta hacia el socialismo.

El desarrollo de la producción de capital en nombre del "socialismo" o "comunismo" es una paradoja demasiado alambicada para ser producto de la mente de Marx. Pero desde el punto de vista del presente no resulta extraña en absoluto. Aunque construido con la mirada puesta en Inglaterra que, en aquel tiempo, representaba al capitalismo en su forma más pura y avanzada, el modelo marxista de producción de capital no representaba ni la economía nacional ni la mundial, sino que era un sistema imaginario de relaciones básicas capital-trabajo. El desarrollo real del capitalismo trajo consigo una gran variedad de naciones capitalistas más o menos desarrolladas, colonización e imperialismo. Pero la economía mundial estaba inextricablemente interconectada, en forma dependiente, con la expansión de capital en las naciones capitalistas dominantes. En los países subdesarrollados la teoría revolucionaria tenía que relacionarse no sólo con las todavía existentes condiciones precapitalistas sino también con las preponderantes relaciones capital-trabajo que dominaban la economía mundial. Como no había modo de desarrollar nuevas economías nacionales independientes excepto en oposición a los poderes monopolistas y a su fetichista expansión de capital, la ideología capitalista prevaleciente no podía servir a las necesidades nacional-revolucionarias en los países atrasados, tanto menos por cuanto sus propias clases dirigentes precapitalistas aseguraban su existencia en estrecha colaboración con las potencias imperialistas. Aun cuando no podía servir más que al desarrollo de capital nacional, la ideología revolucionaria tenía que ser una ideología anticapitalista, y como los portadores de esta ideología operaban en el siglo XX y no en el XVIII, su concepto del progreso mediante la producción de capital ya no estaba asociado con la empresa privada y la competencia general sino con la economía altamente concentrada, mixta o controlada por el Estado, del capitalismo moderno. Capaces solamente de alcanzar aquellas condiciones sociales que el socialismo marxista se proponía eliminar, podían verse a sí mismos como "marxistas" aceptando un compromiso con dos revoluciones al mismo tiempo: 1a revolución "burguesa" que creaba las relaciones capital-trabajo de la industria moderna, y la revolución "socialista", que impedía la determinación y utilización de este desarrollo por parte del capital privado.

Aunque llevadas adelante en nombre de Marx, las revoluciones de capitalismo de Estado o de socialismo de Estado serían mejor definidas como "revoluciones keynesianas". Lo que usualmente se designa como "revolución keynesiana" es el reconocimiento y aceptación de Keynes del hecho de las intensivas intervenciones del Estado en la economía. Solamente a causa de la preocupación de Keynes por el capitalismo "maduro" es que la aplicación de su teoría tiene una connotación más reformadora que revolucionaria. Pero como medida reformista, deteniéndose en la "economía mixta", es autodestructiva, porque solamente hace más lenta, pero no evita, la destrucción del sistema de empresa privada. Surgiendo al mismo tiempo que la economía mixta, el sistema de capitalismo de Estado puede ser considerado como keynesianismo en su forma más consistente y desarrollada. No es una economía mixta en el limitado sentido keynesiano de salvaguardar el capital privado mediante controles gubernamentales. Pero es una economía mixta en el sentido más amplio proyectado de una "socialización de las inversiones de gran alcance", ligada a la promesa de aliviar la prevaleciente "distribución desigual de la riqueza y el ingreso", dejando que "la voluntad de la comunidad, encarnada en la política del Estado", determine "hasta qué punto se puede estimular la propensión promedio a consumir" en una economía de pleno empleo y libre de crisis. Por otra parte, el capitalismo de Estado sigue siendo una "economía mixta" por formar parte de una economía mundial todavía determinada en gran medida por la producción para beneficio privado, y en virtud del hecho de que está marcada por todos los antagonismos que caracterizan a la producción de capital privado excepto el de la apropiación privada de las ganancias.

Mientras que la economía mixta en el estrecho sentido keynesiano está limitada por la naturaleza de la producción de ganancias privadas, en su sentido más amplio -como un sistema de capitalismo de Estado completo- está limitada por la competencia internacional del capital. En teoría, el capitalismo de Estado debería permitir una determinación planificada nacionalmente tanto del volumen como del destino de la producción. La clase de "planificación" que se hace realmente está, sin embargo, determinada por las necesidades de la producción de capital en un marco de competencia internacional de capital y de poder. Las posibles ventajas de un control completo del gobierno sólo pueden disfrutarse parcialmente y el destino de la economía de capitalismo de Estado sigue atado al destino del capitalismo en general. Su expansión económica no es del tipo que caracterizó el surgimiento del capitalismo sino del tipo característico de su declinación. La "sobreproducción" en la forma de producción de despilfarro en una incesante competencia por el poder acompaña ahora las primeras etapas de la formación de capital e incluso las de la "acumulación originaria". Como en el antiguo capitalismo, la acumulación de capital, y no las necesidades reales de los productores, es lo que determina la dirección de la producción.

Como la formación de capital es una preocupación del gobierno tanto en la economía mixta como en el sistema de capitalismo de Estado, lo que según el punto de vista keynesiano distingue al "capitalismo" del "socialismo' es simplemente el grado de control gubernamental. Pero como el capitalismo, según Keynes, tiene la "tendencia a socializarse", el socialismo se define ahora corno un "capitalismo socializado" totalmente. En este sentido el capitalismo de Estado representa "socialismo" y es generalmente reconocido como tal por los portavoces de los campos "marxista" y "antimarxista". La disolución del sistema de propiedad privada mediante la concentración del capital en corporaciones, algunas de las cuales "son unidades que solamente podemos concebir en la forma en que hasta ahora pensábamos de las naciones"[1], transformó la economía capitalista en "algo que difiere del sistema soviético o socialista principalmente por su contenido filosófico".[2] De manera inversa, también puede alegarse que si la palabra *capitalismo* se emplea todavía para las economías del mundo occidental,

> *no debería ser usada únicamente para describir la propiedad privada de capital; debería definir a cualquier comunidad que cree en aumentar constantemente su capacidad de crear riqueza mediante la constante inversión de recursos en capital productivo. Definido así, no hay nada polémico en el capitalismo, puesto que los máximos ejemplos en el mundo actual del progreso mediante el capital son los Estados Unidos y la Unión Soviética*.[3]

Ya durante la Gran Depresión, el presidente Roosevelt comprendió

> *que lo que estamos haciendo en los Estados Unidos son algunas de las cosas que se hacen en la URSS e incluso algunas de las cosas que se hacen en Alemania bajo Hitler. Pero nosotros las hacemos en forma ordenada*.[4]

A causa de la afinidad entre las economías mixta y de capitalismo de Estado, su enemistad actual se asocia ahora principalmente a diferencias "filosóficas" que se supone determinan sus instituciones políticas pero no sus estructuras socioeconómicas. Sin duda, el "marxismo ortodoxo" sostiene que la economía mixta sigue siendo el antiguo capitalismo, así como la teoría burguesa "ortodoxa" insiste en que la economía mixta es una forma camuflada del socialismo. Generalmente, sin embargo, tanto la economía mixta como la de capitalismo de Estado se reconocen como sistemas económicos partidarios del principio del progreso mediante la acumulación de capital.

Durante la Gran Depresión, Keynes se desvió de este principio y previó un próximo cambio de énfasis de la inversión al consumo en una sociedad de abundancia de capital que haría superfluo aquel socialismo concebido por sus fundadores y adeptos. Precisamente esta desviación fue lo que distinguió su teoría de la "ortodoxia" de sus contemporáneos. Después de la guerra, sin embargo, la teoría burguesa insistió nuevamente en una tasa de formación de capital acelerada.

> *El extraordinario progreso en la URSS, con su clara tendencia capitalista, ha contribuido a este cambio general de actitud y ha impresionado mucho al resto del mundo. Nunca antes un pueblo se había impuesto a sí mismo tan severas restricciones con el fin de acumular ahorros para convertirlos en capital real. Ahora se comprende claramente que este inmenso despliegue de poder* [*soviético*] *se basa en una abundante reserva de capital creada por una reducción anormal en el consumo corriente. En todas partes, se está exigiendo una política económica que conduzca a un progreso similar al de la URSS*.[5]

Mientras que en las naciones menos desarrolladas desde el punto de vista capitalista esta masoquista "exigencia" sale a la luz en diversos intentos por emular el ejemplo soviético, en las naciones capitalistas altamente desarrolladas toma la forma de frenéticos intentos por alcanzar la

---

[1] A. A. Berle, Jr., *Economic Power and the Free Society.* Nueva York, 1957, p. 15.

[2] Ibid., p. 13.

[3] *The Economist.* Londres, 16 de octubre de 1954.

[4] *The Secret Diary of Harold L. Ickes. The First 1000 Days, 1933-36.* Nueva York, 1953, p. 104.

[5] G. Cassel, "The Role of Capital in the National Economy". *Skannaviska Banken,* Quarterly Review, enero de 1945.

alta tasa de formación de capital soviética.

Se trae también a primera línea la cuestión del "crecimiento" en un regreso bastante tímido a la economía política, que caracteriza la teoría y la práctica económica burguesa corriente en su nueva relación con los aspectos "macroscópicos" de la economía y su dinámica. Sin embargo, en contra de la teoría marxista, la teoría burguesa sostiene que el capitalismo ha probado ser reformable y que seguramente ahora está en camino de resolver todos los restantes problemas sociales. Por lo tanto, no hay necesidad de ver en la lucha de clases la fuerza motivadora del desarrollo social, y ni siquiera de enfocar los males sociales todavía existentes desde una posición de clase. Estos males hay que enfrentarlos como a problemas generales humanos, y no específicamente sociales. (Por otra parte, este punto de vista puede ayudar a explicar la reciente moda del humanismo socialista del joven Marx, que consideraba la enajenación del trabajo en el capitalismo como un resultado de "la enajenación del hombre respecto de su naturaleza real". Este Marx no marxiano se adapta bien al Estado benefactor y puede incluso ser usado en la guerra ideológica contra el marxismo ideológico del adversario capitalismo de Estado.)

Actualmente, además, existe una tendencia a considerar convergentes los dos sistemas soviético y occidental, señalando al eventual establecimiento de una estructura socioeconómica tan alejada de los principios de la libre empresa como de los de la economía regulada. "El sistema soviético no permanece invariable", se dice, "y tampoco el sistema occidental. Ambos avanzan y los movimientos son, en general, convergentes".[6] Y se sigue argumentando en el sentido de que ya no es cierto que "los sistemas sean diametralmente opuestos", sino que ya tienen "muchos rasgos en común; elementos de cada uno que pueden combinarse, conduciendo a nuevos sistemas mixtos".[7] Pero mientras que ambos sistemas indudablemente concuerdan en la importancia de la formación de capital, están en desacuerdo en la cuestión mucho más importante de qué capas sociales en particular deben ser sus beneficiarias.

Por lo que se refiere a esta cuestión, el capital nacionalizado es lo opuesto del capital privado, aun cuando -con respecto a los productores- ambas formas de producción de capital se benefician de la explotación. Este punto común da fuerza a la vacía esperanza de su eventual convergencia; pero siguen divididos en todos los demás aspectos. La economía nacionalizada ya no es una economía de mercado, aun cuando puede conservar, o reintroducir, algunas relaciones de cuasi-mercado subordinadas al control gubernamental total. Bien o mal, puede realmente planear su producción y distribución, aunque la naturaleza de la planeación misma está determinada por necesidades internas, el mercado mundial y los cambiantes requerimientos de la competencia imperialista.

Lo estricto de la oposición entre propiedad privada y gubernamental de los medios de producción, entre economía capitalista determinada por e1 mercado y regulada conscientemente, parece ser contradicha por la existencia de la "economía mixta" y su proyección en la escena internacional como una coexistencia posiblemente armoniosa de diferentes sistemas sociales. Pero una indefinida y pacífica coexistencia de la economía (le capitalismo de Estado y la orientada por el mercado no es menos ilusoria que la indefinida existencia de la "economía mixta" como una economía de mercado. En efecto, es precisamente el creciente control estatal en las economías de empresa privada lo que acentúa el conflicto entre los dos distintos sistemas capitalistas. Las guerras entre sistemas capitalistas idénticos han demostrado claramente que la competencia del capital se convierte en competencia imperialista y que las guerras seguirán produciéndose aun cuando no hubiera una sola nación de capitalismo de Estado. La segunda guerra mundial demostró la posibilidad de alianzas temporales entre sistemas de producción de capital de capitalismo de listado y "liberalistas"; pero demostró al mismo tiempo su oposición fundamental, basada no solamente en el nacimiento de nuevos intereses imperialistas sino también en la diferencia entre sus estructuras sociales. Lejos de acercar el capitalismo "tradicional" a las economías controladas por el Estado, el advenimiento de la economía mixta intensifica la enemistad entre ambos, aunque sólo fuera por reducir la expansión del control estatal en las economías de mercado.

El capitalismo no se convertirá en capitalismo de Estado; y sería igual (le difícil hacer una revolución de capitalismo de Estado como lo es hacer tina revolución socialista. Puesto que una organización consciente de la producción presupone la expropiación del capital privado, la transformación de la economía mixta en capitalismo de Estado sólo puede ser un proceso revolucionario y no evolutivo. En teoría, por supuesto, puede ser al revés. En una "democracia", no es completamente inconcebible que un gobierno pueda llegar al poder comprometido a la lenta o rápida nacionalización de la industria. Pero tal gobierno será un gobierno revolucionario, anticapitalista, en la medida en que el capitalismo se identifica con la propiedad privada de los medios de producción. Con objeto de realizar su programa, estará obligado a sustituir el sistema de mercado por un sistema planificado. Por lo que concierne a los capitalistas, esto sería su sentencia de muerte, y no es fácilmente concebible que lo aceptaran sin protesta. Más probablemente, la

[6] J. Tinbergen, *Shaping the World Economy.* Nueva York, 1962, p. 34.

[7] Ibid., p. 39.

completa nacionalización de la industria conduciría a la guerra civil. El temor a las consecuencias sociales de la nacionalización extensiva es lo que impide a aquellos que ideológicamente están comprometidos con ella intentar su realización material.

Aunque no existe precedente, no es inconcebible que un sistema de capitalismo de Estado pudiera ser instituido con el consentimiento capitalista. La economía mixta hubiera sido entonces un paso en esta dirección. Las reformas keynesianas y los movimientos políticos asociados con ellas pueden dar lugar a un "clima social" en el que la nacionalización de las industrias esenciales pueda parecer inevitable, o incluso algo conveniente, para la mayoría de los capitalistas. Pueden formularse acuerdos para salvaguardar los derechos de propiedad en términos de ingreso, al tiempo que se delega el control de la producción a agencias nacionales. Varios proyectos de "socialización", basados en la indemnización del capital, tienen este objetivo: ser logrados dentro de la estructura legal de la democracia política. La nacionalización de la industria, sin embargo, independientemente de cómo puedan ser indemnizados los propietarios del capital, equivale a su abdicación como clase dirigente; a no ser, por supuesto, que recuperen su posición como miembros del gobierno. Las indemnizaciones se basan en el valor del capital que pasa a manos del Estado. Pero la acumulación se convierte entonces en acumulación de capital nacional y las decisiones sobre el empleo de la plusvalía pasan a ser decisiones del gobierno. La indemnización sale de la plusvalía pero no puede ser productivamente acumulada a la cuenta privada. El ingreso que representa no lo garantiza nada más que la buena voluntad del gobierno, y este último puede en cualquier momento repudiar este derecho sobre el ingreso aún no ganado y completar la expropiación del capital privado. Bien sea mediante el consentimiento o por la revolución, la nacionalización del capital acaba con el poder de clase del capital privado.

Los adeptos al capitalismo de Estado pueden, si lo desean, pasar un buen rato reconociendo las inconsistencias y falta de sentido del neoliberalismo de las "economías mixtas". Pueden señalar el hecho de que el capitalismo está cambiando constantemente en dirección del capitalismo de Estado. Durante mucho tiempo, no obstante, no estuvieron dispuestos a concebir la posibilidad de abdicación pacífica de los grupos de poder en interés de la tendencia desarrollista general. Los bolcheviques, por ejemplo, nunca tuvieron la ilusión de un desarrollo simultáneo y sin fricciones del capitalismo y el "socialismo", alimentado por las alianzas militares entre las naciones democráticas y las totalitarias y por la creciente "similitud" entre el "Estado benefactor" keynesiano y el sistema de capitalismo de Estado. Estaban convencidos de que la transformación de un sistema social parcialmente controlado de producción de capital en un capitalismo de Estado autoritario implicaba luchas sociales, y si ellos consideraban una unidad mundial futura, veían en ella la imagen de su propio sistema social y así defendían a este último tanto por el bien de la "revolución mundial" como por su propia conveniencia. Convencidos de su definición progresista, la suya es una actitud optimista y su política es "dinámica" en contraste con el intento neoliberal de detener el desarrollo cualquiera sea el momento particular en que éste se encuentre.

Por supuesto, como cualquier grupo social, también los bolcheviques pueden entusiasmarse o mostrarse indiferentes. El término "coexistencia" permite una gran variedad de interpretaciones y lo mismo sucede con el contenido y la estrategia del "marxismo". A menudo se le ha restado importancia a ésta. Éste fue el caso, por ejemplo, durante la segunda guerra mundial, cuando la Gran Alianza permitió descubrir una armonía previamente inexistente entre la URSS y el mundo occidental antinazi: y esta política convenía también a las necesidades internas de la URSS, puesto que en aquel momento requería un regreso a las ideologías tradicionales para apoyar la guerra de "liberación nacional". Por otra parte, con el fin de la guerra y la extensión del poder soviético, el carácter opositor de la ideología y la práctica bolcheviques fue nuevamente resaltado y el "comunismo" soviético fue revivido con la ayuda del "anticomunismo" occidental. Pero en la época de la muerte de Stalin la URSS tomó la iniciativa intentando moderar la situación mundial. En vista de la precaria situación internacional y las todavía más precarias condiciones en la URSS, la muerte de Stalin era un acontecimiento capaz de producir grandes perturbaciones internamente y en el exterior. Sus sucesores buscaron reducir las tensiones en ambas zonas: en primer lugar, cambiando el rumbo interno planeado por Stalin[8]; en segundo lugar con un aparente deseo de abrir el mercado

[8] Según sus últimos escritos en *Economic Problems of Socialism in the USSR* (Nueva York, 1952), Stalin pensaba que las rivalidades intercapitalistas proporcionarían a la URSS tiempo y oportunidad para acelerar su capacidad productiva mediante un mayor fortalecimiento del control del Estado. Para él, el socialismo soviético todavía era débil porque el gobierno no controlaba en forma completa la propiedad de las granjas colectivas. "Para elevar la propiedad de las granjas colectivas al nivel de propiedad pública", escribió, "la producción excedente de la granja colectiva debe ser excluida del sistema de circulación de mercancías e incluida en el sistema de cambio de productos entre la industria estatal y las granjas colectivas". (p. 70) Esto ponía en evidencia una insatisfacción con la tasa existente de explotación del trabajo en las granjas. Y, como está claro que en una nación todavía principalmente agrícola un aumento en la expansión industrial depende de una creciente rentabilidad de la producción industrial, la afirmación de Stalin formulaba una política perjudicial para los intereses del trabajo de las granjas. También los regímenes posestalinistas se caracterizaron por la preocupación por el problema agrícola. Pero estos últimos no parecen atreverse a basar sus políticas en el supuesto de un prolongado periodo

"socialista" al comercio capitalista.[9]

Naturalmente, la concordia entre la URSS y el mundo occidental es la esperanza de los pueblos horrorizados por la perspectiva de una nueva guerra aún más devastadora, así como de aquellos que contemplan una futura reconciliación entre el Este y el Oeste en el terreno económico. Éstos reconocen que cualquier relación exige cambios decisivos tanto en el Este como en el Oeste y tratan de ayudar a que se produzcan desarrollando la ideología apropiada. Tienden a creer que la industrialización de las naciones totalitarias y su creciente habilidad comercial las transformará en sistemas más democráticos y más afines al moderno capitalismo de bienestar. Se incita a los soviéticos a un abandono parcial del "marxismo" en interés de su propia supervivencia y éxito final. "El marxismo de nuestro tiempo", se dice, tiene su límite en un programa de pleno empleo, aunque no necesariamente al estilo keynesiano. Pero como de todos modos las relaciones del capital privado están en decadencia, no hay necesidad de forzar lo inevitable. La tendencia general en dirección a una economía regulada servirá por su propia cuenta al bolchevismo mejor que la inútil machaconería sobre temas viejos como la expropiación o el colapso capitalista. Y si los soviéticos no son capaces de cambiar su ideología, deben al menos conceder a los demás lo que se niegan a sí mismos. La propaganda marxista en los viejos países capitalistas, se dice,

> *no perdería necesariamente su poder de convencimiento si se afirmara claramente a los no-soviéticos, no-chinos, etc., que la ulterior evolución de sus formas de vida nacionales no puede derivarse simplemente de las experiencias vividas por civilizaciones con un pasado completamente diferente*.[10]

Según esto, la propaganda bolchevique tendría más éxito "si se abandonaran los llamados a la máxima realización del programa marxista original", porque con el retroceso del enfoque igualitario en el campo marxista, el deseo "de una nacionalización total, en comparación con la de los centros rectores de la economía, ha perdido su razón de ser".[11]

Observando los actos de los bolcheviques más que sus palabras, el capital occidental puede encontrar muy pocos motivos para oponerse a los totalitarios, porque su sistema social no parece demasiado distinto del futuro del suyo. Éste no es un problema de una sola faceta, por supuesto, porque mientras el mundo occidental tiende a adoptar muchas de las innovaciones del capitalismo de Estado, el Este bolchevique parece adaptarse a las formas del Oeste.

> *Así, algunas ideas provenientes de las primitivas preferencias comunistas, pero que demostraron ser de difícil aplicación, han sido abandonadas. Ya no se sostiene que los trabajadores pueden administrar las unidades de producción por sí mismos, que todos los ingresos deben ser más o menos iguales, o que el dinero es superfluo. Los ingresos están ligados a la productividad y los conceptos económicos son usados cada vez más en la planeación. El interés, aunque no es reconocido como una posible fuente de ingreso privado, ha sido aceptado gradualmente como representante de un elemento de costo real. El valor de un intercambio internacional de productos se ha ido comprendiendo en forma creciente y se han debilitado algunas preferencias autárquicas. Se ha introducido alguna descentralización en la toma de decisiones económicas y se ha dado mayor atención al consumo en el nuevo programa del partido. Los métodos matemáticos en la planeacion económica, que al principio eran considerados "burgueses", se aplican ahora cada vez más*.[12]

Sin embargo, así como es muy improbable que sin una revolución social la economía de mercado se transforme lentamente por sí misma en una economía planificada, también es igualmente improbable que una economía ya nacionalizada regrese a las relaciones de mercado capitalista. La restauración del mercado significaría, *de facto* si no *de jure,* la restauración del capital privado. En las naciones capitalistas occidentales existe el falso concepto de un "capitalismo del pueblo", con el que se quiere significar un sistema en el que una amplia dispersión de la propiedad de las reservas resulta en una división entre la propiedad y el control del capital. El citado divorcio entre propiedad y control supuestamente convierte a los administradores no-propietarios de la industria en capitalistas activos. Si las funciones de los capitalistas pueden ser ejecutadas mediante una administración sin propiedad, las gratificaciones de la propiedad podrán convertirse también en las gratificaciones de la

---

de paz. Según ellos, si la guerra es inminente no sería prudente alienar a la población agrícola; si la guerra no es inminente, deben usarse métodos más aceptables, aunque más lentos para aumentar la producción agrícola. Ante todo, es necesario asegurar una paz prolongada.

[9] Según Stalin, el fracaso del mercado mundial provocó el surgimiento de "dos mercados mundiales, enfrentados uno a otro", tal como el socialismo y el capitalismo. Él predijo que las naciones del "campo socialista" muy pronto "no solamente no estarían ya en la necesidad de importar de los países capitalistas, sino que ellas mismas tendrían la necesidad de buscar mercados exteriores para *sus* productos excedentes", lo que aumentaría las dificultades capitalistas y llevaría a nuevas guerras entre las naciones capitalistas. (*Economic Problems of Socialism in the USSR*, p. 26.). Lo que está implicado aquí es un programa de "autarquía" para el bloque de poder oriental, y además de esto, la perpetuación de la "guerra fría" en la esfera del comercio internacional. Contra esta política, los sucesores de Stalin proclamaron un gran interés en el fortalecimiento de las relaciones económicas internacionales para aflojar las tensiones internacionales.

[10] R. Schlesinger, *Marx: His Time and Ours.* Nueva York, 1950, p. 293.

[11] Ibid., p. 369.

[12] J. Tinbergen, *shaping the World Economy*, p. 34.

administración. Aunque difícilmente posible, no es inconcebible que los administradores de la industria soviética, en colaboración con el gobierno y con el consentimiento de amplias capas de la población, puedan proceder a la restauración de una economía de mercado competitiva basada en la producción de ganancias, en el sentido de que cada empresa operaría como lo hace en Occidente cualquier empresa privada. Como antes, el gobierno absorbería el equivalente de sus propios requerimientos tanto del trabajo pagado como del trabajo no pagado por medio de los impuestos. Pero esto constituiría una contrarrevolución del capitalismo privado bajo el disfraz de una "revolución administrativa", y de inmediato volvería a introducir en la economía soviética todas las contradicciones que son inmanentes a la producción competitiva de capital privado.[13]

Lo que puede emprender una economía de empresa privada, a falta de una revolución social, es una fuerza de seudoplaneación, y lo que la economía nacionalizada puede restaurar, a falta de una contrarrevolución social, es alguna clase de seudomercado. Cualquiera de los dos casos, el de la falsa planeación o el de la falsa competencia de mercado, indica la existencia de dificultades dentro del sistema de mercado o dentro de la economía planificada. No obstante, al combatir estas dificultades, debe detenerse a tiempo el uso de instrumentos que -a pesar de su posible utilidad temporal- sean extraños a los respectivos sistemas y a sus necesidades especiales, si es que se quieren preservar sus características básicas. No hay congruencia entre el sistema planificado y el de mercado, aun cuando algunos procedimientos técnico-económicos, distintos de las relaciones socioeconómicas, pueden ser comunes a ambos.

Todos los sistemas de capitalismo de Estado se parecen a la economía de mercado capitalista en su conservación de las relaciones capital-trabajo y su uso de métodos comerciales capitalistas. En vez de ser propiedad de los capitalistas, los medios de producción son entonces controlados por los gobiernos. Estos últimos colocan un cierto valor (en términos monetarios) en recursos productivos y esperan un valor mayor (en términos monetarios) por intermedio de la producción. Se pagan salarios en dinero a los trabajadores, cuya función es crear un valor mayor que el representado por sus salarios. Este excedente es distribuido de acuerdo a las decisiones de los gobiernos. Alimenta a la población no trabajadora, asegura la defensa nacional, se hace cargo de requerimientos públicos y es reinvertido en capital adicional. Todas las transacciones económicas son transacciones de cambio o aparecen como tales. La fuerza de trabajo se rinde a la administración de algunas empresas y los salarios compran mercancías de la administración, de otras empresas. Hay un cuasi-comercio entre las administraciones de algunas empresas y la administración de otras empresas, como el que se realiza entre los diversos departamentos de grandes corporaciones en todas las naciones capitalistas y que alcanza su forma completa en la economía estatal plenamente centralizada. Formalmente, no existe gran diferencia entre economía de empresa privada y la controlada por el Estado, excepto por el control centralizado de esta última

Todos los sistemas de control estatal actualmente existentes se encontraban, o se encuentran, en naciones pobres de capital. La primera necesidad de esas naciones es la formación de capital, condición previa para su independencia nacional así como para la socialización de la producción y distribución que pretenden. Más o menos atados (dependiendo del país y su situación particular) a la "división internacional del trabajo" capitalista, deben vincular sus economías a las condiciones del mercado mundial y tomar parte en la competencia comercial internacional. Esto limita o excluye cualquier deseo que pudieran tener de no hacer de la economía monetaria y su expansión la fuerza motivadora de sus actividades.

La "socialización" de los medios de producción sigue siendo ahí solamente la *nacionalización del capital como capital.* Aunque ya no existe la propiedad privada, los medios de producción todavía tienen el carácter de capital porque son controlados por el gobierno en vez de estar a la disposición de toda la sociedad. Aunque la acumulación privada de capital está excluida, la explotación del hombre por el hombre continúa mediante un sistema desigual de distribución tanto en las condiciones de la producción como en las condiciones del consumo. Esta desigualdad perpetúa la competencia como una lucha por las posiciones más lucrativas y los trabajos mejor pagados, y lleva los antagonismos sociales del capitalismo al sistema de capitalismo de Estado.

El capitalismo de Estado sigue siendo un sistema productor de "plusvalía", pero ya no es un sistema que encuentra su "regulación" en la competencia del mercado y en la crisis. El producto excedente ya no requiere la competencia del mercado para ser realizado como ganancia; deriva su específico carácter material, y su distribución, de decisiones conscientes por parte de las agencias planificadoras estatales. El que estas decisiones sean codeterminadas por la competencia económica

[13] El "socialismo de mercado" de Yugoslavia, por ejemplo, en el que una combinación de consejos obreros y administración profesional dirige las empresas industriales y comerciales de acuerdo con el principio de rentabilidad y en competencia con otras empresas, y donde la agricultura es manejada principalmente por campesinos privados, sufre todas las contradicciones características de las relaciones de mercado capitalistas, tales como el desarrollo desproporcionado, fracasos en los negocios, desempleos y los altibajos del ciclo económico, sobre el producto excedente.

y política internacional no altera el hecho de que la falta de un mercado interno de capital exige un sistema directo de toma de decisiones determinado centralmente con respecto a la distribución del trabajo social total y a la distribución del producto social total.

En estas condiciones, el uso de relaciones de cuasi-mercado es una conveniencia, por así decirlo, no una necesidad, aun cuando pueda haber sido impuesta a los sistemas de capitalismo de Estado por circunstancias que prefirieron no resistir. En la URSS, por ejemplo, las relaciones de cuasi-mercado conceden a las empresas una cuasi-autonomía, a los consumidores una cuasi-libertad de elección de su consumo, y a los trabajadores una cuasi-elección de ocupación. Pero todas estas relaciones de cuasi-mercado están subordinadas a la dirección general impuesta por el gobierno

Dentro de límites definidos, este restringido “libre juego” de las fuerzas del mercado puede ser extendido o contraído sin afectar seriamente al sistema planificador como tal. Actualmente se está extendiendo, en la creencia de que esto ocasionará mayor “eficiencia” sin disminuir la efectividad del sistema planificador. Esto implica cierta descentralización del proceso de toma de decisiones y mayor autodeterminación para las empresas individuales: en apoyo de la dirección general de la economía globalmente. El objetivo no es cambiar el carácter de la economía sino simplemente proporcionarle mayor rentabilidad mediante un uso más extensivo de las técnicas capitalistas de incentivos.

Las empresas individuales tienen mayor libertad de acción para determinar sus procesos de producción, con objeto de cumplir y superar sus cuotas de producción planeadas; se espera que una consideración mayor de las preferencias de los consumidores ayudará a los planes de producción y a la eliminación de despilfarro; se supone que los intereses cargados al capital prestado llevarán a una mayor racionalidad en las decisiones de inversión; las diferencias de salarios dentro de la misma planta se dejan en cierta medida a la discreción de la gerencia; porciones de las ganancias hechas mediante la mayor productividad y la mejor organización pueden ser retenidas por la gerencia y reflejarse en aumentos de salarios. Éstas y otras “innovaciones” acentuarán seguramente lo que siempre ha existido, es decir, el uso de incentivos capitalistas en una economía de capitalismo de Estado. No afectan al control de las inversiones por el gobierno, ni su control de la producción social total y su división de acuerdo con un plan general. Siempre que el resultado de estas “innovaciones” no convenga al plan general, un veto del gobierno puede cambiar la situación bien sea por decreto o mediante un cambio en las políticas de precios. El “mercado libre” limitado puede ser suspendido en cualquier momento por las relaciones de seudomercado.

En cualquier caso debe ser obvio que en un momento en que ni siquiera los sistemas de empresa privada son capaces de existir excepto gracias a la extensa intervención gubernamental, ningún sistema de capitalismo de Estado se encontrará en camino de regresar a la empresa privada. En efecto, la única ventaja del último sobre el primer tipo de sistema consiste en su completo control de los asuntos económicos, lo que compensa su falta de efectividad económica respecto de los sistemas de capitalismo privado altamente desarrollados. El sistema de capitalismo de Estado no sufre esa contradicción particular entre producción lucrativa y no lucrativa que aflige al capitalismo de propiedad privada, y que como alternativa al estancamiento únicamente le ofrece una lenta destrucción. Habiendo dejado atrás esta destrucción, el sistema de capitalismo de Estado puede producir en forma lucrativa y no lucrativa, sin enfrentar el estancamiento.

Capítulo XXI
Marxismo y socialismo

Aunque a menudo se proclama como un hecho establecido, la conjunción de libre empresa y planeación gubernamental no produce realmente una economía "mixta". La combinación de relaciones de mercado automáticas y determinación consciente de la producción no puede ser otra cosa que un asunto de colaboración. En el curso del desarrollo, una puede llegar a dominar a la otra; esto significa el mantenimiento de una economía competitiva o de una planificada. Pero para evitar la transformación de la economía mixta en capitalismo de Estado, como ya vimos, no basta con impedir su desarrollo doméstico, porque ya no es posible considerar la economía nacional aislada de la mundial. La tendencia general hacia el capitalismo de Estado debe ser interrumpida porque la continua expansión de uno de los sistemas implica la contracción del otro. Y en efecto, la guerra fría que agita al mundo está relacionada no con el desarrollo de una lucha entre capitalismo y socialismo, sino con una divergencia de intereses entre sistemas de producción de capital parcialmente y completamente organizados por el Estado. El capitalismo ya no es lo que era; y el "socialismo" ya no es la sociedad sin clases prevista en la teoría marxista. La actual competencia política y económica se lleva a cabo entre la economía mixta y el capitalismo de Estado, y simplemente se expresa en las ideologías tradicionales que una vez separaron al capitalismo del socialismo.

La identificación del capitalismo de Estado con el socialismo fue precedida por la identificación del socialismo con el capitalismo de Estado. El marxismo revolucionario fue el producto de un periodo de desarrollo en el que la acumulación de capital significaba verdaderamente una miseria creciente para la población trabajadora. Sin embargo, hacia principios de este siglo, resultó claro que en su aspecto decisivo el pronóstico marxista se desviaba de la evolución real, esto es, el capitalismo no implicaba el continuo empobrecimiento de la clase trabajadora industrial, y los trabajadores mismos, lejos de adquirir mayor conciencia de clase, estaban cada vez más satisfechos con la mejoría de sus condiciones dentro del sistema capitalista. Este proceso alcanzó su clímax en la primera guerra mundial, cuando la ideología nacionalista triunfó sobre los intereses de clase. Incluso algunos socialistas consideraron la "nacionalización" de capital y trabajo de tiempo de guerra como el principio del fin del conflicto de clases: como la síntesis dialéctica, que contenía y negaba tanto al trabajo como al capital en una entidad social más alta.

Para otros, sin embargo, esto fue simplemente una traición al marxismo por parte de una burocracia obrera corrupta. Con el lema "vuelta a Marx" el movimiento obrero se dividió en un ala radical y otra reformista. Esta división había sido simbolizada en anteriores discusiones en torno a propuestas para describir honestamente la práctica socialdemócrata en términos democrático-burgueses en vez de con una fraseología marxista pasada de moda. El "revisionismo" socialdemócrata tenía su base en las condiciones relativamente prósperas que precedieron a la segunda guerra mundial. Puesto que esta misma prosperidad era, según el punto de vista marxista, solamente el anuncio de una nueva crisis, los socialistas más consistentes señalaron las tensiones imperialistas de comienzos de siglo más que la creciente armonía entre las clases que, de cualquier forma, afectaba sólo a unas cuantas naciones avanzadas. El debate entre "reforma" y "revolución", revisionismo y ortodoxia, conservó un carácter académico hasta que la guerra y la revolución le dieron un significado práctico. La "ortodoxia" marxista fue identificada con el bolchevismo de Lenin; y los ajustes que el movimiento del ala derecha hizo en la teoría y la práctica acabaron por convertirlo en un movimiento antimarxista, aunque no se negó su pasado marxista. Desde entonces, cualquier discusión sobre problemas marxistas era una discusión sobre la teoría y la práctica del bolchevismo y su relación con el credo marxista. El triunfo de la revolución rusa hizo posible una identificación casi total de una versión del "marxismo" específicamente rusa con el marxismo en general. Cuanto más insistían los rusos en su "ortodoxia" marxista, más urgente parecía para los socialistas occidentales en primer lugar oponerse a esta "ortodoxia" y luego aumentar su distancia del marxismo mismo.

La "ortodoxia" de Lenin tenía su origen en la adaptación del socialismo occidental a las condiciones rusas. Se ha señalado a menudo que la situación de Rusia a comienzos del siglo XX era similar en muchos aspectos a la coyuntura revolucionaria de Europa occidental a mediados del siglo XIX. Como Lenin en una época posterior, Marx se había enfrentado a una revolución democrático-burguesa atrasada, incapaz, o no deseosa, de realizar sus propias demandas a causa de, en primer lugar, las existentes potencialidades revolucionarias de la clase trabajadora, y en segundo lugar, la necesidad inmediata de combatir las ventajas competitivas de las naciones capitalistas desarrolladas más pronto con el proteccionismo nacional. Esta lucha requeriría la estrecha colaboración de la burguesía democrática con sus gobiernos todavía en gran medida reaccionarios. La actitud positiva de Marx hacia la revolución burguesa se basaba en la esperanza de que el elemento proletario de estas revoluciones pudiera empujarlas más allá de los restringidos objetivos de la burguesía. El carácter subdesarrollado del capitalismo occidental en 1848 dio a la teoría política de Marx una cierta ambigüedad con respecto a las revoluciones burguesa y proletaria. No podía evitar estar muy interesado en la primera, aunque sólo fuera porque representaba una condición previa para la

última. Esta ambigüedad sembró la semilla del marxismo de colaboracionismo de clases y de reformismo social de la *Segunda Internacional* y, finalmente, de las teorías del bolchevismo. Según Lenin, la burguesía rusa era todavía más incapaz de realizar su propia revolución democrático--burguesa que la burguesía de Europa occidental; y así la clase trabajadora estaba destinada a realizar tanto la revolución "burguesa" como la "proletaria" en una serie de cambios sociales que constituirían una "revolución permanente".

El movimiento obrero occidental del siglo XX, sin embargo, se enfrentó a la elección entre dos objetivos distintos: podía buscar una revolución puramente proletaria o podía seguir el programa del revisionismo marxista, y trabajar para una lenta transformación del capitalismo al socialismo por medio de reformas. Mientras que el marxismo de 1848 ya no tenía ningún significado para Occidente, para Lenin era un llamado a participar activamente en la revolución rusa y para comprometerse en amplios movimientos mundiales dirigidos tanto contra las naciones capitalistas atrasadas como contra las avanzadas. La nueva situación parecía repetir la situación revolucionaria de 1848 a escala más grandiosa, afectando no sólo al ámbito de Europa sino al mundo en general. En vez de las anteriores alianzas temporales del internacionalismo proletario con los movimientos democrático-burgueses, existía ahora una amalgama mundial de fuerzas revolucionarias de un carácter social y nacionalista. Estas fuerzas podían ser impulsadas más allá de sus objetivos limitados para perseguir fines socialistas.

Con respecto a la revolución rusa, sin embargo, la confianza de Lenin en la validez de la teoría de la revolución de Marx encontró sólo una justificación parcial. Es cierto que la revolución democrática rusa condujo rápidamente a la dictadura bolchevique; pero la "revolución permanente" resultó ser únicamente el lento proceso de consolidación y centralización del poder en manos del partido de Lenin. Los bolcheviques estaban dedicados a mantener su posición de poder contra peligros internos y externos, más que a conducir una revolución mundial determinada a acabar con todas las formas de atraso y opresión. El foco de esta dedicación determinó el carácter de los cambios en la estructura económica y política de la sociedad soviética.

La crítica del bolchevismo se apoya en los aspectos "burgueses", o capitalistas, de la revolución rusa. Para los reformistas sociales, la dictadura bolchevique era un ultraje: era innecesaria, porque sólo el liberalismo democrático podía traer cambios sociales progresivos, y, más aún, era peligrosa, porque el tipo de control social que creaba amenazaba el suave curso del progreso en el Oeste. El dogmatismo de Lenin previó y puso en práctica un programa que iba mucho más allá de la necesidad de reformas democráticas; y, al hacer esto, destruyó las verdaderas bases para una evolución afortunada desde la sociedad burguesa a la socialista.

Una crítica más interesante, aunque menos popular, del bolchevismo, provino de la izquierda. El movimiento obrero del ala izquierda, antibolchevique, se opuso a los leninistas porque no habían ido lo bastante lejos en explotar los levantamientos rusos para fines estrictamente proletarios. Se habían vuelto prisioneros de su medio ambiente y usaban el movimiento radical internacional para satisfacer necesidades específicamente rusas, que muy pronto vinieron a ser sinónimos de las necesidades del partido-Estado bolchevique. Los aspectos "burgueses" de la revolución rusa se descubrieron entonces en el mismo bolchevismo: el leninismo era parte integrante de la socialdemocracia internacional, diferenciándose de esta última sólo en los aspectos tácticos.

Esta evaluación del bolchevismo encontró apoyo en las concepciones leninistas sobre el socialismo y el papel del partido en las acciones sociales. El capitalismo de Estado, esto es, la nacionalización de los recursos productivos, era para Lenin el primer paso y el más necesario en el proceso de transformación social. Marx habló también de la nacionalización de los medios de producción, pero para él éste era sólo un acto revolucionario emprendido como un preludio a la institución del socialismo. Para Marx, el capitalismo era capitalismo de propiedad privada, y cuando parecía perder su estricta naturaleza de empresa privada, como en las industrias estatales e incluso en las compañías por acciones, Marx lo consideraba como una abolición parcial del modo capitalista de producción dentro del modo capitalista de producción, un signo de la decadencia de ese sistema. Marx no preveía sistemas de capitalismo de Estado tales como los que prevalecen en la llamada parte socialista del mundo.

Para Lenin, sin embargo,

> *el socialismo no es sino un paso adelante a partir del monopolio capitalista de Estado. O, en otras palabras, el socialismo no es sino un monopolio capitalista de Estado* que sirve a los intereses de todo el pueblo *y en esa medida deja de ser monopolio capitalista*.[1]

El propio capitalismo monopolista tendía a convertirse en capitalismo de Estado; de modo que, según Lenin, la función de las revoluciones sociales consistía principalmente en completar las evoluciones que ya estaban sucediendo. Los reformistas también pensaban que el desarrollo del capitalismo conduciría a alguna forma de capitalismo de Estado, que podría entonces ser

[1]

transformado en socialismo mediante las instituciones democráticas existentes. La situación en Europa occidental daba a esta idea aún mayor credibilidad que las condiciones bastante atrasadas de Rusia, que era principalmente agrícola. Precisamente por esta razón, Lenin creía más firmemente en la dictadura bolchevique, suponiendo que la determinación centralista del desarrollo económico podría ser el instrumento para llevar a Rusia más cerca de las economías avanzadas del Oeste.

Una burguesía liberal, adicta a las vías tradicionales de acumulación de capital, no podía desarrollar la economía rusa en esta forma. Pero las funciones anteriormente asignadas a la empresa privada y a la competencia eran ahora las funciones del Estado bolchevique. La apropiación de parte del producto social y la distribución de los recursos productivos convirtió al partido que había luchado contra el control capitalista de la producción en el controlador del trabajo y el capital. Si la "tranquilidad de espíritu" capitalista requiere alguna especie de acuerdo general sobre la indispensabilidad del capital y la iniciativa privada, la nueva situación rusa necesitaba una ideología socialista que pudiera hacer parecer idénticos los intereses de los dirigentes y de los dirigidos. La ideología marxista satisfacía esta necesidad hasta que las diferencias entre dirigentes y dirigidos se agudizaron apareciendo nuevamente como las de los explotadores y los explotados. La exitosa centralización de la producción y la distribución garantizadas por el poder del Estado pueden eliminar algunos de los antagonismos sociales del sistema de empresa privada, pero nuevos antagonismos de magnitud aún mayor surgen a través de la polarización de la sociedad en dirigentes y dirigidos; en realidad, los viejos antagonismos no son eliminados, sino sólo modificados.

La mayoría dirigida puede imaginar, y ello se le dice en efecto, que el control ejercido sobre ella sirve también a sus intereses. Si esto fuera cierto se demostraría en las relaciones entre las autoridades y la población en general, en la política, en los campos y en los talleres y en la esfera de la distribución. Pero en la URSS no se observa nada que pudiera indicar alguna tendencia hacia el socialismo. Existen excusas, naturalmente, tales como la proposición marxista de que el socialismo presupone un alto nivel de producción social. Esto fue parcialmente contradicho por la teoría bolchevique primitiva, que sostenía que la planificación centralizada mejoraría los niveles de vida casi inmediatamente, sencillamente forzando la igualación del consumo en el nivel de producción existente. Tales argumentos fueron los que indujeron a los portavoces de la burguesía a decir que todo lo que los bolcheviques eran capaces de crear era una "igualación de la miseria". Puesto que sólo los miserables se inclinan a creer en una participación equitativa de una situación miserable, la élite bolchevique pronto comprendió que las diferencias de ingresos servían como incentivos para un mayor esfuerzo individual y que de esta forma son una bendición para todos. Este argumento, que justifica las desigualdades del capitalismo en beneficio de la formación de capital con base en que este último satisface una necesidad social, se convirtió en la principal excusa bolchevique. Con objeto de mejorar la vida de todos a largo plazo, era necesario mejorar la de unos pocos inmediatamente. La competencia de capital era simplemente remplazada por una competencia por las posiciones sociales, altamente remunerativas bien fuera abiertamente en términos de dinero o en la forma oculta de privilegios. Presumiblemente, estas posiciones eran distribuidas de acuerdo a la importancia social de las funciones ejercidas por los favorecidos.

Para acelerar aún más el desarrollo productivo, se emplearon cada vez más tanto los incentivos "positivos" del poder y el ingreso como los incentivos "negativos" del trabajo forzado y el terrorismo. Y cuando más divergentes se hacían los intereses de los dirigentes con los de los dirigidos, más insistentemente la ideología proclamaba su identidad. Mientras que al principio expresaba una esperanza general para el futuro, esta ideología socialista se volvió cada vez más un instrumento de control en el presente. Aunque todavía se la consideraba la organización del "periodo de transformación", la nueva estructura social pronto se presentó como el deseado statu quo que era necesario defender contra cualquier cambio ulterior. Los dirigentes ya no abogaban por cambios en las relaciones sociales básicas; todas las promesas incumplidas se referían solamente al mejoramiento de la existencia individual dentro de la estructura social existente. Si el Estado socialista puede defenderse de sus enemigos exteriores y puede desarrollar su producción, se dice, vendrá un día en que todo el mundo podrá consumir más y trabajar menos. Pero durante aún mucho tiempo seguirá habiendo diferencias en los niveles de vida, hasta que pueda realizarse el último paso del "socialismo" al "comunismo", cuando pueda cambiarse el principio *socialista,* "a cada quien según su trabajo", por el principio *comunista,* "a cada quien según sus necesidades".

Mientras tanto, existe "igualdad de oportunidades", que hace al individuo responsable del mejoramiento de su suerte. Naturalmente, este principio no es realizable en una sociedad de amplia división del trabajo, desigual en todos los aspectos salvo en aquel de la "oportunidad"; pero como ideología sirve de apoyo a las desigualdades de los países "socialistas" tanto como en cualquier otro lugar. En realidad es la expresión ideológica de la realidad de feroz competencia por el poder y los privilegios.

Pero el hecho de competir es privilegio de una minoría. Las acciones de las masas están controladas por una variedad de organizaciones alineadas contra ellas. Excluyendo todas las actividades incontrolables y las expresiones de importancia social, el Estado se perpetúa inalterado. Y

dando permanencia a sus relaciones sociales y a sus bases ideológicas y terroristas conserva cada contradicción social que le dio origen en primer lugar. De esta forma la sociedad totalitaria se revela como un intento entre otros de mantener las condiciones de explotación modificándolas. El control desorganizado ejercido por el capital privado es abolido y sustituido por el control organizado de toda la vida social por el Estado omnipotente.

Al mismo tiempo una tendencia paralela se desarrolló en forma de una fuerte inclinación a idealizar las nuevas relaciones de status asociadas con el control del Estado. Esta tendencia sirve para unificar a las capas privilegiadas y para desorganizar aún más a los explotados, puesto que eleva el valor de prestigio de avances y oportunidades que son considerables en tiempos de transformación social y expansión económica. La dirección y el volumen de la producción van siendo determinados cada vez más por las necesidades específicas de las nuevas clases dirigentes. La escasez debe ser mantenida, tanto si es objetivamente necesaria como si no, con objeto de garantizar una división del trabajo que deje intactos los privilegios a pesar de toda la "igualdad de oportunidades" existente. Semejante sistema social no puede alcanzar el estado de abundancia que supuestamente desea. En realidad, debe hacer que esa abundancia sea imposible para poder seguir existiendo. Sin embargo, esta cuestión ha acabado por ser puramente académica porque la competencia imperialista elimina o mitiga la necesidad de escaseces artificiales. En esta situación, la preservación de las condiciones de explotación se presenta como parte de la defensa nacional.

Una sociedad que pudiera reducir su trabajo necesario al mínimo perdería todas las razones objetivas para los antagonismos sociales. En todas la sociedades de clase, y esto abarca todas las formas existentes de sociedades productoras de capital, el desarrollo de las fuerzas sociales de producción[2] será interrumpido cuando amenaza con poner en peligro al bienestar y la existencia de la clase social dominante. La abundancia económica hará que la estructura de clases sociales pierda su sentido. La esperanza del socialismo se basa en la posibilidad de tal abundancia; pero presupone la eliminación de las relaciones de clases sociales. Esta condición no puede alcanzarse ni en la economía mixta ni en la de capitalismo de Estado.

A diferencia de las competitivas economías occidentales, sin embargo, las economías centralizadas de la URSS y sus satélites no parecen temer las consecuencias de la automatización. Su producción y productividad están todavía por debajo de las de las naciones occidentales, y la automatización, hasta el grado que resulta posible bajo esas condiciones, no puede llevar a un desempleo en gran escala. Aproximadamente la mitad de la población soviética, por ejemplo, se ocupa todavía en la agricultura y -en vista del tamaño del país y de su población- hay una escasez general de medios de producción, para no hablar de los bienes de consumo durables y hasta de los bienes de consumo comunes. Sin duda, también existen industrias altamente automatizadas, pero aún no hay las suficientes para elevar la productividad social promedio al nivel que prevalece en Occidente.

En principio, por supuesto, la naturaleza centralizada del capitalismo de Estado permite una aplicación más amplia de la automatización a los procesos de producción social de lo que es posible en las economías occidentales. Y esto, a su vez, promete una aceleración de la automatización coexistente con el aumento general de la productividad. La planeación económica, por ejemplo, es una de las áreas más importantes de aplicación de la cibernética. Mientras que en las economías competitivas "planeación" implica "contraplaneación", en las economías centralizadas la planeación puede ser unitaria, de alcance nacional y global. Ésta es la razón por la que muchos de los propugnadores occidentales de la abundancia mediante la cibernetización dan especial importancia a la necesidad de una planificación nacional.

Aunque el carácter explotador de las relaciones sociales del capitalismo de Estado es bastante obvio, constantemente surgen nuevas interrogantes acerca de qué grupo social particular constituye su nueva clase dirigente. La respuesta puede encontrarse en el proceso de desarrollo del capitalismo mismo; puesto que el capitalismo de Estado ha adoptado la relación entre "capitalista" y administrador, y entre "propiedad" y control, de las modernas corporaciones. En la teoría de Marx, el capitalista no es un creador de valor sino un consumidor de fuerza de trabajo. Es capitalista porque está libre del proceso de trabajo real. Y

> *tan pronto como su capital alcanza un límite mínimo, a partir del cual comienza la verdadera producción capitalista, el patrono se exime del trabajo manual; luego, confía la función de vigilar directa y constantemente a los obreros aislados y a los grupos de obreros a una categoría especial de obreros asalariados. Lo mismo que los ejércitos militares, el ejército obrero puesto bajo el mando del mismo capital, reclama toda una serie de jefes (directores, gerentes,* managers*) y oficiales (inspectores,* foremen*,* overlookers*, capataces, contramaestres), que durante el proceso de trabajo llevan el mando*

[2] Por fuerzas sociales de producción queremos decir, naturalmente, las actividades de los hombres en sus diversos esfuerzos por aumentar la producción y productividad social. En el capitalismo, esto se logra mediante la acumulación de capital. Siendo actividades humanas, las fuerzas sociales de producción pueden ser detenidas o impulsadas. Como el socialismo promete ser un sistema más productivo que el capitalismo, Marx consideró la existencia y los esfuerzos en pro de la emancipación de la clase trabajadora como la mayor de todas las fuerzas productivas del capitalismo.

en nombre del capital.[3]

El capitalista conserva la dirección, pero "no es tal capitalista por ser director industrial, sino al revés: es director industrial por ser capitalista".[4]

Sin embargo, la acumulación de capital y los cambios estructurales y tecnológicos asociados con ésta liberaron (o privaron) en medida creciente a los capitalistas de su liderazgo industrial. La "desprivatización" del capital mediante el sistema de crédito, las compañías por acciones, la propiedad piramidal, los directorios privados, las compañías tenedoras de acciones, la administración burocratizada y la creciente determinación gubernamental de la producción y la expansión de capital remplazaron al capitalista empresario por la dirección administrativa de la industria. Las decisiones de la administración a menudo no son determinadas directamente por los propietarios del capital, aun cuando continúan siendo determinadas por el principio de la rentabilidad. "La unidad industrial gigante perfectamente burocratizada", escribió Joseph Schumpeter,

> *no sólo desposee a las firmas pequeñas o de tamaño mediano y "expropia" a sus propietarios, sino que al final también desposee al empresario y expropia a la burguesía como a una clase que en el proceso pierde no solamente su ingreso sino, lo que es infinitamente más importante, su función*.[5]

Según Marx, la expansión del capital es esencialmente la reproducción de capitalistas y trabajadores asalariados. Consideraba que

> *la idea de algunos socialistas de que necesitamos el capital, pero no los capitalistas, es enteramente falsa,* [*porque*] *en el concepto del capital está puesto que las condiciones objetivas del trabajo -y éstas son el propio producto del capital- asuman frente a éste una* personalidad *o, lo que es lo mismo, que sean puestas como propiedad de una personalidad ajena. En el concepto de capital está contenido el capitalista*.[6]

Aunque Marx reconocía que

> *la misma producción capitalista se ha encargado de conseguir que el trabajo de alta vigilancia, al separarse completamente de la propiedad del capital, ande rodando por la calle,*[7]

él veía la evolución de la función directora como una indicación de que los capitalistas habían llegado a ser tan superfluos en la producción como ellos pensaban que eran los prestamistas y los propietarios de bienes inmuebles. "Un director de orquesta", escribió Marx,

> *no necesita, ni mucho menos, ser el propietario de los instrumentos de la orquesta, ni entre sus funciones figura la de abonar los "salarios" a los demás músicos*.[8]

Sin embargo, el capitalista típico de hoy día ya no es aquel del que hablaba Marx, y el gerente de Marx se ha convertido en poco más que un simple empleado que actúa en beneficio del propietario. El gerente moderno no es el "director de orquesta" de Marx, sin propiedades y sin autoridad sobre los salarios. Aunque puede no poseer los instrumentos de producción, es ciertamente un comprador de fuerza de trabajo y se apropia de la plusvalía. En contraste con los obreros él es el capital personificado, y bajo sus auspicios la expansión de valor es todavía la producción de capitalistas y trabajadores asalariados. Es sólo que la antigua clase comprende ahora, además de los propietarios de capital privado claramente distinguibles, también propietarios a medias y cuasi-capitalistas. Pero todos estos tipos, no obstante, forman una clase definida interesada en perpetuar el sistema de salarios explotador. La transferencia de las funciones empresariales al gerente y la superfluidad del capitalista no alteran nada en las relaciones de producción capitalista.

Las funciones administrativas son funciones productivas. El capitalista primitivo era también un "capitalista trabajador"; la explotación requiere trabajo. Los "salarios" (es decir, ganancias) que exigía eran iguales al volumen de la plusvalía realizable extraída de sus trabajadores y no dependía del grado de sus propios esfuerzos. La retribución del gerente, no vista como ganancia sino como salario, es a menudo mayor que la de muchos capitalistas. Muchos gerentes son también dueños de la reserva de capital, y de esta manera ejercen al mismo tiempo las funciones del capital y de la administración. El ingreso del gerente en forma de salario, bonos y dividendos, como las ganancias del capitalista, no tiene conexión con ninguna habilidad creadora que él pueda poseer. En efecto, muy frecuentemente su posición es más elevada cuanto más alejada está del trabajo productivo. El ejecutivo típico delega en sus subordinados las funciones administrativas y se limita él mismo a tomar las decisiones sobre la política a seguir en su forma más amplia. Su ingreso refleja el prestigio de la firma; puede corresponder a sus ganancias pero no está relacionada con las funciones que realiza. Se determina en forma bastante arbitraria -constituye un "salario político" por así decirlo-

---

[3] K. Marx, *El Capital,* ed. cit., t. I, p. 268.

[4] Ibid., t. I, p. 269.

[5] J. Schumpeter, *Capitalism, Socialism, and Democracy.* Nueva York, 1947, p. 134.

[6] K. Marx, *Grundrisse,* t. II, p. 476.

[7] K. Marx, *El Capital,* ed. cit., t. III, p. 369.

[8] Ibid., t. III, p. 370.

puesto que resulta de las manipulaciones dentro y entre las corporaciones e indica, en alguna medida, el grado de control que la gerencia tiene sobre los accionistas de la firma.

La gran masa de capital es propiedad de individuos en forma de títulos, que cubren una o varias empresas incorporadas, y son comprados y vendidos en el mercado de valores. En gran medida la "propiedad de capital" no se refiere en esta forma a personas determinadas y a sus títulos sobre empresas particulares y sus ganancias, sino a derechos de personas sucesivas sobre una diversidad de empresas y sus dividendos. Tanto el capital en sí mismo como sus propietarios parciales son impersonales; generalmente, los propietarios parciales no saben acerca de su propiedad más que sus precios de mercado y las expectativas de ganancias basadas en ellos. Las propias corporaciones no conocen a los propietarios como personas sino abstractamente por su número. No obstante, existen todavía negocios más pequeños cuyo capital total está en manos de personas y familias definidas así como negocios muy grandes -particularmente en las industrias extractivas y en propiedad de bienes raíces- en donde los fondos totales están controlados privadamente. Pero la gran masa del capital está concentrada en las corporaciones más grandes y tiene la forma de propiedad de capital extendida. Este tipo de propiedad está ampliamente dispersa en un sentido y muy concentrada en otro: aunque muchas personas poseen el mismo capital, muy pocas personas poseen la mayor parte de él. La extensión de la propiedad de capital no tiene ningún efecto sobre la distribución del ingreso nacional, que se ha mantenido proporcionalmente igual a pesar del rápido aumento del número de participantes. Aunque la amplia extensión de la propiedad de capital ha sido anulada por su creciente concentración, el hecho del gran número de accionistas da origen al concepto citado anteriormente de "capitalismo del pueblo", que proyecta que eventualmente todo el mundo participe del capital social. Mientras tanto, sin embargo, en los Estados Unidos (por ejemplo)) solamente 2 por ciento de todos los accionistas controla cerca del 58 por ciento de todo el capital común, y el uno por ciento de los accionistas preferenciales controla 46 por ciento de todo el capital preferencial.

En las grandes corporaciones propiedad no es algo idéntico a control. Está claro que no hay forma de que los 2 millones de accionistas de la *American Telephone and Telegraph Company* ejerzan ninguna especie de control sobre las transacciones de la compañía. La amplia difusión de la propiedad de acciones no sólo permite sino que exige un control minoritario, y cuanto mayor es la dispersión, menos capital se necesita para conservar el control efectivo de una corporación. En teoría, los accionistas controlan en última instancia a la gerencia por medio de su derecho legal a despedir a los gerentes indeseados. No obstante, en la práctica, una concentrada minoría de accionistas, en combinación con la gerencia, usurpan todos los poderes de tomar decisiones y muy rara vez, si acaso, pueden ser recusados. Por lo general, los gerentes y directores de corporaciones tienen también participación en el capital. Pero su poder de tomar decisiones no proviene tanto de esta propiedad sino de su posesión de las posiciones administrativas.

Este nuevo tipo de capitalismo supuestamente se preocupa más del interés público que de la rentabilidad. Supuestamente, el divorcio de la propiedad y la gerencia subordina el motivo de la ganancia al bien público. Según Keynes,

> *las compañías por acciones, cuando alcanzan cierta edad y tamaño, se aproximan al status de corporaciones públicas más que al de empresas privadas individuales. Una de las evoluciones más interesantes y poco observadas de las décadas recientes ha sido la tendencia de la gran empresa a socializarse. Llega un momento en el crecimiento de una gran institución* [...] *en el que los dueños del capital, esto es, los accionistas, están casi enteramente disociados de la gerencia, con el resultado de que el interés personal directo de estos últimos por hacer grandes ganancias se vuelve bastante secundario. Cuando se alcanza este estado, la estabilidad general y la reputación de la institución son consideradas por la gerencia con preferencia al máximo de ganancia para los accionistas*.[9]

En realidad lo cierto es lo contrario: el conjunto de la economía nacional es utilizado para mantener la rentabilidad de las grandes corporaciones.

Aunque propiedad y control no coinciden en la corporación moderna, normalmente no hay divergencia de intereses entre los accionistas pasivos y los directores de empresas activos. Ambos están igualmente dedicados a llevar al máximo las ganancias de la corporación. Lo mismo que sucede para el capital en general sucede para la sociedad anónima: sus operaciones deben ir dirigidas a la realización de ganancias y a la formación de capital. Una falta de rentabilidad, o pérdidas, implica la eventual extinción de la organización. Y tampoco puede haber una diferencia de intereses entre los propietarios y los administradores de un negocio, porque la posición y el ingreso de los últimos dependen de la existencia y por tanto de la rentabilidad de la corporación que administran. Para los gerentes, descuidar el motivo de la ganancia significaría descuidar sus propios intereses. En realidad, sin embargo, los gerentes forman el grupo mayoritario dentro de la población accionista, de manera que sus intereses en la rentabilidad de la empresa por acciones deriva al mismo tiempo del aspecto de la gerencia y del de la propiedad.

[9] J. M. Keynes, *Laissez-faire and Communism*, pp. 61-62.

Aunque los administradores y los accionistas tienen el mismo interés en obtener ganancias, pueden diferir en el aspecto de su distribución. La gerencia, que usualmente se compone de directores de compañías y gerentes profesionales, puede usar su posición de poder dentro de la corporación para darse a sí mismo sueldos muy elevados, gastos de representación, títulos, opciones de compra y pensiones de retiro a expensas de los dividendos de los accionistas. Accionistas y gerentes pueden también diferir en la cuestión referente a retener o distribuir los dividendos. Pero ninguna de estas diferencias afecta al objetivo de obtener ganancias de la corporación. Independientemente de lo que se afirme en contrario, el divorcio parcial o incluso completo de la propiedad y el control no altera nada de las necesidades y exigencias de las corporaciones.

La expropiación no compensada de capital privado por medio de la nacionalización constituye una ruptura radical con el principio de la apropiación privada de la plusvalía. Sin alterar el sistema de salarios, la burocracia estatal constituye ahora una nueva clase dirigente y sus miembros "personifican" al capital. En este sistema las anteriores relaciones entre capital y administración se convierten en relaciones entre gobierno y administración. La burocracia del Estado es tan superflua en la producción como lo eran antes los capitalistas, pero los directores industriales tienen ahora menor poder que antes. Hay todavía cierta confusión de administración y control a causa de la capacidad de intertransferir las funciones del gobierno y la administración. Pero para que la administración conserve el grado de poder que ganó con el sistema de empresa privada, debe evitarse la planificación nacional; porque la administración está relacionada con empresas y corporaciones específicas y no con una planeación de la producción y distribución nacional, y menos aún internacional.

Los regímenes de capitalismo de Estado tratan al gerente más como el "director de orquesta" de Marx, esto es, como a un "trabajador asalariado" entre otros. Existe todavía una oposición de intereses entre trabajador y gerente, por supuesto, a causa de la jerarquía institucional que determina desigualdades en poder, ingresos y prestigio. Pero para explotar esta división social, los gerentes tendrían que luchar políticamente dentro del aparato del Estado o del partido, del que emerge el aparato del Estado y en el que se basa. Tales luchas difícilmente podrían servir a los intereses específicos de una u otra empresa y su gerencia. Solamente les servirían indirectamente mediante un cambio de política que afectara a la nación globalmente. Por ese medio los gerentes como grupo podrían exigir privilegios especiales, pero para lograrlo tendrían que ser indispensables, inatacables y organizados. No tienen ninguna de estas cualidades. El poder decisivo en el sistema de capitalismo de Estado está en la fuerza coercitiva del gobierno, en su control sobre el ejército y la policía. Teniendo esto, el gobierno tiene absoluto control sobre todos los grupos sociales, incluyendo a los gerentes. Afectar las decisiones del gobierno significa infiltrarse y asumir el control sobre el aparato del Estado o sobre el partido. Todas las luchas abiertas seccionales, si acaso son posibles, se convierten en luchas por el control del gobierno y, dentro del gobierno, por la sustitución de unas personas por otras.

Como el proceso de capitalización bajo el sistema de salarios exige una jerarquía industrial tanto como política, la gerencia es, en cierto sentido, una extensión del control gubernamental de la producción. Las funciones administrativas están conectadas a la máxima producción y sus salarios están ligados a este fin. El control sobre el capital nacional -teóricamente para el bien de la sociedad, prácticamente para el bien de una nueva clase dirigente- coloca el poder económico así como el político en manos del Estado. Esta estrecha coordinación de los poderes políticos y económicos no existe en las formas de capitalismo "libres" o incluso "mixtas", en las que la fuerza política se reserva principalmente para emergencias, puesto que el control económico es generalmente suficiente para garantizar la explotación de la mano de obra. Al mismo tiempo que destruye el capitalismo tradicional, la nueva combinación de coacción política y económica fortalece el modo capitalista de producción. Independientemente de cuáles sean los arreglos particulares, el trabajo asalariado caracteriza al sistema de capitalismo de Estado así como caracteriza al de empresa privada. Y, como señala Marx, "aunque alguna forma de trabajo asalariado pueda eliminar los inconvenientes de otra, ninguna puede eliminar los inconvenientes del trabajo asalariado mismo"[10], ni por otra parte, el poder exclusivo de una clase en materia de producción y distribución.

[10] *Grundrisse,* t. I, p. 46.

Capítulo XXII
Valor y socialismo

El marxismo de Lenin no expresó las necesidades prácticas de la moderna lucha de clases internacional y anticapitalista, sino que fue determinado por condiciones específicas de Rusia. Rusia no necesitaba tanto la emancipación como la creación de un proletariado industrial, y no tanto el fin de la acumulación de capital como su aceleración. Los bolcheviques derrocaron al zarismo y a la burguesía rusa en nombre de Marx y por medios revolucionarios, sólo para convertirse ellos mismos en una fuerza dictatorial sobre los trabajadores y campesinos. Y esto con objeto de conducirlos, eventualmente, mediante una represión y explotación intensificadas, al socialismo. La "ortodoxia" marxista de Lenin existía únicamente en forma ideológica, como la falsa conciencia de una práctica no-socialista.

Al tratar las cuestiones de la organización socialista de la economía, las propuestas de Lenin fueron casi exclusivamente de un carácter pragmático, y no hizo ningún intento por relacionarlas con la teoría marxista. De todos los socialistas que habían escrito sobre el socialismo, dijo Lenin acertadamente, ninguno había tratado concretamente de los temas que plantea. Para Lenin, sin embargo,

> *el socialismo nos contemplaba desde todas las ventanas del capitalismo moderno; el socialismo es perfilado directamente, prácticamente, por cada medida importante que constituye un paso hacia adelante en las bases del capitalismo moderno*.[1]

El socialismo consistía en hacer lo que el capitalismo estaba haciendo para sí mismo, pero en hacerlo mejor y en interés de la clase trabajadora. Esto requería un aumento en la productividad del trabajo y una mejor organización de la producción. De esta manera, escribió Lenin, aunque

> *el sistema Taylor, la última palabra del capitalismo a este respecto, como todo progreso capitalista, es una combinación de la refinada brutalidad de la explotación burguesa y una cantidad de los mayores logros científicos en el campo del análisis del movimiento mecánico durante el trabajo,* [*sin embargo*] *la posibilidad de construir el socialismo depende exactamente de nuestro éxito en combinar el poder soviético y la organización soviética de la administración con los más recientes logros del capitalismo. Debemos organizar en Rusia el estudio y la enseñanza del sistema Taylor y probarlo sistemáticamente y adaptarlo a nuestros fines*.[2]

Por lo que respecta a la administración,

> *la fundación del socialismo exige una absoluta y estricta unidad de designio, que dirija el trabajo conjunto de cientos, miles y decenas de millares de personas. La necesidad técnica económica e histórica de esto es obvia, y todos aquellos que han pensado en el socialismo lo han considerado una de sus condiciones. ¿Pero cómo puede asegurarse la estricta unidad de designio? Subordinando la voluntad de miles a la voluntad de uno*.[3]

Por esta razón es que

> *toda interferencia directa de los sindicatos en la administración de las fábricas debe ser considerada positivamente perjudicial e imposible*.[4]

En resumen, hay que llevar las cosas como siempre se llevaron en el capitalismo; sólo que ahora para "la sociedad como un todo", y ya no para la acumulación de capital privado. Para Lenin la reconstrucción social ya no está interesada en lo social sino sólo en los problemas técnicos, tales como la resurrección de la industria, el aumento de la producción agrícola, políticas financieras sólidas, electrificación y cuestiones similares.

Aparte de unas cuantas observaciones de carácter general, Marx no se preocupó por la organización de una sociedad socialista. Sus escritos económicos no pretendían enriquecer la "ciencia de la economía", sino mostrar las relaciones sociales reales que tenían su expresión fetichista en la economía política. Aunque la economía política "es para el proletariado, ante todo y sobre todo, territorio enemigo[5], tiene que ser abordada con objeto de mostrar que las "relaciones económicas" son simples disfraces para las relaciones de explotación capitalista, y para revelar las contradicciones de clase en las contradicciones económicas que acosan a la práctica burguesa y al desarrollo capitalista. Para Marx, las "leyes económicas" sostenidas por la economía política son irrelevantes para el socialismo, el que, en realidad, acabará con ellas. Por el contrario, habrá una regulación consciente de la producción y distribución a cargo de los mismos productores asociados, y los instrumentos para este fin tendrán una naturaleza técnica-organizativa.

---

[1] Lenin, Questions of the Socialist Organization of the Economy, Moscú, p. 47.

[2] Ibid., p. 117.

[3] Ibid., p. 127.

[4] Ibid., p. 341.

[5] K. Korsch, *Karl Marx,* ed. cit., p. 90.

Cuando la planeación llegó a ser una posibilidad para el Estado bolchevique, encontró no obstante su punto de partida teórico en Marx, esto es, en su idea de la producción social como un proceso de reproducción. Los planificadores consideraron que el esquema de Marx de la reproducción simple y ampliada, que Marx desarrolló a partir del *Tableau Économique* del fisiócrata Francios Quesnay, y que presenta en el segundo volumen de *El Capital* [6]*,* era aplicable a todas las formaciones sociales y particularmente útil para resolver los problemas de una economía socialista. Fue en base a estos esquemas que los economistas soviéticos construyeron modelos macroeconómicos mostrando la posibilidad de una economía planificada balanceada.[7]

Los esquemas de reproducción de Marx sirven para mostrar las relaciones en el proceso de producción y cambio que se requieren para consumar el proceso de producción de capital con respecto al valor y al valor de uso de la producción de mercancías. "Mientras examinábamos la producción de valor y el valor del producto del capital individualmente considerado", escribió,

> *la forma natural del producto-mercancía era de todo punto indiferente; tanto daba que se tratase, por ejemplo, de máquinas, de trigo, o de espejos. Cualquier producto concreto no pasaba de ser un ejemplo y lo mismo podía servir de ilustración una rama de producción que otra. Entonces, nos interesaba el proceso inmediato de producción, que se revelaba en cada uno de sus puntos como proceso de un capital individual. Desde el punto de vista de la reproducción del capital, bastaba con partir del supuesto de que, dentro de la esfera de circulación, la parte del producto-mercancía que representaba valor-capital encontraría los medios necesarios para volver a convertirse en sus elementos de producción y, por tanto, para recobrar su forma de capital productivo; del mismo modo que bastaba partir de la premisa de que capitalista y obrero encontrarían en el mercado, dispuestas para ser utilizadas, las mercancías en que invertir su plusvalía y su salario, respectivamente. Pero este método puramente formal de exposición no basta ya, cuando se trata de estudiar el capital social en su conjunto y el valor de su producto. La reversión de una parte del valor del producto a capital y la incorporación de otra parte al consumo individual de la clase capitalista y de la clase obrera constituyen un movimiento que se efectúa dentro del mismo valor del producto en que se traduce el capital global; v este movimiento no es solamente reposición de valor, sino también reposición de materia, por cuya razón se halla condicionada tanto por la relación mutua entre las partes integrantes del valor del producto social como por su valor de uso, por su forma material*.[8]

No es necesario mostrar aquí los diagramas de Marx; basta con recordar que él dividía la producción social total en dos secciones: una que produce los medios de producción y otra los medios de consumo. Cada departamento se compone de capital constante y variable y produce plusvalía. Las transacciones entre los dos departamentos son tales que reproducen el capital total, dejando la plusvalía para el consumo capitalista. "La reproducción simple", escribió Marx, "se dirige intrínsecamente al consumo como fin", y

> *en la medida en que la reproducción simple es también parte* [...] *de toda reproducción anual en escala ampliada, este móvil aparece como complemento y contraposición del móvil del enriquecimiento como tal*.[9]

La diferencia entre reproducción simple y ampliada consiste en el hecho de que parte de la plusvalía total no es consumida por los capitalistas sino que se convierte en capital adicional. En la transformación de reproducción simple a reproducción ampliada

> *no es la cantidad, sino la determinación cualitativa de los elementos dados de la reproducción simple lo que cambia, y este cambio constituye la premisa material de la reproducción en escala ampliada que más tarde se efectuara*.[10]

Independientemente de cuáles sean los méritos metodológicos de los esquemas del proceso de reproducción de Marx, no pueden ser analizados como un sistema de equilibrio general similar a la teoría del equilibrio burguesa. El proceso de reproducción que describen esos esquemas, señaló Marx, "equivale al control de la sociedad sobre los medios objetivos de su propia reproducción. Pero dentro de la sociedad capitalista sería un elemento de anarquía".[11] El control de la sociedad sobre los medios objetivos de su propia reproducción presupone la abolición del aspecto de valor de la producción capitalista; porque es el movimiento contradictorio entre producción de valor y producción de valor de uso el responsable de la anarquía del capitalismo, esto es, su incapacidad para organizar racionalmente la producción y la reproducción.

> *El hecho de que la producción de mercancías sea la forma general de la producción capitalista* -escribió Marx- *lleva ya implícita la función que desempeña en ella el dinero, no sólo cono medio de circulación, sino también como capital-dinero, y engendra ciertas condiciones del cambio normal peculiares de este*

---

[6] Capítulos XX y XXI.

[7] La traducción al inglés de algunos de estos proyectos puede encontrarse en N. Spulber, ed., *Foundations of Soviet Strategy for Economic Growth.* Bloomington, 1964.

[8] K. Marx, *El Capital,* ed. cit., t. II, pp. 351-52.

[9] Ibid., t. II, p. 367.

[10] Ibid., t. II, p. 450.

[11] Ibid., t. II, p. 417.

> *sistema de producción, que son por tanto condiciones del desarrollo normal de la reproducción, lo mismo en escala simple que en escala ampliada y que se truecan en otras tantas condiciones de desarrollo anormal, en otras tantas posibilidades de crisis, puesto que el mismo equilibrio constituye algo fortuito dentro de la estructura elemental de este régimen de producción*.[12]

El "equilibrio" del esquema de la reproducción, en el que tanto el valor como la producción material están en armonía, ilustra los puntos esenciales de un proceso de reproducción capitalista sin fricciones. Este "equilibrio" es posible en teoría pero no en la práctica; como la igualdad entre la oferta y la demanda, o valor y precio, podría existir sólo por accidente. Los economistas soviéticos, al basar sus modelos de tina economía socialista en los esquemas de reproducción de Marx, concebían estos modelos en su aspecto estrictamente material, no de valor. Las relaciones de producción y distribución, se decía,

> *deben ser estudiadas en su representación material, esto es, como la suma de productos concretos en su movimiento concreto del productor al consumidor* [...] *Puesto que el balance estudia las relaciones (le producción y circulación en su aspecto material, debe considerar a la economía social como una especie de economía natural que mide la producción como la suma de materiales y objetos producidos en el curso de un año y que explora la distribución de productos en su expresión material*.[13]

Aun cuando el dinero

> *debe representar el papel de vara de medir, un medio para reducir los variados frutos de la producción social a un denominador común* [...] *el balance estudia las relaciones de la producción y el consumo de productos como un proceso material*.[14]

La organización real de la economía soviética fue, ciertamente, una planeación en términos materiales para lograr objetivos económicos señalados por el gobierno. Estos objetivos daban primordial importancia al crecimiento económico y al desarrollo de la industria, o, en palabras burguesas, a la acumulación de capital. Administrando los salarios y los precios, puede determinarse aproximada pero directamente qué porción del producto social total corresponderá a los productores como bienes de consumo, cómo deberán distribuirse estos bienes entre los consumidores, y qué porción del total deberá servir para ampliar el aparato productivo. Salarios y precios son aquí el medio para obtener y distribuir un producto social de acuerdo con un plan central concebido en términos físicos, como producción material. Las autoridades determinan la producción y la distribución en las proporciones que juzgan necesarias o deseables.

Según Marx,

> *la medida del trabajo es el tiempo. Tan sólo porque los productos son trabajo, se les puede medir por la medida del trabajo, por el tiempo de trabajo o el cuanto de trabajo consumido en ellos*.[15]

En el capitalismo, sin embargo,

> *dado que el precio no es idéntico al valor, el elemento que determina el valor -el tiempo de trabajo- no puede ser el elemento en que se expresan los precios*.[16]

Como en el capitalismo "el tiempo de trabajo como medida de valor existe sólo idealmente, no puede servir como materia de confrontación de los precios".[17] Pero a menudo se ha dicho que la regulación indirecta del total del sistema capitalista por la ley del valor, como se supone en el esquema de valor de desarrollo del capital de Marx, puede ser la base de la regulación directa de la producción en el sistema socialista. Supuestamente, esto se lograría por una especie de "retransformación", de los precios en valores; aunque estos valores ya no son establecidos indirectamente mediante la competencia del mercado sino que por el contrario son fijados por agencias planificadoras socialistas. La posibilidad de tal "retransformación" está, por ejemplo, implícita en la afirmación de Sweezy de que

> *la teoría del valor de Marx tiene así el gran mérito, a diferencia de algunas otras teorías del valor, de su estrecha relación con la categorías reales de contabilidad de la empresa capitalista*.[18]

Si esto es así, entonces por supuesto es posible suponer que es solamente la imperfecta forma-precio del valor, pero no el valor mismo, lo que desaparecerá en una sociedad socialista. Joan Robinson, por ejemplo, consideró apropiado decir que, si bien es muy poco lo que puede hacerse con la ley del valor en el capitalismo, si es que puede hacerse algo, Marx bien pudo tener razón en creer

---

[12] Ibid., t. II, p. 440.

[13] P. I. Popov, "Introduction to the Balance of the National Economy", en Spulber. *Foundations of Soviet Strategy for Economic Growth*, p. 18.

[14] Ibid.

[15] *Grundrisse*, t. II, p. 122.

[16] Ibid., t. II, p. 64.

[17] Ibid., t. II, p. 65.

[18] P. M.. Sweezy, *Teoría del desarrollo capitalista.* Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1974, p. 75.

que “la ley del valor se impondrá”[19] en el socialismo.

Aunque Marx no sostenía esa opinión, algunos economistas soviéticos expresaron ciertamente la creencia de que la ley del valor se aplica tanto al capitalismo como al socialismo. El valor es equiparado aquí a costo de producción; y, según se dice, sin el conocimiento de los costos de producción, la planeación social sería imposible. Otros economistas, principalmente N. I. Bujarin y E. A. Preobrazhensky, sostenían que la ley del valor era operativa solamente en una sociedad productora de mercancías y determinada por el mercado y no bajo las condiciones del socialismo, en el que todas las categorías burguesas como dinero, precios, salarios, interés, renta y beneficios desaparecen para dejar lugar a una relación directa de procesos económicos en términos materiales. Según Preobrazhensky, quienes sostienen que la ley del valor tiene validez general simplemente confunden los procesos económicos reguladores en la producción de mercancías con el papel regulador del gasto de trabajo en cualquier sistema de producción social. Reconocer a la ley del valor corno único regulador del sistema económico de la URSS era negar su carácter socialista.

> *Basta imaginar que la ley del valor regula la producción socialista* -escribió-*, o que el principio de planificación regula la producción mercantil para comprender que no se puede separar el mecanismo regulador de la estructura total de una economía dada*.[20]

La afirmación sobre la validez de la ley del valor en el socialismo provocó muchas discusiones, que fueron acabadas terminantemente por el propio Stalin. Donde quiera que existan mercancías y producción mercantil, escribió Stalin,

> *también debe existir la ley del valor. En nuestro país, la esfera de operación de la ley del valor se extiende, ante todo, a la circulación de mercancías, al cambio de mercancías mediante la compra y la venta, el cambio, principalmente, de artículos de consumo personal. En esta esfera, la ley del valor preserva, dentro de ciertos límites, por supuesto, la función de regulador. Pero la operación de la ley del valor no está confinada a la esfera de la circulación. Se extiende también a la producción. Ciertamente, la ley del valor no tiene función reguladora en nuestra producción socialista, pero de todos modos influye sobre la producción. En este sentido, cosas tales como el cálculo de costos y rentabilidad, costos de producción, precios, etc., son de verdadera importancia en nuestras empresas. Por consiguiente, nuestras empresas no pueden, o no deben, funcionar sin tomar en cuenta la ley del valor*.[21]

¿Qué significa en realidad tomar en cuenta la ley del valor? Según Stalin significa, ante todo,

> *entrenar a los administradores de empresas en el cálculo de magnitudes de producción* [...] *mejorar los métodos de producción, disminuir los costos de producción, practicar el cálculo de costos y hacer que las empresas rindan*.[22]

Aunque en la definición de Marx la teoría del valor-trabajo se refiere exclusivamente a la producción capitalista, y el concepto de plusvalía a la explotación del trabajo, en la definición de Stalin la teoría del valor no tiene que estar en contradicción con los requerimientos del socialismo. Todo lo que se necesita es descartar

> *ciertos conceptos tomados de El Capital de Marx, tales como “trabajo necesario” y “trabajo excedente”, “producto necesario” y “producto excedente”, tiempo de trabajo “necesario” y tiempo de trabajo “excedente”.*[23]

Stalin encontraba muy extraño

> *usar estos conceptos ahora, cuando la clase obrera no sólo no está privada de poder y medios de producción, sino que, por el contrario, está en posesión del poder y controla los medios de producción. Hablar de la fuerza de trabajo como de una mercancía y del “alquiler” de trabajadores suena ahora bastante absurdo, como si la clase trabajadora, que posee los medios de producción, se vendiera su fuerza de trabajo a sí misma. Es igualmente extraño hablar de trabajo “necesario” y de trabajo “excedente”; como si, en nuestras condiciones, el trabajo suministrado por los trabajadores a la sociedad para la extensión de la producción, la promoción de la educación y la salud pública, la organización de la defensa, etc., no fuera tan necesario para la clase trabajadora, ahora en el poder, como el trabajo empleado para proveer a las necesidades generales de los trabajadores y sus familias.*[24]

En sus puntos esenciales, la posición de Stalin respecto al problema del valor en el socialismo prevalece todavía en la URSS posestalinista. Ha habido discusiones desde 1956 sobre si la ley del valor tiene validez sólo parcial o general, esto es, si se aplica sólo al mercado del consumo, o a la totalidad de los bienes que circulan en el total de la economía. Algunos han negado el carácter mercantil de la producción en la URSS, y, en consecuencia, desean aplicar la ley del valor en el sentido de la “economía de tiempo” marxista como criterio objetivo para medir, economizar y distribuir el producto social. Por el contrario, se sostiene que precisamente porque la economía rusa

---

[19] J. Robinson, *Introducción a la economía marxista,* ed. cit., p. 14.

[20] E. A. Preobrazhensky, *La nueva economía.* Ed. Era, México, 1971, p. 52.

[21] J. Stalin, *Economic Problems of Socialism in the USSR*, p. 18.

[22] Ibid., p. 20.

[23] Ibid., p. 17.

[24] Ibid., p. 18.

se considera como "una forma planificada de producción de mercancías" debe estar "basada en la ley del valor y en las relaciones mercantiles y monetarias".[25] Esta desorientación general empeora con los economistas que quieren aprovecharse del marginalismo de la teoría burguesa y buscan tratar con otros factores de producción aparte del trabajo, así como con la aplicación de programación lineal y técnicas de computación en la planeación económica. Los economistas burgueses, por su parte, celebran estos sucesos como el abandono de la teoría marxista del valor-trabajo por los mismos "marxistas"; como si la teoría del valor hubiera sido realmente la teoría de la práctica económica soviética, o pudiera ser la teoría económica del socialismo.

La confusión que rodea a la teoría del valor-trabajo no refleja solamente el confuso pensamiento de los teóricos; es resultado de su intento de describir un sistema de producción y distribución no socialista como una sociedad socialista. Hacen esto porque, según su definición, socialismo es control estatal sobre los medios de producción y planificación centralizada de la economía nacional. A ellos les parece que aquella planeación que se ajusta a las necesidades sociales y a las necesidades económicas, es una planeación de acuerdo con la ley del valor. En el capitalismo, se dice,

> *la ley del valor actúa como una ley elemental del mercado, inevitablemente ligada a la destrucción de las fuerzas productivas, a la crisis y a la anarquía de la producción. En el socialismo actúa como una ley de la administración planificada de la economía nacional, en las condiciones de desarrollo de una economía libre de crisis*.[26]

Decir que la ley del valor está en la base de los procesos económicos es decir que hay alguna regulación definida de la producción social a pesar de la falta de interés, y la imposibilidad práctica, de semejante regulación bajo las relaciones de propiedad privada. La "regulación" es producida por la competencia del mercado y las crisis. Pero si no hay propiedad privada de capital, ni competencia, ni acumulación privada, si la producción se planifica centralmente, si los precios y los salarios están regulados, y la expansión de la producción está determinada conscientemente: entonces no pueden surgir esos *resultados* de la competencia y las crisis que manifiestan la operación de la ley del valor. Aplicar la ley del valor "conscientemente" en el socialismo sólo puede significar incorporar los efectos de la competencia y las crisis al mecanismo de planeación. En otras palabras, reinstituir el mercado y la propiedad privada, lo que obviamente es un absurdo.

Quizá es por esta razón que Stalin habló de una ley del valor "estrictamente limitada y dentro de unas fronteras definidas", esto es, una que opere plenamente sólo en la esfera de la circulación confinada al consumo personal, y que "influya" sobre la esfera de la producción únicamente porque esta última no puede descuidar el principio de la rentabilidad, aun cuando este principio sea modificado mediante decisiones conscientes por parte de las autoridades planificadoras. Pero aun cuando la ley del valor "modificada" presumiblemente afecta la producción y regula la distribución, Stalin no vio ninguna división social entre valor y plusvalía, y tampoco entre trabajo necesario y trabajo excedente, porque *por definición* todo el producto social pertenece ahora a toda la sociedad.

En la URSS, el producto total planeado se expresa bien en términos físicos o en términos de valores monetarios. Aunque los precios, los salarios y las ganancias siguen siendo categorías económicas, ya no representan una parte activa independiente: son simples expresiones de magnitudes físicas totales que están directamente determinadas por quienes toman las decisiones. La distribución de los recursos no tiene nada que ver aquí con las relaciones de precios; más bien, precios, salarios y ganancias se usan para asegurar la distribución de los recursos requeridos por el plan. Y esto, prácticamente, es una tarea difícil, pues el plan comprende sólo aproximaciones generales sujetas a continuos cambios. Hasta ahora, toda planificación económica ha sido, por así decirlo, planificación improvisada, y ha sido intentada en condiciones no muy susceptibles de controlar totalmente la economía. La planificación ha sido utilizada en países subdesarrollados industrialmente cuya más urgente necesidad es la rápida acumulación de capital. La industrialización forzada por medios políticos ha pasado de la dirección gubernamental a la gestión estatal directa, creándose en este proceso las condiciones para un desarrollo económico planificado. Los planes reflejaban el atraso general; no podían ser mejores que las condiciones que pretendían alterar.

El ingreso social total en la URSS se supone que es igual al valor global del producto material total, lo que es igual a la suma total de los precios finales de venta de los bienes materiales, aparte de la amortización de capital fijo. La demanda social es controlada por medio del control de los ingresos personales, así como mediante el control de la asignación de los recursos productivos. Supuestamente, los precios se basan en los costos promedio de producción de todas las empresas que producen mercancías idénticas. Los precios al por menor de todos los bienes y servicios se fijan para que se ajusten al nivel de los ingresos personales. Estos precios se mueven en relación con la oferta y la demanda de bienes de consumo que entran en el mercado. Los salarios en dinero son manipulados por medio de políticas de precios. El gobierno obtiene sus ganancias principalmente a través de un impuesto rotatorio que se deriva de la diferencia entre precios al menudeo y costos

[25] Y. Liberman, "The Soviet Economic Reform". *Foreign Affairs,* Nueva York, octubre de 1967, p. 53.

[26] *Teaching of Economics in the Soviet Union. The American Economic Review,* septiembre de 1944, p. 525.

reales de producción.

Con la administración de los salarios y los precios, puede establecerse aproximada pero directamente qué porción de la producción social total corresponde a los trabajadores y en qué forma particular de mercancías. A los bienes de consumo se les puede poner precio en tal forma que la elección de mercancías por parte de los trabajadores esté *prácticamente* limitada a lo que el gobierno piense que debe ser su elección, y las mercancías escasas pueden hacerse aún más escasas mediante una política de precios que las reserve para las capas privilegiadas de la sociedad. La necesidad de conservar a la población trabajadora viva y trabajando prevalece en todas las formas de producción social continua; en el capitalismo, se expresa en el valor de la fuerza de trabajo, que determina y limita la plusvalía o el tiempo de trabajo excedente que se puede obtener de una población trabajadora dada. Pero si el trabajo necesario y el trabajo excedente son *de golpe* propiedad común de los productores socializados, no tiene sentido hablar de una ley del valor como regulador de la distribución social y del efecto de esta regulación sobre el proceso de producción. Si el producto social total es propiedad común de toda la sociedad, su división compartimental entre consumo, reproducción y expansión podría igualmente ser expresada en cantidades de tiempo de trabajo directas, que ya no se referirían a las relaciones de valor sino a disposiciones que permitan que la producción social y el proceso de reproducción funcionen correctamente.

Hay solamente una razón de peso para conservar la ley del valor en su definición soviética, y consiste en dar a las condiciones de la desigualdad social, tal como prevalecen en la economía de capitalismo de Estado, la apariencia de una "ley económica". Como el "marxismo" es aquí la ideología dominante impuesta por el Estado, no sólo es necesario explicar que la producción implica reproducción, y que progreso significa reproducción ampliada, para cuyo propósito el consumo actual debe ser restringido a fin de asegurar un consumo futuro mejor; también es necesario explicar que las diferencias de salarios entre los trabajadores, y las diferencias de ingresos entre los trabajadores y las capas administrativas de la sociedad no son instituidas arbitrariamente por los caprichos de una nueva clase dirigente, sino que están determinadas por una "ley económica" que da a cada quien lo que merece de acuerdo a su contribución particular a la sociedad. Como nominalmente no hay en la URSS más que gente productiva, sus diferentes niveles de vida deben explicarse por las diferencias en su productividad, y por la necesidad económica de tomar en cuenta esas diferencias -en esta etapa histórica del desarrollo, por lo menos.

Premiar al trabajo de acuerdo a su productividad significa que el trabajo complejo recibe más que el trabajo simple. A causa de los gastos del entrenamiento, los costos de reproducción del trabajo complejo son mayores que los del trabajo simple. De esta manera pueden explicarse las diferencias de ingreso por la diferente productividad de distintas clases de trabajo, y por la intensidad variable en la ejecución de un tipo de trabajo en particular. Como, por naturaleza, los trabajos reales son desiguales, ingresos iguales implicarían la "explotación" del trabajo más productivo por el trabajo menos productivo. Para la mentalidad bolchevique así como para la burguesa, esto destruiría el incentivo para prepararse y dedicarse a actividades más complejas y por lo tanto más productivas, en detrimento de toda la sociedad. Hay por lo tanto una necesidad social de diferenciación de los ingresos como un requerimiento inevitable para el desarrollo social.

Recordaremos aquí que en la teoría del valor de Marx todo el trabajo se reduce a trabajo simple abstracto. El concepto del valor se refiere a *agregados sociales abstractos* de tiempo de trabajo necesario y de tiempo de trabajo excedente. Esto permite considerar el trabajo complejo como trabajo simple multiplicado, así como permite identificar valor y precio. Tanto los salarios como los precios se desvían de los valores en tiempo de trabajo. Decir que la ley del valor capitalista se aplica a la economía planificada sólo podía significar que aquí, también, se refiere a los agregados sociales de trabajo necesario y trabajo excedente abstractos, que ahora, sin embargo, no son cantidades desconocidas sino datos obtenidos mediante un inventario social en términos de unidades de tiempo de trabajo, o expresados en términos de dinero representantes de esas unidades. Esto no revelará la contribución concreta de los individuos, o categorías de individuos, a la masa total de los productos que llevan incorporada la cantidad total de tiempo de trabajo empleado en su producción. No obstante, revelará, mediante las variaciones entre los agregados sociales de tiempo de trabajo necesario y tiempo de trabajo excedente, si la explotación de la fuerza de trabajo está aumentando o decreciendo. Este aumento o disminución de la explotación será un fenómeno observable en la economía controlada por el Estado, aunque no lo es en la economía competitiva de empresa privada. Esta última lo descubre solamente a través de los movimientos del mercado de la prosperidad a la depresión, pero la primera puede -en teoría- reacomodar mediante decisiones políticas los agregados sociales, para intensificar o reducir el proceso de explotación.

Según Marx, *el tiempo de trabajo social en general* determina el valor. El valor de las mercancías no se refiere a la cantidad específica de trabajo contenida en ellas sino a aquella porción relativa del tiempo de trabajo social general que ellas representan. Se sigue de ahí que no es posible separar la economía en una esfera determinada por el valor y otra esfera no determinada por éste. O el total de la economía está regulada por la ley del valor o no lo está. No es posible decir con Stalin, por

ejemplo, que la ley del valor regula la esfera del consumo pero no la esfera de la producción; pues o regula el total de la economía o no regula nada de ella.

El valor abstracto de la fuerza de trabajo no explica los salarios reales y sus diferencias. Marx no demostró interés por la determinación de la oferta y la demanda reales de uno u otro salario. Las diferencias de salarios que se encuentran en la realidad se refieren simplemente a diferentes costos de reproducción de diferentes tipos de trabajo. Pero estas diferencias desaparecen en la ecuación del trabajo complejo como trabajo simple multiplicado usada para analizar los totales sociales del valor y la plusvalía y su cambiante relación en el curso de la acumulación de capital. El concepto abstracto del valor es inútil para determinar los salarios individuales y tratar a estos últimos como entidades reales es aceptarlos simplemente como datos dados históricamente.

En el capitalismo de Estado la ley del valor podría tener validez solamente con respecto a los agregados sociales del capital constante, capital variable, y la plusvalía obtenida en la producción, y sus cambiantes relaciones en el curso de la formación de capital. Bajo condiciones de acumulación competitiva de capital privado, la expansión física del capital sólo puede proseguir como la acumulación de valor de cambio. En el capitalismo de Estado, en el que todos los medios de producción están centralizados, esto no tiene que ser así. Tal sociedad puede elegir entre medir su creciente riqueza en la forma abstracta de valores de capital sumados, u organizar su producción y distribución social en términos reales y físicos, sin considerar las relaciones de valor.

Marx no previó el surgimiento de los sistemas de capitalismo de Estado tal como al presente son reconocidos como realizaciones del "socialismo marxista". Para él, el socialismo era, ante todo, el fin de la producción de valor y por lo tanto también el fin de las relaciones de producción capitalistas.

> *En el seno de una sociedad colectivista, basada en la propiedad común de los medios de producción -escribió Marx-, los productores no cambian sus productos; el trabajo invertido en los productos no se presenta aquí, tampoco, como valor de estos productos, como una cualidad material, poseída por ellos, pues aquí, por oposición a lo que sucede en la sociedad capitalista, los trabajos individuales no forman ya parte integrante del trabajo común mediante un rodeo, sino directamente*.[27]

Según Marx, ningún cambio social real era posible -por lo que se refiere a las condiciones de la clase trabajadora- a menos que implicara un cambio en las relaciones de producción.

> *La distribución de los medios de consumo es, en todo momento, un corolario de la distribución de las propias condiciones de producción.* [...] *El modo capitalista de producción descansa en el hecho de que las condiciones materiales de producción les son adjudicadas a los que no trabajan bajo la forma de propiedad del capital y propiedad del suelo, mientras la masa sólo es propietaria de la condición personal de producción, la fuerza de trabajo. Distribuidos de este modo los elementos de producción, la actual distribución de los medios de consumo es una consecuencia natural. Si las condiciones materiales de producción fuesen propiedad colectiva de los propios obreros, esto determinaría, por sí sólo, una distribución de los medios de consumo distinta de la actual*.[28]

Según Marx, por lo tanto, el modo de distribución depende del modo de producción. En una sociedad en la que los trabajadores no tienen control sobre los medios de producción sino que venden su fuerza de trabajo a otros que sí tienen este control, el sistema de distribución será tan antagónico como lo son las relaciones en el proceso de producción entre los productores y quienes se apropian del plustrabajo. El sistema de capitalismo de Estado ni es capitalista en el sentido tradicional ni representa el socialismo proyectado por Marx. Desde el punto de vista del capitalismo privado, puede ser descrito como un *socialismo de Estado* simplemente porque centraliza el capital en manos del Estado; pero desde el punto de vista del socialismo de la clase trabajadora, puede ser descrito como un *capitalismo de Estado,* puesto que conserva la división capitalista de las condiciones de producción entre trabajadores y no trabajadores. Ambos términos pueden intercambiarse puesto que denotan condiciones idénticas.

Para Marx, la ley del valor regula el capitalismo de mercado pero no otras formas de producción social. Hablar de una ley del valor como "regulador" de la economía en ausencia de relaciones de mercado específicamente capitalistas sólo puede significar que los *términos* "valor" y "plusvalía" son conservados a pesar de que no expresan más que la relación entre trabajo y trabajo excedente. En el capitalismo, la fuerza de trabajo es una mercancía como cualquier otra, y como todas las mercancías están interrelacionadas únicamente por medio del proceso de cambio, deben ser realizadas como valor de cambio antes de que puedan convertirse en artículos de utilidad. En la economía de Estado centralizado, sin embargo, el capital y el trabajo pueden ser distribuidos aparte de las relaciones de mercado y de consideraciones de valor por una consideración directa de la utilidad social tal como ésta es entendida por las autoridades controladoras. Si parte de esto se hace y parte no se hace, es porque el sistema de capitalismo de Estado se niega a reconocerse tal como es, es decir, un sistema de explotación basado en el control directo de una minoría dirigente sobre una mayoría dirigida.

---

[27] K. Marx, *Crítica del Programa de Gotha. Obras escogidas,* ed. cit., t. II, p. 15.

[28] Ibid., p. 18.

Lo que distingue a la explotación capitalista de todas las formas anteriores de explotación es la extracción de trabajo excedente con una ausencia de violencia directa. Privados de los medios de producción, los trabajadores no tienen posibilidad de elegir, sino que tienen que vender su fuerza de trabajo a los capitalistas a los precios que prevalezcan en el mercado. La producción social se conduce mediante la compra y la venta. De esta manera, el proceso de la vida social aparece como dependiente de las relaciones de mercado. A menos que cambie el total de la sociedad, esto, naturalmente, es cierto. Dentro del marco de esta sociedad, los obreros aceptarán las condiciones de desigualdad tal como están determinadas por las relaciones de mercado, y no reconocerán necesariamente el hecho de su explotación. Intentarán utilizar las relaciones de mercado para sus propios fines, en la competencia por trabajos lucrativos y en la lucha por obtener salarios más altos. Es el mercado y -dentro de límites definidos- la utilización competitiva del mercado, lo que asegura una extracción más sutil de trabajo excedente que la violencia física directa. Por supuesto, la forma más sutil es también la más avanzada, incluso para los trabajadores; puesto que generalmente el trabajo asalariado es preferible al trabajo forzado. Ni deseoso ni capaz de terminar con el sistema de explotación del trabajo, el sistema de capitalismo de Estado también prefiere el trabajo asalariado al trabajo forzado y por esta razón adopta el mecanismo de la economía de mercado siempre que ello es posible.

Es la *apariencia* de las relaciones de mercado capitalistas dentro de la economía controlada por el Estado lo que sugiere la continua validez de la ley del valor bajo las condiciones actualmente modificadas de producción de capital. En realidad, no obstante, la ley del valor no puede ser "operativa" porque las relaciones de mercado son artificiales, no reales. Las autoridades planificadoras simplemente *orientan sus planes sobre el modelo de la economía de mercado capitalista,* porque no pueden organizar la producción y la distribución de acuerdo a los principios socialistas, y porque no se atreven a tratar las realidades de la explotación y la acumulación de capital en forma abierta tal como la que caracterizó al primer periodo del régimen de socialismo de Estado en la URSS. Durante aquel periodo -luego calificado, para desacreditarlo, como un periodo de comunismo de guerra forzado externamente- el total de la producción de mercancías con sus categorías de valor, precio, ganancias y salarios tuvo que ser remplazado por una economía natural centralizada administrada en términos de necesidades y posibilidades físicas con respecto a la producción y a la distribución.

Bajo las condiciones prevalecientes en las naciones capitalistas subdesarrolladas, la administración centralizada debe hacer de la expansión de la producción, y por lo tanto de la formación de capital, su preocupación primordial. Si esto va acompañado por la destrucción de las relaciones de mercado, tanto la producción como el consumo deberán ser determinados por decisiones gubernamentales con o sin el consentimiento de la población que resulta afectada. Los recursos productivos son distribuidos por decreto y ejecutados dictatorialmente. El trabajo asalariado se convierte en trabajo forzado y, para bien o para mal, las condiciones de la producción y distribución son determinadas mediante deliberaciones de los individuos que ocupan posiciones de poder social. Y así, mientras que el cambio de la economía de mercado a la economía planificada es indudablemente un avance, los métodos con los que se logra este avance son regresivos. Pero como escribió León Trotsky,

> *puede que no tengamos ningún camino hacia el socialismo excepto el de la regulación autoritaria de las fuerzas y recursos económicos del país, y el de la distribución centralizada de la fuerza de trabajo en armonía con el plan general del Estado. El Estado Obrero se considera autorizado para enviar a cada trabajador al lugar donde su trabajo es necesario. Y ningún socialista serio empezará a negar al Estado Obrero el derecho de castigar al trabajador que se niegue a ejecutar su tarea*.[29]
>
> [*Además*] *el principio del trabajo obligatorio ha remplazado tan radical y permanentemente el principio de la libre contratación como la socialización de los medios de producción ha remplazado a la propiedad capitalista*.[30]
>
> [*Nosotros*] *conservaremos, durante largo tiempo aún, el sistema de salarios. En el difícil periodo actual el sistema de salarios es para nosotros, primero y sobre todo, no un método para garantizar la existencia personal de ningún trabajador individual, sino un método para estimar qué es lo que ese trabajador individual proporciona con su trabajo a la República Obrera. Por consiguiente, los salarios, en forma de dinero y bienes, deben estar relacionados lo más estrechamente posible con la productividad del trabajo individual. Los trabajadores que hacen más por el interés general que otros obtienen el derecho a recibir una cantidad mayor del producto social que los holgazanes, los descuidados y los desorganizadores* [...] *Todas estas medidas deberán ayudar al desarrollo de la emulación en la esfera de la producción*.[31]

Pero ¿qué es una medida objetiva de la productividad del trabajo individual? Trotsky no planteó ni respondió esta cuestión. En la práctica, las diferencias en la gratificación a diferentes tipos de trabajo eran análogas a las diferencias de salarios en el capitalismo, aun cuando las tasas de salarios eran

[29] L. Trotsky, *Dictatorship vs. Democracy.* Nueva York, 1920, p. 142.

[30] Ibid., p. 137.

[31] Ibid., p. 149.

establecidas por el gobierno y no por el mercado de trabajo. Sin embargo, la completa reglamentación del trabajo demostró ser una imposibilidad y pronto fue sustituida por una combinación de relaciones de mercado y planeación gubernamental, métodos directos e indirectos de control, y medidas monetarias y físicas, todo lo cual liberó a los procesos de producción *y* distribución social de la *regulación* mediante la ley del valor sin que esto, no obstante, condujera a una economía socialista libre del valor.

Con los salarios administrados y las huelgas excluidas, con los precios establecidos para estimular el consumo de algunas mercancías y disminuir el de otras, con la tasa y la tendencia de la acumulación conscientemente determinadas, es simplemente una cuestión de conveniencia obligar al trabajo a ciertas ocupaciones o inducir a los trabajadores a elegir esos trabajos por su propia voluntad haciendo una valoración diferente de los diversos tipos de trabajo. En el último caso hay una libertad limitada de elección de empleo. Sin duda, como en el antiguo capitalismo, la elección de empleo es más la excepción que la regla. Obviamente, no incluye tales transferencias a gran escala de las tareas agrícolas a las industriales como las que impusieron la colectivización y modernización de la agricultura. Diversos obstáculos administrativos colocados en el camino de los cambios de un empleo a otro deseado individualmente desaniman la tendencia a esos cambios; para no hablar de las tasas de salarios tan bajas como para impedir directamente tanto la movilidad como la iniciativa individual. Sin embargo, como la sociedad en vías de industrialización es una economía expansiva, ofrece oportunidades para adquirir especializaciones, prepararse para nuevas profesiones, tratar de alcanzar altas posiciones y competir por mejores empleos. El clima social de competencia patrocinado deliberadamente por una estructura de ingresos jerárquica es indiferenciable del que existe en el capitalismo.

Para resumir: la sociedad de socialismo de Estado no está "regulada" por la ley del valor ni ordena sus relaciones económicas en base a la ley del valor. Pero incluso si "se apoyó en la ley del valor", como afirmaba Stalin, con objeto de asegurar cálculos racionales de costos y ganancias y un método de contabilidad social para una correcta asignación de los recursos, esto todavía no sería suficiente para justificar su designación como socialismo. De cualquier forma, la ley del valor no puede hacerse operativa ni en la sociedad capitalista ni en la socialista. En el capitalismo se manifiesta como una "ley natural" porque las relaciones *privadas* de cambio excluyen la organización *social* consciente de la producción; y en el socialismo, donde esta repartición proporcional del trabajo social se hace consciente y directamente, la ley del valor ya no determina las condiciones sociales.

Un análisis en base al valor de la producción de capital considera la necesidad general de racionalidad en el proceso de producción social en la forma específica en que esta necesidad general se expresa en el capitalismo. Aun así, el análisis en base al valor no se ocupa de las relaciones de cambio capitalistas concretas, sino de las realidades descuidadas, y verdaderamente imposibles de conocer, que están en la base de esas relaciones de cambio.

> *En el análisis de las formas económicas -escribió Marx-, de nada sirven el microscopio ni los reactivos químicos. El único medio de que disponemos, en este terreno, es la capacidad de abstracción*.[32]

El valor-tiempo de trabajo es la "expresión científica" de las relaciones económicas del capitalismo. No es una descripción empírica de esas relaciones, sino que es una abstracción de ellas; y es sólo mediante el pensamiento abstracto que la situación concreta resulta comprensible.

Esto no significa, sin embargo, que el valor-tiempo de trabajo pueda realmente convertirse en el principio organizador de un sistema de producción y distribución no capitalista, o socialista. Al criticar a los socialistas ricardianos[33] y, especialmente, a Proudhon por propugnar un sistema de cambio de productores privados basado en el valor-tiempo de trabajo, Marx señaló que los productos que son producidos como mercancías sólo pueden ser cambiados como tales, esto es, en términos de precios; no pueden ser cambiados de acuerdo a los valores de tiempo de trabajo. Acerca de la teoría de John Gray que proponía el tiempo de trabajo como la medida directa del dinero, Marx escribió que está basada en la ilusión de que

> *las mercancías podrían relacionarse directamente unas con otras como productos del trabajo social. Pero las mercancías no pueden relacionarse unas con otras, sino como son. Las mercancías son directamente productos de trabajos privados, independientes y aislados que, por su enajenación en el proceso de cambio privado, deben ser reconocidos como trabajo social general. En otros términos, con base en la producción de mercancías, el trabajo no llega a ser trabajo social, sino por la enajenación universal de los trabajos individuales. Pero, estableciendo como inmediatamente social el tiempo de trabajo contenido en las mercancías, Gray lo supone como tiempo de trabajo colectivo o como tiempo de trabajo de individuos directamente asociados. Entonces, efectivamente, una mercancía específica, como el oro y la plata, no podrían enfrentarse a las demás mercancías como encarnación del trabajo general, el valor*

[32] K. Marx, *El Capital,* ed. cit., t. I, p. xiii.

[33] T. Hodgskin, *Labour Defended Against the Claims of Capital,* 1825; W. Thompson, *An Inquiry into the Principles of the Distribution of Wealth most conducive to Human Happiness,* 1824; J. F. Bray, *Labour's Wrongs and Labour's Remedy,* 1839, J. Gray, *The Social System: A Treatise on the Principles of Exchange,* 1831.

> *de cambio no se convertiría en precio, pero tampoco el valor de uso se convertiría en valor de cambio; el producto no se convertiría en mercancía, y de esta manera quedaría suprimida la base misma de la producción burguesa*.[34]

Para decirlo en forma ligeramente distinta: si el tiempo de trabajo contenido en el producto social es el *tiempo de trabajo común de productores directamente asociados,* estos productos no adquieren el carácter de mercancías. Entonces, no necesitan ser transformados en productos de trabajo social universal (cosa que ya son), ni requieren un dinero-mercancía definido para expresar su naturaleza social en forma de precios. "Ya que el tiempo es la medida inmanente de los valores ¿por qué añadirle otra medida externa?"[35] preguntó Marx. El hecho es que ahí la medida del precio indica que los productos sociales (como mercancías) no son parte *directa* del *trabajo social común* sino que solamente pueden llegar a ser parte de él mediante las relaciones de cambio y dinero en una economía de mercado de productores *disociados.* La teoría del valor, como la teoría de la sociedad burguesa, según dijo Marx a Proudhon, no puede convertirse en la "teoría revolucionaria del porvenir".[36]

En una sociedad comunista, escribió Marx,

> *desaparecerá completamente el capital-dinero y, por tanto, el disfraz de las transacciones realizadas por medio de él. El problema se reducirá, sencillamente, a que la sociedad calcula de antemano la cantidad de trabajo, medios de producción y medios de subsistencia que puede emplear sin quebranto de ninguna de las ramas industriales que, como la construcción de ferrocarriles, por ejemplo, pasan largo tiempo, un año o más, sin suministrar medios de producción ni medios de subsistencia, ni rendir efecto útil alguno y que, sin embargo, sustraen trabajo, medios de producción y medios de subsistencia a la producción global anual*.[37]

Aunque la "economía de tiempo" y la distribución planeada del tiempo de trabajo en las diferentes esferas y ramas de la producción son todavía una necesidad económica, esto no tiene nada que ver con el *valor-tiembo de trabajo,* es decir, con el valor de cambio de la fuerza de trabajo o sus productos.

Por lo que respecta al trabajo individual, es imposible medir las contribuciones específicas al producto social total y distribuir este último en función de aquéllas tanto en el socialismo como en el capitalismo. El trabajo de diferentes individuos en ocupaciones idénticas, y el trabajo entre diversas ocupaciones, difiere cuantitativamente así como cualitativamente. Como no existe un denominador común real para diferentes tipos de trabajo, Marx vio su único posible denominador común en el tiempo de trabajo. Con respecto a tipos de trabajo específicos, las realizaciones cuantitativamente diferentes durante un tiempo dado (como en los sistemas de destajo) revelan, por supuesto, las variaciones en la productividad de los individuos. Pero tales diferencias son bastante pequeñas y no presentan un problema real ni por lo que se refiere a las diferencias de salarios, ni con respecto a los cálculos empresariales, que se ocupan de la productividad promedio de la fuerza de trabajo en términos de la nómina de salarios total.

Puesto que toma tiempo adquirir una habilidad, los costos de producción del trabajo simple y el trabajo complejo son diferentes. Pero como es posible averiguar los costos del aprendizaje, no es difícil calcularlos en las tasas de salarios reales. En efecto, las diferencias de salarios entre el trabajo simple y el complejo no son lo bastante grandes para hacer dudar del tiempo de trabajo como común denominador del valor de la fuerza de trabajo. Solamente existen grandes diferencias de ingreso en ocupaciones en las que es prácticamente imposible medir diferencias de productividad o contribuciones especiales a la riqueza social general. Las objeciones puestas al tiempo de trabajo como denominador común de valor para todos los tipos de trabajo se refieren muy pocas veces a las diferencias de salarios entre la fuerza de trabajo, sino a los tipos de trabajo y servicios realizados por las personas de la clase no trabajadora, muy frecuentemente a los pagos recibidos por actividades que no tienen nada que ver con el proceso de producción social.

La productividad de diferentes tipos de trabajo está inseparablemente conectada a la productividad del *trabajo social* total y a los cambios en el proceso de producción social. En el capitalismo, naturalmente, este problema no se enfoca desde un punto de vista social sino desde uno individual a causa del carácter de mercancía de la fuerza de trabajo y de la división del trabajo capitalista, que incluye la división entre trabajo intelectual *y* manual o, más bien (puesto que el trabajo intelectual *y* el manual no pueden realmente separarse), entre oficina y fábrica, ciencia e industria. La especialización en actividades unilaterales ha sido encontrada provechosa; pero que socialmente sea más productiva que las ocupaciones intercambiables, aún tiene que ser probado. Mientras tanto, las diferentes evaluaciones del trabajo intelectual y el manual, trabajo simple y trabajo complejo, en términos de precios establecidos por las relaciones de oferta y demanda en el mercado de trabajo, se

---

[34] K. Marx, *Contribución a la crítica de la economía política*. Ed. La Oveja Negra, Medellín, 1968, pp. 85-86.

[35] Ibid., p. 85.

[36] K. Marx, *Miseria de la filosofía,* ed. cit., p. 78

[37] K. Marx, *El Capital,* ed. cit., t. II, p. 282.

toman muy en serio; dividen a la población trabajadora en diferentes grupos de ingresos, haciendo que se oscurezca el predominio de las relaciones capital-trabajo en las relaciones sociales.

Según Marx, el trabajo individual es un componente necesario del trabajo social total porque el trabajo se ha convertido en trabajo socializado, indirectamente en el capitalismo y directamente en el socialismo. En el socialismo, los tipos de trabajo se distinguirán solamente con respecto a su utilidad, y esta utilidad no se manifestará en un valor de cambio ligado a ella. Aunque la sociedad burguesa propone el principio de la igualdad en el cambio, Marx considera que esto es un principio irrealizable en el capitalismo como en el socialismo. Como el concepto del valor clásico ha dado origen a la idea de un cambio de cantidades de tiempo de trabajo iguales, lo que aseguraba a todos los productores el producto integral de su trabajo, Marx señaló que la existencia de una población no trabajadora (niños, ancianos, enfermos, etc.), la necesidad de actividades improductivas y los requerimientos del desarrollo social en general impedían a los individuos apropiarse del producto integral de su trabajo. El producto integral del trabajo, escribió Marx, sólo puede ser un producto parcial, "aunque lo que se le quite al productor en calidad de individuo vuelva a él, directa o indirectamente, en calidad de miembro de la sociedad".[38]

Después de estas deducciones necesarias, sin embargo, el individuo puede recuperar

> *lo que ha dado a la sociedad en su cuota individual de trabajo. Así, por ejemplo, la jornada social de trabajo se compone de la suma de las horas de trabajo individual; el tiempo individual de trabajo de cada productor por separado es la parte de la jornada social de trabajo que él aporta, su participación en ella. La sociedad le entrega un bono consignando que ha rendido tal o cual cantidad de trabajo (después de descontar lo que ha trabajado para el fondo común), y con este bono saca de los depósitos sociales de medios de consumo la parte equivalente a la cantidad de trabajo que rindió. La misma cantidad de trabajo que ha dado a la sociedad bajo una forma, la recibe de ésta bajo otra forma distinta*.[39]

De esta forma, cantidades iguales de tiempo de trabajo se "cambian" por cantidades iguales de tiempo de trabajo, y

> *el derecho de los productores es* proporcional *al trabajo que han rendido; la igualdad, aquí, consiste en que se mide por* el mismo rasero: *por el trabajo*.[40]

Pero este "derecho igual" a los rendimientos del trabajo sería en realidad un derecho desigual por trabajo desigual, debido a las desiguales situaciones personales. "En el fondo es, por tanto, como todo derecho, el derecho de la desigualdad." [41]

Si el tiempo de trabajo es adoptado como medida para determinar la distribución de la parte retornable del producto social destinada al consumo, se producirá una igualdad en la remuneración, porque, en realidad "pertenece a la naturaleza de la gran industria que el tiempo de trabajo sea igual para todos".[42] No obstante, las situaciones personales, tales como el estado marital de un trabajador o el número de personas que dependan de él, convertiría esta porción igual de bienes de consumo medida por su contribución en tiempo de trabajo al producto social en una desigualdad de niveles de vida. Por otra parte, como señaló Marx, algunos destacan física o intelectualmente y contribuyen en un tiempo igual con más trabajo que otros. Pero "el trabajo, para servir de medida, tiene que determinarse en cuanto a duración o intensidad; de otro modo, deja de ser una medida".[43] Si el trabajo es medido por su *intensidad* ya no es medido por el tiempo de trabajo sino por la diversa productividad de diferentes personas en diferentes ocupaciones. En ese caso, sin embargo, las desigualdades que surjan no serán el resultado de una *medida igual,* sino el resultado de medir contribuciones individuales desiguales al producto total social. No sería medido el tiempo de trabajo, sino el producto específico del trabajo. Esto es lo que probablemente quería decir Marx al afirmar que el

> *derecho igual sigue siendo aquí, en principio, el derecho burgués, aunque ahora el principio y la práctica ya no se tiran de los pelos, mientras que en régimen de intercambio de mercancías, el intercambio de equivalentes no se da más que como término medio, y no en los casos individuales*.[44]

Si el trabajo individual es visto todavía como incorporado en su producto individual y no como un componente del trabajo social total, es visto todavía desde un punto de vista burgués, no socialista. Entonces, es esta distinción entre *duración e intensidad* del trabajo lo que sirve como una apología de las desigualdades en las naciones nominalmente socialistas.

A causa de la vaguedad de su formulación, la posición de Marx sobre este tema ha sufrido diferentes interpretaciones. Puede ser aceptada en el sentido de que, ya sea que el trabajo sirva como patrón de medida en su duración o en su intensidad, en ambos casos habrá desigualdad en las

---

[38] K. Marx, *Crítica del Programa de Gotha*, p. 15.

[39] Ibid., p. 15.

[40] Ibid., p. 16.

[41] Ibid., p. 16.

[42] K. Marx, *La miseria de la filosofía,* ed, cit., p. 121.

[43] K. Marx, *Crítica del Programa de Gotha,* ed. cit., p. 16.

[44] Ibid., p. 16.

condiciones de vida de los individuos desigualmente dotados o desigualmente situados. Para evitar estas desigualdades, el derecho al producto del trabajo tendrá que ser desigual en vez de igual, lo que tanto puede significar que la contribución del individuo al trabajo social general debe ser ignorada con el fin de asegurar una distribución equitativa de los bienes de consumo, como que la distribución no equitativa de bienes de consumo es inevitable porque el trabajo es medido todavía con respecto a su duración o a su intensidad. Esto no significa que Marx estuviera en contra de la igualdad. Pero sí significa que Marx comprendía que el principio de la igualdad basado en las contribuciones de trabajo *no era un principio socialista,* aun cuando podía ser el principio dominante en las etapas transitorias a una sociedad socialista.

Marx pensaba que la idea del derecho individual al producto del trabajo puede todavía dominar en una sociedad que acaba de salir del capitalismo y que "presenta todavía en todos sus aspectos, en el económico, en el moral y en el intelectual, el sello de la vieja sociedad de cuya entraña procede".[45] Sin embargo, para él, el igualitarismo no era una cuestión de remuneración ligada al principio abstracto de la igualdad, sino de relaciones sociales racionales que excluyeran la explotación y promovieran el libre reparto de bienes y servicios. Según su punto de vista, el desarrollo de la sociedad en el mundo poscapitalista no se manifestaría en una rígida y estrecha realización de un equilibrio cada vez mayor en el "intercambio" de acuerdo con la contribución individual al proceso de trabajo social, sino en una tendencia hacia la realización del principio "de cada cual, según su capacidad; a cada cual, según sus necesidades".[46] La socialización es en sí misma un proceso evolutivo en el que se rebasará "el estrecho horizonte burgués de los derechos privados" por medio de una creciente abundancia de bienes de consumo que hará que el cálculo económico basado en las contribuciones individuales a la producción resulte al mismo tiempo superfluo y ridículo.

[45] Ibid., p. 15.

[46] Ibid., p. 17.

Epílogo

Marx no consideró la posibilidad de una etapa intermedia entre el capitalismo de empresa privada y el socialismo. Su muy tajante diferenciación entre feudalismo, capitalismo y socialismo da un cierto "orden" y "simplicidad" a sus expectativas revolucionarias. Él reconocía, sin embargo, que su historia del surgimiento del capitalismo correspondía únicamente a Europa occidental, y se opuso a cualquier intento de convertirla en

> *una teoría general histórico-filosófica del desarrollo válida para todas las naciones, independientemente de cuáles puedan ser sus condiciones históricas*.[1]

Marx, igual que Engels, consideró la posibilidad de cursos evolutivos distintos de los de Europa occidental, y un salto de etapas en el camino hacia el socialismo para las naciones precapitalistas, a consecuencia del triunfo de las revoluciones proletarias en Occidente. Interpretaban las tendencias de capitalismo de Estado en las naciones capitalistas desarrolladas como indicaciones de la próxima revolución socialista sin prever su papel como transformadoras de los sistemas de producción precapitalistas en sistemas de producción de capitalismo de Estado.

Ahora sabemos que las revoluciones sociales en los países capitalistamente subdesarrollados no repiten, y no pueden repetir, los patrones de desarrollo del capitalismo occidental, sino que tienden a introducir estructuras de capitalismo de Estado. No son revoluciones socialistas en el sentido marxista aun cuando aprovechan la ideología marxista. La idea de que la revolución del capitalismo de Estado significa la victoria del socialismo incluso en naciones industrialmente avanzadas adquiere cierta credibilidad porque tal revolución parece llevar a su conclusión lógica la creciente determinación gubernamental de la producción y la vida social en general, y porque siguen el patrón señalado por los sistemas de capitalismo de Estado establecidos, a las que muy generalmente se considera como socialistas. En estos sistemas, sin embargo, la institución del capitalismo de Estado no tenía la función de abolir la clase proletaria sino de ayudar a su rápida formación y por lo tanto a la formación de capital. En los países industrialmente avanzados, el capitalismo de Estado sería un sistema tan irracional como aquel que lo precedió, porque las dificultades en la producción de capital pueden resolverse en éstos no mediante un aumento de la explotación sino solamente mediante su abolición.

No obstante, los países industrialmente avanzados rían mantener un sistema de diferencias de clases bajo regímenes de capitalismo de Estado del mismo modo que las naciones pobres de capital. No tendrían la "excusa" de los Estados subdesarrollados, pero podrían crear un aparato político de represión que eliminaría la necesidad de esa excusa. De tal manera habría habido una revolución, pero no una revolución socialista. Porque una revolución socialista debe significar precisamente la creación de una estructura social en la que los *propias* productores controlen su producto y su distribución. Solamente es concebible como una revolución hecha por la clase trabajadora que termine con las relaciones de clases sociales.

> *Lo que Marx* -y antes de él, en 1843, Flora Tristan- *formuló en una sola proposición, a saber, que "la emancipación de la clase trabajadora debe ser conquistada por la misma clase trabajadora", sigue siendo el postulado implícito en todo el pensamiento socialista genuino*.[2]

Era una convicción de Marx que la contradicción entre las crecientes fuerzas sociales de producción y las estrechas relaciones capitalistas de producción sería superada mediante una revolución que, acabando con la estructura de clases de la sociedad -su antagonismo básico-, abriría el camino hacia un mundo socialista. Semejante revolución social no ha tenido lugar; y tampoco ha sido resuelta la contradicción de la producción social como producción de capital. La producción es todavía y en todas partes la producción de capital, y el mundo capitalista sigue siendo un mundo de crisis.

Dentro de este contexto, el keynesianismo refleja simplemente la transición del capitalismo desde su fase de mercado libre a la de ayuda estatal y provee una ideología para aquellos que momentáneamente se benefician con esta transición. Esto no toca los problemas que interesaban a Marx. En tanto que prevalezca el modo de producción capitalista, el marxismo conservará su importancia, puesto que no se interesa en una u otra técnica de producción de capital, ni en los cambios sociales en el marco de la producción de capital, sino sólo en su abolición final.

Muy bien puede ser que el socialismo sea una ilusión y que la sociedad esté condenada a seguir siendo una sociedad de clases. Pero esta conclusión no puede derivarse simplemente del hecho de que las recientes revoluciones no han destruido las relaciones explotadoras de clase. Las revoluciones del siglo XX han sido dirigidas contra el capitalismo incapaz de extender las condiciones de su propia existencia, sin poder para aumentar el proletariado industrial y, por lo tanto, sus propios

---

[1] K. Marx, "Carta a los editores de Otetschestwennyj Sapiski". *Marx-Engels Werke,* t. xix, Berlín, 1962, p. 111.

[2] M. Rubel, "Reflections on Utopia and Revolution". *Socialist Humanism*, ed. por E. Fromm, Nueva York, 1966, p. 216.

dominios. Pero el capitalismo perturbó y destruyó formas anteriores de organización social y modos de producción subordinando la producción mundial a un mercado mundial determinado por los intereses especiales de los grandes centros de producción de capital. Las viejas clases dirigentes de las naciones saqueadas carecían del interés y el poder de oponerse a la penetración del capital extranjero. A los pueblos empobrecidos les fue dejada la tarea de rebelarse contra el doble yugo de la explotación extranjera y nativa, así como también se les dejó la miseria todavía mayor del desempleo resultante de la falta de tal explotación. Como su miseria se debía tanto a la servidumbre de clase como a la nacional, el carácter de su revolución fue, y es todavía, al mismo tiempo revolucionario y nacionalista.

Todavía no hay modo de trascender el limitado carácter nacionalista de estas revoluciones, a causa de la total ausencia de un movimiento obrero revolucionario internacional capaz de proporcionar a estas luchas nacionales un campo de operación más amplio así como objetivos más extensos que la simple capitalización por medios revolucionarios. Independientemente de lo que estas revoluciones pueden realizar en otros aspectos, no pueden llevar al socialismo como una alternativa al capitalismo moderno. No son sino una de las muchas manifestaciones de la desintegración de la economía de mercado capitalista como sistema mundial, y es sólo como tales que apoyan la necesidad general de un sistema social de producción más racional. Los problemas de las naciones atrasadas no pueden ser resueltos independientemente de aquellos que acosan a las naciones desarrolladas. La solución tanto para unos como para otros está todavía en un cambio revolucionario de las últimas, que prepararían el camino para una integración socialista de la economía mundial. Porque así como los países subdesarrollados no pueden desarrollarse sobre una base socialista en un mundo dominado por la producción de capital, tampoco pueden desarrollarse en un sentido capitalista en un mundo dominado por sistemas socialistas de producción. La clave para un desarrollo socialista de las naciones subdesarrolladas es la transformación socialista de la parte capitalista avanzada del mundo.

Pero esta clave no parece ajustarse a la situación real. Es bastante obvio que las partes del mundo industrialmente avanzadas poseen los medios para industrializar a las regiones subdesarrolladas en un tiempo bastante corto y para eliminar el hambre y la pobreza casi inmediatamente sólo con dirigir los gastos de la producción de despilfarro hacia canales productivos. Pero todavía no se vislumbran fuerzas sociales que quieran realizar esta oportunidad y traer así al mundo paz y tranquilidad. Por el contrario, los aspectos destructivos de la producción de capital adoptan cada vez un carácter más violento: internamente, mediante más y más producción de despilfarro; y externamente, llevando la destrucción a los territorios ocupados por pueblos que no quieren someterse a los requerimientos de ganancias de las potencias extranjeras, que sólo pueden significar la destrucción para ellos.

No es posible esperar que quienes se benefician del statu quo y aquellos cuya existencia y futuro dependen de su perpetuación alteren el curso de las cosas abdicando de sus posiciones de clase dominante. Ha sido por medio de la “economía mixta” que hasta ahora han logrado evitar un surgimiento de condiciones sociales que podría conducir a movimientos sociales anticapitalistas. En este sentido, el keynesianismo ha sido el “salvador” del capitalismo, aun cuando por su propia naturaleza, y por la naturaleza del capitalismo, puede ser sólo una ventaja temporal. Con o sin pleno empleo, la economía mixta es un hecho social en todas las naciones capitalistas, y en alguna de ellas ha demostrado ser capaz no sólo de evitar depresiones en gran escala sino de producir condiciones de “prosperidad” tales como nunca antes se habían experimentado, haciendo así posible para los ricos el describir al capitalismo como a una sociedad de opulencia.

Práctica e ideológicamente, la segunda guerra mundial y sus consecuencias condujeron a un eclipse casi total del socialismo de la clase obrera. Pero una continua ausencia de cualquier oposición efectiva al capitalismo presupone la habilidad del sistema para mantener las condiciones de vida actuales de la clase trabajadora. Si esto se volviera imposible, la presente cohesión social del sistema capitalista muy bien podría volver a perderse: como se perdió en anteriores crisis de larga duración. Solamente en el supuesto de que todos los problemas sociales que surjan puedan ser resueltos dentro de las instituciones existentes es posible negar a la clase trabajadora -la gran mayoría de la población en los países industrialmente avanzados- su papel en la historia, que necesariamente tiene que ser un papel de oposición y por tanto manifestarse en una resucitada o naciente conciencia revolucionaria.

El éxito temporal de las políticas keynesianas ha dado origen a la convicción de que finalmente se ha encontrado un camino para enfrentar en forma efectiva las dificultades del capitalismo y así disolver las potencialidades revolucionarias del sistema. Pero esta convicción es una ilusión basada en el velo monetario que cubre todas las actividades capitalistas. Si el velo se levanta, resulta obvio que la continua aplicación del keynesianismo implica la autodestrucción de la producción de capital. El optimismo de la “nueva economía” simplemente confunde la postergación de un problema con su desaparición.

Si la conciencia revolucionaria depende de la miseria, puede caber poca duda de que el sufrimiento que aguarda a la población del mundo irá mucho más allá de todo lo experimentado hasta ahora, y que eventualmente alcanzará incluso a la minoría privilegiada de trabajadores en los países

industrialmente avanzados que todavía se consideran inmunes a las consecuencias de sus propias actividades. A medida que aumenta el nivel general de opresión, la situación especial de "opulencia" se disolverá, porque las bendiciones de la acrecentada productividad se disiparán en la mortal competencia por los decrecientes beneficios de la producción mundial. Incluso anteriormente, la guerra y sus consecuencias trajeron consigo un grado de miseria social desconocido durante los más tenebrosos días de la revolución industrial y que excedía de todo lo que el mismo Marx pudo relatar a propósito de las miserables condiciones de la población trabajadora. Sólo excluyendo los costos humanos de la guerra y la depresión ha sido posible afirmar que el desarrollo capitalista no implica el crecimiento de "la suma de miseria, opresión, esclavitud, degradación y explotación"; y sólo restringiendo el argumento al estrecho campo de las estadísticas de salarios en unos cuantos países se ha podido decir que Marx estaba equivocado al predecir una miseria creciente durante el curso de la acumulación de capital. Pero, sin duda, esta predicción se deriva de su *Ley general de la acumulación capitalista y su Tendencia histórica y* no simplemente del carácter de mercancía de la fuerza de trabajo y su variable fortuna en el mercado de trabajo. Abarca todos los aspectos del desarrollo capitalista por medio de la competencia, las crisis y las guerras. No es razonable mantener que las condiciones de prosperidad en unos cuantos países inmediatamente después de la segunda guerra mundial, y la consiguiente mejoría ulterior de los niveles de vida de sus poblaciones, es suficiente compensación por las condiciones de crisis casi permanentes en la mayor parte del mundo y por el casi incomprensible sufrimiento, explotación y degradación de cientos de millones de personas durante y después de la guerra.

Los altos niveles de vida alcanzados por grandes capas de la clase trabajadora en países industrialmente avanzados pueden en sí mismos resultar perjudiciales para la expansión de capital. Porque el mantenimiento de semejantes niveles en condiciones de decreciente rentabilidad requiere una continua extensión de la producción no lucrativa. Esto a su vez implica una necesidad cada vez mayor de elevar la productividad del trabajo, que, bajo las presentes condiciones, significa el constante aumento del desempleo. La propia ayuda a los desempleados se convierte en un gasto creciente que, junto con todos los demás gastos de la "opulencia", tarde o temprano gravará al máximo incluso a las mayores capacidades técnicas y económicas. Esto no quiere decir que la "opulencia" engendre la revolución, sino sólo que no se requiere un empobrecimiento absoluto para producir sentimientos de oposición. Los pueblos no necesitan ser reducidos a niveles de miseria extrema para que empiecen a rebelarse; pueden hacerlo con los primeros atentados a sus niveles de vida acostumbrados, o incluso si se les llega a negar el acceso a lo que ellos consideran que son sus niveles de vida normales. Cuanto más acomodados sean, más duro les resultará soportar cualquier privación, y más tenazmente se aferrarán a su estilo de vida habitual. Es en este sentido que la pérdida parcial de la "opulencia" prevaleciente puede ser bastante para destruir el consenso actual.

Marx dijo una vez que "el proletariado, o es revolucionario o no es nada". Actualmente no es nada, y muy bien pudiera suceder que siguiera siendo nada. Pero no es seguro. Obviamente, las ideas subversivas florecen sólo bajo condiciones de insatisfacción que no existen en la prosperidad -por más falso que sea- de la sociedad de nuestros días. Aunque los miserables en las economías mixtas son una gran minoría, son aún una minoría, y su oposición permanece inarticulada. No pueden convertirse en una fuerza social lo bastante fuerte para oponerse a los intereses materiales representados por la ideología dominante. Las esporádicas rebeliones desesperadas son fácilmente manejadas por las autoridades que representan a la mayoría satisfecha, que incluye todavía a la masa del proletariado. El sustrato de los miserables puede ser diezmado por las mismas condiciones de vida que se les proporcionan. Pero según su número crece -y está creciendo- la frecuencia de sus actos de rebeldía también aumentará, como también aumentará la comprensión, por parte de muchos de los satisfechos, de que quizá ellos, también, se verán pronto arrojados al montón de desechos del capitalismo. A juzgar por el pasado, el crecimiento de la miseria social da fuerza a la miseria y esta fuerza conduce a acciones conscientes encaminadas a acabar con la miseria. Por supuesto, los patrones del pasado pueden no repetirse en el futuro; puede que ya haya pasado la era de las revoluciones. Pero si no podemos juzgar por las experiencias pasadas, no podemos juzgar en absoluto. En ese caso, todo es posible: incluso una revolución de la clase trabajadora.

Esta posible revolución presupone la continuación de la existencia del proletariado, el que, sin embargo, está supuestamente llegando ya al fin no sólo de su no existente conciencia de clase sino también de sus funciones sociales. A menudo se hace una distinción entre la "clase trabajadora clásica", esto es, el proletariado industrial en el sentido marxista, y la moderna población trabajadora, de la que sólo la menor parte está ocupada en la producción. Pero esta distinción es artificial, porque lo que diferencia al proletariado de la burguesía no es un conjunto particular de ocupaciones, sino la falta de control de los primeros sobre su existencia que resulta de su falta de control sobre los medios de producción. Aun si actualmente hay más trabajadores ocupados en industrias no productivas, llamadas de servicios, su posición social con respecto a los capitalistas sigue inalterada. A causa de la concentración de capital y la eliminación de las clases medias propietarias hay ahora más proletarios que antes. Por supuesto es verdad que una buena porción de esa gente recibe ingresos que les proporcionan niveles de vida burgueses o pequeñoburgueses. Pero

la gran mayoría, por lo que se refiere a los niveles de vida, caen en la categoría de trabajadores asalariados, sin importar cuán improductivo pueda ser su trabajo.

Cuando Marx declaró que la "misión histórica" de la clase trabajadora era acabar con el sistema capitalista, se refería, como puede deducirse de su teoría de la acumulación, a la expropiación de los pocos por los muchos. Él veía correctamente que la expansión de capital es también la polarización de la sociedad en una pequeña minoría de capitalistas y una gran mayoría de trabajadores desposeídos forzados a vender su fuerza de trabajo para poder existir. El proletariado industrial de hace cien años se ha convertido en una masa amorfa de ocupaciones y profesiones que reciben salarios, todas las cuales dependen de las vicisitudes de los acontecimientos del mercado y de la variable fortuna del proceso de acumulación. Independientemente de cómo se vean ellos a sí mismos, no pertenecen a la clase dirigente, sino a la dirigida.

El capitalismo es básicamente una sociedad de dos clases, sin tomar en cuenta las diversas diferencias de status dentro de cada clase por separado. La clase dirigente es la que toma las decisiones; la otra clase, independientemente de sus diferencias internas, está a merced de esas decisiones, que son tomadas en función de las necesidades especiales del capital y determinan las condiciones generales de la sociedad. La clase dirigente no puede actuar de otro modo que como lo hace: estúpida o inteligentemente, hará todo lo que pueda para perpetuarse como clase dirigente. Aquellos que están fuera del proceso de toma de decisiones pueden estar en desacuerdo con las decisiones tomadas, puesto que quizá no concuerdan con sus propios intereses, o por una convicción de que las cosas deben hacerse de otra manera. Pero para cambiar estas decisiones es imprescindible que tengan poder ellos mismos.

Cualquier cosa que decidan los que toman las decisiones tiene que ser realizada en la esfera de la producción porque el modo de distribución depende del de producción. Sin control sobre el proceso de producción, no pueden tomarse decisiones, ninguna clase puede dirigir. El control de la producción se ejerce mediante el control de los medios de producción, por ideología o por la fuerza. Pero la propiedad, la ideología o la fuerza solas no pueden producir nada. Todo el edificio social descansa sobre el trabajo productivo. Los trabajadores productivos tienen por lo tanto más poder latente a su disposición que ningún otro grupo social, o que todos los demás grupos sociales combinados. Para convertir este poder latente en poder real solamente se requiere que los productores reconozcan las realidades sociales y que apliquen este conocimiento a sus propios fines.

Negar este hecho es la principal tarea de la ideología burguesa, como lo evidencian sus teorías económicas y el desprecio general por el trabajo productivo. Sin embargo, a pesar de la prevaleciente noción de la decreciente importancia del proletariado industrial, se le dedica ahora más atención que nunca antes, porque su poder potencial para controlar la sociedad jamás fue tan grande como lo es ahora. La "socialización" de la producción técnica-organizativa, esto es, la interdependencia de toda la población en un ininterrumpido flujo de producción, proporciona a la clase trabajadora un poder casi absoluto sobre la vida y la muerte de la sociedad simplemente dejando de trabajar. Si bien puede que ésta no sea su intención, puesto que son miembros de la misma sociedad, pueden sin embargo sacudir a la sociedad hasta sus cimientos si se propusieran alterar su estructura. Por esta razón es que los sindicatos han sido adaptados al *establishment* capitalista -con el fin de controlar las disputas industriales-, que los gobiernos, incluyendo gobiernos obreros, dictan leyes antihuelgas, y que aquellos más conscientes del poder latente de la actividad industrial, los regímenes totalitarios, condenan la huelga como ilegal.

Como el proletariado industrial tiene el poder para cambiar la sociedad si se lo propone, es ahora, como antes, la clase de cuyas acciones depende la transformación real de la sociedad. Si este poder no existiera, si su aplicación no fuera una posibilidad real, no habría esperanza de superar las fuerzas materiales de represión existentes. Sin duda, todas las luchas sociales son también luchas ideológicas; pero para triunfar en la lucha por una nueva sociedad se requiere una palanca material con la que se puedan trastocar las defensas del statu quo. No es completamente inconcebible que la creciente irracionalidad del capitalismo conduzca a una reacción masiva de la población en general, independientemente de afiliaciones de clase, y a una creciente convicción de que ya no hay ninguna necesidad, ni tienen sentido, las relaciones explotadoras de clase, puesto que la sociedad podría ser reorganizada para beneficiar a toda la población. Sin embargo, tal sociedad tendría que ser conquistada con todas las armas disponibles tanto en la esfera ideológica como en el campo de las relaciones de poder reales.

Con la historia del comportamiento de la clase trabajadora ante nosotros, el hecho de que los trabajadores sean indispensables para la realización del socialismo hace que el socialismo parezca más lejano que nunca. Pero es más que dudoso que la clase trabajadora pueda soportar indefinidamente todo lo que el sistema capitalista le tiene reservado. Sólo tenemos que pensar en lo que según todas las probabilidades ocurrirá sin una revolución socialista para aceptar la posibilidad de un comportamiento diferente por parte de la población trabajadora. Lo que podría ocurrir ya está ocurriendo en cierta medida, y la proyección cuantitativa del presente en el futuro indica la utopía de resolver los problemas sociales del capitalismo por medios capitalistas. La actual guerra norteameri-

cana en Asia sudoriental, por ejemplo, podría muy bien extenderse a todo el Extremo Oriente y finalmente a todo el mundo. En vista de esta perspectiva, para no hablar de las nuevas e inevitables crisis del capitalismo mundial, no queda más que una sola alternativa: *socialismo o barbarie*.

Apéndice 1
División del trabajo y conciencia de clase*

Trabajo productivo y trabajo improductivo

En estos últimos tiempos, la cuestión de la conciencia de clase ha sido planteada desde un nuevo ángulo, en conexión con los conceptos marxistas de trabajo productivo y de trabajo improductivo, y sometida de este modo a discusión.[1] Aunque Marx se haya expresado ampliamente a propósito de este problema[2] movido por los fisiócratas y por los economistas clásicos, no es difícil resumir su pensamiento en este tema. Para conocer lo que distingue al primero del segundo, Marx interroga únicamente el modo de producción capitalista.

> *En su espíritu limitado* -dice Marx-*, el burgués confiere un carácter absoluto a la forma capitalista de la producción, considerándola como la forma eterna de la producción. Confunde la cuestión del trabajo productivo, tal como se plantea desde el punto de vista del capital, con la cuestión de saber qué trabajo es productivo en general o lo que es el trabajo productivo en general. Y en este aspecto al manifestar que cualquier trabajo que produce algo, consigue cualquier resultado, es por ello mismo un trabajo productivo*.[3]

Según Marx, sólo es productivo el trabajo que produce capital, mientras que es improductivo el trabajo que se cambia directamente por un beneficio o por un salario.

> *El resultado del proceso de la producción capitalista* -manifiesta-, *no es, pues, ni un simple producto (valor de uso) ni una mercancía, es decir, un valor de uso que tiene un valor de cambio determinado. Su resultado, su producto, es la creación de la plusvalía para el capital y, consecuentemente, la conversión efectiva de dinero o de mercancías en capital, lo que antes del proceso de producción sólo eran por la intención como tales, por destino. El proceso de producción absorbe más trabajo del que ha pagado, y esta absorción, esta apropiación de trabajo no pagado, que culmina en el proceso de producción capitalista, constituye su objetivo inmediato. Puesto que, lo que el capital (y por lo tanto, el capitalista, en tanto que capitalista) quiere producir no es ni un valor de uso inmediato para fines de autoconsumo, ni una mercancía destinada a ser convertida primeramente en dinero y luego en valor de uso. Tiene por objetivo el enriquecimiento, la valorización del valor, su aumento, y por consiguiente el mantenimiento del antiguo valor y la reacción de la plusvalía. Y este producto específico del proceso de la producción capitalista, él lo obtiene sólo gracias al intercambio con el trabajo, que, por este motivo, es denominado productivo*.[4]

En efecto, proceso de producción y proceso de circulación forman en el sistema capitalista una totalidad y sólo una. Hay que distinguir, pues, la creación de la plusvalía de su distribución, ya que el hecho de que tanto en la esfera de la producción como en la esfera de la circulación comercial se paguen salarios y se obtengan beneficios difumina la distinción entre trabajo productivo y trabajo improductivo. La división del trabajo, tomada como producto histórico -y sometida a perpetuos cambios- del desarrollo capitalista, tiene como consecuencia que el trabajo se reparta entre las diversas ramas de la economía de mercado, y por ello, que los capitales empleados improductivamente reciban una parte de la plusvalía social global. Igual que el capital generador de la plusvalía, el capital no creador de productos reviste la forma de empresas que proporcionan un beneficio medio al capital que se ha invertido en ellas.

Esta unidad de los dos tipos de trabajo no se manifiesta solamente en el proceso de conjunto de la producción capitalista. En el seno de las empresas generadoras de la plusvalía, se asiste igualmente a una división del trabajo, en función de la cual una parte de la mano de obra crea directamente plusvalía, mientras que la otra la crea indirectamente. Según Marx,

> *el modo de producción capitalista tiene justamente como rasgo distintivo la separación de las diversas clases de trabajo -y por lo tanto, también la separación del trabajo intelectual y del trabajo manual-, o los trabajos que pertenecen a una u otra de estas categorías, y repartirlos entre diferentes personas. Sin*

---

* *Arbeitsteilung und Klassenbewusstein,* 1971. Traducido del manuscrito alemán, publicado en «Die Revolution its keine Parteisache», I, 1971, núm. 2, pp. 114-135. Incluido en la antología *Intégration capitaliste et rupture ouvrière*, Études et Documentation Internationales (EDI), París, en 1972. Edición castellana de Laia, abril de 1978.

[1] *Cf.* la serie de artículos sobre el tema «Trabajo productivo y trabajo improductivo en el sistema capitalista», en «Sozialistische Politik», Berlín, núms. 6, 7 y 8, junio y septiembre de 1970, con las contribuciones de Joachim Bischoff, Heiner Gansmann, Gudrun Kümmel, Gerhard Löhlein; Christoph Hübner, Igrid Pilch, Lothar Riehn, Elmar Altvater y Freerk Huisken.

[2] *Théories du travail productif et du travail improductif,* en *Theorien über der Mehrwert, Marx-Engels Werke,* 26/1, en adelante abreviado en *Theorien*, pp. 122-277. (Cf. K. MARX, *Histoire des doctrines économiques,* trad. J. Molitor, tomo 2, pp. 5-188.)

[3] *Theorien*, pp. 368-369. (Al no figurar este fragmento en la primera versión de la obra, no está, pues, en la versión Molitor; se encontrará una traducción del mismo en K. MARX, *Oeuvres. Economie*, ed. Rubel, II, Paris, 1968, p. 388.)

[4] *Theorien*, p. 375.

> *embargo, esto no impide en absoluto que el resultado material sea el* producto colectivo *de estas personas o que su producto colectivo se objetivice en la riqueza material, lo que, a su vez, no impide -o no cambia absolutamente nada- el hecho de que la relación de cada una de estas personas con el capital sea el de los trabajadores asalariados, y precisamente en este sentido, el de* trabajadores productivos*. Todas estas personas son no solamente empleadas en producir* inmediatamente *riqueza material, sino que por añadidura cambian inmediatamente su trabajo por dinero, en tanto que capital, y reproducen así inmediatamente, aparte de su salario, una plusvalía para los capitalistas*.[5]

Fuera de los empleados vinculados a la producción de las mercancías y a su circulación, existe una multitud de profesiones que, sin participar ni en una ni en otra de estas esferas, producen servicios y no mercancías. Sus miembros cobran del presupuesto sea de los trabajadores o de los capitalistas, sea de unos y otros. Desde el punto de vista del capital, y por útil o necesario que pueda ser su trabajo, es un trabajo improductivo: tanto si sus servicios son comprados como mercancías o remunerados con dinero provinente de los impuestos, todo lo que cobran está tomado de la renta de los capitalistas o del salario de los trabajadores.

Aquí aparece también una dificultad. En efecto, entre estas profesiones, se hallan muchos (enseñantes, médicos, investigadores científicos, actores, artistas y otros) cuyos miembros, aun produciendo únicamente servicios, no dejan de encontrarse en situación de empleados y reportan un beneficio al empresario que les encarga su tarea. Por tal motivo, el empresario considera como productivo este trabajo que ha pagado y que le ha permitido obtener un beneficio, valorizar su capital. No obstante, para la sociedad este trabajo se mantiene como un trabajo improductivo, dado que el capital así valorizado representa una determinada parte del valor y de la plusvalía creados en la producción. Igualmente ocurre con los empleados en tareas referentes al capital comercial y al capital bancario: también en este caso, se produce un excedente de trabajo y de capital valorizado, aunque los salarios y los beneficios de estas ramas sean deducidos necesariamente del valor y de la plusvalía creados en la producción.

Además, existen hoy en día aún algunos artistas y algunos campesinos independientes que no emplean obreros y, por lo tanto, que no producen nada en cuanto capitalistas.

> *Se presentan únicamente como vendedores de mercancías, no como vendedores de trabajo; por consiguiente este trabajo no tiene nada que ver con el intercambio del capital y del trabajo, ni con la distinción entre el trabajo productivo y el trabajo improductivo, la cual se apoya en el hecho de que el trabajo se ha cambiado por el dinero, sea en cuanto dinero, sea en cuanto capital. Aun siendo productores de mercancías, no pertenecen, pues, ni a la categoría de los trabajadores productivos, ni a la categoría de los trabajadores improductivos. Pero, su producción no está subordinada al modo de producción capitalista*.[6]

La conciencia de clase en su relación con el trabajo productivo y con el trabajo improductivo

La existencia de una tasa de beneficio medio, que la competencia establece en función de la oferta y de la demanda, hace que le importe poco al capitalista que su capital sea invertido en la producción, en el comercio o en las dos esferas a la vez. El problema del trabajo productivo y del trabajo improductivo no se plantea para él. Tampoco los trabajadores se preguntan si son empleados de manera productiva o improductiva. En un caso como en el otro, en efecto, su existencia depende siempre de la venta de su fuerza de trabajo. Como consecuencia de la división capitalista, cada gran categoría profesional recibe un salario distinto. Los trabajadores entablan entre ellos una competencia, en primer lugar para encontrar trabajo, luego para obtener los empleos mejor retribuidos y menos duros. Todo ocurre como si el capital dejara que la competencia entre los propios trabajadores fijara las condiciones idóneas para la reproducción de la fuerza de trabajo.

La acumulación del capital se aprovecha de la competencia entre los capitales, por una parte, entre los trabajadores, por otra parte, y de la permanente confrontación patronos-obreros a propósito del nivel de salarios y, por consiguiente, de beneficios. Estos factores se sobreponen y se influyen recíprocamente. Sus intereses económicos respectivos toman para capitalistas y trabajadores el aspecto de intereses de clase. Los primeros no hacen frente separadamente a los trabajadores en su conjunto, ni estos últimos al capital en su conjunto. El Estado y la ideología capitalistas sirven para garantizar el interés colectivo de los capitalistas en el mantenimiento de las relaciones de producción existentes. En cuanto al interés colectivo de los trabajadores, debe, para prevalecer, predominar sobre la competencia que se establecen entre ellos mismos y no puede llegar más allá de los límites que la dependencia del trabajo con respecto al capital le asigna. Todo esto se aplica tanto al trabajo productivo como al trabajo improductivo.

---

[5] *Theorien*, p. 387.

[6] *Theorien, p.* 382. (Cf. también K. MARX, *Oeuvres*, II, op. cit., p. 401.)

Cuando Marx habla del desarrollo de la conciencia de clase proletaria, lo hace sobre la base no ya de la distinción entre los dos tipos de trabajo, sino de los cambios que sobrevienen en las relaciones de clase al mismo tiempo que se mantiene la acumulación del capital y que, por este hecho aumenta la división de la sociedad en dos grandes clases, mientras que la masa de la población se proletariza progresivamente. Por todo ello, puede leerse en *El Capital*:

> *A medida que disminuye el número de los potentados del capital que usurpan y monopolizan todas las ventajas de este período de evolución social, aumentan la miseria, la opresión, la esclavitud, la degradación, la explotación, pero también la resistencia de la clase obrera creciente sin cesar y cada vez más disciplinada, unida y organizada por el mismo mecanismo de la producción capitalista. El monopolio del capital se convierte en una traba para el modo de producción que ha crecido y prosperado con él y bajo sus auspicios. La socialización del trabajo y la centralización de sus resortes materiales llegan hasta el punto que no pueden aguantar más en el entorno capitalista. Este entorno se rompe en pedazos. Ha sonado la hora de la propiedad capitalista. Los expropiadores son a su vez expropiados.*[7]

Así, todo llevaba a creer que los trabajadores "educados, unidos y organizados por el proceso de la producción capitalista" tomarían conciencia tanto de su explotación y de su situación de clase como de la posibilidad de abolir las relaciones de producción capitalistas que se les ofrecían. La actividad colectiva de millares de trabajadores en el seno de la fábrica y la obligación en que se hallaban constantemente de defenderse del capitalismo y de sus subalternos, no podían dejar de marcar su conciencia. No había más que un paso de aquí a la organización de los obreros en partidos y en sindicatos así como a la aparición de una conciencia de clase. Aun cuando esta última no fue propia solamente de los trabajadores comprometidos en la producción, estaba llamada a manifestarse más enérgicamente entre ellos, dado que era en la fábrica donde la explotación capitalista se dejaba sentir más claramente y donde la lucha contra ella reviste los aspectos más prometedores. De hecho, la lucha del Capital y del Trabajo se desarrolló durante mucho tiempo exclusivamente en la esfera de la producción.

No habría que concluir, sin embargo, que el carácter productivo del trabajo y sólo él se encuentra en el origen de este tipo de conciencia de clase, mientras que el trabajo improductivo hace más difícil, por no decir prohibitiva, su formación. En la esfera de la comercialización, igual que en la esfera de la producción, el proceso de concentración capitalista tiene como efecto reunir a grandes masas de trabajadores, abriéndoles desde aquel momento las posibilidades de acción que no distan en nada de las propias de los trabajadores productivos. Así resulta que se ha visto cómo se organizaban y se lanzaban en los movimientos huelguistas exactamente igual unos y otros trabajadores. Y la conciencia de clase, cuando se manifiesta a través de las luchas económicas, caracteriza, pues, idénticamente a las dos categorías de trabajadores.

La conciencia de clase surge en función de la situación de clase de los trabajadores, y no del puesto concreto que les toca en el cuadro de la división capitalista del trabajo, aun cuando semejante conciencia ha aparecido de hecho antes en los trabajadores productivos que en los otros. Para saber si los trabajadores improductivos pueden formarse una conciencia en una medida comparable con los trabajadores productivos, hay que definir ante todo con exactitud tal conciencia. Si tener una conciencia de clase consiste en discernir las relaciones de producción capitalistas y en defender sus intereses contra el capital, hay que admitir necesariamente que esta conciencia existe tanto en un caso como en el otro. Los trabajadores de las dos categorías se consideran como una clase opuesta a los capitalistas -incluso cuando no se lo plantean recurriendo a la noción de clase- y pretenden salvaguardar sus intereses frente al capital. Hasta el presente, ni unos ni otros se han preguntado cómo deberían actuar para ampliar aún la relación capital-trabajo. Su "conciencia de clase" se sitúa en el terreno del capitalismo, y resulta inútil profundizar en la idea que se hacen de su condición social, dado que están obligados objetivamente a hacer valer sus intereses económicos en función de las relaciones de clase existentes.

La conciencia de clase revolucionaria, que tiende a derrocar el sistema capitalista, es de otro tipo completamente distinta. Productivos o no, los trabajadores están muy lejos de ella. Cuando en tiempo de crisis social ciertos grupos de las masas trabajadoras de Europa se lanzaron al asalto del orden establecido, estos intentos estaban ligados a la crisis, no al carácter productivo de su trabaja; además, a cada lado de aquellos elementos figuraban otros que eran originarios, en sí mismos, de diversas categorías sociales. Por otra parte, podrá advertirse que, si más allá de las reivindicaciones inmediatas, el movimiento obrero en su inicio hizo del socialismo su objetivo final, no tardó mucho en renunciar a él. Así pues, no podría considerarse a los trabajadores productivos, por esta única cualidad, como únicos detentadores de la conciencia de clase. Ciertamente, los trabajadores productivos pueden llegar a ella en tiempos de crisis, pero ocurre igual con otras categorías de la población trabajadora.

[7] K. Marx, *Capital,* I, 3, p. 205.

Trabajo y ciencia

Sea lo que fuera, la discusión que nos ha servido de punto de partida, se relaciona no con la distinción entre trabajo productivo y trabajo improductivo, en el sentido de Marx, sino con una evolución específica, la de los últimos años, en que se ha visto, por un lado, la parte del trabajo improductivo que aumenta en detrimento del trabajo productivo, y por otro lado, cómo la ciencia se interfería con la producción en medida mucho mayor que en el pasado. Por ello, gusta de subrayar que el trabajo productivo no será ya únicamente propio de los obreros de la industria; por el contrario, englobaría también en adelante a las actividades científicas objetivadas en las condiciones materiales del trabajo. Por lo cual parecería que ha llegado el momento de volver a examinar la relación de la ciencia con los trabajadores y con la sociedad.

Se trata en primer lugar de dos fenómenos que, aunque se encuentran conectados, no dejan de ser contradictorios: el crecimiento del trabajo improductivo y la aplicación intensa de la ciencia a la producción. Si bien esta última tiene como efecto aumentar la plusvalía, la primera en cambio tiene como efecto reducir la plusvalía y, consecuentemente, salir al paso de la acumulación del capital. Al propio tiempo, que se amplía la producción, la parte del trabajo improductivo aumenta más deprisa que la del trabajo productivo, cosa que hace tanto más difícil la valorización del capital total. Para que el ritmo de la acumulación se mantenga, mientras que la parte de trabajo improductivo sigue progresando, hay que buscar la manera de elevar la productividad del trabajo, y por lo tanto, hace falta una aplicación más intensa que nunca a la ciencia de la producción.

Por este hecho, una determinada cantidad de científicos se ven indudablemente transformados en trabajadores productivos, pero también un número mucho mayor de trabajadores quedan reducidos al paro, puesta que si se aplican las nuevas técnicas científicas, es para economizar fuerza de trabajo, obteniendo con ello una producción mayor. Pero, las realidades subyacentes a la producción social contrapesan estos esfuerzos de todos los capitales particulares, que deben orientarse en el mercado, en razón del cambio que, en el marco de este proceso sufre la relación entre valor total del capital y plusvalía social global. En efecto, puesto que la suma del tiempo de trabajo social, y, por lo tanto, a fin de cuentas, la del tiempo de trabajo social no pagado, la valorización del capital por sí mismo sólo puede decrecer. De ahí, la obligación en que se hallan todos los capitales particulares de aumentar de nuevo su productividad y, por ello, de agravar aún más esta contradicción inherente al proceso de acumulación capitalista.

La parte que repercute en las aplicaciones de la ciencia en el progreso de la productividad no se distingue en absoluto del aumento general de la productividad del trabajo en el marco de la acumulación del capital. Igualmente, estas aplicaciones chocan con los límites asignados al resurgir de la productividad en general, a saber, los límites asignados a la valorización del capital. La acumulación determina el recurso a las técnicas científicas: se deja de utilizarlas desde el momento en que ya no producen más beneficios. En efecto, se advierte que ya no son rentables más que por el repliegue del mercado, lo que toma la forma no ya de ruptura de proporción entre valor y plusvalía, sino la de una falta de demanda, que quita todo sentido, desde el punto de vista capitalista, a un nuevo aumento de la producción. Estos límites de la producción -también los de la técnica en cuanto que contribuye a aumentar la plusvalía- pueden evidentemente servir luego de punto de partida para una fase de expansión, dado que las transformaciones estructurales de la economía global renuevan la plusvalía de acuerdo con las exigencias de la valorización del capital.

En este último caso, el índice de acumulación da un salto hacia adelante y, por lo mismo, el número de trabajadores efectivamente empleados, aunque las inversiones en el capital constante aumentan más rápidamente que las inversiones en el capital variable. Si este resurgir sólo tiene lugar en una débil medida, el índice de acumulación queda estancado o baja y el paro gana terreno. Apenas se ha podido constatar este fenómeno desde el final de la última guerra mundial, puesto que el movimiento cíclico de la economía ha sido en parte desviado de su curso por el camino de intervenciones políticas que se consideraban exteriores. La expansión de la producción improductiva inducida por el Estado y financiada por él, por medio del déficit presupuestario, es decir, de in-yecciones masivas de crédito a la economía, ha mantenido el empleo a un nivel que, lejos de corresponder al índice de acumulación indispensable, está vinculado con el aumento constante de la deuda pública, de la presión fiscal y de la inflación. Por lo mismo, la parte de trabajo improductivo referido al trabajo social global, aumenta regularmente.

La acumulación del capital y la ampliación de los mercados tienen como consecuencia el aumento de los gastos de circulación comercial. La producción aumenta rápidamente bajo el efecto de una productividad mayor del trabajo, y el trabajo improductivo gastado en la esfera de la circulación viene a agravar con su costo la masa de las mercancías empleadas en el mercado. Por ejemplo, la extracción petrolífera absorbe una suma de trabajo muy reducida gracias a una automación progresiva, pero la distribución de los productos petrolíferos pone en movimiento a una cantidad de trabajadores que no deja de aumentar. Aunque el principio de la economía de mano de obra sea soberano tanto en la esfera de la circulación de los productos como en la esfera de la producción, ésta se presta infinitamente mejor a su realización. En general, la productividad creciente del trabajo

tiene como efecto modificar la relación existente entre trabajo productivo y trabajo improductivo en beneficio de este último, por más que en los países industriales avanzados los trabajadores productivos constituyan en adelante una minoría.

Además, puede observarse una transformación análoga de la relación existente en el seno de la producción entre el número de los obreros industriales y el número de trabajadores con una formación científica. Así, en los Estados Unidos, el número de técnicos y de investigadores ha pasado, en relación con el conjunto de la mano de obra activa, de 1,50 en 1940 a cerca del 5% en 1970, mientras que el total de obreros industriales permanecía igual y se doblaba la producción. A este recurso intensivo a la ciencia y a la técnica se atribuye la productividad creciente del trabajo. De ahí, el concepto de "capital humano" que se ha considerado como un factor de producción de una importancia particular y siempre creciente, juntamente con el capital y con el trabajo.

Se considera rentable invertir en la ciencia o en la técnica, en cuanto medios de producción adicionales, cuya implantación tiene como efecto aumentar las economías de mano de obra y la rentabilidad del capital. Aunque el hecho sea indiscutible, no hay que olvidar que en el sistema capitalista todo lo que hace referencia a las cuestiones de rentabilidad es únicamente cuestión de crear plusvalía, la cual debe medirse en relación con el capital total. Si la economía de la mano de obra, debida a una productividad mayor gracias a las aplicaciones de la ciencia, permite una reducción proporcionalmente más elevada aún. del trabajo humano en general, las economías de capital realizadas de este modo no cambian nada respecto a la tendencia de la tasa de beneficios a descender, que marcha a la par con la acumulación, y para que esta tendencia se mantenga en estado latente; es necesario que la tasa de acumulación siga aumentando cada vez más deprisa. Porque, a pesar de estas economías, la valoración del capital se mantiene como un imperativo categórico: hoy como ayer, la producción debe permitir convertir un capital cualquiera en un capital mayor.

La abundancia capitalista

Así, al mismo tiempo que se concedía a la ciencia una importancia cada vez mayor, el trabajo productivo seguía una curva descendente. Todo esto sin dejar de alimentar nuevas esperanzas. Se acepta como un dato comprobado que en razón de los progresos tan espectaculares de la productividad del trabajo, la problemática del capitalismo se ha desplazado, pasando de la esfera de la producción a la esfera de la distribución. Desde entonces, se atribuyen los obstáculos con los que tropieza el sistema, no a una falta, sino por el contrario a una abundancia de plusvalía, abundancia que haría cada vez más difícil la realización de ésta en el cuadro de la economía de mercado.[8] De ahí, la obligación de utilizar improductivamente este excedente irrealizable para mantener a un nivel socialmente aceptable las capacidades de producción y de empleo. Considerado desde este aspecto, el problema del trabajo improductivo se reduce al derroche de trabajo para fines improductivos, incluso destructivos. En este sentido, el trabajo improductivo, como tal, se ve definido como un tipo de trabajo que pierde toda necesidad en el seno de una "sociedad racionalmente organizada".

Esta definición tiene el dato fundamentalmente común con el pensamiento burgués de reducir la distinción entre trabajo productivo y trabajo improductivo a unas consideraciones de orden político y ético, mientras que en lo esencial está determinada por la producción de la plusvalía. Al tener cada forma de sociedad su racionalidad propia, no puede oponerse a la sociedad capitalista más que otra forma de sociedad con una racionalidad diferente, y no una "sociedad racionalmente organizada". En el sistema capitalista -tanto si está sometido a la competencia como a los monopolios-, es racional cualquier actividad que desemboca en la creación de la plusvalía y, por ello, todo lo que tiende a salvaguardar y a reproducir las condiciones propias para la creación de la plusvalía. A aquella racionalidad se refieren, pues, todos los elementos "irracionales" del sistema: las empresas improductivas y las que producen para la destrucción; la penuria y la abundancia; el paro y el aplazamiento de las capacidades de producción; las crisis consideradas como condiciones básicas de altas coyunturas que preludian a su vez nuevas crisis; el enriquecimiento de una parte de la población a espaldas de otra parte de la población; la depauperización de regiones enteras en beneficio de las grandes potencias capitalistas; las devastaciones provocadas por las guerras y el imperialismo y que sirvan de base a nuevos impulsos de la producción; la destrucción de la plusvalía como condición previa obligada para un aumento de la plusvalía extraída a los trabajadores.

Para llegar a la discusión evocada al comienzo de este ensayo, advirtamos que Altvater y Huisken se niegan decididamente a situar el problema del trabajo productivo y del trabajo improductivo en el nivel de una pretendida contradicción entre racionalidad e irracionalidad, juzgando excusable que

[8] Cf., por ejemplo: Joseph GILMAN, *Prosperity in Crisis*, New York, 1965 y *The Falling Rate of Profit*, Londres, 1957; Paul BARAN y Paul SWEEZY, *Le Capitalisme monopoliste*, París, 1969; Herbert MARCUSE, L'Homme unidimensionnel, París, 1968.

pueda fundarse en esta contradicción una crítica de la sociedad monopolista.[9] De hecho, la contestación estudiantil sobre todo se ha fijado en estos últimos años en los aspectos "irracionales" del poder capitalista, sin preocuparse apenas de las relaciones de producción que están en su base, como si pudiera limitarse a considerar estas manifestaciones exteriores de las contradicciones internas del capitalismo de una manera puramente exterior. Altvater y Huisken tienen ciertamente razón cuando indican que

> *mientras no se haya analizado al proletariado en función de las condiciones de la producción, ni las condiciones de la aparición de la conciencia de clase en función de los movimientos objetivos de la lucha de clases, no podrán comprenderse los conflictos propios del capitalismo y, lejos de ver en ellos los efectos de la contradicción que opone el trabajo asalariado al capital, se ven los conflictos de la contradicción entre racionalidad e irracionalidad* -continúan los dos autores anteriormente citados-*, entre posibilidades técnicas y obstáculos sociales*.[10]

Como señalan Altvater y Huisken, es indudablemente lamentable (pero tampoco ha ocurrido por casualidad) que las teorías de Marcuse y las de Baran y Sweezy hayan recibido una acogida tan favorable en las filas del movimiento estudiantil. Estos autores han contribuido especialmente a agrandar más el abismo ideológico que separa el movimiento socialista del movimiento obrero. No contentos con alimentar la ilusión de que el capitalismo hubiera conseguido resolver sus problemas económicos por medios políticos, sostienen de hecho que en lo sucesivo es inconcebible que el proletariado lleve a cabo una revolución. Sin embargo, afirman, el mundo tiene necesidad de una revolución para acabar con la miseria en la que se hallan hundidas en los países subdesarrollados la mayoría de la población, y en los países desarrollados las minorías que se encuentran al margen de la prosperidad, para conjurar la amenaza de una nueva guerra que se cierne sobre la humanidad y para hacer pasar de la utopía a la realidad el proyecto de una sociedad finalmente digna del hombre, la cual existe ya en estado de virtualidad. Siempre según ellos, es imposible precisar cuáles serán exactamente los agentes de esta revolución, pero una cosa es cierta: los obreros no serán los protagonistas. Estas consideraciones, limitadas a los aspectos más superficiales de la sociedad, no merece la pena que sean refutadas, pero no puede dejar de exigirse algunas explicaciones que necesitan a su vez un examen de las relaciones de producción.

Marcuse inicia este examen a partir de los conceptos de trabajo productivo y de trabajo improductivo. Las transformaciones estructurales del capitalismo, arguye, han afectado a las clases y a su situación, hasta el punto que los obreros industriales no tienen nada que criticar a la explotación. Si aún podríamos preguntarnos

> *si los millones de empleados, que trabajan en el sector público, crean o no plusvalía, estos empleados* -son palabras de Marcuse- *intercambian su trabajo inmediato por capital, como propone el concepto marxista de explotación. Sus salarios no representan solamente unos gastos generales, dado que cumplen funciones absolutamente indispensables para la buena marcha de la producción capitalista. Y no solamente esto. La producción de mercancías no podría, en efecto, prescindir de sus servicios, de modo que tales servicios predeterminan la forma de las mercancías, e incluso su cantidad y su calidad. Puede decirse otro tanto, es evidente, de la cantidad en progresivo y rápido aumento de técnicos, de ingenieros, de investigadores científicos, de psicólogos y de sociólogos comprometidos en el proceso de producción. Todo ello tiene como efecto unas transformaciones estructurales dentro de la clase obrera. Y como sabemos ya que en adelante el número de oficinistas está llamado a aumentar en detrimento del número de obreros industriales, que la relación entre trabajadores manuales y trabajadores intelectuales va a seguir evolucionando, de forma que estos últimos constituirán cada vez más la base humana del proceso de producción, sería bueno tratar con circunspección las nociones de proletariado y de dictadura del proletariado*.[11]

Los acontecimientos de estos últimos años -los grandes movimientos de huelga que han conocido todos los países capitalistas y los síntomas de crisis que se multiplican en los Estados Unidos- no han dejado de modificar un poco las concepciones de Marcuse, su visión de una "sociedad unidimensional" capaz de resolver el problema de las clases en el propio seno de la sociedad de clases. Marcuse hablaba ayer de la "sociedad de consumo", mientras que hoy habla de la "pretendida sociedad de consumo", de las barreras inmanentes con las que choca el modo de producción capitalista, a saber: "la saturación del mercado de inversiones y de mercancías. El trabajo "improductivo" aumenta en detrimento del trabajo productivo. La inflación, que significa el descenso de los salarios reales, forma parte en lo sucesivo de la dinámica del sistema".[12] Desde entonces, se ha acabado el aburguesamiento de los obreros consecutivo a la mejora de su condición.

Si bien no deja de ser interesante ver a Marcuse que procura tener en cuenta el cambio de situación, es necesario notar, sin embargo, que se trata por el momento no de una "saturación del mercado" sino, por el contrario, de los obstáculos que sobre la base de la producción capitalista de

---

[9] *Sozialistische Politik*, nº 8, pp. 52-53.

[10] *Id.,* p. 53.

[11] *Frankfurter Rundschau*, 5 de diciembre de 1970, p. 4.

[12] Ibid.

plusvalía, oponiéndose a una "saturación" efectiva del mercado y tal vez haciéndola imposible. El descenso de los salarios reales, tomada como "dinámica del sistema", muestra que hay que buscar la causa de las dificultades asaltando al capitalismo con una falta de plusvalía a la que se esfuerza en poner remedio. La plusvalía sólo puede ser extraída en la producción; sólo puede aumentar por medio de inversiones nuevas y de un aumento de la productividad. Conviene, pues, reducir el relativo estancamiento del capital a las relaciones de producción, que se expresan bajo la forma de las relaciones capitalistas de valor, reducirla a la tasa de explotación en su relación con el capital o a la tasa de beneficios de los que depende la acumulación. Mientras que una tasa de acumulación insuficiente toma en el mercado el aspecto de una superproducción de capital, se deriva en realidad de las relaciones de producción, la cual no puede ser ampliada más que si el capital ha sido valorizado, a falta de lo cual nos encontraremos ante una crisis de superproducción.

Cuando las exigencias de la valorización del capital entran en conflicto con las de la rentabilidad, se registra un descenso de la tasa de acumulación, y por lo mismo, el consiguiente paro de cierto número de trabajadores y de unos medios de producción que solamente llegarán a la producción en que lo permita una acumulación acelerada. Si se tiene la impresión de vivir bajo el signo de la abundancia de las mercancías y de los medios de producción, se debe a que se da en realidad una falta de plusvalía, y esta penuria ejerce una influencia preponderante en el curso de la producción. El capital, repitámoslo, no produce mercancías y medios de producción sino a condición de crear con ello plusvalía y capital. Su fuerza o su debilidad provienen de su capacidad o de su incapacidad de producir la plusvalía, no de una penuria o de una abundancia de bienes útiles. Por sí sola, la baja tendencia del índice de beneficios se opone al hecho de que existe en el sistema capitalista una absoluta "saturación de mercado"; todo lo que puede acontecer es solamente una "saturación" relativa ligada a una falta de rentabilidad a la que hay que poner remedio en primer lugar en la esfera de la producción para relanzar la economía, dicho de otra manera, para permitir al "mercado de inversiones y de mercancías" conocer un nuevo auge.

Al interesarse en las conexiones internas de la sociedad capitalista, Marcuse no se queda en la superficie de las cosas. La contradicción fundamental del capital no es otra, a su modo de ver, que la contradicción "entre una prodigiosa riqueza social y el uso lamentable y destructor que se hace de la misma".[13] Ahora bien, esta "prodigiosa riqueza social" simplemente no existe, dado que sólo una minoría privilegiada puede disponer de ella y que, si debiera ser repartida entre todos los miembros de la sociedad sería menos "prodigiosa". Precisamente, el empleo de una parte de esta "riqueza" en fines de destrucción permite a los trabajadores beneficiarse de ella, en una medida sumamente restrictiva a decir verdad. Según Marcuse, las masas trabajadoras no ignoran "dónde se encuentra su interés y su interés *inmediato,* cuál es la parte que está en juego en lo que les concierne. Saben, muy bien, por ejemplo, que el día en que termine verdaderamente la guerra del Vietnam, decenas y decenas de millares de trabajadores perderán su empleo. Saben muy bien de dónde vienen sus vacas gordas".[14] Esta "certeza" la tienen, sin embargo, los obreros juntamente con todas las demás categorías de la población, y lo que esto significa es que las condiciones de trabajo están fijadas por el capital. En el marco de las relaciones de producción capitalistas, la calidad y el volumen de la producción dependen del capital y sólo del capital. Lo que impulsa a los trabajadores a producir para la guerra, es no su "interés inmediato", sino la *necesidad inmediata* de vender su fuerza de trabajo, sin poder controlar su uso, necesidad que deriva de su situación de clase. Puesto que no tienen la posibilidad de elegir, es absurdo hacerles compartir la responsabilidad de la política capitalista, aunque pueda reprocháreseles con justicia que no piensen más en la abolición del capitalismo.

Marcuse ve en el empleo de una fracción de la "prodigiosa riqueza" para fines exterminadores un derroche improductivo de trabajo productivo. Según él, casi todos los tipos de trabajo se han convertido en trabajo productivo, dado que se intercambian por capital. Esto significa olvidar que si, desde el punto de vista propio del capitalismo particular, el trabajo cambiado por capital crea ciertamente plusvalía -y por consiguiente, es productivo-, desde el punto de vista del capital en su conjunto, queda en parte improductivo, puesto que los gastos de circulación comercial deben ser deducidos de la plusvalía global, lo cual reduce proporcionalmente la tasa de beneficio medio. Y esto no cambia en nada lo referente al hecho de que los salarios obreros sirvan en parte para pagar el trabajo improductivo y, además, una parte de los obreros y de las tasas. Un análisis abstracto del valor puede seguramente dejar de lado todas estas complicaciones y considerar el producto social como igual al valor de la fuerza de trabajo -en tanto que su costo de reproducción necesario- y a la plusvalía del capital, habiendo deducido los gastos de circulación. En la realidad, estos gastos están integrados en el precio de las mercancías y por lo tanto en una parte de la carga del consumidor obrero. Se puede llegar incluso más lejos y definir al salario como lo que le queda al trabajador después de haber pagado los impuestos, colocando al mismo tiempo a la plusvalía como sujeto de imposición exclusivo, aunque en realidad sea la tasación del trabajador que disminuye el beneficio y, por ello, contribuye a acercar el salario al valor abstracto.

[13] *Frankfurter Rundschau*, *loc. cit.*

[14] *Id.*

La producción de materiales de guerra, en la cual está empleada una parte de los trabajadores en las empresas capitalista, permite a estas empresas obtener beneficios y aumentar su capital. El trabajo ejecutado sobre esta base es, pues, un trabajo productivo. Sin embargo, es el Estado quien compra el producto con el dinero provinente de los impuestos y de los empréstitos, dicho de otra manera, con el dinero deducido de los salarios y de los beneficios ligados a la producción social global. La plusvalía extraída en el sector de la producción de guerra sólo puede ser "realizada" recortando la plusvalía extraída en el otro sector. Desde el punto de vista social, el trabajo empleado en la producción de guerra se intercambia no con el capital, sino con los salarios y beneficios y, por ello, se mantiene improductivo en el sentido capitalista. Independientemente de la tasa de beneficio medio determinado por la competencia, el trabajo productivo tiene como consecuencia modificar el reparto de la plusvalía social global en favor de los productores de materiales de guerra, lo que los demás productores experimentan bajo la forma de una baja de sus beneficios que se esfuerzan en paliar por aumentos de precio.

A medida que la parte del trabajo improductivo aumenta en general, como consecuencia del alza de la productividad que conoce el trabajo productivo y, en particular bajo los efectos de la producción adicional inducida por el Estado, es decir, la fracción de la producción excedente, las exigencias habituales del Estado, la plusvalía global disminuye en relación con el capital total y se hace cada vez más difícil valorizarlo. La riqueza capitalista, que sólo puede consistir en plusvalía, sigue por lo mismo, una curva descendente; de modo que los capitalistas se esfuerzan en remontar la pendiente por todos los medios. En cuanto a saber si estos esfuerzos son o no son inútiles, es otra cuestión que el capital no acertaría a plantearse.

Sería una gran equivocación pensar con Altvater y Huisken[15], que el hecho de que el trabajador improductivo esté destinado al gasto superfluo modera la tendencia a la baja de la tasa de beneficio, aun cuando la parte de la plusvalía *susceptible* de llegar a la acumulación se encuentra reducida, a su modo de ver. Si la tasa de acumulación desciende, la tasa de beneficios debe descender a su vez, dado que sólo puede mantenerse a un nivel determinado en caso de acumulación acelerada. La valorización y la ampliación del capital van siempre juntas, y por lo tanto también la acumulación; por consiguiente, si las posibilidades de valorización o la tasa de acumulación disminuyen, el capitalismo se ve precipitado en una crisis que provoca un descenso efectivo de la tasa de beneficios. La tendencia de éste a bajar como consecuencia de las transformaciones estructurales que el capital en su conjunto ha sufrido, puede encontrarse contrarrestada por una acumulación acelerada, lo que no excluye en modo alguno un restablecimiento de esta tendencia bajo el efecto de un estancamiento relativo del capital. En este caso, por el contrario, lo que no era más que una tendencia se convertirá en una realidad, porque la crisis que sigue disminuye los beneficios y reduce a la nada una parte de ellos.

Si creemos a Altvater y a Huisken, los trabajos improductivos abren nuevos campos a la realización de la plusvalía, dado que representan un consumo en el sentido económico, el cual viene a añadirse a la capacidad de consumo de las masas.

> *Tienen, pues, como efecto ampliar el campo en el cual el capital tiene la posibilidad de realizar la plusvalía extraída. El trabajo improductivo del soldado se ha convertido, por consiguiente, en una condición primordial del trabajo productivo del obrero de los arsenales. Este cambio de relaciones entre el trabajo productivo y el trabajo improductivo pone tal obstáculo a la aparición de una conciencia de clase en los trabajadores productivos de la industria de guerra. Calificar esta actitud de irracional -como hace Marcuse- o clasificar a estos obreros en la categoría de trabajadores improductivos -como hacen Baran y Sweezy- lleva simplemente a demostrar que no se ha comprendido nada del principio que rige las relaciones económicas de la valorización del capital y de su realización. La ampliación del aparato estatal se muestra útil al capital desde que sus posibilidades de inversiones productivas parecían restringirse y que el sistema entra al mismo tiempo en una fase de decadencia*.[16]

Si es exacto que la expansión de la producción inducida por el Estado ayuda a la burguesía a salir de una crisis aguda y a establecer por largo tiempo las condiciones de una coyuntura aparentemente favorable, es decir, lleva a ampliar los resultados de cualquier imposición de créditos a la economía, no es menos cierto que deja subsistir completamente el problema de la valorización del capital y de su realización subyacente a la crisis. Para ser valorizado, el capital debe llegar a realizar la plusvalía a través de la acumulación, ya que solamente el excedente de productos no consumidos -sea cual fuere el tipo de consumo al que están destinados-, puede ser valorizado. Desde aquel momento, la baja de la tasa de acumulación traduce el hecho de que la valorización del capital se hace cada vez más difícil, de que se puede realizar cada vez menos la plusvalía en tanto que capital. Así prosigue bajo mano un proceso que se hace público en período de crisis, a saber, las dificultades que encuentra la conversación de la plusvalía en capital. Lo que en el transcurso de las crisis de ayer tomaba el aspecto del paro y del aplazamiento de los recursos productivos toma en lo sucesivo el aspecto de un resurgimiento del trabajo improductivo, de la producción no rentable, que sólo es

[15] *Sozialistische Politik,* nº 8, pp. 78-79.

[16] *Ibid.*

tolerable por la economía en la medida en que el ritmo, en el que se eleva la productividad del trabajo, es más rápido que el ritmo en el que la plusvalía se encuentra consumida en trabajo improductivo.

Trabajadores y estudiantes

Una cosa es cierta, como ya hemos señalado: los trabajadores, conforme a su situación de clase, se preocupan poco de saber si su trabajo es productivo o improductivo; lo que les interesa es el nivel de vida vinculado a su empleo. También la degradación de este nivel de vida y la reaparición del paro, consecuencias de una baja de la tasa de acumulación -que la proliferación del trabajo improductivo permite solamente contrarrestar temporalmente- pueden tener como efecto radicalizarles. Aunque se ha dicho y repetido incesantemente que es insuficiente la "perspectiva de catástrofe", la historia del movimiento obrero muestra con toda claridad que la conciencia de clase revolucionaria únicamente se muestra en tiempos de crisis particularmente profundas. Las luchas de clases, que no tienden a fijarse todavía unos objetivos de clase y no salen del cuadro salarial, constituyen por sí mismas unas reacciones espontáneas ante un deterioro lento o brutal de la condición proletaria; se acaba de ver en Polonia, como se vio en Francia en 1968.

Únicamente en tiempo de crisis puede desarrollarse la conciencia de clase revolucionaria. En sí misma, no tiene demasiada importancia que tal conciencia pertenezca a la clase obrera; en cualquier situación, esta conciencia se da en todas partes. Ciertamente, se encuentran pobres diablos que, aun siendo miembros del proletariado, no se sienten obreros. Pero, en conjunto, los trabajadores saben perfectamente que pertenecen a una clase antagónica a la clase de los capitalistas. A pesar del sistema de salarios, saben también que ellos son explotados y que crean unos beneficios que van a parar al capital, y aun cuando incluso ellos estiman necesaria la existencia del capital, como lo demuestran las negociaciones salariales y el hecho de que renuncien a hacerse mostrar los libros de contabilidad de la empresa para conocer hasta qué punto son explotados.

Que se piense por un momento en el enorme poder que se enfrenta al proletariado y a sus aspiraciones de clase, y se comprenderá por qué los trabajadores prefieren adaptarse a las condiciones del momento más que combatirle. No tienen ni tiempo ni deseos de manifestarse -al modo de los revolucionarios profesionales- en protestas llamadas a perpetuarse hasta el infinito, dado que la política capitalista provoca permanentemente una oposición. Y si algunas veces encuentran satisfacciones de orden ideológico en las actividades políticas establecidas a largo plazo, no suelen tener mucho que ver con sus exigencias inmediatas. Una parte de los trabajadores se adhiere a organizaciones políticas, pero ello no significa que estén dispuestos a proseguir una acción revolucionaria real. Otra parte de los trabajadores adopta incondicionalmente la ideología burguesa, pero esto tampoco significa que esté dispuesta a sostener sin reservas a la burguesía. Indiferentes, las grandes masas le pisan los talones al orden establecido, sin aceptarlo por ello, y pretenden insertarse en él, bien que mal, sin lograr concebir otro orden mejor.

Durante todo el tiempo que la clase dirigente sea capaz de asentar sobre la economía su poder político -gracias a una prosperidad o real o fácil-, es inútil esperar que la conciencia de la clase obrera tome un carácter revolucionario. Pero, es precisamente un rasgo característico y distintivo del capitalismo la incapacidad en la que se encuentra de dominar el curso de su desarrollo económico. El intervencionismo político y económico de estos veinte últimos años no ha cambiado en nada este punto. No hace más que mostrar que a medida que la productividad del trabajo se eleva, el trabajo improductivo se extiende y que por este mismo camino es posible acercarse al pleno empleo con una producción cada vez mayor. Pero, este aumento de la producción no podría durar, dado que está ligada a una disminución de las posibilidades abiertas a la valorización del capital. Desde ahora, en el caso del capitalismo americano, el más desarrollado que existe, la producción global real tiende a bajar y el paro tiende a aumentar. En resumen, por causa de la resurrección de los factores de crisis que se creían desaparecidos para siempre, tanto como por causa del agotamiento de las posibilidades de impulsar la producción en detrimento de la valorización del capital, todo parece indicar que la integración de los trabajadores en el sistema va a sufrir un cambio a su vez.

En el origen de las concepciones de Marcuse y de Baran y Sweezy, según las cuales sería inútil esperar una revolución obrera en los países capitalistas avanzados, los obreros industriales, estando perfectamente integrados en el sistema y convertidos en una minoría desde el punto de vista social, se encuentran en parte con su pasado personal, en parte con la decepción que les ha causado el curso tomado por la historia. En efecto, durante decenas de años, estos hombres han aceptado el estalinismo y todavía hoy, ven en el sistema capitalista de Estado una obligada situación previa a la sociedad socialista. Ahora bien, este sistema implica la persistencia de las relaciones capitalistas de producción, la separación de los trabajadores de los medios de producción. Es fácil comprender por qué sus análisis de clases no pueden tener más que un punto de partida diferente. Lejos de atacar al capitalismo de Estado como tal, reprueban únicamente sus errores y las aberraciones de la burocracia dirigente y les condenan por razones políticas o morales. Negándose en adelante a garan-

tizar al capitalismo de Estado bajo su forma rusa, se ven tanto más inclinados a tomar partido a fondo por sus versiones chinas, cubana o nordvietnamita.

Desde que se deja de establecer un vínculo específico entre revolución socialista y relaciones capital-trabajo, uno puede adherirse a cualquier movimiento que, a partir de unas bases muy distintas, se levanta contra la forma dominante del capital. Según la teoría leninista, por ejemplo, el imperialismo constituye una manifestación inevitable del capitalismo moderno y una de las condiciones primordiales de su expansión. El capitalismo está, pues, amenazado desde dentro y desde fuera por el movimiento obrero por una parte, y por el movimiento antiimperialista, por otra. Este último, por definición, no puede ser puramente obrero; está, pues, obligado a apoyarse en los campesinos pobres; dirigido por la categoría, en vías de formación, de los intelectuales, tiende, en nombre de la liberación nacional, a cambiar el poder de las clases que, en los países oprimidos, está vinculado en parte con el imperialismo, y por ello constituye el mismo imperialismo. La tesis que postula la unidad de la lucha proletaria en los países capitalistas avanzados y del combate contra el imperialismo en los países cuyo desarrollo industrial ha sido impedido, ha tenido como efecto, en el plano teórico, la metamorfosis del marxismo en marxismo-leninismo.

Sin querer entrar ahora en los detalles de esta tesis, bastará con constatar que las esperanzas, con las que estaba asociado, no se han realizado hasta el momento presente. Ciertamente, la segunda guerra mundial ha creado unas condiciones nuevas, que han permitido a numerosos países coloniales o semicoloniales obtener la autodeterminación política; ciertamente, existe un movimiento de lucha -que por ser mundial no deja de ser menos débil- contra la explotación y la explotación con que el imperialismo sujetaba a los países subdesarrollados; pero el movimiento obrero de los países imperialistas no ha hecho suya esta causa. Lo que en el cuadro de una crisis mundial generalizada hubiera podido convertirse en una probabilidad, se ha transformado en una ilusión como consecuencia del resurgimiento económico efectivo que tuvo lugar después de la última guerra mundial. Y aun cuando incluso este resurgimiento no haría otra cosa que preceder a nuevas crisis, que se producirían según unas modalidades que se remitían ellas mismas al carácter insoluble de las contradicciones capitalistas, la prosperidad de la que gozaban los países avanzados ha tenido como consecuencia ahogar toda clase de veleidad de solidaridad revolucionaria.

Por el mismo hecho de que está ligado a las particularidades nacionales de países muy diversos, y a las relaciones que estos países mantienen con otros Estados, el movimiento nacionalista revolucionario está llamado a concebirse en términos muy diferentes y a plantearse objetivos que no lo son menos. ¿Acaso no se le ve atribuirse ideologías nacionalistas burguesas, o nacional-socialistas, o incluso comunistas? En cuanto al fondo, no obstante, se trata siempre no de levantamientos obreros revolucionarios que intentan abolir las relaciones de producción capitalistas, sino de rebeliones que tienen por objetivo acabar con la miseria general que parece incurable mientras persiste la hegemonía imperialista. En este marco, los agentes ideológicos de los movimientos no son otros que los intelectuales y los estudiantes revolucionados, que intentan ganarse el apoyo de las categorías más pobres de la población y de ciertos grupos de las clases medias, contando unos y otros con un desarrollo nacional sin obstáculos para mejorar su condición. Dotada, además, de una virtud propia, la ideología nacionalista despierta unas simpatías incluso en los ambientes que no tienen nada que esperar de una implantación de la autodeterminación.

Únicamente un desarrollo industrial acelerado permite liquidar la miseria y el atraso; pero, a veces choca también con los intereses inmediatos de las potencias imperialistas. En principio, el capital internacional no se opone a la industrialización capitalista de los países subdesarrollados, es decir, a la ampliación de la plusvalía y a la elevación de la productividad del trabajo. Sin embargo, este proceso sólo puede realizarse gracias a la valorización del capital existente. Ahora bien, desde que la rentabilidad del capital está amenazado de este modo, existe un descenso de inversiones a escala internacional y especialmente en las regiones atrasadas. Puesto que una gran parte de la plusvalía creada en estas regiones no es invertida en ellas, sino que sirve para valorizar los capitales implantados en los territorios de las grandes potencias, el debilitamiento de la plusvalía y la disminución de las llegadas de capitales frescos tienen como efectos conjuntos depauperizarlas más que nunca y provocar de rebote perturbaciones sociales. En resumen, las propiedades inherentes a la producción capitalista son las que impiden que se amplíen a un ritmo sostenido.

Por lo mismo, la lucha contra el imperialismo y la lucha por las reformas sociales se convierte para los países subdesarrollados en una cuestión de vida o muerte; y estas reformas tienen como condición previa la expropiación del capital tanto extranjero como autóctono. Debido a estas indispensables medidas de expropiación, los movimientos nacionalistas revolucionarios cuentan con una aureola socialista. Pero, no por ello podrían llevar a la implantación del socialismo, es decir, del derecho de los productores a disponer del producto de su trabajo y del reparto. En los países capitalistas desarrollados, la conciencia de clase revolucionaria no ha permitido hasta ahora discernir claramente que el socialismo sólo puede ser la obra de los propios trabajadores, que ningún partido o coalición de partidos, una vez instalado en el poder, les dará sin más el socialismo. Afligidas por la misma carencia subjetiva, las masas explotadas y empobrecidas de los países subdesarrollados viven

en el seno de sociedades de un tipo que excluye además objetivamente la realización del socialismo. Estas sociedades deben, sin embargo, recobrar por caminos inéditos llegado el caso, su retraso en materia de desarrollo capitalista. Desconocen aún la polarización de las clases que caracteriza al capitalismo moderno; asimismo, para coordinar los diferentes intereses particulares -entre los cuales, los de los campesinos, propietarios o no, juegan un papel notable-, es absolutamente necesario crear un poder de Estado puesto frente a la sociedad para que la dirija. Este poder de Estado independiente, personificado por su burocracia, asume las funciones que, en los países capitalistas de estilo antiguo, eran el patrimonio de la burguesía. La burocracia se transforma en una nueva clase dirigente, en tanto que su llegada al poder es la condición previa de cualquier desarrollo económico. Puede ocurrir que los elementos situados a la cabeza de los movimientos nacionalistas revolucionarios no tengan conciencia de obrar en este sentido; pero, se trata de un resultado que, a pesar de todo, se hace inevitable mientras que las masas son incapaces de crear por sí mismas las formas de organización que les permitan salir del callejón cerrado vinculado con esta nueva "división revolucionaria del trabajo". En los países subdesarrollados, la cosa es inconcebible; en los países desarrollados se trata de una posibilidad.

Esta posibilidad queda, sin embargo, en el campo del futuro. En efecto, hasta ahora los trabajadores de este país no han intentado conquistar el derecho a la autodeterminación, ni siquiera en el seno de sus propias organizaciones. Ahora bien, puesto que los propios trabajadores no se han levantado hasta el momento presente contra las relaciones de producción capitalistas, no tiene nada de sorprendente que los estudiantes hayan sido mucho menos capaces aún, por el hecho de su condición de clase particular, de tomar como punto de partida de su acción las relaciones sociales fundamentales. Si los obreros no son revolucionarios, tampoco existe una situación revolucionaria en la que los estudiantes puedan regular su movimiento. Y si, a pesar de todo, optan por la oposición y quieren demostrarlo ostensiblemente, no tienen otra posibilidad que indignarse en términos extremadamente generales por los "malos aspectos" del dominio capitalista, pero no podrían fundamentar su acción sobre problemas reales, sobre problemas de base, porque en este caso no tendría el menor eco.

El propio movimiento estudiantil no es en absoluto un fenómeno sorprendente; hubiera sido verdaderamente singular que los estudiantes no reaccionasen ante una barbarie capitalista en vías de extensión perpetua, incluso en el caso de que hubieran advertido que su oposición no podía tener por el momento consecuencias prácticas. Como este movimiento no tiene ningún vínculo con las relaciones de producción, las tendencias antiautoritarias que lo marcaron en su origen, tuvieron de entrada un carácter ambiguo y fueron la consecuencia directa de su aislamiento. Incapaz de transformar por sí solo el orden establecido, no tenía otra salida que una contestación destinada a no tener grandes efectos. Sin poder influir verdaderamente en el curso de los acontecimientos, pretendía erigirse en conciencia universal, con la esperanza de despertar por lo menos algunos ecos. Las circunstancias que impulsaron el movimiento estudiantil a optar por el antiautoritarismo, debían conferirle un carácter elitista perfectamente susceptible, en otras circunstancias, de desembocar en el autoritarismo. Frente a la pasividad de los obreros, la radicalización de los estudiantes tuvo muy pronto como efecto una recaída en las teorías leninistas de la revolución y de la organización. Estas teorías tienen un sentido real en los países llamados del "tercer mundo", pero análogamente en los países capitalistas puede dar la impresión que, con una simple identificación con el movimiento antiimperialista, se es un revolucionario. Aunque fuera del tema, quizás, este movimiento revolucionario tiene un cierto fundamento, puesto que una política socialista sólo puede ser antiimperialista.

Es evidente que el movimiento socialista combate la explotación y la opresión en todas sus formas. Sin embargo, para vencer al imperialismo, hay que derrocar al capitalismo. Luchar contra éste es proseguir el combate contra aquél. Sin duda alguna, todos los movimientos de protesta contra el imperialismo y contra sus crímenes, como todo sabotaje destinado a debilitarlo, contribuyen a ello. Pero, creer que el frente común de los antiimperialistas de los países oprimidos y de los países opresores tengan claros estos objetivos, significa cerrar voluntariamente los ojos a la realidad. Las fórmulas como el grito de guerra cubano "¡La patria o la muerte!", o la de Marcuse al hablar del "acceso al poder de China con el rango de gran poder comunista"[17], deberían ser rechazadas y repudiadas por los trabajadores y por los estudiantes de los países capitalistas igual que las empresas imperialistas de sus propias burguesías.

Para los revolucionarios de los países dominados militarmente y económicamente, sería tan absurdo renunciar a realizar sus objetivos como contar con una revolución proletaria en los países imperialistas para aniquilar el imperialismo. El movimiento nacionalista revolucionario se desarrolla así, en función de sus propias necesidades, sin tener en cuenta la actitud tomada por el movimiento obrero en los países imperialistas. Mientras que este aislamiento no deja de lesionar gravemente sus propias oportunidades de éxito, las victorias que ha obtenido definitivamente tienen, como tales,

[17] *Frankfurter Rundschau*, *loc. cit.*

unas consecuencias no menos nefastas para uno y para otro de los dos movimientos. Porque, en casos de victorias parecidas, el enemigo de ayer se convierte en el asociado de hoy, como se ve, por ejemplo, en Argelia y en numerosos Estados africanos, o incluso la independencia conseguida en América tiene como efecto, como en Cuba, situar a los países bajo la férula de Rusia. Dado que en las presentes condiciones una autodeterminación económica es inconcebible en el plano nacional, la autodeterminación política parece también irrealizable, y reside únicamente en la servidumbre a una de las grandes potencias imperialistas más que a la otra.

Si el marxismo-leninismo tenía aún un cierto sentido en la época de la guerra de 1914-1918, y sus consecuencias inmediatas permitían esperar una revolución mundial, lo que ha ocurrido después ha puesto de relieve el hecho de que las teorías leninistas, estrechamente sometidas a unas condiciones de tiempo y de lugar muy específicas, eran inaplicables a los países capitalistas avanzados. Desde aquel momento, lo que resulta sorprendente es que, al cabo de medio siglo de experiencias, se intente nuevamente impulsar la revolución proletaria por los caminos del leninismo. Cosa tanto más singular cuanto que, por otra parte, los obreros de los países pretendidamente “socialistas” han empezado ya a levantarse, por medio de la huelga y de la insurrección, contra sus nuevos explotadores y opresores. Esto ha provocado, sin duda, un avance del modelo de comunismo autoritario, propio del bolchevismo ruso, prefiriéndose decididamente el comunismo más liberal de China y de Cuba. Esta realidad nos precipita, sin embargo, en una confusa perplejidad dado que la “acumulación primitiva” impone a las masas trabajadoras de estos dos últimos países unos sacrificios mucho más pesados aún que los de Rusia o de la Europa del Este. Los métodos de gobierno y las técnicas de manipulación difieren ciertamente en una y otra parte, pero tanto en el primer caso como en el segundo, la población, lejos de poder disponer por sí misma de su destino, sufre el despotismo de una nueva clase dirigente, a la que solamente una nueva revolución le podrá arrancar el monopolio del poder e interrumpir de una vez por todas su reproducción.

Sea lo que fuere, basta con separar por el pensamiento el acto revolucionario de sus consecuencias sociales para advertir que los métodos de los movimientos nacionalistas revolucionarios tendrían, en el cuadro del capitalismo moderno, unos resultados completamente diferentes de los que obtienen en los países subdesarrollados. A juzgar por las apariencias, Lenin tenía razón cuando señalaba que el proletariado dejado a sí mismo era incapaz de forjarse una conciencia de clase revolucionaria y que tenía, pues, necesidad de ser dirigido por intelectuales originarios de la pequeña burguesía. Así, la preparación y el desencadenamiento de la revolución -considerada en sí misma, independiente de sus resultados- planteaban de entrada el problema del reparto de papeles entre obreros e intelectuales. La teoría que precede a la práctica, antes y después de la revolución, la propia dirección del movimiento revolucionario, debía ir a parar a los intelectuales, a “los que saben”, encargados de velar por la implantación del nuevo sistema. Según esto, los estudiantes revolucionarios, cuando se preguntan hoy cuál es su función en las luchas de clases -en tanto que estudiantes, intelectuales, teóricos- pueden considerarse no como una clase dirigente en el poder, sino como una condición previa de la revolución y del socialismo, completamente de acuerdo con los intereses del proletariado.

Es de esperar que los trabajadores, cuando su conciencia de clase adquiera un carácter revolucionario, vean todo esto de otro modo. Como no ignoran de ninguna manera cuál es la situación real en los “Estados socialistas”, y el tipo de relaciones sociales que predomina en ellos, todo hace pensar que rechazarán, con las últimas fuerzas que tengan, las pretensiones de cualquier partido de regentar el movimiento revolucionario y la sociedad en gestación. Pero, por otra parte, al margen de estas consideraciones, una cosa es cierta: el movimiento revolucionario deberá englobar al proletariado en tanto que clase y deberá crear unas organizaciones capaces de transformar de arriba abajo las relaciones de producción, cortando, al propio tiempo, de raíz, la posibilidad de una evolución hacia el capitalismo de Estado. Frente a esta necesidad, y por consiguiente, frente a esta probabilidad de desarrollo, resultaría vano indicar la existencia en algunos países capitalistas de partidos comunistas poderosos y los intentos de constituir otros, esbozados en otra parte. Si estos partidos subsisten, se debe a que no tienen de comunistas más que el nombre. Comportándose como partidos reformistas, no tienen ni la intención ni la posibilidad de abolir el sistema capitalista.

Aunque la historia de los partidos obreros tradicionales se presente en definitiva como una experiencia negativa, los trabajadores que tienen preocupaciones de orden político intentarán todavía y siempre establecer entre ellos unos vínculos organizativos para dar a su propaganda una eficacia mayor y adquirir una base en orden a la acción revolucionaria. Si la posibilidad se convierte en realidad, se verá cómo aparece una organización o un partido revolucionario. Cualquier nuevo partido obrero está destinado por definición a oponerse a los partidos existentes; no queda excluido tampoco que un cambio de situación lleve al nacimiento de nuevas organizaciones revolucionarias que, aprovechando las lecciones de la experiencia, reconozcan de otra manera que con las palabras solamente, la primacía de la clase sobre el partido y no le den tiempo a éste para que degenere en un fin absoluto. Pero, entre tanto, debemos deplorar a la vez la supervivencia de formaciones tradicionales y la inexistencia de organizaciones revolucionarias nuevas, correspondientes a las exigencias verdaderas de la lucha de clases proletaria.

Movimiento socialista y movimiento estudiantil son cosas evidentemente diferentes, pero, esto no impide que algunos estudiantes puedan ser socialistas y tomar parte, como tales, en la creación de nuevas organizaciones revolucionarias. Sin embargo, mientras que los obreros no se asocien a sus esfuerzos, estas organizaciones, reducidas así a sus propias fuerzas, son incapaces de cambiar cualquier cosa del orden establecido, aun siendo aptas evidentemente para hacer frente a ciertas necesidades de la vida universitaria. En cambio, cuando los propios trabajadores están en camino de forjarse una conciencia de clase revolucionaria, la agitación por la palabra y por los actos a la que se entregan puede contribuir a acelerar el curso de los acontecimientos. Desde este momento, también, el movimiento estudiantil deberá dejar de existir como tal y fusionarse con el movimiento obrero, convirtiéndose por el mismo hecho en una fracción, sin intereses específicos a defender, del movimiento de conjunto.

Perspectivas posibles

Así como la mejora de la condición obrera en los países capitalistas lleva a hablar de un aburguesamiento de los trabajadores, se oye decir a menudo que cuanto más se intensifican las aplicaciones de la ciencia a la producción, más también se proletarizan las profesiones intelectuales, cuyos miembros son originarios de la pequeña burguesía. Ahora bien, ni uno ni otro de estos fenómenos tienen un aspecto tan claro, tan tajante. En efecto, el primero no ha cambiado en nada las relaciones capitalistas de producción: como siempre los trabajadores se han colocado como explotados frente al capital; como siempre, su existencia depende de las posibilidades de valorización que se ofrecen al capital. “Aburguesados” lo son en el sentido, que raramente se manifiesta, de que se tienen por satisfechos del orden establecido, con la condición de ver progresar su nivel de vida. En cuanto al hecho de que la producción absorbe una cantidad de trabajadores cada vez mayor con una formación universitaria, no basta ciertamente para transformar a estos últimos en proletarios. Gracias a la división capitalista del trabajo, perciben unos salarios que les permiten llevar una existencia pequeñoburguesa. A menudo tienen la posibilidad de cambiar de empleo, pasando así de la empresa a la universidad y viceversa; desde entonces, les compete a ellos y sólo a ellos, realizar en un momento dado un trabajo productivo, y en otro momento, un trabajo improductivo. Así, pues, estos dos modos de dependencia están estrechamente emparentados.

Como el salario de los obreros, los emolumentos de los investigadores científicos y de los técnicos representan una parte de los costos de producción. Frecuentemente fijados de manera arbitraria, están determinados, sin embargo, generalmente sobre la base de la oferta y de la demanda. No podrían ser medidos en función de la productividad de los intereses, al no ser aquélla mensurable en modo alguno. La empresa funciona a la manera de un todo, de forma que cada factor se encuentra implicado en los demás; nada permite, pues, distinguir en el producto global las aportaciones respectivas de las dos categorías de salarios. A pesar de todo, se puede hablar de una productividad específica de cada una de ellas, tanto más cuanto que por puestos de trabajo individual, los gastos de reproducción del trabajo complejo exceden en mucho a los del trabajo simple. Se ha visto, incluso, sostener que las elevadas retribuciones de los investigadores “y de los técnicos reflejan la aportación directa de estos últimos al progreso técnico de manera que si estos emolumentos representasen ellos solos los costos de la producción, y si los mecanismos del mercado funcionaran perfectamente, podrían servir de instrumentos para medir las transformaciones técnicas”.[18] Sea lo que fuere, investigadores y técnicos no se consideran ni como los explotadores de una fuerza de trabajo de diferente tipo, ni como agentes del capital encargados de acelerar la extracción de la plusvalía, sino como factores de producción pagados de acuerdo con su eficacia.

Mientras las cosas van bien, es decir, mientras sigue la prosperidad, no tienen ninguna razón para quejarse. Favorecidos por las relaciones sociales, en general son conservadores y tienen interés en mantener el orden establecido. La ideología del carácter neutro de la ciencia les abre un campo de acción de los más amplios: igual que las otras “irracionalidades” inherentes al sistema capitalista, el hecho de que la producción de guerra tenga fines exterminadores no interrumpe el curso de la investigación científica. Investigadores y técnicos deben sus retribuciones salariales elevadas a los progresos conseguidos no sólo en el campo de las técnicas sino también en la potencia de la destrucción, que dependen de ellos y constituyen la otra cara del auge de las “fuerzas productivas del capital”. Y como los progresos indispensables al aumento de estas retribuciones están ligadas a la valorización del capital, la puesta en marcha de los mecanismos de crisis solamente puede perjudicar a su situación confortable.

Igual que el paro, en razón de la disminución relativa de los puestos de trabajo, afecta mucho más a los obreros de las generaciones jóvenes que a los demás, cualquier descenso de la coyuntura afecta mucho más a las perspectivas de empleo de los estudiantes que las de los investigadores y de

[18] R. R. NELSON, *Aggregate Production Functions and Medium-Range Growth Projection,* «The American Economic Review», septiembre de 1964, p. 591.

los técnicos ya colocados. Y cuando el ciclo económico viene a reducir a su vez a éstos al paro, las posibilidades de éxito de los estudiantes quedan doblemente comprometidas. La inseguridad general de la existencia de la que se encuentran así inducidos a tomar conciencia, les impulsa a reaccionar políticamente, derivándose los dilemas personales de la situación social en su conjunto. Después de la segunda guerra mundial, la inseguridad general no era en primer lugar de orden directamente económico; su origen estaba ante todo en la política de las potencias capitalistas que amenazaba con un nuevo holocausto, excluyendo al propio tiempo toda "normalización" de la vida social. El malestar que se provocó en el seno de las categorías de la población que no se beneficiaban directamente de este estado de cosas, o que no se veían forzados a adaptarse a la misma -por lo tanto, especialmente en el ambiente estudiantil- revistió la forma del movimiento de oposición a la guerra y de las manifestaciones contra los crímenes acumulados por los dirigentes imperialistas. Este movimiento sirvió de punto de partida natural para la crítica de la sociedad capitalista y para la creciente certeza de que una existencia digna de ser vivida es decididamente inconcebible sobre la base de este orden social.

Puesto que esta situación no está llamada a cambiar en un futuro próximo, podemos esperar ver cómo las contradicciones propias del capitalismo se agravan. A la inseguridad general -que señalan la carrera de armamentos nucleares, la exacerbación de las luchas de liberación nacional y las reacciones consecutivas de los Estados imperialistas, la disgregación interna de las grandes potencias, el incremento notable de la competencia económica, la entrada de China y la vuelta del Japón en el concierto de las naciones imperialistas, etc.- se añade ahora la decadencia económica de los países capitalistas, la cual no dejará de tener repercusiones en la economía mundial en su conjunto. Nos limitaremos a señalar aquí ante todo que esta crisis afecta a los investigadores y a los técnicos -y, por consiguiente, a su joven generación, a los estudiantes- igualmente que a los obreros. En América, por ejemplo, el paro es incluso más elevado entre los primeros que entre los segundos. Esto proviene en parte de la reducción de los créditos militares provocada por la crisis, cuando cerca del 63% de los científicos y técnicos trabajaban directamente o indirectamente en la fabricación de material bélico. Pero, también en el sector privado estos científicos y técnicos se hallan sin trabajo. Por lo mismo, su modo de existencia pequeñoburgués queda reducido a la nada; no solamente caen en el proletariado, sino que además vienen a competir con los trabajadores manuales en la búsqueda de empleo.

Así pues, ocurre ahora que un número ciertamente limitado, pero cada vez mayor, de estudiantes y de personas que tienen un bagaje universitario no encuentran puestos de trabajo correspondientes a sus calificaciones, de donde se origina un inicio de "proletarización". Así se intensifica también la tendencia a la explotación cada vez mayor de los trabajadores intelectuales y la reducción de sus emolumentos, ligada al deterioro de la coyuntura. Con la recrudescencia del paro, esta tendencia se deja sentir, efectivamente, en su caso mucho más aún que en el caso de los obreros industriales, mejor organizados para resistir. En conjunto, sin embargo, la forma jerárquica de la división y del modo de remuneración capitalistas del trabajo queda intacta; de modo que la condición de los científicos y de los técnicos, por lo menos en su gran mayoría, continúa sin significar nada en comparación con la condición de los obreros.

Por otra parte, la amenaza de "proletarización" queda, por así decir, en suspenso y todo lleva a creer que la radicalización de los estudiantes y de los universitarios se le une. Así como los estudiantes de los países subdesarrollados quedan frustrados en sus esperanzas y no ven otra posibilidad de progreso, del que no serán ellos los últimos en beneficiarse, que en una transformación de la sociedad, los estudiantes de los países avanzados no ignoran que la supervivencia del sistema capitalista corre el riesgo de hacer de ellos unos desclasados. Llegan, pues, a pensar que en otra sociedad sus competencias serían finalmente apreciadas como conviene -en su opinión, claro está-, que en su seno las órdenes de mando no procederían ya de los detentadores del capital, sino de los especialistas de la ciencia y de la técnica así como de las otras categorías de intelectuales, y que la sociedad nueva tomaría, por ello, un carácter diferente, más social. Conscientemente o no, la adhesión a las tesis leninistas podría señalar perfectamente desde aquel momento ni más ni menos que la preocupación de defender una posición social que el capital amenaza con desbaratar.

Si, como Marcuse nos indica, debemos "tratar con circunspección las nociones de proletariado y de dictadura del proletariado", tampoco podríamos hablar de poder o de dictadura de los intelectuales. Es solamente gracias al dominio que un partido, que se confunde con el Estado, ejerce sobre la sociedad y gracias a la implantación de nuevas formas de opresión, que los intelectuales pueden adquirir en el seno del aparato del Estado y del Partido un determinado derecho de cogestión, derecho precario por otro lado, puesto que este mismo aparato se encuentra siempre en disposición de retirárselo. En los "países socialistas", el poder es el patrimonio no de los intelectuales -como tales- sino de los políticos de carrera que les hacen la competencia y que sólo en parte son originarios de los ambientes intelectuales. De igual modo que los trabajadores manuales, los científicos y los técnicos, así como otras categorías de trabajadores intelectuales, están sometidos a una nueva capa social que, disponiendo de los medios de producción, monopolizan al mismo tiempo

el poder político. Como en tiempos pasados, ellos pertenecen indudablemente, a causa de su nivel de vida, a una clase privilegiada, pero aquellos privilegios están ligados a la perpetuación de la división capitalista del trabajo y no modifican en nada su situación de dependencia.

Solamente puede comprenderse la sociedad capitalista, partiendo de las relaciones de producción y, recíprocamente, el socialismo sólo puede ser concebido como la abolición de estas relaciones. Hay que considerar, pues, como punto de partida obligado la existencia de las luchas sociales que tienden a suprimir las relaciones de producción y, por ello, se identifica en cuanto a lo esencial con la lucha de los trabajadores contra los capitalistas que personifican al capital. Dado que este capital tiene todo el poder sobre la producción y sobre la circulación comercial de los bienes, los trabajadores en general, tanto en una como en otra de estas esferas, se colocan frente al capitalista como sus enemigos; desde aquel momento, resulta absurdo conservar sólo para los trabajadores productivos la posibilidad de estar dotados de una conciencia de clase revolucionaria. Y ello especialmente cuanto que este carácter “productivo” no tiene ningún sentido más que dentro del marco de las relaciones de explotación capitalistas y pierde toda clase de significado en el marco de una sociedad socialista. Desde el momento en que ya no se trata de crear plusvalía, el problema de su realización y de su reparto desaparece y, por lo mismo, la distinción -específica del capitalismo- entre trabajo productivo y trabajo improductivo.

Sin ninguna duda, aunque será más fácil pasar de un empleo a otro y escapar a la especialización, subsistirá la división del trabajo. Pero, no tendrá ya nada que ver con aquella distinción, ya que todos los trabajos socialmente necesarios son equivalentes. Se distinguirá de la división capitalista del trabajo por el hecho de que serán suprimidas únicamente las actividades inherentes a las relaciones de propiedad capitalistas o que tiendan a defenderlas y a reforzarlas. A partir del momento en que la reproducción de la vida social esté organizada sobre una base socialista, los estudiantes y los científicos se convertirán también ellos en trabajadores productivos, y se medirá la productividad particular de su trabajo igual que la de los trabajadores manuales. Desde aquel momento, escuelas y universidades serán otras tantas partes integrantes del proceso de producción social, como el carácter cada vez más científico que toma actualmente la producción permite por otra parte augurar. La socialización general, fundada en unas empresas y en una producción también socializadas, se verá así dotada de una base organizativa que, por el camino del derecho de todos a disponer del producto del trabajo de todos, tendrá como efecto eliminar de entrada el antagonismo capitalista de los trabajadores intelectuales y de los trabajadores manuales, del trabajo productivo y del trabajo improductivo.

Apéndice 2
Marxismo y Economía de la Utilidad Marginal*

El desarrollo de la Economía de la Utilidad Marginal está estrechamente conectado con la dificultad de los defensores de la teoría clásica para refutar las teorías marxistas, en tanto que los clásicos y los marxistas basaban su argumento en el mismo concepto de valor objetivo. La escuela de la utilidad marginal surgió en defensa del capitalismo, y su apología consistió en la construcción de un concepto de valor que justificaba a la clase prevaleciente y las diferenciaciones de ingreso. Se explicaron las desigualdades existentes, basadas en la explotación del trabajo, por una ineludible ley *natural* de la *utilidad decreciente*. Esta teoría, como expusiera tan bien C. E. Ayres[3],

> Sólo intenta demostrar, bajo cualesquiera condiciones dadas de distribución del ingreso, el logro automático del máximo total de satisfacción humana: el mayor bien de todos. Aun así, esta noción de *pobre-pequeña-niña-rica*, que propone equilibrar el exceso del rico frente a la existencia precaria del pobre, es tan extravagantemente complaciente que la mayoría de los economistas ha vacilado en darle expresión clara e inequívoca.

Aunque conceptos individuales de esta teoría fueron adoptados por economistas de otras escuelas, sin embargo, como teoría general, fue lentamente abandonada. Los neoclásicos, por ejemplo, no se preocuparon ya de las preguntas acerca de la deseabilidad o justificación del sistema económico prevaleciente: simplemente dieron por hecho que era el mejor posible, e intentaron meramente encontrar los medios para hacerlo más eficiente; una condición que les forzó a restringirse, en lo tocante a los fenómenos del mercado, a meras consideraciones sobre el precio. El concepto de valor fue desplazado por una teoría del costo de producción, que los neoclásicos creyeron suficiente para explicar la existente división de la riqueza.

Sin embargo, la cuestión de la utilidad surgió de nuevo en relación con el problema de la asignación de recursos en una economía socialista[4] y se apuntó que, incluso aceptando la teoría del valor-trabajo, debe tratarse la cuestión de la demanda. Está claro que ninguna sociedad puede prevalecer si descuida completamente las necesidades reales de sus gentes; tal producción es imposible a menos que los hombres puedan comer y trabajar.

> Cualquier niño sabe, también, que la masa de productos que corresponde a las diferentes necesidades requiere masas diferentes y cuantitativamente determinadas del trabajo total de la sociedad. Que esta necesidad de distribuir el trabajo social en proporciones definidas no puede acabarse con una forma particular de producción social, sino que sólo puede cambiar la forma que asume, es evidente.[5]

Sin embargo, la cuestión de la asignación de recursos adecuada a la demanda y en interés de la economía, tal como se plantea en la teoría económica moderna, no tiene ninguna conexión con la simple y directa declaración de Marx que acabo de citar, sino que está determinada por consideraciones de clase basadas en una forma particular en que se realiza la unión del trabajo y los medios de producción.

* * *

El control de la producción por un grupo particular de la sociedad lleva consigo su control de la distribución. La división de la sociedad en gobernantes y gobernados, tal como juzgaba necesario Trotsky y existe en Rusia, requiere, además de un número suficiente de bayonetas, una ideología que convenza aquéllos que son gobernados de que su *status* es natural, inevitable y beneficioso. Las diferenciaciones de ingreso y, con esto, la formación de intereses del grupo adicionales, se convierte en una necesidad creciente y es acentuada, todavía más, por la necesidad política de evitar una unidad de la miseria contra los privilegiados de la sociedad. Dado que el marxismo sólo podría emplearse en oposición a tal estado de asuntos, tiene que ser ignorado, o castrado en favor de evaluaciones supuestamente basadas en la escasez, la utilidad o las demandas; pues, tras tales términos, no sólo la utilidad, la escasez y la demanda reales, sino también las que son asumidas, pueden ser ocultadas y justificadas. La “utilidad” de una u otra función o trabajo social es, en primer lugar, la “utilidad” que tiene por la salvaguarda de las relaciones de clase existentes y de su modo de producción correspondiente. No las necesidades sociales, sino los intereses de los grupos, determinarán la “utilidad”. La estructura de clase de la sociedad sale a la luz precisamente en su necesidad de tales evaluaciones. Justo tan poco como los privilegios de los capitalistas resultan de su “utilidad”, sino del hecho de que controlan los medios de producción, y pueden así explotar a los trabajadores, igual de poco explica la “utilidad” los privilegios de la burocracia rusa. Esos privilegios

---

* *Living Marxism*, abril de 1939. Lo que aquí publicamos son sólo los principales extractos del artículo, traducidos por R. Ferreiro a partir del original inglés digitalizado por el MIA. Las referencias de citas quedan conforme a la bibliografía en inglés.

[3] C. E. Ayres, *Problemas de orden económico*, Nueva York, 1938, pág. 43.

[4] Oscar Lange, *Sobre la teoría económica del socialismo*, Minneapolis, 1938.

[5] *Correspondencia de Marx y Engels*, Nueva York, 1934, pág. 246.

están también basados en las condiciones del control de los medios de producción por la burocracia. Por ello, una teoría que justifique la dominación y explotación de clase es necesaria en Rusia, y su aceptación de las teorías defensoras del capitalismo no indica, como creen los editores de *Common Sense*[**], que el marxismo sea defectuoso, sino su continua utilidad en la lucha de clases de los trabajadores rusos contra sus presentes amos.

[**] Marx over Europe, *Common Sense*, Septiembre de 1938, p. 4. (*Nota 1 en el original*)